JOSE ASUNCION SILVA

OBRA COMPLETA



PROLOGO

El "caso" Silva resulta extraordinariamente interesante para comprender la situación de cierto tipo de intelectual en los medios dominantes latinoamericanos de fines del siglo xix, y para comprender también cómo funciona la mentalidad mitificante del aficionado a las letras, especialmente en un país como Colombia, donde la literatura y la cultura, los sabios y los poetas han constituido un preciado mito de ciertos sectores de las clases medias y altas. José Asunción ha llegado a ser una especie de leyenda, un "caso" de la sensibilidad poética, de la exquisitez de espíritu, de la genialidad enfermiza, de los desvíos del ser superior, del conflicto con la realidad que tiene toda alma privilegiada, y en fin, de la psicopatología del genio artístico. Su vida y actitudes de "dandy", su desdén aristocrático y decadente, sus comentadas relaciones con su hermana Elvira, las circunstancias de su suicidio a tan temprana edad y, desde luego, su "Nocturno" mayor, han configurado la leyenda. Por otra parte, es uno de los poetas cuya obra se ha editado más en toda la historia de las letras colombianas: el "Nocturno" podría ser, incluso, el poema más editado y leído de todas las letras hispánicas. Ningún otro poeta ha merecido tantos homenajes (eso sí, después de muerto) en esta "tierra de poetas", como irónicamente, sin duda, solían llamar a Colombia.

¿Cuáles son las razones de tal culto? Todo tiene que ver, seguramente, con el momento histórico en que Silva vivió, con su medio social y desde luego con las calidades de su obra.

Su vida no tuvo la espectacularidad pública de su muerte por suicidio antes de cumplir los 31 años, ni fue tan agitada, pintoresca o excéntrica como la de otros contemporáneos suyos. Sin embargo, sus amigos y biógrafos se han encargado de potenciar los rasgos de su

leyenda, y pocas voces lúcidas y sensatas se han escuchado cuando se habla de Silva [1].

Nace en plena época de convulsiones políticas y económicas. Estudios reducidos e ineficaces; como ha dicho su gran amigo Baldomero Sanín Cano, "el día que sintió las mordeduras del genio sobre la frente, tendió la vista hacia atrás para averiguar lo que había aprendido en la escuela y descubrir, como todos nosotros, que no sabía nada". Así, toda su formación es autodidacta y éste es un hecho que se olvida frecuentemente, ya que suele presentársele como poco menos que un erudito en filosofía, psicología, medicina (el hecho de que se hiciera indicar, el día anterior a su suicidio, el lugar del corazón, pone en duda la veracidad de tales atribuciones), literatura, etc. Desde luego, realizó el periplo obligado de los intelectuales de su clase en la Latinoamérica de fin de siglo: París, aún muy joven y por poco tiempo. Luego irá a Caracas, en el servicio diplomático. Su cultura es diletante y sus lecturas, al parecer abundantísimas, en muchos casos resultan desordenadas, mal asimiladas y anodinas. Su curiosidad intelectual se saciaba en el último libro que caía en sus manos y muchas veces en obras de las que por fortuna no guardamos ningún recuerdo. De muy joven leyó y tradujo a Maurice de Guérin y a Béranger [2]; luego, con apasionamiento justificable, a Hugo, Tennyson, Sully Prudhomme; no descuidó a Edgar Allan Poe, Baudelaire o a Bécquer; pero sus maestros también fueron Joaquín María Bartrina, don Ramón de Campoamor y el inefable don Gaspar Núñez de Arce. Poco hay en su obra que permita creer que gustó de (o que le influyó) la obra de Verlaine, Mallarmé, y desde luego ignoró completamente a Rimbaud [3]. En este sentido su obra es, en buena parte,

[1] La bibliografía sobre Silva, sobre el caso humano, sobre su psicología, etc., es tan estrambótica como abundante. La intuitiva simpatía que suscita el poeta perseguido por el sórdido mundo del "materialismo", las ejecuciones judiciales por deudas de negocios, suelen excitar al impenitente romántico que duerme en la pluma de muchos de nuestros críticos. Destaquemos aquí, sin embargo, el artículo de Camilo de Brigard Silva, sobrino del poeta, titulado "El infortunio comercial de Silva", incluido en las *Obras completas,* edición del Banco de la República, Bogotá, 1965; este artículo sobrio, informativo y documentado contrasta notablemente con tantas indigestas leyendas psicobiológicas de criollos biógrafos.

[2] Son curiosas las coincidencias entre Guérin (1810-1839) y Silva: el amor por la hermana, la muerte prematura, por ejemplo.

[3] Resulta curiosísimo examinar las menciones que hace el propio Silva en la obra literaria o en la correspondencia de los autores que dice conocer; he aquí algunas, al azar: Spinoza, Spencer, Wundt, Max Nordau, Verlaine, Taine, Tolstoi, Pierre Loti, Paul Bourget, María Bashkirtseff, Sully Prudhomme, Maurice de Guérin, Béranguer, Pereda, Núñez de Arce, Renan, Mauricio Barrés, D'Annunzio, Zola, Mallarmé, Claude Bernard, etc. Existe una mención reveladora. Cuando debe entregar sus libros en parte de pago de sus deudas, en la lista aparecen estos títulos: "un ejemplar de *Ismaelillo,* de pasta marroquí blanco con esquinas de oro, seguido de la anotación "regalo de José Martí" (. . .) un ejemplar de *A rebours,* pasta marroquí rojo, regalo de S. Mallarmé. . ." (cit. por de Brigard, *art. cit.,* pág. 394). Las relaciones entre Silva y Mallarmé eran, al parecer, muy amistosas, ya que en alguna ocasión el colombiano le envía al francés una orquídea venezolana, que éste le agradece en una esquela. Sin embargo, no aparecen

un intento de imitación, asimilación y adaptación de las letras decimonónicas europeas, españolas o francesas, o incluso, norteamericanas (Poe). Es decir, una obra culturalmente colonizada, como casi toda la poesía modernista y como una muy buena parte de las letras latinoamericanas que, sin embargo, ofrecen algo propio y diferente.

La actitud poética de Silva expresa formalmente el mismo conflicto que expresa la de los poetas franceses del simbolismo y de la modernidad: la hostilidad del capitalismo y de la burguesía que, según los casos, nace o se afirma contra el arte y la cultura. Silva formula este conflicto de una manera peculiar, sin distinguir tal vez muy claramente los términos que se enfrentan. Desde luego, tal conflicto no puede plantearse en Colombia o en Latinoamérica en los mismos términos europeos, ya que es difícil hablar de burguesía en el sentido clásico o técnico del término en el continente, especialmente en aquellos tiempos, aunque el auge de cierta clase social de comerciantes se deba a la inyección capitalista del comercio exterior, en buena parte. Pero, indudablemente, Silva se sentía tan rechazado, incomprendido y hostilizado por su medio ambiente, por su propia clase, como Baudelaire por la burguesía triunfante a partir de la segunda mitad del siglo XIX. No sólo tenemos al respecto las protestas de Silva contra la "realidad", sino la persecución desatada contra él, que comienza en cierta manera en los reproches de su madre por escribir poesía, y llega hasta la justicia, que le acosó con cincuenta y dos ejecuciones, al quebrar su negocio y fracasar como comerciante, en parte debido a las consecuencias de la guerra civil de 1885, en parte a su falta de espíritu burgués y de talante capitalista.

Que Silva se hallaba en contraposición a su clase se ha convertido en un lugar común entre los que se han ocupado de su obra. Que él extremó en ocasiones sus desafíos a las convenciones sociales de esa pequeña sociedad pacata y conservadora, también resulta ya demasiado repetido. Que esa sociedad lo hostilizó y persiguió en varias formas, ya no es tan resabido. Presumido (lo apodaban José Presunción), altivo, aristócrata sin medios, europeizado, dandy descreído y desafiante, fue rechazado por sus propios congéneres sociales (y aun por su propia familia: su abuela lo ejecutó judicialmente por deudas), que se reían de él y que contemplaron su ruina y suicidio con frialdad o reproche. Imagen de todos ellos, el temible "señor Uribe" de su correspondencia, quien, con la *Imitación de Cristo* y *El progreso del alma* del padre Faber, en alto, persigue implacablemente y con gran saña al pobre poeta en quiebra comercial. La escena, relatada por Silva con admirable y sutil ironía, es muy ilustrativa; el joven poeta, arruinado pero sin

huellas apreciables de su poesía en la obra de nuestro poeta. En la única referencia que aparece en ella, en el artículo "El doctor Rafael Núñez", Silva cita un verso de Mallarmé: *La vie est triste, hélas!, et j'ai lu tous les livres*, en vez de *La chair est triste*... Se dice también que Gustave Flaubert le regaló la primera edición de *Las flores del mal* de Baudelaire.

abandonar su actitud *snob* de noble criollo y de literato, va a proponer soluciones a su rico y despiadado, maguer piadoso, acreedor:

> Llegué a su cuarto, lo saludé con gran cariño, me acomodé en un sillón, encendí un cigarrillo turco, y comencé a hablarle. Usted dejó de leer un libro místico que tenía en la mano, la *Imitación de Cristo,* o *El progreso del alma,* del padre Faber, uno de esos libros divinos que aconsejan la mansedumbre, el amor al prójimo, el perdón de las ofensas y el desprendimiento de los bienes terrenales; uno de esos libros que usted quería siempre que yo leyera para que abandonara mis malas ideas [4].

Al hablar el poeta, el señor Uribe se inflama de celo económico-religioso: "la *ira sagrada* de usted no tuvo límites, yo le decía a usted mis frases con el aire de un hombre que sabe lo que hace y que no tiene miedo a nadie, ni a nada. Usted me gritaba furioso que mi tranquilidad revelaba falta de vergüenza. . ." La santa indignación del piadoso comerciante y financiero se debía en parte al fracaso de su intento de hacer regresar a Silva al buen camino de la sensatez comercial y la religión, cosas que para él eran la misma. Ante la ruina total, cuenta el poeta, el señor Uribe

> me aconsejaba la confianza en lo sobrenatural, en los milagros, me hacía leer el libro de Henri Laserre sobre *Nuestra Señora de Lourdes* y la vida de *San Ignacio de Loyola.* Otras veces me indicaba medios más humanos, en una ocasión me aconsejó que especulara en minas y en otra que tomara boleta de la lotería española, para ver si me sacaba el *groslot.*

El incidente es muy revelador de la mentalidad del comerciante típico de la época y su choque con la actitud del tipo de intelectual que representa Silva.

A pesar de que la mayoría de los biógrafos han tratado de presentar a Silva como un hombre inhábil e incapacitado para actuar en ese mundo comercial, el comercio fue su carrera, y el dinero su problema constante. El problema no era de inhabilidad o de incapacidad; más bien era de gustos y de desprecios. En aquellos días, en aquella estrecha y mezquina "alta" sociedad bogotana de su época seguramente no había ninguna posibilidad de hacer otra cosa para alguien como él. Desde muy joven fue impulsado por su padre al comercio. En 1884, "cuando apenas contaba 19 años, lo asoció a su casa de comercio, para lo cual fue necesario obtener la habilitación de edad. En 1885 el poeta viajó a Francia, enviado por su padre, con el probable propósito de que entrara en contacto con los fabricantes y comisionistas que surtían de mercancías el almacén. . ." El mismo Brigard opina que sus dificultades económicas hubieran podido ser sorteadas

[4] Brigard, *art. cit.*, pág. 408.

si Silva hubiera poseído en el fondo un temperamento mercantil, pero su extraordinaria sensibilidad de artista no era la más apropiada para el manejo de estos bajos intereses materiales, y esa manera de considerar la vida, a que lo inclinaba su inteligencia, lo ponía en constante conflicto con el medio en que necesariamente debía desarrollar sus actividades, granjeándole la antipatía de muchos y la enemistad de otros.

Sin embargo, en otro lugar también dice: "A pesar de su juventud, Silva demostró, desde su primer contacto con los negocios, un espíritu aplomado y previsivo (...)".

Desde luego, hay una contradicción entre el "espíritu aplomado y previsivo" y la "extraordinaria sensibilidad de artista", pero parece aclarado ahora que Silva se estrelló contra las circunstancias económicas y culturales del país y de la ciudad y contra la hostilidad, envidia y justificable antipatía de enemigos y amigos que no quisieron ayudar a este extraño personaje tan diferente de ellos y que tanta superioridad exhibía, que los satirizaba constantemente y que no compartía ni sus creencias ni su cortedad de miras [5].

Al trasladarse a Caracas, continúa con sus proyectos de grandes negocios, "pero ya nadie creía en él, nadie tenía confianza en sus habilidades comerciales". Luego, al regresar a Bogotá, instaló una fábrica de baldosas, pero también fracasó y de nuevo comenzaron las persecuciones económicas y judiciales. Esta vez el poeta no puede soportar la situación y se suicida. A pesar de la leyenda tejida alrededor de su muerte, la versión más sensata parece ser ésta: su muerte se debió, como causa inmediata, a su fracaso comercial y social, a sus deudas que no podía satisfacer, es decir, a su choque con lo que su sobrino y editor llama "los bajos intereses materiales" y que él llamaba *"struggle forlífero"* [6].

[5] Baldomero Sanín Cano ha dicho, en sus reproducidísimas "Notas", que "el medio donde se agitaba le cerró todos los caminos". Su descendiente describe así el ambiente económico de la ciudad y la actitud del poeta: "sólo dos o tres bancos ejercían las funciones del crédito y ellos estaban dirigidos por un reducido grupo de gentes adineradas, sin cuya aquiescencia era imposible conseguir un préstamo. Como no existían las industrias, fuera del comercio y la agricultura, eran pocas las actividades a que los ciudadanos podían dedicarse. Silva, posiblemente no ambicionaba la riqueza, pero sí las cosas que con ella se podían adquirir. El, de tan depurado y exquisito gusto en su obra poética, no había podido sustraerse al snobismo *fin de siglo* que predominaba en el mundo y especialmente en Francia. Gustaba de vestirse bien, tal vez en forma exagerada para la época, amaba las obras de arte, las joyas, las ediciones de lujo, los cigarrillos turcos, el té chino. Austero en su vida afectiva, vivía obsesionado por el lujo (...) Más que en sus capacidades como escritor o como poeta, creía y confiaba en su habilidad como hombre de negocios y como capitán de grandes empresas", *art. cit.*, pág. 411. Véanse abundantes ilustraciones de la obra de Silva en la Introducción a nuestro libro *La poesía de José Asunción Silva*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1968.

[6] En carta a Sanín Cano: "Usted que, a Dios gracias y para bien de su alma, no es ambicioso, no sabe cómo es la fiebrecita de ganar dinero que le entra a un *struggle forlífero...*". En la edición del Banco de la República, ya citada (en adelante E. BR.), pág. 381.

En último término, a un choque profundo con su sociedad. Sin duda los años más odiosos de su vida son los inmediatamente anteriores a su viaje a Caracas. En 1894 escribe a Baldomero Sanín Cano sobre el posible traslado de su madre y su hermana a la capital venezolana:

> (...) cuando recuerdo los dos últimos años, las decepciones, las luchas, mis cincuenta y dos ejecuciones, el papel moneda, los chismes bogotanos, aquella vida de convento, aquella distancia del mundo, lo acepto todo con la esperanza de arrancar a mis viejas encantadoras de esa *culta capital* [7].

Evidentemente, Silva quería ser rico, cosmopolita, tener éxito en los negocios, triunfar con la imaginación; pero despreciaba su medio social, la esmirriada clase en que se movía, la mezquindad y la pequeñez de su ambiente; el dinero para él era una manera de salir, de abandonar, de ignorar ese medio y esa clase. Su conflicto no era tanto con el dinero mismo cuanto con la vulgaridad y la tontería maliciosa de los "señores Uribe", y con la falta de respuesta que encontraba en otras clases sociales, analfabetas y explotadas. Silva rechazaba el presente, el aquí y el ahora, pero en términos concretos, no en abstracto. Estos términos se generalizan en su obra, pero siempre parten de una base concreta. El rechazo del presente y la condena que hace repetidas veces de la "realidad", son generalizaciones del conflicto con su circunstancia inmediata, su situación concreta, en medio de ese ambiente confuso y convulsionado, mezcla de arcaísmo y modernidad, del fin de siglo. "Nuestra época mediocre y ruin"; "estas sociedades decrépitas", son frases que en *De sobremesa* se pueden encontrar con frecuencia, así como también en algunos poemas. "Presente" y "realidad" son términos equivalentes en una página de la novela que merece transcribirse a pesar de su extensión, ya que plantea ese conocido y acuciante conflicto del intelectual latinoamericano de la época: la "materia" y el espíritu:

> ¿La realidad...? Llaman realidad a todo lo mediocre, todo lo trivial, todo lo insignificante, todo lo despreciable; un hombre práctico es el que poniendo una inteligencia escasa al servicio de pasiones mediocres, se constituye una renta vitalicia de impresiones que no valen la pena de sentirlas (...).
> ¡La realidad! ¡La vida real! ¡Los hombres prácticos!... ¡Horror!... Ser práctico es aplicarse a una empresa mezquina y ridícula, a una empresa de aquellas que vosotros despreciasteis, ¡oh! colosos, ¡oh! creadores, ¡oh! padres de los que llamamos el alma humana, que impedisteis con vuestra sublimes locuras que nuestros ojos iluminados por un resto de la luz que irradió de vuestros espíritus, no sean los ojos átonos de los rumiantes...) ¡Vosotros no fuisteis practicos! ¡oh! poetas, ¡oh! genios, ¡oh! faros, ¡oh! padres del espíritu humano que atravesasteis la vida amando, odiando, cantando, soñando, mendigando mientras que los otros se enriquecían, gozaban y morían satisfechos y tranquilos!

[7] *Id. Ibid.*, pág. 384.

No es difícil reconocer los términos concretos a los que se refiere Silva: el mundo del capitalismo, el avasallador desarrollo de la burguesía moderna. Obsérvese el tono económico de la definición. Dice en otra parte: "Pero, ¿qué es la vida real, dime, la vida burguesa, sin emociones y sin curiosidad?"

Y sin embargo Silva conoció una cierta popularidad como poeta. Cuando sale de Bogotá, camino de Caracas, se detiene unos días en Cartagena. Esta ciudad tropical, donde la naciente burguesía no ha quitado aún el tono a una vida sencilla, natural y arcaica, impresiona favorablemente al poeta. En primer lugar, lo que llama "la simpatía y sencillez de costumbres de la gente de aquí". "Nada de tiesura, nada de 'pose' ", añade en una carta a su madre. Al hablar de doña Soledad Román, la esposa del presidente Rafael Núñez, dice:

> Doña Sola tiene en la calle de Lozano una cigarrería y otra en otro lugar y un cochecito de alquiler por horas. Enrique Román, el Gobernador, se pasa todos los ratos en que no está en la Gobernación en su botica despachando él mismo. Es muy simpático eso y lo hace a uno descansar de los tipos artificiales y llenos de prentensiones que tanto abundan en esa ciudad.

También compara el "bajo pueblo" favorablemente para el de la costa: "Con toda su fealdad, el bajo pueblo negro es más atrayente que el nuestro; la gente se mueve, grita, chapurrea inglés, francés, no tiene el dejo terrible de nuestros pobres sabaneros".

Como decía, allí encuentra admiradores de su obra. Al hablar del Gobernador Román, dice:

> No se rían ni lo tomen a vanidad si les cuento que él y diez o doce más me han dicho de memoria "Las dos mesas", "Suspiros", "La serenata", "Azahares", en fin, todo lo que he publicado. Los versos a Rubén Darío los dicen veinte o treinta. "Rítmica reina lírica" forma parte del saludo que me hace cada persona a quien me presentan. Yo me río de la fama literaria, pero, francamente no deja de ser cómodo que lo conozcan a uno de nombre y que le traten con las consideraciones con que me tratan [8].

Esta popularidad iba a crecer considerablemente con la publicación del "Nocturno" (*"Una noche"...*) en *La lectura para todos*, de la misma Cartagena, en julio de 1894. Sin embargo, Silva no fue poeta en su tierra, o al menos no lo fue tanto como en otras. Sanín Cano cuenta

[8] Esta carta, de agosto de 1894, publicada en la Ed. BR, es doblemente importante, ya que señala algunos poemas y confirma la paternidad de "Rítmica reina lírica", poema que inexplicablemente, como otros muchos, no figura en las ediciones colombianas de poemas u obras completas. Esto es especialmente extraño, ya que uno de los editores de la edición del BR es el propio señor Miramón, en cuyo libro *José Asunción Silva,* publicado muchísimos años antes (1937), se incluye el texto del poema.

que, cuando salió el "Nocturno", "la sensación del gran público fue de estupor. Los menos inteligentes la tomaron de memoria para reírse a solas, juzgándola obra de mistificador. No le hicieron justicia sino tarde y a regañadientes, cuando la prensa del continente se apoderó de ella con asombrado amor" [9]. Es verdad, como dice el mismo Sanín Cano, que "lo que apareció antes de su muerte no fue sino la menor parte de su obra poética, y no la más característica, seguramente" [10], y por tanto no pudo ser justipreciada en su verdadero valor, pero también es cierto que Silva parecía preferir el éxito comercial o mercantil al éxito literario, como dice Brigard. Para él pudo ser una tragedia el tener que decidirse por "el comercio simple en un almacén de novedades" frente al "comercio de las ideas", en frase de Sanín Cano, pero eso no es más que un aspecto de la verdadera tragedia: la progresiva degradación del mundo, el veloz aburguesamiento de la vida, la invasión capitalista.

No creo que exista ninguna duda de que la poesía de Silva es la que inicia en Colombia la literatura moderna. Antes de Silva, todo es siglo XIX, sin excepción: Silva inaugura nuestro tiempo. Principalmente, claro, con el "Nocturno" [11]. Silva se aventura en el irracionalismo, en el clima misterioso que ya los simbolistas europeos habían inaugurado. La estética de lo raro, lo misterioso, lo invisible, lo neurótico, exótico, etc., es inaugurada por él en las letras colombianas. Quizás esto no tenga demasiada importancia en otros países de tradiciones más liberales y menos clasicistas; pero en un país cuyas clases dirigentes han demostrado en general tan arraigado conservadurismo; en donde se aplastó tan pronto y tan definitivamente todo progresismo, el valor de la actitud y la obra de Silva es históricamente muy considerable, aunque el de la primera sea, más que todo, ejemplar o ilustrativo. Silva es, a su manera, un rebelde, un rebelde, contra la sociedad en que le tocó vivir, y un rebelde, aunque no de manera declarada, contra la poesía de su tiempo. Sin embargo, en el aspecto poético, su actitud no es negativa, ya que no se propone rechazar la poesía de su época, a la cual debe mucho más de lo que suele decir la crítica; simplemente la supera, la sobrepasa. Si damos un vistazo a la poesía colombiana que antecede a la suya, la diferencia es tan grande como la que existe entre la poesía de Bécquer y el rimbombante romanticismo trasnochado de Zorrilla

[9] Sanín Cano, "Notas", Ed. BR, pág. 113.

[10] Desde luego, Sanín Cano olvida el "Nocturno" al afirmar lo anterior, pero de todos modos su afirmación es válida.

[11] Las notas de "nuevo" y "diferente" aparecen en casi todas las menciones del "Nocturno". Pedro Henríquez Ureña habla del *frisson nouveau;* Anderson Imbert afirma que "es una de las más altas expresiones líricas de la época, nueva en timbre, en su tono, en su estructura musical, en su tema fantasmalmente elegíaco, en su rítmica imitación del sollozo"; Robert Bazin dice que "de ese poema se desprende una música hasta entonces desconocida para la poesía castellana" (Referencias en nuestro libro ya citado).

o el acartonado neoclasicismo de Núñez de Arce. No debe olvidarse que antes de Silva el panorama poético colombiano está dominado por figuras de sentido estético bastante arcaico: Rafael Núñez, Jorge Isaacs y sobre todo Miguel Antonio Caro. Sólo la gran figura de Rafael Pombo se acerca en este sentido a la de Silva. Pero nada hay en la literatura colombiana del XIX que pueda compararse a los turbadores versos del "Nocturno" o a la soberbia matización de *"Poeta, di paso. . ."* Novelista frustrado y poeta que, cuando abandona su línea doliente, interrogante, de un romanticismo depurado y se aventura en el verso épico, cae en la retórica dieciochesca (a lo Quintana, a lo M. A. Caro), de "Al pie de la estatua"; también incursiona por los campos de la sátira con poca suerte poética, pero con indudable acierto histórico, ya que en este sentido su obra tiene un significado análogo al que la crítica contemporánea atribuye a la poesía (o antipoesía) de Campoamor [12]. Silva es nuestro primer antipoeta, precursor del gran Luis Carlos López en no pocos aspectos.

El tono intimista, familiar, nostálgico y sin pedanterías ni ripios de los poemas que evocan la infancia; la sinceridad y los aciertos rítmicos y los matices de los poemas en que evoca su amor muerto; algunos aciertos parciales de sus poemas satíricos, pero, sobretodo, el gran acierto integral del "Nocturno" tanto en lengua, en ritmo, en tono, en sentimiento, en suspenso, en expresión del misterio, como en su oportunidad histórico-literaria, hacen de Silva nuestro primer poeta del siglo XIX.

Desde luego, Silva, como Martí, como Julián del Casal, es un poeta frustrado. Ellos componen esa trilogía tan sorprendente de poetas renovadores —premodernistas, los llaman injustamente los manuales—, muertos en la flor de la edad [13]. Cabe preguntarse por las razones de que todos estos delicados y renovadores poetas no hayan dejado atrás la juventud. No trataré de ensayar aquí una respuesta que me desviaría considerablemente de mis propósitos. La temprana muerte de los artistas excita inevitablemente la curiosidad por la obra no escrita, por lo que

[12] Por ejemplo, las palabras lúcidas de Luis Cernuda, el libro de Vicente Gaos, las revaluaciones de Dámaso Alonso, José Luis Cano, etc. Cfr. nuestro libro *La elegía funeral en la poesía española,* Madrid, Gredos, 1969, págs. 264 y ss. Son, por otra parte, muy importantes las definiciones de Roberto Fernández Retamar sobre la antipoesía, en "Antipoesía y poesía conversacional en América Latina", incluido en *Panorama de la actual literatura latinoamericana,* La Habana, Casa de las Américas, 1969.

[13] Los poetas y artistas muertos jóvenes son muchos, como es bien sabido. Mencionemos aquí sólo a los que tienen alguna relación con el autor del "Nocturno": Casal, muerto a los 30 años; Martí, a los 42; Bécquer, a los 34; Gutiérrez Nájera, a los 36; el propio Darío, muerto a los 49 en plena ruina física, tampoco alcanza una vida de duración normal. Entre los escritores franceses también es abundante este fenómeno, pues Nerval y Baudelaire mueren antes de cumplir los cincuenta años; Rimbaud, a los 37; Laforgue a los 27. María Baskirtseff, a quien tanto estimaba Silva, muere de tisis a los 24. Sin olvidar a Guérin, muerto a los 29.

pudo ser. En el caso de Silva, esta pregunta es incluso más obligada al ver los pocos pero soberbios logros de su obra juvenil. Sin embargo, resulta ocioso plantearse tales cuestiones y lo que importa más bien es intentar ubicar histórica y literariamente su obra.

La segunda mitad del siglo XIX presencia la elaboración de una literatura que representa la emergencia de un continente surgido de una larga lucha de liberación y cuya inteligencia se pregunta por su sentido histórico y por su lugar en el mundo. La prosa intenta dar una respuesta a estos interrogantes en la acción y la obra de pensadores, novelistas, ensayistas, políticos, desde Bolívar a Martí, pasando por Sarmiento. El continente se abre a las influencias de otras culturas no hispanas. Como territorio que abandona un estado colonial y se adentra en el neocolonialismo cultural y económico, más sutil que la antigua dominación metropolitana, pero no menos omnipresente, los países latinoamericanos —o mejor, sus clases dirigentes—, absorben porosamente y con avidez la cultura europea que tanto tiempo les fuera negada por la metrópoli española [14]. Con la independencia ilusoria y la soberanía ficticia que proyecta el no tener aparentemente dominación militar ni ocupación física del territorio, el continente se figura su libertad y se inventa un "alma", un "ser" extrañamente parecido a lo que sus clases dirigentes creen que es el europeo. Los intelectuales, que pertenecen en general a estas clases o que son absorbidos y asimilados por ellas, reflejan en sus obras los conflictos, las contradicciones, los sueños de la minoría dirigente. Esta minoría quiere actualizarse, quiere ser moderna, quiere tener su lugar en el mundo, en la historia coetánea. Al respecto Octavio Paz dice:

> Sólo aquellos que no se sienten del todo en el presente, aquellos que se saben fuera de la historia viva, postulan la contemporaneidad como una meta (...) Desear ser (...) contemporáneo implica una voluntad de participar, así sea idealmente, en la gesta del tiempo, compartir una historia que, siendo ajena, de alguna manera hacemos nuestra.

Silva expresa este deseo de integración con la cultura de las nuevas metrópolis, pero también su repulsa y rechazo por la mediocridad y la degradación de su tiempo y circunstancia inmediatos. Paz afirma: "Se ha dicho que el modernismo fue una evasión de la realidad americana. Más cierto sería decir que fue una fuga de la actualidad local —que era, a sus ojos, un anacronismo— en busca de una actualidad universal, la única y verdadera actualidad". Silva expresa unos deseos que sus contemporáneos todavía no han formulado y casi diría que sentido, pero

[14] Octavio Paz ha dicho, con respecto al modernismo: "El amor a la modernidad no es culto a la moda: es voluntad de participación en una plenitud histórica hasta entonces vedada a los hispanoamericanos". "El caracol y la sirena", en *Cuadrivio*, México, Joaquín Mortiz, 1965, pág. 18.

también formula unas críticas que éstos no pudieron ni asimilar ni tolerar.

Recientemente, Roberto Fernández Retamar ha planteado el modernismo con un fenómeno cultural nacido del subdesarrollo y de la exclusión histórica de España y de Latinoamérica [15]. Pero el modernismo implica también un doloroso desgarrón entre el disfrute del capitalismo, entre ese lujo, esa riqueza y ese refinamiento que el imperialismo derrocha en museos y salones, y el subdesarrollo menesteroso de los países latinoamericanos. Y, como ha dicho Fernández Retamar, es también cierto que cuantos más aislado y pobre, cuanto más alejado está un país de la penetración capitalista (Nicaragua, Colombia. . .), más florece en él el modernismo como exaltación de ese lujo y esa riqueza ajenas, parisienses, imperiales y de museo, pero también mayor conflicto hay entre el poeta y su medio local. Esto puede muy bien explicar el "caso Silva".

¿Es Silva un poeta burgués, representante de esa incipiente burguesía del comercio, surgida entre los terratenientes y una clase proletaria aún sin voz, que expresa su anhelos y nostalgias, su deseo de plenitud y de asimilación a la clase de los amos metropolitanos, su aristocracia imposible? Tal vez lo más cierto sea decir que Silva expresa la vaciedad histórica de esta clase, su falta de configuración real. No es burguesía aún; nunca podrá ser aristocracia: no tiene ni las ventajas de la primera (estabilidad económica, dinero, modernidad), y sí sus carencias, así como de la segunda sólo tiene formas ilusorias. Silva es, en este sentido, y como todo intelectual latinoamericano de su época, un "desclasado". ¿O es que se puede insertar a Rubén Darío, por ejemplo, en la "burguesía" nicaragüense? Estos intelectuales registran ese oscilar del continente entre dos imperialismos y ese vacío social y cultural que es originado en el mundo moderno por la presencia de elementos arcaicos en dura pugna con las innovaciones y por una deformación del proceso histórico llevada a cabo por el imperialismo, es decir, en una palabra, por el secuestro económico, social y cultural a que se ven sometidos los pueblos americanos apenas salidos de la noche colonial.

Pero no hay que olvidar en ningún momento que el modernismo es, *también y principalmente,* un resultado de una emergencia histórica, un surgir, un brotar, un manantial, en suma, al que debemos muchas de las realizaciones de la literatura latinoamericana actual.

Silva nace y vive entre crisis económicas, entre guerras civiles, entre transformaciones sociales y políticas, en medio de grandes cambios en la conciencia religiosa y cultural del país. El reacciona vivamente contra el proceso de "modernización", de degradación que implica el afianzamiento de la naciente burguesía dependiente y entra en pugna con todo

[15] Roberto Fernández Retamar, "Modernismo. Noventiocho. Subdesarrollo", en *Ensayo de otro mundo,* Santiago, Editorial Universitaria, 1969, págs. 52-62.

lo que ella significa y representa: el materialismo, la vulgaridad, la inautenticidad, la moral del lucro. Pero no hay que olvidar tampoco que canta un mundo que sólo hace posible la plenitud burguesa: el paraíso soñado del dinero, el acceso a los cerrados salones de la verdadera cultura, de la aristocracia dorada y extranjera. El juicio sobre sus contemporáneos, así como su pesimismo ante el futuro, contrastan vivamente con la actitud afirmativa de compañeros de generación como Martí y, desde luego, con el "arielismo" que Rodó comunica a Darío y a otros, más tarde. Silva ve a un Calibán vencedor de un Ariel menesteroso e impotente en el mundo real, pero capaz de triunfar en el mundo del espíritu, de la imaginación. Su pesimismo contrasta, finalmente, con el del "desintelectualizado" Darío y se aproxima al sofisticado cataclismo de Schopenhauer, su "maestro" precisamente porque no tuvo la oportunidad de ver en el futuro cosa distinta a una oscura niebla que emanaba de un cadáver: el del espíritu —el de Dios, decía Nietzsche—, muerto a manos de gordos alcaldes como el Karl Hamstaengel de su sátira "Futura".

La obra de Silva es reducida. Murió antes de cumplir 31 años, y además, como se sabe, parte de ella se perdió en el naufragio del barco que lo traía a Colombia en 1895. Hay que considerar también su condición de *écrivain de dimanche.* Sólo algunos poemas vieron la luz en vida, en periódicos y revistas, pero el grueso de su obra fue publicado póstumamente. Consta ésta de un libro organizado por el poeta, otro, de poemas reconstruidos en parte por sus amigos, una serie de poemas sueltos, una novela y algunas prosas sobre temas literarios principalmente. También existen algunos poemas de dudosa atribución o francamente apócrifos, que demuestran, entre otras cosas, la popularidad de su obra y de su estilo.

El primer libro se titula simplemente *El libro de versos.* Está fechado por el autor: 1891-1896, pero contiene poemas escritos desde 1883. Son treinta y una composición divididas en cuatro secciones, subtituladas tres de ellas; en la primera, después de una especie de introducción, están los poemas de tema infantil o en los que aparecen niños; la segunda se titula "Páginas suyas" en que incluye los tres "Nocturnos" [16], precedidos por el poema "Junto los dos"; es la sección amorosa del libro y, con justicia, la más famosa e importante. A continuación, "Sitios", que incluye poemas de temas variados, descripciones, paisajes, estampas, reflexiones líricas, etc. Por último, "Cenizas", donde se concentran los poemas pesimistas, cuyo tema es, en casi todos, la muerte o la degradación de la vida.

[16] En muchas ediciones, estos constituyen sección aparte bajo el subtítulo de "Nocturnos". No así en el manuscrito.

Desde luego, *El libro de versos* es la parte central de la obra silviana. Lo demás poemas y la novela adolecen de muchas imperfecciones y defectos, ya que son incompletos, apresurados, insuficientemente elaborados y, en algunos casos, han sido rechazados por su propio autor. *El libro de versos,* en cambio, está cuidadosamente estructurado: después de un prólogo al lector, que define la materia y el tono de los poemas, se inicia por la infancia, continúa con el intenso amor de la juventud, luego con las observaciones y reflexiones de la vida, y se cierra con la muerte. El libro constituye una unidad biográfica, recorre el ciclo humano y sus preocupaciones dominantes; sus grandes temas son la vida y la muerte, el tiempo, el misterio. Desde una evocación del pasado infantil, de estirpe romántica, hasta un enfrentarse al misterio del más allá mortuorio, el poeta va poetizando la vida humana con tono pesimista que se torna amargo paulatinamente hasta llegar al sarcasmo.

El primer gran tema es el de infancia. El viejo tema romántico de la edad infantil como época feliz de la vida, frente al presente doloroso y negativo. En el caso de Silva, lo rechazado es el presente histórico, la realidad local y mezquina a la que ya nos hemos referido; la contraimagen [17] se compone de elementos de la infancia individual y genérica, del pasado histórico, de valores extranjeros y exóticos, como suele ocurrir en la obra de románticos y modernistas. Sin embargo, al examinar la contraimagen infantil en la poesía de Silva, se echan de ver interesantes peculiaridades.

En primer término, la infancia es un recinto paradisíaco, pero real: la evocación presenta una imagen apenas idealizada, perfectamente reconocible e incluso localizable: el lugar campestre, el "valle ameno"; la imaginación libre, tras los personajes de los cuentos de hadas; el ritual de la Navidad, la inocencia, la calma, la placidez, la suavidad, la dicha... Infancia semirrural de la Nueva Granada, momento privilegiado donde no entran aún afanes, civilización, técnica, capitalismo. Una época, un lugar, un estado de ánimo completamente opuesto no sólo al presente, a las actuales "horas de amargura", sino al futuro, a esos "días ignorados de angustia y desengaño", que presiente la Abuela para su nieto en "Los maderos de San Juan".

Los personajes de los cuentos y los juegos infantiles, los lugares, todo ello nos sitúa concretamente en la infancia real de un miembro de la "aristocracia" sabanera, bogotana, de la segunda mitad del siglo XIX. Un niño que, como vemos en "Crepúsculo", vive más en lo imaginario que en lo real, en los cuentos de hadas que en los juegos o en los bancos de la escuela y cuya fantasía es alimentada con toda clase de ficciones aristocráticas, con la moral del milagro y la solución sobrenatural de

[17] Ver nuestro artículo "La Gran Negación y su Contraimagen en la poesía de la generación del 27", en *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*, II, Madrid, Editorial Gredos, 1974, págs. 157-170.

Cenicienta, la Bella Durmiente, etc. Así la imaginación resulta ser la más preciada facultad de la infancia:

¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas,
llenos de paisajes y de sugestiones,
que abrís a lo lejos amplias perspectivas
a las infantiles imaginaciones!

Y esta valoración de la infancia conlleva, desde luego, la devaluación del presente y el futuro, es decir, de la época de las relaciones humanas, en la que el mundo se degrada por la ausencia de las antiguas virtudes, placeres y libertades señoriales. La evocación de la infancia personal se hace reflexión épica sobre el pasado histórico latinoamericano, sobre el futuro y sobre el presente de nuestros pueblos en el único poema que Silva escribe sobre América. Vale la pena comentarlo, a pesar de su evidente tono retórico neoclásico, inspirado seguramente y por desgracia, en Quintana, Caro y Núñez de Arce. "Al pie de la estatua" es un poema dedicado a Bolívar, que Silva recitó en la Legación de Venezuela en 1895, es decir, un año antes de su muerte. La fecha es importante, pues el contenido del poema nos muestra la probable evolución del pensamiento de Silva, la naciente preocupación histórica y política que parecía empezar a dominarle, pero también su probable (y deplorable) dirección poética y estilística. Con una convención en parte clásica y en parte romántica, la estatua de Bolívar se dirige al poeta. La prosopopeya clásica se complica con el misterio romántico, con esas "voces secretas" de las cosas, con esa "alma" oculta en lo inanimado, que se comunica con el poeta, "con quien conversa el alma de las cosas". La voz evoca el pasado indígena y la conquista primeramente: para ella, todas aquellas generaciones pasaron y se olvidaron,

¡(. . .) no dejaron al pasar más huellas,
con sus glorias, sus luchas y sus duelos,
que la deja el pájaro que cruza
el azul transparente de los cielos!

Sólo la generación de la independencia es exaltada:

¡Una sola, una sola
generación se engrandeció en la lucha
que redimió a la América Española!
¡Y legó a los poetas del futro,
más nombres que cantar, más heroísmos
que narrar a las gentes venideras,
que astros guarda el espacio en sus abismos
y conchas tiene el mar en sus riberas!

Esta valoración de la independencia no encierra, desde luego, sentimientos antiespañoles, ya que España es "la madre España", sino exaltación del heroísmo, la fuerza, la potencia de aquellos hombres "de cuerpos de titán y almas enteras", que tanto contrastan con el presente:

¡Más bien que orgullo, humillación sentimos
si vamos comparando
nuestras vidas triviales con las vuestras!
Somos como enfermizo descendiente
de alguna fuerte raza...

El futuro histórico es mencionado sombríamente:

el porvenir de luchas y de horrores que le aguarda a la América Latina.

Y el juicio sobre su propia generación, tan negativo, incluye una curiosa nota literaria, una definición de la poesía de la época que Silva parece rechazar:

¡No será nuestra enclenque
generación menguada
la que entrar ose al épico palenque
a cantar nuestras glorias!
¡Oh siglo que declinas:
te falta el sentimiento de lo grande!"
Calla el poeta y si la estrofa escande
o huye la vasta pompa
y le da blando son de bandolinas
¡y no tañido de guerrera trompa!

Estos versos son muy importantes por lo que implican como definición de la época presente, de la degradada actualidad frente al pasado glorioso, y muestran cómo, a medida que pasa el tiempo, el poeta se reafirma en su condena del tiempo en que le tocó vivir.

El poema termina como empieza: la mirada del poeta se fija en los niños que juegan en el parque; la "loca turba infantil" alegra el lugar y forja

Un idilio de vida sonriente
y de alegría fatua
al pie del pedestal, donde imponente
se alza sobre el cielo transparente
la epopeya de bronce de la estatua.

Esta última imagen parece establecer un contraste entre pasado y futuro, entre las glorias de la independencia y las posibilidades de la actual infancia; pero ya se ha visto el pesimismo histórico constante e inmo-

dificable del poeta: la baja calidad del presente no permite otra actitud ante el futuro que la de la desconfianza y la desesperanza.

La segunda sección del libro, la del amor, está dominada por ese hermoso poema "*Poeta, di paso...*", también conocido como "Nocturno" II, pero sobre todo por ese *opus magnus* de la poesía latinoamericana que es el "Nocturno".

El llamado "Nocturno" II ("*Poeta, di paso...*") es un poema tripartitito, cuyo tema es el amor tronchado por la muerte. Su construcción es muy sabiamente cuidada: cada una de las tres estrofas es portadora de un recuerdo amoroso que, en la última, es el recuerdo de la muerte, de la amada muerta. Cada estrofa comienza por un apóstrofe dirigido al "poeta", lo que da al poema un cierto carácter narrativo o de diálogo más que nada interior: Silva, el hombre, se dirige a Silva el poeta, el único que puede expresar la belleza del recuerdo y la emoción de la historia. El tono del poema es susurrante, como un suspiro adolorido: por ello, el poeta debió escribirlo "paso".

El primer recuerdo es el de los "besos furtivos"; los inicios amorosos a campo abierto, en medio de la naturaleza; pero esto no es más que anécdota y decoración:

La selva negra y mística fue la alcoba sombría...

La selva se hace alcoba y, a pesar de ser mística, no le interesan al poeta las posibles conexiones entre el acto amoroso y la naturaleza; ésta, más bien, es el marco de la furtividad del amor. El ambiente es sombrío, de una oscuridad completa durante los primeros versos; luego aparece la luz, sabiamente graduada. En medio de la sombra total ("...*la luna no vertía / allí ni un solo rayo...*"), de pronto un encenderse que revela el beso:

Una errante luciérnaga alumbró nuestro beso...

La oscuridad así cortada vuelve a ser completa. Pero una claridad, un blancor lento, delicado, comienza a insinuarse casi imperceptiblemente:

Entre las nieblas pálidas la luna aparecía...

Esta manera de matizar la luz se inspira, desde luego, en el claroscuro romántico, principalmente becqueriano. Aquí, su función es la misma que la de los tonos oscuros y plateados en ciertos grabados: resaltar las figuras. Esta estrofa (como las otras dos) recuerda un grabado o al menos un dibujo, aunque las dos primeras incluyan movimiento: dos cuerpos, tendidos bajo el follaje, a la luz pálida de la luna. Pero además la escena tiene olores, perfumes: la reseda le da su peculiar aroma; también hay una imagen importante que define la tersura de los labios

femeninos como seda. Por último, la posesión define el contenido de la estrofa; el poeta repite, emocionado:

...Temblabas y eras mía.
Temblabas y eras mía bajo el follaje espeso.

El segundo recuerdo es el de los besos íntimos. Se vuelve a encontrar la misma plasticidad, el mismo dibujo claroscuro. El ámbito ahora es otra alcoba, esta vez real, interior: su descripción está dibujada apenas por el color rojo de la seda; una lámpara sombría; una alfombra espesa. Y en esta alcoba, los amantes en la posesión:

Desnuda tú en mis brazos fueron míos tus besos...

Pero ella está humanizada, ya que no es solamente un cuerpo, una figura: la definen la melancolía y la frescura de virgen, a más del olor a reseda; tiene veinte años y los cabellos dorados. Pero nada se dice de más: es un *tú,* como en las demás estrofas, el *tú* de la lírica.

En la tercera y última estrofa, el recuerdo es el del último beso. Una sala mortuoria donde el ataúd yergue su mole negra, magníficamente resaltada por el esdrújulo central:

El ataúd heráldico en el salón yacía...

La luz también incierta y pálida; el rumor de los rezos monótonos. Y el olor de reseda y la seda, esta vez negra. La seda y el aroma de la reseda parecen ser el hilo conductor del recuerdo, de la memoria atormentada: estos dos testigos impasibles presencian tanto los besos como la posesión o la muerte. El ambiente de los tres recuerdos es distinto ya que cada uno está localizado en un espacio diferente: la selva, la alcoba del amor, el salón mortuorio; los dos primeros son del tiempo del amor, el último del tiempo de la muerte. Pero los tres poseen mucho en común: una pareja humana, un olor, una tela. Lo físico, lo exterior, no cambia, pero en cambio la muerte ha cambiado radicalmente lo humano. Y el dramatismo del poema consiste en esta mutación en medio de la permanencia: las cosas permanecen; los hombres se marchan, mueren. El paso del tiempo degrada.

El poema es un acierto en todo sentido: rítmico, arquitectónico, sentimental. Toda una historia de amor y muerte apretada en tres estrofas de nueve versos, con caprichosa y difícil versificación. Tal vez la economía verbal, la ausencia de retórica o de palabras innecesarias, la precisión de lenguaje y de construcción sean lo que más contribuye a hacer de este atado de palabras un poema soberbio.

Señalemos tan sólo un detalle estilístico para terminar: se trata del empleo continuado del esdrújulo que, sin embargo, no se hace notar:

Una errante luciérnaga alumbró nuestro beso,
La selva negra y mística fue la alcoba sombría...
Entre las nieblas pálidas la luna aparecía
Apenas alumbraba la lámpara sombría
¡Ah, de la noche trágica me acuerdo todavía!
El ataúd heráldico en el salón yacía,
¡Sintió como a distancia los monótonos rezos!
Tú, mustia, yerta y pálida entre la negra seda,
Perfumaba la atmósfera un olor de reseda,
un crucifijo pálido los brazos extendía
¡y estaba helada y cárdena tu boca que fue mía!

Cada uno de estos versos es un acierto indudable, un certero logro rítmico: uno pone de relieve la luminosidad de la luciérnaga; otro, el ambiente raro de la entrega amorosa; otro, la trágica mole del ataúd; otro, remeda vagamente confusa letanía ritual; otro resalta el cuerpo en el ataúd; los últimos, el penetrante aroma, el color del crucifijo que extiende los brazos como para arrebatar patéticamente el alma de la muerta, cuya boca vital y hermosa está ahora "helada y cárdena"; color, luz, grandes sentimientos, volúmenes, aromas... el esdrújulo, manejado con mano maestra, como tal vez no lo había sido antes en castellano, desde don Luis de Góngora, despliega aquí sus amplias posibilidades poéticas [18], dándonos también una muestra de lo que era capaz el poeta bogotano en sus mejores momentos.

Pero es el "Nocturno" siguiente el gran poema silviano, como es también el gran poema colombiano y quién sabe si latinoamericano. Sin este poema la obra de Silva se hubiera perdido, ahogado entre la multitud de versos que escribieron docenas y docenas de poetas olvidados, unos en imitación de los parnasianos, otros, de los primeros y últimos románticos de España y Francia, otros, muy pocos, de los simbolistas. Si José Asunción es uno de los grandes poetas de la literatura latinoamericana, se lo debe a este poema inagotable. El "Nocturno" es poema último en el sentido de que corona, completa, acaba una obra poética. Es último, y los demás poemas son anteriores, en una perspectiva ascensional.

El "Nocturno" constituye lo que podría llamarse un concierto vocálico. Los acentos recorren, como la mano por el piano, notas altas, resonancias profundas, prolongaciones vibrantes, pausas y silencios organizados con maravillosa precisión y eficacia poética. El verso:

[18] Desde luego, no aparece aquí otra posibilidad esdrújula, descubierta más adelante por Rubén Darío: la métrica. Como es sabido, cuando Rubén intenta reproducir la métrica latina, utiliza el viejo recurso, ya usado en el siglo XVIII por el poeta español Esteban Manuel de Villegas, de considerar el esdrújulo como un pie dactílico (ó o o), asimilando el acento a la vocal larga. Para el problema métrico, véase *La poesía de José Asunción Silva,* Apéndice: "Nota sobre la métrica silviana".

Por los cielos azulosos, infinitos y profun-
[dos esparcía su luz blanca,

comienza por un predominio del sonido *o* (por l*o*s ciel*o*s azul*o*s*o*s) seguido por un período de *i* (*i*nf*i*n*i*tos) que alterna enseguida con la *ú* (prof*u*ndos esparc*í*a s*u* l*u*z), para terminar abriéndose en la doble *a* final (bl*á*nca). En este contexto, la repetición de la *o* produce una impresión de anchura, el sonido de la *i* y el de la *u* una de altura y profundidad y la *a* una cierta sensación de expansión y así, todo el verso aparece henchido de una infinitud, de una profundidad y de una claridad admirables.

La aliteración es abundante. Podría decirse que hay en el poema como una tensión entre sonidos iguales y sonidos diferentes. Los efectos simbólicos de los sonidos son casi siempre aciertos espléndidos:

Una noche toda llena de perfumes, de murmullos y
[de músicas de alas

La repetición de la *ú* acentuada, los significados sensoriales, el contraste final con la *a* de la asonancia le dan al verso una misteriosa calidad, un particular embrujo que lo sitúa en un ámbito sobrenatural como de coro angélico o de cánticos de extraños habitantes de la noche.

Veamos otros ejemplos:

Separado de ti misma por la sombra, por el tiempo y
[la distancia

La combinación de la vocal y nasal (*om*, *em*, *an*) se repite tres veces y el efecto logrado es el de realzar el espacio de la separación por medio de un eco de prolongaciones graves, como el de una lápida sobre un sepulcro.

Los acentos también logran bellísimos efectos. En el siguiente verso se repite un intento del poema que comentamos inmediatamente antes:

Una noche,
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las
[luciérnagas fantásticas

Los acentos esdrújulos (tres esdrújulos seguidos sin cancaneo, lo cual ya es vencer un difícil obstáculo) reproducen el rápido titilar de los insectos, en medio de un ámbito extraño y electrizante, creado por la adjetivación.

Otro fenómeno rítmico fundamental y muy complejo en el poema es su *tiempo,* su andadura, difícil equilibrio entre sonido y silencio, entre avance y pausa. Con la adecuada lectura del poema se echa de ver cla-

ramente que al final de casi cada verso existe una pausa, un silencio, unos puntos suspensivos invisibles, pero no menos perceptibles que si estuvieran allí gráficamente indicados. El avanzar del poema es lento, entrecortado, suspirante, asombrado. Ello tiene varias causas. En primer lugar, una causa sintáctica: los versos están llenos de incisos, de paréntesis: parece que la línea sintáctica no avanzara, que diera vueltas sobre sí misma. Abundan las determinaciones adjetivas, adverbiales, pero el elemento verbal está alejado del sujeto. Además, la puntuación consta en general de comas, sin puntos. Todo esto, unido a causas rítmicas (el pie trisílabo regular, combinado irregularmente; la asonancia en los versos pares), crean ese paso lento, lleno de pausas y silencios, de resonancias misteriosas, de vibraciones mágicas y ecos sobrenaturales.

Sin embargo, la estructura del poema en este sentido experimenta dos aceleraciones notables. El poema se divide claramente en dos partes de aproximadamente el mismo número de versos. En la primera, la lentitud del verso describe entrecortadamente la marcha de la pareja por la llanura y la unión de sus sombras. Al llegar al final de esta primera parte, el ritmo se acelera y se rompe el pausado paso de andadura: el poeta ve las dos sombras unidas y exclama:

y eran una
y eran una
¡y eran una sola sombra larga!
¡Y eran una sola sombra larga!
¡Y eran una sola sombra larga!

Aquí no hay variación acentual o métrica; la sintaxis termina su desarrollo, cada verso acaba en sí mismo, pero parece desbordarse, insistente. El ritmo se aviva, se acelera, impulsado por la aliteración (*sol-, som-*), adquiere vehemencia. La repetición es como un "tartamudeo lírico", producido por una intensa emoción.

En la segunda parte acontece lo mismo. Desde los versos

Esta noche
solo, el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías
[de tu muerte,

hasta aquellos otros:

y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,

se vuelve a sentir ese andar entrecortado y suspirante; pero al ver su sombra, el poeta exclama

Iba sola
Iba sola
¡Iba sola por la estepa solitaria!

El ritmo vuelve a acelerarse, para conocer su punto final. Pero a partir de este momento, el ritmo se hace más vivo e inquieto; el realce del acento (en la palabra *ágil*) parece encabritar el verso

y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida;

luego sigue un remanso de dos versos lentos que constituye una translación del recuerdo al ambiente del comienzo del poema:

Como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de perfumes, de murmullos
[y de músicas de alas

Inmediatamente después, el acento se hace agudo, doblemente agudo en la reiteración de la unión y el ritmo se precipita a la exlamación final, en la que la aliteración de la *ú* marca como las cimas de una ola invasora:

se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras
[enlazadas!
¡Oh las sombras que se buscan y se juntan en las
[noches de negruras y de lágrimas!... [19]

Desde el punto de vista del contenido el poema consiste en el establecimiento de un equilibrio que se deshace a continuación y vuelve a rehacerse al final. Hay dos determinaciones temporales: la primera, "una noche", anterior; la segunda, "esta noche", presente. Pero asimismo se se encuentran tres situaciones, cada una situada en una región distinta: la unión en vida, la separación por la muerte y la reunión, no ya en la vida real, pero tampoco en la muerte.

En un ambiente de excepcional amplitud, poblado de sonidos misteriosos, de perfumes, iluminado por la intermitencia de las luciérnagas

[19] Sea ésta la ocasión de dejar en claro la deuda que los estudiosos de Silva tenemos para con mi compañero Gustavo Mejías, quien descubrió la primera publicación del "Nocturno" (véase "Notas" de este volumen) y aclaró así la confusión que nos dejaba perplejos a todos los críticos, a saber, el origen de ese (entrometido) penúltimo verso que aparecía inexplicablemente en tantas y tantas ediciones:

¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con
las sombras de las almas!...

Ahora ya sabemos que el verso viene de la primera publicación, 1894, pero que no aparece en el manuscrito. Creo que el manuscrito es una versión posterior, más depurada, de la primera publicación.

y por la lívida claridad de la luna, dos figuras, la una ceñida estrechamente a la otra y transida de presentimientos, caminan tan lentamente que casi están quietas. Las sombras se juntan y se hacen una sola. El poema entonces se desborda a impulsos de la emoción producida por la unión de las sombras. Las sombras se han unido en la noche nupcial. Un fino simbolismo recorre la primera parte: la boda de las sombras. Ya no es la cercanía de los cuerpos; estamos en el plano de la delgadez, la evanescencia. La pareja se une en un ambiente matizado de irrealidad, de vaguedad y de misterio.

De este recuerdo pasa el poema a un presente inmediato y determinado. Este momento está lleno de "infinitas amarguras y agonías". Una figura solitaria atraviesa la llanura; han desaparecido las determinaciones ambientales de la primera parte. Lo que antes estaba lleno de júbilos misteriosos, ahora es "negro", hostil. Los sonidos, las músicas de alas, son ahora ruidos muy distintos: aullidos de perros y croar de ranas. La imagen de la amada muerta, el frío de su cuerpo, son los recuerdos que asedian al poeta.

Recordemos ahora que en esta imagen, en la cárdena boca de la muerta, terminaba el anterior "Nocturno". La muerte triunfaba allí totalmente de la vida.

El poeta se mira así, solitario: la soledad le obsesiona y repite: "solo", "solo y mudo"; la sombra va "sola", "por la estepa solitaria".

Entonces, con soltura de hada, con ademán de espíritu, de gracia, sin el peso del cuerpo, la otra sombra aparece y, abandonando los cuerpos a su vida y su muerte, las sombras se enlazan y se hacen una y la emoción se desborda, incontenible, en una especie de éxtasis.

El poema se instala franca y decididamente en la irrealidad, rompiendo toda convención "natural". La unión se realiza en el mundo de la fantasía, sin ninguna concesión racionalista. El poeta trasciende la muerte y elude la imposibilidad física. Y ello es lo que definitivamente eleva el poema y le da todo su inmenso valor poético, al desplazarlo hacia ese mundo ultranatural, misterioso, que no debe asociarse con el más allá religioso, a mi ver, sino con el afiebrado irrealismo del visionario.

Desde luego, este motivo, que podría llamarse "amor más poderoso que la muerte" cuenta con antecedentes tradicionales [20]. Pero estos antecedentes se relacionan más bien con el milagro o tienen matices o legendarios o intervención sobrenatural. Aquí todo es más simple, pero no dejan de existir analogías con el irrealismo religioso o meramente legendario de poemas antiguos.

[20] Por ejemplo, en el romancero medieval, el hecho de que la tumba de los enamorados broten rosales o se eleven aves que representan las almas, es bastante conocido. Concretamente, uno de estos romances se titula "Amor más poderoso que la muerte".

Yo creo que aquí Silva se aproxima francamente al irrealismo moderno. Por primera vez en la literatura colombiana y tal vez en la latinoamericana, la realidad es vencida no religiosa sino fantásticamente, sin concesiones racionalistas. Y eso tal vez es la mayor aportación silviana a esas literaturas: la inauguración de lo que Hugo Friedrich ha llamado precisamente la lírica *moderna* [21].

En la siguiente sección del libro, se abarcan distintos temas como corresponde simbólicamente a la diversidad de la vida. Destaquemos aquí poemas como "Un poema", en el que Silva nos muestra su lúcida conciencia poética; el titulado . . .? . . ., turbador poema sobre el misterio cósmico; "Vejeces", en donde el poeta canta su "hondo cariño" por el pasado colonial idealizado y aristocrático [22].

En la última sección, cuyo título "Cenizas" ya revela todo el pesimismo y desengaño que va inundando la obra silviana, se destaca especialmente el poema "Día de difuntos", tanto por sus logros formales cuanto por su visión pesimista de la vida y el tiempo humanos. Desde el punto de vista métrico y rítmico, este poema nos muestra el experimentalismo de Silva quien, con un éxito tan definitivo y rotundo en el "Nocturno", intenta aquí nuevas conquistas en cuanto al ritmo imitativo, la combinación de metros largos y cortos que obedecen a necesidades internas del poema. Los bruscos cambios de metro, de acentos y de rimas, además del encabalgamiento, realzan bien el sonido doble de las campanadas. Para lograr esta armonía imitativa, Silva tenía que romper la rigidez métrica tradicional. Así, hay versos de ocho, dieciséis, catorce, once, nueve, doce, seis y siete sílabas, es decir polimetría, procedimiento no extraño a la poesía romántica.

El otro libro unitario, aunque nacido en condiciones y con intenciones muy distintas, es *Gotas amargas,* de contenido satírico. Existen otros poemas satíricos de Silva no incluidos en las *Gotas* (por ejemplo "Psicopatía", de *El libro de versos*), pero el núcleo de la sátira silviana está constituido por las trece "gotas". El propio poeta no daba mucha importancia a estos poemas, al parecer, e incluso se deduce que no los consideraba dignos de su talento poético. Su amigo y mentor Sanín Cano nos dice al respecto en sus conocidas "Notas":

> De estas poesías quiso José Asunción hacer un cuerpo aparte. No consintió que vieran la luz pública. Rehusó siempre considerar el proyecto de sacarlas en libro, como se lo pidieron muchos amigos. Las miraba con cierto desdén altivo.

Además, en uno de los textos en prosa, "La protesta de la Musa", puede verse la condena de la sátira como forma poética: un poeta satírico

[21] Hugo Friedrich, *Estructura de la lírica moderna,* Barcelona, Seix Barral, 1974, 2ª ed.

[22] Más adelante comentaremos los dos primeros.

lee su libro; se le presenta la Musa y le reprocha haber utilizado "las formas sagradas, los versos que cantan y ríen" para remover "cieno y fango donde hay reptiles" que ella detesta. Al final, después de la indignada protesta, la Musa se aleja y el poeta "con la frente apoyada en las manos, sollozó desesperadamente".

En verdad, estos poemas no tienen valor poético y debe considerárseles más bien como una denuncia abierta, como un grito de rebeldía contra la sociedad que rodea al poeta, contra la mezquina realidad local, la simulación, las convenciones, la inautenticidad de la vida de esa clase que empieza a ser burguesía sin dejar de ser arcaica, colonial y provinciana.

La sátira abarca temas tales como la literatura de la época, a la que Silva califica como "sensiblerías semi-románticas"; la afectación intelectual; los poetas "grandiosos y sibilinos"; los lectores que confunden la literatura con la vida; las convenciones sociales, morales y sexuales; las creencias religiosas de su sociedad y de su tiempo. Puede verse también en estos poemas un eco del conflicto ideológico de la clase dirigente latinoamericana y colombiana en particular durante buena parte del siglo XIX: el choque entre el positivismo y el pensamiento tradicional, por una parte y del positivismo con el espíritu romántico, por la otra [23]. La ciencia, como representante de la verdad objetiva, frente a la filosofía, el arte, las convenciones sociales, como representantes del idealismo [24].

Realmente todos estos conflictos van naciendo con la implantación progresiva del orden capitalista con todas sus consecuencias: degradación de las relaciones humanas y de las condiciones de vida de la antigua sociedad colonial y rural; insuficiente modernización y subdesarrollo, agudización de las diferencias de clase, proletarización y aburguesamiento, etc. Silva capta claramente esta invasión con toda la repugnancia de su espíritu aristocrático y refinado; él la ve como un triunfo del "materialismo", en el sentido de antiespiritualismo. Así, hay un doble conflicto: ante la vaciedad retórica y superficial de la vieja cultura, surge el positivismo como método científico; pero al imponerse paso a paso la concepción burguesa y capitalista dependiente, surge la protesta contra esa pretendida ciencia antiespiritualista, materialista, deshumanizadora. Veamos ejemplos. El primero se titula "Psicoterapéutica",

[23] Se describe este conflicto en *La poesía de José Asunción Silva,* págs. 66 y ss.

[24] El historiador Jaime Jaramillo Uribe resume así parte de la cuestión: "En una forma muy general puede decirse que desde fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, todo el pensamiento colombiano político, filosófico, pedagógico y social estaba más o menos impregnado de espíritu positivo, si por tal entendemos no una posición filosófica en sentido estricto, sino la reacción contra una cultura intelectual demasiado especulativa y verbalista y la orientación del espíritu moderno hacia la experiencia y el contacto directo con la naturaleza" *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá, Editorial Temis, 1964, pág. 442. Véanse también las págs. 176 n., 256, 446.

y es una arremetida contra las convenciones y contra lo que se podría llamar el "idealismo" (por contraposición a lo que Silva llama el materialismo"):

Si quieres vivir muchos años
y gozar de salud cabal,
ten desde niño desengaños,
practica el bien, espera el mal.
Desechando las convenciones
de nuestra vida artificial,
lleva por regla en tus acciones
esta norma: ¡lo natural!
De los filósofos etéreos
huye la enseñanza teatral
y aplícate buenos cauterios
en el chancro sentimental.

Claramente este poema contiene una sátira positivista, especialmente en su exaltación de lo natural. Pero también contiene algo que nunca deja de aparecer en la obra de Silva: la visión pesimista y desilusionada de la vida, de la sociedad. El poema, desde luego, es satírico, pero trasluce ese constante y dolorido desengaño.

En "Filosofías" esta visión pesimista abarca todos los aspectos de la vida: convenciones sociales, arte, religión, trabajo, filosofía, etc. Por ejemplo, la religión tratada curiosamente en términos económicos capitalistas:

(. . .) sé creyente, fiel, toma otro giro
y la razón prosterna
a los pies del absurdo, ¡compra un giro
contra la vida eterna!

Págalo con tus goces; la fe aviva;
ora, medita, impetra;
y al morir pensarás: ¿y si allá arriba
no me cubren la letra?

Sin embargo, esta ironía de origen positivista pronto se ve reemplazada por una denuncia vigorosa y exaltada de esa invasión "materialista" que conlleva el positivismo y el afianzamiento del modo capitalista y burgués de vida. En su poema "Futura", satiriza ese porvenir sin idealismo alguno; en el siglo XXIV, se venera al

(. . .) fundador
de la más grande de las obras
de nuestra santa Religión.
Eterna gloria a su divisa,
eterna gloria al redentor,
que con su ejemplo y sus palabras
el idealismo derrotó.

El personaje es el "ventripotente y bonachón" Sancho Panza.

Esta denuncia es aún más clara en varios pasajes de la novela *De sobremesa,* en los que Silva define la realidad de su tiempo y su contorno, "la vida burguesa sin emociones y sin curiosidades" en ese "fin de siglo angustioso":

> ¡(...) la villanía de los cálculos y de las combinaciones que harán venir a las manos y acumularán en el fondo de los cofres el oro, esa alma de la vida moderna!

Silva se coloca decididamente del lado del idealismo, por oposición al espíritu burgués. Esto no se debe olvidar al considerar su actitud ante el positivismo, al cual utiliza como una arma contra la simulación, la hipocresía y la inautenticidad. Para él, la realidad verdadera es un más allá misterioso, no religioso, al cual se encamina en el "Nocturno" y que en la última página de *De sobremesa* es aludido con claridad y convicción al referirse a la idealizada muchacha muerta:

> Tal vez no hayas existido nunca y seas sólo un sueño luminoso de mi espíritu; pero tú eres un sueño más real que eso que los hombres llaman la Realidad. Lo que ellos llaman así, es sólo una máscara oscura tras de la cual se asoman y miran los ojos de sombra del misterio, y tú eres el Misterio mismo.

Tal irrealismo, tal contradicción irreductible, parece ser el sino de estos poetas desgarrados por la historia. Pero también es un comienzo, anuncio de una búsqueda de la verdad histórica futura.

Los poemas dispersos, recogidos con el título de *Versos varios* (y cuyo número en esta edición pretendemos fijar, así como su texto, excluyendo apócrifos e incluyendo, por el contrario, poemas no recogidos en otras ediciones), son traducciones y versiones de poemas europeos (franceses en su gran mayoría), poemas juveniles y unos pocos posteriores a *El libro de versos.*

El estilo de Silva se puede definir por su particular actitud ante la realidad. Tres modalidades estrechamente unidas entre sí y a veces difícilmente separables pueden determinarse: en primer término, un proceso de *desrealización;* luego, una *dignificación* de la realidad y por último una orientación decidida hacia una dimensión *irreal.* En esta poesía, como en la de muchos de los poetas modernistas, existe un distanciamiento progresivo de esa realidad inmediata, local, tan negativa y prosaica.

Un curioso poema resume con precisión admirable los elementos más importantes de la poesía silviana. El poeta presenta en alejandrinos pareados, flexibles y elegantes, el proceso de composición y los elementos de un poema suyo, arrojando al final un dardo satírico a la crítica lite-

raria. El poema se titula así, simplemente: "Un poema". Al leer las referencias al "arte nervioso y nuevo" no se puede dejar de pensar en el papel de precursor e innovador de la "nueva poesía y especialmente de la métrica y el ritmo ("llamé a todos los ritmos"). Con la mención del tema, vienen a la memoria inevitablemente los "Nocturnos" II y III, los de "la historia triste, desprestigiada y cierta" de la mujer "hermosa, idolatrada y muerta". Nótese también ese mundo lujoso y aristocrático ("huyendo lo servil") que brilla entre las estrofas ("frenos áureos", "soneto rey", rimas "de plata y de cristal"), tanto en lo material como en un plano exótico de refinamiento y sensualidad ("olor de heliotropos", "caretas negras de raso y terciopelo"). Por otra parte, el "carácter trágico, fantástico y sutil", la "música extraña", los "sentimientos místicos", nos orientan hacia lo desconocido, hacia una dimensión en que las categorías de lo "real" son insuficientes. Un pareado de este poema resume un rasgo fundamental del estilo silviano:

Dejé en una luz vaga las hondas lejanías
llenas de nieblas húmedas y de melancolías.

Inicialmente en el mundo poético de Silva aparece la realidad iluminada por una luz vaga; en ella sólo se divisan con claridad algunas lejanas hondonadas y cumbres, de las que penden jirones de niebla entre manchas de sombra, ondeantes como ese verso soberbio, magistral en su acentuación esdrújula y grave. Poesía de luz crepuscular o vespertina, como dijo Unamuno: "Silva canta como un pájaro, pero un pájaro triste, que siente el advenimiento de la muerte a la hora en que se acuesta el sol".

En "La voz de las cosas" menciona con atemperada vehemencia los elementos anhelados para su mundo poético: "frágiles cosas", "pálido lirio que te deshojas", "rayo de luna", "pálidas cosas", "fantasmas grises", "sueños confusos", "ósculo triste" que las cosas dan al alma "entre las sombras". Es decir, aquello que tenga la calidad de la delgadez, la delicadeza, lo vago, lo sutil. Este poema pertenece temáticamente a la más pura tradición romántica, y recuerda la poesía de Bécquer con cierta insistencia.

Las cosas hablan a Silva, pero sólo las cosas "leves", vagas, como el liquen y el musgo; y además, lo hacen con "voz secreta", como vimos en "Al pie de la estatua", o como dice en "La ventana", al hablar del poeta, "para quien tienen una voz secreta / los líquenes grisosos. . ." En cambio las cosas llenas de fortaleza física, mineral, en toda su inmutabilidad y su permanencia, se contraponen a la frágil y perecedera existencia humana; contemplan impasibles el afán temporal del hombre:

¡Ay! todo pasará: niñez risueña,
juventud sonriente,
edad viril que en el futuro sueña. . .

Tal vez mañana
cuando de aquellos niños queden sólo
las ignotas y viejas sepulturas,
aún tenga el mismo sitio la ventana.

Los sentidos aprehenden un mundo físico exterior determinado por la vaguedad y la imprecisión. Así, la vista se posa sobre las sombras, sobre una materia oscura o apenas iluminada por una tenue luz que batalla con la penumbra. Los paisajes con sombreados, penumbrosos, en el crepúsculo o bajo la luz lunar, como vemos en los "Nocturnos" o en otros muchos poemas, de los cuales sólo daremos aquí un ejemplo extremado: [25]

La luz vaga... opaco el día,
(...)
por el aire tenebroso ignorada mano arroja
un oscuro velo opaco de letal melancolía,
y no hay nadie que, en lo íntimo, no se
[aquiete y se recoja
al mirar las nieblas grises de la atmósfera
[sombría,
y al oír en las alturas
melancólicas y oscuras
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
con que suenan las campanas...

Y más adelante insiste:

Y hoy, día de muertos, ahora que flota,
en las nieblas grises la melancolía,
en que la llovizna cae, gota a gota,
y con sus tristezas los nervios embota,
y envuelve en un manto la ciudad sombría...

("Día de difuntos")

La insistencia en la nota sombría, nebulosa, oscura, es casi obsesiva: en diecisiete versos encontramos doce palabras que determinan el ambiente, haciéndolo vago y oscuro (y de paso logrando una precisa matización del clima de tantos días bogotanos).

Los ambientes interiores, los objetos y hasta los espíritus, también suelen encontrarse en la penumbra, y la luz siempre se ve disminuida, atenuada:

[25] En este caso, como en todo lo que sigue, pueden verse abundantes ejemplos en *La poesía de José Asunción Silva,* de cuyo capítulo "El Estilo" es una reducción y adaptación lo que sigue.

Astros que en abismos ignotos
derramáis resplandores vagos...
Velada por las nubes pasa la luna...

Además, la sombra no es sólo un elemento del mundo físico; simboliza también el pasado y la muerte:

Lejos del mundo, bajo la oscura tierra
donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están.

Es significativo, en este sentido, el verso de "A un pesimista":

Hay demasiada sombra en tus visiones.

Para los demás sentidos, además de la vista, también las sensaciones son vagas e imprecisas. Los murmullos, por ejemplo, ocupan primerísimo sitio en el mundo de los sonidos; no hay en él estridencias, la poesía de Silva está dicha en voz baja, "muy paso", y su oído recoge los suspiros de las cosas:

(...) la brisa ligera
lleva murmullos de vida
y olores de primavera.

El mundo poético de Jose Asunción está, en verdad, "todo lleno de murmullos", y además, estos murmullos, con toda su delgadez y sutileza, son misteriosos y vagos:

Tendrán vagos murmullos misteriosos
el lago y los juncales...

También el olfato percibe con delicadeza e imprecisión, fundiendo el mundo del olor con el del pasado, en versos como estela de humo blanco y delgado, como el camino del perfume en el aire:

La fragancia indecisa de un olor olvidado
llegó como un fantasma y me habló del pasado.

En el mundo interior también la vaguedad es el ámbito de todo elemento. Los sentimientos, los recuerdos, los sueños, en fin, lo anímico es impreciso, confuso, indeterminado.

En un poema la delgadez, la vaguedad se apuran hasta el extremo:

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
sin voz y sin color, saben secretos,
de las épocas muertas, de las vidas
que ya nadie conserva en la memoria,
y a veces a los hombres, cuando inquietos

las miran y las palpan, con extrañas
voces de agonizante, dicen, paso,
casi al oído, alguna rara historia
que tiene oscuridad de telarañas,
son de laúd y suavidad de raso.

Las cosas son viejas, no tienen voz ni color. Sus historias, raras y oscuras, las dicen con voz de agonizante, paso, casi al oído. Una rigurosa precisión de lo impreciso.

"Al oído del lector" es un poema altamente revelador, a este respecto de la vaguedad y la intederminación. Desde el título habla de ello; es el prólogo, la primera advertencia de la poesía silviana. Por eso la define bien: es una poesía literalmente susurrada "al oído del lector". Este pequeño poema resume la poética de Silva mucho mejor que el pretencioso y retórico "Ars".

No fue pasión aquello,
fue una ternura vaga...
La que inspiran los niños enfermizos,
los tiempos idos y las noches pálidas.

El espíritu sólo
al conmoverse canta:
cuando el amor lo agita poderoso
tiembla, medita, se recoge y calla.

En los primeros cuatro versos hay una definición muy precisa de toda una época de la poesía silviana.

Pero también hay en la poesía de Silva una dignificación de la realidad, además y junto a esta desrealización. Tal dignificación se lleva a cabo en dos sentidos; en primer término, encontramos una exaltación basada en valores de tipo material: el oro, la plata, las joyas, las ricas telas, etc., a través de símiles y metáforas, llevan los objetos o los rasgos humanos a un plano de lujo y suntuosidad. Sin embargo, es más significativo un segundo procedimiento de dignificación: se resaltan los valores de refinamiento sensorial, de exquisitez, de exotismo que a veces roza la perversión a lo *poète maudit*. Fundamentalmente estos prosos valorativos se realizan por medio de metáforas, comparaciones y símiles.

El mundo metafórico de Silva, en el sentido de los valores materiales, no se sale de lo manido, de ese lenguaje "preconcebidamente poético" de que habla Luis Cernuda. Por ejemplo, al referirse a la mujer, la tez es nacarada, los labios de seda o la cabellera de oro. Y precisamente el oro es un término de comparación abundante, desde la metáfora lexicalizada ("áureas arenas"), pasando por la aristocrática valoración

del soneto ("Vestido de oro y púrpura llegó el soneto rey") hasta la más significativa:

> Oh dulce niña pálida, que como un montón de oro
> de tu inocencia cándida conservas el tesoro...,

en la cual se transluce la intención satírica que relaciona el pudor y la virtud con la avaricia.

También la plata que se asocia (junto con el cristal) a ciertos sonidos, o el nácar, el ópalo, el armiño, los encajes... Todos estos términos de comparación dignifican la realidad según unos valores materiales comunes y no ofrecen, a nuestro juicio, cosa distinta de la oportunidad de mostrar que en el sistema axiológico de Silva actúan frecuente y positivamente.

Mucho más interés ofrece otro grupo de comparaciones y metáforas que, como decíamos, ponen de relieve cualidades de mayor sutileza y refinamiento. Sin embargo, los límites entre el presente campo axiológico y el mencionado inmediatamente antes son bastantes indefinidos, como se puede ver por los siguientes versos en los que se funde el refinamiento sensual y el valor material de manera difícilmente separable:

> Complacido en mis versos, con orgullo de artista,
> les di olor de heliotropos y color de amatista...

Las flores prestan su belleza a los hombres y los instrumentos legendarios, que simbolizan músicas extrañas, dan a estos ambientes o sensaciones, hermosura, tristeza, amabilidad o misterio, como el laúd, la mandolina, el arpa, los violines, etc.

Exotismo, influencia de las lecturas de Baudelaire, cierto morboso gusto que apuntaba en Silva, pueden tal vez explicar curiosas referencias de sus versos. Tal vez nunca antes en la poesía colombiana (tan sana, tan ordinaria, tan conservadora) se había oído una valoración basada en la enfermedad:

> fue una ternura vaga...
> la que inspiran los niños enfermizos,
> los tiempos idos y las noches pálidas.

Tampoco se había oído nunca, seguramente, que el lirio o el rayo de luna dieran al alma del poeta un

> Osculo triste, suave y perverso...

Silva, así, expresa su creciente afán por rehuir lo real, lo cotidiano y por aproximarse a un mundo fantástico.

> En Silva, hay algo que nos llama inmediatamente a un mundo extraño, alucinado, vibrante, distante de la vida ordinaria (...). Es éste, sin duda, un nuevo ambiente, un aire distinto, que se respira sólo en un segundo plano de sensibilidad. [26]

Esta última etapa de irrealidad, fantasía y misterio, significa una intensificación de las anteriores. En vez de desrealizar la realidad o de dignificarla, se la niega como tal realidad. Se abandona el plano de lo normal o lo cotidiano; tampoco no hallamos en el de lo vago o indeterminado; ni siquiera en el de lo fino, lujoso o exótico; se ingresa ahora a una nueva dimensión, a un mundo que no se puede conocer ni comprender ni explicar, que no se hace patente, que se diferencia de lo cotidiano, atraviesa la fantasía y se proyecta hacia un insondable vacío.

La mayor parte de las veces, un simple adjetivo basta para hacer saltar el verso a la región de la irrealidad:

> Por el aire tenebroso ignorada mano arroja
> un oscuro velo opaco de letal melancolía.

Esta *ignorada* mano nos coloca en un ámbito lleno de sobrenaturales sugerencias. En "Crepúsculo", leemos:

> de la calle vienen extraños ruidos...

y más abajo, en el mismo poema, otro adjetivo reitera e insiste sobre lo desconocido: la sombra suscita, "por los rincones oscuros", unas distancias enormes e ignotas". *Extraño, ignoto, oscuro* ... Los poemas silvianos están constantemente lanzando sus flechas hacia esa dimensión situada "más allá" de lo real.

Tal modalidad se caracteriza por una negación de determinadas categorías de la realidad, que abre un panorama cuya existencia, sin embargo, sólo se hace presente como tal existencia, ya que no es posible hallar en él más que la oscuridad que lo circunda. En palabras del poeta: un "misterioso panorama oscuro".

En primer término, como ya anotábamos, se establece un diálogo sutil entre el poeta y las cosas que rehúye, en su secreto, toda otra participación; pero no sólo hablan en secreto las cosas al poeta: sus voces también son "extrañas".

La normalidad se quiebra y aparece lo que se halla "fuera" de ella, lo que le es extraño: Cenicienta, abandonada, se queda

> Mirando los juegos extraños que hacían
> en las sombras negras los carbones rojos...

[26] Andrés Holguín, "El sentido del misterio en Silva" en *La poesía inconclusa y otros ensayos*, Bogotá, 1947, pág. 120.

La abuela mece al niño, sonriendo cariñosamente,

mas cruza por su espíritu como un temor extraño.

Una calavera

abre los ojos, sin fondo,
como a visiones extrañas.

Esta senda lleva casi sin dilaciones a las puertas del misterio, a la superación de la comprensión humana, y el poeta percibe esa "brisa que sopla, ultrahumana, desde lo desconocido", como ha dicho un crítico, cuyo roce nos da muchos de sus mejores versos.

La poesía aparece definida en varias ocasiones por ese "no sé qué", por ese algo inefable:

Para que la existencia mísera se embalsame
cual de una esencia ignota,
quemándose en el fuego del alma enternecida,
de aquel supremo bálsamo basta una sola gota.

"Las sombras de las viejas catedrales" narran "poemas misteriosos" o "leyendas misteriosas" al poeta; éste sabe la "magia soberana / que tienen las ruinas" y hará "el poema sabio / lleno de misteriosas armonías"; también ama las "sugestiones místicas y raras" de las cosas viejas; en la naturaleza sorprende "vagos murmullos misteriosos". . .

Existe un poema en la obra silviana, cuyo análisis ilustra con gran claridad todo este complejo campo estilístico. Se trata del titulado ... ? ... (*"Estrellas que entre lo sombrío. . ."*) En primer término, la insistencia y la reiteración de un grupo de palabras procedentes de una misma zona es bien significativa, como resulta evidente en la siguiente escueta lista: *sombrío, ignorado, inmenso, vacío, pálido, lejos, infinito, abismos ignotos, vagos, remotos, lejanos, fantásticos, océanos sin fin ni fondo, inciertas.* Es decir, la adjetivación del poema casi en su totalidad se coloca en un mismo campo semántico y su efecto es acumulativo. La atmósfera así creada se caracteriza por una minuciosa precisión de lo impreciso; paradójicamente, por una estrecha familiaridad con lo insólito, con aquello que se sale del familiar mundo cotidiano.

Podría pensarse que esta proyección hacia el misterio posee lejanas raíces religiosas en cuanto un mero proyectarse. Pero, a diferencia radical de la religión, la proyección que aquí vemos no encuentra un término, por indeterminado que este pueda ser. Refiriéndose a Rimbaud, Hugo Friedrich dice:

> Ni siquiera logra explicarse el motivo de su huída. Pero su obra nos muestra una correspondencia inequívoca entre su relación con la realidad y su pasión por lo desconocido. Este desconocido al que no puede darse ya ningún contenido religioso, filosófico ni mítico, es más intenso que en Baudelaire; es el polo de una tensión y, porque el polo es vacuo, repercute sobre la realidad [27].

Esta explicación bien podría servir en el caso de Silva, si bien la intensidad del conflicto, los intentos de solución artística o sus modalidades psicológicas difícilmente podrían ser motivo de comparación, entre el autor del *Bateau Ivre* y el del "Nocturno".

Silva parece haber comprendido bien uno de los problemas del arte de la época: la separación cada vez más acentuada entre el artista y su público. En *De sobremesa* escribe una frase fundamental que, además, hace patente su conciencia de estilo:

> Es que yo no quiero *decir* sino sugerir y para que la sugestión se produzca es preciso que el lector sea un artista. En imaginaciones desprovistas de facultades de ese orden ¿qué efecto producirá la obra de arte? Ninguno. La mitad de ella está en el verso, en la estatua, en el cuadro, la otra en el cerebro del que oye, ve o sueña.

En un mundo dominado por intereses pecuniarios, por la competencia, por la incultura y la vulgaridad, tal tipo de lector llega a ser, en verdad, tan escaso que a veces llega a confundirse con el propio artista, llega a ser "*mon semblable, mon frère*".

Silva parece querer seguir, por otra parte, el consejo de Mallarmé: "Excluye de tu poema la realidad porque es vulgar". Sin embargo, menester es decirlo, las analogías de la obra silviana con el simbolismo francés se limitan a ese plano general, pero de ninguna manera podrían prolongarse. Silva se halla, en mi opinión, en los umbrales de la poesía moderna, pero no es posible considerarlo un poeta de la *modernidad,* en sentido europeo. En la poesía de Silva no existe la energía destructora de simbolistas y surrealistas; él no intenta una deformación ni un divorcio total de la materia. Y no se trata tan sólo de una diferencia de grado, sino de algo mucho más esencial. Silva, y en esto podría considerársele un romántico, choca con la realidad y su única posibilidad de transponerla es la proyección de raíz religiosa que lleva a lo *sobrenatural;* los simbolistas dinamitan ese muro de lo real y abren la senda del *surrealismo.*

Silva mismo nos pone de presente su desconfianza ante el arte de los simbolistas y su nostalgia del romanticismo:

> Moriste a tiempo, Hugo, padre de la lírica moderna; si hubieras vivido quince años más, habrías oído las carcajadas con que se acompaña la lectura de tus poemas animados de un enorme soplo de fraternidad optimista; moriste a tiempo; hoy la poesía es un entretenimiento de mandarines enervados, una adivinanza cuya solución es la palabra *nirvana.*

[27] Hugo Friedrich, *op. cit.,* pág. 101.

Con ello revela su estirpe romántica y su temperamento conservador que, afortunadamente, no logró imponerse a la hora de realizar su mejor creación poética.

De sobremesa fue la última obra que escribió Silva [28]. Indudablemente, no llega a tener gran decoro novelístico. Posee, desde luego, pasajes valiosos, valores documentales muy considerables, y se adivinan, más que evidenciarse, posibilidades narrativas de mucho interés que, de haberse desarrollado, seguramente nos hubieran dado una de las grandes novelas de nuestro siglo XIX. La búsqueda del ideal que acucia al protagonista, por ejemplo; la personalidad neurótica y apasionada de este héroe dannunziano con ribetes de superhombre nietzscheano, que oscila entre la espiritualidad, el arte, el idealismo y sus ansias de dominio político, entre sus delirios de grandeza y su *snobismo,* entre su refinada vida parisiense y el sentimentalismo ingenuo y provinciano de su veneración por "su abuelita". Pero los excesos descriptivos, las pretenciones aristocratizantes, la pedantería literaria, el mal modernismo, en una palabra, que infesta la mayor parte de la novela, así como su descuidada construcción, hacen de ella una obra fallida.

El asunto de la novela es bastante simple: un rico escritor latinoamericano reúne en su casa, llena de exóticos y atosigantes lujos y de ambiente abrumadoramente refinado y recargado, a un grupo de amigos que le piden que lea los manuscritos de una obra suya en la que se desvelan misterios de su vida. El escritor los complace y comienza a leer una serie de textos, de anotaciones fechadas, como si fueran un diario, en las cuales cuenta acontecimientos de su vida sucedidos en Europa entre el 3 de junio de 189. . y el 28 de octubre del año siguiente. A veces deja de leer y se establecen pausas que son como divisiones de la obra. Se puede decir que la novela consta de tres partes principales: la primera es la ambientación y caracterización del autor en la situación posterior a los acontecimientos que relata; la novela es, pues, una especie de retroceso temporal; luego, el escritor lee una serie de anotaciones que contienen reflexiones y comentarios sobre lecturas suyas, autocaracterizaciones y soliloquios, la muerte de su santa abuela y un incidente, que da comienzo a la acción, en el cual el neurótico poeta apuñala a su amante, famosa *cocotte* parisina y huye a las montañas suizas. Allí,

[28] Su mentor literario, Sanín Cano, nos cuenta en sus "Notas": "Silva había estado escribiendo febrilmente varias semanas antes de su muerte para poner en firma definitiva su novela *De sobremesa.* El manuscrito, casi terminado, consta de dos partes. La primera, que contiene rasgos suntuosos de un talento completo, encierra la sustancia de una serie de novelas cortas escritas antes de 1849 y que desaparecieron en el naufragio del *Amérique,* en 1895. La otra parte, la final, está premurosamente ejecutada. Parece obra de otro autor. La descripción de unos amores abruptos en París es inferior a la fortaleza física de Silva. El fragmento sobre la locura y el suicidio incrustado en la novela, con otros bocetos de data anterior, fue escrito en 1892, al recibirse en Bogotá la noticia de que Maupassant se había vuelto loco. Esas reflexiones no le fueron sugeridas a Silva por el temor de perder el juicio, sino por el hecho de haberlo perdido Maupassant".

en Interlaken, en contacto con la naturaleza, comienza a elaborar una curiosa utopía, de corte fascista *avant la lettre* para su país, al que piensa modernizar y conducir por la senda del progreso. Una vez enterado de que la puñalada que asestara a Lelia Orloff no ha tenido consecuencias, viaja a Ginebra y allí, en un hotel, encuentra repentinamente, a un viejo y elegante señor que viaja en compañía de su joven hija, llamada Helena. El poeta repentinamente se enamora de ella y de noche le envía a través de la ventana un ramo de flores; ella le devuelve un ramo de rosas, pero al día siguiente, él se entera de que se han marchado con destino desconocido. Locamente enamorado, el poeta parte en su búsqueda. Este encuentro y la búsqueda subsiguiente de la amada constituyen la tercera parte de la novela, junto a otros acontecimientos que luego mencionaremos.

Así, después de esa especie de prólogo, la novela se compone de episodios sin otra unidad que el hilo autobiagráfico; pero luego, con el hallazgo de la muchacha, cobra unidad y se convierte en una búsqueda de la amada idealizada. Este motivo tan wagneriano, tan romántico, es el que vertebra la novela: el héroe en busca del ideal, a través de obstáculos, tentaciones, enfermedades. Pero ahí terminan las analogías. El protagonista es un héroe modernista y su búsqueda se resuelve finalmente en su sofisticado refugio de aristócrata criollo nostálgico que divierte a sus amigos con el recuento de su aventura.

Pero, además, la novela está llena de descripciones, de reflexiones, aventuras amorosas, disquisiciones literarias, artísticas, científicas que vale la pena mencionar en conjunto brevemente.

El protagonista es modelo acabado de héroe modernista, si es que existe tal figura literaria o real. José Fernández es una especie de superhombre, pero lleno de todas las debilidades, neurotismos y languideces fin de siglo. Es un superhombre, se podría decir, pero "humano, demasiado humano". Riquísimo propietario latinoamericano, poeta refinado, *bon vivant, rastaquoère,* europeizado, aristócrata de gustos y maneras, soñador en pugna con su mezquino medio natal, al cual sin embargo pretende redimir por la fuerza de su riqueza y su inteligencia, bello, culto con una cultura diletante y dispersa, amoral, don juan, pedante, protofascista, es también y sin darse cuenta, sentimental, infantil, ingenuo y cursi a pesar suyo. Y, como estos contrastes no son, a mi juicio, voluntarios por parte del autor, en vez de sintetizar una personalidad, se contradicen irreductiblemente. Por ejemplo: este refinadísimo lector de Baudelaire, de Barrés, de la Bashkirtseff, Sully Prudhomme y demás "raros"; este estudioso del latín, el griego, la filosofía y la ciencia, que es sorprendido por su amante, Lelia Orloff, en la siguiente escena:

> (. . .) entrándose en puntas de pies, se me acercó por detrás y me cerró con las manos blandas y suaves los ojos que leían en ese momento una página de Spinoza. . . ;

este intelectual, no puede ocultar su admiración por los versos ¡de Núñez de Arce! o las novelas de Pereda. Y en otro orden de cosas, este poeta maldito que abusa del opio, las orgías, las *cocottes*, adúltero don juan descreído y hombre de mundo aristocrático parisino, reacciona ante la muerte de "su abuelita" como cualquier escolar de provincias.

Es más importante, pues, José Fernández por lo que tiene de representatividad histórico-cultural que como creación literaria. Es, indudablemente, la encarnación de muchos de los sueños, aspiraciones y fracasos del propio Silva, quien llega a incluir detalles autobiográficos, personajes y acontecimientos reales. Pero no se debe olvidar la intención del autor de crear una figura imaginaria, literaria [29].

Es importante resaltar a Fernández como héroe modernista, sobre todo en ese afán europeísta, en ese malestar que experimenta respecto a su realidad local, en ese *snobismo* y en esa pedantería con que revela su inseguridad en el campo de la cultura. José Fernández es Silva, pero también es Rubén Darío y hasta Vicente Huidobro. Encarna esas ansias de participar, de pertenecer a ese mundo de la cultura, el arte, la gran burguesía europea, la aristocracia, si fuera posible. De sus ansias lo sabemos todo. De su obra no sabemos nada. Y esto último es lo que verdaderamente importa en el caso de los modernistas. Su desarraigo social y nacional, sus irreductibles contradicciones entre el subdesarrollo y el esplendor imperial del declinar de siglo; su mal oculta inquietud ante el desarrollo capitalista, la decadencia aristocrática, la degradación del espíritu. . . Sus sueños infantiles de dominios y "progresos" fascistoides, su adolescente búsqueda del ideal, todo ello lo hace una imagen extremada de cierto intelectual latinoamericano de la época y aún de nuestro tiempo, que se debate entre límites como el de un Martí, en el pasado y el de un Mariátegui en el futuro. Fernández es la réplica conservadora, aristócrata, *snob* y mediocre de un César Vallejo.

Otros personajes de la novela son más bien tipos, encarnaciones de ideas o de actividades, sin vida propia; con todos sus defectos, Fernández resulta ser una creación llena de posibilidades no suficientemente aprovechadas. Tal vez con un tratamiento un poco más crítico, posiblemente irónico, José Fernández sería ahora uno de los grandes personajes de la novela latinoamericana. Para terminar, digamos que su representatividad histórico-social se condensa tal vez en un rasgo, que el autor acentúa particularmente: su ansia de totalidad, su afán indiscriminado de poseerlo todo, de saberlo todo, como los pueblos jóvenes y dominados que aspiran a ser como sus dominadores:

[29] La "falacia autobiográfica" ha presidido la lectura de *De sobremesa*, hasta llegar a extremos tales como el de Sanín Cano cuando dice: "La descripción de unos amores abruptos en París es inferior a la fortaleza física de Silva" (!).

(. . .) Como me fascina y me atrae la poesía, así me atrae y me domina todo, irresistiblemente: todas las artes, todas las ciencias, la política, la especulación, el lujo, los placeres, el misticismo, el amor, la guerra, todas las formas de la vida, la misma vida material, las mismas sensaciones que por una exigencia de mis sentidos, necesito de día en día más intensas y más delicadas.

Como decía, los restantes personajes, no poseen vida propia. Entre ellos, hay dos interesantes, a mi juicio: el científico, el médico, en el que Silva paga tributo a su admiración y su desconfianza por el positivismo, repitiendo en esencia el esquema ya estudiado al hablar de *Gotas amargas* ("Psicoterapéutica"), y la heroína "modernista" encarnada en la escritora rusa María Bashkirtseff, romántica y moderna, consumida por la tisis mientras intenta afanosamente acumular toda la cultura y la vida, al igual que su gran admirador, José Fernández. Ella también dice: "Para ser feliz necesito TODO, el resto no me basta". Pero ella queda libre de algo que caracteriza a la época negativamente y que sí afecta profundamente a Fernández:

¡Feliz tú, muerta ideal que llevaste del Universo una visión intelectual y artística y a quien el amor por la belleza y el pudor femenino impidieron que el entusiasmo por la vida y las curiosidades insaciables se complicaran con sensuales fiebres de goce, con la mórbida curiosidad del mal y del pecado, con la villanía de los cálculos y de las combinaciones que harán venir a las manos y acumularán en el fondo de los cofres de oro, esa alma de la vida moderna!

Como se ve, aquí vuelve a plantearse la gran contradición histórica que luego iba a definir Rodó: la materia y el espíritu, Calibán persiguiendo a Ariel; contradicción que en Silva se manifiesta de varias formas, como por ejemplo entre la espiritual rusa y el médico Max Nordau [30], cuya obra arranca a Fernández sus acentos más indignados por su grosero positivismo y su ceguera espiritual:

¿Por qué has de simpatizar tú con la muerta adorable a quien Barrés venera y a quien amamos unos cuantos, ¡oh grotesco doctor Max Nordau! si tu fe en la ciencia miope ha suprimido en ti el sentido del misterio; si tu espíritu sin curiosidades no se apasiona por las formas más opuestas de la vida; si tus rudimentarios sentidos no requieren los refinamientos supremos de las sensaciones raras y penetrantes?

Habría que mencionar también a Helena, la joven idealizada; pero ella es más bien una imagen proyectada por José Fernández, una con-

[30] El "grotesco doctor alemán", Max Nordau, sabio sionista nacido en 1849 era, en verdad, austriaco.

creción de sus ansias, de su búsqueda, de su intento de escapar de un mundo materialista y degradado.

> Estoy harto de la lujuria y quiero el amor; estoy cansado de la carne y quiero el espíritu...
>
> Puesto que revestida de misterio y de más allá, entraste en mi vida, virgen inmaculada y dulcísima, nuestro amor será un éxitasis. Ennoblecidos por ti, los detalles de la existencia diaria se transfigurarán...
>
> ¡Helena! ¡Helena! Me corre fuego por las venas y mi alma se olvida de la tierra cuando pienso en esas horas que llegarán si logro encontrarte y unir tu vida con la mía...

Citemos una vez más el final de la novela:

> ...Tú no puedes morir. Tal vez no hayas existido nunca y seas sólo un sueño luminoso de mi espíritu; pero eres un sueño más real que eso que los hombres llaman la Realidad. Lo que ellos llaman así, es sólo una máscara oscura tras de la cual se asoman y miran los ojos de sombra del misterio y tú eres el Misterio mismo.

Helena es el espíritu, el amor pleno, la poesía, la pureza, la divinidad, el misterio... La contraimagen silviana se aclara y el conflicto histórico se evidencia una vez más.

Otro de los temas fundamentales de la novela, junto con el ya mencionado de la búsqueda del ideal, del espíritu, es lo que llamamos la vitalización de la cultura, estrechamente relacionado con el anterior. Más que en la "realidad", en la práctica, en la vida diaria, Fernández vive en el mundo de la cultura (arte ciencia, literatura), y una especie de "bovarismo" soterrado recorre la novela [31]. Como hemos dicho, ésta se inicia con una larga disquisición sobre la obra y la personalidad de María Bashkirtseff y el doctor Max Nordau, hecha por el escritor José Fernández, autor de dos libros de versos. Antes, en la introducción, éste entona un emocionado canto a la figura del poeta, exaltándolo y, dándonos una faceta importante de su propia personalidad que constituye, a su vez, un rasgo marcadamente modernista:

> Lo que me hizo escribir mis versos fue que la lectura de los grandes poetas me produjo emociones tan profundas como son todas las mías; que esas emociones subsistieron por largo tiempo en mi espíritu y se impregnaron de mi sensibilidad y se convirtieron en estrofas (...). Viví unos meses con la imaginación en la Grecia de Pericles, sentí la belleza noble y sana del arte heleno con todo el entusiasmo de los veinte años y bajo esas impresiones

[31] Tema que no es, en absoluto, ajeno a Silva, el cual le dedica dos poemas: "Lentes ajenos" y "Cápsulas".

escribí los "Poemas Paganos"; de un lluvioso otoño pasado en el campo leyendo a Leopardi y a Antero de Quental, salió la serie de sonetos que llamé después "Las Almas Muertas"; en los "Días Diáfanos" cualquier lector inteligente adivina la influencia de los místicos españoles del siglo XVI, y mi obra maestra, los tales "Poemas de la Carne", que forman parte de los "Cantos del más allá", que me han valido la admiración de los críticos de tres al cuarto, ¿qué otra cosa son sino una tentativa mediocre para decir en nuestro idioma las sensaciones enfermizas y los sentimientos complicados que en formas perfectas expresaron en los suyos Baudelaire y Rosetti, Verlaine y Swinburne?...

Vale cita tan larga porque en ella el poeta nos revela ese proceso de creación en "segundo grado" que es tan típico del modernismo más ortodoxo, digamos, el de *Azul, Prosas profanas,* etc. La realidad de la que parten estos poemas es una realidad "preconcedibamente poética", y entonces el poema es más bien una recreación. La literatura la cultura se hacen vida desde la que se crea y sobre la que se crea la obra poética de muchos modernistas.

Citemos aquí el caso principal de la novela: José Fernández entrevé, más que conoce, la hermosa y joven Helena Scilly Dancourt, y nunca cruza una palabra con ella; sólo recibe de ella unas rosas de té y se apodera de un camafeo que ella ha perdido. Este resulta, a la postre, la única prueba real de su existencia. Pero un buen día descubre un sucedáneo de la presencia de Helena: un retrato prerrafaelita de la madre, hecho por un pintor desconocido, que posiblemente Fernández había visto ya antes de que el médico inglés Rivington se lo enseñe. Curiosamente es otro científico, el médico francés Charvet, quien le revela la identidad de la dama del cuadro. Antes de conocer esta identidad, Fernández se dedica afanosamente a investigar a los pintores prerrafaelistas para encontrar algo sobre J. F. Siddal, autor del cuadro.

El poeta no volverá nunca a ver a Helena y venerará religiosamente la imagen artística. Naturalmente, el motivo no es nuevo, y este "culto a la virgen", por llamarlo así, tiene indudables antecedentes de tipo religioso y literario, pero en este caso ilustra bien esa distancia que existe entre "lo vivo y lo pintado", o mejor, esa identificación entre "lo pintado" y lo vivo, situada en la base de buena parte de la creación artística modernista. La vida imita al arte, como diría otro héroe modernista europeo, la cultura engendra vida, se hace vida, la realidad se edifica a partir de la cultura, la cultura, eso sí, europea, la vasta e imponente cultura extranjera y ajena sin la cual el habitante de las neocolonias siente que no tiene entidad histórica. Cuando Fernández imagina, en las montañas suizas su utopía política, desvela un momento su mentalidad colonizada al revelarnos el sentido de la transformación que sueña para su país:

> La capital transformada a golpes de pica y de millones —como transformó el Barón Haussman a París— recibirá al extranjero adornada con todas las flores de sus jardines y las verduras de sus parques, le ofrecerá en amplios hoteles refinamientos de confort que le permitan forjarse la ilusión de no haber abandonado el risueño *home*...

Técnicamente la novela adolece de grandes fallos, así como también desde el punto de vista estilístico: énfasis retórico constante que se manifiesta en el intento de fastuosidad de las descripciones, recargadas y pedantes, y en las reiterativas y declamatorias imprecaciones y apóstrofes: Fernández apostrofa (el *tú* y el *vosotros* entre grandes signos admirativos) al doctor Max Nordau, a María Bashkirtseff, a las "monstruosas máquinas de guerra" que piensa comprar para conquistar el poder en su país; a la Naturaleza; a los personajes que observa en el comedor de un hotel; muchas veces a Helena, como es natural; a la Beatriz del Dante; a los grandes artistas que no fueron prácticos; a París, al camino que lo llevará a Helena; a una actriz que le hizo trasladar su dinero a una compañía comercial en la que también lo deposita el padre de Helena; al obrero en general; a Víctor Hugo; al crítico optimista; a las piedras preciosas una a una; a su propia voz atávica y salvaje; a los patricios romanos; al cielo y a muchísimas cosas y personas más. Léase, por ejemplo, el apóstrofe al neomisticismo de Tolstoi, al teosofismo intelectual y a otras muchas abstracciones a las que el poeta envuelve "en una sola carcajada de desprecio" y "escupe a la cara"... El abuso de esta figura retórica hace la lectura de la novela dificultosa y aburrida en ocasiones.

También las técnicas dialogales adolecen de fallos tales como el tono discursivo y magistral, la longitud del parlamento sin acotaciones ni pausas y la presentación ingenua y confusa de los interlocutores; aunque también existe el intento de reproducir el habla coloquial, con intención más bien satírica.

Mencionemos asimismo un aspecto importante de la novela. Se trata de la ideología política explícita del héroe modernista, que acaso sea portavoz de su autor. Estas páginas políticas reflejan con gran claridad la ubicación de clase y la conciencia de clase de este personaje y de tantos otros como él en la Latinoámerica de fin de siglo. El plan político y económico que Fernández imagina tiene como fin, desde luego, la transformación y el progreso de su país, "modificar un pueblo y elevarlo y verificar en él una vasta experiencia de sociología experimental", como dice su autor; el sueño último es el de lograr el pleno desarrollo, el progreso material del país, lo cual producirá el verdadero fin esperado, es decir, "levantará al pueblo a una altura intelectual y moral superior a la de los más avanzados de Europa" y así, al extranjero que visite el país se le ofrecerán

nobles placeres a su inteligencia y como flor de esos progresos materiales podrá contemplar el desarrollo de un arte, de una novela que tengan sabor netamente nacional y de una poesía que cante las viejas leyendas aborígenes, la gloriosa epopeya de las guerras de emancipación, las bellezas naturales y el porvenir glorioso de la tierra regenerada.

Así, pues, el "sueño" político es, al fin de cuentas, nacionalista, pero su nacionalismo es una competencia con los modelos europeos, un proceso de imitación y emulación que, al fin y al cabo, no es nacionalismo. De todos modos, lo que importa es este deseo de participar en la historia contemporánea, de tener derecho al futuro, de transformar una realidad nacional grotesca y aberrante. Este es, a mi juicio, el mismo sueño de Martí, pero en Martí es acción política revolucionaria y en Silva mera utopía fascistoide; es también, como mero anhelo, el sueño de Rubén y también de Rodó [32] en su primacía espiritual, de tantos otros, hasta el de Sarmiento, con el que el de Fernández tiene alguna coincidencia. Es una versión del sueño histórico del modernismo, que a su vez es una versión del sueño histórico de la clase dirigente latinoamericana.

Los medios para lograr esta utopía ya no son tan admirables y generosos; al exponerlos, Fernández hace gala de cinismo, pero también de perspicacia y de realismo al describir la situación política nacional. Todo comienza en el propio Fernández, cuya fortuna acrecentada en afortunados negocios, será la base del plan; el poeta viajará a Estados Unidos a "indagar los *porqués* del desarrollo fabuloso de aquella tierra de la energía y a ver qué puede aprovecharse, como lección, para ensayarlo luego, en mi experiencia". Luego, un viaje de estudios por el país acompañado "de un cuerpo de ingenieros y de sabios que serán para mis compatriotas, ingleses que viajan en busca de orquídeas"; a continuación, una de las alternativas políticas: entrar en el gobierno, ir estudiando la administración y elaborando "un plan de finanzas nacional, que es la base de todo gobierno" y, al tiempo, fundar un partido centrista, liberal, laico, "un partido de civilizados que crean en la ciencia y pongan su esfuerzo al servicio de la gran idea". Luego, la presidencia de la república. Pero esa es una alternativa solamente. "Eso, por las buenas. Si la situación no permite esos platonismos (. . .), hay que recurrir a los resortes supremos para excitar al pueblo a la guerra". Provocando "una poderosa reacción conservadora, aprovechar la libertad de imprenta ilimitada que otorga la constitución actual para denunciar los robos y los abusos del gobierno", recurrir a "la influencia del clero perseguido para levantar las masas fanáticas, al orgullo de la vieja estirpe conservadora (. . .), al egoísmo de los ricos (. . .)", para, "tras

[32] El médico le dice a Fernández en Londres: "Francamente, ¿no cree usted más cómodo y más práctico vivir dirigiendo una fábrica en Inglaterra que ir a hacer ese papel de Próspero de Shakespeare con que usted sueña, en un país de Calibanes?". Como se ve, las figuras rodianas tienen más de un antecedente.

de una guerra en que sucumban unos cuantos miles de indios infelices (. . .), asaltar el poder, espada en mano y fundar una tiranía". Y, así, desde la dictadura absoluta que, sin embargo, conserva algo de las apariencias liberales ("el juego", como dice cínicamente), llevar a cabo la transformación científica, racional, calculada del país, hasta convertirlo en modelo de desarrollo, progreso y riqueza, en emporio de artes, letras, ciencias, en ese paraíso en el que lo material queda al servicio del espíritu, en plenitud y perfección no lograda antes.

Fernández justifica el empleo de esos medios, violentos y reaccionarios, para lograr un fin de progreso y perfección, por la situación actual del país. Así, pues, en su utopía existen dos aspectos fundamentales: la negación, que es el presente, la realidad local mezquina y ridícula, absurda e injusta; y la contraimagen, que es ese país feliz, rico y pleno. En la utopía silviana existen definidas proyecciones de la historia colombiana coetánea, así como también de la historia latinoamericana. Cuando trata de justificar la contradicción entre los medios y los fines, dice:

> Establecer una dictadura conservadora como la de García Moreno en el Ecuador o la de Cabrera en Guatemala y pensar que bajo ese régimen sombrío con oscuridades de mazmorra y negruras de inquisición, se verifique el milagro de la transformación con que sueño, parece absurdo a primera vista. No lo es si se medita. Está cansado el país de peroratas demagógicas y falsas libertades escritas en la carta constitucional y violadas todos los días en la práctica y ansía una fórmula política más clara, prefiere ya el grito de un dictador de quien sabe que procederá de acuerdo con sus amenazas, a las platónicas promesas de respeto por la ley burladas al día siguiente.

Parece indudable que aquí hay una fuerte crítica contra el régimen liberal de la Constitución de Rionegro y que Silva rinde tributo en cierta forma a Rafael Núñez, autor de la llamada Regeneración al hablar del "porvenir glorioso de la tierra regenerada". Pero su crítica va más allá y se dirige contra todo aquello que está destruyendo el "viejo régimen", sin traer nada más que miseria y desorden. Toda la realidad social, política y cultural actual puede ser negativa, por comparación con el pasado. Véase, por ejemplo, la opinión que le merecen la literatura y los movimientos sociales, la propia poesía moderna y el estado del espíritu en "nuestra época mediocre y ruin"; el anarquismo, el teatro de Ibsen, la poesía, Nietzsche, etc., son enjuiciados negativamente por Fernández en su anotación del 14 de abril.

Su visceral repugnancia ante cualquier cambio social, ante la posibilidad de una acción proletaria, le arranca las más temerosas protestas contra Nietzsche, al cual atribuye el materialismo y las convenciones sociales de la época, al sonar su "Evangelio" en el "rudimentario cerebro" del obrero "cuyas encallecidas manos hacen todavía la señal de la

cruz"; la moral de los amos: "vive más allá del bien y del mal", practicada por los obreros llevará a una situación en la cual "muertos los amos serán los esclavos los dueños y profesarán la moral verdadera en que son virtudes la lujuria, el asesinato y la violencia". El socialismo excita su retórica hasta llegar casi a la histeria y, así, habla de "la asquerosa utopía socialista que en los falansterios con que sueña para el futuro, repartirá por igual pitanza y vestidos a los genios y a los idiotas".

Nos hemos alargado tal vez demasiado en esta caracterización de José Fernández como héroe modernista y él lo hizo mucho mejor en un párrafo definitivo:

> (. . .) al entrar por primera vez a los veintiun años, corbateado de blanco y con el busto moldeado por un frac de Poole al salón donde hice mi primera conquista aristocrática, cuatro almas: la de un artista enamorado de lo griego, y que sentía con acritud la vulgaridad de la vida moderna; la de un filósofo descreído de todo por el abuso de estudio; la de un gozador cansado de los placeres vulgares, que iba a perseguir sensaciones más profundas y más finas, y la de un analista que las discriminaba para sentirlas con más ardor, animaron mi corazón que latía bajo la resplandeciente pechera, coquetamente abotonada con una perla negra.

En la historia de la novela colombiana, *De sobremesa,* de haber sido un poco más lograda, hubiera llegado a ser seguramente, junto a *María,* algunas novelas de Carrasquilla y *La vorágine* una de las grandes realizaciones del género. Desde luego, es la primera novela urbana y la mejor de las que produjo el modernismo en nuestro país.

EDUARDO CAMACHO GUIZADO

CRITERIO DE ESTA EDICION

EL PROBLEMA EDITORIAL

DESDE EL punto de vista editorial, la obra de Silva ofrece la dificultad de que el poeta, prefiriendo —como dice alguno de sus amigos— el aplauso de un selecto público de allegados a la aprobación anónima, publicó muy pocos poemas en vida. A este hecho se suma una dificultad adicional que proviene de que sólo quedan manuscritos de muy pocas de sus obras.

La obra poética de Silva puede dividirse en tres grandes grupos. En primer lugar, *El Libro de Versos,* concebido por el autor como una unidad, del que se conservan la mayoría de los manuscritos, aunque, desafortunadamente, se han perdido algunos. De estos poemas cuyos manuscritos no se conservan, algunos fueron publicados en revistas en vida del autor y así se han podido recuperar. Otros, en cambio, se han perdido definitivamente y de ellos no queda sino el título, que aparece en el índice del manuscrito. Tal es el caso de "Lloviendo y haciendo frío...", "Mañana es domingo...", "Son para ti mis versos...", "Res, non verba" y "Póstuma".

El segundo grupo de poemas lo constituyen las llamadas *Gotas amargas,* que Silva nunca quiso dar a conocer, y que según B. Sanín Cano, siempre quiso mantener aparte e inéditas. Estos poemas fueron publicados —algunos de ellos en versiones recontruidas— por los amigos del poeta varios años después de su muerte en publicaciones periódicas. De estas obras no se conservan manuscritos, y por tanto, no solamente su atribución a Silva sino también la exactitud de la versión, dependen de la buena fe y del conocimiento que de la obra de Silva tuviera quien hacía la publicación. Por ello no dejan de presentarse aquí problemas graves, como es el caso del poema *Futura,* publicado inicialmente por Sanín Cano, intelectual de credibilidad, muy cercano a Silva y conocedor profundo de su obra. Sin embargo, pocos años después, otros amigos del poeta, con las mismas características que el primero, corrigieron la versión de Sanín Cano, añadiendo algunos versos al final del poema.

Finalmente, hay en la obra poética de Silva un grupo de obras que fueron publicadas, algunas, en vida del autor, otras, por sus amigos después de su muerte.

y que se conocen bajo el título de *Versos varios*. Desde el punto de vista editorial, este grupo ofrece los mismos problemas que los anteriores, pero, a diferencia de ellos, no conforman estos poemas una unidad, sino que se trata de piezas sueltas y desordenadas en el corpus silviano. Nosotros hemos tratado de introducir un poco de claridad en la ordenación agrupando algunos poemas que debían ir juntos y, en la medida de lo posible, dándole una ordenación cronológica.

LA EDICION

Al preparar la presente edición de las obras completas de Silva nos hemos basado en la edición facsimilar del *Libro de Versos* de la editorial Horizonte, que hemos utilizado para cotejar los manuscritos. Además, hemos tratado de localizar la más antigua publicación en periódicos y revistas de cada poema. Aparte de la reproducción facsimilar de los manuscritos y de las primeras publicaciones, hemos comparado nuestra versión con algunas de las ediciones que se consideran generalmente como las más autorizadas, bien por tratarse de la primera recopilación en forma de libro de la obra poética de Silva —i.e., la edición de la Imprenta de Pedro Ortega realizada para la Casa Maucci de Barcelona en 1908 y su variante subtitulada "Nueva edición corregida" de c. 1918—, cuanto por haberse basado en los manuscritos —como ocurre con la edición de las Prensas de la Biblioteca Nacional de Colombia realizada en 1946 y las dos ediciones hechas al cuidado de don Camilo de Brigard Silva: la de Aguilar y la del Banco de la República, que generalmente se considera como la edición básica de las obras completas del poeta.

El estudio comparativo de estos textos nos ha puesto de presente la importancia del registro de las variantes que se han ido introduciendo en las diversas ediciones. Pero, teniendo en cuenta la situación especial de los originales de la obra, que hemos expuesto arriba, y que ha llevado tanto a los amigos de Silva como a los sucesivos editores a introducir variantes y correcciones en su obra, especialmente en materia de puntuación, sería prácticamente interminable un registro sistemático de las variantes por puntuación y ortografía. Nosotros hemos optado por modernizar la ortografía y la puntuación, sistematizar el uso de signos de amiración e interrogación, y en cambio, sí registrar por medio de notas explicativas las variantes más importantes. En este aspecto, creemos que, por ejemplo, en el caso de "Una Noche", la documentación que hacemos de las variantes existentes entre el manuscrito y la primera publicación contribuye a aclarar aspectos importantes.

Hemos también optado por suprimir algunos poemas atribuidos a Silva y que, siendo apócrifos, llegaron incluso a figurar en colecciones de su obra. Tal es el caso de "A ti" (de luto está vestida), del cual ya Arias Argáez había dicho que pertenecía a Diógenes Arrieta. Igualmente hemos excluido el poema "¿Que por qué no publico versos?", publicado en *El Cojo Ilustrado* de Caracas y atribuido a Silva. Fue también Arias Argáez —incidentalmente, uno de los mejores conocedores de la obra del poeta— quien señaló que este poema había sido el fruto de una travesura de Delio Seraville, aseveración que Donald McGrady ha confirmado al señalar que el poema está incluido en reproducción facsimilar del manuscrito en la edición de 1952 de la obra de este autor. También hemos excluido "En la tortura", publicado en el *Nuevo Tiempo Literario* de Bogotá, ya que en realidad se trata de un error en la armada de la revista, que juntó la primera parte de un poema de Isaacs con la última parte de *Al pie de la estatua*. Este error fue aclarado

por la propia dirección de la revista en el número del 4 de agosto de 1903 con la siguiente nota: "Por equivocación se puso en el número anterior de este periódico el final de una composición de J. A. Silva en seguida del principio de una de Jorge Isaacs. Hacemos la salvedad del caso, y nos prometemos que dentro de poco hemos de reproducir una y otra de dichas composiciones". Esta promesa no se cumplió, pero de todas maneras el empastelado poema hizo carrera, hasta el punto de que Miramón, en su libro sobre Silva lo considera uno de los mejores del autor, y algunos críticos más suspicaces —entre quienes se cuenta, sorprendentemente Donald McGrady— se lo han atribuido a la picardía de Carlos Arturo Torres, director de *El Nuevo Tiempo Literario.*

En cambio, hemos considerado necesaria la introducción de una sección en la que recogemos aquellos poemas que, por una u otra razón no hemos podido comprobar definitivamente que pertenecen a Silva, ni que son apócrifos. Se trata, pues, de una especie de limbo, producto de la falta de información sobre ciertos aspectos de la obra de Silva.

Para la edición de la novela, hemos comparado las dos primeras ediciones de Cromos con la edición del Banco de la República. En este texto también hemos considerado necesario modificar la puntuación y la ortografía, así como unificar y sistematizar las convenciones para presentación de diálogos, etc.

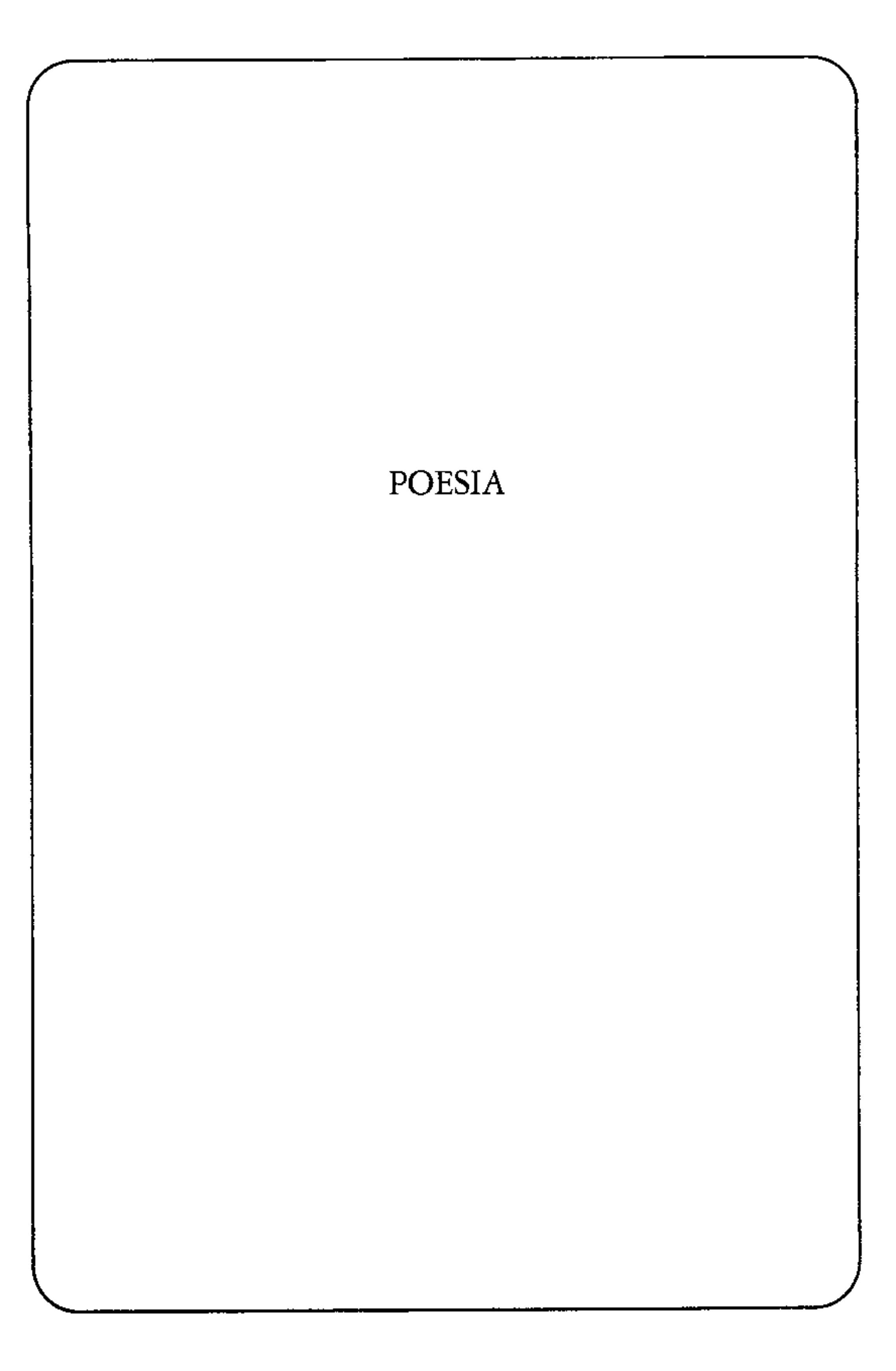
EDUARDO CAMACHO GUIZADO Y GUSTAVO MEJÍA

ABREVIATURAS UTILIZADAS

ECI: *El Cojo Ilustrado,* Caracas.
EH: *El Heraldo,* Bogotá.
EL: *El Liberal, Bogotá.*
ENTL: *El Nuevo Tiempo Literario,* Bogotá.
ETdD: *El Telegrama del Domingo,* Bogotá.
GB: *Gil Blas,* Bogotá.
LLN: *La Lira Nueva,* Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1886.
Lpt: *Lectura para Todos, Cartagena.*
LS: *La Sierra, Bogotá.*
P: *Patria,* Bogota.
PC: *Parnaso Colombiano,* Bogotá, Camacho Roldán y Tamayo, 1886.
PPI: *Papel Periódico Ilustrado,* Bogotá.
RC: *Repertorio Colombiano,* Bogotá.
RCh: *Revista Chilena,* Santiago.
RI: *Revista Ilustrada,* Bogotá.
RL: *Revista Literaria,* Bogotá.
RM: *Registro Municipal,* Bogotá

Thesaurus: Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.
U: *Universidad,* Bogotá





POESIA

EL LIBRO DE VERSOS

AL OIDO DEL LECTOR

No fue pasión aquello,
fue una ternura vaga...
La que inspiran los niños enfermizos,
los tiempos idos y las noches pálidas.

El espíritu sólo
al conmoverse canta:
cuando el amor lo agita poderoso
tiembla, medita, se recoge y calla.

Pasión hubiera sido
en verdad; estas páginas
en otro tiempo más feliz escritas,
no tuvieran estrofas sino lágrimas.

INFANCIA

Esos recuerdos con olor de helecho
son el idilio de la edad primera.

G. G. G

Con el recuerdo vago de las cosas
que embellecen el tiempo y la distancia,
retornan a las almas cariñosas,
cual bandada de blancas mariposas,
los plácidos recuerdos de la infancia.

¡Caperucita, Barba Azul, pequeños
liliputienses, Gulliver gigante
que flotáis en las brumas de los sueños,
aquí tened las alas,
que yo con alegría
llamaré para haceros compañía
al ratoncito Pérez y a Urdimalas!

¡Edad feliz! Seguir con vivos ojos,
donde la idea brilla,
de la maestra la cansada mano
sobre los grandes caracteres rojos
de la rota cartilla,
donde el esbozo de un bosquejo vago,
fruto de instantes de infantil despecho,
las separadas letras juntas puso
bajo la sombra de impasible techo.

En alas de la brisa
del luminoso Agosto, blanca, inquieta
a la región de las errantes nubes
hacer que se levante la cometa
en húmeda mañana;
con el vestido nuevo hecho jirones,
en las ramas gomosas del cerezo
el nido sorprender de copetones;
escuchar de la abuela
las sencillas historias peregrinas;
perseguir las errantes golondrinas;
abandonar la escuela
y organizar horrísona batalla
en donde hacen las piedras de metralla
y el ajado pañuelo de bandera;
componer el pesebre
de los silos del monte levantados;
tras el largo paseo bullicioso
trae la grama leve,
los corales, el musgo codiciado,
y en extraños paisajes peregrinos
y perspectivas nunca imaginadas,
hacer de áureas arenas los caminos
y de talco brillante las cascadas.
Los reyes colocar en la colina
y colgada del techo
la estrella que sus pasos encamina,

y en el portal el Niño-Dios rïente
sobre mullido lecho
de musgo gris y verdecino helecho.

¡Alma blanca, mejillas sonrosadas,
cutis de níveo armiño
cabellera de oro,
ojos vivos de plácidas miradas,
cuán bello hacéis al inocente niño!

Infancia, valle ameno,
de calma y de frescura bendecida,
donde es süave el rayo
que abrasa el resto de la vida
¡cómo es de santa tu inocencia pura,
cómo tus breves dichas transitorias,
cómo es de dulce en horas de amargura
dirigir al pasado la mirada
y evocar tus memorias!

CRISALIDAS

Cuando enferma la niña todavía
    salió cierta mañana
y recorrió, con inseguro paso,
    la vecina montaña,
trajo, entre un ramo de silvestre flores,
    oculta una crisálida,
que en su aposento colocó, muy cerca
    de la camita blanca . . .

. . . .

Unos días después, en el momento
    en que ella expiraba,
y todos la veían, con los ojos
    nublados por las lágrimas,
en el instante en que murió, sentimos
    leve rumor de alas
y vimos escapar, tender el vuelo
    por la antigua ventana
que da sobre el jardín, una pequeña
    mariposa dorada . . .

. . . .

La prisión, ya vacía, del insecto

busqué con vista rápida;
al verla vi de la difunta niña
la frente mustia y pálida,
y pensé: si al dejar su cárcel triste
la mariposa alada
la luz encuentra y el espacio inmenso
y las campestres auras,
al dejar la prisión que las encierra,
¿qué encontrarán las almas?

LOS MADEROS DE SAN JUAN

¡Aserrín!
¡Aserrán!
Los maderos de San Juan,
piden queso, piden pan,
los de Roque
alfandoque,
los de Rique
alfeñique
¡los de Triqui, triqui, tran!

Y en las rodillas duras y firmes de la Abuela,
con movimiento rítmico se balancea el niño
y ambos agitados y trémulos están;
la Abuela se sonríe con maternal cariño
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño
los días ignorados del nieto guardarán.

Los maderos de San Juan
piden queso, piden pan.
¡Triqui, triqui,
triqui, tran!

Esas arrugas hondas recuerdan una historia
de sufrimientos largos y silenciosa angustia
y sus cabellos, blancos, como la nieve, están.
De un gran dolor el sello marcó la frente mustia
y son sus ojos turbios espejos que empañaron
los años, y que, ha tiempos, las formas reflejaron
de cosas y seres que nunca volverán.
Los de Roque, alfandoque
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Mañana cuando duerma la Anciana, yerta y muda,
lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,
donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están,
del nieto a la memoria, con grave son que encierra
todo el poema triste de la remota infancia,
cruzando por las sombras del tiempo y la distancia,
¡de aquella voz querida las notas vibrarán!

Los de Rique, alfeñique
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Y en tanto en las rodillas cansadas de la Abuela
con movimiento rítmico se balancea el niño
y ambos conmovidos y trémulos están;
la Abuela se sonríe con maternal cariño
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño
los días ignorados del nieto guardarán.

¡Aserrín!
¡Aserrán!

Los maderos de San Juan
piden queso, piden pan,
los de Roque
alfandoque
los de Rique
alfeñique
¡Triqui, triqui, triqui, tran!
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

CREPUSCULO

Junto de la cuna aún no está encendida
la lámpara tibia, que alegra y reposa,
y se filtra opaca, por entre cortinas,
de la tarde triste la luz azulosa.

Las niñas, cansadas, suspenden los juegos,
de la calle vienen extraños ruidos,
en estos momentos, en todos los cuartos,
se van despertando los duendes dormidos.

La sombra que sube por los cortinajes,
para las hermosas oyentes pueriles,
se puebla y se llena con los personajes
de los tenebrosos cuentos infantiles;

Flota en ella el pobre Rin Rin Renacuajo,
corre y huye el triste Ratoncito Pérez,
y la entenebrece la forma del trágico
Barba Azul, que mata sus siete mujeres;

en unas distancias enormes e ignotas,
que por los rincones oscuros suscita,
andan por los prados el Gato con Botas,
y el Lobo que marcha con Caperucita,

y, ágil caballero, cruzando la selva,
do vibra el ladrido fúnebre de un gozque,
a escape tendido va el Príncipe Rubio
a ver a la Hermosa Durmiente del Bosque.
. . . .
. . . .

Del infantil grupo se levanta leve,
argentada y pura, una vocecilla,
que comienza: "¡Entonces se fueron al baile
y dejaron sola a Cenicentilla!

Se quedó la pobre, triste, en la cocina,
de llanto de pena nublados los ojos,
mirando los juegos extraños que hacían
en las sombras negras los carbones rojos.

"Pero vino el Hada que era su madrina,
le trajo un vestido de encaje y crespones,
le hizo un coche de oro de una calabaza,
convirtió en caballos unos seis ratones,

"le dio un ramo enorme de magnolias húmedas,
unos zapaticos de vidrio, brillantes,
¡y de un solo golpe de la vara mágica,
las cenizas grises convirtió en diamantes!"
. . . .

¡Con atento oído las niñas la escuchan,
las muñecas duermen, en la blanda alfombra
medio abandonadas, y en el aposento
la luz disminuye, se aumenta la sombra!
. . . .

¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas,
llenos de paisajes y de sugestiones,
que abrís a lo lejos amplias perspectivas,
a las infantiles imaginaciones!

Cuentos que nacisteis en ignotos tiempos,
y que vais, volando por entre lo oscuro,
desde los potentes Aryas primitivos,
hasta las enclenques razas del futuro.

Cuentos que repiten sencillas nodrizas
muy paso, a los niños, cuando no se duermen,
y que en sí atesoran del sueño poético
el íntimo encanto, la esencia y el germen.

Cuentos más durables que las convicciones
de graves filósofos y sabias escuelas,
y que rodeasteis con vuestras ficciones,
las cunas doradas de las bisabuelas.

¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas
que pobláis los sueños confusos del niño,
el tiempo os sepulta por siempre en el alma
y el hombre os evoca, con hondo cariño!

AL PIE DE LA ESTATUA

A Caracas

Con majestad de semidiós, cansado
por un combate rudo,
y expresión de mortal melancolía,
alzase el bronce mudo,
que el embate del tiempo desafía
sobre marmóreo pedestal que ostenta
de las libres naciones el escudo
y las batallas formidables cuenta;
y su perfil severo,

que del sol baña la naciente gloria,
parece dominar desde la altura
el horizonte inmenso de la historia.
Un mundo de nobleza se adivina
en la grave expresión de la escultura
que el triunfador acero a tierra inclina
con noble y melancólica postura;
y tiene el monumento soberano,
alzado de los hombres para ejemplo,
lo triste de una tumba —do no llega
el vocerío del tumulto humano—
y la solemne majestad de un templo.
Amplio jardín florido lo circunda
y se extiende a sus pies, donde la brisa
que entre las flores pasa,
con los cálices frescos se perfuma,
y la luz matinal brilla y se irisa
de claros surtidores en la espuma;
y, do bajo lo verde
de las tupidas frondas,
sobre la grama de la tierra negra,
loca turba infantil juega y se pierde
y del lugar la soledad alegra
al agitarse en cadenciosas rondas,
forjando con las risas y los gritos
de las húmedas bocas encarnadas,
con las rizosas cabecitas blondas
y las frescas mejillas sonrosadas,
un idilio de vida sonrïente
y de alegría fatua,
al pie del pedestal, donde imponente
se alza sobre el cielo transparente
la epopeya de bronce de la estatua.
Nada la escena dice
al que pasa a su lado indiferente
sin que la poetice
en su alma el patrio sentimiento...
Fija
en ella sus miradas el poeta,
con quien conversa el alma de las cosas,
en son que lo fascina;
para quien tienen una voz secreta
las leves lamas grises y verdosas
que al brotar en la estatua alabastrina

del beso de los siglos son señales,
y a quien narran leyendas misteriosas
las sombras de las viejas catedrales.
Y al ver el bronce austero
que sobre el alto pedestal evoca
al héroe invicto de la magna lucha,
una voz misteriosa que lo toca
en lo más hondo de su ser escucha
y en el amplio jardín detiene el paso.

Dice la voz de la ignorada boca
que en el fondo del alma le habla paso:
"¡Oh, mira el bronce, mira
cuál se alza, en el íntimo reposo
de la materia inerte,
y qué solemne majestad respira
la estatua del coloso
vencedora del tiempo y de la muerte!
¡Que resuene tu lira
para decir que el viento de los siglos
—que al soplar al través de las edades,
va tornando en pavesas
tronos, imperios, pueblos y ciudades—
se trueca en brisa mansa
cuando su frente pensativa besa!

"En la feraz llanura
vivió feliz el indio, cuya seca
momia, por mano amiga sepultada,
duerme en el fondo de la cripta hueca,
ha siglos olvidada.
A la orilla del lago
en donde el agua, cuando el sol se oculta,
forja un paisaje tenebroso y vago,
¡ha siglos vino hispano aventurero
atravesando la maleza inculta
a abrevar el ligero
corcel, cansado del penoso viaje,
cuyas recias pisadas despertaron
los dormidos murmullos del follaje!

"¡Como sombras pasaron!
¿Quién sus nombres conserva en la memoria?
¡Cómo escapa, perdido,
de las hondas tinieblas del olvido

un pueblo al veredicto de la historia!
¡Cuántas generaciones olvidadas,
hoy en las sombras de lo ignoto duermen,
a la fecunda tierra entremezcladas,
do el humus yace y se dilata el germen,
que no dejaron al pasar más huellas,
con sus glorias, sus luchas y sus duelos,
que la que deja el pájaro que cruza
el azul transparente de los cielos!
"¡Cuántas! Y en cambio, escucha:
¡Una sola, una sola
generación se engrendeció en la lucha
que redimió a la América Española!
¡Y legó a los poetas del futuro
más nombres que cantar, más heroísmos
que narrar a las gentes venideras,
que astros guarda el espacio en sus abismos
y conchas tiene el mar en sus riberas!

"Cuenta la grande hazaña
de aquella juventud que decidida
en guerra abierta con la madre España,
ofrendó sangre, bienestar y vida;
canta las rudas épocas guerreras,
de luchas; los potentes paladines
de cuerpos de titán y almas enteras,
que de América esclava los confines,
—desplegadas al aire las banderas,
y al rudo galopar de sus bridones—
recorrieron, llamando a las naciones
con el bélico son de sus clarines.
Y en la oda potente
que en sus estrofas sonorosas cuente
el esfuerzo tenaz, la lidia dura,
que dieron libertad a un continente
y al hispano dominio sepultura,
¡haz surgir la figura
del Padre de la Patria, cuyas huellas
irradian del pasado
en el fondo sombrío,
como en las noches plácidas y bellas
Júpiter coronado de centellas,
hace palidecer en el vacío
la lumbre sideral de las estrellas!

"No lo evoque tu acento
cuando el designio soberano toma
de redimir la América oprimida,
en la hora sublime y taciturna
en que pronuncia el grave juramento
de la cesárea Roma
en la desierta soledad nocturna;
no, cuando en el fragor de la batalla,
en sus ojos la idea,
con eléctrico brillo centellea,
mientras que la metralla
y el bronco resonar de los cañones
y el ímpetu de rayo
de los americanos batallones,
pavor y angustia extrema
siembran en los deshechos escuadrones
de los nietos del Cid y de Pelayo;
no, cuando la Victoria,
como mujer enamorada, sigue
el paso audaz de su corcel fogoso
que va a beber del Rímac en las ondas,
y se le entrega loca y lo persigue;
no, cuando brinda opima
cosecha de placeres soberanos,
a sus sentidos la opulenta Lima,
ni cuando el gran concierto
de un continente, Padre le proclama
y "árbitro de la paz y de la guerra"
y su nombre la Fama
esparce a los confines de la tierra.
No, no lo cantes en las horas buenas
en que, unido a los vítores triunfales,
vibró en su oído el son de las cadenas,
que rompió, de los tiempos coloniales:
cántalo en las derrotas,
en la escena de grave desaliento
en que sus huestes considera rotas
por las hispanas filas,
y perdida la causa sacrosanta,
y una lágrima viene a sus pupilas,
y la voz se le anuda en la garganta,
y recobrando brío,
y dominando el cuerpo que estremece
de la fiebre el sutil escalofrío,
grita: "Triunfar".

Y la tristeza exalta
de tenebrosa noche de septiembre
cuyos negros recuerdos nos oprimen,
en que la turba su morada asalta,
y femenil amor evita el crimen
infando. . . Y luego cuenta
las graves decepciones
que aniquilan su ser; las pequeñeces
de míseras pasiones,
que, por el campo en que soñó abundante
cosecha ver de sazonadas mieses,
van extendiendo míseras raíces
en torno —cual la yerba
que el vigor de los gérmenes enerva
y mata, al envolverlos en sus lazos—.
Di su sueño más grande hecho pedazos.
¡Di el horror suicida
de la primera contienda fratricida,
en que, perdidos los ensueños grandes
de planes soberanos,
las colosales gradas de los Andes
moja sangre de hermanos!
Oh! di cuando clarea
el misterioso panorama oscuro
que ofrece a sus miradas el futuro,
y con sus ojos de águila sondea
hasta el fin de los tiempos, y adivina
el porvenir de luchas y de horrores
que le aguarda a la América latina.
Di las melancolías
de sus últimos días
cuando a la orilla de la mar, a solas
sus tristezas profundas acompaña
el tumulto verdoso de las olas;
¡cuenta sus postrimeras agonías!
"Otros canten el néctar
que su labio libó: di tú las hieles;
tú que sabes la magia soberana
que tienen las ruïnas,
y al placer huyes, y su pompa vana,
y en la tristeza complacerte sueles,
di en tus versos, con frases peregrinas
la corona de espinas

que colocó la ingratitud humana
en su frente, ceñida de laureles.
y haz el poema sabio
lleno de misteriosas armonías,
tal que, al decirlo, purifique el labio
como el carbón ardiente de Isaías;
hazlo un grano de incienso
que arda, en desagravio
a su grandeza, que a la tierra asombra,
!y al levantarse al cielo un humo denso
trueque en sonrisa blanda
el ceño grave de su augusta sombra!

"Deja que, al conmoverse cada fibra
de tu ser, con las glorias que recuerdas,
en ella vibre un canto, como vibra
una nota melódica en las cuerdas
del teclado sonoro;
la débil voz levanta:
inmensa multitud formará el coro;
¡flota en la luz del sol, estrofa santa!
¡vibrad, liras sonoras del espíritu!
¡Alzate, inspiración; poeta, canta..."!

"¡Oh, no! Cuanto pudiera
(así en interno diálogo responde,
del poeta la voz) el bronce augusto
sugerir de emoción grave y sincera,
escrito está en la forma
que en clásico decir buscó su norma,
por quien bebió en la vena
de la robusta inspiración latina
y apartando la arena
tomó el oro más puro de la mina
y lo fundió con cariñoso esmero,
y en estrofas pulidas cual medallas
grabó el perfil del ínclito guerrero...

"¡Oh recuerdos de trágicas batallas!
¡Oh recuerdos de luchas y victorias!
¡No será nuestra enclenque
generación menguada
la que entrar ose al épico palenque

a cantar nuestras glorias!
¡Oh siglo que declinas:
te falta el sentimiento de lo grande!"
Calla el poeta; y si la estrofa escande
huye la vasta pompa
y le da blando son de bandolinas
¡y no tañido de guerrera trompa!
"¡Oh sacrosantos manes
de los que "Patria y libertad" clamando
perecisteis en trágicas palestras:
más bien que orgullo, humillación sentimos
si vamos comparando
nuestras vidas triviales con las vuestras!
somos como enfermizo descendiente
de alguna fuerte raza,
que expuestos en histórica vitrina
mira el escudo, el yelmo, la tizona
y la férrea coraza
que para combatir de Palestina
en la distante zona,
en la Cruzada, se ciñó el abuelo;
al pensar, baja la mirada al suelo,
con vergüenza sombría
que si el arnés pesado revistiera
de aquél cuya firmeza y bizarría
en el campo feral causaba asombros,
bajo su grave peso cedería
la escasa resistencia de sus hombros...

"¡Oh Padre de la Patria!
te sobran nuestros cantos; tu memoria
cual bajel poderoso
irá surcando el oceano oscuro
que ante su dura quilla abre la historia
y llegará a las playas del futuro.
Junto a lo perdurable de tu gloria,
es el rítmico acento
de los que te cantamos
cual los débiles gritos de contento
que lanzan esos niños, cuando en torno
giran del monumento;
mañana, tras la vida borrascosa
dormirán en la tumba, hechos ceniza,
y aun alzará a los cielos su contorno
el bronce que tu gloria inmortaliza".

Dice el poeta, y tiende la mirada,
por el amplio jardín, donde la brisa
que entre las flores pasa,
en los cálices frescos se perfuma,
y la luz matinal brilla y se irisa
de claros surtidores en la espuma;
y do bajo lo verde
de las tupidas frondas,
sobre la grama de la tierra negra,
loca turba infantil grita y se pierde
y la tristeza del lugar alegra
al agitarse en cadenciosas rondas,
forjando con las risas y los gritos
de las húmedas bocas encarnadas,
con las rizosas cabecitas blondas
y las frescas mejillas sonrosadas,
un idilio de vida sonrïente
y de alegría fatua
al pie del pedestal, donde imponente
se älza sobre el cielo transparente
la epopeya de bronce de la estatua.

PAGINAS SUYAS

JUNTOS LOS DOS

JUNTOS LOS dos reímos cierto día...
¡Ay, y reímos tanto
que toda aquella risa bulliciosa
se tornó pronto en llanto!

Después, juntos los dos, alguna noche,
lloramos mucho; tanto,
¡que quedó como huella de las lágrimas
un misterioso encanto!

¡Nacen hondos suspiros, de la orgía
entre las copas cálidas,
y en el agua salobre de los mares,
se forjan perlas pálidas!

A VECES CUANDO EN ALTA NOCHE

A VECES, cuando en alta noche tranquila,
sobre las teclas vuela tu mano blanca,
como una mariposa sobre una lila
y al teclado sonoro notas arranca,
cruzando del espacio la negra sombra
filtran por la ventana rayos de luna,
que trazan luces largas sobre la alfombra,
y en alas de las notas a otros lugares
vuelan mis pensamientos, cruzan los mares
y en gótico castillo donde en las piedras

musgosas por los siglos crecen las yedras,
puestos de codos ambos en tu ventana
miramos en las sombras morir el día
y subir de los valles la noche umbría,
y soy tu paje rubio, mi castellana,
y cuando en los espacios la noche cierra,
el fuego de tu estancia los muebles dora,
y los dos nos miramos y sonreímos
¡mientras que el viento afuera suspira y llora!
. . . .

¡Cómo tendéis las alas, ensueños vanos,
cuando sobre las teclas vuelan sus manos!

POETA, DI PASO

¡Poeta, di paso
los furtivos besos! . . .

¡La sombra! ¡Los recuerdos! La luna no vertía
allí ni un solo rayo. . . Temblabas y eras mía.
Temblablas y eras mía bajo el follaje espeso;
una errante luciérnaga alumbró nuestro beso,
el contacto furtivo de tus labios de seda. . .
La selva negra y mística fue la alcoba sombría. . .
En aquel sitio el musgo tiene olor de reseda. . .
Filtró luz por las ramas cual si llegara el día. . .
Entre las nieblas pálidas la luna aparecía. . .

!Poeta, di paso
los íntimos besos!

¡Ah, de las noches dulces me acuerdo todavía!
En señorial alcoba, do la tapicería
amortiguaba el ruido con sus hilos espesos,
desnuda tú en mis brazos fueron míos tus besos;
tu cuerpo de veinte años entre la roja seda,
tus cabellos dorados y tu melancolía,
tus frescuras de virgen y tu olor de reseda. . .
apenas alumbraba la lámpara sombría
los desteñidos hilos de la tapicería.

¡Poeta, di paso
el último beso!

¡Ah, de la noche trágica me acuerdo todavía!
El ataúd heráldico en el salón yacía,
¡mi oído fatigado por vigilias y excesos,
sintió como a distancia los monótonos rezos!
Tú, mustia, yerta y pálida entre la negra seda,
la llama de los cirios temblaba y se movía,
perfumaba la atmósfera un olor de resada,
un crucifijo pálido los brazos extendía
¡y estaba helada y cárdena tu boca que fue mía!

NOCTURNO

Una noche,
una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de
[música de älas,
una noche,
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda, las
[luciérnagas fantásticas,
a mi lado, lentamente, contra mí ceñida, toda,
muda y pálida
como si un prensentimiento de amarguras infinitas,
hasta el fondo más secreto de tus fibras te agitara,
por la senda que atraviesa la llanura florecida
caminabas,
y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía
[su luz blanca,
y tu sombra,
fina y lánguida,
y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban
y eran una
y eran una
¡y eran una sola sombra larga!
¡Y eran una sola sombra larga!
¡Y eran una sola sombra larga!

Esta noche
solo, el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
separado de ti misma, por la sombra, por el tiempo
[y la distancia,

por el infinito negro,
donde nuestra voz no alcanza,
solo y mudo
por la senda caminaba,
y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida
y el chillido
de las ranas...
Sentí frío; ¡era el frío que tenían en la alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras níveas
de las mortüorias sábanas!
Era el frío del sepulcro, era el frío de la muerte,
era el frío de la nada...
Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola
iba sola
¡iba sola por la estepa solitaria!
Y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de perfumes, de murmullos
[y de músicas de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras que se buscan y se juntan en las
[noches de negruras y de lágrimas!...

SITIOS

LA VOZ DE LAS COSAS

¡Si os encerrara yo en mis estrofas,
frágiles cosas que sonreís,
pálido lirio que te deshojas,
rayo de luna sobre el tapiz
de húmedas flores, y verdes hojas
que al tibio soplo de Mayo abrís,
si os encerrara yo en mis estrofas,
pálidas cosas que sonreís!

¡Si aprisionaros pudiera el verso,
fantasmas grises, cuando pasáis,
móviles formas del Universo,
sueños confusos, seres que os vais,
ósculo triste, suave y perverso
que entre las sombras al alma dais,
si aprisionaros pudiera el verso
fantasmas grises, cuando pasáis!

OBRA HUMANA

En lo profundo de la selva añosa,
donde una noche, al comenzar de Mayo,
tocó en la vieja enredadera hojosa
de la pálida luna el primer rayo,

pocos meses después la luz de aurora,
del gas en la estación, iluminaba
el paso de la audaz locomotora,
que en el carril durísimo cruzaba.

Y en donde fuera en otro tiempo el nido,
albergue muelle del alado enjambre,
pasó por el espacio un escondido
telegrama de amor, por el alambre.

ARS

El verso es un vaso santo; ¡poned en él tan sólo,
un pensamiento puro,
en cuyo fondo bullan hirvientes las imágenes,
¡como burbujas de oro de un viejo vino oscuro!

Allí verted las flores que en la continua lucha
ajó del mundo el frío,
recuerdos deliciosos de tiempos que no vuelven,
y nardos empapados de gotas de rocío.

Para que la existencia mísera se embalsame
cual de una esencia ignota,
quemándose en el fuego del alma enternecida,
de aquel supremo bálsamo basta una sola gota.

VEJECES

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
sin voz y sin color, saben secretos
de las épocas muertas, de las vidas
que ya nadie conserva en la memoria,
y a veces a los hombres, cuando inquietos
las miran y las palpan, con extrañas
voces de agonizante, dicen, paso,
casi al oído, alguna rara historia
que tiene oscuridad de telarañas,
son de laúd y suavidad de raso.
¡Colores de anticuada miniatura,
hoy, de algún mueble en el cajón, dormida;
cincelado puñal; carta borrosa;
tabla en que se deshace la pintura
por el tiempo y el polvo ennegrecida;
histórico blasón, donde se pierde
la divisa latina, presuntuosa,
medio borrada por el liquen verde;
misales de las viejas sacristías;

de otros siglos fantásticos espejos
que en el azogue de las lunas frías
guardáis de lo pasado los reflejos;
arca, en un tiempo de ducados llena;
crucifijo que tanto moribundo,
humedeció con lágrimas de pena
y besó con amor grave y profundo;
negro sillón de Córdoba; alacena
que guardaba un tesoro peregrino
y donde anida la polilla sola;
sortija que adornaste el dedo fino
de algún hidalgo de espadín y gola;
mayúsculas del viejo pergamino;
batista tenue que a vainilla hueles;
seda que te deshaces en la trama
confusa de los ricos brocateles;
arpa olvidada que al sonar, te quejas;
barrotes que formáis un monograma
incomprensible en las antiguas rejas;
el vulgo os huye, el soñador os ama
y en vuestra muda sociedad reclama
las confidencias de las cosas viejas!

El pasado perfuma los ensueños
con esencias fantásticas y añejas
y nos lleva a lugares halagüeños
en épocas distantes y mejores;
¡por eso a los poetas soñadores,
les son dulce, gratísimas y caras,
las crónicas, historias y consejas,
las formas, los estilos, los colores,
las sugestiones místicas y raras
y los perfumes de las cosas viejas!

RESURRECCIONES

Como Naturaleza,
cuna y sepulcro eterno de las cosas,
el alma humana tiene ocultas fuerzas,
silencios, luces, músicas y sombras;

Sobre una eterna esencia
pasos instables de caducas formas
y senos ignorados
de la vida y la muerte se eslabonan.

¡Nacen follajes húmedos
de cuerpos descompuestos en las fosas;
adoraciones nuevas
de los altares en las Aras rotas!

MARIPOSAS

En tu aposento tienes,
en urna frágil,
clavadas mariposas
que si brillante
rayo de sol las toca
parecen nácares
o pedazos de cielo,
cielos de tarde,
o brillos opalinos
de alas süaves;
y allí están las azules
hijas del aire
fijas ya para siempre,
las alas ágiles,
¡las alas, peregrinas
de ignotos valles,
que como los deseos
de tu alma amante
a la aurora parecen
resucitarse,
cuando de tus ventanas
las hojas abres
y da el sol en tus ojos
y en los cristales!

NUPCIAL

Como una flor rosada, la novia, bajo el diáfano
cendal que al pelo rubio sujeta la corona,
frente al altar solemne y entre el incienso místico,
a las delicias íntimas de un sueño se abandona
y al novio que la mira, no puede sonreír,
¡y la esperanza
de besos puros,
que a los futuros
días, la avanza

y la hace huír
a las fantásticas
horas cercanas,
vibra en las músicas
de las campanas!

Entre las copas frágiles expira la champaña,
en la enervante atmósfera flota un olor de fiesta,
el vals ondula y bulle y agítanse las últimas
parejas a los sones lejanos de la orquesta;
¡el nupcial cortejo se aleja y va a partir!
¡Y la importuna
melancolía
del muerto día
que hace la luna,
lenta, surgir
del cielo pálido
por los confines
vibra en las músicas
de los violines!

...?...

Estrellas que entre lo sombrío
de lo ignorado y de lo inmenso,
asemejáis en el vacío
jirones pálidos de incienso;

nebulosas que ardéis tan lejos
en el infinito que aterra,
que sólo alcanza los reflejos
de vuestra luz hasta la tierra;

astros que en abismo ignotos
derramáis resplandores vagos,
constelaciones que en remotos
tiempos adoraron los Magos;

millones de mundos lejanos,
flores de fantástico broche,
islas claras en los oceanos
sin fin ni fondo de la noche;

¡estrellas, luces pensativas!
¡Estrellas, pupilas inciertas!
¿Por qué os calláis si estáis vivas
y por qué alumbráis si estáis muertas?...

SERENATA

La calle está desierta; la noche fría;
velada por las nubes pasa la luna;
arriba está cerrada la celosía
y las notas vibrantes, una por una,
suenan cuando los dedos fuertes y ágiles,
mientras la voz que canta, ternuras narra,
hacen que suenen todas las cuerdas frágiles
de la guitarra.

La calle está desierta; la noche fría;
una nube borrosa tapó la luna;
arriba está cerrada la celosía
y se apagan las notas, una por una.
Tal vez la serenata con su ruido
busca un alma de niña que ama y espera,
como buscan alares donde hacer nido
las golondrinas pardas en primavera.

La calle está desierta; la noche fría;
en un espacio claro brilló la luna;
arriba ya está abierta la celosía
y se apagan las notas una por una,
el cantor con los dedos fuertes y ágiles,
de la vieja ventana se asió a la barra
y dan como un gemido las cuerdas frágiles
de la guitarra.

TALLER MODERNO

Por el aire del cuarto, saturado
de un olor de vejeces peregrino,
del crepúsculo el rayo vespertino
va a desteñir los muebles de brocado.

El piano está del caballete al lado
y de un busto del Dante el perfil fino,
del arabesco azul de un jarrón chino,
medio oculta el dibujo complicado.

Junto al rojizo orín de una armadura,
hay un viejo retablo, donde inquieta,
brilla la luz del marco en la moldura,

y parecen clamar por un poeta
que improvise del cuarto la pintura
las manchas de color de la paleta.

UN POEMA

Soñaba en ese entonces en forjar un poema,
de arte nervioso y nuevo obra audaz y suprema,

escogí entre un asunto grotesco y otro trágico,
llamé a todos los ritmos con un conjuro mágico,

y los ritmos indóciles vinieron acercándose,
juntándose en las sombras, huyéndose y buscándose;

ritmos sonoros, ritmos potentes, ritmos graves,
unos cual choques de armas, otros cual cantos de aves.

De Oriente hasta Occidente, desde el Sur hasta el Norte,
de metros y de formas se presentó la corte.

Tascando frenos áureos bajo las riendas frágiles
cruzaron los tercetos, como corceles ágiles;

abriéndose ancho paso por entre aquellas grey
vestido de oro y púrpura llegó el soneto rey,

y allí cantaron todos. . . Entre la algarabía,
me fascinó el espíritu, por su coquetería,

alguna estrofa aguda que excitó mi deseo,
con el retintín claro de su campanilleo.

Y la escogí entre todas. . . Por regalo nupcial
le dí unas rimas ricas, de plata y de cristal.

En ella conté un cuento, que huyendo lo servil
tomó un carácter trágico, fantástico y sutil:

era la historia triste, desprestigiada y cierta,
de una mujer hermosa, idolatrada y muerta;

y para que sintieran la amargura, exprofeso,
junté sílabas dulces como el sabor de un beso;

bordé las frases de oro, les dí música extraña
como de mandolinas que un laúd acompaña;

dejé en una luz vaga las hondas lejanías,
llenas de nieblas húmedas y de melancolías;

y por el fondo oscuro, como en mundana fiesta,
cruzan ágiles máscaras al compás de la orquesta,

envueltas en palabras que ocultan como un velo,
y con caretas negras de raso y terciopelo;

cruzar hice en el fondo las vagas sugestiones
de sentimientos místicos y humanas tentaciones...

Complacido en mis versos, con orgullo de artista,
les dí olor de heliotropos y color de amatista...

Le mostré mi poema a un crítico estupendo...
Y lo leyó seis veces y me dijo... "¡No entiendo!"

MIDNIGHT DREAMS

Anoche, estando solo y ya medio dormido,
mis sueños de otras épocas se me han aparecido.

Los sueños de esperanzas, de glorias, de alegrías
y de felicidades que nunca han sido mías,

se fueron acercando en lentas procesiones
y de la alcoba oscura poblaron los rincones.

Hubo un silencio grave en todo el aposento
y en el reloj la péndola detúvose al momento.

La fragancia indecisa de un olor olvidado,
llegó como un fantasma y me habló del pasado.

Vi caras que la tumba desde hace tiempo esconde.
Y oí voces oídas ya no recuerdo dónde.

. . . .

Los sueños se acercaron y me vieron dormido,
se fueron alejando, sin hacerme ruido

¡y sin pisar los hilos sedosos de la alfombra,
y fueron deshaciéndose y hundiéndose en la sombra!

PAISAJE TROPICAL

MAGIA adormecedora vierte el río
en la calma monótona del viaje,
cuando borra los lejos del paisaje
la sombra que se extiende en el vacío.

Oculta en sus negruras el bohío
la maraña tupida, y el follaje
semeja los calados de un encaje
al caer del crepúsculo sombrío.

Venus se enciende en el espacio puro.
La corriente dormida una piragua
rompe en su viaje rápido y seguro

y con sus nubes el poniente fragua
otro cielo rosado y verdeoscuro
en los espejos húmedos del agua.

CENIZAS

LAZARO

"¡Ven, Lázaro!" —gritóle
el Salvador, y del sepulcro negro
el cadáver alzóse entre el sudario,
ensayó caminar, a pasos trémulos,
olió, palpó, miró, sintió, dio un grito
y lloró de contento.

Cuatro lunas más tarde, entre las sombras
del crepúsculo oscuro, en el silencio
del lugar y la hora, entre las tumbas
de antiguo cementerio,
Lázaro estaba, sollozando a solas
y envidiando a los muertos.

LUZ DE LUNA

Ella estaba con él... A su frente
pensativa y pálida,
penetrando al través de las rejas
de antigua ventana,
de la luna naciente venían
los rayos de plata.
El estaba a sus pies, de rodillas,
perdido en las vagas
visiones que cruzan en horas felices
los cielos del alma,
con las trémulas manos asidas,

con el mudo fervor de los que aman,
palpitando en los labios los besos,
entreambos hablaban
el lenguaje mudo
sin voz ni palabras
que en momentos de dicha suprema
tembloroso el espíritu habla. . .
. . . .
El silencio que crece. . . la brisa
que besa las ramas,
dos seres que tiemblan, la luz de la luna
que el paisaje baña,
¡Amor, un instante detén allí el vuelo,
murmura tus himnos de triunfo y recoge las alas!
. . . .
Unos meses después, él dormía
bajo de una lápida
el último sueño de que nadie vuelve
el último sueño de paz y de calma
. . . .
Anoche, una fiesta
con su grato bullicio animaba
de ese amor el tranquilo escenario.
¡Oh burbujas del rubio champaña!
¡Oh perfume de flores abiertas!
¡Oh girar de desnudas espaldas!
¡Oh cadencias del valse que mueve
torbellinos de tules y gasas!
Alli estuvo, más linda que nunca.
Por el baile tal vez agitada
se apoyó levemente en mi brazo,
dejamos las salas
y un instante después penetramos
en la misma estancia
que un año antes no más la había visto
temblando, callada,
¡cerca de él! . . .
. . .Amorosos recuerdos,
tristezas lejanas,
cariñosas memorias que vibran,
como sones de arpa,
tristezas profundas
del amor, que en sollozos estallan,
presión de sus manos,

son de sus palabras,
calor de sus besos,
¿por qué no volvistéis a su alma?
. . . .
A su pecho no vino un suspiro,
a sus ojos no vino una lágrima
ni una nube nubló aquella frente
pensativa y pálida,
y mirando los rayos de luna
que al través de la reja llegaban,
murmuró con su voz donde vibran,
como notas y cantos y músicas de campanas vibrantes
[de plata:
¡qué valses tan lindos!
¡Qué noche tan clara!

MUERTOS

En los húmedos bosques, en otoño,
al llegar de los fríos, cuando rojas,
vuelan sobre los musgos y las ramas,
en torbellinos, las marchitas hojas,
la niebla al extenderse en el vacío
le da al paisaje mustio un tono incierto
y el follaje do huyó la savia ardiente
tiene un adiós para el verano muerto
y un color opaco y triste
como el recuerdo borroso
de lo que fue y ya no existe.

En los antiguos cuartos hay armarios
que en el rincón más íntimo y discreto,
de pasadas locuras y pasiones
guardan, con un aroma de secreto,
viejas cartas de amor, ya desteñidas,
que obligan a evocar tiempos mejores,
y ramilletes negros y marchitos,
que son como cadáveres de flores
y tienen un olor triste
como el recuerdo borroso
de lo que fue y ya no existe.

Y en las almas amantes cuando piensan
en perdidos afectos y ternuras

que de la soledad de ignotos días
no vendrán a endulzar horas futuras,
hay el hondo cansancio que en la lucha
acaba de matar a los heridos,
vago como el color del bosque mustio,
como el olor de los perfumes idos,
¡y el el cansancio aquel es triste
como el recuerdo borroso
de lo que fue y ya no existe.

TRISTE

CUANDO al quererlo la suerte
se mezclan a nuestras vidas,
de la ausencia o de la muerte,
las penas desconocidas,

y, envueltos en el misterio,
van, con rapidez que asombra,
amigos al cementerio,
ilusiones a la sombra,

la intensa voz de ternura
que vibra en el alma amante
como entre la noche oscura
una campana distante,

saca recuerdos perdidos
de angustias y desengaños
que tienen ocultos nidos
en las ruinas de los años,

y que al cruzar aleteando
por el espacio sombrío
van en el ser derramando
sueños de angustia y de frío

hasta que alguna lejana
idea consoladora,
que irradia en el alma humana
como con lumbre de aurora,

en su lenguaje difuso
entabla con nuestros duelos
el gran diálogo confuso
de las tumbas y los cielos.

PSICOPATIA

El parque se despierta, ríe y canta
en la frescura matinal. . . La niebla
donde saltan aéreos surtidores,
de arco iris se puebla
y en luminosos velos se levanta.
Su olor esparcen entreabiertas flores,
suena en las ramas verdes el pío, pío,
de los alados huéspedes cantores,
brilla en el césped húmedo el rocío. . .
¡Azul el cielo! . . . Y la suave
brisa que pasa, dice
¡reíd! ¡Cantad! ¡Amad! ¡La vida es fiesta!
¡Es calor, es pasión, es movimiento!
Y forjando en las ramas una orquesta,
con voz grave lo mismo dice el viento,
y por entre el sutil encantamiento
de la mañana sonrosada y fresca,
de la luz, de las yerbas y las flores,
pálido, descuidado, soñoliento,
sin tener en la boca una sonrisa
y de negro vestido,
un filósofo joven se pasea,
olvida luz y olor primaverales,
¡e impertérrito sigue en su tarea
de pensar en la muerte, en la conciencia
y en las causas finales!
Lo sacuden las ramas de azalea,
dándole al aire el aromado aliento
de las rosadas flores,
lo llaman unos pájaros, del nido
do cantan sus amores,
y los cantos risueños
van por entre el follaje estremecido,
a suscitar voluptuosos sueños
y él sigue su camino, triste, serio,
pensando en Fichte, en Kant, en Vogt, en Hegel,
¡y del *yo* complicado en el misterio!

La chicuela del médico que pasa,
una rubia adorable, cuyos ojos
arden como una brasa,
abre los labios húmedos y rojos
y le pregunta al padre, enternecida:
—aquel señor, papá, ¿de qué está enfermo,
qué tristeza le anubla así la vida?
Cuando va a casa a verle a usted, me duermo;
tan silencioso y triste. . . ¿Qué mal sufre? . . .
. . .Una sonrisa el profesor contiene,
mira luego una flor, color de azufre,
oye el canto de un pájaro que viene,
y comienza de pronto, con descaro. . .
—Ese señor padece un mal muy raro,
que ataca rara vez a las mujeres
y pocas a los hombres. . . ¡hija mía!
Sufre este mal: . . .pensar. . ., esa es la causa
de su grave y sutil melancolía. . .
El profesor después hace una pausa
y sigue. . . —En las edades
de bárbaras naciones,
serias autoridades
curaban ese mal dando cicuta,
encerrando al enfermo en las prisiones
o quemándolo vivo. . . ¡Buen remedio!
Curación decisiva y absoluta
que contaba de lleno la disputa
y sanaba al paciente. . . mira el medio,
la profilaxia, en fin. . . Antes, ahora
el mal reviste tantas formas graves,
la invasión se dilata aterradora
y no la curan polvos ni jarabes;
en vez de prevenirlo los gobiernos
lo riegan y estimulan,
tomos gruesos, revistas y cuadernos,
revuelan y circulan
y dispersan el germen homicida. . .
El mal, gracias a Dios, no es contagioso
y lo adquieren muy pocos: en mi vida,
sólo he curado a dos. . . Les dije:
[—mozo,
váyase usted a trabajar de lleno,
en una fragua negra y encendida
o en un bosque espesísimo y sereno;

machaque hierro hasta arrancarle chispas,
o tumbe viejos troncos seculares
y logre que lo piquen las avispas;
si lo prefiere usted, cruce los mares
de grumete en un buque, duerma, coma,
muévase, grite, forcejee y sude,
mire la tempestad cuando se asoma,
y los cables de popa ate y anude,
hasta hacerse diez callos en las manos
¡y limpiarse de ideas el cerebro! . . .
Ellos lo hicieron y volvieron sanos. . .
—Estoy tan bien, doctor. . . —¡Pues lo celebro!
Pero el joven aquel es caso grave,
como conozco pocos:
más que cuantos nacieron piensa y sabe,
irá a pasar diez años con los locos,
y no se curará sino hasta el día
en que duerma a sus anchas
en una angosta sepultura fría,
lejos del mundo y de la vida loca,
entre un negro ataúd de cuatro planchas,
¡con un montón de tierra entre la boca!

DON JUAN DE COVADONGA

Don Juan de Covadonga, un calavera,
sin Dios, ni rey, ni ley, y cuyo hermano,
Hernando, el mayor, era,
después de haber llevado airada vida
Prior de cierto convento en Talavera;
don Juan, el poderoso, el cortesano,
grande de España, seductor de oficio,
el hombre en cuya mano
tuvo grandeza excepcional el vicio,
después de amar, de odiar, de lograr todo
cuanto es posible e imposible, un día
sintió el cansancio de la vida, el lodo
de cuantos goces le ofreció la suerte,
se mezcló a su tenaz melancolía
el ansia de consuelos superiores;
pensó en Dios, pensó en Dios, pensó en la muerte,
pensó en la eternidad y desprendido
del lujo, del amor, de los honores,
escribió a la Duquesa de Vilorte

diciéndole un adiós, definitivo,
arregló todo, abandonó la Corte,
y sin un escudero, al paso vivo
de su yegua andaluza, macilento,
huyendo del pecado, fugitivo,
por ignorada vía
llegó a la portería
silenciosa y oscura del convento.

—¿Nuestro padre Prior? . . ., preguntó al lego,
—en oración, hermano.
—¡Por la vida!
¿Lo llamará vuesamerced? . . . —Ahora
es imposible, hermano. . . Vuelva luego;
es imposible ahora. . . Extasis santo
cuando reza lo embarga. —Mas le ruego,
yo estoy aquí perdiéndome, entre tanto,
siento la angustia del infierno, el fuego. . .
—Sírvase entrar al locutorio. . . —¡Vanos
placeres, del Señor sonó la hora!,
don Juan dijo, al entrar; —¡mundo, hasta luego!
Y por fin se encontraron los hermanos. . .

Don Juan, perdido en crápulas y excesos,
temblándole las manos,
con el aire de un pobre arrepentido
y la boca marchita por los besos,
y Hernando, el Prior, brillándole en los ojos,
un fuego juvenil, siempre encendido,
y süaves y rojos
los labios por las santas oraciones
y el olvido del mundo y sus pasiones.

—¿Orando tú? . . . le dijo
don Juan, con voz monótona y cansada,
lejos de todo, en la quietud suprema
de la vida del claustro. . . —cuando fijo,
temblando, una mirada
en el abismo actual de mi miseria,
sueño también en el retiro. . . —¿Cómo,
interrumpió el Prior, —la cosa es seria?
¿Te arruinaste por fin? ¿La de Vilorte,
la archiduquesa de cabellos rubios. . .
La dama más airosa de la Corte,

la rival de la reina en el donaire? . . .
Aún de sus besos guardas los efluvios. . .
¿Qué pasa por allá? . . . ¡Si traes un aire!
Oye, Juan, mira, hermano. . . Aquí en la triste
vida conventual, todo reviste
un aspecto satánico, mis horas
tienen angustias indecibles, mira,
un enjambre de formas tentadoras,
entre mi celda, por la noche, gira
y huye. . . De la oración con los empeños
lo disipo por fin. . . Ansío el oro,
suenan choques de armas en mis sueños,
flota un sabor de besos en el coro,
y es mi vida una lucha prolongada,
de rudos sacrificios,
en que domo la carne alborotada,
con ayunos y rezos y cilicios. . .
Y yo llegué al convento. . . ¡pobre loco!
Triste y arrepentido,
soñando en fin en descansar un poco,
y en ansiedades místicas perdido. . .
Pero, dime, ¿a qué vienes? . . .
[—Yo, por verte,
dijo don Juan, —por verte, a toda prisa,
y por darte noticia de la muerte
de don Sancho de Téllez; tú, mi santo,
¡por su eterno descanso di una misa!

¡Y al salir por el negro camposanto,
en que el convento oscuro se prolonga,
ansiando la quietud de los que fueron,
por la primera vez se humedecieron
los ojos de don Juan de Covadonga!

DIA DE DIFUNTOS

La luz vaga. . . opaco el día,
la llovizna cae y moja
con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría.
Por el aire tenebroso ignorada mano arroja
un oscuro velo opaco de letal melancolía,
y no hay nadie que, en lo íntimo, no se aquiete y se
[recoja
al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría,

y al oír en las alturas
melancólicas y oscuras
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
con que suenan las campanas,
¡las campanas plañideras que les hablan a los vivos
de los muertos!
¡Y hay algo angustioso e incierto
que mezcla a ese sonido su sonido,
e inarmónico vibra en el concierto
que alzan los bronces al tocar a muerto
por todos los que han sido!
Es la voz de una campana
que va marcando la hora,
hoy lo mismo que mañana,
rítmica, igual y sonora;
una campana se queja,
y la otra campana llora,
esa tiene voz de vieja,
esta de niña que ora.
Las campanas más grandes, que dan un doble recio
suenan con un acento de místico desprecio,
mas la campana que da la hora,
ríe, no llora.
Tiene en su timbre seco sutiles ironías,
su voz parece que habla de goces, de alegrías,
de placeres, de citas, de fiestas y de bailes,
de las preocupaciones que llenan nuestros días:
es una voz del siglo entre un coro de frailes,
y con sus notas se ríe,
escéptica y burladora,
de la campana que ruega
de la campana que implora
y de cuanto aquel coro conmemora,
y es porque con su retintín
ella midió el dolor humano
y marcó del dolor el fin;
por eso se ríe del grave esquilón
que suena allá arriba con fúnebre son,
por eso interrumpe los tristes conciertos
con que el bronce santo llora por los muertos. . .
¡No la oigáis, oh bronces! No la oigáis, campanas,
que con la voz grave de ese clamoreo,
rogáis por los seres que duermen ahora

lejos de la vida, libres del deseo,
lejos de las rudas batallas humanas!
¡Seguid en el aire vuestro bamboleo,
no la oigáis, campanas!
¿Contra lo imposible qué puede el deseo?
Allá arriba suena,
rítmica y serena,
esa voz de oro
y sin que lo impidan sus graves hermanas
que rezan en coro,
la campana del reloj
suena, suena, suena ahora,
y dice que ella marcó
con su vibración sonora
de los olvidos la hora,
que después de la velada
que pasó cada difunto,
en una sala enlutada
y con la familia junto
en dolorosa actitud
mientras la luz de los cirios
alumbraba el ataúd
y las coronas de lirios;
que después de la tristura
de los gritos de dolor,
de las frases de amargura,
del llanto desgarrador,
marcó ella misma el momento
en que con la languidez
del luto huyó el pensamiento
del muerto, y el sentimiento. . .
Seis meses más tarde o diez. . .
Y hoy, día de muertos, ahora que flota,
en las nieblas grises la melancolía,
en que la llovizna cae, gota a gota,
y con sus tristezas los nervios emboba,
y envuelve en un manto la ciudad sombría,
ella que ha medido la hora y el día
en que a cada casa, lúgubre y vacía,
tras del luto breve volvió la alegría;
ella que ha marcado la hora del baile
en que al año justo, un vestido aéreo
estrena la niña, cuya madre duerme
olvidada y sola en el cementerio,

suena indiferente a la voz de fraile
del esquilón grave y a su canto serio;
ella que ha medido la hora precisa,
en que a cada boca, que el dolor sellaba,
como por encanto volvió la sonrisa,
esa precursora de la carcajada;
ella que ha marcado la hora en que el viudo
habló de suicidio y pidió el arsénico,
cuando aun en la alcoba, recién perfumada,
flotaba el aroma del ácido fénico
y ha marcado luego la hora en que, mudo
por las emociones con que el goce agobia,
para que lo unieran con sagrado nudo,
a la misma iglesia fue con otra novia;
¡ella no comprende nada del misterio
de aquellas quejumbres que pueblan el aire,
y lo ve en la vida todo jocoserio
y sigue marcando con el mismo modo
el mismo entusiasmo y el mismo desgaire
la huída del tiempo que lo borra todo!
y eso es lo angustioso y lo incierto
que flota en el sonido,
¡esa es la nota irónica que vibra en el concierto
que alzan los bronces al tocar a muerto
por todos los que han sido!
Esa es la voz fina y sutil,
de vibraciones de cristal,
que con acento juvenil
indiferente al bien y al mal,
mide lo mismo la hora vil,
que la sublime o la fatal
y resuena en las alturas,
melancólicas y oscuras,
sin tener en su tañido
claro, rítmico y sonoro,
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
de aquel misterioso coro,
con que ruegan las campanas, las campanas,
las campanas plañideras
que les hablan a los vivos
de los muertos!

LAS VOCES SILENCIOSAS

(De Lord Tennyson)

¡Oh voces silenciosas de los muertos!
Cuando la hora muda
y vestida de fúnebres crespones,
desfilar haga ante mis turbios ojos
sus fantasmas inciertos,
sus pálidas visiones. . .
¡Oh voces silenciosas de los muertos!
En la hora que aterra
no me llaméis hacia el pasado oscuro,
donde el camino de la vida cruza
los valles de la tierra.
¡Oh voces silenciosas de los muertos!
Llamadme hacia la altura
donde el camino de los astros corta
la gélida negrura;
hacia la playa donde el alma arriba,
llamadme entoces, voces silenciosas,
¡hacia arriba! . . . ¡hacia arriba! . . .

GOTAS AMARGAS

AVANT-PROPOS

PRESCRIBEN los facultativos,
cuando el estómago se estraga,
al paciente, pobre dispéptico,
dieta sin grasas.

Le prohiben las cosas dulces,
le aconsejan la carne asada
y le hacen tomar como tónico
gotas amargas.

¡Pobre estómago literario
que lo trivial fatiga y cansa,
no sigas leyendo poemas
llenos de lágrimas!

Deja las comidas que llenan,
historias, leyendas y dramas
y todas las sensiblerías
semi-románticas.

Y para completar el régimen
que fortifica y que levanta,
ensaya una dosis de estas
gotas amargas.

EL MAL DEL SIGLO

El Paciente:

—Doctor, un desaliento de la vida
que en lo íntimo de mí se arraiga y nace:
el mal del siglo... el mismo mal de Werther,
de Rolla, de Manfredo y de Leopardi.
Un cansancio de todo, un absoluto
desprecio por lo humano...; un incesante
renegar de lo vil de la existencia,
digno de mi maestro Schopenhauer;
un malestar profundo que se aumenta
con todas las torturas del análisis...

El Médico:

—Eso es cuestión de régimen: camine
de mañanita; duerma largo; báñese;
beba bien; coma bien; cuídese mucho:
¡lo que usted tiene es hambre!...

LA RESPUESTA DE LA TIERRA

Era un poeta lírico, grandioso y sibilino,
que le hablaba a la tierra una tarde de invierno,
frente a una posada y al volver de un camino:
—¡Oh madre, oh Tierra! —díjole—, en tu girar eterno
nuestra existencia efímera tal parece que ignoras.
Nosotros esperamos un cielo o un infierno,
sufrimos o gozamos, en nuestras breves horas,
e indiferente y muda, tú, madre sin entrañas,
de acuerdo con los hombres no sufres y no lloras.
¿No sabes el secreto misterioso que entrañas?
¿Por qué las noches negras, las diáfanas auroras?
Las sombras vagarosas y tenues de unas cañas
que se reflejan lívidas en los estanques yertos,
¿no son como conciencias fantásticas y extrañas
que les copian sus vidas en espejos inciertos?
¿Qué somos? ¿A do vamos? ¿Por qué hasta aquí vinimos?
¿Conocen los secretos del más allá los muertos?
¿Por qué la vida inútil y triste recibimos?
¿Hay un oasis húmedo después de estos desiertos?

¿Por qué nacemos, madre, dime, por qué morimos?
¿Por qué? Mi angustia sacia y a mi ansiedad contesta.
Yo, sacerdote tuyo, arrodillado y trémulo,
en estas soledades aguardo la respuesta.

La Tierra, como siempre, displicente y callada,
al gran poeta lírico no le contestó nada.

LENTES AJENOS

AL TRAVÉS de los libros amó siempre
mi amigo Juan de Dios,
y tengo presunciones de que nunca
supo lo que es amor.

Apenas le apuntaba el bozo, cuando,
muy dado a Lamartine,
hizo de Rafael, con una Julia
que se encontró en Choachí.
Tras de muy largo estudio obtuvo luego
título de Doctor;
la *Dame aux camelias* de Dumas, hijo,
una noche leyó,

y creyéndola cierta como un texto
de Dujardin-Beaumetz,
fue el Armando Duval de una asquerosa
Margarita Gautier.

Después estando en Tunja, como médico
del hospital mayor,
dio en soñar con amores que ofrecían
menos complicación.
De Gustavo Flaubert prestóle un tomo
Antonio José Ruiz,
y fue el Rodolfo Boulanger de una
madama Bovary.
Pasada aquella crisis formidable
con Ana se casó;
siguieron cuatro meses de ternuras
a lo Gustavo Droz.

Todo hubiera marchado a maravillas
en esa unión feliz,
sin la influencia fatal de una novela
que le dañó el magín.
Leyó de Emilio Zola un solo tomo
y se creyó el Muffat
de Aniceta Contreras que era entonces
una semi-Naná.

Y así pasó la vida entre los sueños
y llegó de ella al fin
dejando tres chicuelos y una esposa
que fue muy infeliz.
. . . .

Al través de los libros amó siempre
mi amigo Juan de Dios,
y tengo presunciones de que nunca
supo lo que es amor.

CAPSULAS

El pobre Juan de Dios, tras de los éxtasis
del amor de Aniceta, fue infeliz.
Pasó tres meses de amarguras graves,
y, tras lento sufrir,
se curó con copaiba y con las cápsulas
de Sándalo Midy.

Enamorado luego de la histérica Luisa,
rubia sentimental,
se enflaqueció, se fue poniendo tísico
y, al año y medio o más,
se curó con bromuro y con las cápsulas
de éter de Clertán.

Luego, desencantado de la vida,
filósofo sutil,
a Leopardi leyó, y a Schopenhauer
y en un rato de *spleen*,
se curó para siempre con las cápsulas
de plomo de un fusil.

MADRIGAL

Tu tez rosada y pura, tus formas gráciles
de estatua de Tanagra, tu olor de lilas,
el carmín de tu boca, de labios tersos,
las miradas ardientes de tus pupilas,
el ritmo de tu paso, tu voz velada,
tus cabellos que suelen, si los despeina
tu mano blanca y fina toda hoyuelada,
cubrirte como un rico manto de reina,
tu voz, tus ademanes, tú. . . no te asombres:
todo eso está, y a gritos, pidiendo un hombre.

ENFERMEDADES DE LA NIÑEZ

A una boca vendida,
a una infame boca,
cuando sintió el impulso que en la vida
a locuras supremas nos provoca,
dio el primer beso, hambriento de ternura,
en los labios sin fuerza, sin frescura.
No fue como Romeo
al besar a Julieta;
el cuerpo que estrechó cuando el deseo
ardiente aguijoneó su carne inquieta,
fue el cuerpo vil de vieja cortesana,
Juana incansable de la tropa humana.
Y el éxtasis divino
que soñó con delicia,
lo dejó melancólico y mohíno
al terminar la lúbrica caricia.
Del amor no sintió la intensa magia
y consiguió. . . una buena blenorragia.

PSICOTERAPEUTICA

Si quieres vivir muchos años
y gozar de salud cabal,
ten desde niño desengaños,
practica el bien, espera el mal.
Desechando las convenciones
de nuestra vida artificial,
lleva por regla en tus acciones

esta norma: ¡lo natural!
De los filósofos etéreos
huye la enseñanza teatral
y aplícate buenos cauterios
en el chancro sentimental.

FUTURA

Es en el siglo veinticuatro,
en una plaza de Francfort,
por donde cruza el tren más rápido
de Liverpool para Cantón.
La multitud que se aglomera
de un pedestal alrededor,
forma un murmullo que semeja
el del mar en agitación.
Suena la música de Wagner
y el estampido del cañón,
y entre los hurras populares
sube a su puesto el orador.
Es el alcalde Karl Hamstaengel
quien preside la reunión,
y en el silencio que se agranda,
dice con monótona voz:
"¡Ciudadanos! ¡Compatriotas!
¡Salud! Honrad al fundador
de la más grande de las obras
de nuestra santa Religión.
Eterna gloria a su divisa,
eterna gloria al redentor,
que con su ejemplo y sus palabras
el idealismo derrotó.
Salud al genio sobrehumano
cuyo evangelio derramó
de este planeta por los ámbitos
la postrera revelación.
¡Paz y salud a sus creyentes!
¿Cuál de nosotros lo invocó
sin sentir instantáneamente
mejorarse la digestión?
¿Cuál en sus heroicos sueños
de entusiasmo y de valor,
al inspirarse en sus ejemplos
no vencerá la tentación.

Ha cuatro siglos que los hombres
lo proclaman único Dios.
¡Su imagen ved, su noble imagen,
su imagen ved!"
. . .Un gran telón
se va corriendo poco a poco
del pedestal al derredor,
y la estatua de Sancho Panza,
ventripotente y bonachón,
perfila el contorno de bronce
sobre el cielo ya sin color. . .
Cuando de pronto estalla un grito,
un grito inmenso, atronador,
de quince mil quinientas bocas
como de una sola voz,
que ladra: "¡Abajo los fanáticos!
¡Abajo el culto! ¡Abajo Dios!"
Es un mitín de nihilistas,
y en una súbita explosión
de picrato de melinita,
vuelan estatua y orador.

ZOOSPERMOS

El conocidó sabio Cornelius Von Ken-Rinegen,
que disfrutó en Hamburgo de una clientela enorme
y que dejó un in-folio de mil quinientas páginas
sobre hígado y riñones,
abandonado luego por todos sus amigos,
murió en Leipzig, maniático, despretigiado y pobre,
debido a sus estudios de los últimos años
sobre espermatozoides.

Frente de un microscopio que le costó un sentido,
obra maestra y única de un óptico de Londres,
la vista recogida, temblándole las manos,
ansioso, fijo, inmóvil,
reconcentrado y torvo, como un fantasma pálido,
a media voz decía: "¡Oh, mira cómo corren
y bullen y se mueven y luchan y se agitan
los espermatozoides!

"¡Mira! si no estuviera perdido para siempre;
si huyendo por caminos que todos no conocen

hubiera al fin logrado tras múltiples esfuerzos
el convertirse en hombre,
corriéndole los años hubiera sido un Werther
y tras de mil angustias y gestas y pasiones
se hubiera suicidado con un Smith & Wesson
ese espermatozoide!

"Aquel de más arriba que vibra a dos milímetros
del Werther suprimido, del vidrio junto al borde,
hubiera sido un héroe de nuestras grandes guerras.
¡Alguna estatua en bronce
hubiera recordado, cual vencedor intrépido
y conductor insigne de tropas y cañones,
y general en jefe de todos los ejércitos,
a ese espermatozoide!

"¡Aquél hubiera sido la Gretchen de algún Fausto;
ese de más arriba un heredero noble,
dueño a los veintiún años de algún millón de thallers
y un título de conde;
aquel, un usurero; el otro, el pequeñísimo,
algún poeta lírico; y el otro, aquel enorme,
un profesor científico que hubiera escrito un libro
sobre espermatozoides!

Afortunadamente, perdidos para siempre
os agitáis ahora, ¡oh, puntos que sois hombres!
entre los vidrios gruesos traslúcidos y diáfanos
del microscopio enorme;
afortunadamente, zoopermos, en la tierra
no creceréis poblándola de dichas y de horrores:
dentro de diez minutos todos estaréis muertos,
¡hola, espermatozoides!

Así el ilustre sabio Cornelius Von Ken-Rinegen,
que disfrutó en Hamburgo de una clientela enorme
y que dejó un in-folio de mil quinientas páginas
sobre hígado y riñones,
murió en Leipzig, maniático, desprestigiado y pobre,
debido a sus estudios de los últimos años
sobre espermatozoides.

FILOSOFIAS

De placeres carnales el abuso,
de caricias y besos
goza, y ama con toda tu alma, iluso;
agótate en excesos.

Y si evitas la sífilis, siguiendo
la sabia profilaxia,
al llegar los cuarenta irás sintiendo
un principio de ataxia.

De la copa que guarda los olvidos
bebe el néctar que agota:
perderás el magín y los sentidos
con la última gota.

Trabaja sin cesar, batalla, suda,
vende vida por oro:
conseguirás una dispepsia aguda
mucho antes que un tesoro.

Y tendrás ¡oh placer! de la pesada
digestión en el lance,
ante la vista ansiosa y fatigada,
las cifras de un balance.

Al arte sacrifícate: ¡combina,
pule, esculpe, extrema!
¡Lucha, y en la labor que te asesina,
—lienzo, bronce o poema—

pon tu esencia, tus nervios, tu alma toda!
¡Terrible empresa vana!
pues que tu obra no estará a la moda
de pasado mañana.

No: sé creyente, fiel, toma otro giro
y la razón prosterna
a los pies del absurdo: ¡compra un giro
contra la vida eterna!

Págalo con tus goces; la fe aviva;
ora, medita, impetra;
y al morir pensarás: ¿y si allá arriba
no me cubren la letra?

Mas si acaso el orgullo se resiste
a tanta abdicación,
si la fe ciega te parece triste,
confía en la razón.

Desprecia los placeres y, severo,
a la filosofía,
loco por encontrar lo verdadero,
consagra noche y día.

Compara religiones y sistemas
de la Biblia a Stuart Mill,
desde los escolásticos problemas
hasta lo más sutil

de Spencer y de Wundt, y consagrado
a sondear ese abismo
lograrás este hermoso resultado:
no creer ni en ti mismo.

No pienses en la paz desconocida.
Mira: al fin, lo mejor
en el tumulto inmenso de la vida
es la faz interior.

Deja el estudio y los placeres; deja
la estéril lucha vana
y, como Cakia-Muni lo aconseja,
húndete en el Nirvana.

Excita del vivir los desengaños
y en *tête-à-tête* contigo,
como un yogui senil pasa los años
mirándote el ombligo.

De la vida del siglo ponte aparte;
del placer y el amigo
escoge para ti la mejor parte
y métete contigo.

Y cuando llegues en postrera hora
a la última morada,
sentirás una angustia matadora
de no haber hecho nada...

IDILIO

Ella lo idolatraba, y él la adoraba.
—Se casaron al fin?
—No, señor: ella se casó con otro.
Y ¿murió de sufrir?
—No, señor: de un aborto.
—Y él, el pobre, ¿puso a su vida fin?
No, señor: se casó seis meses antes
del matrimonio de ella, y es feliz.

EGALITE

Juan Lanas, el mozo de esquina,
es absolutamente igual
al emperador de la China:
los dos son el mismo animal.

Juan Lanas cubre su pelaje
con nuestra manta nacional;
el gran magnate lleva un traje
de seda verde excepcional.

Del uno cuidan cien dragones
de porcelana y de cristal;
Juan Lanas carga maldiciones
y gruesos fardos por un real.

Pero si alguna mandarina,
siguiendo el instinto sexual,
al potentado se avecina
en el traje tradicional

que tenía nuestra madre Eva
en aquella tarde fatal
en que se comieron la breva
del árbol del Bien y del Mal,

y si al mismo Juan una Juana
se entrega de un modo brutal
y palpita la bestia humana
en un solo espasmo sexual,

Juan Lanas, el mozo de esquina,
al emperador de la China
es absolutamente igual:
los dos son el mismo animal.

RESURREXIT

Para qué arrepentirnos, si es bastante
a purgar nuestro mísero pecado
el doliente recuerdo de un pesado
cada vez más cercano y más distante;

si no hemos de encontrar más adelante
todo lo que nos hubo conturbado,
ni las bocas que ya nos han besado
ni el loco amor ni la caricia amante,

ríe y no te arrepientas, que mañana
nuestras dos almas solas irán juntas
a explorar los misterios del Nirvana...

Mientras que Magdalena, la divina,
entre el coro de vírgenes difuntas
hace un triste papel de celestina.

VERSOS VARIOS

PRIMERA COMUNION

Todo en esos momentos respiraba
una pureza mística:
las luces matinales que alumbraban
la ignorada capilla,
los cantos religiosos que pausados
hasta el cielo subían,
el aroma süave del incienso
al perderse en espiras,
las voces ulteriores de otro mundo,
sonoras y tranquilas,
los dulces niños colocados junto
al altar de rodillas,
y hasta los viejos santos en los lienzos
de oscura, vaga tinta,
bajo el polvo de siglos que los cubre,
mudos se sonreían.

IDILIO

Sencilla y grata vida de la aldea:
levantarse al nacer de la mañana
cuando su luz en la extensión clarea
y se quiebra en la cúpula lejana,
vagar a la ventura en el boscaje...
espiar en los recodos del camino
el momento en que el ave enamorada,

oculta en el follaje,
sus esperanzas y sus dichas canta.
En rústica vasija
coronada de espuma
libar la leche; contemplar la bruma
que en el fondo del valle se levanta;
el aire respirar embalsamado
con los suaves olores
de la savia y las flores;
tomar fuerza en la calma majestuosa
donde la vida universal germina,
en ignotos lugares
que no ha hollado la vana muchedumbre,
en el bosque de cedros seculares,
del alto monte en la empinada cumbre;
después tranquilamente
bañarse en el remanso de la fuente.
Con el rural trabajo
que a los músculos da fuerza de acero
y que las fuentes abre de riqueza,
endurecer el brazo fatigado
y devolverle calma a la cabeza.
Sin fatigas, sin penas, sin engaños
dejar correr los años
y en la hora postrera
descansar, no en lujoso monumento
sino bajo el ramaje
del verde sauce a su tranquila sombra
cabe la cruz piadosa.

SUSPIRO

Si en tus recuerdos ves algún día,
entre la niebla de lo pasado,
surgir la triste memoria mía
medio borrada ya por los años,
piensa que fuiste siempre mi anhelo,
y si el recuerdo de amor tan santo
mueve tu pecho, nubla tu cielo,
llena de lágrimas tus ojos garzos,
¡ah! no me busques aquí en la tierra,
donde he vivido, donde he luchado,
¡sino en el reino de los sepulcros
donde se encuentra paz y descanso!

LAS ARPAS

VA LA brisa por valles y collados
y cargada de aromas y silencios
no lleva entre sus alas invisibles
ni una voz —ni una música— ni un eco.
Pero en oscuro bosque retirado,
patria de las driadas y los genios,
en alto tronco suspendida encuentra
arpa eolia de místicos acentos:
¡al pasar vibra en las sonoras cuerdas
del dulce y melancólico instrumento
y van sus sosegadas armonías
a perderse a lo lejos!

El alma del poeta es delicada
arpa —que cuando vibra el sentimiento
en sus cuerdas sensibles— se estremece
y produce sus cantos y sus versos.

PERDIDA

¡ALGO TERRIBLE sentirá tu alma,
infame libertino
que el taller tornas de la pobre obrera
en lupanar maldito!

¡Era una hermosa niña! Sus pupilas
tuvieron luz y brillo,
y en su gracia inocente y descuidada
hubo algo de divino.
Mas algún día entre el tumulto humano
se deslizó en su oído
una palabra. Luego su mirada
perdió el fulgor antiguo
y se llenó de lágrimas, y luego,
de una noche entre el frío,
se encontró sola en medio de la calle
con el honor perdido;
en el alma llevando la tristeza
y en los brazos un niño,
y, de vergüenza y de miseria llena,
a sí misma se dijo:
"Del hombre aquel me vengaré en los hombres;
de mi cuerpo marchito

haré un altar donde en su afán de goces
le rindan culto al vicio.
Soy el placer; soy cual dorada copa
llena de añejo vino,
mas que guarda en el fondo envenenado
un germen maldecido.
Venid a mí los que os sentíis sedientos,
¡venid, os daré alivio!. . ."
Y ellos fueron, volaron a sus brazos
blancos, alabastrinos,
y ella bajó con prontitud pasmosa
al fondo de un abismo. . .
Luego la edad su cabellera negra
pobló de blancos hilos,
y perdió su color y su frescura
el semblante marchito,
y a pocas horas, por infame lepra
el cuerpo corroído,
entre sonrisas y cristianas preces
y semblantes virgíneos,
recostada en un lecho miserable
del hospital sombrío,
¡en brazos de las santas enfermeras
dio el último suspiro!

Marchando vas sin ver el horizonte
que forma tu camino,
pero si acaso tornas la mirada
al pasado perdido,
¡verás alzarse su fantasma blanco
en tu conciencia fijo!
Oh! cuando alguna vez errante y solo
veas al pobre niño,
a quien nunca en su vida de miserias
podrás llamar tu hijo,
¡algo terrible sentirá tu alma,
infame libertino
que el taller tornas de la pobre obrera
en lupanar maldito!

LA VENTANA

Oh! temps évanouis! Oh! splendeurs éclipsées!
Oh! soleils descendus derrière l'horizon!

Víctor Hugo

Al frente de un balcón, blanco y dorado,
obra de nuestro siglo diez y nueve,
hay en la estrecha calle una muy vieja
ventana colonial. Bendita rama
adorna la gran reja
de barrotes de hierro colosales,
que tiene en lo más alto un monograma
hecho de incomprensibles iniciales.

A la lumbre postrera
del sol en Occidente, ¿quién no espera
mirar allí, sombría,
medio perdida en la rizada gola,
la cabeza severa
de algún oidor, o los oscuros ojos
de una dama española
de nacarada tez y labios rojos,
que al venir de la hermosa Andalucía
a la colonia nueva
el germen de letal melancolía
por el recuerdo de la patria lleva?
¡Pero no, ni las sombras le han quedado
de los que vio perderse en el pasado!
Loca turba infantil la invade ahora;
uno ríe, otro llora;
a la palma bendita
la niña arranca retejida rama,
y mientras uno al compañero llama
con incansable afán, el otro grita.
No guarda su memoria
de la ventana la vetusta historia,
y sólo en ella fija
la atención el poeta
para quien tienen una voz secreta
los líquenes grisosos
que, al nacer en la estatua alabastrina,
del peso de los siglos son señales,

y a quien narran poemas misteriosos
las sombras de las viejas catedrales.
hoy hace más de siglo, ha muchos años,
ella escuchó la cántiga española
que tristes desengaños
o desventuras amorosas narra
de la alta noche en la quietud serena,
acompañada en la gentil guitarra
por noble caballero,
a quien tornara con la estrofa grata
el recuerdo de alegre serenata
dada en la aristocrática Sevilla,
cabe el Guadalquivir, do en claras noches
la calada Giralda se retrata
y la luz de la luna limpia brilla.

La brisa, dulce y leve
como las vagas formas del deseo,
llevó al pasar los barrotes duros
aroma de azahares y de lirios
en las risueñas fiestas de himeneo;
juramentos de amor, santos y puros;
de mortuorios cirios
el triste olor; las plácidas historias
con que la noble abuela
a rubio nieto adormeció en la cuna,
y la oración que hacia los cielos vuela
suave como los rayos de la luna.
Inútil, allí, a solas,
ella miró pasar generaciones
como pasan, con raudo movimiento
sobre la playa las marinas olas,
en la sombra los coros de visiones
y las aristas leves en el viento;
¡y ora mira la turba de los niños
de risueñas mejillas sonrosadas,
que al asomar tras de la fuerte reja
sonriente semeja
un ramo de camelias encarnadas!

¡Ay! todo pasará: niñez risueña,
juventud sonriente,
edad viril que en el futuro sueña,
vejez llena de afán...
. . . .

. . . Tal vez mañana
cuando de aquellos niños queden sólo
las ignotas y viejas sepulturas,
aun tenga el mismo sitio la ventana.

CREPUSCULO

En la tarde —en las horas del divino
crepúsculo sereno—
se pueblan de tinieblas los espacios
y las almas de sueños.
Sobre un fondo de tonos nacarados,
la silueta del templo
Las altas tapias del jardín antiguo
y los árboles negros,
cuyas ramas semejan un encaje
movidas por el viento,
se destacan oscuras, melancólicas,
como un extraño espectro.
En estas horas de solemne calma
vagan los pensamientos,
y buscan en la sombra de lo ignoto
la quietud y el silencio.

NOTAS PERDIDAS

Es media noche. Duerme el mundo ahora
bajo el ala de niebla del silencio.
Vagos rayos de luna
y el fulgor incierto
de lámpara velada
alumbran su aposento.
En las teclas del piano
vagan aún sus marfilinos dedos;
errante la mirada,
dice algo que no alcanza el pensamiento.
¡Cómo perfuma el aire el blanco ramo
marchito en el florero,
cuán suave es el suspiro
que vaga entre sus labios entreabiertos!
. . . .
. . . .

¡Adriana! ¡Adriana! ¡De tan dulces horas
guardarán el secreto
tu estancia, el rayo de la luna, el vago
ruido de tus besos,
la noche silenciosa,
y en mi alma el recuerdo! . . .

IV

La noche en que al dulce beso
del amor, se abrió su alma,
caminando lentamente
iba, en mi brazo apoyada.
No había luna. Las estrellas
vertían su luz escasa,
y sobre el cielo profundo
nuestros ojos contemplaban,
como una bruma ligera,
la brillante vía láctea,
. . . . suspiró.
Con voz muy queda,
—dime, le dije, ¿te cansas?
Alzó la hermosa cabeza,
se iluminó su mirada
y murmuró: —Mira, dicen
que es grande, inmensa, la vaga
bruma que brilla a lo lejos
como una niebla de plata,
que la forman otros mundos
que están a inmensa distancia,
que la luz solar invierte
siglos en atravesarla,
y si Dios quisiera un día
a ti y a mi darnos alas,
¡esa distancia infinita,
feliz, contigo cruzara!

Bajó la noble cabeza,
desvió la viva mirada,
y dijo, paso, de nuevo:
—me preguntabas "¿te cansas?"

IX

Bajad a la pobre niña,
bajadla con mano trémula,
y con cuidadoso esmero
entre la fosa ponedla,
¡y arrojad sobre su tumba
fríos puñados de tierra!
Aún sobre sus labios rojos
la sonrisa postrimera,
tan joven y tan hermosa
y descansa helada, yerta,
¡y está marchito el tesoro
de su dulce adolescencia!
¡Bajad a la pobre niña,
bajadla con mano trémula
y con cuidadoso esmero
entre la fosa ponedla,
¡y arrojad sobre su tumba
fríos puñados de tierra!
Cavad ahora otra fosa
cavadla con mano trémula,
de la sonriente niña
del triste sepulcro cerca,
para que lejos del mundo
su sueño postrero duerman
mis recuerdos de cariño
y mis memorias más tiernas.
Bajadlos desde mi alma,
bajadlos con mano trémula
¡y arrojad sobre su fosa
fríos puñados de tierra! . . .

X

(A Natalia Tanco A.)

¿Has visto, cuando amanece,
los velos con que la escarcha
los vidrios de los balcones
cubre en la noche callada?
Deja que el rayo primero
de la luz de la mañana
los hiera, y verás entonces

formarse figuras vagas
en la superficie fría,
helechos de formas raras.
Paisajes de sol y niebla
de perspectivas lejanas
por donde van los ensueños
a la tierra de las hadas
y al fin un caos confuso
de luz y gotas de agua
de ramazones inciertas
y perspectivas lejanas,
que al deshacerse semejan
el vago esbozo de un alma.

Las neblinas que el espíritu
llenan en horas amargas
como a los rayos del sol
de los cristales la escarcha,
si las hiere tu sonrisa,
se vuelven visiones blancas.

XIV

En el aposento estrecho,
en la blanca pared fijo,
tiene muy cerca del lecho
donde duerme, un crucifijo

que, como a dulces abrazos
llamando al ánima vil,
tiende los rígidos brazos
sobre una cruz de marfil

y, de espinas coronada,
dobla la cabeza, inerte,
de noble expresión, helada
por el beso de la muerte.

En ese sitio, amorosa,
la oración de ritmo breve
va de sus brazos de rosa
hacia los brazos de nieve.

EN LA MUERTE DE MI AMIGO LUIS A. VERGARA R.

ALGUNA amarga lágrima vertida
al pensar en lo bueno del ausente
como signo de eterna despedida,
y una oración de mística tristeza,
aspiración de la amistad doliente,
forman los dones que dejar podemos
cabe la fresca y entreabierta fosa
de aquel que en el albor de su mañana
supo cruzar la ruta peligrosa
con noble amor y con cristiano celo,
mirar lo inmenso de la lucha humana
y en plenitud de vida y de esperanza
decir ¡adiós! a la mentira vana,
¡y hacia otras playas dirigir el vuelo!
Mas consuela el pensar que nuestra vida
es istmo que separa dos océanos
y que mide la mano de la suerte. . .
a él sobre las cunas arribamos
viniendo en ignorados oleajes,
y al acabar de caminarlo vamos
a proseguir interminables viajes
sobre las negras sombras de la muerte;
y que el oscuro velo de tristeza
con el misterio inmenso de la fosa
envuelve de los muertos la cabeza.
Esa quietud solemne en que reposa
el cuerpo humano, su misión cumplida,
y de la tumba la pesada losa
que última etapa son de la partida
del espíritu humano aquí en la tierra,
le abren los ojos a una vida nueva
en que hallará lo que el misterio encierra
y en cuya vasta oscuridad sombría
verá la luz quien va, cual nuestro amigo,
que un tesoro de luz lleva consigo.

¡"Sí! El no manchó la punta de las alas
en el vicio, pantano corrompido,
y ornada aún de las primeras galas
en su vida feliz juntó su alma
la inocencia del niño distraído,
del grave adulto la juiciosa calma

y los sueños de dulce poesía
de que hace el vulgo indiferente mofa,
sueños que en conservar se complacía
bajo el cristal de su sonora estrofa,
y que recuerdan con sin par cariño,
con emoción purísima y sin nombre,
los que te vieron —candoroso niño—
¡amar como ángel y pensar como hombre!
Del social torbellino en el ruido
su misión fue la de la dulce nota
que para el blando halago del oído
de entre las cuerdas de la lira brota,
¡y en el vicio infinito y extendido
la virtud dulce de su vida hacía
la impresión de una ráfaga de incienso
entre el discorde estruendo de una orgía
y el aire impuro, pestilente y denso!

Ha partido entre lágrimas de amores
que quemando al rodar por la mejilla
bajaron a morir sobre esas flores.
Más de una amarga lágrima sencilla
vertida por el ser a quien quisiera
con el amor sin fin que en ella brilla,
amor que en medio de su vida fuera
vaporosa columna al medio día,
y en las tinieblas de la noche, hoguera
cual la que en el desierto conducía
al través de la arena al pueblo hebreo,
al país que soñó su fantasía...
Aún me parece que contemplo y veo
su constante entusiasmo por aquella
que fue su aspiración y su deseo,
por la que su alma candorosa y bella
colocar supo en la región que abarca
el alma humana al proseguir la huella
del amor sublimado de Petrarca;
por la que hoy siente inexplicable frío
cuando por verle entre nosotros mira,
y su mirar... ¡se pierde en el vacío!

Que en el recuerdo del ser a quien decimos
enternecidos el adiós postrero
(el de su vida que pasarse vimos
bajo la egida del deber severo)

sea, en todo momento de desmayo
en la senda del bien, como una estrella
que nos alumbra con su tibio rayo;
que desciende dulcísimo de ella
a sus tristes hermanos el consuelo
y a su madre infeliz. . . que con los ojos
nublados por las lágrimas y rojos
esperándolo ver. . . ¡mira hacia el cielo!
Cuando el cuerpo perece nace el alma. . .
Mientras el uno entre la tumba mora,
la otra recobra su perdida calma.
Hay una dulce claridad que dora
con sus rayos el fondo de la huesa,
lumbre de un día que en la muerte empieza:
del sol del infinito. . . ésa es la aurora.

LAS GOLONDRINAS

(De P. J. Béranger)

En la ribera del Maure
encorvado por los hierros
de la prisión, tristemente,
así cantaba un guerrero:
"Os vuelvo a ver, pajarillos
que dais al invierno el ala,
golondrinas, portadoras
de piadosas esperanzas,
que venís a estos desiertos
desde mi risueña Francia
¿No os detendréis por un instante breve
para contarme de mi hermosa patria?

"¿Cerca de donde nací,
en el alar de mi choza,
entre blando y tibio nido
nació alguna de vosotras?
¿De una madre desdichada
que hacia la tumba camina,
que a cada momento espera
oír, como antes oía,
el ruido de mis pasos,
y sin oírlo agoniza,
de su amor, de su pena, de sus lágrimas,
no me habláis, pasajeras golondrinas?

"Ha tres años os conjuro
a traerme algún recuerdo
de mi valle, en que soñaba
con un porvenir risueño;
del arroyo transparente
en la encantadora orilla
en donde crecen frondosas
como en guirnaldas, las lilas,
en un tranquilo rodeo
¿habéis visto mi casita?
¿Del valle idolatrado de mi infancia
no me habláis, pasajeras golondrinas?

"Decidme, ¿casó mi hermana?
¿Vistéis los alegres jóvenes
de nuestro pueblo, en las nupcias
celebrarla en sus canciones?
¿Volvieron a nuestra aldea
los que entraron en la liza
y me siguieron valientes
cuando en batalla reñida
me lanzaba presuroso
a las lanzas enemigas?
¿De los caros amigos de la infancia
no me habláis, pasajeras golondrinas?
"Sobre sus cuerpos tal vez
el enemigo cobarde
toma de nuevo el camino
que conduce a nuestro valle,
y mientras manda cual dueño
en mi tranquila cabaña
e interrumpe el venturoso
himeneo de mi hermana,
rodeado estoy de hierros
sin quien por mí vierta lágrimas.
¡Golondrinas, errantes golondrinas!
¿no me habláis de los males de la patria?"

IMITACION

(De Maurice de Guérin)

PEQUEÑAS cavidades
hay en la cumbre de la inmensa roca,

a cuyos pies acompasadas baten
sobre la playa, las movibles olas.

Guardan allí las grietas, entancadas
de la lluvia las gotas,
y a beberlas, a veces se detienen
las errantes bandadas de palomas.

Yo suelo por las tardes
ir a la cima a sollozar a solas,
y mi llanto se mezcla con las aguas
entre las piedras toscas.

¡Sueltas bandadas que, al morir el día,
tendeis el vuelo entre la lumbre rósea
con que, al ponerse el sol en Occidente,
ilumina la atmósfera:

¡jamás bebáis las aguas escondidas
en la gigante roca,
que mis lágrimas tienen la amargura
de las marinas ondas!

ENCONTRARAS POESIA

Encontrarás poesía,
dijo entonces sonriendo
en el recinto sagrado
de los cristianos templos,
do, como el humo a la altura,
sube la oración al cielo;
en los lugares que nunca
humanos pies recorrieron,
en los bosques seculares
donde se oculta el silencio,
en los murmullos sonoros
de las ondas y del viento,
en la voz de los follajes,
del amor en los recuerdos,
de las niñas de quince años
en los blancos aposentos,
en las noches estrelladas. . .
Jamás. . . ¡en los malos versos!

REALIDAD

(De "Canciones de Calles y Bosques" de Víctor Hugo).

NATURALEZA es una dondequiera,
en Japón o en Gonesa. Las distancias
suprime y son lo mismo Triptolemo
y Dombasle; la toga y las enaguas.

Lavallière con su Luis, entre la regia
carroza blasonada,
es tan feroz cual la chipriota Venus
en el capullo de la concha blanca.

¡Oh mis hijos! ¡Oh hermanos! ¡Oh poetas!
Decid si existe el hecho, la palabra.
Sed espíritus puros y haced siempre.
No hay nada bajo para nobles almas.

En Poestum se convierte en hipo triste
la risa de Sileno, a Príapo canta
Horacio, y cruza Bottom, el grotesco,
de Shakespeare por el drama.

¡No tiene la verdad límites, hijo!
Del gran Pan, dios bestial, la hirsuta barba
y los cuernos torcidos se columbran
del ideal tras de la frente pálida.

A UN PESIMISTA

HAY DEMASIADA sombra en tus visiones,
algo tiene de plácido la vida;
no todo en la existencia es una herida
donde brote la sangre a borbotones.

La lucha tiene sombra; y las pasiones
agonizantes, la ternura huida,
todo lo amado que al pasar se olvida
es fuente de angustiosas decepciones.

Pero, ¿por qué dudar, si aún ofrecen,
en el remoto porvenir oscuro,
calmas hondas y vívidos cariños

la ternura profunda, el beso puro
y manos de mujer, que amantes mecen
las cunas sonrosadas de los niños?

VOZ DE MARCHA

A ORILLAS de la senda de la vida,
ya fatigado se sentó el mancebo
y murmuró con voz adolorida:
"cansada el alma llevo.

"Inútil es seguir, ruda la carga:
de la existencia humana sólo brota
honda tristeza, pertinaz y amarga,
cual del laúd la nota.

"No alumbra en el futuro luz de aurora,
en lo más hondo el entusiasmo ha muerto,
sólo eres, esperanza soñadora,
miraje del desierto.

"¡Ay! y el amor y la amistad, mentiras;
como brumas vacilan las ideas,
sólo tristeza y desaliento inspiras,
vida, ¡maldita seas!"

Renegó de virtud y de nobleza,
y de pasado y porvenir maldijo;
pero en el aire, entre la sombra espesa,
oyó una voz que dijo:

"por más que traiga el viento tempestuoso
entre las alas blanquecina escarcha,
oíd del siglo el grito poderoso,
oíd la voz de marcha.

"¿Conque os cansó lo rudo del camino?,
¿conque está el corazón agonizante? . . .
Pensad que sólo sois un peregrino. . .
Y ¡seguid adelante!

"Al doblar los recodos del sendero
la muchedumbre, en la primera cruzada,
gritaba al ver un pueblo en el otero:
—¡Jerusalén sagrada!

"Cuántas veces, su engaño repetido,
al apagarse el entusiasmo ardiente,
al viento poderoso del olvido
se doblegó su frente.

"¡Cuántas veces volviera a su memoria
de la patria el recuerdo cariñoso,
huyera de ella la ambición de gloria
y deseara el reposo!

"Pero una tarde, tarde vislumbrada
en místicos ensueños, de improvisto
contempló la ciudad santificada
por la pasión del Cristo.

"¡Seguid! ¡Seguid! ¡Y si en la ruta umbrosa
el paso os cierra levantado monte,
subid hasta su cumbre tenebrosa
y ved el horizonte!

"Tal vez el porvenir guarde en su seno,
que hoy os parece lóbrego y oscuro,
de claridades misteriosas lleno,
un rayo de luz puro.

"Tal como son, hirvientes, las marinas
aguas que pasman de temor al verlas,
en el fondo, entre conchas nacarinas,
guardan pálidas perlas.

"¡Marchad! ¡Marchad! Y al fin de la partida
torne un momento a confortar el alma
el recuerdo feliz de una cumplida
misión de paz y calma

"Mas si os cansó lo rudo del camino,
y si está el corazón agonizante,
pensad que sólo sois un peregrino. . .
Y ¡seguid adelante!

"Pide el siglo potente y majestuoso,
cuya voz conmovida el alma escucha,
quien lidie sin cansancio ni reposo
del progreso en la lucha".

Alzó el joven los miembros agitados,
cual los del muerto ante el poder divino,
y se limpió los ojos enturbiados
¡y prosiguió camino!

El viento arriba murmuró querellas,
rompió la luz los tenebrosos velos,
y, temblando, brillaron las estrellas
en lo alto de los cielos.

ESTRELLAS FIJAS

Cuando ya de la vida
el alma tenga, con el cuerpo, rota,
y duerma en el sepulcro
esa noche más larga que las otras,

mis ojos, que en recuerdo
del infinito eterno de las cosas,
guardaron sólo, como de un ensueño,
la tibia luz de tus miradas hondas,

al ir descomponiéndose
entre la oscura fosa,
verán, en lo ignorado de la muerte,
tus ojos... destacándose en las sombras.

EL RECLUTA

Hasta que manos piadosas
algún sepulcro le dieron,
al bajar de la cañada,
junto a las matas de helecho.
destrozada la cabeza
por una bala de *rémigton;*
con la blusa de bayeta
y la camisa de lienzo,
un escapulario santo
colgado al huesoso cuello,
los pantalones de manta
manchados de barro fresco,
las rudas manos crispadas,

los ojos aún abiertos,
y la sangre, ya viscosa,
pegándole los cabellos,
estuvo toda la noche
de aquel combate sangriento
abandonado el cadáver
del pobre recluta muerto.

¿Su nombre?... Un oscuro nombre...
Dijunto Juan Abudelo,
cuando hablan de la campaña
lo nombran los compañeros...
¿Su madre?... Una pobre madre,
que en el rancho, al pie del cerro,
abandonada y estúpida
pasa los días inciertos...
¿Su vida?..., una oscura vida,
la vida vaga de un cuerpo,
que fue tranquila y sin odios
hasta en el cuartel infecto,
do penetrado de frío,
que le calaba los huesos
y que tiritar le hacía
bajo el bayetón deshecho,
conoció toda la angustia
de largas noches sin sueño,
y de tristes soledades,
el pobre recluta muerto.

Los soldados que seguían
en titánicos esfuerzos,
de Egipto a los arenales
y de Rusia a los desiertos,
al hombre de ojos de águila
y de caprichos de hierro,
tenían tras el reñido
batallar, largo y supremo,
en cada voz un halago,
en cada mandato un premio.
Mas del capitán Londoño,
que fue su jefe en el Cuerpo,
sólo conoció dos órdenes
de detención y de cepo,
un planazo en las espaldas

y el modo de gritar: *"¡Juego!"*,
hasta la tarde en que, herido
en el combate siniestro,
cayó, gritando: *"¡Adiós, mamá!"*,
el pobre recluta muerto.

LA CALAVERA

En el derruído muro
de la huerta del convento,
en un agujero oscuro
donde, al pasar, silba el viento,

y, como una dolorida
queja a las piedras arranca,
hay, en el fondo, escondida
una calavera blanca.

De algún fraile soñador
de vida ejemplar y bella
y dedicada al Señor,
en el mundo única huella.

Abre los ojos, sin fondo,
como a visiones extrañas,
y del vacío en lo hondo
forjan telas las arañas.

Húmedo musgo grisoso
recubre la antigua grieta,
donde en supremo reposo
descansa ignorada y quieta.

Pero hasta a aquella escondida
mansión, la brisa ligera
lleva murmullos de vida
y olores de primavera.

Golondrinas, que en sus marchas
dejaron el patrio río,
huyendo de las escarchas,
de las brumas y del frío,

cuando la luz del Poniente
filtra por el hondo hueco
y hace parecer viviente
el cráneo rígido y seco,

desde las negras ruïnas,
alzan sosegado vuelo,
y en sus vueltas peregrinas
tocan las ramas y el suelo,

como buscando en el prado,
ya por la tarde, sombrío,
el espíritu elevado
que habitó el cráneo vacío.

A DIEGO FALLON

CUANDO de tus estancias sonorosas
las solemnes imágenes,
en los lejanos siglos venideros
ya no recuerde nadie;
cuando estén olvidados para siempre
tus versos adorables,
y un erudito, en sus estudios lentos,
descubra a Núñez de Arce,
aun hablarán, a espíritus que sueñen,
las selvas seculares
que se llenan de nieblas y de sombras
al caer de la tarde.
Tendrán vagos murmullos misteriosos
el lago y los juncales,
nacerán los idilios
entre el musgo, a la sombra de los árboles,
y seguirá forjando sus poemas
Naturaleza amante,
que rima en una misma estrofa inmensa
los leves nidos y los hondos valles.

EL ALMA DE LA ROSA

VOLVIÓ del rico baile. Está dormida
en el mullido lecho,
y tal es el silencio de la estancia,
que no se escucha un eco.

Cerca de ella —en velador tallado
en cincelada copa—
está con los diamantes de la fiesta
una marchita rosa.

De repente sus hojas se conmueven,
y mientras todo calla,
entre el silencio de la oscura noche
se oye una voz que canta:

"Temblorosa, cubierta de rocío,
y perfumada y fresca,
tu mano me tomó para llevarme
a la brillante fiesta.

"Y al regresar de allí sólo traías
mi marchito cadáver,
única huella de mi leve paso
por este triste valle.

"¡Adiós, jardín querido! ¡Adiós, hermanas!
¡Murmullos de los vientos!
¡Adiós, tardes doradas! ¡Adiós, vida!
Por adorarte he muerto.

"Sobre el tul perfumado del vestido,
cerca del níveo pecho,
donde van de los ojos de los hombres
a posarse los besos,

"expiré, poco ha, sin que vertieran
tus ojos una lágrima.
¡Mas cuántos no querrán morir así,
sobre tu pecho, ingrata!

A TI

TÚ NO LO sabes, mas yo he soñado
entre mis sueños color de armiño,
horas de dicha con tus amores,
besos ardientes, quedos suspiros
cuando la tarde tiñe de oro
esos espacios que juntos vimos,
cuando mi alma su vuelo emprende
a las regiones de lo infinito.

SINFONIA COLOR DE FRESAS EN LECHE

A los colibríes decadentes

¡Rítmica Reina lírica! Con venusinos
cantos de sol y rosa, de mirra y laca
y polícromos cromos de tonos mil,
oye los constelados versos mirrinos,
escúchame esta historia Rubendariaca,
de la Princesa verde y el paje Abril,
rubio y sutil.

Es bizantino esmalte do irisa el rayo
las purpuradas gemas que enflora junio
si Helios recorre el cielo de azul edén,
es liblial albura que esboza mayo
en una noche diáfana de plenilunio
cuando los crisodinas nieblas se ven
a tutiplén!

En las víridas márgenes que espuma el Cauca,
—áureo pico, ala ebúrnea— currucuquea,
de sedeñas verduras bajo el dosel,
de las perladas ondas se esfuma glauca:
¿es paloma, es estrella o azul idea?. . .
Labra el emblema heráldico de áureo broquel,
róseo rondel.

Vibran sagradas liras que ensueña Psiquis,
son argentados cisnes, hadas y gnomos
y edenales olores, lirio y jazmín
y vuelan entelechias y tiquismiquis
de corales, tritones, memos y momos,
del horizonte lírico nieve y carmín
hasta el confín.

Liliales manos vírgenes al son aplauden
y se englaucan los líquidos y cabrillean
con medioevales himnos al abedul,
desde arriba Orión, Venus, que Secchis lauden
miran como pupilas que cintillean
por los abismos húmedos del negro tul
del cielo azul.

Tras de las cordilleras sombrías, la blanca
Selene, entre las nubes de ópalo y tetras
surge como argentífero tulipán
y por entre lo negro que se espernanca
huyen los bizantinos de nuestras letras
hacia el Babel Bizancio, do llegarán
con grande afán.

¡Rítmica Reina lírica! Con venusinos
cantos de sol y rosas, de mirra y laca
y polícromos cromos de tonos mil,
¡estos son los caóticos versos mirrinos,
ésta es la descendencia Rubendariaca,
de la Princesa verde y el paje Abril,
rubio y sutil!

LA ULTIMA DESPEDIDA

La Muerte:

Yo soy la luz, y sin embargo temen
los hombres encontrarme.
Yo soy la misteriosa soñadora
que los espacios abre.
¡Dudáis!... ¡Oíd las voces
que del sepulcro salen!

Los Cuerpos:

Nosotros vamos de la madre tierra
a la región oscura,
nosotros vamos a perdernos ora
en la vida fecunda
que en los profundos senos
de la muerte murmura.

Los Recuerdos:

Nosotros viviremos en las almas
de aquellos que os sintieron
a su lado pasar en vuestra vida.
¡Aquí sobre la tierra
nosotros mantendremos
vuestra memoria fresca!

Las Almas:

Nosotras vamos de la vida eterna
a proseguir la ruta,
nosotras vamos a tender el vuelo
a regiones más puras,
¡cómo es la luz de bella
tras de las vagas brumas!

SUS DOS MESAS

De Soltera:

En los tallados frascos guardados los olores
de las esencias diáfanas, dignas de alguna hurí;
un vaso raro y frágil do expiran unas flores;
el iris de un diamante; la sangre de un rubí
cuyas facetas tiemblan con vivos resplandores
entre el lujoso estuche de seda carmesí,
y frente del espejo la epístola de amores
que al irse para el baile dejó olvidada allí. . .

De Casada:

Un biberón que guarda mezcladas dos terceras
partes de leche hervida y una de agua de cal,
la vela que reclama las despabiladeras
desde la palmatoria verdosa de metal;
en rotulado frasco, cerca de las tijeras,
doscientos gramos de una loción medicinal;
un libro de oraciones, dos cucharas dulceras,
un reverbero viejo y un chupo y un pañal.

PASEO

Están los grupos alegres
al pie de las altas rocas,
humo grisoso se eleva
del boscaje entre las frondas
y junto a los viejos árboles
están cocinando ahora.

Vienen olores de campo
de la llanura espaciosa,
carcajadas a los labios
y manos a las bandolas
y del bambuco resuena
la música melancólica
y con el humo que sube
van a perderse las notas,
¡alegres para el que ríe
y tristes para el que llora!
Las servilletas tendidas
sobre la yerba reposan
del piquete campesino
con los platos y las copas,
rayos de franca alegría
ojos y labios coloran,
alegres manos ligeras
se confunden y se tocan,
y las parejas se mueven
del césped sobre la alfombra,
y las palabras sonríen
y las palabras rebosan,
mientras suena del bambuco
la música melancólica
y con el humo que sube
van a perderse las notas,
¡alegres para el que ríe
y tristes para el que llora! . . .

¡SEÑOR! ¡MIRAD LAS ALMAS. . . !

¡Señor! ¡Mirad las almas, que en busca de lo eterno,
en el amor humano se detuvieron locas,
cruzar, como las sombras del Dante en el infierno,
unidas de los brazos y unidas de las bocas!

¡Oh Padre! Perdonadlos por el martirio santo
del Salvador Divino, del Gólgota en la cumbre.
Haced que se conviertan los gritos en un canto
y que una luz remota su largo viaje alumbre.

Y dadnos fuerza ¡Oh Padre! para cruzar la vida,
para luchar de lleno por la contraria suerte,
para domar, severos, la carne corrompida,
¡para esperar, tranquilos, las sombra de la muerte!

CONVENIO

"¿VAS A CANTAR tristezas?, dijo la Musa;
entonces yo me vuelvo para allá arriba.
Descansar quiero ahora de tantas lágrimas;
hoy he llorado tanto que estoy rendida.
Iré contigo un rato, pero si quieres
que nos vayamos solos a la campiña
a mirar los espacios por entre ramas
y a oír qué cosas nuevas cantan las brisas.
Me hablan tanto de penas y de cipreses
que se han ido muy lejos mis alegrías,
quiero coger miosotys en las riberas:
si me das mariposas te daré rimas.
Forjaremos estrofas cuando la tarde
llene el valle de vagas melancolías;
yo sé de varios sitios llenos de helechos
y de musgos verdosos donde hay poesía;
pero tú me prometes no conversarme
de horrores y de dudas, de rotas liras,
de tristezas sin causas y de cansancios
y de odio a la existencia y hojas marchitas. . .
Sí, vámonos al campo, donde la savia,
como el poder de un beso, bulle y palpita;
a buscar nidos llenos en los zarzales:
¡si me das mariposas te daré rimas!"

CUANDO HAGAS UNA ESTROFA . . .

CUANDO HAGAS una estrofa, hazla tan rara,
que sirva luego al porvenir de ejemplo,
con perfiles de mármol de carrara
y solideces de frontón de templo.

DE LOS ROSADOS LABIOS . . .

DE LOS ROSADOS labios de hermosas bogotanas
siempre propicio el cielo los votos escuchó;
hoy esos votos vagos no son quimeras vanas,
que todas ellas quieran y miran como hermanas
a la que de esta fiesta las horas les brindó.
Como una flor de Mayo la dicha fugaz pasa. . .
Puesto que reina ahora franca alegría aquí,

la copa de champaña que el labio fresco abraza
tomemos, de la dueña y el dueño de la casa,
por las tranquilas horas de un porvenir feliz.

SONETOS NEGROS

I

TIENE INSTANTES de intensas amarguras
la sed de idolatrar que al hombre agita.
Del supremo Señor la faz bendita
ya no ríe del cielo en las alturas.

¡Qué poco logras, Fe, cuando aseguras
término a su ansiedad, que es infinita,
y otra vida después, do resucita
y halla, en mundo mejor, horas más puras!

Sin columna de luz, que en el desierto
guíe su paso a punto conocido,
continúa el cruel peregrinaje,

para encontrar en el futuro incierto
las soledades hondas del olvido
tras las fatigas del penoso viaje.

II

¿El pensamiento humano? No sonrías
si al llegar, las nociones verdaderas
a polvo imperceptible de Quimera
reducen tu ilusión, con manos frías.

Deja las peligrosas fantasías
y busca en perfumadas primaveras
todo el supremo bienestar que esperas
del Cielo que prometes o que ansías.
. . . .
. . . .

...?...

¿Por qué de los cálidos besos
de las dulces idolatradas
en noches jamás olvidadas
nos matan los locos excesos?

¿Son sabios los místicos rezos
y las humildes madrugadas
en celdas tan sólo adornadas
con una cruz y cuatro huesos?

¡No, soñadores de infinito!
De la carne el supremo grito
hondas vibraciones encierra;

dejadla gozar de la vida
antes de caer, corrompida,
en las negruras de la tierra.

NOCTURNO

Oh dulce niña pálida, que como un montón de oro
de tu inocencia cándida conservas el tesoro;
a quien los más audaces, en locos devaneos,
jamás se han acercado con carnales deseos;
tú, que adivinar dejas inocencias extrañas
en tus ojos velados por sedosas pestañas,
y en cuyos dulces labios —abiertos sólo al rezo—
jamás se habrá posado ni la sombra de un beso...
Dime quedo, en secreto, al oído, muy paso,
con esa voz que tiene suavidades de raso:
si entrevieras dormida a aquel con quien tú sueñas,
tras las horas de baile rápidas y risueñas,
y sintieras sus labios anidarse en tu boca
y recorrer tu cuerpo y en su lascivia loca
besar todos sus pliegues de tibio aroma llenos
y las rígidas puntas rosadas de tus senos;
si en los locos, ardientes y profundos abrazos
agonizar soñaras de placer en sus brazos,
por aquel de quien eres todas las alegrías,
¡oh dulce niña pálida!, di, ¿te resistirías?

POESIA VIVA

Es DE noche, cariñosa
lámpara vierte su lumbre
y baña en vaga luz rosa
la pared y la techumbre.

En el corredor sombrío
óyese el viento silbar,
pero no llega su frío
hasta el rincón del hogar,

do ella, amorosa y sencilla,
en una actitud risueña,
apoyada en la mejilla
la mano, medita y sueña.

Y con profundo cariño
contempla la cuna leve
en donde descansa un niño
tan blanco como la nieve.

Mientras el esposo amante
lee con voz agitada,
a la luz tibia y brillante
de la lámpara rosada:

"En estos días risueños
de nuestros meses queridos,
se llena el alma de ensueños
como los bosques de nidos.

"Vemos tras de la neblina,
como al través de un encaje;
el contorno se adivina
del verde oscuro follaje.

"La sombra crepuscular
que crece en el horizonte
envuelve el prado y el mar
y las llanuras y el monte.

"Mas la noche no me aterra,
si rompen su oscuro velo
sus pupilas en la tierra
y los astros en el cielo.

"¡Oh! mira cómo destaca
la luna el bosque sombrío,
y, temblando, se retrata
en los cristales del río.

"Su luz los espacios puebla
de visiones fugitivas,
y forja en la láctea niebla
ideales perspectivas. . ."

Pero de pronto el poeta
hace en su lectura pausa,
quiere buscar con inquieta
vista la emoción que causa,

y nota que la mujer
de ojos negros y pie breve
se ha dormido sin querer
junto a la cuna de nieve.

RONDA

Poeta, di paso
los furtivos besos. . .

. . . .
La ronda. . . Los recuerdos. . . La luna no vertía
allí ni un solo rayo, temblabas y eras mía
el aire estaba tibio bajo el follaje espeso.
Una errante luciérnaga alumbró nuestro beso. . .
El contacto amoroso de tus labios de seda. . .
La selva oscura y mística fue la alcoba sombría
el musgo, en ese sitio tiene olor de reseda
. . . .
filtró luz por las ramas cual si llegara el día
la luna entre las pálidas nieblas aparecía

Poeta, di paso
los íntimos besos. . .

¿De las noches más dulces te acuerdas, todavía?
En señorial alcoba, do la tapicería
amortiguaba el ruido, con sus hilos espesos,
desnuda tú en mis brazos, fueron míos tus besos,
tu cuerpo de veinte años sobre la roja seda,

tus cabellos dorados y tu melancolía
tus caricias de virgen y tu olor de reseda. . .
. . . .
Apenas alumbraba la lámpara sombría
las desteñidas sedas de la tapicería

Poeta, di paso
el último beso. . .

De la trágica noche me acuerdo todavía
el ataúd heráldico en el salón yacía
fatigado mi cuerpo por vigilias y excesos
oí, como a distancia, los monótonos rezos,
tú, mustia, yerta y rígida entre la negra seda,
la llama de los cirios temblaba y se movía,
perfumaba la atmósfera un olor de reseda. . .
un crucifijo pálido, los brazos extendía,
y estaba helada y cárdena tu boca que fue mía.

Poeta, a las sombras
temblando me vuelvo

NECEDAD YANQUI

En Nueva York. Cenando con William W. Breakhart,
comisionista yanqui de fortuna notoria,
y que, según los cálculos de gente respetable,
no baja de 350.000 dólares
le oí decir las frases siguientes, que atribuyo
a embriaguez producida por quince o viente copas:

"¿Amigos suyos? Ensaya. Está usted en Europa,
préstales por servicio your francs if you are in Paris
your pounds if you are in London if in Spain your onzas
well. . . il amigo suyo es muy agradecido;
usted es very pleased. . . Entonces il es desagradado
I don't pay a usted nada. . . y no es su amigo ahora
o bien él paga todo. . . and that's very silly
yo no es su buen amigo y dice usted le roba. . ."

Yo he atribuido siempre aquel discurso estúpido
a embriaguez producida por quince o veinte copas.

POEMAS ATRIBUIDOS A SILVA

RIEN DU TOUT

CUANDO SE murió Margarita
en brazos de Armando Duval,
la contemplaste, pobrecita,
con una amargura mortal.

¿Qué sentiste? ¿Su horrible cuita
o la lucha del Bien y el Mal?
No era nada: una fiestecita
en el Teatro Municipal.

Y lloraste, y te conmoviste
y estabas tan pálida y triste
como pocas se ven aquí;

y yo exclamé: ¡qué cosas raras! . . .
mejor fuera que tú lloraras
no por Margarita. . . por tí.

VIEJO ROSAL

SOY UN viejo rosal hecho rüinas
cuyos gajos sedientos. . . ya sin rosas.
de las grandes macetas olorosas
padece las nostalgias asesinas.

Solamente las pardas golondrinas
páranse en su silencio, silenciosas;
pues ya nunca las bellas mariposas
pondrán allí sus alas peregrinas.

Mas, cuando un rayo azul de primavera
su desolado cuerpo al cabo toca,
rayo divino que el rosal espera,

surge una flor que al colibrí provoca
y esa flor que es retoño, es mi alma entera
que en un verso se escapa de mi boca.

¿PARA QUE QUIERES VERSOS . . . ?

¿Para qué quieres versos cuando en ti misma
encontrarás raudales de poesía?
¿Sabes mis opiniones sobre poemas?
Mejor es un buen cuento que una elegía
y mejor que los cantos de vagos temas
una boca rosada que se sonría.

Mas quieres versos. . . ¡Vayan mis pobres versos!
Cuando los leas,
mis estrofas oscuras, que nada dicen,
tendrán la lumbre diáfana de tus ideas.

ARMONIAS

A la señorita María Valenzuela

Cual la naturaleza,
de la cual forma parte y es fiel copia,
el alma humana tiene ocultas fuerzas,
silencios, luces, músicas y sombras.

Vagas nieblas también: . . .las ilusiones,
que el paisaje embellecen cuando brillan
y que desaparecen cuando asomas,
sol de la realidad, que las disipas. . .

Y como en sucesión, jamás turbada,
todo nace en la tierra y todo muere,
en el mundo ideal de los espíritus
rigen eternas, semejantes leyes:

brotan sobre las tumbas de los muertos
las flores, mensajeras de alegría;
sobre la tumba de un amor llorado
brotan ensueños de tristeza mística. . .

NIDOS

Tras de la inmensidad clara y serena,
cuyo azul esplendor al fin fatiga,
la virgen selva de perfumes llena,
de ocultos charcos y de sombra amiga.

Y en la rama más vieja y más musgosa,
bajo un dosel de sombras escondido,
el hogar donde el pájaro reposa,
casto y ardiente al mismo tiempo, el nido.

Y unas alas amantes que atesoran
ternura inmensa en el espacio breve,
briznas de paja que los cielos doran
y tibios huevos de color de nieve.

Y cual nota en las cuerdas musicales,
como en las almas pensamientos santos,
cuando llegan las luces matinales,
¡batir de alas y vibrar de cantos!

Y luego de la noche entre lo umbrío,
rumores vagos, y el fulgor distante
de la luna, viajera del vacío,
y los murmullos de la brisa errante,

que a los dormidos pájaros risueños
va diciendo con voces cariñosas:
¡dencansad en el mundo de los sueños
y en la calma infinita de las cosas!

NOTAS Y VARIANTES

EL LIBRO DE VERSOS

AL OIDO DEL LECTOR. Primera publicación en ENTL, año I, tomo I, Nº 489-29, diciembre 6 de 1903, pág. 457. No se conserva Ms.

2. 1903 *vaga* 3. 1903 *lo que inspiran* 5. 1903, 1965 *El espíritu solo* Creemos necesario el acento en el adverbio (no adjetivo) para el sentido de la estrofa. 8. 1903 *calla...* 9. 1903 *sido,* 10. 1903 *en verdad estas* 11. 1903 *escritas*

INFANCIA. Primera publicación en *RI*, vol. I, Nº 1, junio 18 de 1898, págs. 14-15. Este poema, al igual que "Primera comunión" e "Idilio" ("Vida aldeana") que fueron publicados en la misma entrega de la *RI*, y al igual que "Suspiro", "Las Arpas", "Perdida" y las siguientes "Notas perdidas" ("*Es media noche...*", "*La noche en que el dulce beso...*" y "*¿Has visto, cuando amanece...*", publicados por primera vez en la revista *U*, Nº 106, noviembre 8 de 1928, formaba parte de un cuadernillo manuscrito titulado *Intimidades*, que el poeta dedicó a doña Paca Martín de Salgar. Aparentemente los poemas contenidos en él fueron escritos entre 1880 y 1884. El manuscrito fue copiado nuevamente por su dueña cuando estaba ya bastante deteriorado y en 1928 era esta copia la única que se conservaba. En la primera publicación lleva como fecha de composición el 28 de junio de 1883. El epígrafe es de Gregorio Gutiérrez (1826-1872), poeta colombiano, autor de la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*.

3. 1898 *cariñosas* 7. 1898 *liliputienses;* 32. 1898 *golondrinas* 38. 1898 *levantados.*

CRISALIDAS. Publicado por primera vez en PC, vol. I, pág. 158, durante la estadía de Silva en Europa. Según Alberto Miramón, este poema fue escrito a raíz de la muerte de Inés, hermana del poeta.

3. Ms., 1886 *paso* 5. Ms. 1886 *flores* 10. Ms. *En que en ella expiraba* . 21. 1908 *al mirar vi* 24. Ms., 1886 *alada,* 25. Ms. *inmenso,* 1886 *encuentra,* 27. Ms. *encierra* 1886 *¿al dejar* 28. Ms. *que*

Variantes estróficas: 1886: vv. 1-18; 19-28.

LOS MADEROS DE SAN JUAN. Primera publicación en *RL*, vol. III, noviembre de 1892, págs. 462-463, que no hemos podido cotejar. En el índice manuscrito del Ms. de *El libro de versos* lleva este título, pero el texto del poema el de "Aserrín". El estribillo es el de un juego infantil.

12. Ms. *están,* 26. 1908 *Los años, y que a tiempo las formas reflejaron* 32. Ms. *están* 3. 1908 *con grave voz* 34. Ms. *infancia* 36. *De aquella* 41. Ms. *están,* pues en algún caso indican la falta de un verso.

25. Ms. leve 26. Ms. "*Entonces* 29. Ms. *Se* 36. Ms. *ratones.* 37. Ms. *Le húmedas* 39. Ms. *Y mágica* 41. Ms. *Con* 69. Ms.*bisabuelas,* 61. *Fantásticos.*

AL PIE DE LA ESTATUA. Este poema fue leído por Silva el día 5 de julio de 1895 en ceremonia realizada en la Legación de Venezuela en Bogotá. A pesar de ello, la primera publicación lleva como fecha el 28 de octubre de 1895. Apareció en ECI, vol. III, Nº 166, noviembre 15 de 1898, págs. 780-781. El texto manuscrito no se conserva, pero el poema figura con el mismo título en el índice, lo cual permite deducir que éste data de 1895 o 1896. Indicamos las diferencias de puntuación con 1898.

3. *melancolía* 17. *soberano* 54. *misteriosas,* 64. "*¡Oh! mira el bronce, mira,* 65. *reposo,* 69. *muerte.* 79. *sepultada* 83. *oculta* 85. *ha* 97. *ignoto,* 9т. *yace, germen* 108. *Y ¡Más* 131. *huellas,* 138. *acento,* 143. *Roma,* 155. *no cuando la Victoria* 156. *enamorada* 158. *en sus ondas,* 159. *loca,* 167. *tierra;* 181. *de la fiebre al* 182. 1898 da como dos versos diferentes *grita: "Triunfar"*. (escrito *Grita "Triunfar"*) e *Y la tristeza exalta* 1965 da el segundo en sangría, como si fuera parte (separada) del primero. Creemos acertada esta lectura, pues de otra manera *grita: "Triunfar"*. queda con sólo 5 sílabas. Integrado con *Y la tristeza exalta* forma un endecasílabo. En 1898 no hay separación interestrófica. 192. *ver,* 193. *raíces,* 197. *de su sueño* 229. *Tal, que al decirlo,* 224. *Flota en la luz del sol; estrofa santa!* 260. *¡Oh recuerdos* 275. Tal vez pudiera leerse *vuestras glorias!* 267. *grande!* 275. *¡Mas* 285. *abuelo,* 249. 1898 *Te sobran nuestros campos* evidente errata. 303. *torno,* 308. *inmortaliza* 309. *poeta;* 315. verde! 327. *pedestal*

JUNTOS LOS DOS. La primera publicación que hemos documentado en la *ENTL*, año II, tomo II, Nº 673-12, junio 26 de 1904, pág. 187. En el índice del Ms. aparece con este título, pero no lleva en el texto.

6. Ms., 1904 *Reímos mucho, tanto,* evidente errata que corrigen todas o casi todas las ediciones. 7. Ms., 1904 *Que* 9. Ms., 1904 *Nacen hondos suspiros de la orgía* 10. 1904 *entre las capas*

A VECES CUANDO EN ALTA NOCHE. Primera publicación en RC, vol. XVII, Nº 5, marzo de 1898, págs. 353-354. El grupo de poemas que apareció en esta entrega del *Repertorio* constituye prácticamente la primera edición de la obra de Silva. Este poema aparece en el índice del Ms. como "*A veces cuando en alta noche*", pero en el texto lleva el título de "Nocturno". En muchas ediciones se establece, a partir de este poema, nueva sección del libro titulada "Nocturnos". No así en el índice manuscrito o en el manuscrito mismo.

8. Ms. *lugares,* 11. 1898 *hiedras,* 14. *umbría* 19. Ms., 1898. Ms. *mientras* 20. 1898 *tendéis, las alas,*

NOCTURNO. POETA, DI PASO. Primera publicación en RC, pág. 358. En el índice del Ms. figura como "Poeta, di paso", pero en el texto va precedido del título "Nocturno". Existe una versión distinta, también manuscrita por su autor, con el título de "Ronda", fechada el 22 de diciembre de 1889, que transcribimos en Apéndice. La presente versión parece ser posterior y, desde luego, mucho más depurada.

1. Ms., 1898 *Poeta!* 5. Ms. *espeso,* 10. Ms. *día* 1898 *día,* 12. Ms. *Poeta,* 1898 *Poeta!* 14. Ms. *Ah!* 1898 ¡Ah! *todavía.* 15. 1898 *En severo retrete,* 16. Ms., 1898 *espesos* 17. 1898, 1908 *Rendida tú a mis súplicas, fueron míos tus besos* 19. Ms. *melancolía* 20. 1898, 1908 *Tus frescuras de niña y tu olor de reseda. . .* 23. Ms. *Poeta,* 1898 *Poeta!* 27. Ms. *Mi* 29. Ms. *Tú mustia yerta y pálida* 30. Ms. *Y*

NOCTURNO. UNA NOCHE. Primera publicación en la *LpT*, año II, Nº 7, agosto de 1894, págs. 50-51, donde lleva como fecha de composición el año 1892. Algunos investigadores han tenido dificultades para localizar la primera publicación

del "Nocturno" porque la buscaban en un periódico que, con el título de *La Lectura* publicaba en Cartagena por la misma época Rafael Núñez. En el índice manuscrito figura como "Una noche" pero en el texto lleva el título de "Nocturno". Es posible que haya habido una primera redacción, de donde salió la publicación de 1894, y otra posterior, la del Ms., ambas de la mano de Silva (como en el caso del poema anterior), y ésta sería la razón de tantas confusiones.

2. Ms. *Una noche / toda llena / de perfumes, / de murmullo / y de músi/cas de älas,* 1894, 1908 *Una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas de älas,* 4. 1894, 1908 *húmeda las* 6. 1894, 1908 *A mi lado lentamente, contra mi ceñida toda, muda y pálida,* 7. 1894, 1908 *infinitas* 8. 1894, 1908 *Hasta el más secreto fondo* 9. 1894, 1908 *Por la senda florecida que atraviesa la llanura* 10. 1894, *Caminabas.* 16. Ms., 1965 *proyectada* 1894, 1908 *proyectadas,* 18. 1894, 1908 *juntaban,* 19-20. A continuación de *una* debería seguir una coma (,), y así en 1894: *Y era una,* pero preferimos corregir lo menos posible en este caso el Ms., que seguramente se guía por patrones rítmicos más que puntuacionales. 21. Ms. *Y* 1894 *Y larga* 22. Ms. *Y* 1894, 1908 *Y larga...* 25. Ms. *Sólo* 1894, 1908 *Solo;* 27. 1894, 1908 *Separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,* 28. Ms El poeta había escrito originalmente *Y por ese espacio negro* Tachó la *Y* y escribió encima *el infinito* 30. Ms. El poeta había escrito *Por la senda que atraviesa la llanura* Tachado: palabra ilegible sobre y entre *senda* y *que* tachado todo el verso; añadido al margen *Solo y mudo* 1894, 1908 *Mudo y solo* 31. 1894, 1908 *Por la senda caminaba...* 23. Ms. *lúna* 1894, 1908 *pálida,* 35. Ms., 1965 *ranas,* 36. Ms. Tachado *hacía* al comienzo del verso y escrito arriba *Sentí* A continuación: *frío, era* 1894 *Sentí frío; era* 1908 *Sentí frío. Era* 39. 1894 *mortuorias sábanas,* 40. 1894, 1908 *Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte* 42. 1894 *sombra,* 44-45. 1965 *Iba sola,* Al igual que en 19-20 preferimos respetar el Ms. 46. Ms. *Iba* 1894 *Iba solicitaria,* 47. Ms. *esbeta* [*sic*] *y ágil* 1908 *Y tu sombra,* 48. 1894, 1908 *lánguida* 51. 1894, 1908 *Como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de músicas de älas,* 53. 1894, 1908 Se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos se juntan con las sombras de las almas!...
¡Oh las sombras de los cuerpos se juntan con las sombras de lágrimas!...

Variantes estróficas: 1894, 1908: I, vv. 1-22; II, vv. 23-54.

LA VOZ DE LAS COSAS. Seguimos, como primera publicación, el texto de 1908 e indicamos las diferencias de puntuación.
1. Ms. *estrofas* 2. Ms. *sonreís* 3. Ms. *deshojas* 6. 1908 *abrís;* 7. 1908 *¡Si* 9. Ms., 1908 *verso* 14. 1908 *dais;*

OBRA HUMANA. Primera publicación en *LLN*, pág. 387.
1. Ms., 1886 *añosa* 4. Ms. *De la pálida luna el primer rayo.* 1886 *De la naciente luna el primer rayo,* 8. Ms. *cruzaba* v1. 1886 *Pasaba en el espacio*

ARS. Primera publicación en *LLN*, págs. 373-374.
1. Ms., 1886 *santo. Poned en él tan sólo* 3. Ms. *imágenes* 1886 *bullan brillantes* 4. Ms. *Como oscuro!* v886 *Como burbujas de oro de viejo vino oscuro.* 5. Ms. *lucha,* 6. 1886 *frío,* 7. 1886 *recuerdos amorosos* 8. 1886 *empapados en gotas de rocío...* 1908 *empapados en gotas de rocío.* 9. 1886 *Para que la existencia del hombre* 10. Ms. *ignota* 1886 *Cómo de esencia ignota,* 11 Ms., 1886 *entenecida* 12. 1886 *bálsamo,*

VEJECES. Primera publicación en *RC*, págs. 355-356.
9. Ms. *telarañas* 10. Ms., 1898 *Són* 1898 *laúd,* 13. Ms. *borrosa;* 1898 *puñal, borrosa,* B3. Ms., 1898 *llena,* 38. Ms., 1898 *rejas,* 45. Ms. *mejores,* 46. Ms., 1898 *Por* 58. Ms. *crónicas* 49. Ms. *colores*

RESURRECCIONES. Primera publicación en *LLN*, págs. 385-386.
4. 1886 *sombras,* 5. 1886 *Sobre la* 6. 1886 *formas,* 8. 1886 *do la vida* ..A continuación de este verso, línea de puntos entre ésta y la siguiente estrofa. 9. Ms., 1886 *Nacen* 10. Ms. *de los cuerpos* evidente errata que destruye el endecasílabo. 1886 *fosas...* 12. 1886 *rotas.*

MARIPOSAS. Primera publicación en la edición de Barcelona, 1908.
4. Ms. *brillante,* 10. 1908 *de alas süaves;* 13. 1908 *Fijas para siempre,* 15. Ms., 1908 *Las* 16. Ms., 1908 *valles* 24. 1908 *cristales.*

NUPCIAL. Primera publicación en *RC*, págs. 351-352.
4. Ms., 1898 *místico* 4. 1898 *abandona* 6. Ms., 1898 Y 9. Ms. *Días,* 16. Ms. *fiesta* 18. Ms. *orquesta,* 20. Ms. *confines* 27. 1898 *Vibra en la música*
Hemos seguido la distribución en dos estrofas del manuscrito.

...?... (ESTRELLA QUE ENTRE LO SOMBRIO). Primera publicación en *RC*, pág. 353.
1. Ms., 1898 *sombrío* 3. Ms., 1898 *vacío* 15. Ms., 1898 *oceanos,* 16. Ms. *sin fin,* 17-18. Ms. *Estrellas,* 19. Ms. *Por qué* 1898 *vivas,*

SERENATA. Primera publicación en *ETdD*, serie 2ª, Nº 32, mayo 13 de 1888. Fechado allí en febrero de 1888 y dedicado a Isabel Argáez. No se conserva el Ms. Indicamos las notables variantes con respecto a la versión más conocida (1965, por ejemplo).
1, 9 y 17. *desierta, fría.* 2. *luna.* 3. 1965 *celosía,* 4. *Y las trémulas notas,* 5. *Vibran, cuando los dedos,* 6. *canta* 7. *Hace que vibren las cuerdas frágiles* es un endecasílabo en rigor, en medio de un poema dodecasílabo; *Hace que suenen todas las cuerdas frágiles* es, en cambio, dodecasílabo. Por ello preferimos la lectura de 1888. 10. *En un espacio claro brilló la luna,* 11. *La voz tiene una vaga melancolía* 12. *Y resuenan las notas* 13. *serenata, con su ruido* 14 *espera* 16. *pardas,* 18. *Una nube borrosa cubrió la luna*...20. *las notas,* 21. *cantor, con las manos* 22. *barra...* 23. *Y dan como un suspiro* 24 y 9. *guitarra...*

TALLER MODERNO. Primera publicación en el *PPI*, vol. V, Nº 110, febrero 15 de 1887, pág. 226, donde aparece fechado en abril [sic] de 1887. Está dedicado a Alberto Urdaneta.
7. 1887 *chino* 11. 1887 *luz, moldura*

UN POEMA. Primera publicación en *RC*, págs. 360-361.
2. 1898 *suprema* 1965 *de arte nervioso y nueva* 4. 1898 *mágico,* 6. Ms., 1898 *buscándose,* 8 Ms. *aves,* 1898 aves; 9. Ms. *Norte* 12. 1898 *ágiles,* 13. 1898 *grey,* 16. Ms. *coquetería* 17. 1898 *aguda,* 21. 1898 *servil.* 22. Ms., 1898 *sutil,* 23. Ms., 1898 *cierta* 24. Ms., 1898 *muerta,* 28. Ms., 1898 *acompaña,* 29. Ms., 1898 *lejanías* 30. Ms., 1898 *melancolías* 34. Ms., 1898 *terciopelo* 40. Ms. *No entiendo!* 1898 *¡No entiendo!*

MIDNIGHT DREAMS. Primera publicación en *RC*. pág. 352. En el índice del manuscrito figura como "Medianoche", pero en el texto como aquí.
2. Ms. *aparecido* 4. Ms. *mías* 6. Ms. *rincones* 11. 1898 *esconde,* 13. 1898 *dormido* 15. *Ms. alfombra* 1898 *alfombra.*

PAISAJE TROPICAL. Primera publicación en *RC*, pág. 361. El Ms. está fechado en abril de 1895.
2. Ms. *viaje* 6. Ms. *tupida* 8. Ms. *sombrío* 11. 1898 *seguro,*

LAZARO. Seguimos, como primera publicación, en la edición de 1908.
1. Ms. *Ven, Lázaro! gritóle* 1908 *Ven, Lázaro! —gritóle* 8. Ms. *oscuro el silencio* Evidente errata. 10. Ms., 1908 *cementerio.*

LUZ DE LUNA. Primera publicación en RC, págs. 358.360.
4. Ms. *ventana* 6. Ms. *plata.* 7. Ms. *rodillas.* 10. Ms., 1898 *alma!* 11. Ms. *asidas.* 17. Ms. 1898 *suprema,* 22. 1898 *baña...* 45. Ms., 1898 *Cerca* 48. 1898 *Cual sones* 52. Ms., 1898 *són* 55. Ms. *suspiro* 58. Ms., 1898 *pálida* 62. Ms. *plata.*

MUERTOS. Primera publicación en RC, pág. 354.
2. Ms. *rojas,* 16. Ms. *desteñidas* 27. Ms., 1898 *lucha,* 31. Ms., 1898 *Y*

TRISTE. Primera publicación en RC, págs. 354-355.
5. Ms. *misterio* 1898 *envueltas en el misterio* 16. *años.* 21. Ms. *lejana,*

PSICOPATIA. Primera publicación en RC, págs. 362-364.
7. Ms. *pío, pío* 10. Ms., 1898 *Azul el cielo! Azul...* 11. 1898 *dice:* 12. Ms., 1898 *Reíd! Cantad! Amad! La vida es fiesta!* 13. Ms., 1898 *Es calor* 16. Ms., 1898 *encantamiento,* 21. Ms., 1898 *vestido* 24. Ms. *E. impertérrito* 37. Ms., 1898 *Y* 42. Ms., 1898 *enternecida* 43. Ms., 1898 *—¿Aquél señor, papá, de* 45. Ms. *duermo* 53. Ms., 1898 *hombre... hija mía!* 54. Ms. *Sufre este mal, ... pensar ...* 62. Ms., 1898 *Buen* 67. Ms. *medio* 1898 *medio...* 66. Ms. *La profilaxia en fin...* 1898 *La profilaxia en fin... Antes; ahora* 1965 *La profilaxia en fin... Antes, ahora* *Antes* tiene aquí valor adversativo correctivo (que puede ser reforzado por *bien;* como si dijera *Antes bien, ahora...*). 69. Ms. *Y no lo curan* 71. Ms., 1898 *estimulan* 77. Ms. *dos... les dije:* 78. Ms. *trabajar,* 83 Ms., 1898 *avispas,* 85. Ms. *coma* 90. Ms., 1898 *Y* 92. Ms. *Estoy tan bien, doctor... —Pues lo celebro!* 94. Ms., 1898 *pocos* 102 Ms. *Con*
Variantes estróficas: 1908, 1965: vv. 1-103.

DON JUAN DE COVADONGA. Primera publicación en ECI, vol. VII, Nº 163, septiembre 15 de 1898.
3. Ms. Hernando 5. Ms. Talavera, 10. Ms. todo, 28. Ms. *—Nuestro padre Prior?... —preguntó* 29. Ms. *En oración hermano* [en sangría] *—Por la vida!* 30. Ms. *Lo llamará vuesa merced?... Ahora,* 31. Ms. *luego* 33. Ms. *lo embarga, —mas le ruego,* 37 Ms. *hora,* 38. Ms. *entrar, mundo, hasta luego!* 42. Ms. *arrepentido,* 49. Ms. *tú?... le dijo,* 52. Ms. *claustro... cuando* 55. Ms. *retiro... ¿Cómo,* 56. Ms. *Interrumpió, el Prior, la cosa es seria?* 57. Ms. *fin? La de Vilorte,* 58. Ms. *rubios,...* 62. Ms. *Qué pasa por allá? Si traes un aire!* 68. Ms. *gira,* 72. 1898 *flota un rumor de besos en el coro,* 1965 *flota un olor* 7. Ms. *cilicios,...* 77. Ms. *convento... pobre* 81. Ms. *dime, a* [en sangría] *Yo, por verte* 82. Ms. *Juan, por* 84. Ms. *Téllez, tú* 85. Ms. *Por* 86. Ms. *Y*
Variantes estróficas: 1965: vv. 1-27; 28-29; 30-39; 40-48; 49-85; 86-90.

DIA DE DIFUNTOS. Seguimos, como primera publicación, la de ENTL, año II, tomo II, Nº 611-13, abril 24 de 1904. No se conserva Ms. Corregimos en algunos casos la puntuación de 1965 y damos las principales variantes de 1904 con respecto a nuestro texto.
4. *Por el aire, tenebrosa,* 13. *Las campanas plañideras....*Debajo, nuevo verso: *Que les hablan a los vivos* 20. *la campana* 26. *Esta* 27. *Esa de niña que llora* 3. *Habla de fiestas, de alegrías,* 34. *De citas, de placeres de cantos y de bailes,* 36. *Es una campana del siglo* 39. *que gime* 42. *Y es que con su retintín* 49. *No la oigáis, campanas! no la oigáis, ¡oh bronces!* 56. *Contra lo imposible ¿Qué puede* 57-58. *Allá arriba suena, rítmica y serena,* 76. *Del llanto conmovedor,* 78. *De los gritos de dolor* 83. *Seis meses más tarde... o diez* 98. *Ella, que ha marcado* 99. *de dolor sellada* 104. *Habló del* 107. *agobia* 114. *esgaire* 134. *con que suenan*

Variantes estróficas: 1904: vv. 1-14; 15-27; 28-44; 45-56; 57-83; 84-115; 116-137.

LAS VOCES SILENCIOSAS. Primera publicación en *EH*, junio 21 de 1893. Figura en el índice ms., pero no se conserva el Ms. del texto.
3. 1893 *crespones* 9. 1893 *oscuro* 11. 1893 *tierra,* 15. 1908, 1965 *La gélida negrura;* 16. 1893 *arriba* 17. 1893 *Llamadme entonces, voces silenciosas* 18. 1893 *Hacia arriba!... hacia arriba!*
Variante estróficas: 1908, 1965: VV. 1-6; 7-11; 12-18.

GOTAS AMARGAS

AVANT-PROPOS. Seguimos, como primera publicación, la de la edción de 1908.
1. 1908 *facultativos* 12. *lágrimas.* 18 1908 *levanta*

EL MAL DEL SIGLO. Primera publicación documentada por nosotros en la edición de 1908. Las correcciones se refiren a este texto.
11. *régimen;* 12. *báñese,* 13. *mucho,*

LA RESPUESTA DE LA TIERRA. Primera publicación seguramente en 1908. Seguimos aquí el texto de 1965, con algunas leves correcciones que indicamos.
1. *sibilino* 8. *muda tú,* 21. *¿Por qué? —Mi*

LENTES AJENOS. Seguimos, como primera edición, la de 1918, ya que este poema no está incluido en 1908.
8. *Choachí....*pequeña localidad campesina cercana a Bogotá. 11. 1918. *De Dumas, La Dama de las Camelias* 1965 *de Dumas hijo*

CAPSULA. No está incluida en 1908. Seguimos, como primera publicación, 1918.
10. 1918, 1965 *y al año y medio o más* 16. 1918 *esplín*

MADRIGAL. Primera publicación utilizada: 1918. No está en 1908.
3. 1918 *tersos* 1965 *tersos;* 8. 1965 reina;
Variantes estróficas: 1918: 1-4; 5-8; 9-10.

ENFERMEDADES DE LA NIÑEZ. No está incluido en 1908 ni en 1918. La primera que lo incluye es la de 1951. Anotamos un par de diferencias con 1965.
5. *ternura* 14. *delicia*

PSICOTERAPEUTICA. Probable primera publicación en *GB*, 24 de mayo de 1912. No está incluido en 1908.
Variantes estróficas: 1912: 1-4; 5-8; 9-12.

FUTURA. En *GB*, 27 de mayo de 1912, se publicó este poema con la siguiente nota: "La poesía FUTURA, que también forma parte de las *Gotas amargas* de José Silva, fue publicada en la revista *Hispania* por el señor Sanín Cano, quien se permitió hacerle algunas variaciones y suprimirle los diez versos finales. Sanín fue el grafófono de Silva. Lo que el uno leía lo aprovechaba el otro. Silva se asimilaba y digería la ajena lectura. A Sanín se le olvidaba después todo lo que había leído. La poesía FUTURA, tal como Silva la escribió, sin audaces mutilaciones ni estúpidas corrigendas, va a continuación". Reproducimos el texto de GB, con las principales variantes con respecto a 1918 y 1965. El poema no está incuido en 1908.
6. 1912 *alrededor* 19. 1918, 1965 *obras,* 21 1918 *Eterna gloria a su enseñanza,* 1965 *eterna gloria a su enseñanza,* 24 1918, 1965 *el idealismo desterró!* 30. 1912 *vosotros* 34. 1912, 1965 *valor* 40. 1918, 1965 *su imagen ved!... Un gran telón* 43. 1918, 1965 *Panza* 44. 1912, 1965

bonachón 45. 1918, 1965 *perfila en* 47. Los siguientes diez versos son los suprimidos en casi todas las ediciones: 1918, 1946, 1951, 1953, 1963 —las tres de Aguilar—, 1965, etc.).
Variantes estróficas: 1965: vv. 1-14; 5-46.

ZOOSPERMOS. Primera publicación en *GB*, 24 de mayo de 1912, cuyo texto reproducimos, con las estrofas de dos grupos de tres versos alejandrinos y un heptasílabo (14 - 14a - 14 - 7a 14 - 14a 14 - 7a), excepto la última, a la que falta un alejandrino. Las demás ediciones lo dan en verso heptasílabos íntegramente. Indicamos algunas correcciones y las variantes más importantes con respecto a 1965, cuyo texto aparece con el título "Zospermos".
1. *Van Kerrinken,* 3. *de setecientas páginas* 4. 1912 *riñones;* 10. 1912 *Londres;* 14. 1912 *"Oh!* 17. *espermatozoides:* 18. 1912 *siempre,* 1965 *¡Mira!* 19. 1912 *esfuerzos,* 20. 1912 *hombre* 25 y 33. 1965 *Aquél* 31. 1912 *y General en Jefe* 32. 1965 *espermatozoide.* 14. 1912 *noble* 35. 1912 thallers 1965 thallers 39. 1912 *libro* 48. 1912 *¡hola; espermatozoides!* 1965 *¡Hola espermatozoides!* Aquí *hola* tiene seguramente el valor ya un tanto antiguo de interjección con que se llama a los inferiores.

FILOSOFIAS. La primera edición en que se incluye este poema es 1918.
1. 1965 *abuso* 2. 1918 *besos* 3. 1965 *ama con toda tu alma; goza, iluso,* La siguiente paráfrasis en prosa aclara tal vez el pasaje: "goza el abuso de placeres carnales, de caricias y besos".
5. 1918 *Y si de la avariosis te librara* 8. *ataxia* Desorden, perturbación del sistema nervioso 31. 1918, 1965 *absurdo ¡compra!* 48. 1965 *sutil.* 54. 1965 *¡Mira!* 57. 1965 *Deja el estudio y los placeres* 58. 1965 *deja la estéril lucha vana* Con la distribución acertada de 1918, que reproducimos, este verso y el anterior tienen su verdadera cantidad silábica: heptasílabo y endecasílabo, respectivamente; según 1965, quedan con nueve sílabas los dos, lo que no tiene sentido en la estructura métrica del poema (11A - 7B - 11A - 7B). Además, deshace totalmente la rima. Extraña el descuido de quienes reproducen esta estrofa tan erróneamente (1946, 1951, 1953, 1963, 1965, etc.). 62. 1918 Y *en soledad contigo* 1965 *contigo*

IDILIO. Probable primera publicación en *GB*, 24 de mayo de 1912.
9. 1912 ELLA *lo idolatró y él la adoraba...* 3. 1912 *No, señor:* ELLA *infeliz / ¿le puso a la vida fin?* Preferimos la versión, corregida, de 1912, puesto que los dos versos de 1965 son octosílabos pareados y el poema está compuesto de endecasílabos y heptasílabos de rima asonante en los pares.

EGALITE. Probable primera publicación en *GB*, 24 de mayo de 1912.
4. 1918, 1965 *los dos son un mismo* 10. 1912 *cristal:* 1819, 1965 *de porcelana y de metal;* 11. 1918, 1965 *el otro cuenta sus jirones* 12. 1918, 1965 *triste y hambreado en un portal.* 13. 1912, 1965 *mandarina* 14. 1912, 1965 *sexual,* 15. 1912 *Al Emperador* 22. 1912 *se entrega por*
Variantes estróficas: transcribimos las cuartetas eneasílabas de 1918, 1965. 1912 da un texto corrido (1-28).

RESURREXIT. Este poema no se incluye en ninguna de las ediciones de las *Gotas amargas,* a pesar de que fue publicado en *GB* junto con "Psicoterapéutica", "Zoospermos", "Idilio", Egalité" y "Necedad yanqui" —que reproducimos, con vacilaciones, en apéndice—. Ignoramos la causa de tal exclusión, ya que el poema, por su ironía, gracia y buena factura, no sólo es digno de figurar entre las *Gotas,* sino que es superior a muchas de ellas.

PRIMERA COMUNION. Probable primera publicación en *RI*, vol. I, Nº 1, junio 18 de 1898, pág. 14, donde aperece con la fecha 8 de diciembre de 1875 (seguramente la de la primera comunión del poeta?). Este poema formaba parte del cuadernillo *Intimidades* (véase nota al poema "Infancia").
14. 1898, 1908 *de oscura vaga tinta*

IDILIO. Probable primera publicación en *RI* (ibid), pág. 15. No ha sido recogido en otras ediciones de las poesías u obras completas, aunque sí publicado algunas veces con el título de "Vida aldeana". Formaba parte de *Intimidades*. Corregimos la puntuación de 1898.
7. *enamorada* 8. *follaje* 12. *leche* 13. *levanta,* 16. *flores,* 18. *germina—* 21. *seculares*

SUSPIRO. Probable primera publicación en *U*, Nº 106, noviembre 8 de 1928, donde lleva la fecha de junio 2 de 1881, y está dedicado a A. de W. Formaba parte de *Intimidades*. Diferencias de puntuación con 1928.
1. *día* 7. *pechos;* 9. *¡Ah N:* *tierra*

LAS ARPAS. Lo mismo que el anterior, en *U*, donde lleva la fecha noviembre 17 de 1881. Formaba parte de *Intimidades*. Diferencias de puntuación con 1928.
3. *invisibles,* 8. *acentos,*

PERDIDA. Como los anteriores, en *U*, págs. 538-539, donde lleva la fecha de abril 7 de 1883; pertenece también a *Intimidades*. Diferencias de puntuación.
1. *alma* 13. *luego* 14. *frío* 19. *Y de* *llena* 21. *hombres,* 39. *horas* 44. *sombrío* 50. *perdido* 58. *libertino,*

LA VENTANA. En *RI*, vol. I, Nº 2, julio 9 de 1898, pág. 30, donde lleva fecha de agosto I de 1883. Pertenece a *Intimidades*.
2. 1898, 1908 *nueve. . .* 1965 *nueve. . .,* 3. 1898 *ahora.* 22. 1908 *llora.* 38. Son curiosas las coincidencias entre este poema y "Al pie de la estatua". Su análisis podría deducir conclusiones interesantes sobre la retórica de éste. Véanse, por ejemplo, los versos 31, 43-44, 46-55 59. 1898, 1908 *olor,* 75. 1898, 1908, *todo pasará, —niñez.*
Variantes estróficas: 1965: 1-8; 9-29; 30-75; 76-83.

CREPUSCULO. Este poema fue publicado por primera vez en *Lecturas Dominicales* (Tomo III, Nº 55, Mayo 25, 1924). En su libro sobre Silva, Alberto Miramón cita la primera estrofa, a la que introduce la variante "nieblas" en lugar de "tinieblas". Al parecer, esta composición estaba incluida en el cuadernillo *Intimidades*. Aparece fechada el 9 de Julio de 1884.

NOTAS PERDIDAS. En realidad están constituidas por una serie de poemas, de los cuales se conservan unos pocos, que estaban incluidos en *Intimidades*. Los poemas IX y XVI fueron publicados por primera vez en *RI*, vol. I, Nº 3, agosto 4 de 1898, pág. 46. Este último poema se ha publicado también como "Oratorio" u "Oración" (vgr. 1965). Los restantes poemas fueron publicados en *U*, Nº 106. Reproducimos la versión de estas primeras publicaciones con indicación de variantes y correcciones respecto a 1898 (IX y XVI) y a 1928 (los restantes).

1. *noche.— Duerme* 2. *silencio* 3. *luna,* 8. *dedos,* 13. *suspiro,* 18.*besos.* 28. *contemplaban* 31. Así en el original. Falta, seguramente, un verso portador de la asonancia. 32. *queda* 33. *dime, le dije, te cansas!* 35. *murmuró: Mira,* 36. *inmensa* 44. *alas* 47. *cabeza* 48. *mirada* 49. *y dijo paso —de nuevo* 50. *me preguntabas "te cansas"!* 81. *amanece* 89. *fría* 98. *lejanas* 104. *escarcha* 105. *sonrisa* 114. *marfil.* 115. *y de espinas coronada* 119. *amorosa*

EN LA MUERTE DE UN AMIGO. En *RI*, vol. I, Nº 3, agosto 4 de 1898, págs. 45-46. Fechado el 20 de noviembre de 1882. No se ha incluido en ninguna edición de poesías u obras completas. Diferencias de puntuación:
10. *celo;* 13. *vana* 34. *va cual nuestro amigo* 67. *la noche hoguera* 73. *deseo!* 79. *mira* 82. *postrero—* 83. *el de* 84. *severo* 87. *rayo,* 88. *ella;* 94. *mora* 98. *empieza.*

LAS GOLONDRINAS. Apareció por vez primera en *PPI*, vol. II, Nº 31, diciembre 16 de 1882, pág. 108.
2. 1882 *hierros,* 3. 1882 *tristemente* 12. 1908, 1965 *a contarme algo* 13. 1882, 1908 *nací* 32. 1908, 1965 *tilas* 37. 1882 *"¿Acaso casó mi hermana?* Preferimos la lectura de 1908, 1965, sin cacofonía. 42. 1882, 1908 *liza,*

IMITACION. Este poema fue publicado por primera vez en *PPI*, año III, Nº 50, agosto 20 de 1883, pág. 28. Lleva la fecha de julio de 1883.
13. 1883 *¡Sueltas bandadas, que al morir el día* 16 1883 *atmósfera,*

ENCONTRARAS POESIA. Primera publicación en *EL*, trimestre I, Nº 2, abril 29 de 1884, pág. 14.
1. *poesía* 2. *sonriendo* 14. *recuerdos;*

REALIDAD. Primera publicación en *PPI*, vol. IV, julio 24 de 1885, pág. 370. Epígrafe: 1885 (*De "Canciones de Calles y Bosques"*) 1965 (*De Víctor Hugo*).
2. 1885 *Gonesa— Las* 1965 *Gonesa, —las* 6. 1885 *blasonada* 11. *puros,* 16. 1885 *del Shakespeare*

A UN PESIMISTA. Publicado orginalmente en *LS*, abril 20 de 1886, donde aparece fechado en Brienz, en 1885. No está incluido en 1908 ni en 1918; en 1946: "A una pesimista". Indicamos correcciones hechas a 1886.
2. *algo tiene plácido la vida;* 5. *sombra,* 9. *ofrecen* 10. *oscuro*

VOZ DE MARCHA. Primera publicación en *LLN*, págs. 375-378. No está en 1908. Corregimos la puntuación de esta versión.
c. *adolorida* 5. *carga;* 13. *¡Ay! Y el amor y la amistad* 44. *Cristo!* 49. *seno* 51. *lleno* 56. *perlas!* 76. *cielos!*

ESTRELLAS FIJAS. Primera publicación en *LLN*, págs. 379-380.
4. 1886 *noche,* 12. 1886 *tus ojos,. . .* 1918 *en la sombra.*

EL RECLUTA. En *LLN*, págs. 381-383. Diferencias con este texto:
3. *cañada* 6. 1965 *por una bala rémington;* Famosa marca de fusiles militares. El verso, así, sólo cuenta siete sílabas. 22. Silva intenta reproducir la pronunciación popular y campesina del interior del país, en la que frecuentemente —f— = —h— y —b— = —g— *(abuelo = agüelo)*, pero muy raramente —g— = —b—. 36. 1886, 1965 *bayetón* 50. *mandato* 56. Ver nota al verso 22; aquí, el caso muy frecuente de —f— = —h—. 1886 *gritar —Juego!* 59. 1886 *gritando —¡Adiós mama!*

LA CALAVERA. Primera publicación en *LLN*, págs. 389-390, cuya puntuación modernizamos en algún caso.
7. *hay en* 19. *reposo,* 22. *mansión la*

A DIEGO FALLON. Primera publicación en *LLN*, págs. 391-392. No está incluido en 1908. En 1965, acento erróneo del apellido del poeta colombiano Diego Fallon (1834-1905).
9. 1886 *sueñen* 18. 1886 *amante*

EL ALMA DE LA ROSA. Alberto Miramón afirma copiar el texto de este poema de "la cartera de apuntes que Silva regaló a una amiga de infancia, en la que se conserva casi toda la obra poética de su primera juventud"; allí lleva la fecha

de abril de 1887. La transcripción de Miramón es de poco fiar por sus múltiples erratas. Aquí seguimos el texto de 1965 añadiéndole las comillas indicadoras de parlamento y alguna leve corrección que indicamos a continuación:

21. *hermanas,*

A TI. También transcribe Miramón este poema indicando la misma procedencia que en "El alma de la rosa". Allí lleva, como fecha de composición mayo 7 de 1887. El texto es el mismo de 1965, que transcribimos.

SINFONIA COLOR DE FRESA CON LECHE. Publicado por primera vez en *EH*, abril 10 de 1894, donde lleva como fecha de composición el 6 de marzo de 1894 y está firmado por Benjamín Bibelot García. Silva lo reconoce como suyo en carta del 21 de agosto de 1894 a su madre y hermana, que ya hemos citado en el "Estudio Preliminar" de esta edición. El poema no se suele incluir en las obras o poesías completas. Corregimos la puntuación del texto de 1894.

3. *miel* 16. *áureo ebúrnea,* 17. *dosel* 18. *do las glauca* 20. *broquel* 22. *Psiquis* 23. *cisnes hadas* 26. *momos* 36. *sombras,* 37. *nubes ópalo y tetras.* Desconocemos el significado de está última palabra. 46. *mirrinos* 47. *descendencia,*

LA ULTIMA DESPEDIDA. Publicado por primera vez en *RI*, vol. I, julio 9 de 1898, pág. 30. Es la primera vez que se incluye entre las obras completas de Silva. Compuesto el 5 de agosto de 1885.

SUS DOS MESAS. Primera publicación documentada por nosotros, en la edición de 1908. El poema lleva el mismo título en el manuscrito.

2. *hurí;* 3. *flores,* 4. *diamante, la sangre* 14. *medicinal;*

PASEO. Publicado por primera vez en *GB* y reproductido por Daniel Arias Argáez en *RM*, año LXVI, 6º 320-324, junio 30 de 1946, págs. 245-246, con ligeras variantes. Es la primera vez que se incluye entre las obras completas.

32. 1912 *notas*

¡SEÑOR! ¡MIRAD LAS ALMAS QUE EN BUSCA DE LO ETERNO. Este poema fue dado a conocer por Daniel Arias Argáez y publicado por primera vez, como "Paseo", "Convenio", *"Cuando hagas una estrofa. . ."* y *"De los rosados labios de hermosas bogotanas. . ."*, en *RM*, *pág.* 252. Es la primera vez que todos ellos se incluyen entre las obras completas.

2. 1946 *las almas que en busca*

CONVENIO. Véase nota al poema anterior. Según Arias Argáez este poema, lo mismo que "Paseo", pertenece a la primera época de Silva.

1. 1946 *¿Vas a cantar tristezas? dijo la Musa,* 8. El sentido de estos versos puede aclararse, a nuestro juicio, si se supone en 5 el adverbio *sólo* (*sólo si quieres. . .*) 24. 1946 *rimas!*

CUANDO HAGAS UNA ESTROFA, HAZLA TAN RARA. Véase la nota a *"¡Señor! ¡Mirad las almas. . ."*. Según Arias Argáez, pertenece a la misma época de "Ars".

DE LOS ROSADOS LABIOS DE HERMOSAS BOGOTANAS. Véase también la nota a *"¡Señor! Mirad las almas. . ."*. Según Arias Argáez, ésta fue la única improvisación que Silva hizo en su vida.

SONETOS NEGROS. Al parecer, la primera publicación es la de la edición de 1951. Como se ve, al segundo soneto le faltan dos tercetos. Las ediciones de 1951, 1953 y 1965, entre otras, los colocan al final de *Versos varios,* dando la impresión (que no sabemos si será justificada) de que son los últimos poemas que escribió Silva.

6. 1951 *infinita* 21. 1951 *bienestar,*

. . .? . . . (*¿Por qué de los cálidos besos . . .*). Probable primera publicación en la edición de 1908.

1. 1908 *besos,*

NOCTURNO (*¡Oh dulce niña pálida!*). Probable primera publicación en la edición de 1908, donde aparece entre los "Nocturnos" como "Nocturno" IV. Se ha considerado también como una "gota amarga", pero a falta de mayor confirmación, preferimos dejarlo entre los *Versos varios.*

3. 1908 *devaneos* 20. Este verso ha sido materia de polémica. 1946, 1951, 1965 *¡oh dulce niña pálida!, di, ¿te despertarías?* Reproducimos la lectura de 1908.

POESIA VIVA. Probable primera publicación, 1951.

12. 1951, 1965 la mano medita 53. En la *Revista de América,* París, vol. I, enero de 1914, pág. 14, se dieron a conocer tres estrofas que, se dice, faltan a este poema al final:

A sus sentidos calmados
hablan con voces inciertas
aquellos ojos cerrados,
aquellas almas abiertas.

Siente el poder misterioso
que en la escena muda nace,
en el labio tembloroso
muere, sin salir, la frase.

Y prestando oído al tema
de una interior armonía,
deja caer el poema
sobre la alfombra sombría.

RONDA. Esta versión de "*Poeta, di paso*" fue dada a conocer por la revista *U,* Nº 106, noviembre 8 de 1928, aunque la edición facsimilar no apareció hasta la publicación de la Librería Horizonte. 1965 incluye el facsímil. Transcribimos el Ms. sin modificar la puntuación, y damos en nota las tachaduras y adciones del autor.

3. Tachado en la segunda parte del verso *Temblabas y eras mía.*

    4 3   2   1
11. La luna entre las nieblas pálidas aparecía

    Palpitante en mis brazos
17. Desnuda tú en mis brazos fueron míos tus besos

    Tus labios perfumados como una
18. Tu cuerpo de veinte años sobre la roja seda,

NECEDAD YANQUI. Este poema fue publicado por primera vez en *GB,* al igual que otras muchas "gotas", ya mencionadas. Sin embargo, su incoherencia y falta de sentido, causadas seguramente por mutilación y mala transcripción, hacen que lo coloquemos aquí, en el Apéndice. Añade a la obra de Silva una dimensión temática: el sentimiento antiyanqui.

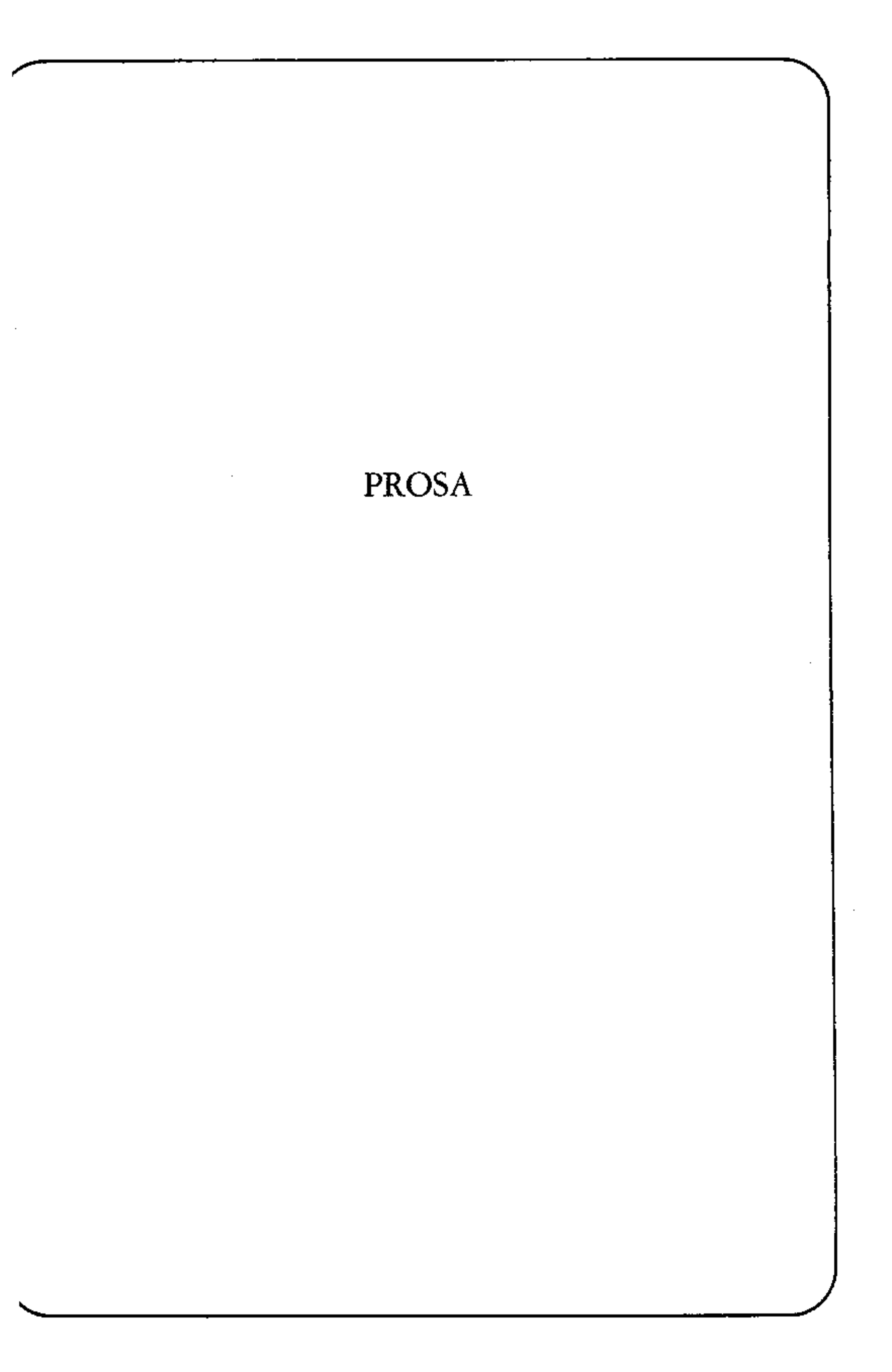
RIEN DU TOUT. Publicado por primera vez en *ECI*, tomo XVIII, 1909, pág. 534, donde se señala que el poema pertenece a *Gotas amargas*. No parece haber evidencia contundente para rechazarlo o aceptarlo como auténtico.

VIEJO ROSAL. Publicado por primera vez en *P*, año I, vol. II, Nº 35, mayo 28 de 1925, donde fue encontrado por Donald McGrady. No hay mayor evidencia documental para confirmar o negar su autenticidad.

PARA QUE QUIERES VERSOS. Según Roberto Liévano, quien incluyó estos versos en su artículo sobre Silva en la *RCh*, julio de 1922, pág. 296, este poema pertenece al cuadernillo *Intimidades*.
4. 1922 *mejor en* 7. 1922 *versos ¡Vayan*

ARMONIAS. Este poema aparece publicado en la antología que realizó Eduardo Santos Molano para el Instituto Colombiano de Cultura, donde lleva la fecha de Noviembre 27 de 1882 y la siguiente nota del antólogo: "Reproducido del autógrafo original por la Revista *Pan*, que dirigía Enrique Uribe White, edición de agosto de 1938".

NIDOS. Este poema fue recogido por Donal McGrady, el cual afirma: "Tanto por el contenido, como por la forma, "Nidos" parece ser de la pluma de Silva".



PROSA

DE SOBREMESA

Recogida por la pantalla de gasa y encajes, la claridad tibia de la lámpara caía en círculo sobre el terciopelo carmesí de la carpeta, y al iluminar de lleno tres tazas de China, doradas en el fondo por un resto de café espeso, y un frasco de cristal tallado, lleno de licor transparente entre el cual brillaban partículas de oro, dejaba ahogado en una penumbra de sombría púrpura, producida por el tono de la alfombra, los tapices y las colgaduras, el resto de la estancia silenciosa.

En el fondo de ella, atenuada por diminutas pantallas de rojiza gasa, luchaba con la semioscuridad circunvecina la luz de las bujías del piano, en cuyo teclado abierto oponía su blancura brillante el marfil al negro mate del ébano.

Sobre lo rojo de la pared, cubierta con opaco tapiz de lana, brillaban las cinceladuras de los puños y el acero terso de las hojas de dos espadas cruzadas en panoplia sobre una rodela, y destacándose del fondo oscuro del lienzo, limitado por el oro de un marco florentino, sonreía con expresión bonachona la cabeza de un burgomaestre flamenco, copiada de Rembrandt.

El humo de dos cigarrillos, cuyas puntas de fuego ardían en la penumbra, ondeaba en sutiles espirales azulosas en el círculo de luz de la lámpara y el olor enervante y dulce del tabaco opiado de Oriente, se fundía con el del cuero de Rusia en que estaba forrado el mobiliario.

Una mano de hombre se avanzó sobre el terciopelo de la carpeta, frotó una cerilla y encendió las seis bujías puestas en pesado candelabro de bronce cercano a la lámpara. Con el aumento de luz fue visible el grupo que guardaba silencio: el fino perfil árabe de José Fernández, realzado por la palidez mate de la tez y la negrura rizosa de los cabellos y de la barba; la contextura hercúlea y la fisonomía plácida de Juan Rovira, tan atrayente por el contraste que en ella forman los ojazos de expresión infantil y las canas del espeso bigote sobre lo moreno del

cutis atezado por el sol; la cara enjuta y grave de Oscar Sáenz, que con la cabeza hundida en los cojines del diván turco y el cuerpo tendido sobre él, se retorcía la puntiaguda barbilla rubia y parecía perdido en una meditación interminable.

—¡Bonita sobremesa! Hace media hora que estamos callados como tres muertos. Esta medialuz que te gusta a ti, Fernández, ayuda al silencio y es un narcótico —prorrumpió Juan Rovira, escogiendo un cigarro en la caja de habanos abierta sobre la mesa, al pie del frasco de aguardiente de Dantzing. . . —Bonita sobremesa para una comilona rociada con ese borgoña. ¡Si ya me sentía con principios de congestión! —Y comenzó a pasearse a grandes pasos por el cuarto, con la mano derecha metida en el bolsillo del chaleco, y arrancándole al puro las primeras bocanadas de humo.

—¿Qué quieres?— Esto lo llaman los poetas el silencio de la intimidad; también es que Oscar nos ha contagiado; le comieron la lengua los ratones del hospital. . . No has atravesado tres palabras desde que entraste. Tienes sueño —dijo dirigiéndose a Sáenz, que se incorporó al oírlo.

—¿Yo sueño?. . . no; estoy un poco cansado. Pero suponte, Juan —siguió, clavando en Rovira los ojos pequeños y penetrantes, que por un hábito profesional observan siempre la fisonomía del interlocutor como buscando en ella el síntoma o la expresión de una oculta dolencia, —suponte: paso la semana entera en las salas frías del hospital y en las alcobas donde sufren tantos enfermos incurables; veo allí todas las angustias, todas las miserias de la debilidad y del dolor humano en sus formas más tristes y más repugnantes; respiro olores nauseabundos de desaseo, de descomposición y de muerte; no visito a nadie, y los sábados entro aquí a encontrar el comedor iluminado *a giorno* por treinta bujías diáfanas y perfumado por la profusión de flores raras que cubren la mesa y desbordan, multicolores, húmedas y frescas, de los jarrones de cristal de Murano; el brillo mate de la vieja vajilla de plata marcada con las armas de los Fernández de Sotomayor; las frágiles porcelanas decoradas a mano por artistas insignes; los cubiertos que parecen joyas; los manjares delicados, el rubio jerez añejo, el johanissberg seco, los burdeos y los borgoñas que han dormido treinta años en el fondo de la bodega; los sorbetes helados a la rusa, el tokay con sabores de miel, todos los refinamientos de esas comidas de los sábados, y luego, en el ambiente suntuoso de este cuarto, el café aromático como una esencia, los puros riquísimos y los cigarrillos egipcios que perfuman el aire. . . Junta a la impresión de todos esos detalles materiales, la que me causa a mí, acostumbrado a ver moribundos, el exceso de vigor físico y la superabundancia de vida de este hombrón —dijo señalando a Fernández, que se sonrió con una expresión de triunfo— junta eso con mis quehaceres habituales y con el ambiente mezquino y prosaico en que

vivo y comprenderás mi silencio cuando estoy aquí. Por eso me callo, y por otras cosas también...

—¿Cuáles son esas cosas? —inquirió Fernández.

—Son tus aventuras amorosas, que todos te envidiamos en secreto —insinuó Rovira con aire paternal— y que por el lado antihigiénico preocupan a este don Pedro Recio Tirteafuera.

—No, lo demás es que he comprendido la inutilidad de suplicarte para que vuelvas al trabajo literario y te consagres a una obra digna de tus fuerzas y que cada vez que estoy aquí; prefiero no hablar para no repetirte que es un crimen disponer de los elementos de que dispones, y dejar que pasen los días, las semanas, los años enteros sin escribir una línea! ¿Dormiste sobre tus laureles, satisfecho con haber publicado dos tomos de poesía, uno cuando niño y otro hace ya siete años?

—¿Te parece poco haber escrito un tomo de poesías como los "Primeros Versos" y como los "Poemas de más allá"?

—Yo no sé de esas cosas, pero me parece que valen la pena los versos de Fernández —agregó Rovira con aire de fastidio.

—Para cualquiera otro me parecería mucho, para Fernández nada... Todo lo que has hecho —continuó volviéndose al poeta— todo lo más perfecto de tus poemas es nada, es inferior a lo que tenemos derecho a esperar de ti, los que te conocemos íntimamente, a lo que tú sabes muy bien que puedes hacer. Y sin embargo, hace dos años que no produces una línea... Dime, ¿piensas pasar tu vida entera como has pasado los últimos meses, disipando tus fuerzas en diez direcciones opuestas; exponiéndote a los azares de la guerra por defender una causa en que no crees, como lo hiciste en julio al combatir a las órdenes de Monteverde; promoviendo reuniones políticas para excitar al pueblo de que te ríes; cultivando flores raras en el invernáculo; seduciendo histéricas vestidas por Worth; estudiando árabe y emprendiendo excursiones peligrosas a las regiones más desconocidas y malsanas de nuestro territorio para continuar tus estudios de prehistoria y de antropología? Déjame echarte un sermón ya que me he callado tanto tiempo. En tu frenesí por ampliar el campo de las experiencias de la vida, en tu afán por desarrollar simultáneamente las facultades múltiples con que te ha dotado la naturaleza, vas perdiendo de vista el lugar a donde te diriges. El aspecto de tu escritorio ayer por la mañana daría a pensar en un principio de incoherencia a cualquiera que te conociera menos de lo que te conozco. Había sobre tu mesa de trabajo un vaso de antigua mayólica lleno de orquídeas monstruosas; un ejemplar de Tíbulo manoseado por seis generaciones, y que guardaba entre sus páginas amarillentas la traducción que has estado haciendo; el último libro de no sé qué poeta inglés; tu despacho de General, enviado por el Ministerio de Guerra; unas muestras de mineral de las minas de Río Moro, cuyo análisis te preocupaba; un pañuelo de batista perfumado que sin duda

le habías arrebatado la noche anterior en el baile de Santamaría al más aristocrático de tus *flirts;* tu libro de cheques contra el Banco Angloamericano, y presidía esa junta heteróclita el ídolo quichua que sacaste del fondo de un adoratorio en tu última excursión y una estatueta griega de mármol blanco.

Tú, sentado enfrente del escritorio, azotado ya por la ducha fría y excitado por tres tazas de té, comenzabas el día. Ya habías escrito una estrofa musical y perversa destinada probablemente a una de tus víctimas; según me dijiste, ya habías girado tres cheques para atender los pagos de la semana, llamado al teléfono para darle órdenes al arquitecto de Villa Helena, comenzando en el laboratorio un ensayo del mineral de Río Moro; ya habías leído diez páginas de una monografía sobre la raza azteca, y mientras ensillaban al más fogoso de los caballos, te entretenías en estudiar el plano de una batalla. ¡Dios mío, si hay un hombre capaz de coordinar todo eso, ese hombre, aplicado a una sola cosa, será una enormidad! Pero no, eso está fuera de lo humano... Te dispersarás inútilmente. No sólo te dispersarás, sino que esos diez caminos que quieres seguir al tiempo, se te juntarán, si los sigues, en uno solo.

—¿Qué lleva al Asilo de Locos? —preguntó Fernández, sonriéndose con una sonrisa de desdén... ¡No lo creas... Yo creí eso en un tiempo. Hoy no lo creo.

—Bien, suponte que no sea así —continuó Sáenz imperturbable—. Da por sentado que tu organización de hierro resista las pruebas a que la sometes, y dime, ¿tú sí crees de buena fe que aunque vivas cien años alcanzarás a satisfacer los millones de curiosidades que levantas dentro de ti a cada instante, para lanzarlas por el mundo como una jauría de perros hambrientos a caza de impresiones nuevas?... ¿Y para seguir en esas locuras echas a un lado lo mejor de ti mismo, tu vocación íntima, tu alma de poeta?... ¿Cuántos versos has escrito en este año?

—Versos... ni uno solo...; pensé escribir un poema que tal vez habría sido superior a los otros; no lo comencé, probablemente no lo comenzaré nunca... no volveré a escribir un solo verso... Yo no soy poeta...

Una exclamación de los dos amigos le impidió continuar la frase.

—No, no soy poeta —dijo con aire de convicción profunda...— Eso es ridículo. ¡Poeta yo! Llamarme a mí con el mismo nombre con que los hombres han llamado a Esquilo, a Homero, al Dante, a Shakespeare, a Shelley... ¡Qué profanación y qué error! Lo que me hizo escribir mis versos fue que la lectura de los grandes poetas me produjo emociones tan profundas como son todas las mías; que esas emociones subsistieron por largo tiempo en mi espíritu y se impregnaron de mi sensibilidad y se convirtieron en estrofas. Uno no hace versos, los versos

se hacen dentro de uno y salen. El que menos ilusiones puede formarse respecto del valor artístico de mi obra soy yo mismo que conozco el secreto de su origen... ¿Quieres saberlo? Viví unos meses con la imaginación en la Grecia de Pericles, sentí la belleza noble y sana del arte heleno con todo el entusiasmo de los veinte años y bajo esas impresiones escribí los "Poemas Paganos"; de un lluvioso otoño pasado en el campo leyendo a Leopardi y a Antero de Quental, salió la serie de sonetos que llamé después "Las Almas Muertas"; en los "Días Diáfanos" cualquier lector inteligente adivina la influencia de los místicos españoles del siglo XVI, y mi obra maestra, los tales "Poemas de la Carne", que forman parte de los "Cantos del más allá", que me han valido la admiración de los críticos de tres al cuarto, y cuatro o seis imitadores grotescos, ¿qué otra cosa son sino una tentativa mediocre para decir en nuestro idioma las sensaciones enfermizas y los sentimientos complicados que en formas perfectas expresaron en los suyos Baudelaire y Rosseti, Verlaine y Swinburne?... No, Dios mío, yo no soy poeta... Soñaba antes y sueño todavía a veces en adueñarme de la forma, en forjar estrofas que sugieran mil cosas oscuras que siento bullir dentro de mi mismo y que quizás valdría la pena de decirlas, pero no puedo consagrame a eso...

—Al oírte comprendo por qué dice Máximo Pérez que el crítico en ti mata al poeta..., que tus facultades analíticas son superiores a tus fuerzas creadoras —dijo Sáenz.

—Puede ser; soy quien menos puede decirlo —continuó Fernández...— Poeta, puede ser, ese tiquete fue el que me tocó en la clasificación. Para el público hay que ser algo. El vulgo les pone nombres a las cosas para poderlas decir y pega tiquetes a los individuos para poderlos clasificar. Después el hombre cambia de alma pero le queda el rótulo. Publiqué un tomo de malos versos a los veinte años y se vendió mucho; otro de versos regulares a los veintiocho y no se vendió nada. Me llamaron *Poeta* desde el primero, después del segundo no he vuelto a escribir ni una línea y he hecho nueve oficios diferentes, y a pesar de eso llevo todavía el tiquete pegado, como un envase que al estrenarlo en la farmacia contuvo *mirra,* y que más tarde, lleno por dentro de cantáridas, de linaza o de opio ostenta por fuera el nombre de la balsámica goma. ¡Poeta! ¡Pero no, oye, no son mis facultades analíticas, que Pérez exagera, la razón íntima de la esterilidad que me echas en cara; tú sabes muy bien cuál es: es que como me fascina y me atrae la poesía, así me atrae y me fascina todo, irresistiblemente: todas las artes, todas las ciencias, la política, la especulación, el lujo, los placeres, el misticismo, el amor, la guerra, todas las formas de la actividad humana, todas las formas de la vida, la misma vida material, las mismas sensaciones que por una exigencia de mis sentidos, necesito de día en día más intensas y más delicadas... ¿Qué quieres, con todas esas ambiciones

puede uno ponerse a cincelar sonetos? En esas condiciones no manda uno en sus nervios. . .

—Y mucho menos cuando usa como tú un disfraz de perfecta corrección mundana, se aisla como vives aislado entre los tesoros de arte y las comodidades fastuosas de una casa como ésta y sólo trata con una docena de chiflados como somos tus amigos, excepción hecha de Rovira, los más a propósito para aislarte de la vida real. . .

—¿La vida real?. . . Pero ¿qué es la vida real, dime, la vida burguesa sin emociones y sin curiosidades?. . . Cierto que sólo existen para mí diez amigos íntimos que me entienden y a quienes entiendo y algunos muertos en cuya intimidad vivo. . . Las demás son amistades epidérmicas, por decirlo así; en cuanto a mi vida de hoy, tú sabes bien que, aunque distinta en la forma de la que he llevado en otras épocas, su organización obedece en el fondo a lo que ha constituido siempre mi aspiración más secreta, mi pasión más honda: el deseo de sentir la vida, de saber la vida, de poseerla, no como se posee a una mujer de quien nos hacen dueños unos instantes de desfallecimiento suyo y de audacia nuestra, sino como a una mujer adorada, que convencida de nuestro amor se nos confía y nos entrega sus más deliciosos secretos. ¿Tú crees que yo me acostumbro a vivir?. . . No, cada día tiene para mí un sabor más extraño y me sorprende más el milagro eterno que es el Universo. La vida. ¿Quién sabe lo que es? Las religiones no, puesto que la considera como un paso para otras regiones; la ciencia no, porque apenas investiga las leyes que la rigen sin descubrir su causa ni su objeto. Tal vez el arte que la copia. . . tal vez el amor que la crea.

¿Tú crees que la mayor parte de los que se mueren han vivido? Pues no lo creas; mira, la mayor parte de los hombres —los unos luchando a cada minuto por satisfacer sus necesidades diarias, los otros encerrados en una profesión, en una especialidad, en una creencia, como en una prisión que tuviera una sola ventana abierta siempre sobre un mismo horizonte—, ¡la mayor parte de los hombres se mueren sin haberla vivido, sin llevarse de ella más que una impresión confusa de cansancio!. . . ¡Ah! vivir la vida. . . eso es lo que quiero, sentir todo lo que se puede sentir, saber todo lo que se puede saber, poder todo lo que se puede. . . Los meses pasados en la pesquería de perlas, sin ver más que la arena de las playas y el cielo y las olas verdosas, respirando a pleno pulmón el ambiente yodado del mar; las temporadas de orgías y de tumulto mundano en París; los meses de retiro en el viejo convento español, entre cuyos paredones grises sólo resuenan los rezos monótonos de los frailes y las graves músicas del canto llano; la permanencia agitada en el escritorio de Conills, con mi fortuna comprometida en el engranaje vertiginoso de los negocios *yankees*, y la cabeza llena de cotizaciones y de cálculos, en pleno *hardwork;* las suaves residencias en Italia, en que secuestrado del mundo y olvidado de mí mismo, viví

encerrado en iglesias y museos o soñando por horas enteras en amorosas contemplación ante las obras de mis artistas predilectos como el Sodoma y el Vinci, todo eso son cinco caminos emprendidos con loco entusiasmo, recorridos con frenesí, y abandonados por temor de que me sorprendiera la muerte en alguno de ellos antes de transitar por otros, por estos otros nuevos que trato de recorrer ahora y por los cuales dices tú que voy gastando inútilmente mis fuerzas... ¡Ah, vivir la vida! emborracharse de ella, mezclar todas sus palpitaciones con las palpitaciones de nuestro corazón antes de que él se convierta en ceniza helada; sentirla en todas sus formas, en la gritería del *meeting* donde el alma confusa del populacho se agita y se desborda; en el perfume acre de la flor extraña que se abre, fantásticamente abigarrada, entre la atmósfera tibia del invernáculo; en el sonido gutural de las palabras que, hechas canción, acompañan hace siglos la música de las guzlas árabes; en la convulsión divina que enfría las bocas de las mujeres al agonizar de voluptuosidad; en la fiebre que emana del suelo de la selva donde se ocultan los últimos restos de la tribu salvaje... Dime, Sáenz, ¿son todas esas experiencias opuestas y las visiones encontradas del Universo que me procuran, todo eso es lo que quieres que deje para ponerme a escribir redondillas y a cincelar sonetos?

—No —contestó el otro sin desconcertarse—. Yo no te he dicho nunca que no pienses, sino que no abuses. Alegas tú que lo que yo llamo abuso es para ti lo estrictamente necesario y te ríes de mis sermones. Es claro que si el fin de todos tus esfuerzos me pareciera a tu altura, te aplaudiría, pero tú lo que quieres es gozar y eso es lo que persigues en tus estudios, en tus empresas, en tus amores, en tus odios. No son tus complicaciones intelectuales las que no te dejan escribir, ni tampoco son tus grandes facultades críticas que requerirían que produjeras obras maestras para quedar satisfechas, no, no es eso; son las exigencias de tus sentidos exacerbados y la urgencia de satisfacerlas que te domina. Mira, si en mis manos estuviera, te quitaría cosa a cosa todo lo que te impide escribir y hacer glorioso tu nombre. ¿Quieres saber qué es lo que no te deja escribir? El lujo enervante, el *confort* refinado de esta casa con sus enormes jardines llenos de flores y poblados de estatuas, su parque centenario, su invernáculo donde crecen, como en la atmósfera envenenada de los bosques nativos, las más singulares especies de la flora tropical ¿Sabes qué es? No son tanto las tapicerías que se destiñen en el vestíbulo, ni los salones suntuosos, ni los bronces, los mármoles y los cuadros de la galería, ni el gabinete del extremo oriente con sus sederías chillonas y sus chirimbolos extravagantes, ni las coleciones de armas y de porcelanas, ni mucho menos tu biblioteca, ni las aguafuertes y dibujos que te encierras a ver por semanas enteras. No, es lo otro. Lo que estimula el cuerpo, las armas, los ejercicios violentos, tus cacerías salvajes con los Merizalde y los Monteverde; tus negocios complicados; el salón

de hidroterapia, la alcoba y el tocador dignos de una cortesana. Son los vicios nuevos que dices que estás inventando; esas joyas en cuya contemplación te pasas las horas fascinado por su brillo, como se fascinaría una histérica; el té despachado directamente de Cantón; el café escogido grano por grano que te manda Rovira; el tabaco de Oriente y los cigarros de Vuelta Abajo; el kummel ruso y el krishabaar; sueco; todos los detalles de la vida elegante que llevas, y todas esas gollerías que han reemplazado en ti al poeta por un gozador que a fuerza de gozar corre al agotamiento. . . ¡Hombre, cuando estando sano como una manzana y fuerte como un carretero has dado en tomar tónicos de los que se les dan a los paralíticos y eso sólo para sentirte más lleno de vida de lo que estás! Mira, si en mis manos estuviera te quitaría todos los refinamientos y las suntuosidades de que te rodeas, te debilitaría un poco para tranquilizarte, te pondría a vivir en un pueblecillo, en un ambiente pobre y tranquilo donde conversaras con gente del campo y no vieras más cuadros que las imágenes de la iglesia, ni consiguieras más libros que el *Año Cristiano,* prestado por el cura. Si en mis manos estuviera te salvaría de ti mismo. A los seis meses de vivir en ese ambiente serías otro hombre y te pondrías a escribir algún poema de los que debes escribir, de los que es tu deber escribir.

—¿Conque yo tengo deber de escribir poemas? —preguntó Fernández riéndose. . . — ¡Pues estoy divertido! —y enseriándose súbitamente: —Feliz tú que sabes cuáles son los deberes de cada cual y cumples los que crees tuyos como los cumple; ¡Deber!; ¡Crimen!; ¡Virtud!, ¡Vicio. . . Palabras, como dice Hamlet. . . Yo estoy en la situación en que nos suponía el zapatero aquel que cuando se emborrachaba nos detenía a la salida del colegio, ¿recuerdas?

—¿Ah! sí, el zapatero Landínez —contestó Juan Rovira como si se dirigiera a él—; antier me lo encontré más borracho que nunca y me detuvo con su eterno sonsonete: "Dadme una peseta caballero. Vos no sabéis la posición que ocupáis en la sociedad; vos no sabéis qué cosa es el mal ni qué cosa es el bien". Bueno, José ¿y tú que tienes que ver con ese perdulario? —dijo interpelando a Fernández.

Tú no entiendes esas cosas —le respondió éste—, es una broma que tengo con Sáenz. Conque, dime —preguntó volviéndose al médico—, ¿tú sí crees que mi deber es escribir poemas? Pues mira, esa calavera —agregó mostrando con la mano nerviosa y fina un cráneo cuyas cuencas vacías, donde se aglomeraba la sombra, parecían mirarlo desde el pedestal de la Venus de Milo, donde estaba colocado—, ¡esa calavera me dice todas las noches que mi deber es vivir con todas mis fuerzas, con toda mi vida!

Y sin embargo los versos me tientan y quisiera escribir, ¿para qué ocultártelo? En estos últimos días del año sueño siempre en escribir un poema pero no encuentro la forma. . . Esta mañana, volviendo a ca-

ballo de Villa Helena, me pareció oír dentro de mí mismo estrofas que estaban hechas y que aleteaban buscando salida. Los versos se hacen dentro de uno, uno no los hace, los escribe apenas. . . ¿tú no sabes eso, Rovira?

—No, ¡qué sé yo de esas cosas! —contestó el interpelado—. Los tuyos me gustan y son buenos de seguro, porque un hombre de gusto que tiene caballos como la pareja de moros de tu victoria y el árabe en que montas, y una casa como esta y tanto cuadro y tantas estatuas y cigarros de esta calidad —dijo mostrando la larga ceniza del puro casi negro que se estaba fumando—, ¡pues es clarísimo que no puede hacer malos versos!

—¿Por qué no escribes un poema, José? —insistió Sáenz.

—Porque no lo entenderían, tal vez, como no entendieron los "Cantos del más allá" —dijo el poeta con dejadez—. ¿Ya no recuerdas el artículo de Andrés Ramírez en que me llamó asqueroso pornógrafo y dijo que mis versos eran una mezcla de agua bendita y de cantáridas? Pues esa suerte correría el poema que escribiera. Es que yo no quiero *decir* sino sugerir y para que que la gestión se produzca es preciso que el lector sea un artista. En imaginaciones desprovistas de facultades de ese orden ¿qué efecto producirá la obra de arte? Ninguno. La mitad de ella está en el verso, en la estatua, en el cuadro, la otra en el cerebro del que oye, ve o sueña. Golpea con los dedos esa mesa, es claro que sólo sonarán unos golpes; pásalos por las teclas de marfil y producirán una sinfonía: Y el público es casi siempre mesa y no un piano que vibre como éste—, concluyó sentándose al Steinway y tocando las primeras notas del prólogo del *Mephisto*.

—Fernández —dijo Rovira suspendiendo su interminable paseo para acercarse a la mesa y sacudir la ceniza del puro que fumaba en un platillo de cobre repujado—. Oye, Fernández: ¡no te preocupes con los sermones de este médico, que quiere ser para ti un don Pedro Recio Tirteafuera, ni con escribir unos versos más o menos, para que tus admiradores te proclamen genio al día siguiente del entierro! Más vale vivir tres días en Nare, como decía el minero, que tres siglos en el corazón de la posteridad. . . Nada, hijo, diviértete, cuídate, busca más caballos árabes y más armas si eso te suena, compra más anticuallas y más chirimbolos, métete hasta las narices en la política, déjate querer por todas las mujeres que se antojen de ti y hazte querer de todas las que se te antojen, no vuelvas a escribir un solo verso si no se te da la gana. . . Para todo eso te doy permiso a cambio de que me satisfagas esta noche un antojo que tengo desde hace mucho tiempo. . . Quiero oírte leer unas páginas que, según me dijiste una vez, tienen relación con el nombre de tu quinta, con un diseño de tres hojas y una mariposa que llevan impreso en oro, en la pasta blanca, varios volúmenes de tu biblioteca, y con aquel cuadro de un pinto inglés. . . ¿cómo dices tú? ¿de-

cadente? no..., ¿simbolista? No... ¿prerrafaelita? Eso es, prerrafaelita, que tienes en la galería y que no logro entender por más que lo miro cada vez que paso por ahí... ¿Sabes de qué te hablo?...

—Sí, sé de qué me hablas —contestó Fernández levantándose al oír ruidos de voces y de pasos en el cuarto vecino...

El *portier* pesado de tela roja de Oriente, bordado de oro que cierra la entrada de la derecha, se abrió dándoles paso a Luis Cordovez y a Máximo Pérez.

—Buenas noches; te traigo a este hombre para que lo distraigas —dijo Cordovez, tendiéndole la mano a Fernández—. Juan, Oscar —saludando familiarmente a los amigos con quienes hablaba Pérez—, y vengo yo a desinfectarme de todas las vulgaridades oídas en estas dos horas... Dame una copa de jerez del más seco, y siéntase tú aquí, añadió mostrando un sillón cercano al suyo; necesito oír buenos versos para desinfectarme el alma... ¡Si tú supieras de donde vengo!...

—Pues no me parece imposible adivinarlo; de una comida en que has estado cerca de una rubia... el vestido lo cuenta...; irreprochable!... —añadió Fernández fijándose en la gardenia fresca que llevaba Cordovez en el ojal del frac y en las gruesas perlas que le abotonaban la pechera.

—Ya lo ves; te equivocaste! Los poetas andan siempre soñando cosas deliciosas. Nada hombre, de una comida dada por Ramón Rey a Daniel Avellaneda, en que se habló de política, al comenzar, y de religión y de mujeres, al concluir. Cuando te digo que necesito que me leas versos de Núñez de Arce para desinfectarme. No, no son versos —añadió dirigiéndole a Fernández una mirada en que se adivinaba su amor casi fraternal y su entusiasmo fanático por el poeta... —¿Sabes?... no son versos de Núñez de Arce... es prosa tuya lo que quiero... vengo a pedirte de *soñar* como dices tú... hace tres días que no le pido de *soñar* a nadie por miedo de que me sirvan mal y que estoy pensando a cada momento en que llegue esta noche para suplicarte me leas unas notas tomadas en un viaje por Suiza, que nunca me has mostrado... Nos las vas a leer dentro de un rato, ¿cierto?... Si tú supieras que he pasado hoy un mal día pensando en ti, con la idea fija de que estabas enfermo... Pero estás bien, ¿verdad?...

—Nunca estoy bien en los últimos días del año —contestó Fernández como distraído por algo que lo preocupara—; nunca estoy bien en los últimos días de diciembre.

La frescura y la animación de Luis Cordovez, cuyas facciones delicadas y naciente barba castaña recordaban el perfil de Cristo de Scheffer, sin que los rizos oscuros que le caían sobre la frente estrecha, ni el frac que le moldeaba el busto alcanzaran a disminuir el parecido, formaban extraño contraste con la atonía meditabunda del semblante pálido y lo apagado de los ojos grises de Máximo Pérez, cuya flacura se advinaba,

mal disimulada por el vestido de cheviot claro que traía puesto, en las líneas del cuerpo tendido sobre el diván vecino, en una postura de enfermizo cansancio.

—¿Tú no sigues bien, eh?... ¿aumentan los dolores?... le preguntó Sáenz clavándole los ojos inquisitivos...

—Siguen los dolores atroces, a pesar de los bromuros y de la morfina... Esta noche me sentía tan mal que me retiraba ya del Club cuando encontré a Cordovez y me hizo el bien de traerme... No saben tus colegas qué es lo que tengo... Fernández, dime ¿tampoco pudieron hacer diagnóstico preciso de una enfermedad que sufriste en París, de una enfermedad nerviosa de que me ha hablado Marinoni...? Dime, ¿tú la describiste en algunas páginas de tu diario?... Si nos las leyeras esta noche... Creo que sólo la lectura de algo inédito y que me interesara mucho, alcanzaría a disipar un poco mis ideas negras.

—Yo le había instado antes a José para que nos leyera algo relacionado con el nombre de la quinta, con Villa Helena —dijo Rovira malhumorado y como temeroso de no lograr su empeño—; ahora tú y Cordovez vienen cada cual con su idea, y va a resultar que José no nos lee nada al fin. Fernández, ¿qué dices?

—Tú querrías leer la última novela de Pereda ¿no, Cordovez? —dijo el escritor distraído—, recuérdame darte el tomo.

—No; te había suplicado que nos leyeras unas notas escritas en Suiza, pero resulta que Rovira desea conocer unas páginas que, según dice, tienen relación con Villa Helena; Pérez, otras que dizque describen una enfermedad que sufriste en París y el doctor Sáenz no opina, está callado como un mudo desde que entramos... ¡Habla Sáenz!

—Fernández no me oye nunca cuando le hablo. Hace cuatro años le vengo diciendo que escriba y no me oye, José, ¿no tienes tú un cuento o cosa así, que pasa en París, una noche de año nuevo? —insinuó el médico...— ¿Por qué no nos lo lees?

—Todo eso es Ella... —dijo el escritor, como perdido en un ensueño—; esta mañana las rosas blancas en la verja de hierro de Villa Helena; a medio día el revoloteo de la mariposilla blanca que se entró por la ventana del escritorio... Ahora cuatro deseos encontrados que se juntan para que la nombre... —Se pasó la mano por la frente y sequedó callado luego sin que, durante diez minutos en que pareció olvidarse de todo y sumirse en honda meditación, ninguno de los amigos se atreviera a distraerlo.

—Fernández, ¿no nos nos vas a leer nada? —preguntó Rovira impaciente, deteniéndose cerca del sillón de aquél...—. ¿Tienes dolor de cabeza?... Eso ha sido el trabajo de hoy... ¿Tú para qué trabajas?... ¿nos lees algo al fin?...

José Fernández, después de buscar en uno de los rincones oscuros del cuarto, donde sólo se adivinaba entre la penumbra rojiza la blancura

de un ramo de lirios y el contorno de un vaso de bronce, y de apagar las luces del candelabro, se sentó cerca de la mesa, y poniendo sobre el terciopelo de la carpeta un libro cerrado, se quedó mirándolo por unos momentos.

Era un grueso volumen con esquineras y ceraduras de oro opaco. Sobre el fondo de azul esmalte, incrustado en el marroquí negro de la pasta, había tres hojas verdes sobre las cuales revoloteaba una mariposilla con las alas forjadas de diminutos diamantes.

Acomodándose Fernández en el sillón, abrió el libro y después de hojearlo por largo rato, leyó así a la luz de la lámpara.

París, 3 de junio de 189. .

La lectura de dos libros que son como una perfecta antítesis de comprensión intuitiva y de incomprensión sistemática del Arte y de la vida, me ha absorbido en estos días: forman el primero mil páginas de pedantescas elucubraciones seudo-científicas, que intituló *Denegeración* un doctor alemán, Max Nordau, y el segundo, los dos volúmenes del diario, del alma escrita, de María Bashkirtseff, la dulcísima rusa muerta en París, de genio y de tisis, a los veinticuatro años, en un hotel de la calle de Prony.

Como un esquimal miope por un museo de mármoles griegos, lleno de Apolos gloriosos y de Venus inmortalmente bellas, Nordau se pasea por entre las obras maestras que ha producido el espíritu humano en los últimos cincuenta años. Lleva sobre los ojos gruesos lentes de vidrio negro y en la mano una caja llena de tiquetes con los nombres de todas las manías clasificadas y enumeradas por los alienistas modernos. Detiénese al pie de la obra maestra, compara las líneas de ésta con las de su propio ideal de belleza, la encuentra deforme, escoge un nombre que dar a la supuesta enfermedad del artista que la produjo y pega el tiquete clasificativo sobre el mármol augusto y albo. Vistos al través de sus anteojos negros, juzgados de acuerdo con su canon estético, es Rosetti un idiota; Swinburne un degenerado, superior; Verlaine, un medroso degerado, de cráneo asimétrico y cara mongoloide, vagabundo, impulsivo y dipsómano; Tolstoy, un degenerado místico e histérico; Baudelaire, un maniático obsceno; Wagner, el más degenerado de los degenerados, grafónomo, blasfemo y erotómano. ¡Dichoso clasificador de manías, que no has sentido la vida y no has encontrado en tu vocabulario técnico la fórmula en qué encerrar las obras maestras de las edades muertas; oye: ¿eran neurópatas consumados los hombres del Renacimiento, cuyas obras, telas y mármoles y bronces, donde el oro y la sombra de los años acumulan misterio sobre misterio, turban a los sensitivos de hoy con el enigma cautivador de sus líneas y de sus medias tintas? Mira los Cristos

dolientes y sombríos, más heridas que carne y más alma que cuerpo, que languidecen entre las sombras de los lienzos del Sodoma; interroga la sonrisa ambigua de las figuras del Vinci; respira el hedor que se desprende de las telas de Valdés Leal; contempla la crueldad refinada y bárbara de las crucifixiones del Españoleto; vuelve tus manos rudas hacia el fondo de los siglos y distribuye tiquetes de clasificación patológica a esos que sintieron y expresaron lo que sienten los hombres de hoy. ¡Oh, grotesco doctor alemán, zoilo de los Homeros que han cantado los dolores y las alegrías de la Psiquis eterna, en este fin de siglo angustioso tu oscuro nombre está salvado del olvido!. . .

Tus rudas manos tudescas no alcanzaron a coger en su vuelo la mariposa de luz que fue el alma de la Bashkirtseff, ni a profanar, analizándola, una sola de las páginas del diario. "María Bashkirtseff, escribiste, una degenerada muerta joven, tocada de locura moral, de un principio del delirio de las grandezas y de la persecución y de exaltación erótica morbosa". (*Dégénérescence,* volumen II, página 121). Y escrita la frase en que acumulaste cuatro entidades patológicas para definir una de las almas más vibrantes y más ardientes del tiempo presente, ¡flotó sobre tus labios gruesos deliciosa sonrisa de satisfacción beata y estúpida!

Desde el fondo de la sencilla tumba que guarda tus cenizas en el Cementerio de Passy y a donde irán los intelectuales de mañana a cubrir de flores el mármol que conserva tu nombre, desde el fondo del tiempo donde llegarás agrandada por la leyenda, perdona, ¡oh, muerta dulcísima, al maniático seudo sabio que te inmortalizó juntándote con Wagner y con Ibsen en la expresión de su desprecio profundo!

Quiere Mauricio Barrés, en las sutiles páginas que intitula "La leyenda de una Cosmopolita" y en que estudia a la Bashkirtseff, darnos de ella, ya que no un retrato definitivo, tres impresiones instantáneas de tres actitudes suyas y nos la presenta adolescente, en las sabanas heladas de Rusia, dejando desarrollarse en sí el vigor espiritual y sensual que animara su vida; en plena juventud, dándole por fondo del retrato los ramajes oscuros, al través de los cuales vibra la música de una orquesta, al caer de la tarde, en un lugar, de aguas de Bohemia, y tocada ya por la mano fría de la tisis que le abrillanta los ojos con artificial brillo y le colora las mejillas pálidas con la agitación de la sangre empobrecida, bajo el sol de Niza, sonriente y con el corpiño florecido por diminuto ramo de mimosas y de anémonas. Ninguno de los negativos del ideólogo me satisface. Cierro los ojos y me la forjo así, de acuerdo con las páginas del *Diario:* Es alta noche. . . La familia, cansada de las fatigas triviales del día, duerme tranquilamente. Ella, en el cuarto silencioso donde la rodean sus libros predilectos, Spinoza, Fichte, los más sutiles de los poetas, los más acres de los novelistas modernos, acodada sobre el escritorio, cayéndole sobre la masa de cabellos castaños la luz tibia de la lámpara, la cabeza apoyada en la mano pálida, vela y recapitula el día. Se ha le-

vantado a la madrugada, y al correr las persianas del balcón, para procurarse una noche artificial y favorable al estudio, el paso de un grupo de obreros por la calle, llena de la bruma de la madrugada y azotada por la lluvia, la ha hecho enternecerse al pensar en la suerte de esos miserables. Tras de varias horas de lectura de Balzac, en que ha vivido en comunión con aquel genio enorme, el proyecto del cuadro con que sueña —del cuadro que ha de inmortalizarla— la ha hecho ir a Sèvres, donde la espera, el modelo y allí, en el luminoso paisaje de primavera, las manos temblándole de artística fiebre, los ojos bien abiertos para verlo todo, los nervios tendidos para realizar el milagro de trasladar al lienzo la frescura de los renuevos, la tibieza del sol que ilumina el campo, la carne sonrosada del modelo sobre la cual flotan las diáfanas sombras de las ramas de un durazno en flor, el verde húmedo de la yerba tierna, el morado de las violetas y el amarillo de los renúnculos que esmaltan el prado, el azul del cielo pálido en el horizonte, ha trabajado, olvidada de sí misma, en un frenesí, en una locura de arte, hora tras hora, el día entero. Por la tarde, rendida, desencantada de la pintura hasta el fondo del alma, convencida de que serán vanos todos sus esfuerzos para alcanzar la meta soñada, hubo un instante en que tuvo que contenerse para no rasgar el lienzo en que trabajó con todas sus fuerzas. Un detalle de elegancia le hace olvidar la momentánea angustia. Doucet, el costurero, la espera para ensayarle un vestido de crespón de seda rosado, que tiene por todo adorno una guirnalda de rosa de Bengala y que han combinado ambos para que, al lucirlo ella en el próximo baile, la concurrencia, al verla travesar el salón moderno por entre la corrección de los frac negros y de las blancas pecheras, tenga la ilusión de contemplar, sonriente y animada por la vida, la más hermosa de las pinturas de Greuze ¡Y el vestido la ha entusiasmado! Por una hora se olvida de la artista que es, del filósofo que funciona dentro de ella y que analiza la vida a cada minuto y a quien preocupan los problemas eternos... No, ella no es eso: siente que ha nacido para concentrar en sí todas las gracias y los refinamientos de una civilización; que su papel verdadero, el único a la medida de sus facultades, es de una Madame Récamier; que su teatro será un salón donde se junten las inteligencias de excepción y de donde irradie la doble luz de las supremas elegancias mundanas y de la más altas especulaciones intelectuales... los hombres más ilustres del momento serán los huéspedes de ese centro; allí sonreirá suavemente Renán, moviendo la gran cabeza bonachona, con ademán episcopal; Taine vendrá a veces y se dejará oír, un poco absorto por instantes en su incesante pensar, animado otras, preguntando en frases cortas, netas, precisas como fórmulas; Zola, ventrudo y pálido, contará el plan de su novela futura; Daudet paseará, por sobre las obras de arte que destacan sus cartones sobre las viejas tapicerías desteñidas, la mirada curiosa de sus ojos de miope y apoyará en el brocatel de los sillares la

enmarañada melena de piferaro; los pintores— Bastien Lepage, el preferido, chiquitín, enérgico, chatico, con su rubia barba de adolescente; Carrolus Durán, con sus aires de espadachín y de tenorio; el Maestro Tony Robert Fleury, el de la dulce fisonomía árabe y los ojos dormidos—, los poetas —Coppée, Sully Prudhomme, Theuriet—; todos ellos serán recibidos allí como en una casa del arte y se sentirán ajonjeados y mimados como por una hermana. Ella tendrá en las manos el cetro, será la Vittoria Colonna de mañana, rodeada por esa corte de pensadores y de artistas. . .

¡Oh sueños vanos desechos como bombas de jabón que nacen, se coloran y revientan en el aire! . . . Al salir de casa de Doucet, la idea de hablar con el médico, que le dice la verdad respecto del mal que la está devorando, se le impone. ¡Se ha sentido tan enferma en los últimos días, han sido tan agudos los dolores que la han atormentado, tan intensa la fiebre que le ha quemado las venas, tan profundo el decaimiento que la ha postrado por horas enteras! . . . En el silencio grave del salón de consultas el esculapio la ausculta lentamente, golpea, con blandos golpecitos de las yemas de los dedos, las espaldas gráciles, aplica atento el oído sobre la piel tersa como el raso del busto delicado, y tras del minucioso examen prescribe cáusticos que queman el seno, aplicaciones de yodo que manchan y desfiguran, drogas odiosas, un viaje al Mediodía que equivale a abandonarlo todo, arte, sociedad, placeres y para justificar las prescripciones rígidas y con su frialdad de hombre de ciencia, acostumbrado al dolor ajeno, suelta las frases brutales. Está tísica. . . el pulmón derecho destrozado por los tubérculos, el izquierdo invadido ya; esa sordera que la atormenta desde hace meses irá aumentando; la tos que la sacude y la lastima, los insomnios atroces que la agotan, todo eso va a crecer, a tomar fuerza y a dilatarse como las llamaradas de un incendio, a acabar con ella. . .

¡Qué está tísica! Sí, lo siente, lo sabe. Hubo un momento en que al salir de la casa del sabio se abandonó al desaliento y se sintió cerca de la muerte, pero hace dos horas ha olvidado su mal. . . Por la gran ventana abierta del taller, cercano al cuartico donde está ahora, se veía, el cielo nocturno, de un azul profundo y transparente; la luz de la luna se filtraba por allí e inundaba la penumbra de su sortilegio pacificador. Sentada ella en el piano, al vibrar bajo sus dedos nerviosos el teclado de marfil, se extendía en el aire dormido la música de Beethoven, y en la semioscuridad, evocada por las notas dolientes del nocturno y por una lectura de Hamlet, flotaba, pálido y rubio, arrastrado por la melodía como por el agua pérfida del río homicida, el cadáver de Ofelia, Ofelia pálida y rubia, coronada de flores. . . el cadáver pálido y rubio coronado de flores, llevado por la corriente mansa. . .

Verdad que hacía dos horas la magia de la música la hizo olvidarse de todo, de sí misma y de la tisis; pero ahora, desvanecido el encanto,

sola, sentada frente al escritorio, acodada sobre éste, la luz tibia de la lámpara cayéndole sobre la masa de cabellos castaños, la cabeza apoyada en la mano delicada; ahora al recapitular el día, la lectura de Balzac, la furia de trabajo artístico en Sèvres, el ensayo del vestido, el sueño de grandeza mundana, los momentos pasados en el piano, todo se borra ante la realidad cruel de la enfermedad que avanza en el gran silencio religioso de la media noche; la siniestra profecía del hombre de ciencia llena sola, oscura y siniestra como un horizonte nublado, el campo de su visión interior. . . ¡Morir, Dios mío, morir así tísica a los veintitrés años, al comenzar a vivir, sin haber conocido el amor, única cosa que hace digna a la vida de vivirla; morir sin haber realizado la obra soñada, que salvará el nombre del olvido; morir dejando el mundo sin haber satisfecho los millones de curiosidades, de deseos, de ambiciones que siente dentro de sí; cuando el conocimiento de seis lenguas vivas, de dos lenguas muertas, de ocho literaturas, de la historia del mundo, de todas las filosofías, del arte en todas sus formas, de la ciencia, de las voluptuosidades de la civilización, de todos los lujos del espíritu y del cuerpo; cuando los viajes por toda Europa y la asimilación del alma de seis pueblos sólo han servido para desear la vida con ardor infinito y concebir planes cuya realización requeriría diez vidas de hombre! ¡Morir así, sintiéndose el embrión de sí mismo, morir cuando se adora la vida, deshacerse, perderse en la sombra! ¡Imposible!. . .

La idea de la lucha contra el mal la domina ahora. . . hay que luchar. . . un año destinado a vencerlo será suficiente. En plena salud, más tarde ganará el tiempo perdido; tules diáfanos y blancuras de mimosas y de camelias velarán sobre lo túrgico del seno las manchas de los cáusticos y del yodo, y el cuerpo entero ostentará la coloración suave de la sangre vivificada por el aire tibio y salino del Mediterráneo. ¡Hay que luchar, hay que vivir! Hay que pintar las Santas Mujeres, guardando el sepulcro. La Magdalena, sentada, de perfil, el codo apoyado en la rodilla derecha y la barba en la mano, con el ojo átono, como si no viera nada, pegada a la piedra que cierra el sepulcro y con el brazo izquierdo caído en una postura de infinito cansancio. En la actitud de María, de pie, tapándose la cara con la mano, y con los hombros levantados por un sollozo, destacando la silueta oscura sobre el cielo plomizo del crepúsculo, debe adivinarse una explosión de lágrimas, de desesperación, de dejo, de agotamiento definitivo. A lo lejos, entre la semioscuridad de la hora trágica que esfuma los contornos de las cosas, se adivinarán las formas de los que acaban de enterrar al Cristo y sobre el lienzo flotará la atmósfera sombría de un dolor infinito. Hay que pintar; hay que pintar a Margarita, después del encuentro con Fausto, con el seno agitado y los ojos brillantes y las mejillas encendidas por el fuego de amor que le hacen correr por las venas las palabras del gallardo caballero. El cuadro de Sèvres no la satisface; hay que pin-

tar otro en pleno aire como los de Bastien y encerrar en él un paisaje de primavera, donde por sobre una orgía de tonos luminosos, de pálidos rosados, de verdes tiernos, se oigan cantos de pájaros y murmullos cristalinos de agua y se respiren campesinos olores de savia y de nidos; la calle —ese canal de piedra, por donde pasa el río humano— hay que estudiarla, verla bien vista, sentirla, para trasladar a otros lienzos sus aspectos risueños o sombríos, los efectos de niebla y de sol; entre las líneas geométricas de las fachadas, el piso húmedo por la lluvia reciente, los follajes pobres de los árboles que crecen en la atmósfera pesada de la ciudad, y sobre el banco del boulevard exterior, quietas y en posturas de descanso para sorprender en ellas, no el gesto momentáneo de la acción sino el ritmo misterioso y la expresión de la vida, hay que pintar dos chicuelas flacuchas, ajadas por la pobreza y el vicio ancestral y un bohemio grasiento y lamentable con la cara encendida y los ojos encarnados por el uso de venenosos alcoholes, que sigue, melancólicamente, con la mirada turbia y vaga, el humo de la pipa que se está fumando; pero no, ese cuadro, por perfecto que sea, no será el desiderátum, porque está viciado de *canallería moderna,* como dice Saint Marceaux; hay que hacer algo grande y noble. . . Concluídos esos, será Homero quien da el tema; y se lavará los ojos de toda la vulgaridad de la vida diaria, forjando en un lienzo enorme a Alcinoos y a la Reina, sentados en el trono, en una galería de altas columnas de mármol rosado, rodeados por la Corte, mientras que Nausícaa, apoyada en una de las pilastras, oye a Ulises contarle al Rey sus aventuras interminables y Demodocuos, cuyo canto ha interrumpido el viajero, malhumorado como un poeta a quien no oyen, apoya en las rodillas la lira y vuelve la cabeza para mirar hacia afuera. . . Hay que pintar eso, pero pintarlo de veras, en plena pasta, con una factura potente, rica, sólida, donde nadie reconozca una manecita de mujer; hay que pintarlo vívido, caliente, amplio de tal modo que el que vea el cuadro sienta lo que sintió ella al manejar los pinceles y las brochas. ¡Hay tánto que hacer para llegar allá! Todos esos cuadros requieren estudios previos, composiciones complicadas, preparación de detalles y querría estarlos haciendo ya, haberlos hecho, no perder un minuto. . . Hay tánto que hacer y la vida es tan corta. . . Los proyectos de escultura la fascinan porque la escultura es honrada y no engaña al ojo con los colores, ni admite farsas ni tapujos. . . Modelará todo lo que sueña; moribunda de amor y de tristeza, caída sobre las arenas de la playa al ver huir en el horizonte la vela del barco que lleva a Teseo, una Ariadna con el pecho lleno de sollozos; luego un bajo relieve colosal con seis figuras sorprendidas en actitudes llenas de gracia, ¡y las esculturas serán tales que Saint Marceaux mismo se entusiasme, y las pinturas tendrán tal arte que el jurado imbécil no podrá menos de darle la primera medalla, en un salón próximo! ¡Ah, la medalla!, desde hace tiempos, cómo la ha desea-

do, cómo la ha perseguido, cómo la ve en sus sueños; la medalla la hará comprender que hizo bien en consagrarse a la pintura, que no se ha equivocado, que es alguien, que puede amar, pensar, vivir, como viven todos, tranquila, sin atormentarse con tantas ambiciones. Cuando se la den, podrá vivir como todo el mundo y entonces sus fuerzas, dirigidas en otro sentido, la llevarán lejos, muy lejos, se abandonará la delicia de sentir, la dominará una pasión profunda por un hombre superior que la entienda, irá a respirar por temporadas el aire perfumado y tibio de Niza, de San Remo, de Sorrento, volverá a España, a Toledo, a Burgos, a Córdoba, a Sevilla, a Granada —a embelesarse con las policromías de las arquitecturas árabes, con los follajes frescos de los laureles rosas y de los castaños gigantes, con lo azul del cielo—, a Venecia, donde sube hacia el firmanento, por entre ruinosos palacios de mármol, una fiebre sutil de los canales verdosos, a ver la melancólica fiesta que son las pinturas de Tiépolo, a Milán, donde sonríen las creaciones del Vinci, y a Roma, sobre todo, a Roma, la ciudad madre, la metrópoli, el único lugar del mundo que le ha llenado el corazón, porque al ponerse el sol tras de las cúpulas de la Basílica, centro de la cristiandad, alumbra las huellas del arte de hace veinticinco siglos, la complicación de la vida moderna más fastuosa y más amplia, y sugiere a las almas pensativas la fórmula de lo que será la sensibilidad de mañana.

¡Ah! Dios mío, y Rusia, Rusia, la madre, la patria, la tierra del nihilismo y de los zares, con su semi-civilización tan diferente de la civilización latina, sus costumbres peculiares, su pueblo supersticioso y medio salvaje, su aristocracia gozadora, su arte propio y su singular literatura; Rusia la reclama: irá a Petersburgo, donde la recibirá la Corte, a Moscú, a Kieff, la ciudad santa, llena de catedrales y conventos; volverá a respirar en los campos solariegos el aire que en la niñez le infundió la fiebre que la anima, y esos múltiples viajes, esas experiencias casi opuestas de la vida, los alternará con las temporadas de París, en el salón aquel lleno de hombres de genio, con días distribuídos entre las fiestas mundanas donde seducirá a todos su elegancia, y la lectura de filósofos y la audición de las músicas de Haendel y de Beethoven y la continuación de sus estudios, de otros estudios nuevos con que sueña, sociología, política, lenguas orientales, historia y literatura de pueblos que no conoce bien y cuya alma se asimilará para agrandar su visión del universo. ¡Vivirá así y todo eso lo hará con todos sus nervios, con toda su alma, con todo su ser, arrancándole a cada sensación, a cada idea, un maximum de vibraciones profundas!

Ahora un desfallecimiento interior la embarga; ha sentido una picada ahí, en el punto que el médico le mostró como foco de la enfermedad que la devora y el punzante dolor vuelve a traerla a la realidad. . . ¡Ah! sí, la tos, el sudor, el insomnio, los cáusticos, las unturas de yodo, el viaje al Mediodía, el aniquilamiento. . . la muerte. . . el fin, todo eso

está cerca. ¿Y Dios, en dónde está si la deja morir así, en plena vida, sintiendo esa exuberancia de fuerzas, esos entusiasmos locos por verlo todo, por sentirlo todo, por comprender el Universo, su obra? . . . ¿Dios, en dónde está si la deja morir así, después de haber sido buena, después de no haber hablado nunca mal de nadie, ni proferido una queja por las amarguras que le han tocado en suerte, de haber derramado a su alrededor el oro para enjugar lágrimas, después de regalar su esmeralda favorita para distraer a alguien que no la quiere, de un sufrimiento de un instante? . . . ¿Después de haber llorado por los dolores ajenos, de haber llevado su piedad hasta querer a los animales humildes? Si existe, si es la bondad suprema, ¿por qué la mata así, a los veintitrés años antes de vivir y cuando quiere vivir? . . . ¿Dónde está el buen Dios, el Padre Eterno de las criaturas? . . . ¡Ah! no existe. Spinoza, se lo ha enseñado, las lecturas científicas le han motrado el universo como una eterna reunión de átomos, regida, desde los millones de soles que arden en el fondo del infinito hasta el centro misterioso de la conciencia humana, por leyes oscuras e inconmovibles, que no revelan una voluntad suprema tendiente al bien. . . Sí, un torbellino de átomos en que las formas surgen, se acentúan, se llenan, se deshacen para volver a la tierra y renacer en otras formas que morirán a su vez arrastradas por la eterna corriente. . . No. Eso no puede ser. Ella no es atea, ella quiere creer, ella cree. *La Biblia* contiene las palabras que calman y confortan, los versos del Salmo XCI —"Te cubrirá con sus alas poderosas; en seguridad estarás bajo su abrigo"—, le cantan en la memoria; el Salvador, con la cabeza aureolada y los brazos abiertos, camina ahora por sobre las agitadas olas negras del océano de sus pensamientos y dice las palabras suaves que le derraman en el alma una divina paz inefable: "Bienaventurados los que tengan hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos. . ." Y desfalleciente ella de mística emoción, mentalmente se posterna a los pies del Divino Maestro. . .

Súbita asociación de ideas fórjase en su cerebro y esa dulce imagen huye disipada por el recuerdo de las obras de Renán y de Strauss, en que éstos, con su análisis de concienzudos exégetas, muestran al Cristo al través de los textos interpretados con rígido criterio, no como al Hombre Dios, encarnado para purgar los pecados del mundo, sino como la más alta expresión de la bondad humana. Los libros de crítica y de historia religiosa que ha leído allí mismo en el silencio de ese gabinetico de estudio donde está sentada ahora, ahuyentan al divino fantasma del consolador de los hombres. . . No hay a quien invocar en los momentos de desesperante angustia . . .y la muerte viene, la muerte está cerca. Un sudor frío le moja las sienes, el cansancio la dobla, y en la claridad fría y difusa del amanecer que se filtra por los cristales y va atenuando, atenuando, la luz tibia de la lámpara que alumbró la velada pensativa, siente un escalofrío que la obliga a levantarse, a ab-

sorber dos cucharadas de jarabe de opio para conciliar el sueño por una hora y a amontonar sobre el catre de bronce dorado, los blandos edredones forrados en suave seda, para devolverle calor a su cuerpecito endeble, minado por la tisis, ¡que dormirá ahora, en el tibio nido por breve espacio, y para siempre, dentro de unos meses, en el fondo de la tumba, bajo el césped húmedo del cementerio!. . .

Mañana estará levantada desde temprano, se sonreirá al contemplar en el espejo su tez aterciopelada y rósea como un durazno maduro, los grandes ojos castaños que se sonríen al mirar; la espesa cabellera que le cae sobre los hombros de graciosa curva, y ebria de vida, y hambrienta de sentir, comenzará el día, lleno de las mismas fiebres, de los mismos sueños, de los mismos esfuerzos y de los mismos desalientos de la víspera.

Es así como la he visto al leer el *Diario*. Esa es la *composición del lugar,* que para proceder de acuerdo con los métodos exaltantes de Loyola, el sutil psicólogo, he hecho para sentir todo el encanto de aquella a quien Mauricio Barrés propone que veneremos bajo la advocación adorable de Nuestra Señora del Perpetuo Deseo. . . Jamás figura alguna de virgen, soñada por un poeta, —Ofelia, Julieta, Virginia, Graziela, Evangelina, María—, me ha parecido más ideal ni más tocante que la de la maravillosa criatura que nos dejó su alma escrita en los dos volúmenes que están abiertos ahora, sobre mi mesa de trabajo y sobre cuyas páginas cae, al través de las cortinas de gasa japonesa que velan los vidrios del balcón, la diáfana luz de esta fresca mañana de verano parisiense. . .

Junio 20

Si es cierto que el artista expresa en su obra sueños que en cerebros menos poderosos, confusos, existen latentes y que por eso, sólo por eso, porque las líneas del bronce, los colores del cuadro, la música del poema, las notas de la partición, realzan, pintan, expresan, cantan lo que habríamos dicho si hubiéramos sido capaces de decirlo, el amor que a la Bashkirtseff profesamos algunos de hoy tiene como causa verdadera e íntima que ese Diario, en que escribió su vida, es un espejo fiel de nuestras conciencias y de nuestra sensibilidad exacerbada. ¿Por qué has de simpatizar tú con la muerte adorable a quien Barrés venera y a quien amamos unos cuantos, —¡oh, grotesco doctor Max Nordau—, si tu fe en la ciencia miope ha suprimido en tí el sentido del misterio, si tu espíritu sin curiosidades no se apasiona por las formas más opuestas de la vida, si tus rudimentarios sentidos no requieren los refinamientos supremos de las sensaciones raras y penetrantes? . . . ¿Qué hay de extraño en cambio en que un hombre a quien las veinticuatro horas del día y de la noche no le alcanzan para sentir la vida, porque querría

sentirlo y saberlo todo, y que, situado en el centro de la civilización europea, sueña con un París más grande, más hermoso, más rico, más perverso, más sabio, más sensual y más místico, se entusiasme con aquélla que llevó en sí una actividad violenta y una sensibilidad rayana en el desequilibrio? . . .

Hay frases del Diario de la rusa que traducen tan sinceramente mis emociones, mis ambiciones y mis sueños, mi vida entera, que no habría podido jamás encontrarlo yo mismo fórmulas más netas para anotar mis impresiones.

Escribe después de una lectura de Kant:

"No sé por dónde comenzar, ni a quién ni cómo preguntárselo, y me quedo así, estúpida, maravillada, sin saber para dónde coger y viendo por todos lados tesoros de interés; historias de pueblos, lenguas, ciencias, toda la tierra, todo lo que no conozco; yo que querría verlo, conocerlo y aprenderlo todo junto".

Escribe seis meses antes de morir:

"Me parece que nadie adora todo como yo; lo adoro todo: las artes, la música, los libros, la sociedad, los vestidos, el lujo, el ruido, el silencio, la tristeza, la melancolía, la risa, el amor, el frío, el calor; todas las estaciones, todos los estados atmosféricos; las sabanas heladas de Rusia y los montes de los alrededores de Nápoles; la nieve en invierno, las lluvias de otoño, la alegría y las locuras de la primavera, los tranquilos días del verano y sus noches consteladas, todo eso lo admiro y lo adoro. Todo toma a mis ojos interesantes y sublimes aspectos, querría verlo, tenerlo, abrazarlo, besarlo todo, y confundida con todo, morir, no importa cuándo, dentro de dos o dentro de treinta años, morir en un éxtasis para sentir el último misterio, el fin de todo o ese principio de una vida nueva. Para ser feliz necesito TODO, el resto no me basta! . . ."

¡Feliz tú, muerta ideal que llevaste del Universo una visión intelectual y artística y a quien el amor por la belleza y el pudor femenino impidieron que el entusiasmo por la vida y las curiosidades insaciables se complicaran con sensuales fiebres de goce, con la mórbida curiosidad del mal y del pecado, con la villanía de los cálculos y de las combinaciones que harán venir a las manos y acumularán en el fondo de los cofres el oro, esa alma de la vida moderna! Feliz tú que encerraste en los límites de un cuadro la obra de arte soñada y diste en un libro la esencia de tu alma, si se te compara con el fanático tuyo que a los veintiséis años, al escribir estas líneas, siente dentro de sí bullir y hervir millares de contradictorios impulsos encaminados a un solo fin, el mismo tuyo: poseerlo TODO; feliz tú, admirable Nuestra Señora del Perpetuo Deseo!

Después de haber creído por algún tiempo que el universo tenía por objeto producir de cuando en cuando, un poeta que lo cantara en

impecable estrofas, y a los pocos meses de haber publicado un tomo de poesías, "Los primeros versos", que me procuró ridículos triunfos de vanidad literaria y dos aventuras amorosas que infatuaron mis veinte años, la intimidad profunda que trabé con Serrano y su alta superioridad intelectual y su pasión por la filosofía, cambiaron el rumbo de mi vida. Fue un año inolvidable, aquel en que, desprendido de toda preocupación material, libre de toda idea de goce, de todo compromiso mundano, los días y las noches huyeron, divididos entre los largos paseos matinales por la avenida de pinos de la Universidad, la lectura de los filósofos de todas las edades, al mediodía, en la biblioteca silenciosa donde sólo se oía el voltear de las páginas, tornadas por las manos de los estudiantes, y las noches pasadas en el aposento silencioso del más noble de los amigos, disertando con él sobre los más apasionantes problemas que pueden solicitar al espíritu humano. Tranquilidad de los nervios apaciguados por el régimen calmante y por el aislamiento conversaciones en que los nombres de Platón, de Epicuro, de Empédocles, de Santo Tomás, de Spinoza, de Kant y de Fitche, mezclados a los de los pensadores de hoy, Wundt, Spencer, Madsley, Renán, Taine, irradiaban como estrellas fijas sobre la majestad negra del cielo nocturno; vértigo de la inteligencia que, desprendida del cuerpo, inquiere las leyes del ser; noble vida de pensador, en que la única figura de mujer que pasaba por mi imaginación como depurada de sensualidad por las altas especulaciones intelectuales, era la de la abuela, con sus largas guedejas de plata cayéndole sobre las sienes y su perfil semejante al de la Santa Ana del Vinci, ¡cuán lejos estáis del vértigo y del frenesí gozador de mi vida de hoy! La muerte repentina de Serrano, la llegada de mi mayor edad, la necesidad de administrar una fortuna cuantiosa y situada en valores fácilmente aumentables, dieron fin a aquel período casi monástico de vida. Devuelto al torbellino del mundo, dueño de un caudal enorme para la vida de mi tierra natal, bulléndome en las venas los instintos, animado por la rabia de acción de los Andrade; suelto, libre, sin padre, sin madre ni hermanos, recibido y cortejado dondequiera, lleno de aspiraciones encontradas y violentas, poseído de una pasión loca por el lujo en todas sus formas, fui el Alcibíades ridículo de aquella sociedad que me abrió paso como a un conquistador. ¡Años de locura y de acción en que comenzaron a elaborarse dentro de mí los planes que hoy me dominan, en que la comprimida sensualidad reventó como brote vigoroso bajo el sol de primavera, en que las pasiones intelectuales comenzaron a crecer y con ellas la curiosidad infinita del mal; soplo de la suerte que me hizo conservar la fortuna heredada sin que el fabuloso derroche alcanzara a disminuírla; ambiciones que haciéndome encontrar estrecho el campo y vulgares las aventuras femeninas y mezquinos los negocios, me forzásteis a dejar la tierra, donde era quizás el momento de visar a la altura, y venir a convertirme en el *rastaquoere*

ridículo, en el *snob* grotesco que en algunos momentos me siento! ¡Vanidad que te solazas al leer el suelto en que el *Gil Blas* anuncia que el *richissime Américain don Joseph Fernández y Andrade* compró tal cuadrito de Raffaeli, y te hinchas como un pavo real que abre la verdeléctrica cola constelada de ojos, cuando al rodar la victoria de la Orloff, al paso rítmico de la pareja de moros por la Avenida de las Acacias, entre la bruma vaga que envuelve el Bosque a las seis de la tarde, algún gomozo zute murmura fascinado por la elegancia de los caballos o la excentricidad del vestido de la *impure* y le dice al compañero: —...*Tiens, regarde, ma vieille! Epatante la maitresse du poete!*... debes estar satisfecha, Vanidad!...

Sí, esa es la vida, cazar con los nobles, más brutos y más lerdos que los campesinos de mi tierra, galopando vestidos con un casacón rojo, tras del alazán del Duque chocho y obtuso; vestirse con otro casacón blanco, con un chaleco de seda bordado de colores y con medias y zapatos femeninos para hacer piruetas de maromeros y grotescos dengues al poner el cotillón en casa de *Madame la Princesse* Tres Estrellas; acompañar a la novicia recién casada que quiere ponerse al corriente, a casa de costureras y modistas, para dirigirle la hechura de los vestidos que no podría escoger sola; perder una hora conversando con el camisero para sugerirle la idea de una pechera de batista plegada y rizada y cinco minutos escogiendo la flor rara que debe adornar la solapa del frac; ¡sí, vanidad, satisfácete, esa es la vida y son esas las ocupaciones del hombre que pasó su vigésimo año leyendo a Platón y a Spinoza!

Es ridículo. Escribo e involuntariamente cedo a mis exageraciones. Esa no es toda mi vida. Junto a ese mundano fatuo está el otro yo, el adorador del arte y de la ciencia que ha juntado ya ochenta lienzos y cuatrocientos cartones y aguas-fuertes de los primeros pintores antiguos y modernos, milagrosas medallas, inapreciables bronces, mármoles, porcelanas y tapices, ediciones inverosímiles de sus autores predilectos, tiradas en papeles especiales y empastadas en maravillosos cueros de Oriente; el adorador de la ciencia que se ha pasado dos meses enteros yendo diariamente a los laboratorios de psicofísica; el maniático de filosofía que sigue las conferencias de La Sorbona y de la Escuela de Altos Estudios, y cerca de ese *yo* intelectual funciona el otro, el *yo* sensual que especula con éxito en la Bolsa, el gastrónomo de las cenas fastuosas, dueño de una musculatura de atleta, de los caballos fogosos y violentos, de Lelia Orloff, de las pedrerías dignas de un Rajah o de una Emperatriz, de los mobiliarios en que los tapiceros han agotado su arte, de los vinos de treinta años que infunden vigor nuevo y calientan la sangre; ¡y por encima de todo eso está un analista que ve claro en sí mismo y que lleva sus contradictorios impulsos múltiples,

armado de una voluntad de hierro, como llevaban los cocheros dóricos los cuatro caballos de la cuadriga en las carreras de las Olimpiadas!

¿Y estás satisfecho Pangloss!— me pregunta ahora la voz interior que habla en las horas de análisis íntimo... No, jamás, esa vida que a tantos les parecería increíble por su intensidad no sirve sino para excitar mis deseos de vivir... ¡Más! ¡todo!, grita el Monstruo que llevo por dentro... No eres nadie, no eres un santo, no eres un bandido, no eres un creador, un artista que fije sus sueños con los colores, con el bronce, con las palabras o con los sonidos; no eres un sabio, no eres un hombre siquiera, eres un muñeco borracho de sangre y de fuerza que se sienta a escribir necedades... ¡Ese obrero que pasa por la calle con su blusa azul lavada por la mujercita cariñosa y que tiene las manos ásperas por el trabajo duro vale más que tú porque quiere a alguien, y el anarquista que guillotinaron antier porque lanzó una bomba que reventó un edificio, vale más que tú porque realizó una idea que se había encarnado en él! ¡Eres un miserable que gasta diez minutos en pulirse las uñas como una cortesana y un inútil hinchado de orgullo monstruoso!... ¡Oh, un plan a qué consagrar la vida, bueno o malo, no importa, sublime o infame, pero un plan que no sean los que tengo hoy— ni la casa de comercio en Nueva York para especular en grande y doblar mi fortuna, ni el viaje alrededor del Mundo para almacenar sensaciones e ideas, ni la vida en el archipiélago para pescar perlas que me den más oro; no, un plan que no se refiera a mí mismo, que me saque de mí, que me lleve como un huracán, sin sentirme vivir!...

Bâle, 23 de junio

De la tarde de ayer sólo me quedan dos sensaciones: el puño de la camisa empapado en sangre y la orla negra de la carta. De la noche, el ruido del tren al cruzar la sombra... A estas horas debe haber muerto y la policía estará buscándome. Me hice inscribir en el registro del hotel con el nombre de Juan Simónides, griego, agente viajero, para despitarla... ¡Del estado en que estoy a la locura no hay más que un paso! Marinoni debe telegrafiarme hoy mismo y del hotel mandarán el telegrama a Whyl... donde voy a esconderme en una hostería a dos kilómetros del pueblecito!

Whyl, 29 de junio

Frente de la hoja de papel en que escribo está el telegrama de Marinoni desplegado. Lo he leído veinte veces y he necesitado dos horas de reflexión para despertarme de la sangrienta pesadilla. "Puede volver

—dice—, la policía ignora todo. Ella ayer, perfectamente, en el Bosque, con un vestido nuevo. Comió en buena compañía en'la Cascada. Felicitaciones sinceras". ¿Dónde fue la herida entonces, si no dejó huella?... Siento todavía el calor de la sangre en la mano y ahí en la maleta de viaje está la camisa con el puño empapado en sangre.

Al día siguiente.

La escena brutal, la idea del asesinato, la huída, la angustia, me habían impedido leer, entendiéndola, la carta de Emilia. Sólo comprendía que había muerto la viejecita, lo único que me quedaba de familia verdadera sobre la tierra y sentía como un peso que me oprimiera el pecho, como un nudo en la garganta y como una negrura en el alma, pero los detalles de la muerte los ignoraba, como si no los hubiera leído. Quiero copiar la carta aquí para encontrarla más tarde, dentro de unos años al releer este diario maldito, y revivir las horas singulares de estos días en que esa impresión noble se mezcló con la angustia de un crimen. Dicen así los renglones trazados en el papel de gruesa orla negra por la mano débil de Emilia:

"Mi carta del primero te decía que tu abuelita estaba extremadamente débil y que había tenido varios vértigos en los últimos días. La situación se agravó desde la noche del 2. El doctor Alvarez, a quien mandé llamar a pesar de que ella se opuso, la obligó a guardar la cama desde ese día y me hizo saber que era inútil todo esfuerzo para salvarla por ser lo que estábamos viendo el fin de la enfermedad, tal como lo había previsto desde hacía años. Se limitó a prescribir quietud completa y una poción narcótica. Sin insinuación de nadie mandó llamar ella al Arzobispo, quien era su confesor, como recuerdas, y después de confesar, recibió la comunión con su fervor acostumbrado. En los días que precedieron a la muerte no recibió a nadie, con excepción del Prelado, y me habló continuamente de ti, con más amor que nunca, y de la muerte que esperaba con tranquilidad absoluta. El ocho por la noche comenzó un delirio extraño, sin fiebre, precursor del fin, en que divagó continuamente alternando sus oraciones preferidas con extrañas frases referentes a ti. "¡Señor, sálvalo, sálvalo del crimen que lo empuja, sálvalo de la locura que lo arrastra, sálvalo del infierno que lo reclama. Por tu agonía en el huerto y por tu corona de espinas, por tus sudores de sangre y por la hiel de la esponja, sálvalo del crimen, sálvalo de la locura, sálvalo del infierno!...", decía agitándose sobre las almohadas... "Lo vas a salvar: ¡míralo bueno, míralo santo. Benditos sean la señal de la cruz hecha por la mano de la virgen, y el ramo de rosas que caen en su noche como signo de salvación! ¡Está salvado! ¡Míralo bueno, míralo santo! Benditos sean". Una expresión de beatitud suave reemplazó en la

cara fina la angustia de antes y, adormecida, la respiración estertorosa, devolvió a Dios el alma. Perdóname si te doy estos dolorosos detalles de la agonía. Te conozco y sé que te harán sufrir pero que quieres saberlos.

"Murió como una santa, como había vivido. A la estancia mortuoria sólo entramos don Francisco Cordovez, el doctor Alvarez, el Arzobispo y yo. El Prelado estuvo largo tiempo arrodillado cerca del féretro. Para mí la velada mortuoria fue una impresión mística superior a todas las que he sentido en mi vida. Estaba segura de que aquel cadáver era el de una santa de la raza de las Mónicas, y que su alma había recibido ya el premio de la existencia sin mancha. La expresión del cadáver, de la cabeza fina con las facciones como depuradas por la muerte, enmarcada por la blancura de las canas que parecían de nieve a la luz de los cirios, era de una serenidad infinita. Desde el fondo de los cuadros de Vásquez que adornan la alcoba, los santos sus amigos parecían contemplarla, sacando la cabeza del lienzo y saliéndose de entre el oro desteñido de los antiguos marcos españoles. Esa noche pasada al lado de la santa muerta me dará valor para sufrir todos los males de la vida con la esperanza de morir así.

"El cadáver ocupa la bóveda central en el monumento de la familia, cerca a tu padre. La casa está cerrada y en su alcoba, a tu vuelta, si algún día vuelves, encontrarás todavía el olor de los cirios mortuorios, pues la llave no saldrá de mis manos mientras viva.

"Tu pena es la mía. Te acompaño con todo mi corazón y a Dios y a la Santa que hoy vela por ti en el cielo les pido por tu felicidad con todo el fervor de mi cariño por ti. Emilia. . .".

Mi felicidad. . . ¡Dios mío! Qué fácil que las líneas anteriores las leyera en una prisión, detenido por haber asesinado a una de las hetaíras de más renombre de la Babilonia moderna. . . ¡Ah, la impresión que me ha causado la lectura de esa carta el mismo día en que debí cometer un crimen, en que lo cometí casi! ¡La santa muerta, allá en la alcoba tendida de antiguo damasco oscuro y yo el mismo día en que supe su muerte, huyendo como un asesino, después de haber querido matar a una mujer indefensa!

La vi por primera vez, oyendo la música sobrehumana de las Walkirias, en un palco de la Opera. Había llegado de Viena la víspera. El fondo carmesí de la pared del palco realzaba la pureza de su perfil de Diana Cazadora, como un estuche de raso rojo de oriente de una perla sin tacha; entre los cabellos de un rubio pálido, en los lóbulos de las orejas diminutas, alrededor de las muñecas redondas y finas y sobre el corpiño bajo la gasa verde pálida que dejaba medio desnudo el seno, brillaban, ardían las diáfanas esmeraldas de mi tierra, las luminosas esmeraldas de Muzo.

La expresión soñadora de la cabeza rubia, la palidez dorada de la tez, el color del aéreo vestido, el brillo de aquellas joyas de reina, la hacían

semejar, más que una mujer de carne y hueso, una aparición irreal, ondina habitadora de las profundidades de un lago o Willy salida del fondo negro y misterioso de las florestas. La cabalgata de las Walkirias poblaba el aire, la sobrehumana música llenaba la sala con sus sobrehumanas vibraciones y ella, como subyugada por la insistencia de mis ojos que la devoraban desde el palco, volvió a mirarme. La primera mirada, lenta y penetrante como un beso columbino, me hizo correr un escalofrío de voluptuosidad por las espaldas. . . Tres días después era mía.

Esa delicada criatura ataviada e idealizada por proveedores artistas fue el ídolo de estos seis últimos meses. ¡Oh, las primeras noches de delicia sensual en el amplio lecho profundo, dorado y ornamentado como un altar, la palidez ambarina, las líneas perfectas, el olor a magnolia, el vello de oro sedoso de aquel cuerpo de veinte años, extendido en voluptuosas posturas sobre las sábanas de raso negro! ¡Oh, las caricias lentas, sabias e insinuantes de aquellas manos delgadas y nerviosas, la lascivia de aquellos labios que modulaban los besos como una cantatriz de genio modula las notas de una frase musical! ¡Oh, el refinamiento de sensualidad, la furia de goce, la gravedad casi religiosa de todos los minutos consagrados al amor, como si en vez de tener de él la miserable noción moderna que lo relega al dominio de lo inmundo, lo sintiera ella grave y noble y como una función augusta! Así debieron de amar las sacerdotisas de la Afrodita que creían en su Diosa y consideraban sagrado el Acto.

A los quince días de la primera noche sabía ya qué extraña mistificación era aquella criatura y la comprendía menos que antes, a pesar de eso. Se llamaba María Legendre, el otro era el nombre de guerra. El padre y la madre vivían en una callejuela de Batignolles; él, zapatero de viejo, brutal y alcoholizado; ella, una pobre mujer, delgaducha, pálida, de aire enfermizo, a quien sacudía el marido cada vez que bebía más de lo necesario. Criaban dos hijas más, insignificantes. ¿Por qué misterio ésta había ido a dar cuatro años antes de que yo la encontra a manos de un ex-presidente de la república sudamericana, que arrojado de su tierra por una de esas revoluciones que constituyen nuestro *sport* predilecto, llegó a París desbordante de oro y de color local, en busca de seguridad y de placeres y la colmó de regalos en un año?. . . ¿El Duque ruso que de paso por París vivió más tiempo en la alcoba de ella que en otros lugares y la llevó luego a Petersburgo, de donde volvió rebautizada con apellido de princesa y dueña de las esmeraldas fabulosas y del collar de diamantes, fue quien le educó los sentidos y despertó en ella ese sensualismo sibarítico, que me sedujo desde el primer momento como una fascinación?, ¿o su educador fue más bien el perverso poeta italiano de quien se enamoró locamente y a quien colmó de regalos, sin que el vate famélico y complaciente prosterara contra aquel papel equívoco de favorito pagado?. . . No lo sé, ni me importa saberlo, ni lo sabré nunca.

La encontré instalada en un departamento pequeño, cuyos balcones miraban sobre el parque Monceau, amueblado con un refinamiento de gusto inverosímil en una mujer, aun nacida sobre las gradas de un trono.

La salita con las paredes tendidas de una sedería japonesa, amarilla como una naranja madura, y con bordados de oro y de plata hechos a mano, amueblada sobriamente con muebles que habrían satisfecho las exquisiteces del esteta más exigente; la alcoba tapizada de antiguo brocateles de iglesia, desteñidos por el tiempo, con su mobiliario auténtico del siglo XVI, y el cuarto de baño, donde lucía una tina de cristal opalescente como los vidrios de Venecia, junto a las mesas de tocador, todas de cristal y de nikel, sobre la decoración pompeyana de las paredes y del piso, sugerían la idea de que algún poeta que se hubiera consagrado a las artes decorativas —un Walter Crane o un William Morris, por ejemplo— hubiera dirigido la instalación, detalle por detalle.

Al visitarla la primera vez comprendí claramente que ninguna noción estética había determinado la escogencia de todo eso; que lo tenía porque le había gustado como a otras les gustan la felpa rosada, las terracotas de a seis francos, las oleografías y las flores de trapo, y cuando por exigencia suya comí en su departamento, lo suculento de las viandas, lo inédito de las salsas y lo añejo de los vinos me hizo ver que poseía aquellos primores de la industria artística, solamente porque necesitaba como cosa corriente y a cualquier precio sensaciones profundas y finas. Pero, ¿de dónde diablos había sacado aquella aristocracia de los nervios, más rara quizás que las de la sangre y la inteligencia, ella, la hija de un zapatero mugriento?... Enigma insoluble... El té que bebía en frágiles tazas chinas, dignas de una vitrina de museo, era té de caravana comprado a precio absurdo y sostenía ingenuamente que era el menos malo que había encontrado en París; tomaba el único café libre de toda sofisticación que he bebido en Europa; vivía quejándose de la mesa y al proponerle que fuéramos a comer en algunos de los restaurantes afamados, hacía una mueca de asco, como si en todos ellos juntos no se pudiera encontrar un *beefsteack* devorable; cultivaba con pasión la manía de los encajes antiguos y los amontonaba sin usarlos en el enorme armario de maderas olorosas, perfumado por Guerlain con aromáticas yerbas, en donde amontonadas en pilas simétricas y enormes, deslumbraban el ojo las blancas batistas de sus ropas íntimas, y lo acariciaban los pálidos matices de las camisas de dormir, frágiles como telarañas, de las enaguas bordadas como pañuelos de baile y de los calzones de seda olorosos a iris de Florencia y franjiponia.

En su boca de fresa la frase aquella de la princesita al oír los aullidos del pueblo pidiendo pan: "Si no tienen pan, ¿por qué no comen bizcochos?...", parecería natural; el lujo es su elemento como el agua el de los peces, pero un lujo como inconsciente e ingénito...

—Tú estudias. . . —¿cierto?. . .— me preguntaba una tarde, tendidos ambos en el diván turco del saloncito de la izquierda. . . ¿Para qué, dime?. . . —añadió ingenuamente. . . —"Para saber. . .—" le contesté sorprendido. . . —"Y qué sacas con saber —añadió besándome— la vida no es para saber, es para gozar. Gozar; gozar es mejor que pensar —añadió con acento de convicción íntima".

Y parece que yo hubiera aceptado su filosofía, a juzgar por mis últimos meses en que no he abierto un libro y he abandonado el griego y el ruso y los estudios de gramática comparada y los planes de mis poemas y los negocios, para vivir preocupado sólo de placeres, de *sport*, de fiestas, de esgrima, en una incesante cacería de sensaciones. . . Me estaba ahogando por falta de aire intelectual, acostumbrado al silencio que forma también parte de la naturaleza de Lelia, porque en días enteros de estar juntos no atravesaba una palabra, hundiéndome lentamente en una atonía intelectual increíble. . . ¡Oh, la Circe que cambia los hombres en cerdos!. . . ¡En los minutos de lucidez me sentí agonizar entre la materia como el Emperador arrojado a las letrinas por el pueblo romano!

La primera vez que encontré a la de Roberto en casa de Lelia, la monstruosa sospecha se me clavó en la imaginación. Alta, huesosa, delgada, los ojos ardientes, el seno sin relieve, calzada y vestida con estilo masculino y con algo hombruno en toda ella —en el bozo que sombrea el labio delgado, en los ademanes bruscos, en la voz de modulaciones graves— la italiana me fue odiosa sólo al verla. . . —"¿Quién es? ¿Por qué la tratas?"— le pregunté a la Orloff. —"Porque me gusta"—, contestó y se encerró en el silencio de siempre. Una tarde, al entrar, las lámparas no estaban encendidas y el salón se adormecía en la oscuridad del crepúsculo. Oí en uno de los rincones oscuros un cuchicheo, y antes de encender una cerilla pasó rozándome un bulto v salió a la antecámara. Lelia, al ver luz se incorporó en el diván donde estaba recostada. . . —"¿Quién salió de aquí?"— pregunté nervioso —"Angela de Roberto, ¿no es cierto?. . .—". —'Sí. . .—" contestó con su tranquilidad inalterable. . . —"Y por qué la recibes, si sabes que me es odiosa"— dije sin podeme contener. . . —"Porque me gusta"— contestó, volviendo a encerrarse en su silencio enigmático, y la noche que siguió a esa tarde fue una de las más deliciosas noches de mi vida. . .

El 22 por la tarde me fui a verla, a pedirle una taza de té y a llevarle una miniatura encantadora, montada por Bassot en un círculo de diminutas perlas rosadas. Me abrió la camarera, y al verme hizo una mueca extraña, de burla, de alegría, de miedo, un gesto extravagante que me lo sugirió todo. Al hacer saltar la puerta de la alcoba que se deshizo al primer empujón brutal y cedió rompiéndose, un doble grito de terror me sonó en los oídos y antes de que ninguna de las dos pudiera desenlazarse, había alzado con un impulso de loco duplicado por la ira el

grupo infame, lo había tirado al suelo, sobre la piel de oso negro que está al pie del lecho, y lo golpeaba furiosamente con todas mis fuerzas, arrancando gritos y blasfemias, con las manos violentas, con los tacones de las botas, como quien aplasta una culebra. No sé cómo saqué de la vaina de cuero el puñalito toledano damasquinado y cincelado como una joya que llevo siempre conmigo y lo enterré dos veces en la carne blanda; sentí la mano empapada en sangre tibia, envainé el arma, bajé en dos saltos la escalera oyendo los gritos y me metí en un fiacre dándole al cochero las señas del escritorio de Miranda.

De ahí, después de pedirle una suma al cajero y de recoger mi correspondencia llegada una hora antes, fui a mi hotel para que Francisco arreglara un saco de viaje, salí en otro coche pedido por el conserje y llegué a la estación a tomar el tren, el primero que saliera, para cualquier parte... Tomé el que me trajo a Bâle, donde dormí, y desde el día siguiente estoy aquí, donde, con una angustia suprema ha esperado el telegrama de Marinoni, que tengo abierto frente a la página que escribo... ¡En fin, no he matado a nadie, fue un rasguño, ayer estaba comiendo en el Restaurante de la Cascada, y respiro!...

Ahora analizo fríamente. ¿Por qué cometí esa brutalidad digna de un carretero e intenté un asesinato de que me salvó el tamaño del puñal que es más bien una joya que una arma, yo, el libertino curioso de los pecados raros que ha tratado de ver en la vida real, con voluptuoso dilettantismo, las más extrañas prácticas, inventadas por la depravación humana, yo, el poeta de las decadencias que ha cantado a Safo la lesbiana y los amores de Adriano y Antinoo en estrofas cinceladas como piedras preciosas? ¿Celos? Sería grotesco... ¿Odio por la anormal?... No, puesto que lo anormal me fascina como una prueba de rebeldía del hombre contra el instinto... ¿Entonces?... Fue un movimiento irrazonado, un impulso ciego, inconsciente, como el que una tarde de otoño pasado me hizo insultar sin motivo al diplomático alemán que me habían presentado diez días antes, dando ocasión para un duelo estúpido en la frontera belga y para que Mirinoni me creyera loco.

Whyl, 5 de julio

Encontré un nido donde esconderme a pensar, una casucha de madera tosca, habitada por una pareja de viejos campesinos. Es un sitio inaccesible donde no llegan turistas, una garganta salvaje de monte, llena del ruido de un torrente que se vuelve niebla al rodar entre enormes pedregones negros y sombreado por pinos y castaños altísimos. He escrito a París pidiendo que me manden a Interlaken una multitud de cosas que me hacen falta, y voy mañana a treparme a mi picacho sin llevar más libros que unos estudios de prehistoria americana, escritos por un alemán

y unos tratados de botánica. Siento una emoción rara al pensar en mi escondite.

10 de julio

El viejo y la vieja dueños de la casa no han estado nunca en ninguna ciudad, ni saben leer ni escribir; me miran con un animal raro, y sólo me dirigen la palabra para decirme buenos días y buenas noches. No pudiendo comer su comida me alimento con la leche de unas vacas que tienen en una explanada vecina. Mi cuarto, el cuarto de don José Fernández, *le richissime américain,* tiene por mobiliario una cama en que no se acostaría por ninguna suma el último de mis criados parisienses, una mesa tosca en que escribo y un enorme platón de madera, que por la mañana me llenan de agua helada, cogida en el torrente para bañarme. Todo eso, por fortuna, más aseado que lo de los mejores hoteles del mundo, probablemente. Las sábanas gruesas de la cama huelen a campo y los muebles relucen como acabados de barnizar. En estos cinco días no se me ha pasado por la cabeza una imagen voluptuosa, no he sentido ningún deseo y me he emborrachado de aire y de ideas.

A la madrugada me levanto y tras del baño helado y la leche que tiene todavía la tibieza de la urbre, trepo por entre la bruma gris penetrada de luz, donde los accidentes de las montañas se ven apenas como sombras azulosas, hasta una colina que domina el paisaje. Es un mar de vapores blancos que se va iluminando, iluminando, hasta que los rayos del sol lo deshacen y muestras el paisaje envuelto en brumas suaves, que flotan como jirones de un velo de novia, sobre el azul de las montañas lejanas, sobre las verduras de los valles y en último término sobre la blancura de plata de un nevado, allá en el horizonte... Luego se va precisando todo, el cielo se azula, se deshace la niebla, los tonos se acentúan, se hacen más intensas las verduras, se ve lo negro o lo rojizo de tal cual roca desnuda. Sólo se oyen los cantos de los pájaros y el ruido sordo y ahogado del torrente que muge en su cauce de piedras. El aire tiene un olor vegetal y es ralo, ligero... Tendido en la altura, sobre la manta que me acompaña en todos mis viajes, me dejo invadir por la sensación penetrante y profunda de frescura que se desprende de todo aquello. Miro a mi alrededor y en primer término, cerca de la verdura amarillenta y aérea de un grupo de sauces, diviso el viejo molino cuya gran rueda, al girar contra lo negro del paredón enmohecido por la humedad, convierte el chorro de agua que la mueve, en hilos y gotas de cristal transparente e impalpable vapor, mientras que las golondrinas que anidan en los aleros y los huecos del edificio vetusto, entrecruzan sobre él los amplios semicírculos y encontrados zigzags de su incesante y nervioso revoloteo. Pasa a los pies del molino el camino de cabra que

trepa a la cima y en rápida curva se oculta tras de los primeros contrafuertes de la montaña que son a esa hora, vistos desde donde estoy, una masa de negruzca neblina argentada, rizada por los verdes matorrales que se destacan sobre el segundo contrafuerte cuya confusa masa de detalles esfuma la niebla velándolos. Allá a lo lejos, la oscuridad azulosa de los montes del fondo, con sus perfiles de puntiagudos picachos y denteladas rocas que se cortan oscuras en un ángulo de anfractuosas sinuosidades sobre el diáfano azul pálido del cielo y la blancura deslumbrante de las nubes matinales.

Vuelvo los ojos hacia abajo y veo el valle con lo verdoso de su alfombra vegetal, sobre la cual flota un poco de niebla, manchado aquí y allí con las masas oscuras de los matorrales y de los grupos de árboles, cruzado por las líneas delgadas y amarillentas de los caminos, por los hilos negros de la ferrovía y por el plateado zig-zag del torrente que lo atraviesa; y en un recodo de la hondonada, al pie de la montaña diviso los techos, la cúpula de la iglesia y el cementerio del pueblecito, medio oculto por la oscuridad verdosa del follaje, y al frente, en el horizonte donde la niebla interpuesta vuelve a borrar los detalles, las ondulaciones de los perfiles y la confusa masa azulosa de otra cordillera, que abriéndose en irregular brecha, muestra en el fondo la cegadora blancura inmaculada de un ventisquero.

La naturaleza, ¡pero la naturaleza contemplada así, sin que una voz humana interrumpa el diálogo que con el alma pensativa que la escucha entabla ella, con las voces de sus aguas, de sus follajes, de sus vientos, con la eterna poesía de las luces y de las sombras! Cuando aislado así de todo vínculo humano, la oigo y la siento, me pierdo en ella como en una *nirvana* divina. Una noche en medio del Atlántico, sentado en la popa del buque donde dormían ya los pasajeros, tranquilo, sin preocupación personal ninguna, me abandoné como lo he hecho estas mañanas a su misterioso sortilegio y a la fascinadora orgía que es para mí contemplarla. No había luna. El buque era una masa negra que huía en la sombra. El mar calmado y el cielo de un azul sombrío y purísimo se confundían en el horizonte; las constelaciones y los planetas resplandecían en el fondo del azul infinito; el hervidero de soles de la vía láctea era un camino de luz pálida en la inmensidad negra y abajo la estela que dejaba el barco era otra vía láctea, donde, entre la fosforescencia verde-azulosa, ardía sutil polvo de diamantes. En la primera hora de quietud pensativa volvieron a mi mente escenas del pasado, fantasmas de los años muertos, recuerdos de lecturas remotas; luego lo particular cedió a lo universal; algunas ideas generales, como una teoría de musas que llevaran en las manos las fórmulas del universo, desfilaron por el camino de mi visión interior. Luego, cuatro entidades grandiosas, el Amor, el Arte, la Muerte, la Ciencia, surgieron en mi

imaginación, poblaron solas las sombras del paisaje, visiones inmensas suspendidas entre los infinitos del agua y del cielo; luego aquellas últimas expresiones de lo humano se fundieron en la inmensidad negra y, olvidado de mí mismo, de la vida, de la muerte, el espectáculo sublime entró en mi ser, por decirlo así, y me dispersé en la bóveda constelada, en el océano tranquilo, como fundido en ellos en un éxtasis panteísta de adoración sublime. ¡Instantes inolvidables cuya descripción se resiste a todo esfuerzo de la palabra! La luz de la madrugada que destiñó el brillo de las estrellas y le devolvió al mar su glauca coloración mareante, me hizo volver a las realidades de la vida.

Ya que no éxtasis de esos, producidos por la grandiosidad de la escena, sí he sentido por momentos bajar sobre mi espíritu una suprema paz en las horas pasadas en el picacho a donde subo. El plan que reclamaba, el fin único a que consagrar la vida, me ha aparecido claro y preciso como una fórmula matemática. Para realizarlo necesito un esfuerzo de cada minuto por años enteros, una voluntad de hierro que no ceda un instante. Más o menos será éste. Tengo que aumentar al doble o al triple de lo que vale hoy mi fortuna, para comenzar. Si la comisión de ingenieros, mandada de Londres por Morrel & Blundel, da un dictamen favorable sobre las minas de oro que tengo casi negociadas con ellos y que en la mortuoria de mi padre se avaluaron en una suma insignificante, las minas me darán al vendérselas varios millones de francos. Deben los ingleses cablegrafiar a París, de un momento a otro y los Miranda me avisarán por telegráfo a Ginebra, donde iré a pasar el mes de agosto. Hecha esa operación trasladaré a Nueva York todo mi capital y fundaré con Carrillo la casa para llevar a cabo los negocios que tiene él pensados. Tras de Carrillo están los Astor, los millonarios que no han dado un paso en falso desde que comenzaron a negociar, y en manos de él mi oro trabajará por mí, mientras me consagro en alma y cuerpo a recorrer los Estados Unidos, a estudiar el lenguaje de la civilización norteamericana, a indagar los *porqués* del desarrollo fabuloso de aquella tierra de la energía y a ver qué puede aprovecharse, como lección, para ensayarlo luego, en mi experiencia. Desde Nueva York iré por temporadas a Panamá a dirigir en persona las pesquerías de perlas, que darán al explotar los bancos desconocidos hasta hoy, maravillas como las que produjeron cuando Pedrarias Dávila remitió a los Reyes de España la que remata la corona real. Todo el oro que esas explotaciones produzcan y lo que hoy poseo estará listo para el momento en que regrese a mi tierra, no a la capital sino a los Estados, a las Provincias, que recorreré una por una, indagando sus necesidades, estudiando los cultivos adecuados al suelo, las vías de comunicación posibles, las riquezas naturales, la índole de los habitantes, todo esto acompañado de un cuerpo de ingenieros y de sabios, que serán para mis compatriotas ingleses que viajan en busca de orquídeas. Pasaré unos meses entre las

tribus salvajes, desconocidas para todos allí y que me aparecen como un elemento aprovechable para la civilización por su vigor violento las unas, por su indolencia dejativa las otras. Luego me instalaré en la capital e intrigaré con todas mis fuerzas y a empujones entraré en la política para lograr un puestecillo cualquiera, de esos que se consiguen en nuestras tierras sudamericanas por la amistad con el presidente. En dos años de consagración y de incesante estudio habré ideado un plan de finanzas racional, que es la base de todo gobierno, y conoceré a fondo la administración en todos sus detalles. El país es rico, formidablemente rico, y tiene recursos inexplotados; es cuestión de habilidad, de simple cálculo, de ciencia pura, resolver los problemas actuales. En un ministerio, logrado con mis dineros y mis influencias puestas en juego, podré mostrar algo de lo que se puede hacer cuando hay voluntad. De ahí a organizar un centro donde se recluten los civilizados de todos los partidos para formar un partido nuevo, distante de todo fanatismo político o religioso, un partido de civilizados que crean en la ciencia y pongan su esfuerzo al servicio de la gran idea, hay un paso; De ahí a la presidencia de la república, previa la necesaria propaganda, hecha por diez periódicos que denuncien abusos anteriores, previas promesas de contratos, de puestos brillantes, de grandes mejoras materiales, otro... Eso por las buenas. Si la situación no permite esos platonismos, como desde ahora lo presumo, hay que recurrir a los resortes supremos para excitar al pueblo a la guerra; a los medios que nos procura el gobierno con su falso liberalismo para provocar una poderosa reacción conservadora, aprovechar la libertad de imprenta ilimitada que otorga la Constitución actual para denunciar los robos y los abusos del gobierno general y de los Estados; a la influencia del clero perseguido para levantar las masas fanáticas; al orgullo de la vieja aristocracia conservadora lastimada por la oclocracia de los últimos años; al egoísmo de los ricos; a la necesidad que siente ya el país de un orden de cosas estables; proceder a la americana del sur y tras de una guerra en que sucumban unos cuantos miles de indios infelices, hay que asaltar el poder, espada en mano, y fundar una tiranía, en los primeros años apoyada en un ejército formidable y en la carencia de límites del poder y que se transformará en poco tiempo en una dictadura con su nueva constitución suficientemente elástica para que permita prevenir las revueltas de forma republicana, por supuesto, que son los nombres lo que les importa a los pueblos, con sus periodistas de la oposición presos cada quince días, sus destierros de los jefes contrarios, sus confiscaciones de los bienes enemigos y sus sesiones tempestuosas de las Cámaras disueltas a bayonetazos, todo el juego.

Este camino que me parece el más práctico, puesto que es el más brutal, requiere para tomarlo, otros estudios que haré con placer, cediendo a la atracción que sobre mi espíritu han ejercido siempre los

triunfos de la fuerza. ¡Con qué placer os estudiaré, monstruosas máquinas de guerra, cuyo acero, donde estalla la mezcla explosiva, derrama la lluvia de proyectiles en el campo enemigo y siembra la muerte en las filas destrozadas; granadas de fulminantes picratos y que al estallar reducían los piafantes caballos y los cuerpos de los jinetes a informes despojos sangrientos; cómo inquiriré los secretos de vuestra estrategia, las sutilezas de vuestra táctica, sombras de monstruos a quienes la humanidad degradada venera, legendarios Molochs, Alejandros, Césares, Aníbales, Bonapartes, al pie de cuyos altares enrojoce el suelo la hecatombe humana y humea como un incienso el humo de las batallas!

¡Oh! qué delicia la de escribir, después de instalar un gobierno de fuerza, grande y buen amigo, al acreditar los respectivos plenipotenciarios que pedirán su reconocimiento ante todos los presidentes de todas las republiquitas a la americana del centro o del sur, donde las cosas se hacen así, y de pensar que en virtud de un plan elaborado con la frialdad con que se resuelve la incógnita de una ecuación, llegó uno al puesto que ambiciona con el fin de modificar un pueblo y elevarlo y verificar en él una vasta experiencia de sociología experimental. Ningún esfuerzo me parecerá excesivo para coronar la altura que representa sólo la posibilidad de comenzar a obrar ampliamente.

En esa lejanía están los años decisivos, en que todo habrá de ser energía y acción. Equilibrados los presupuestos por medio de sabias medidas económicas: disminución de los derechos aduaneros, que a la larga, facilitando enormes introducciones, duplicaría la renta; supresión de los inútiles empleos, reorganización de los impuestos sobre bases científicas, economías de todo género; a los pocos años el país es rico y para resolver sus actuales problemas económicos, basta un esfuerzo de orden; llegará el día en que el actual déficit de los balances sea un superávit que se transforme en carreteras, en ferrocarriles indispensables para el desarrollo de la industria, en puentes que crucen los ríos torrentosos, en todos los medios de comunicación de que carecemos hoy, y cuya falta sujeta a la patria, como una cadena de hierro, y la condena a inacción lamentable.

Esos serán los años de aprovechar los estudios previos, verificados por los sabios y los ingenieros que la recorrieron años antes pagados con mi oro. En aquellos climas que van desde el calor de Madagascar, en los hondos valles equinoxiales, hasta el frío de Siberia, en los luminosos páramos donde blanquea la nieve perpetua, surgirán, incitados por mis agentes y estimulados por las primas de explotación, todos los cultivos que enriquecen, desde el banano cantado por Bello en su oda divina hasta los líquenes que cubren las glaciales rocas polares; todas las crías de animales útiles desde los avestruces que pueblan las ardientes llanuras de Africa, hasta los rengíferos del polo. Innumerables rebaños pastarán en las fecundas dehesas, doblaránse bajo el peso de los racimos cárdenos,

las ramas de los cafetos; en perspectivas regulares donde el ojo se pierde en el crepúsculo verde producido por la sombra del guamo protector, ágil trepará la vainilla por los troncos disformes de los cauchos, colgando de sus frágiles bejucos sus aromáticas urnas, y en las serranías abruptas el platino y el oro, la plata y el iridio, brillarán ante los ojos del minero, tras de la excavación fatigosa y el complicado laboreo del mineral nativo.

Dudoso de mis propias aptitudes, por grandes que sean los estudios que haya hecho para ese entonces, llamaré economistas de fama europea y consultaré los más grandes estadistas del mundo para proceder acorde con ellos al arbitrar las medidas que coronarán la obra.

Ideadas y planteadas éstas se hará conocer la tierra nueva y desbordante de riquezas en los mercados europeos gracias a agentes fiscales que los recorran y a los esfuerzos de una diplomacia sagaz, ampliamente renteada y escogida entre la flor y nata de los talentos nacionales. Los bonos depreciados antes serán una inversión tan segura como los consolidados ingleses, y colosales empréstitos lanzados por los Hutk y los Rothschild y suscritos en condiciones favorables permitirán completar los resultados perseguidos en la constante labor. La inmigración atraída por el precio mínimo a que se harán las adjudicaciones de baldíos en los territorios hoy desiertos, afluirá como un río de hombres, como un Amazonas cuyas ondas fueran cabezas humanas y mezcladas con las razas indígenas, con los antiguos dueños del suelo que hoy vegetan sumidos en oscuridad miserable, con las tribus salvajes, cuya fiereza y gallardía nativas serán potente elemento de vitalidad, poblará hasta los últimos rincones desiertos, labrará el campo, explotará las minas, traerá industrias nuevas, todas las industrias humanas. Para atraer esa inmigración civilizada, colosales *steamers* de compañías subvencionadas por el gobierno con sumas que permitan reducir a un mínimum, suprimir casi, el costo del pasaje, cruzarán el Atlántico e irán a recoger a los tripulantes, ansiosos de nueva vida, en los puertos de la vieja Europa, de donde el hambre los arroja, en los del Japón y China, países desbordantes de población hambreada y en las amplias radas de la península índica de donde el nativo pobre, el paria desheredado, el bengalí de dulzura casi femenina ¡emigrarán ansiosos de una patria nueva, para no sentir en las espaldas el látigo inglés que los flagela!

Monstruosas fábricas donde aquellos infelices encuentren trabajo y pan nublarán en ese entonces con el humo denso de sus chimeneas el azul profundo de los cielos que cobijan nuestros paisajes tropicales; vibrará en los llanos el grito metálico de las locomotoras que cruzan los rieles comunicando las ciudades y los pueblecillos nacidos donde quince años antes fueron las estaciones de madera tosca y donde, a la hora en que escribo, entre lo enmarañado de la selva virgen extienden sus ramas seculares las colosales ceibas, entrelazadas de lianas que trepan por ellas como serpientes, y sombrean el suelo pantanoso, nido de reptiles y

de fiebres; como una red aérea los hilos del telégrafo y del teléfono agitados por la idea se extenderán por el aire; cortarán la dormida corriente de las grandes arterias de los caudalosos y lentos ríos navegables, a cuya orilla crecerán los cacaotales frondosos, blancos y rápidos vapores que anulen las distancias y lleven al mar los cargamentos de frutos, y convertidos estos en oro en los mercados del mundo, volverán a la tierra que los produjo a multiplicar, en progresión geométrica, sus fuerzas gigantescas.

¡Luz! ¡Más luz! . . . Las últimas palabras del potea sublime de Fausto serán el lema del pueblo que así emprende el camino del progreso. La instrucción pública atendida con especial empeño y propagada por todos los medios posibles —desde el Kindergarten donde los chicuelos aprenden a deletrear entre las rosas, hasta las grandes universidades en que los sabios de ochenta años, encanecidos sobre los instrumentos de observación, se entregan a las más audaces especulaciones que solicitan el pensamiento humano—, levantará al pueblo a una altura intelectual y moral superior a la de los más avanzados de Europa. Libre el país de los pavorosos problemas que minan las viejas sociedades europeas y estallan en ellas en alaridos nihilistas y reventar de bombas, mirará tranquilo hacia el futuro.

La capital transformada a golpes de pica y de millones —como trasformó el Barón Haussman a París— recibirá al extranjero adornada con todas las flores de sus jardines y las verduras de sus parques, le ofrecerá en amplios hoteles refinamientos de *confort* que le permitan forjarse la ilusión de no haber abandonado el risueño *home* y ostentará ante él —en la perspectiva de anchas avenidas y verdeantes plazoletas— las estatuas de sus grandes hombres, el orgullo de sus palacios de mármol, la grandeza melancólica de los viejos edificios de la época colonial, el esplendor de teatros, circos y deslumbrantes vitrinas de almacenes; bibliotecas y librerías que junten en sus estantes los libros europeos y americanos ofrecerán nobles placeres a su inteligencia y como flor de esos progresos materiales podrá contemplar el desarrollo de un arte, de una ciencia, de una novela que tengan sabor netamente nacional y de una poesía que cante las viejas leyendas aborígenes, la gloriosa epopeya de las guerras de emancipación, las bellezas naturales y el porvenir glorioso de la tierra regenerada.

Establecer una dictadura conservadora como la de García Moreno en el Ecuador o la de Cabrera en Guatemala y pensar que bajo ese régimen sombrío con oscuridades de mazmorra y negruras de inquisición, se verifique el milagro de la transformación con que sueño, parece absurdo a primera vista. No lo es si se medita. Está cansado el país de peroratas demagógicas y falsas libertades escritas en la carta constitucional y violadas todos los días en la práctica y ansía una fórmula política más clara, prefiere ya el grito de un dictador, de quien sabe que proce-

derá de acuerdo con sus amenazas, a las platónicas promesas de respeto por la ley burladas al día siguiente. El éxito de la enorme empresa depende de la habilidad con que, al normalizarse la situación, después del triunfo, se inicien las modificaciones que lentamente cambiarán la situación del partido vencido y le permitirán volver a la escena política aleccionado por la ruda lección de la derrota y por los primeros años de régimen estrecho en que sus conductores comprendan lo inútil de la lucha a mano armada. Soñarán entonces en transacciones que les permitan escalar puestos secundarios o vociferarán contra los abusos cometidos, pero sus discursos no encontrarán eco porque el pueblo sentirá ya las ventajas del nuevo régimen. El desarrollo industrial absorberá parte de las fuerzas que antes producían hondas perturbaciones al agitarse en la política y las concesiones, paulatinamente otorgadas, irán atrayéndole al gobierno la opinión de la juventud, desengañada de los viejos ideales y el apoyo de los capitalistas de todos los bandos, que desean seguridad y bienestar. A cada progreso realizado en el orden material, a cada derecho respetado, corresponderán las filas opuestas con un movimiento que las acerque y permita nuevas concesiones y a la larga, serenados los ánimos y desaparecidos de la escena los antiguos caudillos llenos de ideas exageradas, cuya presencia en ella impedía devolver la elasticidad necesaria al juego del organismo social, una oposición moderada, apenas viable, porque no tendrá abusos que denunciar ni reclamos que alzar a lo alto como banderas de guerra, establecerá un equilibrio casi perfecto entre las exigencias de los más avanzados y la prudencia previsiva de los más retrógrados.

¡Lento aprendizaje de la civilización por un pueblo niño, que al traducirte en mi cerebro en una imagen plástica y casi grotesca por la reducción, me haces pensar en los gateos del chiquitín que balbucea sílabas informes, en las andaderas que le impiden caer al ensayar los primeros pasos, en los pinitos que hace entre una silla y una mesa, en el cuarto que atraviesa, apoyándose en los muebles, en las caminadas de a diez metros que sorprenden a la mamá sonriente, hasta que el músculo endurecido por el ejercicio y el vigor de los nervios le permiten caminar colgado de la mano de la nodriza! . . . ¡Las piernecitas que apenas lo sostienen tendrán más tarde tendones y músculos y osatura formidable con que oprima los ijares del caballo fogoso en que cruce la llanura, y las manos pequeñas llenas de sonrosados hoyuelos, cuyos dedillos sostenían con dificultad el juguete preferido, alzarán la azada para labrar el suelo de la patria y la espada para defenderlo! . . .

Veo mentalmente la transformación del país en los personajes que me acompañarán en cada época y en cada escena de la tarea, desde la entrada a la capital, a sangre y fuego, entre el estallido de las bombas y las descargas de la fusilería del ejército vencedor, mandado por lo más selecto de la aristocracia conservadora, mis primos los Monteverde,

atléticos, brutales y fascinadores, improvisados generales en los campos de batalla, debido a sus audacias de salvajes; los viejos jefes encanecidos en el servicio, el general Castro y los dos Valderrama, por ejemplo, hasta el día en que estos vejetes venerables y estorbosos para mi plan duerman tranquilos en la tumba junto con los jefes civiles del partido vencido, que sesentones y tiritando de miedo presenciaron el triunfo cruento el día en que se implantó la dictadura. Los que eran en ese entonces mozuelos insulsos, convertidos los unos en ventrudos ministros de Estado, y los otros en flacos periodistas de la oposición, se darán cuenta, en esa época distante a donde llega mi imaginación, de que los problemas que a sus padres les perecieron insolubres, se resolvieron casi de por sí al fundar un gobierno estable y darles ocupación a los vagos, al cultivar la tierra y al tender rieles que facilitaran el desarrollo del país.

En ese entonces, desprendido del poder que quedará en manos seguras, retirado en una casa de campo rodeada de jardines y de bosques de palmas, desde donde se divise en lontananza el azul del mar y no lejos la cúpula de alguna capilla sombreada por oscuros follajes, saciado ya de lo humano y contemplando desde lejos mi obra, releeré a los filósofos y a los poetas favoritos, escribiré singulares estrofas envueltas en brumas de misticismo y pobladas de visiones apocalípticas que, contrastando de extraña manera con los versos llenos de lujuria y de fuego que forjé a los veinte años, harán soñar abundantemente a los poetas venideros. En ellos pondré, como en un vaso sagrado, el supremo elíxir que las múltiples experiencias de los hombres y de la vida, hayan depositado en el fondo de mi alma ardiente y tenebrosa.

Llevaré allí la existencia desencantada y dulcísima de un don Pedro II desposeído del trono, que lee a Renán en las tardes de meditación. Depurado mi ser de todo sentimiento humano e inaccesible a toda emoción que no venga de alguna verdad, desconocida de los hombres y entrevista por mí, en el apaciguamiento de la vejez y con la serenidad que dan los sueños realizados, al morir, nada más, sobre mi cadáver todavía tibio, comenzará a formarse la leyenda que me haga aparecer como un monstruoso problema de psicológica complicación ante las generaciones del futuro.

Mientras no haya realizado siquiera la primera parte de ese plan no dormiré tranquilo. Que es grande. . . Más grande era el de Bolívar al jurar la libertad de un continente en la falda del Montepincio, el de Bonaparte cuando, encerrado a los veinte años en el cuartico de Dôle, pobre militarcillo desconocido, soñaba en cambiar la faz de Europa y en repartir tronos a sus hermanos como quien reparte un puñado de monedas.

—Yo estaba loco cuando escribí esto, ¿no Sáenz?— exclamó Fernández, interrumpiendo la lectura, dirigiéndose al médico y sonriéndole amistosamente. . .

—Es la única vez que has estado en tu juicio— contestó Sáenz con frialdad.

—Me habían ocurrido todas las cosas posibles e imposibles respecto de ti, menos ésta, ¡que alguna vez se te hubieran ocurrido semejante barrabasadas! Tú, presidente de la república, qué degradación para ti— soltó Rovira con acento indignado—. Tú de presidente de la república. . .

—Dime, ¿las ventas de las minas, los negocios en Nueva York y las pesquerías de perlas, te dieron los resultados que esperabas, José?— preguntó Luis Cordovez con aire meditabundo.

—Superiores a lo que esperaba— respondió el poeta. . .

—Y entonces ¿qué te detuvo, di, qué te detuvo para hacer eso que habrías podido hacer y que era grande, enorme? —preguntó Cordovez con su entusiasmo de siempre.

—Los pasteles trufados de hígado de ganso, el champaña seco, los tintos tibios, las mujeres ojiverdes, las japonerías y la chifladura literaria— contestó Oscar Sáenz con displicencia, desde su sillón perdido en la sombra.

—Eres más psicólogo que fisiólogo— respondió Fernández.

—Y tú eres un chiflado porque habiendo concebido eso hace ocho años, nos lo estás leyendo aquí ahora, en vez de haberlo realizado de parte a parte. . .

El té servido por Francisco, el criado viejo que acompañó al poeta desde que le vio nacer, interrumpió la lectura por unos instantes.

—Tres tazas de té has bebido, —¡tres tazas!— le gritó Sáenz a Fernández, sin poderse contener al verlo llenar por tercera vez la frágil tacita de porcelana y agitar el aromático licor con la cucharilla— ¡Fernández, sigue! —dijeron en coro Cordovez, Sáenz y Pérez, mientras que Juan Rovira se levantaba para despedirse diciendo. . .

—Soy una bestia. . . Nadie te quiere como yo. Me encanto al oír a los inteligentes recitar tus versos y llamarte gran poeta: de repente se me antoja oírte leer algo como esta noche; pongo toda la atención que Dios me dio, y, mi palabra de honor, que me quedo a oscuras de la mayor parte de lo que oigo. . . ¿Qué tiene que ver todo eso que nos has leído, con el nombre de la quinta, con el cuadro de la galería ni con la marca de los libros empastados en cuero blanco? . . . Soy una bestia. . . Mañana te mandaré las parásitas que llegaron hoy del cafetal.

—¿Las odontoglosum? . . . —preguntó Fernández, usando el nombre técnico de la planta por hábito adquirido al hablar de botánica con el inglés que cuida el invernáculo.

—No entiendo eso, las que querías, mandaron un mundo. . . Mañana las tendrás. . . —Y después de apretar las manos de los amigos, en la

suya grande, dura y tostada, salió refunfuñando entre dientes: — Decididamente no entiendo nada de eso, ¡soy una bestia! . . .

—José, ¡sigue! —dijo Cordovez con impaciencia al ver caer la portière roja sobre las espaldas del gigante.

Y Fernández leyó así a la luz de la lámpara.

Interlaken, 25 de julio.

Borracho de ideas y cansado de pensar, salí de mi escondite hace ocho días a gastar las fuerzas que la quietud, los baños helados y el ejercicio habían acumulado en mí, y desde esa mañana hasta esta noche ha sido una orgía de movimiento incesante, de paisajes recorridos, de escaladas vertiginosas de montañas y de incansables caminadas por valles frescos llenos de verdura nueva. ¡Neveras, ventisqueros, altas cimas donde el pulmón se llena de aire purísimo, los ojos de claridades imprevistas, el cerebro de grandiosas ideas; donde la sangre se vivifica y se enriquece mejor que con la higiene más cuidadosa, observada en una ciudad! Nunca experimentada sensación de vigor ardiente y de fuerza muscular inagotable que gastar en nuevos ejercicios, me ha hecho sentir todo el vigor que encierra mi cuerpo a pesar del que he derrochado en los últimos meses, y en todos los momentos he meditado en los pormenores de mi plan. Ni un deseo, ni una imagen sensual me han perseguido; las tentaciones enfermizas se respiran con el olor de cocina y de perfumería, de polvos de arroz y de mujer que flotan en el aire, cargado de efluvios de lascivia y de gérmenes de enfermedades mentales, de la Babilonia moderna.

¡Naturaleza, bendita seas! . . . ¡Tus espectáculos vistos en soledad completa, sin oír una voz humana que turbe nuestra meditación, son como un bromuro eficaz y calmante para las almas insomnes!

Antier estaba en un ventisquero, todo blanco, claro, diáfano el suelo, las lejanías llenas de niebla, donde reverberaba el sol matinal, el cielo luminoso. Los guías se habían quedado atrás. Destapé el frasco plano, lleno de chartreuse verde que llevaba en la cintura y sorbí un trago largo que me quemó el paladar con el sabor de las plantas aromáticas diluídas en el alcohol sutil, y me hizo correr calor por todo el cuerpo helado por el ambiente glacial. Pensé en la Orloff, en las sábanas de raso negro sobre las cuales extiende las curvas del cuerpo ambarino perfumado de magnolia; en la tina de cristal rosado llena de agua tibia que se opaliza con los vinagres aromáticos preparados por Lublin, y al sentirme libre del sortilegio carnal, en que viví envuelto por seis meses, solté una carcajada, una carcajada vibrante y poderosa que resonó como un disparo en el silencio blanco del ventisquero; una carcajada de salvaje, después de que ha roto en mil pedazos el fetiche que lo asustaba. ¡Adiós, sensualidades de bizantino! ¡A vivir vida de hombre!

Interlaken, 26 de julio.

El conjunto cosmopolita de estas mesas redondas de los grandes hoteles y los contrastes disparatados de todas ellas! El *menú* francés parece un exotismo dada la composición heterogénea de la del Hotel Victoria, donde vivo. . . ¡Oh!, personajes que me divertís al observaros y dais a mi imaginación fantaseadora ocasión de forjarme vuestra vida mientras engullo los manjares; grueso agente viajero alemán, oloroso a cerveza, que cuentas tus groseras aventuras de taberna y de burdel, entremezclándolas de carcajadas sonoras; gomoso parisiense, corbateado de rosa, de los zapatos y los bigotes puntiagudos y de la inteligencia roma, que estropeas lamentablemente los términos de *sport* ingleses al adaptarlos a tus pronunciaciones guturales; español cuyo perfil regular y cerdoso bigote negro van precedidos de inevitable pitillo infecto y que a todas horas sigues con ojos de lujuria a la criada suiza coloradota y fresca; brasileros amarillosos y enclenques, que exhibís inverosímiles diamantes pajizos montados en los botones de la camisa, y tiritáis de frío como *oistitís* del trópico en las noches invernales de Londres; aventurero ruso de la rizada barba castaña que sientes la nostalgia de la ruleta y las carpetas verdes de Montecarlo; viejas inglesas, secas unas veces como sarmientos, desbordantes otras como informes paquetes de carne linfática, que recorréis la Europa entera, con el Baedeker en una mano y *La Biblia* en la otra, pronunciando el mismo *beautiful, beautiful, charming, quite charming,* ante los *fiords* glaciales de Noruega, los nevados y los lagos azules de la Suiza heroica, los ardientes sitios de Castilla la vieja, llenos de nobles fiebres y los paisajes sonrosados del litoral del Mediterráneo; viejas que atravesáis los países que os atraen bebiendo el mismo té tibio, devorando los mismos asados sanguinolentos y escribiendo en vuestra clara cursiva las mismas cartas de diez hojas, con las espaldas vueltas a paisajes adorables; canonesa alemana de los catorce cuarteles en el escudo, que paseas por sobre la asistencia la insípida mirada incomprensiva de tus ojuelos grises y meláncolicos; pareja de renteros franceses a quienes alguna agencia de viajes traslada de lugar en lugar para que admiréis, sin comprenderlos, los sitios y los edificios designados por la guía Johanne a vuestros entusiasmos de inofensivo turismo; honorable Mr. Woodding, que haciendo propaganda por cuenta de la secta trinitaria, con un ejemplar de los evangelios debajo del brazo, azotas con los faldones de tu larga levita negra, las madreselvas florecidas por la primavera y paseas tu prole —las cuatro chiquitinas rubias que parecen salidas de un álbum de Kate Greenway— por todos los caminos planos de cerca a todos los hoteles donde cuesta la asistencia diez francos por día; enorme conde valaco o rumano de la melena rizada a la caracalla y de los ojos bovinos y apagados; príncipe italiano, cuyo palacio secular, donde habitaron tus antepasados gloriosos, vendieron los acree-

dores cansados de cobrarte; ¡oh, muestras de la calidad corriente de la especie humana, frabricadas de prisa por el Gran Hacedor, sin hinchazones de músculos y sin afinamientos de nervios, lectores de Ohnet, adoradores de Gaboriau y de Montepin, que consideráis como lo supremo del arte los cuadros en que sonríen las venus de pomada rosadas pintadas por Bouguereua, que os pasmáis oyendo las musiquillas italianas de hace treinta años y las idiotas pornografías de los cafés-conciertos y a quienes dejan fríos las dulces ingenuidades de los pintores prerrafaelitas, las sutilezas del arte japonés, las grandiosas sinfonías de Wagner, los dolorosos personajes que atraviesan la sombra gris de las novelas de Dostoisvsky, las extraterrestres creaciones de Poe; admiradores de lo mediocre y de lo fácil, a quienes Max Nordau presentaría como prototipos del perfecto equilibrio, todos vosotros engullís la misma sopa de fideos cosmopolita, los mismos asados sospechosos, rociados con el mismo Medoc químico, absorbéis la misma compota de negras ciruelas pasas con que los amables propietarios de los hoteles suizos nutren vuestras hermosas personas en las temporadas de veraneo! ¡Leves os sean esos manjares indigestos y conviértanse en sangre de vuestra sangre y en hueso de vuestros huesos y ayude a peptonizarlos y a facilitar vuestras difíciles digestiones la acción de gracias que articulan los labios enjutos y la bendición que esparcen en el aire los dedos flacos del abate Pazavillini, sentado a la cabecera de la mesa en que lucen ahora el queso de Camembert de coloración cadavérica, el roquefort delicuescente y la decocción de chicoria, amarga con que, creyendo que absorbéis el café aromático, el licor de Voltaire y de Balzac, finalizáis vuestros pantagruélicos almuerzos!

Interlaken, 5 de agosto, por la noche.

Nini Rousset, la divetta de un teatro bufo del Boulevard; Nini Rousset, la que vestida con una guirnalda de hojas de parra, enloqueció una sala de prostitutas y de vividores, exhibiendo desnudas las curvas de estatuas y las frescuras túrgicas de su cuerpo de Venus, en una revista del año pasado; Nini Rousset, a quien mandé ramos de gardenias y un par de diamantes sin lograr más que una mueca de burla y una frase grosera el día en que quise hacerla mía; Nini Rousset, por quien habría dado un mes de vida antes de tropezar con la Orloff, acaba de salir de mi cuarto, dejándome en él su olor de Chypre y en los nervios la vibración de una violenta sacudida de placer. Llegó hace una hora, con seis baúles llenos de sombreros y de vestidos y tres perros falderos y al encontrar mi nombre en el registro del hotel, después de instalada en su cuarto, se vino al mío y entrándose en puntas de pies se me acercó por detrás y me cerró con las manecitas blandas y suaves los ojos que

leían en ese momento una página de la ética de Spinoza. . . "—¡Adivina quién es, adivina quién es, *rastaquoere* poeta, especie de animal, adivina quién es!"— gritaba besándome y mordiéndome la nuca con la boca olorosa a menta. Como un sátiro borracho de sexo, la lenvanté del suelo con los brazos al desprenderme de su brazo lascivo, y la provocación comenzada con su chanza infantil acabó, unos minutos después, en un doble maullido salvaje de voluptuosidad, sobre el diván de la alcoba.

Antipatizo con ella con todas mis fuerzas. Es una encarnación auténtica de toda la canallería y de todo el vicio parisiense. El *Gil Blas* contó una vez, en un suelto, el antojo que tuvo al ver en una feria a un jayán que medio desnudo levantaba pesos de a diez arrobas, y la seducción del hércules hecha por ella al terminarse el espectáculo y la llevada de éste entre su coche, y el encierro con él durante dos días y dos noches en la alcoba por donde han pasado todos los que han tenido modo de disponer de unos cuantos billetes de a mil francos para pagarse ese capricho por una noche. Es una Mesalina comprable; grosera como una verdulera y hermosa como una venus griega. . . Se ha ido ahora a arreglar el modo de pasar la noche en mi departamento sin que la vean los criados y a mandar helar unas botellas de champaña. La orgía será digna de mis cincuenta días de abstinencia y de estudios estúpidos. . .

Ginebra, 9 de agosto.

Acabo de levantarme, después de pasar cuarenta y ochos horas bajo la influencia letárgica del opio, del opio divino, omnipotente, justo y sutil, como lo llama Quincey, que pagó con la vida su amor por la droga funesta bajo cuya influencia se embrutecen diariamente millones de hombres en el Extremo Oriente. Ha sido un absurdo pero no podía hacer otra cosa después de la escena horrible. Quería huír de la vida por unas horas, no sentirla.

Cuando rendidos ambos de lujuria y de cansancio, borrachos de champaña helado, la Rousset comenzaba a adormecerse con la hermosa cabeza sobre los almohadones blandos, una furia inverosímil, una ira de Sansón mutilado por Dalila me crispó de pies a cabeza, al pensar, con toda la excitación del alcohol en el cuerpo, en los insultos groseros que nos habíamos prodigado en la hora anterior, entremezclándolos de caricias depravadas y en mis planes de vida racional y abstinente, deshechos por la noche de orgía. Un impulso loco surgió en las profundidades de mi ser, irrazonado y rápido como una descarga eléctrica, y como un tigre que se abalanza sobre la presa cerqué con las manos crispadas, sujetándola como con dos garras de fierro, la garganta blanca y redonda de la divetta. ¡Ahogarla ahí, como un animal dañino contra las almohadas de

plumas! Dio un grito horrible al despertarse, asfixiándose, me clavó los ojos, con las pupilas dilatadas, como una expresión de terror sobrehumano, y al adivinar mi intención asesina, mientras que seguía estrechándola con las manos, gritó con voz ronca, —"¡loco!, ¡loco!, ¡está loco!"— y sacudiéndome con la agilidad de un venado perseguido por la jauría, huyó medio desnuda a encerrarse en su cuarto, llorando de miedo.

No me había atrevido a verle la cara al día siguiente. A la madrugada llamé al criado que había venido de París con mi equipaje, le di órdenes para venirme a buscar aquí, y al llegar unas horas más tarde al hotel me acosté y tomé una violenta dosis de opio. Bajo su influencia estuve cuarenta y ochos horas. Al asomarme al espejo ayer para vestirme, me he quedado aterrado de mi semblante. Es el de un bandido que no hubiera comido en diez días; represento cuarenta años; los ojos apagados y hundidos en las ojeras violáceas, la piel apergaminada y marchita. Tengo lo voz trémula y vacilante el paso. Las visiones que me produjo el opio fueron aterradoras, pero no creí nunca que los estragos de la noche de orgía y de la droga venenosa me dejaran en la postración en que me siento. . .

¡El delirio de la abuelita moribunda, la locura a lo lejos! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Dios de mi infancia, si existes, sálvame!. . . ¿Dónde están la señal de la cruz y el ramo de rosas blancas que caerán en mi noche como símbolo de salvación? . . .

Ginebra, 11 de agosto.

¿Por dónde empiezo? No sé. Es tan delicado, tan dulce, tan extraño, tan aterrador lo que siento, que temo al querer decir la impresión con palabras, destrozar su frescura, como se destrozaría el esmalte de luz de una mariposa de Muzo, al quererla fijar con un clavo de hierro. Fue ayer tarde en un comedorcito reservado que tiene vista sobre el jardín del hotel y por cuyos balcones abiertos venía con la brisa del lago el olor moribundo de las madreselvas que lo enmarcan. Comía solo, deseoso de evitar las promiscuidades y el ruido de la mesa común, y leía las *Soledades* de Sully Prudhomme, a la luz de las bujías del candelabro. Un criado entreabrió la puerta, encendió las de otro, puesto en la mesita vecina, colocó sobre ella un *menú* del día y volviendo a la puerta entreabierta, doblado en dos pronunció un *pus pouvez entre Mosié, pus pouvez, entre Mademuasell*. . . con su más puro acento alemán. Entraron, ella delante, él atrás, correspondieron la venia que les hice levantándome y, desembarazada ella del abrigo de viaje y del sombrero que le daba cierto parecido, por su forma extraña, con el retrato de una princesita hecho por Van Dyck, que está en el Museo de La Haya, se sentaron a comer.

Lentamente, mientras examinaba yo la extraña figura del hombre, se quitó ella los guantes de Suecia y se frotó las manos, dos manecitas largas y pálidas de dedos afilados como los de Ana de Austria en el retrato de Rubens, con que se echó para atrás los bucles de la suelta cabellera castaña, rizosa y sedeña que donde la luz la hería de frente tenía visos de oro. La voz argentina y fresca sonó entonces discutiendo los platos de la comida. . . —"Para ti vino de Rhin y queso, ¿no papá?—, decía—. Para mí leche y fresas. . ." El hombre, que podría tener cincuenta años, pero con la cabeza y la barba blancas de canas como un anciano, la miraba con dulzura paternal, que hacía más extraño contraste con la expresión dolorosa de las líneas de su fisonomía fina de noble o de artista, admirablemente modelada y cuya distinción aumentaban los cabellos crespos y la fina barba blanca cortada en punta y el verde desteñido de sus ojos apasionados. —"Vas a comer sola"— le dijo— estoy ansioso por leer los detalles"—, y colocó sobre la mesa, doblado a lo largo un periódico impreso en caracteres alemanes. . . —"Lee"—, contestóle ella, acercando el candelabro para que la luz cayera sobre la hoja.

Una simpatía irresistible me había ligado a ellos en esos segundos en que, olvidados de mi presencia, los examinaba con mi curiosidad insaciable. Sin duda habían querido huir de la vulgaridad de los comensales de la *table d'hote,* al refugiarse en el comedor reservado. Para que aquellas canas blanquearan sus sienes, para que las hondas arrugas de sufrimiento surcaran así su frente amarillenta de pensador, para que aquella indeleble expresión dolorosa le marcara así las facciones, debía él haber sufrido horriblemente, porque el vigor de su naturaleza se adivinada en las líneas del cuerpo, moldeado por un vestido gris de refinada elegancia y el perfil enérgico daba a pensar en un militar acostumbrado al mando y retirado del servicio. El otro perfil, el de ella, ingenuo y puro como el de una virgen de Fra Angélico, de una insuperable gracia de líneas y de expresión, se destacaba sobre el fondo sombrío del papel del comedor, iluminado de lleno por la luz del candelabro. Completaban su belleza los cabellos, que se le venían y le caían sobre la frente estrecha en abundosos rizos, las débiles curvas del cuerpecito de quince años, con el busto largo y esbelto, vestido de seda roja, las manos blanquísimas y finas. Al bajar los párpados, un poco pesados, la sombra de las pestañas crespas le caía sobre las mejillas pálidas, de una palidez sana y fresca como la de las hojas de una rosa blanca, pero de una palidez exangüe, profunda, sobrenatural casi, y por la curva armoniosa de los labios rosados flotaba una sonrisa supremamente comprensiva. No le había visto los ojos y fascinado como estaba por la gracia de su figura ideal, por la impresión de frescura y de aristocracia que emanaba de toda ella, como emana el aroma de una flor que se abre, soñaba en vérselos. De repente sacudió la cabeza hacia atrás, y agitando los sedosos bucles de la cabellera castaña, la volvió en la dirección de mi asiento y

los clavó en mí, mirándome fijamente, con expresión severa. Eran unos grandes ojos azules, penetrantes, demasiado penetrantes, cuyas miradas se posaron en mí como las de un médico en el cuerpo de un leproso corroído por las úlceras, y buscaron las mías como para penetrar, con despreciativa y helada insistencia, hasta el fondo de mi ser, para leer en lo más íntimo de mi alma. Por primera vez en mi vida bajé los ojos ante una mirada de mujer. Me parecía que, en los segundos que sostuve la suya, había leído en mí, como en un libro abierto, la orgía de la víspera, la borrachera de opio, y penetrando más lejos, la puñalada de la Orloff, las crápulas de París, todas las debilidades, todas las miserias, todas las vergüenzas de mi vida. Incliné la cabeza avergonzado como un chiquillo de escuela sorprendido en falta, buscando una estrofa del libro. Sentía que sus miradas se habían posado en él, que ya sabía que era un libro de poesías, de aquellas poesías de Sully Prudhomme, dulces y penetrantes como femeniles quejidos. . . Con la mirada que le dirigí habría querido pedirle perdón por haberla contemplado con mis ojos que han visto la maldad humana y se han delectado en su espectáculo, porque la luz de pureza, de santidad que irradió en los suyos a la primera mirada que cruzamos, me había sugerido no sé qué extraña impresión de místico respeto irresistible. . . Al mirarla de nuevo me encontré con sus pupilas fijas en mí, y habría bajado las mías si no hubiera visto en el azul de las suyas, en la curva de los labios finos, en toda la dulce fisonomía una expresión de lástima infinita, de suprema ternura compasiva, más suave que ninguna caricia de hermana. Aquella mirada derramó en mi espíritu la paz que baja sobre un corazón de cristiano después de confesar sus faltas y de recibir la absolución; una paz profunda y humilde, llena de agradecimiento por la piedad divina que leía en sus ojos.

—Si erré antes, fue porque no sabía que existieras sobre la tierra, criatura de pureza y de luz. Tóquenme otra vez tus miradas y mi alma salva —decía en el fondo de mi conciencia entenebrecida una voz que vibraba como un canto de esperanza.

—Descienda la paz sobre ti, pero no te alejes de mi camino, pobre alma oscura y enferma, yo seré tu conductora hacia la luz, tu Diotima y tu Beatriz —decían las pupilas azules.

Un coro de esperanzas resonó dentro de mí como una música mística en la semioscuridad de una iglesia abandonada. Realmente, la delicia que experimentaba al mirarla, con sus misteriosa palidez mortal, sus cabellos de oro sombrío y sus radiosas pupilas azules clavadas en las mías, tenía algo del encanto con que me fascinan ciertas músicas, ciertas frases de Bach y de Beethoven, al vibrar en mis oídos.

Una expresión, no ya de piedad misericordiosa sino de inefable ternura, iluminó su semblante pálido, leve sonrisa que se dirigió hacia mí como un rayo de luz, arqueó la ingenua curva de sus labios y la fisonomía

se humanizó sin perder su nobleza majestuosa y un ensueño de ternura divina se dilató dentro de mí, como la luz de la aurora entre la oscuridad de una madrugada tétrica disipando las sombras, llenándome el alma de claridades tibias, de temblores de savia, de frescuras de agua cristalina y de cantos de pájaros, que suben hacia el sol, vencedor de la noche.

Los recuerdos de mis liviandades pasadas desaparecieron ahuyentados por la luz, la fuente de aguas vivas brotó del peñasco árido, y las imágenes de un idilio se desarrollaron y vivieron en el fondo de mi espíritu. Sería en el fondo del bosque, donde la sombra de las ramas cae sobre la alfombra de hojas secas y rojizas y sobre el césped blando. Vestida de blanco, sentada en musgosa roca, yo arrodillado a sus pies, con la frente febril apoyada en sus rodillas, acariciarían mi cabeza sus largas manos pálidas, y la caricia derramaría en mí, no la fiebre voluptuosa del amor humano, sino la calma luminosa del amor divino. Con la voz ahogada le diría que la había buscado por largos años, que mis labios, quemados por los cálidos borgoñas y los champañas ardientes de las orgías de la tierra, tenían sed de su amor infantil y puro, como del agua de una fuente oculta donde se copian los helechos y se refleja el cielo. Las estrofas dulcísimas de Fray Luis de León subían de mi boca hacia ella como un cántico

Alma divina, en velo
de femeniles formas encerrada,
cuando viniste al suelo
robaste de pasada
la celestial, riquísima morada.

Volví a buscar las pupilas azules y sus miradas de misteriosa ternura me decían que consentía en mis sueños y una expresión de soberano amor esplendía de la pálida faz, vuelta hacia mí. Ante mi imaginación sobreexcitada y que había perdido la noción de la realidad, el oro de los cabellos sueltos, heridos por la luz de las bujías, revistió el brillo de una aureola que irradiaba sobre el fondo oscuro del comedor.

Al levantar los ojos verdosos del periódico que leía, el padre dirigióle la palabra en italiano y rompió la fascinación. En las frases que en el mismo idioma le contestó ella percibí los nombres de la Malloggia, de Silvaplana y de San Moritz entre las dulces sílabas cantantes de la lengua de Leopardi, que tomaban en su boca sonoridades de música.

—Sírvanos usted el café en el departamento —dijo al criado el hombre de la barba blanca, levantándose y pasándole el abrigo y ayudándole a fijar, con infinitas delicadezas como de madre, sobre los rizos castaños de la indómita cabellera, la singular toca negra que atrajo mis miradas cuando entraron.

Salieron del comedor, él adelante, ella atrás, y al volver la cabeza para que fuera mía otra mirada larga, pensativa y profunda de los grandes ojos azules, el brillo de éstos, la palidez exangüe y como luminosa del semblante y la esbeltez del cuerpo largo y delgado, le dieron a mis ojos, al verla, así, sobre el fondo negro que enmarcaba la puerta, el aspecto de una aparición.

Unos minutos después, al levantarme de la mesa, el brillo de un objeto caído al pie del asiento donde se había sentado, me hizo acercarme y recogerlo. Era un camafeo sobre cuyo fondo gris lo blanco del relieve forjaba una rama con tres hojas, y revoloteando sobre ellas, una mariposa con las alas abiertas. La piedra estaba montada en oro mate, en forma de broche y las joya, de una perfección insuperable de trabajo, se le había caído, seguramente, al quitarse el abrigo.

La guardé para entregársela al día siguiente y encontrar en la ocasión dada por la casualidad, un principio de relaciones, y salí a buscar en el registro de la portería los nombres de los singulares viajeros. Habían llegado hacía tres horas y había dicho él que pasarían dos días en el hotel al tomar el departamento marcado con el número 9, una gran sala con dos alcobas laterales, situado en el segundo piso y con vista sobre el jardín. Venían de Niza, no habían anotado el lugar a donde se dirigían y estaban inscritos con los nombres de Conde Roberto de Scilly y Helena de Scilly Dancourt.

Una idea extraña me cruzó por la mente. Aquel nombre, Helena, no evocaba en mí ninguna figura de mujer que se fundiera con él, ninguna de las que han atravesado mi vida, dejándome la melancolía de un fin de amor tras de los fugitivos entusiasmos, se llamaba así, soñé en la princesa Helena del idilio de Tenysson y mentalmente la llamé Helena, como a una amiga de la infancia.

Una mano enguantada de cabritilla oscura se apoyó en mi hombro sacándome de mis sueños. Era la de Enrique Lorenzana, uno de mis amigos de la adolescencia, que vive en Londres y que, de paso por Ginebra, en los días anteriores, había venido a verme sin lograrlo porque mi criado, mientras estuve bajo la influencia del opio, no dejó entrar a nadie al departamento, dando como excusa, por orden mía, una enfermedad grave.

—Hombre —de dijo estrechándome la mano entre las suyas—, he venido a verte tres veces y no lo he conseguido... ¿Ha sido grave el mal?... Estás horriblemente desfigurado y pálido y tienes un aire de crápula, que a no conocerte me haría pensar horrores de ti... —agregó familiarmente y después de conversar conmigo media hora en el cuarto de fumar, donde dos yankees atléticos y sanguíneos infectaban el aire con el humo de sus cigarrillos de Virginia y se envenenaban sistemáticamente con whisky oloroso a petróleo, me obligó a vestirme y a acompañarlo a una conferencia de historia que daba esa noche una notabilidad

local. Puso en su empeño para llevarme la dulzura grave de un hermano que quiere arrancar a otro de dolorosas ideas por medio de una distracción impuesta casi. Indudablemente con su perspicacia de fisonomista *nato*, me leyó en la cara los estragos del opio.

Al volver a pie al hotel, con una medianoche espléndida, constelada de estrellas, entre cuyo cielo brillaba la luna en su último cuarto, como una joya de plata sobre un estuche de raso negro, los follajes de los árboles, que se mecían al soplo del viento, las aguas del lago, con sus transparencias profundas donde temblaban reflejos de astros, eran un cuadro digno del sentimiento nuevo que llenaba todo mi ser y me hacía volver a los puros y lejanos días de mi adolescencia. La mirada de las pupilas azules, radiosas en la fisonomía mortalmente pálida que enmarcaban los rizosos cabellos castaños, iluminaba mi espíritu. Soñando en ella salvé la puerta de hierro de la verja del hotel y, temiendo el insomnio seguro en mi lecho, comencé a pasearme por el jardín. La vegetación oscura manchada de blanco aquí y allí por las flores abiertas olía, como un frasco de esencia rara: brillaban arriba las estrellas y, en la quietud de la medianoche, se oía el silencio. De repente al levantar la cabeza para ver el cielo a través de los árboles que extendían contra él las masas negras de sus ramazones, vi iluminado en la fachada, uno de los balcones del segundo piso, con los cristales abiertos, y las cortinas blancas caídas. Una larga sombra de mujer, como envuelta en un manto que le cayera de la cabeza sobre los hombros, se destacaba confusa sobre la blancura de niebla del transparente. Era Ella; era esa la alcoba de la izquierda del departamento número 9. Seguramente el padre dormía ya, en la de la derecha, donde no había luz.

Movido por un impulso irresistible arranqué unas cuantas flores de los matorrales, calculé el peso necesario para que el ramo llegara a su destino, fijé en él mi tarjeta y volví a bajar al jardín. La luz alumbraba todavía los transparentes blancos caídos hasta el suelo y agitados suavemente por la brisa nocturna. La sombra había desaparecido. Con el corazón saltándome del pecho, como un ladrón que teme ser descubierto, me escondía en la sombra de un matorral, y de pie sobre el banco de piedra, tiré el ramo, que cruzó por el aire y fue a caer adentro, en el cuarto, por entre la abertura de las cortinas.

Estas se levantaron un momento después y me dejaron ver en el fondo oscuro del aposento la luz de la lámpara que ardía cobijada por amplia pantalla de gasa. Volviéndole las espaldas, caminó de frente la silueta negra y larga, como la de una virgen de Fra Angélico, llegó al balcón y con la cabeza alzada hacia el cielo, levantó la mano derecha a la altura de los ojos, trazando con ella lentamente una cruz en la sombra, mientras que la izquierda arrojaba con fuerza algo que atravesó el espacio, y vino a caer a mis pies —blanco como una paloma— sobre el suelo sombrío. Era un gran ramo de flores, que regó pálidos pétalos en el espacio oscuro

al cruzarlo y rebotó al tocar la tierra... En el ruido de su caída me pareció oír las palabras del delirio de la abuelita agonizante, "Señor, sálvalo de la locura que lo arrastra, sálvalo del infierno que lo reclama"... Hondo estremecimiento de religioso temor me sacudió la carne, corrió por mis espaldas un escalofrío sutil y como si me hubiera tocado la muerte, caí desfallecido sobre el banco de piedra. Al volver en mí y recordar la escena busqué las flores cuya blancura se veía en la sombra, para convencerme de que no había soñado. Era un ramo de pálidas rosas té que levanté para besarlo. Volví los ojos a la fachada del hotel que estaba ya oscura y muerta, y por cuyos balcones cerrados no filtraba un sólo rayo de luz.

Cuando desperté esta mañana, después de un dormir enfermizo, conseguido con dos granmos de cloral y lleno de las imágenes del día, de los ojos azules, de la faz pálida, de la cabellera castaña, del incesante revoloteo de una mariposilla blanca sobre tres hojas verdes y del ramo de rosas, el sol rayaba de oro las persianas de mis balcones. Eran las diez y media. Busqué con los ojos las flores, creyendo que la escena nocturna formaba parte de la pesadilla de cloral. Ahí estaban en el jarrón de Bohemia donde las había puesto al acostarme. Medio marchitas ya, pendían algunas sobre la mesa y dos de ellas cubrían el camafeo montado en oro verdoso.

Tras del baño y la minuciosa toilette con que quise hacer desaparecer las huellas del opio y del cloral, bajé al comedor a tomar el té matinal. Me sentía triste y con el corazón oprimido por un peso extraño. El criado que me sirvió la víspera trajo el desayuno y con él un telegrama de Miranda y Compañía, llegado en las primeras horas de la mañana. Venciendo cierta repugnancia lo mandé a preguntarle al conserje del hotel si el señor Scilly y la señorita habían salido. Cuando volvió, tomando ya el té y leído el telegrama, lo esperaba con ansiedad.

—El señor y la señorita se fueron esta mañana, a primera hora, llevando sus equipajes en un coche particular que vino a buscarlos. El conserje le oyó decir a él *a la estación,* pero no oyó el nombre de la estación... ¿El señor toma más té? —preguntó mirando la taza vacía...

¿Dónde buscarla cuando termine en Londres el negocio con Morrel y Blundel; dónde buscarla, porque necesito verla como necesito respirar, volverla a ver, bañar mi alma en la luz de sus ojos azules, besar sus manos largas y blancas, arrodillado a sus pies? ¿Por qué la bendición y el ramo de rosas que coinciden de tan singular manera con las frases del delirio de la viejecita agonizante?... ¿Conque el misterio puede adquirir así forma material, mezclarse a nuestra vida, codearnos a luz del sol?... El ramo de rosas está ya encerrado en una caja de cristal que me permitirá llevarlo en el viaje, y la caja se ha perfumado con el tenue olor de las flores moribundas.

Miranda & Compañía me avisan haber recibido carta de Morrel, diciéndoles que aceptan el precio que fijé a las minas, en virtud del informe de la comisión de ingenieros que volvió ya y cuyo dictamen esperábamos para cerrar el negocio.

Estaré en Londres el 15, como lo exigen, para firmar las escrituras, y me iré de aquí hoy mismo para soñar con ella mientras viajo.

¿Dónde estará?... En la Engadina, seguramente... Le oí nombrar a la Malloggia, a Silvaplana y a Saint Moritz... Terminado mi asunto con los banqueros ingleses la iré a buscar allá, y si no la encuentro la buscaré en toda Europa, en todo el mundo, porque necesito verla para vivir.

Londres, 11 de octubre.

Dos meses de vida en la ciudad monstruo, no visitada en mi última permanencia en Europa y de la cual guardaba la confusa impresión recibida, hace once años; dos meses que se han deslizado rápidos entre las innumerables diligencias que requirió la venta de las minas, y la ansiedad con que esperé inútilmente respuesta a mis telegramas dirigidos a todos los grandes hoteles de Europa; y a las cartas en que solicité en vano de algunas agencias de informes datos acerca del paradero de Scilly y de su hija.

Su hija... me sonrió al pensar que he escrito esa palabra... No la llamo así cuando al nombrarla mentalmente la evoco con toda la suave gracia de esus contornos apenas núbiles de largos lineamientos envueltos en la seda roja del corpiño, con su mortal palidez exangüe, enmarcada por el oro oscuro de la destrozada cabellera y alumbrada por la luminosa sonrisa de las pupilas azules; la llamo Helena, como si la intimidad en que he vivido con su imagen la hubiera acercado a mí, y la nombro con la ternura que vibraría en mi voz agitada si oprimiera en las mías, impolutas de todo contacto femenino desde la noche en que recogí el ramo de rosas blancas hasta el instante en que escribo estas líneas, sus largas manos alabastrinas que al hacer en el aire la mística señal de la cruz arrojaron las pálidas flores entre la sombra nocturna.

¡Helena! ¡Helena!... A veces, en la quietud de la media noche, silienciosa en este rincón del Londres millonario, sentado frente a mi escritorio sobre el cual está abierto un tomo de poesías de Shelley o Rossetti que ahora me embargan con sus etéreas delicadezas y la música casi italiana de sus estrofas, alzo los ojos del libro y contemplo a la luz de la lámpara el camafeo montado en oro que no pude devolverle.

Digo entonces su nombre en alta voz como una fórmula evocatoria que hubiera de hacerla surgir y aparecérseme, allá en el fondo sombrío de la estancia donde caer en pliegues opulentos y pesados las cortinas de

terciopelo verde, e irse acercando, acercando, sin tocar la alfombra hasta detenerse en el círculo de luz de la lámpara y mirarme con sus ojos dominadores.

¿Por qué *sin tocar la alfombra? pregunta* al analista que llevo dentro de mí mismo y que percibe y discrimina hasta las sombras de mis ideas... ¿Por qué *sin tocar la alfombra*? Ría al oír esta frase el Mefistófeles que todos llevamos dentro del alma, agite las luengas plumas del rojo birrete, crispe diabólica mueca su irónica fisonomía, iluminada por un reflejo de infierno y lance al aire su carcajada de burla; *sin tocar la alfombra* porque al pensar en ella la veo, incontaminada por la atmósfera de la tierra, insexual y radiosa como los querubines de Milton. Las frases que vienen a mis labios para cantarla, entonces, no son los inarmónicos períodos de mi prosa incolora, sino estos versos de *La Vita Nuova,* en que el Dante habla de Beatriz:

> "Cuando mi Dama camina por alguna parte, Amor extiende sobre los corazones corrompidos una capa de hielo que rompe y destruye todos los malos pensamientos.
>
> "El que se exponga a verla o se ennoblece o muere; cuando alguno digno de mirarla la encuentra, experimenta todo el poder de sus virtudes y si ella le honra con su saludo dulcísimo le vuelve tan modesto, tan honrado y tan bueno, que llega hasta perder el recuerdo de los que lo ofendieron.
>
> "Y Dios ha concedido una gracia particular a mi Dama: la persona que le dirige la palabra no puede tener mal fin".

Esta noche, hace dos meses de la noche del Interlaken; a estas horas ya estaba dormido, bajo la influencia del cloral. Es curiosa la historia de los sesenta días que han pasado desde la hora del encuentro.

Se fueron los primeros diez en formalizar la venta de las minas de Mal Paso, y al terminar el siguiente ya el Banco de Inglaterra me tenía abonadas en cuenta las cien mil libras recibidas como precio, de Morrel y Blundel, sin que esa noche, excitado por la idea de aquel dinero ganado casi sin esfuerzo, me sugieran la imaginación ni los sentidos una sola idea de placeres qué buscar ni de emociones ardientes qué obtener con ese oro que podía transformarse en sensuales locuras. Retirado en mi casita cuyos balcones tienen vista sobre Hyde Park, y donde los tapiceros instalaron rápidamente los mobiliarios y obras de arte que me rodeaban en París, he dividido mi tiempo entre un trabajo que estoy haciendo en el Foreign Office, las visitas a los invernáculos de más fama y una serie de estudios nuevos emprendidos aquí, en la quietud de mi escritorio, con dos profesores de renombre.

Mis derroches de la temporada no alcanzan a mil libras; setecientas, pagadas por un cuadro de Sir Edward Burne Jones y las doscientas y pico de una cuenta del librero, cubierta ayer. No he puesto los pies en un salón a pesar de que los Lorenzana, Roberto Blundell y Camilo

Mendoza, nuestro gran estadista que vive en Richmond, me han visitado con insistencia. No he pisado un restaurante ni un teatro, y mis paseos a pie se han dirigido de preferencia hacia los barrios silenciosos de la burguesía acomodada, donde las amplias calles, veladas por las nieblas de otoño extienden, a la hora del crepúsculo, la monotonía de sus mansiones tranquilas, separadas de la vía pública por las verduras de los jardinillos que anteceden sus fachadas.

Por ellas cuántas veces he andado a esa hora —paseante ingenuo y un poco desprendido de sí mismo para sorprender el alma británica en sus sencillas manifestaciones exteriores— y me detenido cuando por la ventana de guillotina de algún balcón entreabierto adivino, al través de los vidrios, la luz de la lámpara que alumbra la velada familiar, de una lámpara cuya luz cae sobre la amplia mesa de oscura carpeta cerca de la cual se sentarán la vieja de antiparras, papalina y peluquín, cantada por Pombo, el grueso inglesote colorado y flemático, que lee el *Tit-Bits* y contempla carcajeándose las caricaturas de *Punch,* y las dos misses rubias y frescas de ojos verdosos, con el visitante vestido del inevitable smoking, para tomar el eterno té tibio, desvirtuado por la leche abundante; la infusión insípida en que la vieja y pudibunda Albion ha convertido el nervioso licor que en la tierra nativa apuran los mandarines vestidos de seda rosada y las risueñas *mousmés* de oblicuos ojos, en diminutas tazas de frágil porcelana delgada como una cáscara de huevo, que lucen ramos de crisantemos, doradas medias lunas, hieráticas grullas e inverosímiles pagodas.

Otras veces para buscar el contraste, envuelto en oscuro *ulster* que oculta el vestido, recorro el horror de los barrios pobres, llenos de seres degradados y oscuros, poblados de mendigos y donde la bruma otoñal ahoga la escasa luz rojiza de los faroles de petróleo, para entrever, tras de la grasientas vidrieras de algún tienducho lleno de restos de cosas que fueron, la cara afilada y hambrienta de algún judío que parece salido de un *ghetto* de la Edad Media y en el fondo de las tabernas hediondas a venenoso brandy y a cervezas nauseabundas, siniestros perfiles de rufianes, arrugadas facies de viejas proxenetas y caras marchitas de chicuelas desvergonzadas, corroídas ya por el vicio, y que tienen todavía aire de inocencia no destruída por la incesante venta de sus pobres caricias inhábiles.

¡Flota sobre mi espíritu el melancólico recogimiento del otoño, de sus follajes quemados y enrojecidos por el frío, de los nubarrones corizos y violáceos de sus crepúsculos, del olor a nidos abandonados y a cloroformo de las hojas que se desprenden de las ramas, y revolotean en el aire húmedo, bajo los rayos enfermizos del sol de octubre, que apenas las calientan, para caer al suelo y esperar allí, podridas y negras, la soledad del invierno helado y las frescas sinfonías de la primavera!

Por la noche me envuelve una pereza del cuerpo que me hace sonreír si al entrar al cuarto de vestirme veo el negro frac, los brodequines de charol, la resplandeciente camisa, los calcetines de seda, los pañuelos de batista, los guantes blancos y las gardenias para el ojal, puestas en vasitos de electroplata, que Francisco, mi viejo criado, prepara cuidadosamente, sin consultarme, y extiende sobre un diván bajo, frente al enorme espejo claro, enmarcado de bronce, en previsión de una salida mundana. Me sonrió y visto amplio vestido de franela; friolento, hago encender la chimenea cuyo suave calor neutraliza la temperatura que anuncia un invierno rigurosísimo, y con las piernas envueltas en la eterna manta sevillana compañera de mis viajes y aspirando el humo opiado y aromático de un cigarrillo de Oriente, me siento cerca al fuego para contemplar los derrumbes de negros castillos que forjan los troncos carbonizados, el rojo de las cavernas de fuego, donde arden los tizones y los incendios azules de las lengüetas de llama. Horas de infinito recogimiento en que medito en el plan que ha de inmortalizar mi memoria, lecturas de Shakespeare y de Milton, en el silencio de las madrugadas insomnes, ¡cuán lejos estáis del brutalismo gozador de mis noches parisienses en que, tras de una cena de langosta a la americana y champaña *extradry*, la alcoba de la Orloff oía mis gritos de salvaje voluptuosidad y su cuerpo delicado se lastimaba estrujado por mis manos gozadoras!. . .

Enrique Lorenzana, el socio de Botwell, con quien estuve en Ginebra, vino aquí anoche y me dijo al entrar y verme: —"Eres otro hombre del que vi en Suiza; ¡estás rosado y fresco como una miss y se te ríen los ojos!. . .". Ya lo creo que soy otro hombre. . . ¡Si no llevara en el fondo del alma la incurable nostalgia de las pupilas azules, si supiera cómo encontrarla, cuán feliz sería al sentirme regenerado por ella!

Londres, 10 de noviembre.

Pasé una noche atroz y no comprendo la causa. Un día regular, la mitad gastada en el Ministerio de Relaciones Exteriores tomando copias fotográficas de la correspondencia del Ministro que acreditó mi país en Inglaterra para pedir el reconocimiento de su independencia, la tarde en una fábrica de fusiles —que con furia me he entregado a los estudios militares que requiere el cumplimiento de mi plan— y la noche aquí, viendo una serie de aguasfuertes y de acuarelas que me ofrecen en venta; total: ninguna emoción fuerte. Comida sencilla, con un poco de burdeos viejo y pálido. Y entonces ¿por qué la horrible pesadilla que me ha hecho gritar y agitarme, la pesadilla angustiosa sin más imagen que la atravesara, sino una caída mía entre la oscuridad negra de un abismo y, arriba, arriba, las tres hojas de la rama del camafeo y el revoloteo de la mariposa blanca sobre un cielo azul cruzado de nubes blancas?. . .

¿Por qué la depresión de hoy en que me siento sin ánimo de trabajar ni de vivir, y pienso en Helena como un chiquillo, perdido entre la noche de un bosque, pensaría en las caricias de la madre?. . . Es una obsesión enfermiza casi; al dormirme la veo, vestida con el corpiño de seda roja que llevaba en Ginebra, llamarme con la mano pálida; al abrir los ojos, lo primero en que pienso es en ella y al hacer un esfuerzo para recordar las impresiones del sueño, me parece que entre la oscuridad de éste ha pasado, vestida de blanco, con un vestido cuya falda cae sobre los pies desnudos, en una orla de dibujo bizantino, de oro bordado sobre la tela opaca, y llevando en los pliegues níveos del manto que la envuelve, un manojo de lirios blancos. . . Ciertas sílabas resuenan dentro de mí cuando interiormente percibo su imagen "Manibus date lilia plenis". . . dice una voz en el fondo de mi alma y se confunden en mi imaginación su figura, que parece salida de un cuadro de Fra Angélico, y las graves y musicales palabras del exámetro latino.

Todo eso es delicioso pero es una obsesión enfermiza y yo sé el remedio. Digo el remedio porque el placer comprado me repugna como una droga nauseabunda y no está en Londres ninguna de las dos amigas inglesas que me darían una noche de caricias —ni aquella aristocrática Lady Vivian encontrada en Berlín hace un año, tan fresca y tan dulce y tan loca y tan ardiente; ni la otra, Fanny Green, la profesional a quien tuve tres semanas en Roma, hace cuatro años, estúpida como una campesina ignorante y sentimental como una heroína de Richardson, pero insuperablemente hermosa.

No están en Londres. Comprendo cuál es la causa de mi extraño estado nervioso en que las imágenes internas se convierten casi en alucinaciones y quiero susprimirlo. Me provoca por momentos salir a Regent Street a las 11 de la noche, buscar alguna de aquellas Jenny, como la del poema de Rossetti:

Oh, merry, lazy, languid Jenny
Fond of a kiss and fond of a guinea;

hacer de ella mi presa, traerla a mi casa donde al ver el mobiliario y las vajillas y los cuadros, todo el lujo de la instalación, abriría tamaños ojos y sin explicarse mi capricho por su cuerpecito débil, tenerla unas semanas en que las pobres voluptuosidades que me procurara se mezclaran para mí de una impresión de piedad por ella y de obra de caridad hecha al evitarle sus interminables paseos por Piccadilly y las brutalidades de sus compradores nocturnos, y calmada con el abuso la fiebre que me corre por las venas, despacharla regalándole alguna suma que fuera la que gasto en una joya de que me antojo y con que pudiera vivir tranquila hasta la vejez, en alguna casita risueña de los suburbios, casada con el novio que la adoraba antes de caer y acordándose de mí como de un semidiós con quien se encontró un noche. . .

No puedo. Una presencia femenil en la casa donde está el broche del camafeo de Helena y donde tanto he pensado en ella, sería imposible. Al día siguiente habría arrojado a la calle, colmándola de insultos a la pobrecilla chicuela, sintiendo por ella horrible odio y asco profundo.

Londres, 13 de noviembre.

Fue Roberto Blundell, quien lo arregló todo. Es judío por la madre y con la perspectiva del negocio proyectado, habría hecho más por tenerme contento, si yo lo hubiera exigido. Ibamos juntos el día que la encontré por primera vez y me quedé maravillado con su belleza que le valió hasta hace dos años la protección de un miembro de la familia real. Parece que Blundell y ella son viejos amigos y me supongo que algo llegará a su cartera de cuero de caimán y esquineras de oro, de la fuerte suma que le entregué previamente con la condición de que todo se haría de acuerdo con mis deseos.

Al penetrar en la alcoba la sangre me encendía las mejillas y me zumbaba en los oídos y vi a la sombra de las cortinas verdemar de azulosos cambiantes el oro del amplio catre y las blancuras de espuma y de nieve de donde emergía el busto, con el seno desnudo casi, mal oculto por la abierta camisa de batista, todo alumbrado por la luz de una lamparilla eléctrica que fingía milagrosa flor de luz sonrosada entre las hojas de bronce que la sostenían a la cabecera del lecho. —"Ven"—, me gritó sonriendo y mostrando entre los rosados labios el esmalte de la dentadura maravillosa; —"ven"—, y tendió los brazos, esparciendo en el ambiente el olor de una mata de rosas que sacude el aire tibio de la primavera.

—Sí! Ve—, me gritaban los glóbulos de la sangre encendida por el deseo, los nervios tendidos por la continencia de tres meses, los músculos vigorizados por la castidad —ve, sacia tu sed en ese puro vaso de nácar que quiere sentir sus labios, bésalos, sáciate, hártate, agoniza de voluptuosidad en sus brazos en un espasmo de interminables vibraciones! . . .

Separándolos de los de ella, volví los ojos hacia el fondo oscuro de la alcoba, donde la sombra se aglomeraba resistente a la luz eléctrica por el color sombrío de los tapices, y di un grito. . . Acababa de ver unidas, en lo alto del muro, como en una medalla antigua, el perfil fino y las canas de la abuelita y sobre él, el perfil sobrenaturalmente pálido de Helena, en una alucinación de un segundo.

—¿Por qué gritas?. . . —preguntó, sin que desapareciera de sus labios frescos la sonrisa deliciosa de voluptuosidad que los arqueaba. . . ¿Por qué gritas? lo que está caído ahí sobre la alfombra es un ramo de flores que recibí hoy de Niza, recógelo, tráemelo y bésame —agregó reclinando los rizos rubios de la hermosa cabeza sobre el olán de los almohadones.

Recogí el ramo, que no había visto antes y con él en la mano me acerqué al lecho, donde el torneado brazo, blando y fragante circundó mi cuello.

¡Eres hermoso! —dijo clavándome los ojos negros de acariciadora mirada y atrayéndome hacia ella—. Eres hermoso, pero, ¿por qué miras esas flores con ojos de loco? son unas flores que me trajeron de Niza y las había olvidado ahí. . . ¡Mira la mariposita blanca que se vino entre la caja! —gritó mirando el insecto que emprendió vuelo por el aire de la alcoba perfumada y tibia.

Pretexté un vértigo y me despedí besándole las manos con que me detenía y trayendo en las mías el olor de las rosas té que formaban el ramo, y en los ojos el aleteo de la mariposilla blanca, que volaba ahí en ese momento y en mis sueños hace cuatro noches, cuando en pesadilla de indecible horror, rodaba yo al fondo del abismo vertiginoso.

Helena venía de Niza la tarde en que la encontré en Ginebra. . . Las frescas rosas del té del ramo que he tenido en mis manos esta noche, están atadas con la misma cinta de extrañas labores en forma de cruz que sujeta las del otro ramo que ya no es más que un cementerio de flores negras y marchitas entre la caja de cristal que las guarda. Al inclinarme para respirar el olor de las flores frescas, en la alcoba donde soñé dejar mi enfermedad gastando la savia acumulada en tres meses, alzó de ellas el vuelo la mariposa blanca de mi sueño, la mariposa del camafeo, porque las dos son una sola. . . Doy por sentado que fue una alucinación febril haber visto juntas las dos cabezas de los seres cuyas palabras y miradas me envuelven hoy en una trama de sombras, pero. . . ¿por qué estas casualidades que toman para mí la forma de un interrogante abierto sobre el misterio?. . . ¿por qué la cinta con la misma labor extraña de cruces entrelazadas; por qué estas flores nacidas en el mismo sitio que las otras probablemente, llegan, en el momento preciso, al lugar donde iba yo a envilecerme con un placer comprado, para no pensar en Ella?. . .

Temí la locura al salir de las orgías brutales de la carne y ahora el noble amor por la enigmática criatura que me parecía traer en las manos un hilo de luz, conductor que habría de guiarme por entre las negruras de la vida, ese amor delicioso y fresco que me ha rejuvenecido el alma, es causa de suprema angustias porque mi razón se agota inquiriendo los porqués del misterio que lo envuelve.

¡Si lograra verla, cambiar estos sueños que me enloquecen por la serenidad que esparcirían en mi alma las primeras frases cambiadas con Ella!. . .

Londres, 17 de noviembre.

Mi profesor de griego que viene diariamente me había hablado varias veces de su amigo Sir John Rivington, el gran médico que ha consagrado sus últimos años a la psicología experimental y a la psicofísica y cuyas obras, "Codelación de las epilepsias larvadas con la concepción pesimista de la vida", "Causas naturales de apariencias sobrenaturales" y sobre todo "La higiene moral" y "La evolución de la idea de lo Divino", lo colocan a la altura de los grandes pensadores contemporáneos, de Spencer y de Darwin, por ejemplo. Conocía yo los libros de Rivington de tiempo atrás y los leía y releía con grande entusiasmo, porque la observación directa y precisa de los hechos, la lógica perfecta de los raciocinios, sólidos como una cadena de hierro, y las escasas pero segurísimas deducciones generales que de ellos desprende, hacen de esa lectura jugoso y fortificante alimento para mi espíritu vacilante y curioso de los problemas de la vida interior. Esas obras estarán en pie cuando muchas de las vastas teorías de otros filósofos que gozan hoy de más fama que él, vayan desmoronándose a los golpes de pica de posteriores investigaciones.

Conseguí para Rivington dos cartas de introducción, releí sus libros antes de ir a la consulta, por creerlo útil para mi plan y por especialísimo favor logré una conferencia nocturna en que conversamos largamente por horas enteras, solos en su amplio gabinete, lleno de curiosos instrumentos de observación y de obras técnicas referentes a su especialidad, y en su sala donde he tenido una emoción inolvidable.

La primera impresión que produce mi médico con la frescura casi infantil de sus mejillas sonrosadas y llenas que contrastan con la barba rizosa y gris y la singular vitalidad que revelan sus miradas y los ágiles movimientos del cuerpo recio y membrudo no debilitado por los sesenta y cinco años que lleva gallardamente, es la de una perfecta salud corporal y mental. Benévola sonrisa de inteligencia ilumina aquella fisonomía grave y desde el primer momento experimenté cerca de él la impresión de confianza que inspira un hombre envejecido en el estudio de las miserias humanas.

—Doctor —le dije sentándome en el sillón que me ofrecía—, tiene usted enfrente a un enfermo curioso que, en perefecta salud corporal, viene a buscar en usted los auxilios que la ciencia puede ofrecerle para mejorar su espíritu. El catolicismo les da a sus fanáticos directores espirituales a quienes se entregan. Yo, falto de toda creencia religiosa, vengo a solicitar de un sacerdote de la ciencia, cuyos méritos conozco, que sea mi director espiritual y corporal. ¿Acepta usted el cargo?

—Lo acepto —contestó con gravedad sonriente—, exigiendo de antemano, como los ministros de noble culto que usted nombra, contrición por los pecados contra la higiene que usted haya cometido y el firme propósito de la enmienda. . . Cuénteme usted sus pecados. . .

Con la ingenuidad de un adolescente que abre su alma al sacerdote que ha de absorverlo, le referí mi vida, sin atenuar nada, ni mis ímpetus idealistas, ni mis desmedidas ambiciones de saber, de gloria, de riquezas y de placeres, ni las crapulosas orgías, los mujeriles desfallecimientos y las miserables inacciones que me postran por temporadas. Le conté los últimos seis meses con mayor sinceridad quizás que la que he empleado en estas notas escritas para mí mismo.

Oía sin quitarme los ojos que bajaba yo al suelo por momentos, sin mover una mano, sin que su impasible fisonomía griega tradujera la más mínima emoción.

Cuente usted ahora los antecedentes de su familia, descríbamela, pínteme usted su país, la ciudad donde usted se formó, dígame usted cuanto crea que pueda ilustrarme.

Lo hice sencillamente y hablé por largo tiempo sin que dejara de prestarme atención por un segundo, ni me quitara de encima los ojos.

—Ahora tenga usted la bondad de exponerme la organización actual de su vida, sus planes para el futuro, todo lo que se refiere al presente.

Hablé contándole mi existencia casi monástica desde mi encuentro con Helena, los planes que abrigo respecto de mi país, le referí el incidente que tuvo lugar en la alcoba de Constanza Landseer, mis estudios de griego y árabe, los infructuosos ensayos hechos para encontrar a la que es hoy toda la vida de mi alma. . . hasta que esta pregunta, hecha con la ingenuidad de niño que tienen los sabios cuando se trata de cuestiones de sentimiento, me desconcertó porque no supe qué responderle.

—¿Usted tiene intenciones de casarse con esa hermosa joven, si la encuentra, y de fundar una familia?. . .

Al no darle yo respuesta porque me quedé confuso como avergonzado por aquella pregunta, se levantó para traer y colocar sobre la mesa varios aparaticos, a cuyo examen me sometió sucesivamente, haciéndome permanecer de pie, sentarme, rescostarme, contar, vendándome los ojos para picarme con alfileres o levantar pesas sujetas a las piernas; estrechar un globo de caucho; ceñirme a la muñeca un mecanismo de reloj terminado con una pluma que trazaba sobre una cinta larga línea ondulante y rítmica; levantar diversas masas de hierro; buscar la incógnita de una ecuación; y traducir por escrito un texto de Aristófanes del original griego, mientras que él contaba los minutos inclinado sobre el cronómetro como tomándole el pulso a mi inteligencia.

—Hay aquí un error —dijo examinando la hoja de papel que le tendía—, estos adjetivos se refieren a la acción que denota el verbo y no al sujeto de la frase. . .

Y entonces comenzó otro examen de todo mi cuerpo, casi desnudo sobre un diván de marroquí negro, examen durante el cual analizaba yo el extraño efecto que me habían producido sus palabras: "¿Usted tiene

intenciones de casarse con esa hermosa joven, si la encuentra, y de fundar una familia?".

¡Dios mío, yo, marido de Helena! ¡Helana mi mujer! La intimidad del trato diario, los detalles de la vida conyugal, aquella visión deformada por la maternidad... Todos los sueños del universo habían pasado por mi imaginación menos ese que me sugerían las frases del especialista.

—Sería usted un modelo fisiológico —dijo, cuando después del examen volvimos a sentarnos cerca del pesado escritorio de nogal— si fuera un poco más amplia su cavidad torácica y si no existiera cierta desproporción entre su desarrollo muscular y su fuerza nerviosa; es raro que su organismo haya soportado los excesos a que usted lo ha sometido.

—Tiene usted que comenzar —continuó con una voz pausada, baja y suavísima— por regularizar todas, absolutamente todas sus funciones, sin detenerse a pensar que hay funciones nobles y bajas en el ser humano. A pesar de que manifiesta usted entusiasmo por la ciencia que no admite hoy separación alguna entre los fenómenos de la vida y los considera todos, desde la respiración y la nutrición, hasta las más altas ideaciones y los sentimientos más nobles, como manifestaciones de una misma causa, los unos compensibles por caer bajo el dominio de nuestros actuales métodos de observación y de análisis y los otros incomprensibles todavía por lo rudimentario de los aparatos que apenas comenzamos a emplear para observarlos; a pesar de que afirma usted que no tiene creencias religiosas, es usted un espiritualista convencido, un místico casi, tal vez contra su gusto. Sus frases lo han revelado. Puede usted tener deseos de *no creer* pero las influencias atávicas que subsisten en usted lo obligan a *creer* y usted procede de acuerdo con ellas en lo que se refiere a la clasificación de sus actos; haga un esfuerzo, triunfe usted de sí mismo, regularice su vida, dele usted en ella el mismo campo a las necesidades físicas que a las morales, que llama usted, a los placeres de los sentidos que a los estudios, cuide el estómago y cuide el cerebro y yo le garantizo la curación.

Regularice usted su vida y dele una dirección precisa y sencilla —continuó después de otro largo silencio, en que me pareció leer cierta simpatía en la fría mirada de sus ojos—. Lo primero que debe hacer es distraerse, forzándose a alternar sus estudios con diversiones, nobles si usted las prefiere así; frecuente los teatros y los conciertos; tendría mucho gusto en llevarlo a casa de uno de mis mejores amigos donde se toca excelente música de los viejos maestros alemanes y donde encontraría usted buena compañía. Devuélvale a las necesidades sexuales su papel de necesidades por más que le repugne y no mezcle usted sus sensaciones de ese orden con sentimentalismos ni con emociones estéticas que lo exalten; esto mientras encuentre usted a la joven a quien ama y se case usted con ella para normalizar en la vida marital los impulsos de su instinto.

No le incomode a usted que le hable de su amor en esos términos —dijo al ver el gesto que hice involuntariamente al oír la frase—, ese ideal tiene usted que convertirlo en su esposa; usted necesita antes que todo, como un niño asustado por la apariencia de un objeto que no ha visto bien y cuyo miedo se desvanece al tocarlo, encontrar a esa señorita, tratarla, ver si su carácter y sus ideas coinciden con los de usted y, si es así, casarse con ella para que desaparezca el fantasma que usted se ha forjado. Es un fantasma. Lo vio usted estando bajo la influencia del opio y de una profunda debilidad causada por la orgía de la víspera, la impresión que le causaron a usted sus miradas en el comedor y el capricho que tuvo ella de tirarle un ramo de rosas, han determinado en usted una autosugestión, que ha ido prolongándose gracias al violento cambio de régimen a que ha sometido usted su organismo y al aislamiento en que se ha encerrado. No ha habido impresiones externas que la combatan, y sigue desarrollándose, y como coincide con una frase que lo había impresionado a usted, por haberla dicho una persona de su familia al morir, ha ido revistiendo apariencias sobrenaturales...

Se calló, inclinando la cabeza pensativa y la levantó, al cabo de unos momentos de silencio, sonriéndose:

—Tenga usted la bondad de repetirme la descripción de la figura de la señorita cuando usted la ve vestida de blanco y con los lirios en la mano y le parece recordar una frase latina.

Lo hice con la paciencia con que un enfermo le cuenta por segunda vez al vulgar esculapio un síntoma de la dolencia física que lo aqueja.

—¿Se siente usted nervioso esta noche? —me preguntó sonriendo aún con una franca sonrisa que le arqueó los labios y me reveló la animalidad potente de su organismo.

—No, doctor estoy en perfecta calma, la conversación con usted me ha tranquilizado como una dosis de bromuro —le respondí, sonriendo a mi vez.

—¿Quiere usted ver su visión pintada en un lienzo, por un pintor que murió hace años? —me dijo, sin dejar de sonreír, excitado por la perplejidad que revelaba mi semblante al oír la extraña propuesta.

—Como usted guste —contesté sin saber a derechas qué decía y lleno de una curiosidad infantil que se mezclaba con cierta angustia extraña.

—Perdone usted, voy a dar orden de que enciendan luz en mi salón donde está la pintura. Qué extraña casualidad —agregó hablando consigo mismo y levantándose para apretar un timbre eléctrico a cuya llamada obedeció el criado vestido de frac que se presentó unos instantes después en el cuarto.

—¿Las señoras están en la sala? —le preguntó.

—No, señor; acaban de retirarse a sus alcobas.

—¿Están encendidas las lámparas en la sala?...

—Sí, señor —contestó el sirviente.

—Ponga usted una donde alumbre bien el cuadro que está en la pared de la derecha, y sírvanos usted el té allá —ordenó, y volviéndose a mí, familiarmente, como si la perspectiva de un triunfo hubiera roto el hielo que nos separaba, me golpeó el hombro como a un amigo viejo y me dijo:

—Un capricho de mi mujer me hizo comprar hace diez años, haciendo un esfuerzo, por cierto, porque la estrechez de mi presupuesto de entonces no me permitía fantasías de esas, la tela que voy a mostrarle. ¿Usted estuvo en Londres cuando era niño? —me preguntó con animación súbita...

—Sí, doctor —le respondí, vine con mi padre y pasé aquí un mes de que conservo recuerdos muy confusos.

—¿Dónde vivían ustedes?...

—En un hotel cerca de Regent Street que no he encontrado ahora —contesté impaciente y enervado por el interminable interrogatorio.

—Y la exhibición del lienzo tuvo lugar ahí cerca en la galería donde lo compré —dijo hablando consigo mismo. Venga usted a verlo —añadió, levantándose para mostrarme el camino y alzando el *portier* que separaba el gabinete de un cuarto oscuro que atravesamos para entrar al salón donde ardían cuatro lámparas.

—¿Se parece?— preguntó desde el sillón donde se había acomodado para ver el efecto que me estaba produciendo la contemplación de la pintura, al cabo de largo rato en que yo, como hipnotizado por aquella realidad de mi visión, no podía separar los ojos de la figura de Helena, que vestida con el fantástico traje y el manto blanco de mis sueños y llevando en las manos los lirios pálidos pisaba una orla negra que estaba al pie de la pintura, y sobre la cual se leía en caracteres dorados como las coronas de un cuadro bizantino, la frase "Manibus date lilia plenis".

—¿Se parece?— repitió Rivington... —Venga usted a sentarse aquí desde donde la verá bien y tomará el té conmigo, hablando de ella.

—Es ella, doctor, es ella— le dije sentado ya en el sitio que me designaba, y volviendo los ojos hacia la divina aparición que me sonreía, enmarcada de oro sobre la pared oscura— Es ella doctor, pero ¿cómo se explica este misterio que rodea todo lo que a ella se refiere, que me hace encontrar aquí ese lienzo que es su retrato la noche en que vengo a hablarle a usted de ella, como me hizo encontrar el ramo de rosas y la mariposilla blanca la noche en que fui a buscar otra mujer para olvidarla por unas horas? ¿cómo se explica usted todo eso? —agregué sin poderme contener.

—Vuelve usted a ver el fantasma y a soñar con lo sobrenatural— contestó con gravedad casi severa—. Aplíquese usted a encontrar causas y no a soñar. Me ha descrito usted a la señorita como una figura semejante a las de las vírgenes de Fra Angélico y este cuadro es obra de uno de los miembros de la cofradía prerrafaelita, el grupo de pintores ingleses que se propusieron imitar a los primitivos italianos hasta en sus

amaneramientos menos artísticos. Es claro que la señorita no sirvió de modelo porque según me dice usted cuando más podrá tener quince años y hace veinte que fue pintado el cuadro; pero, dígame: ¿qué tiene de extraño que el modelo fuera una tía o la madre de la que usted encontró en Ginebra y que las dos se parecieran mucho? Ahora, ¿por qué se juntaban en su imaginación cierto verso latino y la figura que usted veía? . . . Porque un recuerdo de esta pintura y de la leyenda que tiene al pie vistas por usted hace muchos años resucitó en su memoria, gracias a la analogía que hay entre la fisonomía de su amada y la que representa este dibujo. . . La memoria es como una cámara oscura que recibe innumerables fotografías. Quedan muchas guardadas en la sombra; una circunstancia las retira de allí, recibe la placa un rayo de sol que la imprime sobre la hoja del papel blanco, y heme aquí que usted se pregunta quién hizo el retrato, sin recordar el momento en que el negativo recibió el rayo de luz que lo trazó en las sales de plata. Vamos, ¿todavía está usted viendo el fantasma? Deseche usted esas ideas místicas que son un resto del catolicismo de sus antepasados, prefiera usted la acción al sueño inútil, busque usted desde mañana a la joven, cásese con ella y será usted muy feliz. ¿No es cierto que será usted muy feliz?— preguntó con interes.

—Muy feliz, doctor— contesté sirviéndome el té, traído por el criado.

—No tome usted más de una taza, debe medirse usted en el uso de los excitantes. Una taza de té por la noche, nada más, y una pequeña de café, a la comida. Disminuya usted el vino, pero no brusca, sino gradualmente; reemplácelo por cerveza; suprima poco a poco los licores y los condimentos; haga comidas abundantes pero sin refinamiento alguno; cambie los ejercicios fuertes como la equitación y la esgrima, que son excitantes musculares, por decirlo así, y haga largas caminadas a pie por el campo. Quisiera que, convencido usted de que es preciso huír toda excitación de cualquier naturaleza que sea, fuera abandonando paulatinamente sus hábitos de lujo excesivo y sus preocupaciones de arte para dirigir su inteligencia y sus esfuerzos en el sentido de alguna vasta especulación industrial, una ferrería, una fábrica, que le permitiera hacer continuas combinaciones para ensancharla y lo entretuviera con los detalles de su administración. Vea usted, en lugar de pensar en ir a civilizar un país, rebelde al progreso por la debilidad de la raza que lo puebla y por la influencia de su clima, donde la carencia de estaciones no favorece el desarrollo de la planta humana, asóciese usted con alguna gran casa inglesa a cuya industria sea aplicable el arte, con unos fabricantes de muebles o de porcelanas, de vidrieras o de telas lujosas para tapizar y consagre usted su talento a hacer por ese medio objetivo la educación estética de los consumidores. Con una sola idea de arte aplicada a la industria se ennoblece ésta como se perfuman hectolitros de alcohol con una gota de esencia de rosas. Ese sería un

hermoso plan. Oiga usted otro. Vuelva usted a su país y aplique usted su fortuna a una gran explotación agrícola que lo hará inmensamente rico y lo divertirá con todas las experiencias de aclimatación de razas, animales y plantas exóticas que puedan desarrollarse en esos climas. También le será provechosa si le permite vivir en el campo. Aquí en Londres dirigiendo su manufactura, allá en América desarrollando sus empresas podrá usted vivir tranquilo educando su familia y haciendo feliz a la señorita que se encontró en Ginebra. Pero de preferencia abandone su sueño de regreso a la patria y establézcase aquí. ¿Francamente, no cree usted más cómodo y más práctico vivir dirigiendo una fábrica en Inglaterra que ir a hacer ese papel de Próspero de Shakespeare con que usted sueña, en un país de calibanes?

Además, esa es la vida que le conviene— continuó después de meditar un poco. . . —Deseche esos sueños políticos que son irrealizables. Usted no tiene el hábito de ejecutar planes y esa es una educación, un *entrainement*— dijo usando la palabra francesa—; hay que comenzar ideando y llevando a cabo cosas pequeñas, prácticas, fáciles, para lograr al cabo de muchos años enormidades de esas con que usted sueña. Me hace usted la impresión de un niño que se siente robusto y al ver a un gimnasta de profesión jugar con pesas de a doscientos kilogramos cree que puede hacerlo sin maliciar que las fuerzas de sus músculos apenas le permitirán recoger la pelota de caucho con que juega.

Abandone usted esos sueños— continuó— abandone los sueños de gloria, de arte, de amores sublimes, de grandes placeres, la ciencia universal, todos los sueños. El sueño es el enemigo de la acción. Piense usted, conciba un plan pequeño, realícelo pronto y pase a otro. La delicia de vivir, que usted experimenta hoy, cortada por bruscas depresiones que lo postran, es al mismo tiempo la causa de sus ambiciones desmedidas, y el peligro futuro para usted; la causa, porque es ella la que le hace desear continuamente impresiones nuevas en la esperanza de que son gratas, el peligro porque revela una sensibilidad exagerada, una especie de hiperestesia que lo imposibilita para resistir el dolor, el día en que éste llame a su puerta. ¿Conoce usted el dolor?— preguntó pensativo. . .

—He sufrido, doctor, menos quizá que la mayor parte de los hombres y puesto que es convenido que todo detalle de mi vida interior lo conocerá usted, debo decirle que en los momentos de sufrimiento se produce en mí un placer superior al dolor mismo, el de *sentir ese dolor,* el de conocer las impresiones nuevas que me procura.

—Ese es el síntoma que completa el cuadro —continuó—; hay en usted por el momento tal embriaguez de vida que me hace recordar la frase de Goethe: "La juventud es una embriaguez de sangre". Todo le aparece a usted hermoso, risueño, grandioso, todo lo atrae, todo reclama su atención. El día en que su sistema, cansado por los abusos, se debilite,

los nervios trasmitirán de preferencia las sensaciones desagradables o dolorosas, mortal apatía lo dominará a usted inhibiéndole para la acción, su estómago gastado y sin fuerzas digerirá mal, trabajará escasamente su cerebro y entonces será usted el reverso de la medalla, su misantropía, su odio por todo, su desencanto, no tendrán límites. Todo joven gozador es el proyecto de un anciano melancólico, los botones de rosa se convierten en rosas marchitas; sólo lo duro guarda la forma que desafía el tiempo. Si usted lo piensa bien verá que el ascetismo, que es la última palabra de las religiones, es el secreto de la paz interior: endureciendo al hombre por las privaciones voluntarias a que lo somete, lo insensibiliza para el sufrimiento.

Esa quimera que se ha forjado usted de dominarlo todo, de gozar con los sentidos y siendo al tiempo mundano, artista, sabio, guerrero y conductor de hombres, es el supremo absurdo. Mientras usted no se encierre en una especialidad y olvide el resto, se sentirá usted mal. Me argüirá usted que han existido hombres que lo han realizado casi, que el Vinci poseyó todas las ciencias y las artes de su tiempo y que quizás no hubo región alguna de los conocimientos humanos por donde Goethe no paseara su inteligencia poderosa. Me permitirá observarle que la ciencia en el tiempo en que vivió Leonardo era un embrión apenas, y que el hombre de Weimar vivió setenta y tantos años estudiando metódicamente. El simple acto de pensar agota; vea usted a mi querido amigo Heriberto Spencer que se ha ceñido siempre a las prescripciones de la higiene más absoluta y está pagando ya con su falta de fuerzas sus colosales estudios; recuerde usted a muchos literatos franceses contemporáneos, neurópatas o imposibilitados para la producción en plena juventud y comprenderá usted que el abuso de trabajo mental es el peor de los abusos.

Honradamente es mi deber decirle a usted que la herencia y la vida que usted ha llevado me hacen temer por su porvenir en caso de que usted no cambie de régimen. Hay en usted un doble atavismo, caso curioso, de impulsivos inconscientes casi, y de cerebrales, unificados. Si usted logra equilibrar esas tendencias que luchan entre ellas y consigue que sus facultades mentales dirijan sus instintos, está usted salvado; si continúa su vida con esas alternativas de acetismo y de crápula, con esos estudios sin orden, con esos planes imposibles, irá a dar el día en que menos lo espere, al tropezar con una circunstancia imprevista, a la imbecilidad o a la locura.

Creo inútil decirle que los excitantes y los narcóticos que usted ha usado han hecho la mitad de la obra al producir su estado de hoy. Es usted un predispuesto y son los predispuestos los que dan a la morfina, al opio, al éter, amplia cosecha de víctimas. Búsquela usted desde mañana— dijo mirando el cuadro al cual había yo dirigido los ojos—, y al encontrala cásese con ella y funde un hogar, donde dentro de

veinte años vea usted a sus hijos sucederle en los negocios y tenga la satisfacción de recordar los extravíos de su juventud, como recuerda uno un peligro cuando ya está salvado de él. Ese amor puede ser su salvación...

—Y has resistido ocho años de la misma vida de entonces y hoy, cuando te hablo yo como te hablaba Rivington, hoy cuando todavía es tiempo, te ríes de mí y no me haces caso— dijo gravemente Oscar Sáenz desde su asiento, perdido en la semioscuridad carmesí de la estancia lujosa.

—Hoy es diferente— respondió Fernández con cierta superioridad—. He distribuído mis fuerzas entre el placer, el estudio, y la acción, los planes políticos de entonces los he convertido en un *sport* que me divierte, y no tengo violentas impresiones sentimentales porque desprecio a fondo a las mujeres y nunca tengo al tiempo menos de dos aventuras amorosas para que las impresiones de una y otra se contraresten y...

—Y para que las heroínas hagan contraste— insinuó Luis Cordovez—, la una rubia y lánguida, lectora de Heine y la otra morena y ardiente, lectora de la Pardo Bazán; una sentimental como una colegiala y la otra sensual desde las puntas de las uñas hasta la médula de los huesos...

Una sonrisa de vanidad iluminó la fisonomía fatigada del poeta...

—Continúa, José, me ha mejorado tu lectura— dijo Máximo Pérez desde el diván vecino donde estaba recostado.

Londres, 20 de noviembre.

¡Ese amor puede ser su salvación!, fue la última frase del fisiólogo materialista... "¡Sálvalo, Señor, del infierno que lo reclama! Benditos sean la señal de la cruz hecha por la mano de la virgen y el ramo de rosas que caen en su noche como signo de salvación! ¡Está salvado, míralo bueno, míralo santo!", fueron las frases de la abuelita en el misterioso delirio que tomó forma en una realidad casi divina. El raciocinio de la ciencia, la intuición de la santidad, el grito de sentimiento, todas las voces de la vida se funden en un coro sublime para llamarle, ¡oh, misteriosa criatura de los rizosos cabellos castaños que son de oro donde la luz los toca; de las subyugadoras pupilas azules y de las pálidas mejillas tersas como las hojas de las camelias blancas y de las largas manos alabastrinas que al trazar entre la oscuridad el signo de la redención arrojaron el ramo de rosas que cayó entre la negrura del jardín, como tus miradas cayeron en las sombras de mi alma! ¡Oh, tú, inmaculada, tú, purísima, todo te llama, ven a salvar el alma manchada y débil que siente flotar sobre ella las alas negras de la locura y que te invoca hoy desde el borde del abismo!

Reconcentrado en mí como un piloto que en hora de supremo peligro junta sus fuerzas agotadas para consultar la brújula y alejarse de la tempestad, las palabras de Rivington me han hecho pensar por horas enteras. He hecho al analizarme, una plancha de *anatomía moral* como dice Bourget en el prefacio de su maravilloso *André Cornélis* y me he aterrado al verla. Hela aquí:

Hijo único del matrimonio de amor de dos seres de opuestos orígenes, dentro de mi alma luchan y bregan los instintos encontrados de dos razas, como los dos gemelos bíblicos en el vientre materno. Por el lado de los Fernández vienen la frialdad pensativa, el hábito del orden, la visión de la vida como desde una altura inaccesible a las tempestades de las pasiones; por el de los Andrade, los deseos intensos, el amor por la acción, el violento vigor físico, la tendencia a dominar los hombres, el sensualismo gozador. ¿Hasta qué punto el recuerdo de mi padre, de su figura delicada, de su cuerpo endeble, de su recogimiento silencioso, de su pasión por las ciencias exactas, aclara con extraña luz la apariencia de ciertos momentos de mi vida psíquica? La abuelita, la pobre santa, muerta sin que yo le cerrara los ojos, aprendió de aquella familia de ascetas, el desprecio insexual por las debilidades de la carne. "Es una criatura infame, que no tiene perdón ni de Dios ni de los hombres", decía al oír nombrar a una pobre adúltera y un fulgor de indignación le iluminaba los ojos apagados y un temblor de ira le hacía temblar los enjutos labios. La prescindencia de todo lujo, la modestia casi monástica que reinaban en la casa paterna, donde las vajillas de plata dormían guardadas en los viejos escaparates de nogal y los criados desatendían sus quehaceres para ir a la iglesia. Al hundir los ojos en las lejanías del tiempo, surgen ante mí las figuras de la familia: por el lado paterno la de doña Inés Fernández de Sotomayor, la virgen de 22 años que, en vísperas de contraer matrimonio, rompió su compromiso para consagrarse a Dios y entrar al convento de las monjas de Santa Inés, con el nombre de Sor María de la Cruz, a fines del siglo XVIII; la del tercer abuelo que se educó en Salamanca, fue capitán de los reales ejércitos y desempeñó en mi tierra odiosos puestos dados por la Inquisición; y más lejos, dominándolas todas, la del hermano del primer antepasado que se trasladó a América para acompañarlo, aquel Alvaro Fernández de Sotomayor y Vergara, el arzobispo, sabio comentador de Tertuliano, que a los setenta años, devuelto a España, murió virgen y en olor de santidad. Delicadas miniaturas encuadradas de diminutos diamantes, antiguos lienzos españoles donde se destacan figuras descarnadas y animadas de intensa vida espiritual; apolillados cronicones amarillentos, reales cédulas, pergaminos manuscritos por insignes artistas, en que los caracteres góticos de la leyenda alternan con los colores de complicados blasones heráldicos, cuentan las glorias de aquella raza de intelectuales de débiles músculos, delicados nervios y empobrecida san-

gre cuyos glóbulos desteñidos corren por los ramales azulosos de mis venas. La piedad católica que la animó subsiste en mí transformada en un misticismo ateo, como revive en ciertos degenerados, convertido en mórbidas duplicidades de conciencia, el mal sagrado de los átavos epilépticos.

¡Ah, sí, pero en los hoyuelos de las mejillas de mi madre reían frescuras de flor, su leche tenía el sabor que tiene la de las campesinas vigorosas; el abuelo materno era un jayán potente y rudo que a los setenta años tenía dos queridas y descuajaba a hachazos los troncos de las selvas enmarañadas y allá en las llanuras de mi tierra cuentan todavía la tenebrosa leyenda de estupros, incendios y asesinatos de los cuatro Andrade los salvajes compañeros de Páez en la campaña de los Llanos, que recorrieron victoriosos, sembrando el terror en las huestes españolas, al rudo galope de sus potros, con la lanza tendida por el brazo férreo, con la locura en el alma, la sangre quemada por el alcohol y la blasfemia en la boca gruesa solicitadora de besos! . . .

Esos instintos comprimidos y encontrados subsisten en mí, determinan mis impulsos sin que puedan contenerlos las falsas adquisiciones de la educación y del raciocinio; domíname religiosa impresión que me hace doblar las rodillas, si penetro en la semioscuridad de un templo a la hora del crespúsculo y el día en que sentí la mano empapada en la sangre tibia de la Orloff, no pude contener un grito de gozo.

Para que la antinomia de esos encontrados impulsos se hubiera trasformado en permanente equilibrio, habría sido preciso que un plan verdaderamente científico de educación los hubiera aprovechado utilizándolos. Las circunstancias decidieron que pasara mis primeros años bajo las más contradictorias influencias. Perdí a mi madre siendo niño; cuando a la muerte de mi padre, al cumplir diez y siete años, salí del colegio de jesuítas donde mi adolescencia se deslizó bajo el yugo de severa disciplina, el estado de mi salud quebrantada por la mala higiene del internado y mi parentesco con los Monteverde, sobrinos carnales de mi madre y dueños de las propiedades de campo vecinas a las nuestras, me llevaron a vivir, en pleno contacto con la naturaleza, brutal vida de campesino, en las haciendas, donde bajo la doble influencia de la juventud y del régimen, mis músculos se vigorizaron y se enriqueció mi sangre. En aquella temporada de vida singular las cacerías de venados, y los violentos ejercicios atléticos, se alternaban con las orgías vertiginosas en que Humberto Monteverde, borracho y con la rizosa cabeza recostada sobre algún seno desnudo, me gritaba a voz en cuello mientras su padre, don Teodoro, paseaba por sobre la concurrencia la mirada átona de sus ojos enturbiados por el alcohol "Oye, José, tú y yo no hemos nacido para vivir en sociedad, somos salvajes, somos Andrade, somos los nietos de los llaneros". Extraña temporada aquella en que la lectura de los más grandes poetas y el hervor sentimental y sensual de la juventud y

la dejadez del cuerpo tras de las noches crapulosas me hicieron escribir mis "Primeros versos"; más extraña si se compara con el año siguiente en que la intimidad con Serrano, el noble amigo que consagró su vida a trascendentales especulaciones, resucitó en mí al meditabundo filósofo que heredó de sus abuelos el intenso amor por la vida moral. Extrañas influencias que dieron como resultado que al entrar por primera vez, a los veintiún años, corbateado de blanco y con el busto moldeado por un frac de Poole al salón donde hice mi primera conquista aristocrática, cuatro almas— la de un artista enamorado de lo griego, y que sentía con acritud la vulgaridad de la vida moderna; la de un filósofo descreído de todo por el abuso de estudio; la de un gozador cansado de los placeres vulgares; que iba a perseguir sensaciones más profundas y más finas, y la de un analista que las discriminaba para sentirlas con más ardor— animaron mi corazón, que latía bajo la resplandeciente pechera, coquetamente abotonada con una perla negra.

Así, proteica y múltiple, ubícua y cambiante, resistente al influjo de los ambientes, vigorosa por los ejercicios atléticos, por el uso de suculentos manjares y licores añejos, enervada por sensuales delicias, mi personalidad se fue desarrollando y alternaron dentro de mí épocas de salvajez gozadera y ardiente y largos días de meditativo desprendimiento de las realidades tangibles y de ascética continencia.

Un cultivo intelectual emprendido sin método y con locas pretensiones al universalismo, un cultivo intelectual que ha venido a parar en la falta de toda fe, en la burla de toda valla humana, en una ardiente curiosidad del mal, en el deseo de hacer todas las experiencias posibles de la vida, completó la obra de los otras influencias y vino a abrirme el oscuro camino que me ha traído a esta región oscura, donde hoy me muevo sin ver más en el horizonte que el abismo negro de la desesperación y en la altura, allá arriba, en la altura inaccesible, su imagen, de la cual, como de una estrella en noche de tempestad, cae un rayo, un solo rayo de luz.

¿Terror? . . . ¿Terror de qué? . . . De todo por instantes. . . De la oscuridad del aposento donde paso la noche insomne viendo desfilar un cortejo de visiones siniestras; terror de la multitud que se mueve ávida en busca de placer y de oro; terror de los paisajes alegres y claros que sonreían a las almas buenas; terror del arte que fija en posturas eternas los aspectos de la vida, como por un tenebroso sortilegio; terror de la noche oscura en que el infinito nos mira con sus millones de ojos de luz; terror de sentirme vivir, de pensar que puedo morirme, y en esas horas de terror, frases estúpidas que me suenan dentro del cerebro cansado, "¿y si hubiera Dios?. . . Los pobres hombres están solos sobre la tierra", y que me hacen correr un escalofrío por las vértebras.

No, no es terror de eso, es terror de la locura. Desde hace años el cloral, el cloroformo, el éter, la morfina, el *haschich,* alternados con excitantes que le devolvían al sistema nervioso el tono perdido por el

uso de las siniestras drogas, dieron en mí cuenta de aquella virginidad cerebral más preciosa que la otra de que habla Lasegue. Después, la crápula del cuerpo obstinado en experimentar sensaciones nuevas, la crápula del alma empeñada en descubrir nuevos horizontes, después todos los vicios y todas las virtudes, ensayados por conocerlos y sentir su influencia, me han traído al estado de hoy, en que, unos días, al besar una boca fresca, al respirar el perfume de una flor, al ver los cambiantes de una piedra preciosa, al recorrer con los ojos una obra de arte, al oír la música de una estrofa, gozo con tan violenta intensidad, vibro con vibraciones tan profundas de placer, que me parece absorber en cada sensación toda la vida, todo lo mejor de la vida, y pienso que jamás hombre alguno ha gozado así; y en que otros, cansados de todo, despreciando, odiando todo, sintiendo por mí mismo y por la existencia un odio sin nombre, que nadie ha experimentado, me siento incapaz del más mínimo esfuerzo, permanezco por horas enteras, hebetado, estúpido, inerte, con la cabeza en las manos y llamando a la muerte ya que la energía no me alcanza para acercarme a la sien la boca de acero que podría curarme del horrible, del tenebroso mal de vivir. . .

¡La locura! ¡Dios mío, la locura! A veces, ¿por qué no decirlo, si hablo para mí mismo?. . . ¡cuántas veces la he visto pasar, vestida de brillantes harapos, castañetándole los dientes, agitando los cascabeles del irrisorio cetro, y hacerme misteriosa mueca con que me convida hacia lo desconocido! En una alucinación que la otra noche me dominó por unos minutos, las joyas que brillaban sobre el terciopelo negro del enorme estuche se trocaron a la luz de la lámpara que las alumbraba en los mágicos arreos de su vestido de reina; otra noche, en una pesadilla que me apretó con sus garras negras y de la cual desperté bañado en sudor frío, una cabeza horrible, la mitad mujer de veinte años, sonrosada y fresca pero coronada de espinas que le hacían sangrar la frente tersa, la otra mitad, calavera seca con las cuencas de los ojos vacías y negras, y una corona de rosas ciñéndole los huesos del cráneo, todo ello destacado sobre una aureola de luz pálida, una cabeza horrible me hablaba con la boca, mitad labios de rosada carne, mitad huesos pálidos, y me decía, "¡Soy tuya, eres mío, soy la locura!"

¡Loco! . . . ¡El loco, en el cuartucho oscuro del manicomio, oloroso a orines de ratón, envuelto en la camisa de fuerza! . . el loco con el cabello cortado al rape, recibiendo en las flacas espaldas huesosas el chorro helado de la ducha, bajo el ojo imperturbable del hombre de ciencia que anota sus gestos violentos y sus entrecortadas blasfemias para convertirlos en una precisa y razonada monografía. . .

¿Loco? . . . ¿y por qué no? Así murió Baudelaire, el más grande, para los verdaderos letrados, de los poetas de los últimos cincuenta años; así murió Maupassant, sintiendo crecer alrededor de su espíritu la noche y reclamando sus ideas. . . ¡Por qué no has de morir así, pobre dege-

nerado, que abusaste de todo, que soñaste con dominar el arte, con poseer la ciencia, toda la ciencia, y con agotar todas las copas en que brinda la vida las embriagueces supremas!

¡Pero no! dulce visión angélica que en mis sueños llevas las manos llenas de lirios blancos y que presente ante mí trazaste con ellas el signo de la redención y arrojaste en mi noche las pálidas flores, el alma que tú favoreciste con tus miradas santificadoras no irá a desagregarse así.

Cuando en ti pienso, Beatriz que me harás ascender desde el fondo de mi infierno hasta las alturas de tu gloria, los versos de Alighieri suenan dentro de mi alma como un cántico de esperanza y de consoladora certidumbre:

> Cuando mi Dama camina por alguna parte, Amor extiende sobre los corazones corrompidos una capa de hielo que rompe y destruye los malos pensamientos.
>
> El que se exponga a verla o se ennoblece o muere. Cuando alguno digno de mirada la encuentra, experimenta todo el poder de sus virtudes y si ella lo honra con su saludo lo vuelve tan modesto, tan honrado y tan bueno que llega hasta perder el recuerdo de los que lo ofendieron.
>
> Y Dios ha concedido una gracia particular a mi Dama la persona que le dirige la palabra no puede tener mal fin".

¡Oh, ven, surge, aparécete, Helena! Lo que queda de bueno en mi alma te reclama para vivir.

Estoy harto de la lujuria y quiero el amor; estoy cansado de la carne y quiero el espíritu. Hubo en mi alma muladares inmundos que limpió la fuente de aguas vivas abierta en ella por la mirada insostenible de tus ojos azules. Para recibirte, lo que es hoy seca maleza, florecerá de flores perfumadas y los sueños buenos de mi adolescencia resucitarán todos cuando tus pies pequeñuelos huellen la tenebrosa puerta de mi espíritu, y te acompañarán como una procesión de ángeles; donde quedan charcos de envenenadas emanaciones, habrá dormidos lagos, apenas rizados por las alas de los cisnes blancos. Si sobre mi cuerpo crispado de voluptuosidad se pasearon manos buscadoras y lascivas, si pedí el olvido a todas las embriagueces de todas las orgías, si rodé como un borracho por la escalera vertiginosa del vicio, fue porque no te había visto todavía. Ten piedad de mí. Para alcanzar tu santidad, porque te siento santa y me apareces ceñida con una aureola de misticismo y casi sagrada, para alcanzar tu santidad, he procurado ser bueno. No hay una mancha en mi vida después de que tus ojos cruzaron sus miradas con las mías. Pero para ser bueno necesito de tí, necesito verte. ¡Ven, surge, aparécete, sálvame, ven a librarme de la locura que avanza en mi cielo como una nube negra preñada de tempestades, ven a salvar lo que queda en mí de los santos de mi raza, del sabio arzobispo y de la dulcísima monja,

que en tierra para ti desconocida, duermen su último sueño, a la sombra de las arcadas góticas, en los viejos sepulcros de piedra!

Londres, 5 de diciembre.

El hilo de luz que me hará encontrarla, está en el misterioso parecido del cuadro de Rivington con ella, pensé hace dos semanas y por un fenómeno que es frecuente en mí y que me hace tomar siempre el camino más largo y perderme en él cuando trato de investigar algo que me interesa, en vez de irme derecho al viejo, o de proguntarle el nombre del pintor de la misteriosa tela y de continuar inquiriendo hasta dar con la verdad, me entregué, con loco entusiasmo al estudio de los orígenes y del desarrollo de la escuela prerrafaelita, de las vidas y de las obras de sus jefes y de las causas que determinaron la aparición de ella en el mundo del arte.

He salido de mi tarea con unas cuantas percepciones nuevas de la belleza y guarda mi espíritu algo como el perfume y el alma del ideal que animaba a los nobles artistas que ilustraron la cofradía; como un suave olor rancio de incienso, producido por la ingenua piedad suavísima de los pintores precentistas, y como un deslumbramiento causado por el colorido de ciertas telas inmortales. En resumen, jamás me había sentido más rídiculo en el interior; quise saber de Helena, y he sabido detalles de la vida del Beato Angélico de Fiesole, leído cartas de Rossetti y de Holman Hunt; *canzones* de Guido Cavalcanti y de Guido Guinicelli, versos de William Morris y de Swimburne, visto cuadros de Rossetti y de Sir Edward Burne Jones. En resumen, todo se complica dentro de mí y toma visos literarios, una curiosidad se agrega a otra, los atractivos de la obra de arte me hacen olvidar los más graves intereses de la vida, y sin la llamada brutal a la realidad, dada por el doctor Rivington antier, habría pasado quién sabe cuánto tiempo sin buscarla, soñando en Ella, con la imaginación dando vueltas alrededor de su radiosa imagen, y los ojos persiguiendo en poemas y cuadros, frases y lineamientos que me hicieran recordarla.

No soy práctico. Rivington me lo ha dicho en tono despreciativo y yo que lo sé mejor que él me sonrío al pensar en el desprecio que revelaba su voz al decírmelo. No soy práctico, ya lo creo, y los hombres prácticos' me inspiran la extraña impresión de miedo que produce lo ininteligible. *Percibir bien la realidad* y obrar en consonancia es ser *práctico*. Para mí lo que se llama *percibir la realidad* quiere decir *no percibir toda la realidad,* ver apenas una parte de ella, la despreciable, la nula, la que no me importa. ¿La realidad? . . . Llaman *la realidad* todo lo mediocre, todo lo trivial, todo lo insignificante, todo lo despreciable; un hombre práctico es el que poniendo una inteligencia escasa

al servicio de pasiones mediocres, se constituye una renta vitalicia de impresiones que no valen la pena de sentirlas. De esa concepción del individuo arranca la organización actual de la sociedad, que el más ilustre de sus detractores llama "una sociedad anónima para la producción de la vida de emociones limitadas", y esa concepción de la vida sirve de base a la estética de Max Nordau que clasifica las verdaderas obras de arte como productos patológicos y a la asquerosa utopía socialista que en los falansterios con que sueña para el futuro, repartirá por igual pitanza y vestidos a los genios y a los idiotas.

¡La realidad! La vida real! ¡los hombres prácticos! . . . ¡Horror! . . . Ser práctico es aplicarse a una empresa mezquina y ridícula, a una empresa de aquellas que vosotros despreciasteis, ¡oh, celosos, oh, creadores, oh padres de lo que llamamos el alma humana, que impedisteis con vuestras sublimes locuras que nuestros ojos iluminados por un resto de la luz que irradió de vuestros espíritus no sean los ojos átonos de los rumiantes! Tú no fuiste práctico, sublime guerrero, poeta que soñaste y realizaste la independencia de cinco naciones semisalvajes, para venir a morir, bajo techo ajeno, sintiendo dentro de ti la suprema melancolía del desengaño, a la orilla del mar que baña tus natales costas; ni tú tampoco, pobre genovés soñador que le diste un mundo a la Corona de España, para morir entre cadenas; ni tú, manco inmortal, que pasaste miserias sin cuento; ni tú, florentino sublime que con el alma llena de las ardientes visiones de tu *Divina Comedia,* mendigaste el pan del desterrado; ni tú, Tasso, ni tú Petrarca, ni tú, pobre Rembrandt, ni tú, enorme Balzac, perseguido por los ruines acreedores, ni vosotros, todos, ¡oh poetas, oh genios, oh faros, oh padres del espíritu humano que atravesasteis la vida, amando, odiando, cantando, soñando, mendigando, mientras que los otros se enriquecían, gozaban y morían satisfechos y tranquilos!

Divago al escribir. Cada uno de esos hombres, al olvidar las miserables materialidades de la vida, lo hacía para realizar algún plan grande que inmortalizara su memoria. Yo pierdo inútilmente mi tiempo entretenido como un niño en futilidades más o menos hermosas, sin buscar la única que devolverá la paz a mi espíritu conturbado.

Cuando puse los pies en el salón de consulta de Rivington, todas las impresiones de las últimas dos semanas refluían a mi memoria y, olvidado de los detalles de la vida real, se movía mi espíritu en un ambiente de etéreas delicadezas y sobrenaturales y deliciosos sentimientos producido por la contemplación incesante de los cuadros y la lectura de los versos de Rossetti. Ese ambiente de ardiente y melancólico misticismo poblado de ensueños referentes a Helena y perfumado de ella, como el aire de suntuoso retrete femenino del aroma de las flores que agonizan aromándolo, me había envuelto por largas horas, como una niebla espiritual, impidiéndome el contacto con el mundo exterior. Disipóse como por

encantamiento al sentarme en uno de los sillones de la consulta y recorrer con los ojos la concurrencia que esperaba, haciendo antesala, el turno obligado para solicitar los auxilios del hombre de ciencia. Frente a mí un viejazo apoplético y obeso, envuelto en pesado abrigo de pieles, con el cogote rojo como jamón y rugoso como un cuero de caimán, los ojos cubiertos por dobles anteojos negros, y los enormes pies deformados por la gota, calzados con gruesos botarrones, roncaba a pierna suelta. Se había dormido esperando el turno. En un ángulo de la sala una mujer de anguloso perfil, canosa y con cara de hambre, miraba con sus ojuelos grises cargados de odio, a una pobre chiquilla de doce a trece años de ralos cabellos de un rubio sucio, desteñida tez salpicada de pecas, y descolorida boca entreabierta que dejaba ver los dientes picados y las encías desteñidas. En otro sillón estaba sentado un hombrecillo enclenque, de color de aceituna que guardaba una quietud absoluta, inquietante, inverosímil, y por entre aquellos cuatro individuos, de miserable y dolorosa apariencia, se paseaba a grandes pasos por el salón un fantástico personaje, desmesuradamente largo y flaco, de aspecto caricatural, que se retorcía con furia los pelos de larguísimo bigotillo encerado y cuyos gestos sacudidos seguían con indulgente solicitud los ojos de un hombre de treinta años, vestido con refinada elegancia, pero en cuya delicada y hermosa fisonomía, de una palidez extraña, se leían los signos de definitivo e irremediable agotamiento.

La chiquilla del pelo rubio se sacudió toda, dio un gritico agudo de pájaro herido y agitó sus miembros débiles un estremezón nervioso; despertosé con un ronquido bronco el personaje de las pieles y se frotó con la enorme mano rijiza y rellena como un guante de esgrima la faz apoplética, no hizo un movimiento el individuo verde aceituna, que parecía una estatua de cera, y visiblemente humillado, al sentirse en aquella asamblea de incurables, el enfermo elegante que un momento antes paseaba por todo el cuarto la mirada de sus ojos cansados, los volvió a un anillo de rubíes que le adornaba el dedo meñique de la mano izquierda.

Excitado por la vista de aquellos infelices, surgió en el fondo de mí el orgullo de la vida, de la juventud y del vigor, y con involuntario movimiento me apreté con la derecha, crispada casi, el biceps del brazo izquierdo, que sobresalía elástico y fuerte, formando como una masa de hierro, bajo la gruesa *cheviotte* del vestido de invierno; la sangre se me subió a las mejillas y con brusco movimiento me levanté para salir. . . No, yo no estaba enfermo, yo no era un incurable, un harapo humano como aquellos desgraciados. ¿Enfermo yo? ¿De qué? De un exceso de vida, de un exceso de ideas, de un exceso de fuerza y, como si hubiera visto la muerte al ver aquellos restos de persona que iban a buscar modo de aliviar sus días miserables, deseé en ese minuto todos los placeres de la vida, todos los sabores, los perfumes, los colores, las líneas, las músicas,

los contactos deliciosos; me provocó apurarlo todo ahí, en ese minuto, antes de que mi cuerpo se deformara y se convirtiera en una miseria como las que estaba viendo. . .

Tan profunda fue la impresión que no caí en la cuenta de la salida de la persona cuya consulta había terminado, ni vi, en el primer momento, a Rivington, que por la puerta entreabierta del gabinete me miraba de pies a cabeza, con ojos de inquietud.

—Doctor— dije saludándolo olvidado de que había enfermos que debían precederme.

—Siga usted— dijo con cierta brusquedad, haciéndome entrar al cuarto.

Ahí siguió una escena grotesca en que, sin poderme dominar y llorando como una mujer, abrazado a aquel jayán casi desconocido para mí, le conté la atroz impresión que me había producido su horrible clientela y le supliqué que me asegurara que no estaba enfermo, que no me volvería loco, y en que con frases estúpidamente sentimentales le supliqué que me permitiera enviar un pintor a su casa para obtener una copia del cuadro. Suave como una madre que maneja a un muchacho enfermo, consentido y antojadizo, el especialista se denegó a mi deseo y con su gravedad acostumbrada, me hizo ver todo lo que había de anormal y de enfermizo en mi estado de espíritu de esos momentos.

—Yo había creído menos grave su caso. Es preciso que usted aproveche las fuerzas que le quedan para buscar la curación inmediatamente; vaya usted desde mañana a buscar a esa señorita, diviértase, distráigase, no sueñe más; el sueño es un veneno para usted. Juegue, emborráchese, más bien. Eso sería más higiénico en su estado de hoy. No pierda usted un minuto, vaya a buscarla. Usted la encontrará y si quiere la hará su esposa. Está usted joven, posee una hermosa fortuna, tiene usted todos los elementos para ser feliz; no pierda su tiempo en inútiles desvaríos. . . Sea feliz. . .

Le he remunerado al viejo esa extraña consulta, terminada con esa fantástica receta, con largueza de príncipe. Creía que me devolvería el cheque, pero no, lo guardó y lo empleará bien, de seguro. Tanto mejor.

Dentro de diez días estaré en París, reinstalado en mi hotel, y consagrado a buscarla. Pienso con horror en volver a la ciudad donde mi vida se deslizó por tanto tiempo en medio de asquerosas delicias. ¡Tú hueles a fábrica y a humo, mi Londres fuliginoso y negro, la trabazón aérea de telegráficas redes cruza tu cielo opaco; tiene tu ferrocarril subterráneo aspecto de pesadilla grotesca; el pueblo que te habita ignora la sonrisa; tú, París, acaricias al viajero con la amplitud de tus elegantes avenidas, con la gracia latina de tus moradores, con la belleza armoniosa de tus edificios, pero en el aire que en ti se respira se confunden olores de mujer y de polvos de arroz, de guiso y de peluquería! Eres una cortesana. Te amo despreciándote, como se adora a ciertas mujeres

que nos seducen con el sortilegio de su belleza sensual y sé bien que los pies de Helena no huellan tu suelo, ¡oh pérfida y voluptuosa Babilonia!

De la temporada de Londres me llevo una deliciosa impresión de recogimiento y de vida interior exacerbada hasta lo indecible. Dos idiomas que eran para mí letra muerta, el griego y el ruso; dos ramos de la actividad humana que me eran extraños, todas las artes de la guerra y la agronomía con todos sus progresos realizados en la última mitad de este siglo me son completamente familiares. Amplia cosecha de impresiones de arte, lecturas de los originales de los trágicos griegos que conocía antes en malas traduciones, de los poetas anteriores a Shakespeare, de toda la pléyade moderna, desde el sensual y vibrante Swinburne hasta la mística Cristina Rossetti; inefables ensueños provocados por los cuadros de Holman Hunt, Whistler y de Burne Jones; ¡todo eso me has dado, ciudad monstruo que me apareces casi ideal porque mientras he vivido en tu seno, he vivido con su recuerdo!

Al comenzar los tapiceros a desarmar la casa me he quedado sorprendido del número de objetos de arte y de lujo que insensiblemente he comprado en estos seis meses y los he remirado uno por uno, con cariño, porque en lo futuro me recordarán una época de mi vida más noble que los últimos años. Tú irás a adornar el vestíbulo del hotel en París, enorme vaso etrusco que ostentas en tus bajos relieves hermosa procesión de sátiros y de ninfas, y por sobre las cabezas de carnero que forman tus asas, las orquídeas del trópico, enredarán sus tallos florecidos de níveas mariposas vegetales, salpicadas de violado y de púrpura; os cruzaréis en guerrera panoplia sobre la partesana, cincelada como una joya, vosotras, espadas árabes de polícromas empuñaduras, con las tersas hojas de complicados gavilanes y retorcidas contraguardas que templaron en las aguas del Tajo los maestros toledanos del siglo XVI y las árabes moharras y peligrosas franciscas con las finas dagas damasquinadas de oro; contra lo desteñido de vuestros matices moribundos, antiguos brocateles pesados, sonreirán los dos cuadros de Gainsborough y de Reynolds que compré en la venta del mes anterior; vosotros, ejemplares de Shelley, de Burne, de Keats, de Tennyson y de Rossetti, que lleváis sobre el marroquí blanco de las primorosas pastas, grabadas las tres hojas y la mariposa del camafeo, iréis a esperar sobre el velador veneciano de malaquita que recorran vuestras páginas sus ojos, sorprendidos de encontrar allí el diseño de su joya perdida, ¡y tú, rubí único, rubí de Burmah, pagado a Bentzen en una fortuna, rubí que ardes como una ascua y brillas como un rayo de luz, tú irás a irradiar, como una cristalización de sangre, sosteniendo el anillo nupcial, y empalideciendo más la sobrenatural blancura de sus dedos afilados, en su pálida mano de reina!

París, 26 de diciembre.

Desde el momento en que pisé esta ciudad me ha invadido un malestar indescriptible. No es una impresión moral, porque, serenado mi espíritu por la idea de buscar a Helena y confortado por la esperanza de encontrarla, me siento mejor; no es una enfermedad porque ningún síntoma externo la traduce, ni lo acompaña dolor alguno, y mi cuerpo rebosa de vida. Tengo como una plétora de fuerza disponible que no encuentro cómo gastar. El día de antier lo pasé todo en violentos ejercicios físicos, equitación, ciclismo, box, florete, que en vez de fatigarme, le dieron a mis músculos una sensación de fuerza precisa, que por absurda que sea la imagen, se me ocurre comparar con la que tendría una máquina bien construída si tomara conciencia de la solidez de sus engranajes de acero y de la potencia del motor que los hace funcionar. "Estás hecho un Hércules", me decía antier el viejo Miranda, golpeándome el hombro, y brillándole los ojos de envidia, en los momentos que pasé en su escritorio.

Hecho un Hércules y parece que ese exceso de vigor es la causa del extraño estado en que me encuentro. Ayer no pude resistir más y me fui a un médico, a quien sin entrar en detalles de otro orden, le referí mis achaques. Fue el profesor Charvet, el sabio que ha resumido en los seis volúmenes de sus admirables *Lecciones* sobre el sistema nervioso lo que sabe la ciencia de hoy a ese respecto, y que me conoce y me mira con extrema benevolencia desde que oí sus lecciones en la facultad y presencié sus curiosas experiencias de hipnotismo en la Salpetrière.

—Ha realizado usted el consejo de Spencer— me dijo: "seamos buenos animales": es usted un hermoso animal— agregó sonriéndose—. Espero que no se tratará de una enfermedad grave. ¿A qué le debo el placer de su consulta? . . .

—A una abominable impresión de ansiedad y de angustia bajo la cual estoy viviendo desde mi llegada a París; de angustia sin motivo y por consiguiente más odiosa; de ansiedad que no se refiere a nada, y a la cual preferiría el dolor más intenso. . . ¿Le ha sucedido a usted, doctor, correr, ya en retardo, a una cita urgente, contar los minutos, los segundos, abrir el reloj, no ver la hora, volverlo a abrir, ver que el instantáneo se mueve, rectificar si el cronómetro funciona, aplicándole el oído, creer que se ha parado, buscar la hora en los relojes de la calle, sentir que el tren o el coche no caminan y no descansar de la horrible impresión que le hace correr sudor frío por las sienes y le aprieta el epigastrio, sino después de estar en el lugar convenido? . . . Prolongue usted eso por seis días, exacérbelo, hágalo más insoportable quitándole la causa y tendrá usted idea de lo que siento.

Me interrogó hábil y discretamente hasta hacerme confesar los cinco meses de abstinencia sexual a que me ha condenado la imposibilidad

de tolerar cualquier contacto femenino desde la tarde del bendito encuentro en Ginebra.

—Acabáramos— prorrumpió con una sonrisa de alegría que le alumbró toda la cara afeitada y le hizo, al sacudir la cabeza, brillar los cabellos blancos y lisos que, echados para atrás, le caen en espesa melena sobre el cuello del largo levitón negro—. Acabáramos, ¿y ese capricho? ¿un voto de castidad hecho por usted, a sus años y con esa facha?. . . —preguntó con amable expresión.

—No es un capricho; obedece a motivos que serían largos de explicar— dije, para ahorrar comentarios—. ¿Con qué cree usted que es la causa?

—Ya lo creo, amigo mío— respondió con suavidad acariciadora— ya lo creo que es esa la causa. ¡Con esa fisiología de atleta que tiene usted y con sus veintiséis años! Supóngase usted una batería poderosa acumulando electricidad; una caldera produciendo vapor, ¡electricidad y vapor que no se emplean! Estos primeros meses han debido de ser terriblemente incómodos y experimento admiración por la fuerza de voluntad que le ha permitido a usted pasarlos así. Sobran las drogas amigo mío, usted sabe el remedio, aplíqueselo. . . en dosis pequeñas al principio— agregó sonriendo siempre.

—Si no me da usted otro— contesté empleando un tono análogo al que usaba él—, no me curaré pronto, esté usted seguro.

—¡Ah! ¿con qué insiste usted en su régimen? . . . —preguntó con expresión de marcada curiosidad. . .—. Es admirable. . . Vamos, pues gaste usted fuerza en todo sentido como lo ha hecho usted en estos días y complete la obra del ejercicio violento con largos baños calientes y altas dosis de bromuro. Bromuro por agua ordinaria— agregó entregándome la fórmula— y. . ., cuidado con que se despierte de repente la bestia que ha logrado usted domesticar y haga alguna andanada, ¿eh?. . .— me dijo al apretarme la mano en la puerta de la consulta.

Inútil todo. He permanecido horas enteras en la enorme tina de mármol blanco, aletargado por la influencia de la temperatura ardiente del agua; tengo en el paladar el sabor salino de la droga sedante y en las narices el olor de la esencia de toronjil que el profesor agregó a la sal. Inútil todo. La angustia me oprime, me agota, me embrutece; me hace sudar frío; me imposibilita para pensar. En las últimas cuarenta y ocho horas no he podido pegar los ojos y el cerebro, fatigado por el insomnio, funciona débilmente. No pienso casi, y me muero de ansiedad. ¿De qué? . . . De nada. . . Esta mañana hice ensillar el más fogoso de mis caballos— un árabe, fino y nervioso como un artista, que se excita y pifia al verme— y huyendo de la exhibición del Bosque y de los trotecitos de ordenanza, galopé furiosamente tendido al través sobre el fogoso animal que se sorbía los vientos del paisaje invernal, devastado por el frío. . . Me parecía que aquella carrera furibunda tenía algún

objeto que no alcanzaría, y la angustia crecía, crecía, y en el ruido de las herraduras, al golpear la carretera desierta y blanca de nieve, me parecía oír una voz que me gritaba: "¡Apura, apura, vas a llegar tarde; más aprisa, apura, apura!" Y bajo esa impresión llegué cuatro horas después al hotel, bañado en sudor, rendido y temblando de miedo como si allí me esperara una mala noticia... "¿Hay cartas?", le pregunté al portero que me tendió dos. Como si fueran algo inesperado y gravísimo abrí las cubiertas con sobresalto; ¡eran una nota de Morrel y Blundel, dándome aviso de cien libras pagadas a mi sastre en Londres y una esquela de Alberto Miranda avisándome que me habían conseguido al fin unas aguafuertes tras de las cuales andaba hace meses!...

Desde hace seis horas tirito, calado de frío, hasta las médulas de los huesos, tendido en el diván de mi despacho sobre el cual ha acumulado Francisco mantas y pieles que no me calientan, como no me calienta el claro fuego que arde en la chimenea. Me hielo y me muero de angustia. Para distraerla escribo estas líneas, y al releerlas y encontrarlas inteligibles experimento una sorpresa extraña. Es tan grande la debilidad mental que experimento que no podría agregarles cien más. El cerebro se rebela a pensar. Espesa bruma envuelve mi horizonte intelectual; mortal decaimiento me postra, y si por mí fuera no haría un movimiento para no gastar las escasas fuerzas que me quedan. Es como si por una herida invisible se me estuvieran yendo al tiempo la sangre y el alma. Así debió de agonizar Séneca con las venas abiertas, entre el agua tibia de la tina de mármol. En mi espíritu, donde las imágenes pierden su relieve y se confunden, flotan dos versos de un soneto de Rosetti, de aquel soneto en que una visión le habla al poeta entre la bruma nocturna:

Look at my face, my name is might have been.
I am also called no more, farewell.

¡Oh, mírame la faz... ¡Oye mi nombre!
¡Me llamo Lo que pudo ser! Me llamo...
Es tarde... me llamo... ¡Adiós!

Y no puedo levantarme y me muero de angustia y de debilidad... ¡La Muerte!... No me impresiona pensar en ella; ¡estoy seguro de que no es ni más horrible ni más misteriosa que la Vida!

17 de enero.

Estoy mejor ya, acostado todavía, y mientras llega el profesor Charvet, que vendrá a las tres de la tarde, me entretengo en describir, poseído de mi eterna manía de convertir mis impresiones en obra literaria, los síntomas de la extraña dolencia.

Las últimas líneas trazadas aquí tienen fecha del 26. Pasé ese día y los dos siguientes en el mismo estado de maleştar indescriptible que experimentaba al escribir entonces. La impresión de angustia se hizo tan intolerable que, a pesar de mis esfuerzos para dominarme, se traducía en involuntario quejido como el que me habría arrancado una neuralgia y la postración se acentuó de tal modo, que los esfuerzos para levantarme y vestirme fueron inútiles. Francisco, aterrado con mi enfermedad y sin orden mía, corrío al escritorio de los Miranda y a la oficina de Marinoni. Unas horas después, al oír voces, abrí los ojos, que había mantenido cerrados, y al través de la bruma que llenaba el cuarto vi seis caras que se inclinaban sobre la mía; distinguí los bigotazos blancos de don Mariano Miranda, la carita árabe de Vicente, su hijo, la cabezota rubia de Marinoni y la corbata lila de uno de los médicos, un personaje rosado y oloroso a Chypre, que me auscultaba frenéticamente, dándome golpecitos con los dedos llenos de anillos.

Hice un esfuerzo para incorporarme, y la cabeza, como desarticulada por la debilidad, se me fue para atrás sobre los almohadones en que me habían acomodado. La presencia de aquella gente me devolvió un poco de energía, irritándome con las caras de pésame que me mostraban. Logré enderezarme, saludarlos, y le contesté con displicencia al médico de la corbata lila, de las patillas rubias y del pelo rizado, que me preguntaba qué sentía.

—Debilidad y sueño, señor... Debilidad y sueño. —Me quejaba porque me dolía un poco la cabeza.

—Creo que estamos en presencia, querido colega— dijo el afeminado personaje, volviéndose a su compañero, un individuo rechoncho y carirredondo, de barbilla castaña y pelada cabeza, que me miraba con expresión entre irónica y despreciativa— de fenómenos neurasténicos atribuíbles al estado de profunda debilidad en que se encuentra el paciente. Hay ciertos puntos relativos al diagnóstico y al tratamiento en que la ilustrada opinión de usted contribuiría a aclarar mis ideas, querido colega.

—Si quieren ustedes hablar a solas pasen al salón— sugirió don Mariano Miranda, mostrándoles el camino—. Dicen que no es grave. Eso fue todo lo que saqué en limpio; lo demás no se lo entiendo; astenia, neurastenia, anemia, epidemia, syringomelia, camelia, neurosis, coriló-poro... qué sé yo refunfuñó entre dientes, mascando el inevitable cigarro cuya ceniza negruzca caía sobre el tapiz de Ausbusson, que cubría el suelo y cuyo humo nauseabundo me revolvió el alma.

—Tú lo que tienes es que vagabundeas mucho— continuó acomodándose en una silla y mareándome con el olor del tabaco—. Haces bien, muchacho; tienes dinero, estás joven y fuerte; pero no abuses, no abuses.

—Oye las noticias de la tierra— comenzó Vicente, con su vivacidad de mico y el insoportable entusiasmo que pone en contar todo lo que se refiere a los demás— ¿Tú no has recibido las cartas de hoy? . . . Claro que no. En el escritorio las abrimos hace media hora. Las Reyes que, como tú sabes, le cuentan a Víctor todo cuanto sucede allá, le dan una partida de noticias a cual más inesperada; la primera, el matrimonio del calaverón de tu primo Heriberto Monteverde, del tronera de Heriberto; ¿adivina con quién? . . . Con Inés Serrano. ¿No te sorprende? . . . Casarse Monteverde, todo fuego, con la Serrano, tan fría y tan boba y de posición social inferior a la de él, porque en fin, sea lo que sea, los Monteverde son los Monteverde. Parece que irán a pasarse la luna de miel en el Buen Retiro, la hacienda de don Teodoro. Aburrido aquello, ¿eh? Dime, aquí entre los dos: ¿no crees tú que sea puro cálculo de Monteverde ese matrimonio? . . . Las Reyes le dicen a Víctor que está mal de fortuna y que le debe mucho a Spínola. Tal vez sea cierto. ¿Quién sabe, eh? . . . A mi papá le parece muy probable; a Alberto también— agregó con aire de malicia. . . —Nosotros recibimos las órdenes para el *trousseaus* de la novia; la madre encarga un broche de diamantes, que será de lo mejor que se ha mandado para allá en los últimos años. . . y uno de los hermanos un libro de misa. . . Ridículo para regalo de matrimonio, ¿no te parece, un libro de misa? . . . ¡Ah! pero qué te cuento yo de noticias de allá cuando aquí en la colonia hay una cosa nueva que te interesará muchísimo. . . Llegó al fin Eduardo Montt, ¿oyes?, y sé de buena tinta que no trajo más que cuatro mil francos; ¡y si lo vieras! . . . Se ha mandado hacer camisas en casa de Doucet, ropa donde Eppler; comió el domingo en el Café de París, con una cocota famosa, y ayer andaba en el Bosque en coches de *remise*. . . Todo eso con cuatro mil francos! Es increíble, ¿ah? ¿Será que juega, no es cierto? . . . ¿Qué dices tú de eso? . . . ¿Será que juega? . . . A mi papá le parece probable.

—A ese habrá que hacerle suscripción para que se vuelva a la tierra, como al Muñoz aquel de las letras protestadas— dijo filosóficamente don Teodoro, mascando su eterno cigarro—. El que dizque tampoco va muy bien de negocios es el paisano aquel casado con la chilena, que compró títulos de Conde y farolea tanto con su intimidad con los Orleans y con los Duques de la Tremaouille. . .

—Es que no todos tienen las rentas de don José Fernández— le interrumpió Vicente, creyendo decirme una amabilidad—, las renticas que permiten darse la gran vida sin llegar a pedir pesetas. . . Y a propósito de renta, qué barbaridad de precios los de las aguafuertes que te mandaron hoy al esritorio. . . y lo que has de ver es que le parecieron abominables a Alberto, que entiende de pintura. ¡Es que tú tienes unos gustos tan extravagantes!

Los médicos entraron; el buchón de la cara irónica con el ceño fruncido, el de la corbata lila y las doradas patillas, más caricontento y más orondo que nunca.

—Mi amable y bondadoso colega ha tenido la bondad de honrarme autorizándome para decirle a usted la opinión que hemos formado respecto de la novedad que usted experimenta. Son graves los desórdenes del sistema nervioso. . . —comenzó ahuecando la voz y emprendiéndola con una disertación intermidable en que enumeró todas las neurosis tiqueteadas y clasificadas en los últimos veinte años y las conocidas desde el principio de los tiempos. Me habló del vértigo mental y de la epilepsia, de la catalepsia y de la letargía, de la corea y de las parálisis agitantes, de las ataxias y de los tétanos, de las neuralgias, de las neuritis y de los tics dolorosos, de las neurosis traumáticas y de las neurastenias, y con especial complacencia de las enfermedades recién inventadas, del *railway frain* y del *railway spine,* de todos los miedos mórbidos, el miedo de los espacios abiertos y de los espacios cerrados, de la mugre y de los animales, del miedo de los muertos, de las enfermedades y de los astros. A todas aquellas miserias les daba los nombres técnicos, kenofobia, claustrofobia, misofobia, zoofobia, necrofobia, pasofobia, astrofobia, que parecían llenarle la boca y dejársela sabiendo a miel al pronunciarlas. . . El otro individuo, el buchón de la barbilla castaña, continuaba callado, sonriéndose, y tenía cara de divertirse hasta lo infinito con aquella charla exhibicionista de su *querido colega.*

—¿Y cuál de esas enfermedades creen ustedes que tengo yo? . . . —pregunté, divertido ya por el personaje. . .

—Sería aventurado un diagnóstico en estos momentos en que la indecisión de los síntomas y las escasas nociones que poseemos sobre la etiología del mal, impiden la precisión requerida— dijo con gravedad sacerdotal. . . —Los síntomas harían creer en una somnosis o en una narcolepsia; pero nada podemos precisar antes de que se regularicen las funciones del tubo digestivo. *Ingeniis largiter ventris. . .*

—Hay que purgarlo— soltó el esculapio de la cabeza calva, disparando aquella frase como un pistoletazo, y como si se tratara de un caballo.

Los versos de la zarzuela española me cantaron en la memoria y trajeron involuntaria sonrisa a mis labios.

Juzgando por los síntomas
que tiene el animal,
bien puede estar hidrófobo,
bien puede no lo estar.
Y afirma el grande Hipócrates
que el perro en caso tal
suele ladrar muchísimo
o suele no ladrar.

Hubo una discusión entre las dos notabilidades respecto del que escribiría la fórmula, y al fin el hombre de la barbilla castaña trazó en el papel signos que equivalían a una dosis de sal de Inglaterra, calculada para purgar a un toro Durham.

—Se tomará usted esto mañana temprano, y una dosis igual pasado mañana, y otra todas las mañanas durante seis días— me dijo con brusquedad—. Al séptimo, estará usted bueno, le doy mi palabra de honor.

—Celebro que no sea nada. . . Usa pero no abuses— dijo don Mariano levantándose. . . —¿Qué sabio, eh?— insinuó mostrándome el personaje de la corbata lila. . . — Es el médico de Vicentico.

—Y de ella— me murmuró al oído éste al despedirse. . . —me lo recomendó ella.

Ella es una actriz de los bufos, que se está comiendo la fortuna de los Miranda, servida en forma de diamantes y de coches por mi bien informado amigo, que nació *repórter,* como otros nacen ciegos.

—Recuérdame contarte otra noticia que trajo el correo— dijo con aire picaresco sacudiéndome la mano al despedirse. . .

Salieron. ¿A qué habían venido aquellos buenos amigos? . . . El uno a fumarse un nauseabundo cigarro, arrellenado en una poltrona más cómoda que las de su despacho; el otro, a traerme su cosecha de vulgaridades; los dos médicos, a cobrar su charla el uno, su estúpida receta el otro.

—¡Deliciosos tus paisanos!— dijo Marinoni, saliendo del rincón donde se había metido desde que entró—. ¡Deliciosos! ¿Pero qué es lo que tienes? Estás desfigurado— agregó al ver mi palidez, mis ojeras profundas y el temblor de mis manos débiles. —¿Qué te pasa? . . . Tú estás muy mal. Es necesario que venga Charvet; voy a traerlo; no me gusta tu aspecto— agregó después de que le hube contado el martirio de los últimos días.

A media noche, después de un sueño que más bien me había quitado que devuelto las fuerzas, un sueño de niño que se muere de debilidad, desperté presa de mortal sobresalto, sudando frío y dando un grito de angustia.

—¿Qué es esto, amigo mío?— me dijo Charvet que, sentado al lado del diván, espiaba mi sueño, acomodando los almohadones que me sostenían la cabeza. . .— ¿Qué es esto? Haga usted un esfuerzo y cuénteme qué le ha pasado.

—Que me estoy muriendo, doctor. . .— le dije estrechándole la mano. . .—; que me estoy muriendo sin causa, muriéndome de angustia y de falta de fuerzas.

—¿Usted cometió alguna locura después de ir a mi consulta, no es cierto? . . . He llegado a imaginarme, mientras lo veía dormido, que ha tenido usted una hemorragia abundante. . . Déjeme usted examinarlo— dijo acercando la luz—. Incorpórese usted un poco para oír el corazón;

así, eso es... Bien: ahora, recuéstese usted... póngase ahí el termómetro, no se inquiete usted; crea que haré cuanto esté a mi alcance para mejorarlo. Usted me interesa de veras... ¿Su familia no vive ahora en París, cierto?...

—No tengo familia, doctor; vivo solo con mis criados.

—Pero tiene usted muchos, muchísimos amigos que lo quieren— dijo como para consolarme—. Esta noche al entrar he encontrado gente en el vestíbulo y en el salón... ¿Con que vive usted solo, completamente solo?... —volvió a preguntar...— Un grado menos de la temperatura normal— dijo mirando el termómetro—; el pulso de un niño moribundo; esa palidez, esa postración; y el día en que usted estuvo en mi consulta, me quedé asombrado de su vigor... El corazón está débil como el de un viejo de setenta años... Vamos, tenga usted confianza en mí; confiéseme usted qué es lo que le ha pasado... ¿Fue muy abundante la hemorragia?...

Cuando le conté que había seguido estrictamente sus prescripciones y cuál había sido mi vida desde que no nos veíamos, se levantó del asiento y comenzó a pasearse por el cuarto a pasos contados y lentos, con las manos metidas en los bolsillos del patalón y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—No puedo soportar por más tiempo lo que siento— le dije incorporándome—. Deme usted algo que me haga dormir o me vuelvo loco. Píqueme usted con morfina, hágame beber cloral, hágame dormir a todo trance, aunque me cueste la vida.

—Yo no puedo hacer eso, señor; mi deber me lo prohibe— contestó deteniéndose, con aire a la vez ceremonioso y desagradado—. Además, el sueño artificial no le impediría sentir lo que siente. Yo, respecto de usted, no sé más que dos cosas: primera, que si le diera a usted la más pequeña dosis de narcótico, lo envenenaría, porque está usted en un estado de debilidad extrema increíble; segunda, que tengo que levantarle las fuerzas, porque el corazón funciona muy lentamente, y su organismo entero presenta fenómenos graves e inexplicables de depresión y de agotamiento que no entiendo.

—¿Estos es mortal, doctor? Dígamelo usted francamente, de una vez— le dije con voz trémula.

—Mi pobre amigo —comenzó, sentándose otra vez cerca del diván—, está usted hablando con un ignorante. Usted ha seguido mis cursos, ha visto mis experiencias; según entiendo, ha leído mis libros, sabe que gozo de alguna fama en el mundo científico... No se extrañe de lo que voy a decirle. Oiga usted...: yo no sé lo que usted tiene. Si fuera un charlatán, le diría un nombre rotundamente; inventaría una entidad patológica a qué referir los fenómenos que estoy observando, y lo llenaría de drogas... Lo más que puedo hacer en obsequio suyo es llamar a

alguno de mis colegas para que me acompañe a estudiar su caso... Puede ser que él vea más claro que yo. ¿Quiere usted que lo hagamos?

Me denegué abiertamente, y pareció agradecérmelo. A la mañana siguiente volvió y me obligó a beber dos copas de cogñac, que me quemaron la garganta y me trastornaron un poco. El viejo espiaba con interés los efectos del licor. Me puso una inyección de éter y me hizo tomar unos gránulos de cafeína. Me prometió que haría preparar inmediatamente un medicamento para que comenzara a tomarlo de hora en hora, y quedó en que volvería antes de la tarde.

—Ofrézcame usted que, por grande que sea el malestar que sienta, no se moverá usted de esta cama ni tomará usted nada que no sea su poción.

Se lo ofrecí, y de hora en hora apuré el contenido de la oscura botella. Era un licor rojizo, perfumado, meloso y amargo en que se fundían diez sabores extraños. A la quinta cucharada, como quemado por un fuego interior, sentía correr la sangre por las venas, y estremecimientos de vida vibrándome a lo largo de la columna vertebral. Me provocó levantarme. Tomaba la sexta, cuando entró Charvet con Marinoni.

—¿Ya resucitó usted? —me preguntó el viejo, tendiéndome la mano.

Comencé hablarle en voz alta, vibrante y llena, y le di las gracias por sus cuidados. "Me sentía moribundo y estoy lleno de vida, doctor —le dije—, me ha devuelto usted mis fuerzas perdidas en unas horas; ahora va usted a quitarme esta maldita impresión de ansiedad que me desespera, ¿no es cierto?...".

—Eso desaparecerá en tres o cuatro días, si todo sigue bien. ¿Tendrá usted valor suficiente para pasarlos sin recurrir a los narcóticos?... Si usted lo tiene, me atreveré a pronosticarle una mejoría rápida. Sin embargo, no debo ocultarle un temor que tengo desde ayer; es fácil que de un momento a otro le comience a usted una neuralgia violenta que prolongará su enfermedad por varias semanas. Puede usted levantarse mañana, si no siente dolor alguno, y pasar unas horas en el escritorio. Cuidado con el frío...

El treinta y uno por la tarde me aseguró que me encontraba bien y que en algunos días más podría salir a la calle. Sintiéndome con fuerzas de sobra y desesperado con aquel encierro, en que mis nervios excitados no habían tolerado más compañía que la del suave Marinoni, a quien el recargo de ocupaciones le impedía estar a mi lado, convencí a Francisco, rendido por las noches de vigilia, de que se acostara, y preparé mi salida nocturna. Desde el mediodía era ya intolerable lo que estaba sintiendo. El malestar que me hizo ir la primera vez a casa de Charvet, la ansiedad loca del galope en el camino de Sévres, la horrible angustia de los días pasados, eran un juego de niños junto al martirio de aquella tarde... La perspectiva de la noche insomne del año nuevo, aquel lento sonar

de las horas en el viejo reloj del vestíbulo, aquella melancolía sin nombre, que me había invadido el alma desde por la mañana, me hacían inaceptable la idea de la reclusión. Quería oír el ruido de la multitud, perderme por unos minutos en el tumulto humano, olvidarme de mí mismo.

Sonó, cerrándose tras de mí, la puerta del hotel. Una ráfaga helada me azotó la cara y me hizo correr un escalofrío por las vértebras. La ansiedad tomó la forma concreta de una idea de movimiento, y tuve que contenerme, para no realizar el deseo que surgió en las profundidades de mi ser, de correr como un loco, frenéticamente, hasta caer falto de aliento contra la sábana helada que extendía el invierno sobre el piso de la calle silenciosa.

Eran las doce menos veinte minutos cuando salí al boulevard y me confundí con el río humano que por él circulaba. El aspecto de las barracas de año nuevo, negras sobre la blancura de la nieve, de las ventanas de los restaurantes, rojizas por la luz que se flitraba por los despulidos vidrios y las transparentes cortinillas, los esqueletos descarnados de los árboles, que alzaban las desmedradas ramas hacia el cielo plomizo y bajo, la misma animación de la multitud, ruidosa y alegre, aumentaron la horrible impresión que me dominaba. Caminé durante un cuarto de hora con paso bastante firme y... Me detuve un instante cerca de un pico de gas, cuya llama ardía en la oscuridad nocturna como una mariposa de fuego... "¿Cartas transparentes?" —me dijo un muchacho, que guardó el obsceno paquete al volverlo a mirar.

La luz de las ventanas de una tienda de bronces me atrajo, y caminando despacio, porque sentía que las fuerzas me abandonaban, fui a pararme al pie de una de ellas.

Una mujer pálida y flaca, con cara de hambre, las mejillas y la boca teñidas de carmín, me hizo estremecer de pies a cabeza al tocarme la manga del pesado abrigo de pieles que me envolvía, y sonó siniestramente en mis oídos el *pssit pssit,* que le dirigió a un inglés obeso y sanguíneo, forrado en *cheviotte* gris, que se había detenido a mi lado y que se fue tras ella. Al volver la cabeza, los faroles de vidrio rojo de un fiacre que cruzó por la bocacalle vecina, distrajeron mi atención por unos segundos. Me fijé luego en la ventana, y en el momento mismo en que vi el gran reloj de mármol negro con su muestra de alabastro y volante montado por fuera, colgando de la mano de una figura de bronce, sostenido por un hilo de metal dorado, comprendí a qué se refería la angustia horrible que había venido sintiendo en los días y las noches anteriores: ¡ah, indudablemente era el terror irrazonado, siniestro y lúgubre del año que iba a comenzar! Faltaban cinco minutos para las doce. El puntero de oro avanzaba sobre la muestra de alabastro. El volante iba y venía: tic tac, tic tac, tic tac; un hilo luminoso sobre el fondo sombrío: tic tac, tic tac, tic tac. Los dos espejos laterales de la ventana, al copiarse, reflejaban

con un tinte verdoso de cadáver descompuesto mi fisonomía horriblemente desfigurada y pálida, el perfil adelgazado por el sufrimiento de los días anteriores y la maraña de la descuidada barba. Me pareció que estaba preso entre dos muros de vidrio y que jamás podría salir de allí. El volante iba y venía: tic tac, tic tac, tic tac, y cada oscilación marcaba un grado más de angustia, de terror y de desesperación en mi alma. Rígido el cuerpo, crispado los nervios, exacerbados los sentidos, el murmullo del río humano que corría a mis espaldas se cambió para mis oídos alucinados en un sollozo infinito que iba a perderse en aquellos nubarrones plomizos y grises que encapotaban el cielo. Tic tac, tic tac, tic tac. El volante iba y venía sobre el fondo oscuro de la ventana. A cada segundo que pasaba lo sobrenatural se acercaba más y más para aparecérseme en el fondo del abismo de sombra que se abriría tras de la muestra de alabastro al sonar la hora del año nuevo. La hora se acercaba. Tic tac, tic tac. . . Quise huir para no ver aquello, y las piernas no obedecieron al impulso de la voluntad. Un frío mortal me subió desde los pies hasta la nuca. En la pesadilla sin nombre en que se deshacía mi ser, vi avanzarse hasta mí el reloj de mármol negro, como un ser viviente, y aterrado caminé para atrás cuatro pasos. Los doce golpes sonaron en mis oídos lentamente, gravemente, cubriendo todos los rumores de la calle con un ruido ensordecedor, metálico y fino de campanas de oro. Confundidos los punteros en uno solo para marcar la hora trágica del horror supremo, el volante se detuvo, inmóvil, como obedeciendo a un mandato de lo invisible. Espesa niebla flotó ante mis ojos, una neuralgia violenta me atravesó la cabeza de sien a sien, como un rayo de dolor, y caí desplomado sobre el hielo.

Cuando volví en mí estaba en mi cuarto, vestido, con la camisa abierta, acostado en el lecho. Marinoni estaba allí cerca, y Francisco rezaba, arrodillado, las oraciones de los agonizantes. Sobre la mesa cercana a mi lecho ardía un cirio al pie de un Cristo. La luz tétrica de la madrugada se filtraba por los calados de los balcones. Una neuralgia horrible me apretaba la cabeza como en un círculo de fierro; pero la impresión de angustia había desaparecido.

—¡Marinoni! —grité—, me he salvado; acércate.

—Por milagro estás vivo. Eres un loco. Si supieras la noche que nos has hecho pasar ¿Cómo es eso de que estás bueno?. . .

—Estoy bueno. Tengo un dolor horrible que me va a matar tal vez, pero no siento la ansiedad de los días pasados. —Dije eso y caí en una especie de letargia profunda.

De los primeros diez días de fiebre conservo confusas impresiones. Mis ojos no acostumbrados a la penunmbra gris de la alcoba, percibían oscuramente lo blanco y lo negro del vestido de una hermana de caridad sentada a la cabecera del lecho, y el contorno de la nívea corneta que, contra la oscuridad de la pared se le antojaba a mi pobre cerebro una

garza con las alas abiertas, y por asociación de ideas evocaba el recuerdo de los pantanos de Santa Bárbara.

Al desaparecer la fiebre sentí una debilidad extrema. Ahora estoy en plena convalecencia, siento que la vida me vuelve con cada copa de los añejos vinos españoles que apuro, con cada bocado de los que devoro con apetito pantagruélico, y Charvet está encantado de ver la rapidez con que voy adquiriendo fuerzas.

Parece que el viejo me hubiera cogido cariño. Es sensual hasta las puntas de las uñas; tiene la pasión de la obra de arte, un gusto exquisito, y según dice, posee la más hermosa colección de tapices persas que existe en París. Cuando viene a verme se acomoda en un sillón cerca del fuego, bebe a traguitos un jerez desteñido de cuarenta años, saboreándolo, viéndole el color a levantar a la altura de los ojos la frágil copa de Salviati en que se le sirve y oliéndolo con delicia. A veces, como para excusarse de apurar la tercera, dice "excelente", pegándose a la boca los dedos recogidos de la mano, abriéndolos luego y extendiendo el brazo para levantarlo, con un movimiento blando que parece esparcir en el aire el perfume del añejo licor.

—Qué falta hace entre los tesoros de arte que ha amontonado usted en su vivienda una mujer, no una querida, que sería incapaz de entender nada de esto, sino una mujer muy joven y de gran raza, que gozara con cada detalle suntuoso y animara con su frescura las magnificiencias sombrías de estos aposentos, donde usted debe echar de menos, a veces, una delicada presencia femenina. . . Cásese usted, amigo mío. . . El matrimonio es una hermosa invención de los hombres, la única capaz de canalizar el instinto sexual.

¿Se sonríe porque le hablo así?. . . Ha de saber usted que la medicina no ha sido para mí más que una necesidad, un modo de ganar el pan. Yo tengo nervios de artista, no de hombre de ciencia; por eso me entiendo bien con usted. Aquí entre nosotros le confieso que una de las amarguras de mi vida es que mi nombre va a quedar pegado para toda la eternidad al de una asquerosa alteración de los cordones nerviosos de la medula. Esa idea me revuelve el alma. Un botánico despicha, en alguna montaña del trópico, una hermosa planta de olorosas flores; un astrónomo observa un cometa, y la humanidad en lo futuro no puede separar su recuerdo de la imagen de los pétalos frescos, o de los luminosos rayos que caen de lo alto. . . uno de nosotros, doblado sobre el cadáver sanguinolento, hurgándolo con el bisturí, ve una fea manchita que le parece anómala, somete el tejido al microscopio, gasta sus pobres ojos observándolo, escribe una monografía en que inventa lo que le falta saber, y por premio de sus esfuerzos consigue esto: que un charlatán, al desahuciar a un infeliz cuyo mal ignora, lo acabe de aterrar diciéndole: "tiene usted un principio de mal de Bright. . . no puede hacer nada por su salud; estos síntomas denuncian la neuropatía cerebro-cardíaca de Krishaber; la cien-

cia es impotente; convénzase usted de que lo devora la enfermedad de Charvet...". ¿Le parece a usted muy entretenido eso de que le den el nombre de uno a una cosa innoble? —concluyó, con las manos metidas en el fondo de los bolsillos y sacudiendo la cabeza con expresión de asco... —Goce usted suavemente de la vida, cásese usted, amigo mío, sea usted feliz...

10 de marzo.

El regalo de Rivington, una copia suntuosamente enmarcada y hecha por mano de maesto del cuadro que adorna su sala, llegó hace cuatro días a mi hotel. Fue en el salón donde abrí la caja, retirando yo mismo los tornillos, levantando las tablas, rompiendo los papeles que lo envolvían, hasta contemplar la ideal imagen de la Idolatrada. Imposible permitir que una mano servil hubiera ejecutado aquella tarea. La pintura es un perfecto espécimen de los procedimientos de la cofradía prerrafaelita; casi nulo el movimiento de la figura noble, colocada de tres cuartos y mirando de frente; maravillosos por el dibujo y por el color los piesecitos desnudos que asoman bajo el oro de la complicada orla bizantina que bordea la túnica blanca y las manos afiladas y largas que desligadas de la muñeca al modo de las figuras del Parmagiano, se juntan para sostener el manojo de lirios, y los brazos envueltos hasta el codo en los albos pliegues de largo manto y desnudos luego. El modelado de la cabeza, el brillo ligeramente excesivo de los colores, agrupados por toques, todo el conjunto de la composición se resiente del amaneramiento puesto en boga por los imitadores de los cuatrocentistas. Está detallado aquello con la minuciosidad extrema, con todo el *acabado* que satisfaría al Ruskin más exigente; distingue quien lo mira uno a uno los rayos que forman las aureola que circuye los rizos castaños de la cabeza, los hilos de oro de la orla bordada, las ramazones de los duraznos en flor, los pétalos rosados de éstas, las hojas de las rosas amarillas, sobre la verdura de los matorrales, y en los retoños y yerbas del suelo podría un botánico reconocer una a una las plantas copiadas allí por el artista. Al pie de la pintura, sobre la orla negra, brilla en dorados caracteres latinos la frase:

MANIBUS DATE LILIA PLENIS

¿Quién era el pintor, ese J. F. Siddal, cuyo nombre está al pie de la tela, que con tan extremado amor puso la mística expresión de unción soberana y casi extática en el lienzo que puebla ahora mi casa y mi vida de dulcísimo ensueños... Ni lo mencionan los críticos que han escrito

sobre la *Pre-Raphaelite Brotherhood*, ni figura su nombre en ninguna galería ni catálogo de museo.

¿Qué me importa el ideal de arte que le dictaba su técnica minuciosa, si ante mis ojos sonríes, con la suave gracia de los largos lineamientos de tu cuerpo delicado, con la misteriosa irradiación de tus pupilas azules que alumbran la sobrenatural palidez del semblante, enmarcado por los sedosos rizos castaños de la destrenzada cabellera, ¡oh! imagen que llenas mi vida y mi alma?...

He aquí lo que he encontrado para que, en el cuarto vecino al escritorio, donde amplia cortina de antiguo tejido y desteñidos matices deja caer sus pliegues a los lados del balcón enmarcándolo, esté junto lo mejor de mí mismo. Sobre las paredes tendidas de oscuro cuero de Córdoba sólo atraen las miradas dos telas: la copia enviada por el doctor Rivington y el retrato de la abuela, con su perfil de Santa Ana y las canas blancas destacándose sobre un fondo oscuro que pintó para mí James MacNeil Whistler, el extraño artista que, al decir de un crítico, sabe con extralúcida intuición desprender en sus obras, bañadas de misterio, lo suprasensible de lo real.

Al pie del retrato de Helena, pesada mesa de bronce cincelado sostiene las jardineras llenas de flores que pedí a Cannes por telégrafo, Sube hasta sus pies el aroma de las rosas rojas, de las rosas amarillentas y de las rosas blancas, de los ramos de violetas de Parma que languidecen en altas copas de cristal opalescente, de los montones de claveles blancos, áureos, sonrosados, purpúreos, confundidos con la suave emanación de las mimosas y de los lirios. Aquella oposición de vívidos tonos que cantan, tentaría la paleta de un colorista.

Sobre el verde de los veladores de malaquita contrasta el blanco de las pastas, ornamentadas con las tres hojas y la mariposa, de los tomos de versos que compré en Londres e hice encuadernar a mi antojo. Un solo sillón, donde bajo la mirada apaciguadora de los ojos azules, voy a leer a Shelley o Longfellow, y el pesado cofre de hierro donde guardo las joyas, su camafeo, y el ramo de rosas de Ginebra, forman el mobiliario del cuarto.

¡Ese ambiente de espiritualidad es el que requieres, amor de alma, para que vivas con intensa vida, y el único que me parece respirable hoy, en que mi ternura aspira a ti con todas sus fuerzas como débil planta que vuelve sus hojas hacia el sol!

10 de abril.

Charvet, fastidiado de esperarme en el despacho, mientras me vestía, estaba acomodado en el sillón, la cabezota contra el espaldar de éste, los quevedos de oro montados en la nariz, y los poemas de Keats en la mano, cuando entré al saloncito.

—Los poetas ateos, de jóvenes, no creen en Dios, pero creen en los ángeles y en la Virgen Santísima —dijo levantándose al verme—. Hasta ahora éste es el sitio donde he respirado atmósfera más espesa de misticismo... desde que paseo mi persona por este pícaro mundo. Si el pobre Scilly Dancourt entrara a este cuarto, se arrodillaría al ver el retrato colocado en este ambiente de capilla... Se pone usted malo... ¿Qué le pasa a usted? —añadió con cara de sorpresa...—. ¿He cometido una indiscreción al entrar aquí?... Perdóneme usted; vi la puerta entreabierta y no resistí la tentación de hacerlo; vamos a su escritorio.

Sentado cerca de éste, Charvet, instado por mí, con no sé qué frases locas, para que me explicara qué quería decir con lo que me había hecho temblar de sorpresa al oírlo, me dijo más o menos lo siguiente:

—Hizo doce años, a fines de enero, estaba en Provenza huyéndole al frío del invierno, cuando recibí un telegrama de un hotelero de Niza, ofreciéndome gruesa suma por ir a pasar algunos días allí y prestarle mis servicios a un enfermo grave. Era tan halagüeña la oferta que no vacilé en ponerme en camino, para presenciar a mi llegada una de las escenas más angustiosas que he visto en la práctica de mi profesión, tanto más cuanto que mi ciencia nada podía hacer para evitarla. Ahora, al ver ese cuadro del cual poseo una fotografía regalada entonces por Scilly Dancourt, creo ver a la probrecilla con la admirable belleza de sus veintitrés años, y recuerdo como si fuera cosa de ayer los horribles sufrimientos del pobre hombre cuando, arrodillado al pie del lecho, bebiéndole el aliento envenenado y besándola, volvía los ojos hacia mí, como pidiéndome que la defendiera contra la muerte. "Doctor: sálvela usted y le serviré de rodillas toda mi vida; soy rico; disponga usted de mi fortuna, pero sálvela!", me decía suplicante; ¡y yo comprendía el paroxismo de dolor que lo crispaba al ver la figura ideal y la mirada de ternura sobrehumana con que lo envolvían los ojos azules de la tísica!

La enfermedad había sido un resfriado, cogido la noche en que salieron de París; pero la frágil constitución de la enferma y quién sabe qué herencia de tuberculosis, hicieron estallar una tisis galopante, ante la cual fueron inútiles mis esfuerzos. Decirle a usted qué especie de dolor, de locura, fue la del marido al convencerse de que estaba muerta, sería tarea imposible.

"Fuera de esta criatura" me decía, mostrándome días después una chiquitina de cuatro años que parecía comprender el horror de lo que había pasado y lo miraba con los mismos ojos azules de la madre y tenía aspecto delicado como el de una flor enferma "no tengo a nadie en el mundo. Me voy a Africa, me voy al Extremo Oriente, a recorrer toda la América, a viajar por años enteros para no morirme aquí de melancolía" ¡Pobre hombre! Me causó tal impresión verlo en ese estado, que recuerdo hasta sus últimas frases:

"Doctor: no se extrañe usted al verme sufrir así, al ver mi desesperación; usted no sabe que era una santa, usted no sabe que todas las de su raza han sido adoradas así, frenéticamente. ¿No ha oído usted contar la historia de Rossetti, el poeta pintor que casó con María Isabel Leonor Siddal, que era de la misma familia de mi mujer, hace veintitantos años?. . . ¿y que jamás pintó en sus cuadros ni cantó en sus versos a otra que a *ella*, y que muerta *ella* depositó en el ataúd el manuscrito de sus poemas para que durmiera junto de la que los había inspirado?. . . Rossetti estuvo, al morir María Isabel, casi loco; y si años más tarde el cloroformo y la tristeza dieron cuenta de su vida, fue porque no hizo lo que voy a hacer yo, ¡a pedirle a los viajes y al estudio de las regiones la fuerza necesaria para no dejar a esta chicuela sola en el mundo!", decía mostrándome a la niña.

—¿Y la fotografía, doctor?. . .

—¡Ah, sí! Ese cuadro que tiene usted es un retrato de la mujer de Scilly Dancourt, hecho por un hermano que abandonó la pintura después, para irse a la India, según me dijo entonces aquél. . . Y oiga usted. . . El amanerado imitador de los prerrafaelitas no hizo más que dañar el modelo al sujetarlo a las invenciones de su escuela, porque la muerta era más hermosa todavía; tenía una cabellera castaña de visos dorados, ese color *auburn* que dicen los ingleses, ¡y unos ojos azules como no he visto otros después! Pobre hombre; no lo he vuelto a ver nunca.

—¿Ni a saber de él, doctor?. . . —le pregunté con mal disimulada impaciencia.

—Ni una palabra. Creo que la única persona a quien le escribe en París es al General des Zardes. Sirvió a sus órdenes como Capitán en la guerra con Prusia en 1870, y éste lo tiene en grande estima por su valor. . . ¿Y cómo vamos de salud? —inquirió, volviendo a sus carneros.

Charvet me autorizó desde ese día para volver a mi vida de antes de la enfermedad:

—Está usted hoy más fuerte que la tarde en que vino a mi consulta por primera vez. Goce usted suavemente de la vida. . . Sea usted feliz, me dijo golpeándome el hombro al salir.

¡Gozar de la vida sin ella! Gozaré de la vida cuando me arrodille a sus pies. ¡Bendito seas, rayo de luz que has caído en la noche de mi alma y que me permitirás encontrarla!

20 de marzo.

—Cuanto le puedo contar es cuanto le he contado; diríjase usted al profesor Mortha, a quien Scilly Dancourt le escribe con frecuencia sobre sus chifladuras de orientalismo y de historia religiosa —dijo, con su voz ruda y levantándose de la silla, en el salón del Círculo, el viejo General

des Zardes—. Diríjase usted a Mortha... Ahora resulta usted preocupado también de esoterismo y de religiones. Creía que la vida de cuartel que ha llevado lo había preservado de esas vagabunderías. Y es usted joven para ser General —agregó con irónica expresión, torciéndose el viejo mostacho canudo.

—Yo no soy General —le contesté, riéndome, al oír aquella salida.

—Pues es extraño... Todos los paisanos de usted que yo he conocido en el Círculo, son generales —gruñó, despidiéndose.

Poco más había adelantado con la conversación que tuve con él y que acabó con aquella frase evocatoria de las charreteras de fácil adquisición en nuestras repúblicas latinoamericanas. Contóme en ella la campaña hecha por ambos, él como Coronel, Scilly Dancourt como Capitán en la quinta división del ejército mandado por el General de Tailly, las marchas y contramarchas, las indecisiones y los desaciertos de la funesta campaña; me pintó al pobre Emperador átono y decaído, sumido en la incertidumbre y en el silencio; puso por las cumbres a Trochu que, al decir suyo, habría salvado a Francia si hubiera realizado sus planes; llamó imbéciles a Rouher, a Montauban y a Chevreau; insultó a Bezaine, glorificó a Mac-Mahon; me describió a gritos y con voces técnicas las batallas de Saint-Privat, de Wissenbourg y de Froeschwiller, y el aire de mortal tristeza y de embrutecimiento de Napoleón al ver entrar sucesivamente a la Prefectura de Sedán a Ducrot, a Douay luego, a Lebrun después; el diálogo brutal entre Ducrot y Wimpfen y la salida de éste a parlamentar con el enemigo.

—Scilly Dancourt —me dijo energizándose—, no vio el fin de la batalla, ni figura su nombre en el registro de las vergonzosas capitulaciones, ni se llevó de Sedán en los ojos el horror de ver a nuestros noventa mil soldados que, inutilizados por los días que pasaron en el campo de la miseria, con los pies metidos entre el barro, empapados por la lluvia, temblando de hambre y de sed, de frío y de vergüenza y sintiendo la trágica sacudida del desmoronamiento del imperio, esperaban a los batallones de reclutas alemanes que habían de llevarlos prisioneros a Prusia. No, Scilly Dancourt no vio nada de esto. Después de animar a los nuestros con su coraje de león, de excitarnos con el grito, con el ademán y con el ejemplo, y de recibir tres heridas, al ver perdida la batalla, desapareció, nadie sabe cómo. Revuelta el alma por las desgracias de Francia, pasó a Inglaterra, donde contrajo matrimonio unos años después con la hija de un actor o de un músico de fama, y cuando murió ésta, se ausentó de Europa... Ya le digo a usted, el único que sabe de él es Mortha, a quién le escribe sobre esas chifladuras de religiones y de orientalismos.

El corazón se me saltaba del pecho al entrar la última vez al entresuelo de techo bajo y ruin aspecto situado en una callejuela del Barrio Latino, donde el autor de "Las Religiones de Oriente" recibe los escasos

visitantes que van a distraerlo de sus preocupaciones habituales, la interpretación de seculares textos sagrados, de los viejos himnos litúrgicos y de los cultos primitivos de la humanidad. ¡Voy a hablarle de Scilly Dancourt y va él a decirme dónde encontraré a Helena!, pensaba dentro de mí, sentado ya en un canapé de la pobre y aseada salita que precede el cuarto de estudio, y contemplando una escultura asiria, un cuerpo de león alado con cabeza humana de luenga y rizada barba, coronada por la tiara sacerdotal, que, frente a frente del Budha ventrudo, que sonríe sobre la pobre y negruzca chimenea, forma el único adorno de la estancia.

Mortha es un viejecito adorable, con una cara larguísima cuya amarillenta y apergaminada piel cruzan hondas arrugas verticales, y una cabellera de seda blanca toda despeinada, de la cual le caen pelos sueltos y largos por sobre la frente enorme y los ojos vivísimos y negros. Cuando se ríe hay algo de infantil en la alegría que le anima la cara, y canas, arrugas y ojos todos se ríe. Sus libros y la necesidad de obtener indicaciones sobre una inscripción lapidaria fueron la disculpa con que me le presenté hace ya varios días. Me habló en la primera entrevista de unos pergaminos egipcios que estaban para la venta en Londres; hícelos comprar allí por Morrel y Blundel, se los envié y estamos al partir de un confite; me cree un egiptólogo consumado.

Al entrar al cuarto, lleno de papeles, de piedras, de restos de estatuas y de inscripciones, estaba escribiendo algo con su letrica finísima, y un rayo de sol que se colaba por la ventana le hacía brillar como plata las canas blanquísimas.

—¿Escribía usted, querido maestro?... —preguntéle.

—Sí, anotaba la traducción hecha por mi cofrade Máspero, del himno descubierto por Grebaut cerca de las necrópolis del Zaouyet-et-Anyan. Oiga usted qué sublimidad:

> Tú te levantas, benéfico Ammon Ra Harmakouti —Tú te despiertas, verídico Señor de los dos horizontes, ardes, resplandeces, subes y culminas— Los hombres y los dioses se arrodillan ante esa que es tu forma —¡Oh Señor de las formas!

Una hora entera en que lo hice hablar y no hablé para que no descubriera mi superchería, y al cabo de la cual lo traje por enredados caminos al asunto en que tengo puesta toda mi alma.

—¡Ah, sí! Scilly Dancourt —me dijo—, pero Scilly Dancourt no es un especialista, es un hombre que quiere saber todo lo referente a todas las religiones. Los ritos egipcios del Antiguo Imperio los conoce bastante. Hace seis años recibí su última carta, datada en Abydos, donde estaba estudiando los bajorelieves del templo. Tenía buenos datos para ser dados por un aficionado, pero su fuerte son las religiones de la India. Es uno de los pocos europeos que ha logrado entrar al fondo de los

santuarios de Benarés y cultivar relaciones íntimas con los sacerdotes budistas de las pagodas del Sur; pero no vaya usted a creerlo un hombre de ciencia, y sobre todo, un hombre desinteresado en sus estudios. Lo que él persigue es la esencia misma de las religiones, lo sobrenatural, con que nada tenemos que ver los que procedemos de buena fe. No hay religión que no haya estudiado, haciendo para ello enormes viajes e inauditos gastos, visitando los santuarios y recorriendo los lugares en que nació. A estos últimos charlatanismos de la fuerza psíquica y de las telepatías, de las sugestiones a largas distancias y de las apariciones luminosas, los conoce como Crookes, y creo que se ríe de ellos. Estuvo en el Congreso de Religiones de Chicago, en 1893, sin tomar parte en él y estoy seguro de que les habría podido enseñar algo de la suya a cada uno de los asistentes. Nosotros nos escribíamos hasta hace seis años, y de repente dejó de contestarme. Supe después por mi colega Chennevieres que lo encontró en Roma, que estaba allí con un hijo suyo. Parece que ese joven ha hecho los mismos estudios que el padre, y que fue quien lo indujo a abandonarlos, para entregarse al culto católico con raro fervor. Me ha referido Chennevieres que vivían cerca al Vaticano, que el Papa los recibía frecuentemente y que comulgaban todos los días en la misa dicha por Su Santidad. Yo he seguido escribiéndole a Scilly de acuerdo con la promesa que le hice de comunicarle los resultados obtenidos en mis estudios de las antiguas religiones de Egipto, pero no me ha vuelto a contestar.

—¿Y le escribe usted a Roma sabiendo que él viaja continuamente?. . . —le pregunté.

—No, son sus banqueros quienes corren con dirigirle las cartas; yo las envío a la oficina de Lazard, Casseres y Compañía. Poco más deben de interesarle mis pacientes investigaciones a nuestro amigo, que lo que buscaba en sus viajes no era la ciencia de los orígenes y del desarrollo de las religiones, sino un culto qué practicar, y por fin vino a dar al catolicismo, para lo cual sobraban todas las vueltas que dio. ¡Cuando yo le digo a usted que Scilly Dancourt no ha sido nunca un sabio y que sus investigaciones no eran desinteresadas!

Al fin di con el hilo de luz que busco, con la pista que sigo para encontrarle, ¡oh! camino que me llevará hacia ella! pensé sorprendido de la feliz casualidad que me hizo poner en manos de Lazard, Casseres y Compañía, las sumas que había mantenido en casa de Miranda hasta el año antepasado. ¡Bendita sea tú, Actriz de los Bufos, ídolo de mi amigo el instintivo repórter don Vicente, que con tu apetito de diamantes y el dominio que ejerces sobre él y el temor que sentí de que fuera a caer mi oro en tus rosadas manecitas, junto con los patacones de don Mariano, hiciste surgir en mi cerebro la idea de trasladar mis fondos a casa de los judíos!— pensaba subiendo la escalera monumental del escritorio de éstos. Un banquero judío sirve para todo. . . hasta para

decirle a uno dónde está la visión con que sueña. ¡Oh, Israel! —murmuré dentro de mí mismo al empujar la puerta del escritorio.

Nathaniel Casseres, doblado en dos, las narices de águila, los ojos verdosos, el collar de barba rubia, todo él *encantado* de verme, me estrechó la mano con afectuoso ademán y me juró que su familia había estado consternada con mi enfermedad. Vivió el tipo cuatro años en Buenos Aires y habla español, un español aprendido en Franckfort que destroza los oídos.

—¿A qué *depemos* el *fonor* de *per* al señor Fernández en esta su casa?... ¿Tiene compras que hacer u *ortener* que *tar*?

Y al explicarle que deseaba saber el lugar donde estaba su cliente y que le suplicaba me informara de él:

—¡Ah, sí! *Puen* cliente, *puen* hombre, *pena* persona el señor *Chilly*... *Puen* cliente *puen* hombre, *puena* persona, pero no puedo informarlo a usted *te* lo que *tesea*... —y más o menos me explicó esto: Los únicos negocios que la casa de Lazard, Casseres y Compañía tiene con el Conde, consisten en recibir de una compañía de seguros sobre la vida gruesa suma que le paga ésta, a la cual entregó su capital para recibir renta viajera. Ol oírlo me corrió un estremecimiento de frío por las espaldas. Y si llegara a morir, ¿qué sería de la suerte de Helena, abandonada, sola, sin fortuna, sin amigos?...

—Otra operación hacemos por su cuenta —continuó el obsequioso Nathaniel— es pagar instalamentos de un seguro de vida de una hija suya, para que ésta lo reciba al cumplir veinte años; un seguro fuerte, que le devolverá a la señorita Scilly Dancourt el capital que su padre entregó a la compañía, hábil operación, pero que sobre todo satisface los gustos de nuestro cliente, que no quiere ocuparse de negocios, ni de dinero, y que gira a nuestro cargo por cualquier suma que se le ofrezca, desde cualquier punto de Europa, Asia, América, Africa u Oceanía, donde toman sus cheques nuestros banqueros, porque la casa tiene agentes en todo el mundo —agregó, complacido—. Para él no llega aquí más correspondencia que la de un sabio, su amigo. Hace tres años recibimos del señor Scilly un telegrama de Roma, dando orden de no enviarle esas cartas, y la casa, cumpliendo las suyas, las guarda aquí. El no escribe nunca.

—¿Y dónde está fechado el último cheque del señor de Scilly? —pregunté.

—He dado a usted todos esos datos en estricta reserva, y así le daré el otro. Permítame usted hablo con el tenedor de libros para informalo.

De Alejandría y es por una suma fuerte. Probablemente seguiría para Oriente... El año pasado, por esta época, recibimos un cheque de Benarés... *Puen* cliente, *puen* amigo, *puena* persona el señor de *Chilly Tancourt!*

Y haciendo reverencias y ofreciéndome que la casa estaría a mis órdenes siempre, me acompañó hasta la puerta, por donde salí desesperado.

¡Dios mío, un mes perdido así, cultivando imbéciles, oyendo referir la batalla de Sedán y leer los himnos a Ammón Ra Harmakouti, y sabiendo por los judíos cómo está colocada la fortuna del padre, todo esto sin encontrar el camino que me lleve hacia Ella! Hoy me sé la historia de los Scilly como tal vez no la sabrá el Conde, que no tiene cara de darle importancia a esas vanidades. Cuanto libro he encontrado que pueda darme luz sobre los antepasados de Helena, lo he leído con una paciencia de benedictino. Tengo la cabeza llena de nombres y de hechos que van desde el año del cuarenta y ocho, en que un Scilly, amigo íntimo de Lamartine, figuró en la política, hasta el mil trescientos veintisiete, en que otro partió para la primera Cruzada. Sé sus armas y sus blasones, su escudo de combate y su grito de guerra ¡Dios mío! ¿Y qué me importa todo eso si pierdo la esperanza de encontrarla y si me desespera perder esa esperanza? ¡Helena, amor mío, Helena, amor mío, de mi alma. ven, surge, aparécete ante mis ojos cansados de buscarte y hunde en ellos las penetrantes miradas de tus pupilas azules, para que veas hasta mi alma y que en ella sólo te reflejas tú, como en las aguas de un lago dormido, el cielo constelado de astros!

12 de abril.

Sólo una ventaja retiré de las entrevistas con el General des Zardes, con Mortha y con el obsequioso judío: que mi amor por Helena, de quien conozco ya la familia, la historia del padre y la inversión de la fortuna de éste, se haya dulcificado, sin disminuírse, pero humanizándose, por decirlo así. Sólo el amor comprende, Idolatrada, de quien por intuitiva adivinación sé hasta los más recónditos secretos de bondad y de nobleza; sólo el amor ¡comprende! ¡Para el General des Zardes no existes, sólo vive en su imaginación la imagen de tu padre, tal como lo vio en los días de la funesta campaña; para el profesor Mortha eres un mozo ocupado en estudios de historia religiosa; el judío sólo sabe de tí el oro que recibirán al cumplir los veinte años! Sólo el amor comprende! Charvet, a quien la práctica de su profesión no le ha endurecido el alma, como a tantos de sus queridos colegas, sabe la agonía del ser que te dio la vida, recuerda el horrible dolor de tu padre cuando el trágico suceso, y entrevió en tus ojos de niña el fulgor que tienen hoy, el fulgor terrible de santidad y de dulzura que alumbró mi alma en la noche de Ginebra. Sólo yo, que quiero buscar en ti la luz que me alumbre y el áncora que me salve, sé de ti todo cuanto saben ellos juntos y te adivino tal como eres. . . ¡Sólo el amor comprende!

Hoy hay dos lugares en la tierra donde no se posan pies humanos. Envuelve sagrado silencio la atmósfera que en ellos se respira; son la

estancia donde murió la santa de los cabellos de plata cuyo perfil sonríe a seis pasos de este sitio, en el cuadro de Whistler, y el cuarto, tomado en alquiler por diez años al hotelero suizo y cuya llave está en la caja de hierro cerca del camafeo; el cuarto por cuyo balcón me arrojó ella el ramo de rosas en la noche inolvidable.

13 de abril.

Decía ayer que mi amor se dulcificaba, humanizándose. . . ¡Ah, sí! . . . !Sólo mi espíritu la reclamaba hace unos días, y ahora todo mi ser la reclama! . . . Antes de encontrarla no sabía lo que era el amor y había besado sólo con la imaginación mis ideales de poeta, con mis labios de carne las bocas lascivas y entreabiertas de mis fáciles idolatradas. Ahora mi espíritu y mis labios sueñan con ella, y si en ella pienso, vibra todo mi ser, como las cuerdas de un instrumento sonoro bajo el arco inspirado del artista que les comunica su alma.

Puesto que revestida de misterio y de más allá, entraste en mi vida, virgen inmaculada y dulcísima, nuestro amor será un éxtasis. Ennoblecidos por ti, los detalles de la existencia diaria se transfigurarán, y cada paso andado por los caminos de la tierra será un paso hacia lo alto. Por ti abandonaré los planes destinados a hacer pasar mi nombre a los tiempos venideros. ¡Qué más gloria que vivir arrodillado a tus pies sintiendo la caricia de tus manos y bebiendo en tus labios la esencia misma de la vida!

Oye: en la tierra que me vio nacer hay un río caudaloso que se precipita en raudo salto desde las alturas de la altiplanicie fría hasta el fondo del cálido valle donde el sol calienta los follajes y dora los frutos de una flora para ti desconocida. Las cataratas del Niágara, profanadas por los ferrocarriles y por la canallería humana que va a divertirse en los hoteles que las rodean, son un lugar grotesco cerca de la majestad de templo del agreste sitio, donde cae en sábana de espumas, atronando los ecos de las montañas seculares, el raudal poderoso. Cortada a pico sobre el abismo, donde la niebla se irisa y resplandecen las aguas a la salida del sol, álzase ingente y rígida roca de basalto. Aquella roca es el lindero de una de mis posesiones.

Sobre ella construiré para ti un palacio que revista por fuera el aspecto de renegrido castillo feudal, con sus fosos, sus puentes levadizos y sus elevados torreones envueltos en verdeoscura yedra y grisosos musgos, y que en el interior guarde los tesoros de arte que poseo y que animarás tú con tu presencia. Viviremos, cuando la vida de Europa te canse y quieras pedir impresiones nuevas a los grandiosos horizontes de las llanuras y a las cordilleras de mi patria, en aquel nido de águilas que por dentro será un nido de palomas blancas, lleno de susurros y de ca-

ricias. Habrá mañanas de sol en que nos verán pasar cabalgando en una pareja de caballos árabes, por los caminos que se extienden en la sabana, y los rudos campesinos se arrodillarán al verte, creyendo que eres un ángel, cuando claves en sus cuerpos deformados por las rústicas faenas, la resplandeciente mirada de tus pupilas azules; habrá noches en que en el aire perfumado del cuarto, donde humea el té rubio en las tazas de China y alumbra el suntuoso mobilario la luz de las lámparas, atenuada por pantallas de encaje, vibren las frases sublimes de una sonata de Beethoven, arrancada por tus pálidas manos al teclado sonoro y en que, desfalleciente de emoción contenida, te levantes del piano para contemplar desde el balcón de piedra la catarata iluminada por la luna. !Apoyarás entonces la cabeza en mi hombro, me envolverán los rizos castaños de la destrenzada cabellera, volverás hacia los míos tus radiosos ojos azules, y la palidez sobrenatural de tu semblante, la mortal palidez exangüe de tus mejillas y de tu frente se sonrosará bajo los besos de mis labios!

¡Helena! ¡Helena! ¡Me corre fuego por las venas y mi alma se olvida de la tierra cuando pienso en esas horas que llegarán si logro encontrarte y unir tu vida con la mía! . . .

14 de abril.

Ayer saltó otro edificio destrozado por una bomba explosiva, y la concurrencia mundana aplaudió en un teatro del boulevard hasta lastimarse las manos, *La Casa de Muñecas,* de Ibsen, una comedia al modo nuevo, en que la heroína, Nora, una mujercilla común y corriente, con una alma de eso que se usa, abandona marido, hijos y relaciones para ir a cumplir los deberes que tiene consigo misma, con un *yo* que no conoce y que se siente nacer en una noche como hongo que brota y crece en breve espacio de tiempo. Así a estallidos de melinita en las bases de los palacios y a golpes de zapa en lo más profundo de sus cimientos morales, que eran las antiguas creencias, marcha la humanidad hacia el reino ideal de la justicia, que creyó Renán entrever en el fin de los tiempos. Ibsen y Ravachol le ayudan, cada cual a su modo; cae el primer magistrado de Francia herido por el puñal de Cesáreo Santo, y escribe Suderman *La dama vestida de gris,* donde la abnegación y el amor a la familia toman tintes de sentimientos grotescos, sin que el final de cuento de hadas, agregado por el novelista a su obra, como un farmaceuta hábil echaría jarabe para dulcificar una pócima que contuviera estricnina, alcance a disimular el acre sabor de la letálica droga.

Tórnase el arte en medio de propaganda antisocial, síntoma curioso que coincide con la tendencia negadora de la ciencia falsa, la única al alcance de las multitudes. ¡Mientras más pura es la forma del ánfora

más venenoso puede juzgarse el contenido; mientras más dulce el verso y la música, más aterradora la idea que entrañan!

Moriste a tiempo, Hugo, padre de la lírica moderna; si hubieras vivido quince años más, habrías oído las carcajadas con que se acompaña la lectura de tus poemas animados de un enorme soplo de fraternidad optimista; moriste a tiempo; hoy la poesía es un entretenimiento de mandarines enervados, una adivinanza cuya solución es la palabra *nirvana*. El frío viento del Norte, que trajo a tu tierra la piedad por el sufrimiento humano que desborda en las novelas de Dostoiewsky y de Tolstoi, acarrea hoy la voz terrible de Nietzche.

Oye, obrero que pasas tu vida doblado en dos, cuyos músculos se empobrecen con el rudo trabajo y la alimentación deficiente, pero cuyas encallecidas manos hacen todavía la señal de la cruz, obrero que doblas la rodilla para pedirle al cielo por los dueños de la fábrica donde te envenenas con los vapores de las mezclas explosivas, oye, obrero, ¿nada evocan en tu rudimentario cerebro las rudas sílabas de ese nombre germano, Nietzche, cuando vibran en tus oídos? . . . Los ecos del Norte las repercuten, suenan ya en todo Europa y sus discípulos predican el evangelio de mañana. No lo creas parecido al evangelio que cuenta la historia del pálido Nazareno diciendo las consoladoras bienaventuranzas junto a las ondas azules del dormido lago de Tiberiades y expirando en lo alto de la cruz, con el cuerpo amoratado por los golpes y la pálida frente destrozada por la corona de espinas; es un evangelio que cuenta la historia de Zaratustra, en una cueva, meditando, entre el águila y la serpiente, en el reavalúo de todos los valores. ¿Nada le sugiere tampoco esa frase a tu obtuso entendimiento? . . . Es que la humanidad había estado recibiendo como verdaderas, nociones falsas sobre su origen y su destino, y el profundo filósofo encontró una piedra de toque en qué ensayar las ideas como se ensayan las monedas para saber el oro que contienen. Eso es lo que se llama *reavaluar* todos los valores. Lo que tú llamas *conciencia*, eso que te atormenta cuando crees haber cometido una falta, no es más que el instinto de la crueldad que puedes ejercer contra los otros, y que al no ejercerlo, porque la sociedad te lo impide encerándote en la noción del deber, como a un león en una jaula de fierro, te atormenta como atormentarían sus inútiles garras al flavo animal si las hundiera en su propia carne al no poder destrozar los barrotes rígidos ni la presa deliciosa. Esos mismos deberes en que crees, no son más que la invención con que una raza potente y noble de hombres alegres que reían entre los incendios, los estupros, los asesinatos y los robos, sujetó a las razas de débiles vencidos, de que hizo sus esclavos. Los *buenos* entre los vencedores eran los más crueles, los más brutales, los más duros, y los esclavos inventaron como virtudes las cualidades opuestas a las que veían en sus amos: la continencia, el sacrificio de sí mismo, la piedad por el sufrimiento ajeno. En la

revuelta de los esclavos, que tuvo lugar hace siglos, fue necesaria una víctima para que tuvieran una bandera que levantar, un hombre que juntara en sí todas aquellas falsas virtudes y muriera por afirmarlas, e Israel crucificó al Cristo, a ese que tú creías Dios, y triunfó la moral de los débiles, la que te enseñó tu padre, esa sobre la cual está fundada la sociedad de hoy.

¿Tú no sabías nada de eso, obrero que con las manos encallecidas por el trabajo haces todavía la señal de la cruz y te arrodillas para pedir por los dueños de la fábrica donde te envenenan los vapores de las mezclas explosivas? Pues, sábelo, y regenerado por la enseñanza de Zaratustra, profesa la moral de los amos; vive más allá del bien y del mal. Si la conciencia son las garras con que te lastimas y con que puedes destrozar lo que se te presente y coger tu parte de botín en la victoria, no te las hundas en la carne, vuélvelas hacia afuera; sé el sobrenombre, el *Uebermensch* libre de todo prejuicio, y con las encallecidas manos con que haces todavía, estúpido, la señal de la cruz, recoge un poco de las mezclas explosivas que te envenenan al respirar sus vapores, y haz que salte en pedazos, al estallido del fulminante picrato, la fastuosa vivienda del rico que te explota. Muertos los amos serán los esclavos los dueños y profesarán la moral verdadera en que son virtudes la lujuria, el asesinato y la violencia. ¿Entiendes, obrero? . . .

Así, a estallidos de melinita en las bases de las ciudades y a golpes de zapa en lo más profundo de sus cimientos morales, que eran las antiguas creencias, marcha la humanidad hacia el reino ideal de la justicia que entrevistó Renán en el fin de los tiempos. Nietzche, Ibsen y Ravachol le ayudan, cada cual a su modo.

Allá en las más excelsas alturas de lo intelectual, noble grupo de desinteresados filósofos, indaga, investiga, sondea el inefable misterio de la vida y de las leyes que la rigen, y transforma sus pacientes estudios en libros que carecen de categóricas afirmaciones, que apenas anotan lo bien sabido, lo que cae bajo el dominio de la observación; en libros que muestran en el límite de la humana ciencia "las olas negras del océano del misterio para embarcarnos en el cual no tenemos ni barca ni brújula", al decir de la grandiosa frase de Littré. Coincide la impresión religiosa que esos grandes espíritus experimentan al considerar el problema eterno y expresan en sus obras, con el renacimiento idealista del arte,.causado por la inevitable reacción contra el naturalismo estrecho y brutal que privó hace unos años. En vez de las prostitutas y de las cocineras, de los ganapanes y de los empleadillos que ganan cien pesetas al mes, deléitanse los novelistas en pintarnos grandes damas que se mueven en suavísimos ambientes, magas que realizan los prodigios de los antiguos teurgos y sabios que poseen los secretos supremos. Tórnase la música de sensual modulación que acariciaba los oídos y sugería voluptuosas tentaciones, en misteriosa voz que habla al cerebro; pasan

místicas sombras por entre el crepúsculo que envuelve las estrofas de los poetas y toman forma en los lienzos las visiones del más allá. Los exploradores que vuelven de la Canaan ideal del arte, trayendo en las manos frutas que tienen sabores desconocidos y deslumbrados por los horizontes que entrevieron, se llaman Wagner, Verlaine, Puvis de Chavannes, Gustave Moreau.

En manos de los maestros, la novela y la crítica son medios de presentar al público los aterradores problemas de la responsabilidad humana y de discriminar psicológicas complicaciones; ya que el lector no pide al libro que lo divierta sino que lo haga pensar y ver el misterio oculto en cada partícula del Gran Todo.

¿Dudas todavía del renacimiento idealista y del neo-misticismo, espíritu que inquieres el futuro y ves desplomarse las viejas religiones? . . . Mira: del oscuro fondo del Oriente, patria de los dioses, vuelven el budismo y la magia a reconquistar el mundo occidental. París, la metrópoli, les abre sus puertas como las abrió Roma a los cultos de Mitra y de Isis; hay cincuenta centros teosóficos, centenares de sociedades que investigan los misteriosos fenómenos psíquicos; abandona Tolstoi el arte para hacer propaganda práctica de caridad y de altruísmo, ¡la humanidad está salvada, la nueva fe enciende sus antorchas para alumbrarle el camino tenebroso!

¡Ah, sí! ¿Pero tú no sabes, crítico optimista, que cantaleteas el místico renacimiento, y al ver esos síntomas cantas hosanna en las alturas y paz sobre la tierra a los hombres de buena voluntad, qué es lo que le llega al pueblo, a la masa, al rebaño humano, de todos esos fulgores que te deslumbran, del inarmónico coro que forman esas voces al rezar el "Padre nuestro que estabas en los cielos", que es la oración a la moda, entre los intelectuales de hoy? . . . Pues voy a decírtelo: lo que el pueblo comienza a saber es lo que le enseñan los vulgarizadores de la falsa ciencia, la única vulgarizable, los Julio Verne de la psicología y de la doctrina evolucionista, es que el hombre tuvo por antepasado al mono y que el deber es sólo el límite de la fuerza de que disponemos. Hay voces que le gritan a las multitudes: "Mira: ese viejecito pálido, vestido de blanco, que se pasea prisionero por el Vaticano, es un farsante; ese muñeco que está allá arriba en la cúspide del edificio social, un imbécil". Y mientras los neo-místicos inventan sus religiones para poetas, para venteros millonarios o para sabios purificados por el estudio, el populacho alza los ojos y mira. Así los alzaba hace ciento veinte años, para ver, entre la atmósfera de la corte, perfumada de mariscala, los tacones rojos de las favoritas, las empolvadas pelucas, las chorreras de encajes, las casacas de colorines de los cortesanos que rodeaban al sifilítico monarca. Voltaire no había reído aún; Rousseau no había llorado todavía. Oyó la fiera de repente la blasfemia y el sollozo, se sacudió del letargo en que dormía, clavó las garras en la presa dorada

y el charco de sangre del Terror mostró el poder de sus garras y los destrozos de su ira sangrienta.

En los últimos años, al alzar las miradas hacia lo alto, lo que el león ha visto es la cara imbécil de papá Grévy, y tras de ella el perfil judío de Daniel Wilson, que, como un ratero, se guardaba el oro, producto de la venta de gloriosas condecoraciones; lo que ha visto es al *brave général,* caracoleando en el negro caballo; lo que ha visto es el asunto de Panamá, aquella lluvia de lodo que salpicó las canas de Lesseps y las frentes de tantos de sus senadores ilustres.

¿Crees tú, crítico optimista que cantaleteas el místico renacimiento y cantas hosanna en las alturas, que la ciencia notadora de los Taine y de los Wundt, la impresión religiosa que se desprende de la música de Wagner, de los cuadros de Puvis de Chavannes, de las poesías de Verlaine y la moral que le enseñan en sus prefacios Paul Bourget y Eduardo Rod, sean cadenas suficientes para sujetar a la fiera cuando oiga el Evangelio de Nietzche? . . . El puñal de Cesáreo Santo y el reventar de las bombas de nitroglicerina pueden sugerirte la respuesta.

15 de abril.

Una oleada poderosa de sensualismo me corre por todo el cuerpo, enciende mi sangre, entona mis músculos, da en mi cerebro relieve y color a las más desteñidas imágenes y hace vibrar interminablemente mis nervios al contacto de las más leves impresiones gratas. No es fuera de él, es en el fondo de mi espíritu donde está subiendo la savia, donde están cantando los pájaros, donde están reventando los brotes verdes, donde están corriendo las aguas, donde están aromando las flores, al recibir los besos tibios de la primavera. El amor ha hecho su nido en mi alma. ¡Músicas que flotáis en ella, líneas, colores, olores, contactos, sensaciones de fuerza desbordante, sangre que me enciendes las mejillas, sueños que aleteáis en la sombra, delectación morbosa que traes ante mí el voluptuoso cuadro de los placeres pasados y me hostigas con el recuerdo de sus punzantes delicias, todos vosotros bailáis un coro báquico, una saturnal en que los besos estallan, y los cuerpos se confunden y caen entrelazados sobre el césped aromoso y blando! ¡Helena, Helena! ¡Tengo sed de todo tu ser y no quiero manchar los labios que no se posan en una boca de mujer desde que la sonrisa de los tuyos iluminó mi vida, ni las manos, impolutas de todo contacto femenino, desde que recogieron el ramo de rosas arrojado por tus manos! ¡Helena! ¡Ven, surge, aparécete, bésame y apacigua con tu presencia la fiebre sensual que me está devorando!

Ahí estaban en la tiendecita Bassot, situada en la calle de la Paz, deleitando los ojos con el brillo de las piedras aglomeradas ante mí sobre el vidrio del mostrador por las manos del aristocrático joyero. Del gran Balzac cuentan que, enamorado de los visos rosados de dos perlas gemelas, trabajó un año para adquirirlas; de Richelieu moribundo, que hundía las flacas manos en el cofre rebosante de pedrería y que al hacerlas brillar se le iluminaban los apagados ojos. Sírvame conmigo mismo de excusa tan ilustres ejemplos para disculpar mi pasión, superior a las de ellos por vosotros, misteriosos minerales, más sólidos que el mármol, más duros que el metal, más durables que las humanas construcciones, más radiosos que la luz que reflejáis, centuplicándola y colorándola con los matices de vuestra esencia. ¡Oh, piedras rutilantes, espléndidas e invulnerables, vívidas gemas que dormistéis por siglos enteros en las entrañas del planeta, delicia del ojo, símbolo y resumen de las riquezas humanas! Los diamantes se irisan y brillan como gotas de luz; semejan pedazos del cielo del trópico en las noches consteladas los oscuros zafiros; tú, rubí, ardes como una cristalización de sangre; las esmeraldas ostentan en sus cristales luminosos los verdes diáfanos de los bosques de mi tierra; tenéis vosotros, topacios y amatistas que ornamentáis los gruesos anillos episcopales, coloraciones suaves del cielo en las madrugadas de primavera, son azulinas, sonrosadas y verde pálidas las llamas que arden entre tu leche luminosa, ópalo cambiante; crisoberilos: vosotros brilláis con áureo brillo, como los ojos fosforescentes de los gatos, y quién dirá la delicia que procuráis a quien os mira, ¡oh, perlas, más discretas en vuestro brillo que las gemas radiantes, perlas que os formáis en el fondo glauco de los mares, perlas blancas de suavísimo oriente, perlas rosadas de Visapour y de Golconda, fantásticas perlas negras de Veraguas y de Chiriquí, perlas que adornáis las coronas de los reyes, que tembláis en los lóbulos de las orejas sonrosadas y pequeñuelas de las mujeres, y os posáis como un beso sobre la frescura palpitante de los senos desnudos! ¡Más artista y más crédula, la humanidad de otros tiempos os revistió con el sagrado carácter de amuletos y mezcló a la sensual delicia que esparcen vuestras luces la veneración por vuestros mágicos poderes, diamante conjurador de las maldiciones y los venenos, zafiro que preservas de los naufragios, esmeralda que ayudas los partos difíciles, rubí que das la castidad, amatista que evitas la embriguez, ópalo que te empalideces si la Idolatrada nos olvida! ¡Oh, piedras rutilantes, invulnerables y espléndidas, vívidas gemas que dormisteis por largos siglos en las entrañas del planeta, delicia del ojo, símbolo y resumen de las riquezas humanas!

Ahí estaba en la tienda de Bassot, cuando, frente, en la puerta, se detuvo el coche de elegante y sencillo aspecto. Con movimientos ágiles

y miradas de inquietud, como de venada sorprendida, bajó de él, caminó diez pasos, en que al través del vestido de opaca seda negra, ornamentada de azabaches, adiviné las curvas deliciosas del seno, de los torneados brazos y de las piernas largas y finas, como las de la Diana Cazadora de Juan Goujon, y vino a detenerse junto al mostrador donde estaban las joyas. Mi olfato aguzado percibió, fundidos en uno, un olor delicioso de pan fresco que emanaba de toda ella, de salud y de vida y el del ramo de claveles rosados que llevaba en el corpiño. Husmeé el olor como un perro de cacería lanzado sobre la pista, y antes de que pronunciara la primera palabra, ya la habían desnudado mis miradas y le había besado con los ojos la nuca llena de vello de oro, los espesos y crespos cabellos oscuros de visos rojizos, recogidos bajo el gran sombrero de fieltro ornamentado de plumas negras, los grandes ojos grises, las naricitas finas y la boca, roja como un pimiento, donde se le asomaba la sangre. Así, sonrosada y fresca, con su olor a levadura y a claveles, parecía una soberbia flor de carne acabada de abrir.

—¿Tiene usted collares de diamantes blancos? . . . —preguntó al joyero, con el más puro acento yanqui y con una sonrisa infantil que le hizo brillar entre lo rosado de los labios el nácar de la dentadura.

—Todo esto es demasiado valioso para mí— murmuró entre dientes al oír los precios, al tiempo que en su semblante súbita expresión de mal humor y de tristeza reemplazaba la excitación que le abrió los ojos y se le asomó a la boca al ver las costosas pedrerías.

—No hay nada demasiado caro para usted. Esta joya estará en sus manos esta noche, si usted me permite presentársela— le dije paso, en inglés, al oído casi, con voz ronca en que vibraba la tentación.

—Es espléndido— dijo en el mismo idioma, que sonaba en su boca como una música, mirándome de pies a cabeza y viendo mi mano crispada sobre el estuche de seda negra—. ¿Verdad? . . . añadió clavando en los míos los ojos claros, y con toda la cara iluminada por una expresión de felicidad indiscriptible, como jamás la he visto en ninguna fisonomía.

Venga usted a las nueve de la noche y hablaremos. No pregunte mi nombre al portero; lo esperaré yo misma en la puerta, como si volviera de la calle; entraremos juntos— dijo, tendiéndome una hoja de papel, que arrancó de la diminuta cartera forrada en cuero de Rusia, y en la cual escribió febrilmente las señas, las de una calle tranquila de los Campos Elíseos—. A las nueve en punto entraré con usted, como si volviera de la calle— agregó con voz grave y mirándome en los ojos.

Los dependientes de Bassot nos miraban, cuchicheando, sorprendidos del diálogo a media voz y en idioma extranjero que se había entablado entre nosotros, personas desconocidas, puesto que no la había saludado al entrar.

—Esas joyas son magníficas, pero demasiado valiosas para mí; perdone usted, señor— dijo al empleado, que se la comía con los ojos.

—Lo espero a usted a las nueve— volviéndose a mí, con la expresión seria de una persona que sabe lo que hace y acostumbrada a negocios importantes.

Y con sus movimientos ágiles y sus miradas de venada, cruzó el espacio que la separaba del coche, que partió al subir ella, sin volver los ojos a la joyería.

—¡Soberbia criatura! Esas americanas del Norte. . . ¡eh! me insinuó el dependiente, un cincuentón entrecano, con los ojos llenos de malicia y la chivera y los bigotes puntiagudos, retorcidos a lo Napoleón III—. ¡Soberbia criatura! Tiene loco por un collar de diamantes que no le quiere comprar, al marido, que es un jayanote yanqui con la cara afeitada y tipo de Cuákero. La semana pasada estuvieron visitando todas las tiendas de joyas, él de mal modo y regañándola, ella haciéndole mil zalamerías para decidirlo. Ahora anda sola, pero suguramente no tiene el dinero completo. Estas americanas del Norte. . . Esté usted seguro de que no descansa hasta que tenga el collar— ¡Ah! con que se queda usted con él? . . .— dijo abriendo tamaños ojos. . .—. Es el mejor que hemos tenido en los últimos años. . .— añadió con displicencia—; una joya de esas que no provoca vender.

¡En esas piedras os vais a convertir, desteñidos billetes azules de a mil francos, que habéis venido a mí sin buscaros, en las tres noches en que, engañando mi hambre de besos con la vertiginosa jugarreta en que volabais, sobre la carpeta verde, os recogía con helada indiferencia, mientras que los otros jugadores se levantaban de la mesa con los bolsillos vacíos, los ojos irritados y las manos trémulas!

Y ahora escribo mi aventura. ¿Qué ha entendido ella al decirme que vaya a buscarla, después de mi frase brutal? . . . No sé. Sólo sé que los diamantes, dignos de una princesa, brillan en el fondo de los cálices de las flores de un ramo, donde los hice colocar para llevárselos, y que será mía. Veo su carne desnuda, sus gráciles formas ofrecidas a mis besos, y ardo. Son las ocho de la noche; dentro de dos horas estará en mis brazos, lo estoy sintiendo, y ¡se realizarán los contenidos deseos que acumulan en mí ocho meses de loca continencia y de estúpidos sentimentalismos, sugeridos por haber visto una muchachita anémica, estando bajo la influencia del opio! ¡Hurrah a la carne! ¡Hurrah a los besos que se posan como mariposas sobre el terciopelo de la piel sonrosada, a los senos que entran como áspides por entre el raso aromoso de los labios, a los besos que penetran como insectos borrachos de miel hasta el fondo de las flores; a las manos trémulas que buscan; al olor y al sabor del cuerpo femenino que se abandona. ¡Hurrah a la carne! ¡Afuera voz de mis tres Andrades, sedientos de sangre, borrachos de alcohol y de sexo, que tendidos sobre los potros salvajes, con el lanzón

en la mano, atravesábais las poblaciones incendiadas atronándolas con nuestro grito: "¡Dios es pa reírse dél, el aguardiente pa bebérselo, las hembras pa preñarlas, y los españoles pa descuartizarlos!" Grita, voz de mis llaneros salvajes: "¡Hurrah a la carne!"

28 de abril.

¡Oh, la extraña y deliciosa criatura! Entramos juntos, abrió con su llave la puerta del vestíbulo, que atravesó rápidamente, y cuando llegué al saloncito amable, después de quitarme el abrigo, en uno de cuyos amplios bolsillos estaba el collar de diamantes disimulado entre las flores, ya había encendido las lámparas. La desnudez de la pieza estrecha, amueblada sólo con dos sillas, un diván, un velador y una lámpara, y la expresión de su carita seria, disiparon mis últimas dudas. No, aquella no era una mujer comprable; quién sabe qué capricho loco por la valiosa joya la había hecho recibirme, y qué había entendido al oír mi frase brutal.

—Siéntese usted— me dijo, ya sentada en un sillón de brocatel grisoso, al pie de una alta lámpara, de la cual caía, en cuadro, la luz sobre la alfombra, suavizada por un pantallón de gasa de un verde desteñido.

Fue ella quien rompió primero el silencio. Yo me contenté, mientras duró éste, con extasiarme los ojos recorriéndola toda, desde la masa espesa de los cabellos oscuros, que le coronaban la cabeza, de enérgicas y finas facciones, hasta los piesecitos angostos y largos, que calzados con un zapato bajo de resplandeciente charol, dejaban adivinar su blancura por entre los calados de la media de seda negra, fina como un encaje.

—¿Usted ha vivido en los Estados Unidos? . . .— fue la primera frase que, después de otro silencio, me dirigió la boca encarnada y fresca, en un francés gutural y bronco, que me hizo sonreír involuntariamente al oírlo. . .—. ¿No? . . . Eso equivale, más o menos, a que usted no me entienda y tal vez a que me juzgue mal, y lo probable es que no podamos hacer nada. . . —continuó asomándosele a los ojos la misma tristeza de niño consentido a quien se le niega un juguete, que le había visto en la joyería al oír los precios de los diamantes. ¡Ah, pero usted habla inglés mejor que yo! Tal vez podamos entendernos; perdone usted que lo deje solo unos segundos— añadió, levantándose.

Estas americanas del Norte!, pensaba para mi coleto, haciendo mía la frase del empleado de Bassot, que había oído por la mañana.

—Aquí están— dijo, poniendo sobre una mesita que acercó, unas cajas de terciopelo y de raso y encendiendo dos bujías para facilitarme el examen. . . Véalas usted avalúelas y después le haré mi propuesta.

—Valen la mitad de lo que vale el mejor de los collares que usted vio en la calle de la Paz— le contesté con calma imperturbable y sin

una sonrisa, después de examinar el contenido de los estuches, marcados los unos con el nombre de Tiffany, los otros con los de varios joyeros parisienses de segundo orden, y donde no había una sola piedra sin defecto—. Esto ha sido escogido más en vista del tamaño que de la calidad; usted convendrá conmigo en que los diamantes, o son pajizos o tienen defectos, rayas y quebraduras que los hacen desmerecer; en que los rubíes no son del mismo matiz y en que una de las esmeraldas del broche es más pálida que las otras y tiene jardín— le dije asumiendo de lleno mi papel de negociante en joyas.

—¡Cosas de John, que no distingue! Yo prefiero un diamantito así de grande— dijo mostrándome la punta de la uña rosada, blanca y brillante de uno de los dedos— pero que no tenga mácula, a una tapa de botellón con viso pajizo—. Y, sonriéndome por primera vez:— ¡usted es un maestro, y qué refinado! *how refined*— añadió sin quitar los ojos de la perla negra que me abotonaba la pechera. . .—. Pero, en fin: usted conviene conmigo en que estas joyas valen la mitad de lo que vale el collar; pues oiga usted mi propuesta: le daré a usted mi nombre, que ya va siendo una garantía, y esto— dijo, mostrando los estuches— y un pagaré por la diferencia con el precio del collar. Dentro de tres meses le enviaré de Chicago el valor total de éste, y usted me devolverá lo mío, junto con el pagaré cancelado, entregándolo todo en el Consulado de los Estados Unidos, donde formalizaremos la operación, mañana, a primera hora. ¿Acepta usted?— preguntó sonriéndome con alegría.

—No acepto, señora— respondí con estudiada frialdad, deleitándome en ver cómo bajaba los ojos, que se le humedecieron, y cómo le caía sobre las mejillas la sombra de las largas pestañas crespas—. ¿Qué ganaría yo con ese negocio?

—Como usted me dijo esta mañana que podría procurarme el collar— contestó con un mohín de despecho.

—Pero usted entendió mal— comencé, con una voz que trataba de hacer firme, sin lograrlo. Hay una combinación por la cual usted tendrá la joya esta noche, sin pagar ni un centavo por ella— insinué, mirándole al fondo de los ojos, que había levantado del suelo, ya serenos, y que me miraban fijamente.

—Se ha equivocado usted, señor— me contestó, encendiéndosele las mejillas y poniéndose en pie con un movimiento brusco de todo el cuerpo y mirándome con una expresión profunda de desprecio y de ira—. ¡Se ha equivocado usted, señor! Conque se ha atrevido usted a creer que mi pasión por las piedras va hasta hacerme olvidar quién soy, y que esos diamantes pueden comprarme? . . . ¿Pero no ve usted, infeliz que esas cajas llenas de joyas que le ofrezco son mías, muy mías? . . . ¡Ah, es que usted no sabe mi nombre y cree que le voy a robar la diferencia— dijo gritando, soy Nelly! . . .— y ahí un apellido alemán

con falsa terminación inglesa, el de un millonario de Chicago, conocido en el mundo entero como uno de los más fuertes empresarios de ferrocarriles de los Estados Unidos—. ¡Qué bien se ve que no ha vivido usted en mi tierra cuando entiende tal mal mi proceder y me juzga así!— continuó sin sentarse y con la expresión de angustia de quien se siente manchado por infame e inmerecida sospecha.

Recogí el fino pañuelo de batista y encajes, perfumado de clavel, que se le cayó al suelo al levantarse, y le dije, respirando el olor y con voz dulce:

—Señora: hónreme usted con permitirme permanecer aquí unos instantes más, y crea usted que habla con un caballero.— Puse el pañuelillo sobre el velador y busqué nervioso la cartera, y abriéndola le tendí una de mis tarjetas de visita. Si usted se siente ofendida al terminar nuestra conversación, que me envíe su marido mañana dos testigos que arreglen con los míos las condiciones de un encuentro... Usted le dirá que esta noche me he entrado tras de usted, que volvía a su casa, y que he pretendido besarla y poseerla. Haga usted eso, pero déjeme hablarle— le grité casi, poseído de la furia de coronar el plan que se había formado dentro de mí en esos minutos.

—¡Cómo! ¿Usted es el señor Fernández, don José Fernández, el autor de los "Poemas Paganos" que tradujo Murray?— dijo, sentada ya y alzando los ojos de la diminuta hoja de papel bristol...— Y yo que no lo había reconocido... También es que el retrato es muy viejo, ¿cierto? No tenía usted barba entonces... Ignoraba completamente que viviera en París. Siéntese usted, señor Fernández; va usted a tomar el té conmigo y vamos a hablar de sus versos. Así olvidaremos la estúpida historia del collar...

¡Ah! ¿Conque leíste el articulillo aquel publicado en un magazine de Bostón y escrito por el yanqui que visitó mi tierra y que me pagó los quinientos dólares que le presté llamándome en él gran poeta, traduciendo una parte de mis estrofas y haciendo imprimir con su traducción el retrato que acompaña la segunda edición de "Los Primeros Versos"? ¿Conque lo has leído, mi yanqui adorable y frenéticamente altiva, y quieres que hablemos de mis "Poemas Paganos"?

—Hablemos de sus versos, de los "Poemas Paganos". Los conozco en la traducción de Murray, publicada en el "North American Magazine". ¡Qué hermosos, fascinadores! *How lovely, fascinating*— dijo sonriéndome—, hablemos de sus versos, señor Fernández.

—No, señora; hablemos de usted y del collar que usted desea y que su marido no quiere comprarle, que le está haciendo cometer locuras y que me ha hecho a mí presentarme en su casa y tener el honor de hablar con usted.

—Vuelve usted al collar... sea... ¿Qué es lo que pretende usted decirme?— me dijo con mal disimulada impaciencia y un gesto de

orgullo—. Tengo la esperanza de que usted me crea una señora y de que no va a hacerme perder la ilusión de creerlo a usted un caballero.

—Lo que pretendo decirle— comencé, temblándome la voz de emoción— es que le suplico a usted, del modo más respetuoso, que acepte esa joya que pongo a sus pies sin pedirle más sino que, cuando la luzca usted sobre su cuerpo de diosa, recuerde usted al hombre a quien hizo feliz permitiéndole satisfacer un antojo suyo. Si usted acepta mi propuesta, el collar estará en sus manos dentro de un minuto y yo me iré sin haberlas besado, para no volver a verla, si usted lo exige.

—¿Habla usted en serio?— me preguntó con honda agitación inexplicable, al oír mi respuesta.

—Señora: sólo espero que usted me permita, e irme, porque temo ser importuno.

—¡Dios mío, Dios mío! Busca el modo de hacerme feliz y me conoció esta mañana; ¡y el otro me insulta cuando le ruego y me deja sola para irse a buscar mujeres perdidas en Nueva York! ¡Qué vida! . . .— articuló entre los sollozos que la ahogaban, acostando la cabeza contra el espaldar del sillón y cubriéndose los ojos llenos de lágrimas con el pañuelito de batista oloroso a claveles.

Los sollozos la sacudían toda; los nervios triunfaban de aquella naturaleza rica y enérgica.

Salí a la antecámara, busqué el ramo y entrando en puntas de pies fui a arrodillarme junto al sillón donde lloraba, como la serpiente se arrastró al pie de Eva inocente al ofrecerle la poma. Los sollozos y las lágrimas seguían, y yo guardaba silencio.

¡Nelly!— le dije cuando comenzó a calmarse, circuyéndole el talle fino con un brazo, acariciándole la frente con las flores del ramo, y cantándole una canción monótona con que las nodrizas en Florida arrullan a los chiquillos para que se duerman—. No llore, Nelly; las flores la están besando para contenerla; los diamantes la quieren ver; Nelly, linda y fresca como las flores; Nelly, radiosa y fría como los diamantes que valen menos que esas lágrimas.

Vencida por aquellos mimos y sorprendida al oírlos, apartó el pañuelo y hundió los ojos en los purpúreos cálices de las gloxinias y en las blancas hojas de las gardenias, donde temblaban los diamantes como gotas de luz.

—No, no— dijo sonriéndose, con una sonrisa que le alumbraba los ojos húmedos como un rayo de sol un paisaje de primavera recién mojado por la lluvia—. No, no, si usted no acepta mi propuesta, no me hable más; eso vale una suma loca. Mi padre, que es millonario y que me adora, nunca me los habría regalado. No, lléveselos usted y regáleme las flores. ¡Están lindas— dijo, aspirando el ramo—. Guarde usted eso— recogiendo el hilo de platino, animado de luminosa vida por la palpitación blanca, roja, azul de las pedrerías radiosas que se

irisaban a la luz de las bujías y de la lámpara—. Fernández: ¿por qué me quiere usted regalar eso? . . .

Hablábamos, ella con la cabeza adorable, cuyos oscuros rizos me acariicaban la frente, doblada sobre la mía, que casi se apoyaba en sus rodillas, hincado como estaba a sus pies, respirando su aroma de flor y circuyéndola con los brazos.

—Porque los poetas andan por el mundo sólo para realizar los antojos de las diosas como usted— le respondí cubriendo de besos una de las manos suaves y frías, con que hacía esfuerzos para alejarme de ella. Nelly: esos diamantes van a hacer que usted se acuerde de mí al verlos más tarde; no me niegue usted la delicia de pensar que voy a vivir en su memoria en sus noches de triunfo. . .

Y mis labios, recorriendo los ramales azulosos de las venas, que se transparentaban bajo el fino cutis de la muñeca delgada, subían por el brazo torneado y blanco, desnudo hasta el codo de la negra manga de opaca seda ornamentada de azabaches.

—¿Y por qué quiere que yo me acuerde de usted por los diamantes? Me acordaré de usted porque sé sus versos deliciosos y porque lo he visto así arrodillado a mis pies, queriendo realizar un antojo mío a costa de una suma enorme y diciéndome cosas que nadie me había dicho nunca. . . ¡Qué cosas las que usted me dice! Cómo se ve que usted es poeta, un gran poeta— añadió con tono convencido—. ¿Quiere usted oír sus versos, dichos por mí en mi lengua? Es menos hermosa que la suya. Los sé de memoria. Oiga usted. . .— Y recitó con voz de oro las estrofas del canto a Venus, que dicen las glorias de la Afrodita al nacer de las olas marinas.

—Ahora va usted a decírmelos en su idioma; no lo entiendo, pero suena como una música. *How noble, how musical*— decía poniendo, la orejilla sonrosada carca de mi boca, que le recitaba paso, muy paso, mis mejores endecasílabos.

Hablábamos así, perdidos en la delicia de soborear la esencia de los versos y de sentirnos cerca, sin que ella, la orgullosa de unos minutos antes, ni yo, el respetuoso admirador que le había jurado que se iría sin besarle las puntas de los dedos, nos diéramos cuenta del vértigo que se estaba apoderando de ambos. Sin saber cómo, estaba sentado en el sillón y la tenía sentada en las rodillas. Uno de los piesecitos colgaba sobre la alfombra. En encaje de seda negra de la media transparentaba la blancura del pie angosto y largo y de la pantorrilla de túrgida curva, descubierta por la falda negra donde lucía el brillo mate de los azabaches. Le estaba besando la nuca, llena de vello dorado, y sentía estremecerse bajo mis labios todos sus nervios. La manecita fina que agarraba la mía hundía crispada en mi carne las uñas sonrosadas y puntiagudas. En el silencio sólo oíamos las palpitaciones de nuestras arterias.

—Más versos, más paso . . .— me dijo con expresión acariciadora, acercando a mi mejilla ardiente la suya fría y aterciopelada y embriagándome con su olor a pan fresco y a claveles húmedos.

Le dije las estrofas que pintan los grupos de palomas blancas sobre el altar de Cypris, envueltas por el humo aromático del sacrificio y aleteando entre las rosas, y se las dije en su lengua, mientras que le envolvía la muñeca en el collar que le circuyó el brazo pálido, como una serpiente de luz, y comenzó a irradiar con el brillo de sus centenares de facetas.

—¿Cuántos años tienes? . . .— me preguntó de repente, paseándome suavemente la mano blanca por los cabellos y por la barba. . .— ¿Veintiséis? Yo, diez y ocho; él tiene cuarenta y dos. . . ¿Con quién vives? . . . ¿Solo? . . . ¿Ni padre, ni madre, ni mujer, ni hijos? ¿Nada? ¿Solo en ese hotel?. . . El otro día me detuve a ver la fachada ¿Es antigua, cierto? . . . Y majestuoso, *majestic.* ¿Y vives solo ahí? . . . Vives como un príncipe. ¿Y no te da tristeza estar solo? . . . ¿Y qué haces? . . . ¿Cómo gozarás de la vida, no? . . .

—No. Adoro la belleza y la fuerza, y escribo versos de esos que sabes— le dije con tono triste y minténdole para acabar de fascinarla.

—¿Y recibes mujeres? . . .— me preguntó, riéndose con una picardía deliciosa.

—No, porque no las encuentro tan bellas como Nelly— le respondí envolviéndola en una mirada de deseo loco. Hacía ocho meses que no daba un beso ni recibía una caricia.

—¡Es imposible! ¡E irreal! *It is irreal.* . . Júrame que eso es cierto— dijo con voz ahogada y hablándome al oído.

—Te lo juro. Yo quiero lo perfecto y no lo encuentro. Lo demás me causa asco. Y cuando hallo una mujer de quien me enamoro en una hora con todas mis fuerzas y a quien le suplico que conserve unas pobres piedras para que se acuerde de mí, una a cuyos pies pasaría la vida arrodillado y por cuyos besos daría mi alma, ella rehusa mi amor y me tira a la cara el regalo con que sueño hacerla feliz un minuto.

—No— dijo—; Suéltame y espera. . .— Y se levantó para dejar la salita.

—¿Te vas Nelly? . . .

—Pero vuelvo en este momento, respondió levantando el *portier,* que cayó tras de ella.

¡Será tuya, será tuya!, me gritaba por dentro la voz de los llaneros. ¡Será tuya!"

—¿Te gusto así?— me preguntó volviendo a sentarse en mis rodillas en el ángulo del cuarto donde había más sombra y extendía sus blandos cojines un diván turco, amplio como un lecho nupcial—. No me lo he estrenado todavía. Míralo.

El corpiño de terciopelo negro de un traje de baile, sujeto en los hombros por dos lazos, sobre uno de los cuales lucía el ramo de gloxinias y de gardenias, dejaba ver las blancuras túrgidas del seno, que ondulaba con rítimico movimiento bajo el hilo de platino animado de luminosa vida, por la palpitación blanca, roja y azul de las pedrerías que se irisaban en la media luz de crepúsculo. "¿Te gusto así?"— preguntó, inclinándose para ver los diamantes y dejándome hundir la mirada en los tesoros que ocultaba mal el terciopelo del corpiño.

—¡Si nos hubiéramos encontrado antes! Me voy mañana para Nueva York, Fernández, mi poeta— comenzó, reclinando la cabeza en mi hombro y envolviéndome el cuello con los brazos desnudos y fragantes. !Si nos hubiéramos encontrado hace un mes! Tal vez me habrías amado. . . Qué felices seríamos, ¿cierto?

—No seríamos más felices que ahora, Nelly, porque te amo con toda mi alma. Pero no te irás mañana; te quedarás aquí y yo viviré de rodillas, adivinándote los pensamientos.

—Me voy mañana por la mañana; tengo todo listo, cerrados los baúles, tomado el pasaje. . . Esta tarde puse un cablegrama avisándolo. Mi padre me espera por minutos. Pediré el divorcio al llegar y viviré tranquila.

—Es un canalla, ¿no es cierto, amor mío? . . .— le dije al oído—; no te quiere y no te da las joyas que quieres. . . .

—Es un canalla, un brutal, y no me quiere. ¿Qué importan las joyas? Tú me las das. . . Ya ves, y si no me las das, me dices cosas dulces y deliciosas, ¿no es cierto?— contestó ciñendose a mí. . .— Me llevo el collar. ¿Qué me pides en cambio?— dijo soltando los brazos y sujetándome las manos con las suyas—. ¿Qué me pides en cambio? . . .

—Yo nada; lo que quiero es que seas feliz un minuto y que te acuerdes de mí. Dime que lo guardarás siempre y me iré dichoso sin darte un solo beso.

—¿Conque quieres hacerme feliz e irte? . . . El collar es mío. . . ¿Aceptas un regalo que voy a hacerte? . . .— me dijo al oído con una expresión de triunfo. . .— Yo también te voy a hacer un regalo, pero inverosímil, digno de ti que eres poeta; un regalo que tú mismo vas a creer que es un sueño. Yo también quiero hacerte feliz siendo feliz. Quiero ser feliz una noche. No lo he sido nunca. Odio el tiempo. El tiempo es una cosa estúpida, a *stupid thing!* . . . que sólo existe para el cuerpo— añadió mirándome con la cara inspirada, como la de una pitonisa—. En mi tierra queremos suprimirlo con la electricidad, con el vapor, con la inteligencia. Allá creamos en una década ciudades más grandes que las de Europa, que tienen seis siglos, y hemos hecho una civilización de doscientos años. El tiempo es una cosa estúpida que se arrastra. Yo quiero suprimirlo en mi vida. . . ¿Entiendes? . . . Te amo,

Fernández. . . Me voy mañana. Otra se iría llevándose su amor; yo, quiero dártelo; te amo— me suspiró al oído, besándome.

—Y Yo te adoro, Nelly— respondí buscando con locura sus labios primero, y hundiendo luego la frente en el seno blando, perfumado y fresco. . .

—No; déjame, déjame: aquí, no; llévame; ¿no vives solo? . . .— articuló ceñida a mí y crispada por el deseo; iremos a pie, donde quieras. . .

—Mi coche espera en la puerta. . . Ven— dije como en un sueño, un instante después, en el vestíbulo, abrigándole los hombros desnudos y apagando las luces.

De la noche sólo me quedan el recuerdo de su belleza sonriente bajo las amplias cortinas de terciopelo de mi lecho. en la alcoba alumbrada apenas por la lámpara bizantina de oscuro cristal rojo; la impresión de tenaz frescura y el perfume de su cuerpo adolescente y el arrullo de su voz al instarme para que fuera a los Estados Unidos. "Ven en el verano— me decía—, John no estará allá. Nos encontrarás en New Port y te presentaré a mi padre y a todos nuestros amigos. . . Buscaremos un lugar en donde vernos, un *cottage* rodeado de árboles y de flores, y seré feliz. . . Si me ofreces venir, no pido el divorcio; tolero lo de hoy a cambio de que estés tranquilo y me ames. Júrame que irás. . . Bésame!"

Su delirio de goce frisaba a la altura del mío, y la noche fue un solo beso, entrecortado por sollozos de voluptousidad.

—Todo ha sido irreal y adorable. . . *Irreal and lovely*. . . Tú eres irreal y adorable. . . Te espero en junio en New Port— fue la última frase, gritada desde la barandilla del enorme vapor que soltaba las amarras y la negra columna de humo, ennegreciendo el cielo del Havre, hasta donde fui a acompañarla.

Todavía tengo en los ojos su fina silueta envuelta en el largo sobretodo gris de viaje, y la palpitación del pañuelito blanco que agitaba al irse alejando el barco sobre las olas gris verdosas del Atlántico, bajo un cielo nublado, plomizo y sombrío, como una alma llena de remordimientos.

1º de septiembre.

Cinco meses sin haber escrito aquí una línea. Fue un estímulo apenas la noche de delicias pasada con Nelly, una gota de licor para el que agoniza de sed, *sed non satiata!* Me excitó, bebimos, me emborraché, y ahora tengo en el alma el dejo que queda en el cuerpo después de una borrachera. El baile tuvo por objeto deslumbrarlas, y de tal modo las deslumbró, que cuando amaneció y las últimas notas de la orquesta vibraron en la atmósfera de los salones impregnados de emanaciones humanas y del melancólico perfume de las flores moribundas, ya había

besado las tres bocas codiciadas y obtenido de ellas la promesa de las tres citas.

Suntuosa fiesta, al decir de los diarios bulevarderos, que me fastidiaron con los detalles del lujo en ella desplegado por *le richissime americain don Joseph Fernández et Andrade.* ¿Suntuosa fiesta? No sé, pero, en todo caso, un poco más elegante y más artística que las que he alcanzado a ver hasta hoy. Digo más artística, porque en los salones que amueblaban y ornamentaban objetos dignos de figurar en cualquier museo, y en el *hall,* decorado con éxoticas plantas y raras flores, se oyeron los penetrantes sones del violín mágico de Sarasate, las quejas de la guitarra incomporable de Jiménez Manjón y vibraron las cálidas notas, que al decir de Monteverde, cuestan a libra esterlina cada una, de la voz del tenor a la moda. Digo más elegante porque una parte del París frívolo y mundano, que por la tarde se exhibe en la Avenida de las Acacias y se da cita, en las noches de estreno en los grandes teatros, codeó en ella por unas horas al París artista y pensador, que vive encerrado en los talleres, en los gabinetes de experimentación o doblado sobre las páginas que pasado mañana serán el libro a la moda. Según decires, la concurrencia salió sorprendida de las exquisiteces de la mesa y la calidad de los añejos licores. Un murmullo de aprobación corrió por las salas, cuando al mariposear el cotillón agitando en ronda rítmica sus alas de cintas y gasas, se repartieron los regalillos a los danzantes.

La impresión verdaderamente grata que tuve fue ver mezclado lo más distinguido y simpático de la colonia hispanoamericana con lo más linajudo y empigorotado del aristocrático barrio. Logré que los compatriotas que honran la tierra con su ciencia, Serrano, el filólogo, y Mendoza, el estadista, dejaran su encierro claustral para asomarse aquí por unos instantes. Duquesas vejanconas de tantísimas campanillas y retumbante nombre, cuyo origen remonta a la Roma de los Antoninos, paseáronse al brazo de generales, ex-presidentes de nuestras repúblicas que ostentaban uniformes más de oro que de paño; hubo miembros del Jockey Club que le hiciera la corte a una chicuela recién llegada, que tenía todavía, en los ojos el recuerdo del cielo del trópico y en los oídos el rumor de la brisa entre los cafetales, y hasta se divirtió el grupo donde lucían la calva de Manouvrier, el filósofo espiritualista, las arrugas de Mortha, mi ex-profesor de arqueología egipcia, y el monóculo del novelista psicólogo, autor de "Los Perfiles Femeninos", que, despreciando esa noche a las mujeres que preguntaban por él para hacerle la corte, fue a esconderse entre aquellas anticuallas y a conversar con el doctor Charvet, que me dijo, al pasar por cerca de él, golpeándome el hombro:

—Así se hace. Goce usted suavemente de la vida, amigo mío; goce usted suavemente de la vida.

¿Qué me importó el éxito de la fiesta. . . si mi lucidez de analista me hizo ver que para mis elegantes amigos europeos no dejaré de

ser nunca el *rastaquouere,* que trata de codearse con ellos empinándose sobre sus talegas de oro; y para mis compatriotas no dejaré de ser un farolón que quería mostrarles hasta dónde ha logrado insinuarse en el gran mundo parisiense y en la *high life* cosmopolita?

Eso no impidió que las tres mujeres concurrieran y que mi plan se realizara.

¿Y eso qué me importa, si ninguna de las tres ha podido darme lo que le pido al amor, y sólo me queda hoy el orgullo de haber seducido en unas horas a las tres bellezas de quien nadie se atrevería a sospechar y que la concurrencia entera designó como las tres reinas de la fiesta?

¿Y eso qué me importa, si yo no vivo para los demás, sino para mí mismo, y si ese triunfo no me satisface, porque sé que tal vez ellas mismas ignoran las razones que tuvo cada una para entregárseme y para colmarme de caricias locas? . . .

¿Y qué me importan esas ideas sobre el amor, ni qué me importa nada, si lo que sientro dentro de mí es el cansancio y el desprecio por todo, el mortal dejo, el *spleen* horrible, el *tedium vitae* que, como un monstruo interior cuya hambre no alcanzara a saciarse con el universo, comienza a devorarme el alma?. . .

¡Vosotros conocisteis ese mal sin nombre y sin remedio, patricios romanos que, hartos de los goces de la carne, ahitos de las declamaciones de los filósofos y de los versos de los poetas y de las creaciones del arte heleno y latino, abandonábais los triclinios de marfil recubiertos de púrpura, sobre los cuales caían en lluvia las aromosas esencias y las rosas de Poestum, tirábais al suelo la áurea copa cincelada, llena de vino de Chypre, y la corona de rosas que os ceñía la frente y, despreciando la sensual delicia que os brindaba la cortesana desnuda a vuestro lado, corriais a buscar en la despreciada enseñanza de los rudos discípulos del Nazareno, en la práctica de la pobreza y de la humildad, una fe nueva y una esperanza sublime que os hiciera cambiar de vida, abrazaros a la cruz, desafiar las iras del Emperador y, transfigurados por el éxtasis, ir a esperar la hora de la muerte bajo las garras de los leones, sobre la arena ensangrentada del circo!

¡Ah! sí, eso fue entonces. En nuestra época mediocre y ruin no queda camino abierto para las almas del temple de las vuestras, que sienten lo que sentisteis. Lo sublime ha huido de la tierra. La fe ciega que en su regazo de sombra les ofrecía una almohada donde descansar las cabezas a los cansados de la vida, ha desaparecido del universo. El ojo humano, al aplicarlo al lente del microscopio que investiga lo infinitesimal y al lente del enorme telescopio que, vuelto hacia la altura, le revela el cielo, ha encontrado, arriba y abajo, en el átomo y en la inconmensurable nebulosa, una sola materia, sujeta a las mismas leyes que nada tienen que ver con la suerte de los humanos. Sutiles exégetas y concienzudos comentadores estudiaron los viejos textos sagrados y los analizaron descubriendo

en ellos no las palabras, que son el camino, la verdad y la vida, sino las sabias prescripciones de los civilizadores de las naciones primitivas y la leyenda forjada por un pueblo de poetas. El cadáver del Redentor de los hombres yace en el sepulcro de la incredulidad, sobre cuya piedra el alma humana llora, como lloró la Magdalena sobre el otro sepulcro.

"Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. . .". La oración que la santa de las guedejas de plata me enseñó de rodillas apenas podía balbucearla, viene a mis labios de hombre y no la puedo rezar. ¡Tú estás vacío, oh, cielo, hacia donde suben las oraciones y los sacrificios!

Neomisticismo de Tolstoi, teosofismo occidental de las duquesas chifladas, magia blanca del magnífico poeta cabelludo, de quien París se ríe; budismo de los elegantes que usan monóculo y tiran florete; culto a lo divino, de los filósofos que destruyeron la ciencia; culto del yo, inventado por los literatos aburridos de la literatura; espiritismo que crees en las mesas que bailan y en los espíritus que dan golpecitos; grotescas religiones del fin del siglo diez y nueve, asquerosas parodias, plagios de los antiguos cultos, ¡dejad que un hijo del siglo, al agonizar de éste, os envuelva en una sola carcajada de desprecio y os escupa a la cara!

Es esa hambre de certidumbres, esa sed de lo absoluto y de lo supremo, esa tendencia de mi espíritu hacia lo alto, lo que he venido engañando con mis aventuras amorosas, como engañaba mi sed de éstas con las jugarretas de las últimas noches de castidad. Pero el hambre de creer no hay con qué saciarla que no sea con la creencia misma. . . ¿Y en qué creerás, alma mía, alma melancólica y ardiente, si los hombres son ese miserable tropel que se agita, cometiendo infamias, buscando el oro, engañando a las mujeres, burlándose de lo grande, y si ya murieron los dioses?

Quizás el Amor tuvo sabores acres y extáticos que pudieran reemplazar a la fe. El de lo místico vino en las rudas épocas medioevales, y en la expansión grandiosa de pasiones que fue del Renacimiento. Amar temblando, porque al través de la puerta de la alcoba, tibia y perfumada por los besos, se oía el ruido de los pasos y de las armas de los matones enviados por el marido, que subían a vengar la afrenta; amar orando, porque la Dama revestía aspecto de Madona; amar sin satisfacer el amor e inmortalizando el nombre de Ella en canciones o en estatuas; ser Benvenuto Cellini o Godofredo, Alighieri, Petrarca o Miguel Angel, cuando Ellas se llamaban Beatriz Portinari, Laura o Vittoria Colonna, fue empresa de hombres, pero hoy, en estas sociedades decrépitas —en que el adulterio es fácil y practicable sin peligro, como un *sport,* en que la vida de la mujer es toda entera una lenta y gradual preparación para la caída y en que los maridos vienen a visitar al afortunado para pedirle favores— es miseria indigna de un hombre.

Tal vez mi misantropía me lleva a juzgar a esos infelices engañados peor de lo que merecen. Habrán creído que lo que vieron la noche del baile fue un *flirt* sin consecuencia y explotable para ellos gracias a mi juventud y a mi dinero; pero lo cierto es que las circunstancias se han enlazado de tan extraño modo, que se necesitaría benevolencia de santo para no juzgarlos como los juzgo, por lo menos como unos imbéciles.

—Oye, Pepillo —me dijo el amigo Rivas, usando el antipático nombre con que me llama—; vengo a pedirte un favor que sólo tú puedes hacerme.

—Estoy a tus órdenes —le respondí, creyendo que se trataba de un duelo en que debía acompañarlo como testigo, y sorprendido de oírlo hablar así... —¿Tomas café?...— añadí, ofreciéndole, porque tomaba el mío, acabando de comer en el cuarto de fumar, cuando entró como un huracán, y con aire agitado y la respiración anhelante.

—No, no tomo; me pone vervioso. Oye, Pepe: vas a hacer un *serviciazo,* de eso que sólo a un amigo íntimo se le pueden pedir. No me lo niegas, ¿eh? —añadió, entrecortado—; júrame que no me lo niegas.

—Si te digo que estoy a tus órdenes.

—¿Con que dejas de ir a *Fausto* para ayudarme? ¿No tienes plan para esta noche?... Bien, ¡cómo te lo agradezco! Pues, mira: tenemos cuatro —Amorteguí, Rodríguez, Saavedra y yo— una cena con cuatro mujeres, pero de lo fino, ¿oyes?... cuatro *horizontales* que te quedarías bobo si te dijera los nombres... cuatro de lo bueno, ¡supónte la que se me atraviesa! Consuelo está indispuesta y no tengo quién me la acompañe y me da pena dejarla sola. Ya ves... Y eso de quedarse uno conversando con su mujer, porque ella se siente débil y de acostarse a las once, después de tomar el té, cuando tiene entre manos una cena con cuatro tipos como Rodríguez y con cuatro mujeres así, de lo fino... No, si estaba desesperado. A fuerza de cavilar mientras comíamos, se me ocurrió la cosa, ¿no ves?... Yo me vuelvo a casa, porque le dije que salía por un momento; entra tú de visita y te haces el afanado; me dices que Amorteguí me estaba buscando con urgencia en el boulevard, porque tiene que hablar conmigo esta noche de un negocio. ¡Te juro que es ella la que me hace salir! Me voy y tú me la acompañas hasta lo más tarde posible, ¿no? para que no caiga en la cuenta de la hora a que vuelvo, si se desvela, como le sucede casi todas las noches. ¿Qué tal el plan, eh? ¿Cómo te parece mi combinación? ¿Admirable, cierto?... ¿Me ayudas...?

—Admirable... —le dije—. De mil amores; me tienes allá dentro de media hora a lo sumo —y salió hecho unas pascuas, retorciéndose los bigotes y sintiéndose un Maquiavelo.

—¿Qué primor me trae usted ahí?... —me preguntó la dejativa y lánguida criatura, cuando después de salir el otro, nos quedamos solos en el cuartico donde recibe a sus íntimos—. ¿Alguna de esas cosas que

sólo usted encuentra?... —dijo para disimular la turbación en que estaba al sentirse sola conmigo después del beso delicioso cambiado en el fondo del invernáculo desierto donde me la llevé por unos segundos la noche del baile, y de los juramentos de amor que lo acomañé.

—¿Qué primor me trae, José?... ¿Flores? ¡Dios mío, flores de las rosadas de las de Guaimis!... Las mismas —dijo toda trémula, como acariciando con los ojos el ramo de orquídeas que se había puesto en las rodillas, y que acababa yo de formar en el invernadero al salir de casa...— ¡Dios mío!!... ¿y dónde consigue usted flores de nuestra tierra en París, José?

—En casa, Consuelo —le dije, sentándome a su lado, sobre la misma turquesa de donde se había levantado al verme entrar unos momentos antes—. En casa, Consuelo... Desde una tarde, hace nueve años, tengo siempre, esté donde estuviere, unas plantas que cuido mucho para que den flores de esas... desde hace nueve años y desde una tarde —dije, mirándola, para ver el efecto de la sugestiva frase que había estudiado desde el momento en que el astuto Rivas me contó su plan en el cuarto de fumar.

Se puso pálida, más pálida que lo está siempre; le temblaron las manos y los labios, y bajó los ojos al suelo.

Nueve años antes, casi niños ella y yo, una tarde deliciosa, una tarde del trópico, de esas que convidan a soñar y a amar con el aroma de las brisas tibias y la frescura que cae del cielo, sonrosado por el crepúsculo, volvíamos por un camino estrecho, sombreado de corpulentos árboles y encerrado por la maleza, al pueblecillo donde salía a veranear su familia. Nos habíamos adelantado al grupo de paseantes. Yo, diciéndole que la adoraba, recitándole estrofas del *Idilio,* de Núñez de Arce, y sintiéndome el Pablo de aquella Virginia vestida de muselina blanca, que apoyaba su bracito en el mío.

—Quiero flores de esas —me dijo, mostrándome un ramo de parásitas rosadas que colgaban de la rama de un arbusto, y al entregárselas, en la semioscuridad del camino, donde el aire era tibio y volaban las luciérnagas y aromaban los naranjos en flor, la cogí en mis brazos y la besé con todo el ardor de mis diez y ocho años, y ella me devolvió los idílicos besos con su boca virgen y fresca.

—Son flores de Guaimis, Consuelo —le dije...—. Desde esa tarde tengo siempre plantas de esas en casa para respirar en su olor el beso de entonces, que ha sido el minuto más feliz de mi vida. Desde entonces hasta la noche en que, viviendo ya aquí, supe que usted se había casado con Rivas, no ha habido un solo día en que no piense en usted con la misma ternura. Si su padre no se hubiera reído entonces de mi amor, porque era yo un niño, y no me hubiera prohibido volver a su casa, como lo hizo ¡qué feliz hubiera sido y qué distinta mi suerte! Entonces me amó usted, no me lo niegue; déjeme creer que fue así; después me

olvidó. Ojalá hubiera hecho yo lo mismo. Antes de anoche, al verla a usted en casa, entre las verduras del invernáculo, con ese vestido de muselina blanca que la hacía parecida a la que me hizo feliz con su cariño de niña, y al sentirme cerca de usted, me olvidé de todo, me sentí el de entonces, sentí por usted el mismo amor de ese instante, aumentado por nueve años de pensar en usted, y tuve la audacia de robarle un beso, que fue un éxtasis... Ahora vengo a pedirle a usted perdón, Consuelo, por esa audacia sin nombre, y se lo pido en nombre de nuestro amor de niños, y de rodillas... Consuelo: ¿me perdona? —continué, ya arrodillado, al pie de ella y besándole las manos, que me abandonaba, inertes—. ¿Usted, con toda su dulzura, no le podrá perdonar a un hombre que la ha adorado toda su vida y que no hace más que soñar con usted, que le hable así, porque no puede callar por más tiempo? Dime —añadí, volviendo al tuteo delicioso que usábamos cuando niños—, dime, Consuelo: ¿no ves que te adoro con toda mi alma? ¿no comprendiste que la fiesta de la otra noche no tuvo más objeto que verte en casa, que sentirte cerca unos minutos, que sentir tus manos en las mías? ¿no sientes que estas flores tienen el mismo olor de nuestras flores del Guaimis?... Respíralas: ¿no les sientes el olor del beso de entonces?...

Ya la tenía en mis brazos, envuelta, fascinada, subyugada por mi comedia de sentimentalismo, que se transformó dentro de mí en sensual delirio al sentir que me devolvía los besos que le daba, y al oírla decirme: "La otra noche me iba muriendo en el invernáculo cuando me besaste. Yo no he hecho más que pensar en tí desde entonces. Si me casé, fue por venir a París y verte. Yo nunca le he dado un beso a Rivas. Júrame que me adoras, porque me parece un sueño oírtelo decir... ¡José! ¡José! ¡Por Dios! Pero esto es un crimen adorarnos así; un crimen espantoso siendo yo su mujer".

—No, no es un crimen, mi amor; sería un crimen si él te quisiera, si no fuera quien es, si no se hubiera casado contigo por tu fortuna, si no te abandonara como te abandona, si yo no te adorara así. Consuelo, ¿no es cierto que es una locura que me quede aquí un segundo más —dije, dominándome para lograr la promesa que buscaba—, cuando puede volver de un momento a otro y sorprender algo en nuestras caras de la delicia que han sido estos momentos? ¿No es cierto que es una locura, cuando mañana podemos pasar horas enteras juntos, donde no tengamos que temer, en casa, donde haremos de cuenta que no estamos en París y respiraremos en el invernáculo el olor de nuestros bosques?... ¿Qué? —insistí al oír la respuesta—. ¿Qué? ¿Te da miedo ir? ¿Y no te acuerdas de que estamos en París, donde nadie mira a nadie y de que vivimos a dos pasos?... ¿Alguna vez ha venido Rivas a medio día, mientras andas tú por los almacenes, o te pregunta dónde has estado? Podemos pasar juntos seis horas, que valdrán para mí por seis años de felicidad... ¿Me tienes miedo?... ¿No sabes que mi amor es tan puro como lo era enton-

ces, que me basta verte, oírte para ser feliz y que no te daré un beso si no quieres?...

Y vino y fue mía; y después ha venido dos veces, sin pedírselo casi, porque ha querido, porque necesita caricias como necesita respirar, y porque el otro, el hombre astuto de las maquiavélicas combinaciones, anda cenando con sus *horizontales,* que le están comiendo medio lado, y tiene abandonada esa flor de sensualidad y de inocencia, que se pasa muchos días y muchas noches sola, porque no tiene casi relaciones en París.

Con otras armas cayó la otra, la rubia baronesa alemana, que tiene la carnadura dorada de las Venus del Ticiano y está exenta de todo prejuicio, según dice ella, la lectora de Hauptman y de German Bahr. Con esa afecté frialdad absoluta la noche del baile y me limité a hablarle en alemán y referirle con sencillez el duelo con su pariente el Secretario de Embajada, y a hacerla confidente de mi desprecio por los hombres. Creyéndome de mármol, mientras paseábamos juntos por las salas, emprendió una conversación destinada probablemente a cerciorarse de mis escasas facultades amatorias y a escandalizarme con el desprecio profundo que manifestaba por todas las conveniencias sociales y todas las ideas corrientes sobre moral. La dejé hablar largamente. La oía como si no la entendiera, sin contestarle más que, lo necesario, para que siguiera hablando, y clavándole los ojos en el seno de Juno, medio desnudo de un corpiño de terciopelo verde oscuro, sobre el cual esplendían magníficos diamantes, y en los labios rojos como una fresa madura. Clavaba ella los ojos en mí, como buscando el efecto de sus frases audaces y de su belleza majestuosa, y se sonreía con una sonrisa de desafío al verme palidecer por instantes, al crecer dentro de mí la tentación que me estaba crispando los nervios.

—Todas esas son teorías, señora; teorías y nada más. Usted en la práctica es una puritana rígida y respeta hasta los más estúpidos lazos con que nos sujeta la sociedad. Si usted viviera de veras, más allá del bien y del mal, como dice Nietzsche, sería otra cosa; pero no es así. Si yo le diera a usted un beso ahora —dije, haciéndola sentarse en un saloncito donde no había nadie— usted haría que su marido me mandara un par de testigos; y si la invitara a comer sola conmigo mañana, a las siete de la noche, no volvería a contestarme el saludo.

—Haga usted el ensayo —me respondió, llevando su audacia y mi excitación al paroxismo y valiéndose de una frase que lo envolvía todo.

La besé frenéticamente, y acudió a la cita al día siguiente por la tarde.

—Lo que me ha fascinado en usted, decía al salir de casa, es su desprecio por la moral corriente. Los dos nacimos para entendernos. Usted es el sobrenombre, el *Uebermensch* con que yo soñaba.

Con la Musellaro fue otra historia. So pretexto de amor al arte pagano y de mi entusiasmo por los poetas modernos de Italia, habíamos tenido

en los últimos tiempos conversaciones indeciblemente libertinas. La iba a ver desde tres meses antes, los martes por la noche, en que recibe en su casa la flor y nata de los condes y marqueses arruinados y de los pintores y músicos de la colonia. Me había recitado los más ardientes poemas en que D'Annunzio canta las glorias de la carne, con voz ligeramente ronca y velada, medio cerrados los oscuros ojos que, con la mate blancura de la piel, lo puro del perfil y lo espeso de la cabellera negra, hacen soñar con una romana de los tiempos del Imperio; me había oído decirle cosas sin nombre, sin ruborizarse. Sus formas esculturales y sus ademanes de reina atraían las miradas masculinas la noche del baile. Por haber venido varias veces a casa, con el marido, a ver mis colecciones de medallas, de camafeo y de piedras grabadas, se sentía como en la suya y hacía los honores. Esa noche emanaba de ella un tibio olor de Chrypre, que, confundido con el de su cuerpo, la envolvía, al bailar, como en una atmósfera espesa de voluptuosidad. En los brazos redondos y de ideal blancura, sobre el descote cortado en cuadro y sobre los negros cabellos ondeados y brillantes, ardían los rubíes sangrientos, que tenían el mismo matiz de la opaca seda del traje, bordado de argentadas pasamanerías, que llevaba puesto.

—Julia —le dije llevándola hacia el rincón donde una copia de la Venus de Milo destaca sus blancuras de mármol sobre la pesada cortina del fondo— esta noche la belleza de usted embriaga, como embriagaría un vino de Salerno, bebido en copa de oro. Si usted pudiera verse con unos ojos de hombre, se enamoraría de usted misma. Sueña uno al verla a usted con no vivir en este siglo dejativo y triste, en que hasta el placer se mide y se tasa, sino en la época de los Borgias; provoca verla presidiendo una orgía de príncipes, en que el sabor de los besos se mezclara con el del veneno.

—Usted sueña en eso porque tiene músculos de jayán y nervios de artista del Renacimiento; a todos estos parisienses les parezco vulgar, de fijo; para ellos la distinción consiste en ser flaca y pálida. Los dos deberíamos ser más íntimos, porque nos parecemos mucho; ambos somos paganos —me dijo, quemándome con sus miradas de fuego y mareándome con su olor perverso y sugestivo.

—Esa intimidad depende de usted. Si usted viniera a verme el jueves por la mañana, nos sentiríamos paganos hasta las medulas de los huesos; le leería unos versos y le mostraría unas aguafuertes de Felicien Rops, que usted no conoce, porque son dignas del Museo Secreto de Nápoles...

—Si estoy loca por verlas —me dijo, con la cara iluminada por la alegría y estrechándome el brazo contra el seno de diosa—. Vendré a las ocho. Musellaro no se levanta nunca antes de las doce.

Y un beso selló el tácito pacto que contenían aquellas frases; un beso dado detrás de la cortina a que le volvían las espaldas los concurrentes,

empeñados en ver a Sarasate, que se levantaba para comenzar a tocar el violín, al que le arrancaba misteriosos quejidos.

¿Donjuanismo? ¿Seducción? . . . Respecto de Consuelo, tal vez, en quien toqué las más ocultas fibras del sentimiento al recordarle nuestros infantiles y dulcísimos amores; no con las otras dos, viciosas, coleccionadoras de sensaciones, aleccionadas por quién sabre qué predecesores míos, corrompidas por el arte y la literatura y empeñadas cada una de ellas en ver en mí el personaje que les han mostrado como ideal los librejos ponzoñosos que han leído sin entenderlos. ¿Seducción? No, si nadie seduce a nadie. . . Si es la idea del placer la que nos seduce. . . Tan ardiente era el deseo en ellas como en mí; dentro de unos años no recordarán la aventura, y si la recuerdan, les parecerá a ambas tan inocente como me parece a mí ahora.

¿Y esto llaman crimen los moralistas severos, que predican su moral en dramas de tres actos? ¿Crimen? ¡Halagar a una mujer, idealizarle el vicio, ponerle al frente un espejo donde se mire más bella de lo que es, hacerla gozar de la vida por unas horas y quedarse sintiendo desprecio por ella, asco de sí mismo, odio por la grotesca parodia del amor y ganas de algo blanco, como una cima de ventisquero, para quitarse del alma el olor y el sabor de la carne!

Musellaro me llamó la otra noche en el Círculo, donde le habían limpiado los bolsillos la víspera, y con mil zalamerías serviles y poniendo por las cumbres mis conocimientos de arte, me habló de un cofrecito de plata, cincelado por Pollaiuolo, que vendía un amigo suyo en Florencia.

—Vale siete mil francos —me dijo—. Al momento en que supe que lo vendían, pensé en avisárselo a usted, seguro de que se quedará con él. Mi amigo no quiere que se sepa su nombre. Es un objeto que ha pertenecido a su familia desde hace trescientos años, y del cual se desprende, obligado por las circunstancias. Usted sabe cómo van las cosas en Italia.

—De sobra. Telegrafíele usted a primera hora diciéndole que lo ha colocado y que me lo envíe —le respondí—. Le enviaré a usted el cheque mañana mismo.

¡Me río del cofre cincelado por Pollaiulo! Recibiré algún chirimbolo recién salido del molde. ¡Lo que va a reírse de mí el afortunado marido de la admiradora de Petronio!

El de Olga, el barón alemán delgaducho y triste, que tiene la manía de las estampillas de correo y las colecciona con entusiasmo de colegial, acaba de salir de aquí para pedirme un favor especial. Quiere el Busto del Libertador, una condecoración que da el Gobierno de Venezuela, y al efecto desea que hable con el simpático mozo autor de *Espirales de humo,* que representa a aquella nación en París y con quien sabe que me ligan relaciones de amistad. Dentro de unas semanas tendrá su

medalla y se la colgará al uniforme para que luzca al lado de las siete con que lo engalana al llevarlo, y recibirá una estampilla de mi colección.

. . . .

—¿Siempre ha sido así, no es cierto? preguntó volviendo a mirarla, como fastidiado por mi solicitud.

—Siempre le contestó, tendida en la otomana y envuelta en los pliegues de la rosada bata de seda floja que huele a heliotropo blanco. . . —Siempre— le contestó, sonriendo, con su dulzura de moribunda.

—También es que no quiere salir; mira, Pepillo: tú que estás desocupado, paséala; a mi los negocios no me dejan un minuto libre; si lo tuviera, lo haría. Tú que sabes tanto de cuadros y de estatuas, llévamela a los museos; yo no tengo tiempo. ¿Por qué no vas al Louvre mañana con Fernández? —le preguntó. . . .— ¿No decías que tenías ganar de ir?

—¿Iremos, no, José? Es que cuando una no está acostumbrada a la vida de Europa, no se le ocurre salir con un amigo, cierto?. . . —Y los ojos árabes me miraban con delicia, y la cabeza, recostada sobre los cojines blandos de la otomana, me ofrecía millones de besos para el día siguiente.

—Es que las mujeres no malician lo que lo absorben a uno los negocios —continuó el otro—. Tú que sabes la complicación de los míos, supónte si tendré tiempo para pasearla y distraerla como querría. . .

¿Y sí lo tienes para jugar billar y bacarat en el club y para pasarte las semanas enteras con tus famosos *horizontales* e ir a cenar con ellas, grandísimo tarambana? —pensaba yo entre mí al oírlo.

—¿De modo, Paco, que me autorizas formalmente para pasearla y distraerla? —le pregunté con una frialdad de viejo de setenta años.

—Le vengo suplicando desde que llegó, que salga a conocer a París, ¡y maldito el caso que me hace!

—Oiga usted, Consuelo: su marido me la entrega para que la haga pasear y la distraiga; después usted no alegue que no le ha dado permiso para ir a tal o cual parte.

—No, llévala a donde quieras; ve con Fernández a donde te lleve, ¿oyes? . . . ¡Ah! las diez— dijo, sacando el reloj—; tengo que salir; tú me excusas, ¿cierto? Tengo una cita con Amorteguí para un negocio importante.

Dizque al día siguiente le preguntó ella que si no hablarían los que nos conocen al vernos juntos en mi coche, y le dijo él soltando la carcajada:

—No; si a Fernández lo conocen todos. . . ¿Tú sabes cómo lo llaman? El Casto José. No te afanes por lo que digan, que no dirán nada. . .

¡Y me lo contaba ella, riéndose con la boca carnuda y deliciosa, recostada en uno de los divanes de mi biblioteca! "Me voy a pasar contigo los días enteros, si quieres— me decía—, para que me consientas

y me quieras; si no, me muero. . . Estoy muy enferma ¿sabes? Tengo fiebrecita todas las noches, desde hace un año, desde que vine. No estudies tanto— agregaba viendo los atlas, las cartas geográficas, los gruesos volúmenes abiertos sobre las mesas y los estantes enormes de la biblioteca—; te matas si sigues estudiando así. Mira: vas a descansar paseándome; desde mañana le echo llave a este cuarto de viejo y comenzamos nuestras excursiones"

Dicho y echo. Como no quería que la vieran conmigo, los sitios predilectos fueron los alrededores de París, los pueblecitos rientes y llenos de verdura, las salas de los museos, las iglesias más distantes del centro.

—Cluny no me gusta; hay allí tanto vejestorio, y aquello huele a sacristía; lo que me encanta es el Luxemburgo, que tiene cuadros nuevos, y esos jardines tan lindos, cerca. ¿Y esto es lo que ponderan?— me preguntaba, viendo los arcos de piedra renegrida y las misteriosas esculturas de las torres de Nuestra Señora—. ¡Cuánto más linda San Francisco, que es nueva y tiene tantos dorados! Yo comencé una vez a leer una novela que se llama como esta iglesia, y no seguí porque no entendía nada. ¿Tú has oído hablar de ella? . . . Creo que es de Dumas.

Resucitó con mi amor. Dio en no querer que saliéramos y se pasaba los días envuelta en la rosada bata de seda floja, viendo dibujos a la sanguínea, aguafuertes, grabados en acero y acuarelas de los que guardan mis cartones; examinando los camafeos uno por uno. "Mira esta pintura", me decía, mostrándomela y paseando por las salas desiertas sus miradas curiosas y la languidez dejativa y rítmica de su cuerpo delicioso, que ondula como las palmas de nuestra tierra, al soplo del viento del mar. ¿Hacerla comer algo que la alimentara? . . . No; golosinas y frutas, pastelillos rellenos de confituras, confites, caramelos y almendras de la casa Boissier y albérchigos y uvas moscateles, que destrozaba con sus dientes de azulosa blancura.

—Te vas a morir de anemia, Consuelo— le dije una mañana, en que, sentados ambos en el comedor, no quería probar una ala de pollo que le ofrecía, suplicándole.

—Pero si tú sabes que nunca como carne. Dame café negro; eso sí, y una copita de marrasquino— continuó tendiéndome la taza de Sevres y la frágil copa en forma de lirio—. Dime: ¿a que tú no has pensado en esto? ¿qué tienen aquí que sea tan bueno como lo que tenemos nosotros allá? Mira el café, el chocolate, las piñas, la vainilla, las esmeraldas, el oro— todo eso, que es lo mejor, viene de nuestra tierra. ¿Te acuerdas de las piñas del Guaimis? . . . Se las manda coger uno a los negros, y se las traen por montones. . . ¡Aquí sólo las comen los millonarios, los príncipes! . . . ¿De qué te ríes?— me preguntó, seria, al ver la sonrisa que no pude contener al oírla. . .

—De pensar que a las mujeres que nacen allá no las consiguen ni los príncipes— le dije, aludiendo a la carcajada que le soltó al de Pontavento la noche del baile en que quiso besarle una mano.

—No, esas son para los que las conocen desde que nacieron y las consienten como tú a mí. Estas de aquí serán más lindas y más elegantes— dijo, pero no saben querer. Aquí nadie quiere a nadie. ¿Sabes tú lo que a mí me parecen las parisienses?... Muñecas vivas...— añadió, soltando una carcajada—. ¿Tú crees que alguna de esas es capaz de querer como queremos nosotras?

Así se han ido tres meses casi, en diálogos de esos, en siestas dormidas en las dos hamacas, que hice colocar entre las palmas del invernáculo, en paseos de que volvíamos con los ojos llenos del color y el olor del campo, donde pasábamos las mañanas en rasguear una bandola que tenía yo en mi escritorio como adorno, y hacer sonar en el aire de París las dejativas canciones de la tierra donde nacimos... Le he ofrecido ir a San Sebastían y a Biarritz, para donde se la llevó Paco a ver toros.

—Oye: allá oiremos siquiera hablar español y no me llamarán Madame. Vamos a estar felices; vendrás, ¿cierto?

—¡Me la has curado, Pepillo! Mírala cómo está de rosada y de gorda... Han sido los paseos contigo. No se cómo agradecértelo. Si vieras el buen humor que tiene ahora. Antes vivía suspirando. Ven a San Sebastían y allá completarás la obra. ¿Te esperamos precisamente? Instale tú, Consuelo— le decía el marido esta mañana, al dejarlos en la estación, donde cruzamos la última mirada, y le estreché la mano que no volveré a sentir en las mías por mucho tiempo, porque, cansado de besos, de mimos, de enervamientos y de lascivias, me iré dentro de tres semanas a Nueva York a ver si los negocios a la americana y el *hard work* me curan del mal de vivir y del asco de la vida que estoy sintiendo...

18 de septiembre.

¡Y no me he ido! Si vuelve, le cerraré brutalmente la puerta y haré que alguien le sugiera al marido que no la deje salir sola, porque corre peligro de que se rían de él, si siguen viéndola conmigo. Desde su ida me he consagrado a revisar mi plan concebido en Suiza en el verano pasado, en los días en que viví en el picacho abrupto donde no llegaba ni el ruido de la canallería humana. Tranquilos los sentidos por los excesos de los meses pasados, he vuelto a vivir la vida verdadera y a sentir que me renacen las alas que me habían cortado las tres Dalilas, la lectora de Nietzche, la sensual romana y mi sentimental y perezosa amiga, que no ha leído, a Dios gracias, ningún libro que le haya quitado del alma el perfume de sencillez que la hace adorable.

¡Es una almita cerrada, inconsciente y fresca, que guarda todo su olor a montaña y a nido y a rosas como las parásitas del Guaimis, como las orquídeas rosadas que le di la tarde en que la besé por primera vez!

1º de octubre.

Camilo Monteverde, mi primo hermano, que está en París ahora, y yo, no hablamos nunca de arte. En literatura se quedó en el naturalismo de Zola, que es para él la fórmula suprema. Sabe que lo considero de cuarto orden como escultor, a pesar de la fama de que disfruta en mi tierra, y no entiende mis versos, según confesión propia. "Eso es música del porvenir, puro Wagner. . .— me dice cuando lee algo mío—. Para mí el primer poeta contemporáneo de España es Campoamor. . . ese es claro y lo entiendo. . ."

No hablamos de arte nunca. Hablamos de nosotros mismos o, mejor dicho, me habla él de él y de mí, dada la especie de pudor que me me impide dejarle ver ciertos modos de sentir míos, de que se reiría. En cambio, exagera él un poco su cinismo: cuando me hace confidencias, toma la *pose canaille,* que diría un pintor, y me exhibe un personaje muy diferente del que conoce el público y muy parecido al que describe Luis Montes, que lo desprecia y lo odia con todas sus fuerzas y no le reconoce ni aún sus más positivos méritos.

—¿Tú siempre cazando el pájaro azul?— me decía antier en el cuarto de fumar—. Voy mil dólares de apuesta a que estás enamorado platónicamente y a que todo lo que he visto en tu casa lo has comprado y lo has pagado.

—No conozco otro modo de hacerse uno a lo que desea— le dije—. ¿Tú has encontrado otro?

—Ya lo creo; se lo hace uno regalar o se lo lleva. Aquí en París debe ser difícil el procedimiento mío; pero en mi tierra me ha surtido resultado completo. Todos los tapices, los muebles antiguos, las armas y los cuadros que tengo han salido de los conventos y de las iglesias. ¿Cómo?— me dirás tú—. Pues haciendo tales bajezas para tenerlos; diciendo tales cosas respecto de ellos, que el dueño o la dueña, viejo que le conoció a uno de muchacho, o muchacho que lo admira y quiere tenerlo contento, a las pocas vueltas manda la pintura, el broncecito, el objeto histórico, diciéndose: "Esto aquí no luce mayor cosa y en cambio Monteverde contará que es regalo mío. . .". ¿Es que tú no eres práctico? . . . —continuó después de un silencio y como pensando en alta voz—. Tú te entusiasmas con las cosas, te enamoras de las mujeres, haces locuras por ellas, tienes la manía de trabajar y de saber. ¿Qué ha sido hasta ahora tu vida? . . . Una cacería al pájaro azul. . . Mira: el secreto es, con el menor esfuerzo posible, lograr el mayor resultado

posible, sin moverse casi y a punta de imbecilidad de los otros y de las otras, de adulaciones de uno a los que no las esperan y de insolencia con los que las esperan. Así, comienza a lloverle a uno todo del cielo, amigos, fama, dinero y mujeres. ¡Mujeres! siguió en su monólogo, apurando a tragos largos una copa grande de whisky que se había servido—; ¡mujeres! todas incoherentes: Jorge Sand y Cora Pearl, Sarah Bernharth y Juana de Arco; ¡todas deliciosas, todas asquerosas, y todas mujeres! ¿Tú conoces la taberna de Rousselot en Montmartre? . . . ¡Qué vas tú a ir allá! . . . ¡Tú, el soñador de aristocráticos idealismos! . . .

—¿Y por qué me preguntas si la conozco?— le pregunté sonriéndome...

—Porque antes de anoche me encontré ahí una maravilla, una de las muchachas que venden la cerveza. Es deliciosamente estúpida y estúpidamente deliciosa. Tú no entiendes de eso. Tú vas soñando siempre en alguna Dulcinea, como el caballero de la triste figura; yo soy más práctico. . . Los dos somos del mismo árbol, los Andrade aquellos, ¿oyes? . . . con dos injertos diferentes, tú de Don Quijote. . . yo de Sancho; tú andas peleando con los molinos, soltando a los prisioneros, vistiéndote con el yelmo de Mambrino y buscando a Merlín, el encantador. . . Dime que no vives leyendo libros de caballerías. . .

Así llama a todos los que sean de ciencia un poco abstrusa, de novela psicológica, de poesía de alto aliento, de crítica sutil y personal.

—Yo me voy ahora para Normandía a comprar una vacas; después iré a Inglaterra a buscar unos toros Durham. ¿Tú crees en mi pasión por el arte? . . . La escultura me importa un comino. Vente conmigo a Inglaterra.

—No puedo— le dije—; tengo mucho que hacer.

—¿Tú tienes mucho que hacer, viviendo en París, y a los veintisiete años, y con tus millones? . . . Pero entonces ya no tienes remedio. . .

Monteverde es un hombre práctico, indudablemente.

15 de octubre.

En el aislamiento en que he vivido estas semanas, todos los recuerdos de lo reciente se han borrado a mi alrededor, y la imagen de Helena ha ido resucitando hasta hacerse más vívida que nunca. Ayer, al abrir la puerta del cuarto donde están los retratos, la puerta cuya llave sólo tengo yo y que no había vuelto a usar desde el encuentro con Nelly, un olor extraño y nauseabundo me impidió entrar. Estaba oscura la tarde, y el tono sombrió del cuero de Córdoba que cubre las paredes, acreecentaba la oscuridad de la estancia. Sólo distinguí en ella la blancura de la túnica y del manto, destacándose sobre el fondo sombrío.

Volví a pasos lentos y precedido de Francisco, que entró con las bujías de un candelabro encendidas para alumbrarme el camino. El

nauseabundo olor era el de las últimas flores pedidas a Cannes, que al descomponerse, habían podrido el agua de los vasos. Olía aquello a sepulcro, y los montones de hojas y de pétalos secos, de ramillos negros, de cálices duros los unos y acartonados como momias, podridos los otros por la humedad yacían en los floreros de Murano y en las jardineras sobre el mármol cubierto de polvo de la mesa; las rosas desprendidas del tallo y negras casi, sugerían la idea de un cementerio de flores.

El criado abrió el balcón para renovar el aire pesado. Por él entraron la difusa luz del crepúsculo violáceo y cobrizo y la llovizna fría, que sacudió las cortinas, melancólicamente. Un rayo de sol brilló en el marco del retrato de la santa de las guedejas blancas y tirité al sentir el soplo helado del aire del otoño.

Sobre los veladores de malaquita el polvo opocaba el verde de la piedra y unas moscas muertas extendían las inertes alitas y las rígidas patas. El polvo y las moscas habían manchado el marroquí blanco y los dorados de los libros que compré en Londres en el invierno pasado; y a la doble luz de las bujías del candelabro y del crepúsculo, que filtraba por el balcón su tristeza fría, me parecieron desteñidos y ajados los colores de las alfombras de oriente que cubren el piso.

Mi alma en ese momento estaba más sombría que el cuarto abandonado y más marchita que las flores. Los pobres libros manchados han ido a dar a mi biblioteca, y el pesado cofre de hierro de las joyas a mi escritorio. La copia del cuadro de Rivington y el retrato pintado por Whistler están en mi alcoba. Duermo bajo las miradas de la santa de las guedejas de plata y de la figura que lleva en las manos el manojo de lirios blancos, y pienso a veces que si sobre la oscura tapicería que cubre las paredes hubieran estado siempre los dos lienzos, ni Nelly, ni la de Rivas, ni la Musellaro, ni Olga, habrían entrado ni a mi vida, ni a mi alcoba.

25 de octubre.

Han sido diez días de actividad loca, sin resultado alguno. Desde hace cinco hay un empleado mío en cada una de las capitales de Europa, sin más oficio que recorrer los hoteles y telegrafiarme. Por conducto de Marinoni y so pretexto de un negocio de grande importancia he logrado que la agencia Charnoz les trasmita a sus corresponsales del mundo entero el nombre de Scilly, para que averigüen por él, y yo me paso las horas en mi escritorio esperando, minuto por minuto, la llegada de los partes telegráficos o de los telegramas. Empresa inútil; ¡empresa inútil y sin embargo, tengo la seguridad de encontrarla y de que algún día, al contarle mi impaciencia de estas horas, sus pupilas azules tengan un brillo más dulce al mirarme y se sonrían sus labios apenas rosados,

animando con esa sonrisa la sobrenatural palidez exangüe de las mejillas enmarcadas por la rizosa e indómita cabellera castaña, que tiene visos de oro donde la luz la toca!

¡Helena! ¡Helena! Hoy no es el grotesco temor al desequilibrio, como lo era al escribir los ridículos análisis de Londres, lo que me hace invocarte para pedirte que me salves. Es un amor sobrenatural que sube hacia ti como una llama donde se han fundido todas las impurezas de mi vida. Todas las fuerzas de mi espíritu, todas las potencias de mi alma se vuelven hacia ti como la aguja magnética hacia el invisible imán que la rige. . . ¿En dónde estás? . . . Surge, aparécete. Eres la última creencia y la última esperanza. Si te encuentro será mi vida algo como una ascensión gloriosa hacia la luz infinita; si mi afán es inútil y vanos mis esfuerzos, cuando suene la hora suprema en que se cierran los ojos para siempre, mi ser, misterioso compuesto de fuego y de lodo, de éxtasis y de rugidos, irá a deshacerse en las oscuridades insondables de la tumba.

16 de Enero.

Estuve diez días sin saber de mí. Lo primero que vi al abrir los ojos, a la sombra de las cortinas de terciopelo de la cama y en la media luz artificial de la alcoba, fue la gran cabeza de Charvet inclinada sobre la mía. Me hundía en los entreabiertos ojos la mirada aguda y penetrante de los suyos, y los tenía tan cerca a los míos que le veía una a una las pestañas grisosas.

—¿Me conoce usted, Fernández?

—Sí, maestro— articulé con dificultad y con voz apagada.

—¡Está salvado!— oí que decía, y al volver a cerrar los ojos para hundirme en el pesado letargo, alcancé a ver dos cabezas de mujer que cuchicheaban en la sombra.

Después, nada, ni pensamiento alguno, ni imagen alguna que cruzara la inconsciencia en que estaba sumido. De cuando en cuando unas manos que me levantaban la cabeza, la luz de una bujía, el brillo de una cuchara de plata y el sabor de una droga que me quemaba la garganta; a veces un dolor que me cruzaba la cabeza de sien a sien, y y por instantes la sensación de caer, como una piedra, entre lo negro de una noche sin astros.

Cuando comenzó a dolerme todo el cuerpo, como magullado y herido, y las sensaciones externas fueron acentuándose, me quejaba como un niño y me debatía como un energúmeno para no tomar las cucharadas.

—Eso es ya la mejoría; va volviendo— decía la voz acariciadora de Charvet—; ya hay voluntad. ¡Si es una naturaleza de hierro!

—Amigo mío— me dijo el primer día en que después de larguísimo sueño y de sentirme vivo al despertar, hice un esfuerzo para moverme—,

tiene usted enfermedades capaces de desconcertar al que más seguro esté de su ciencia. Ha estado usted entre la vida y la muerte; hubo un instante en que el corazón estuvo tan débil, que con el oído puesto sobre él esperé las últimas palpitaciones, y en que la temperatura bajó grado y medio de lo normal. Ahora su corazón funciona bien y la temperatura acusa ligera fiebre. Ha sido el mismo accidente de hace un año, pero mucho más grave. Está usted hoy, como entonces, como si hubiera tenido una hemorragia copiosa. ¡Tenemos que hacer sangre, amigo mío! . . .

Y he hecho sangre, como dice él, en la convalecencia, que le ha parecido rápida y que me ha parecido intermidable, porque no veía la hora de ponerme en movimiento; mi juventud y el vigor de mi organización, ayudados por sus sabias indicaciones, triunfaron de la horrible debilidad en que me dejó el vértigo.

Ahora acabo de pasearme por el hotel, que está vacío, completamente vacío, con las paredes y los pisos desnudos. Mis pasos repercuten en los salones desiertos y como agrandados por la falta de muebles. Tiene todo él, alumbrado por el frío sol de invierno, la tristeza de los sitios donde vivimos, dejando algo de nosotros mismos, y que no volveremos a ver nunca. Mañana vendrá a habitar entre sus cuatro paredes otro, quizá menos desgraciado que el que lo abandona.

Muebles y objetos de arte, caballos y coches, todo el fastuoso tren que fue como la decoración en que me moví en estos años de vida en el viejo continente, me esperan ya en el vapor que al romper el día comenzará a cruzar las olas verdosas del enorme Atlántico para ir a fondear en la rada donde se alza, con el eléctrico fanal en la mano, la estatua de la Libertad, modelada por Bartholdi.

Voy a pedirle a vulgares ocupaciones mercantiles y al empleo incesante de mi actividad material lo que no me darían ni el amor ni el arte, el secreto para soportar la vida, que me sería imposible en el lugar donde, bajo la tierra, ha quedado una parte de mi alma. El coche que me llevará a la estación para tomar el tren que me aleje de París para siempre, irá primero al lugar donde he pasado las mañanas de los últimos días.

Al llegar a él el 28 de octubre, con una tarde destemplada y húmeda, Marinoni se alejó, suplicándome que lo esperara por unos momentos. Seguramente quería estar solo para conmemorar el aniversario. Caminé unos pasos, y al sentir lo mojado del piso, fui a deternerme bajo las ramas de un árbol y cerca de una columna que tenía la inscripición medio borrada por los años y la lluvia. Recorrí con las miradas el horizonte cobrizo, sobre el cual cortaban sus negruras finas, como los calados de un encaje, las cimas de los árboles de la entrada, sacudidos por el viento. Allá, lejos, entre las sombras que empezaban a envolver el paisaje, dorada por un rayo del sol, brillaba la cúpula de los Inválidos.

Por sobre la ciudad, confusamente delineada, sobresalían las masas negras de las torres de Nuestra Señora, y el cielo rojizo se reflejaba en la corriente del río.

Al bajar los ojos hacia el suelo alfombrado por las hojas marchitas, cuyo olor melancólico estaba respirando en la tristeza del paisaje, tropezaron mis miradas con una rama que pendía, rota, del rosal vecino y cuyas tres hojas se agrupaban en la misma disposición que tienen las del camafeo de Helena. Una mariposilla blanca se detuvo sobre ellas un instante, y levantando el vuelo vino a tocarme la frente.

Sobrecogióme al verla el superticioso terror que me invadió al ver la otra alzarse de entre el ramo de rosas blancas, en la alcoba de Constanza Landseer; me crispó el recuerdo de la pesadilla de Londres, en que rodando hacia el fondo de un abismo negro, veía arriba, arriba, las tres hojas de una rama y el revoleteo de la mariposa blanca sobre la claridad azul del cielo; y al recordar el horrible sueño, una ansiedad sin nombre, una impresión de miedo irrazonado e irresistible, me aflojó las piernas y me quitó las fuerzas. Comprendí que iba a caerme en ese instante, ahí, sobre el barro, y a morirme del mismo mal que me hizo caer en el boulevard la última noche del año antepasado, al detenerse el volante y cruzarse los punteros de oro sobre la muestra de alabastro.

Las doce campanadas ensordecedoras que oí aquella noche comenzaron a sonarme en los oídos. Dando media vuelta para buscar un punto de apoyo en el monumento que tenía a la espalda, y cerrando los ojos, alcancé a cogerme de la verja baja de hierro y de la pilastra que formaba la esquina. Caí de rodillas apoyándome con al mano derecha en el suelo y agarrándome con la izquierda de la baranda de metal frío.

El desvanecimiento iba pasando y la impresión de terror disminuía. Abrí al fin los ojos. Vi blanco; hice un esfuerzo horrible para levantarme, y de pie ya, agarrado de la baranda, los volví a cerrar instantáneamente, porque sentí que me volvía el vértigo. De repente di un grito de terror. Había sentido unas manos que se apoyaban en mis hombros. Volví la cabeza. Era Marinoni que había vuelto y me había cogido por detrás.

—¿Qué tienes?— preguntó asustado.

—El vértigo. . .— alcancé a contestarle.

—Quédate quieto; deja que te pase; yo te tengo para que no te caigas— dijo y me sostuvo con todo su cuerpo. . .— Suelta la verja; eso es, apóyate en mí. . . Quédate quieto. . .

—Ya pasó— le dije al sentir que disminuía gradualmente la angustia, y levanté la cabeza. Al hacerlo, leí la inscripción negra sobre el mármol blanco, que encierra la verja, di otro grito, que sonó en todo el cementerio, y caí desplomado.

De ahí hasta el despertar en la alcoba, con la cabeza apoyada en los almohadones y los ojos de Charvet fijos en los míos, no tengo recuerdo ninguno.

Hace doce días hice mi primera salida para ir al cementerio, a donde he vuelto después, todas las mañanas, a cubrir de flores la losa que reza su nombre y dice la fecha y la hora de su muerte. Es la última hora del año, en que agonicé de angustia frente al reloj de mármol negro viendo juntarse los punteros de oro para marcar el minuto supremo sobre la muestra de alabastro, tras de la cual creí sentir que iba a aparecérseme lo Desconocido. La hora del tren se acerca. Oigo el ruido del coche que se detiene frente a la puerta del hotel.

Viene a buscarme para ir a llevarle las últimas flores que pondré sobre su tumba.

¿Su tumba? ¿Muerta tú? . . . ¿Convertida tú en carne que se pudre y que devorarán los gusanos? . . . ¿Convertida tú en un esqueletito negro que se deshace? No, tú no has muerto; tú estás viva y vivirás siempre, Helena, para realizar el místico delirio de las abuelas agonizantes, arrojando en el alma de los poetas ateos, entenebrecida por las orgías de la carne, el pálido ramo de rosas y para hacer la señal que salva, con los dedos largos de tus manos alabastrinas.

¿Muerta tú? . . . ¡Jamás! Tú vas por el mundo con la suave gracia de tus contornos de virgen, de tu pálida faz, cuya mortal palidez exangüe alumbran las pupilas azules y enmarca la indómita cabellera que te cae en oscuros rizos sobre los hombros.

¿Muerta tú, Helena? . . . No, tú no puedes morir. Tal vez no hayas existido nunca y seas sólo un sueño luminoso de mi espíritu; pero eres un sueño más real que eso que los hombres llaman la Realidad. Lo que ellos llaman así, es solo una máscara oscura tras de la cual se asoman y miran los ojos de sombra del misterio, y tú eres el Misterio mismo.

José Fernández, al suspender la lectura, cerró el libro, empastado en marroquí negro, y ajustándole la cerradura de oro con la mano nerviosa, lo colocó sobre la mesa.

Los cuatro amigos guardaron silencio, un silencio absoluto en que se oía el ir y venir de la péndola del antiguo reloj del vestíbulo, el murmullo de la lluvia que sacudía las ramazones de los árboles del parque, el quejido triste del viento y el revoleteo de las hojas secas contra los cristales del balcón.

Adormecíase en él la semioscuridad carmesí del aposento. El humo tenue de los cigarrillos de Oriente ondeaba en sutiles espirales en el

círculo de luz de la lámpara atenuada por la pantalla de encajes antiguos. Blanqueaban las frágiles tazas de china sobre el terciopelo color de sangre de la carpeta, y en el fondo del frasco de cristal tallado, entre la transparencia del aguardiente de Dantzing, los átomos de oro se agitaban luminosos, bailando una ronda, fantástica como un cuento de hadas.

PROSAS BREVES

LA PROTESTA DE LA MUSA

En el cuarto sencillo y triste, cerca de la mesa cubierta de hojas escritas, la sien apoyada en la mano, la mirada fija en las páginas frescas, el poeta satírico leía su libro, el libro en que había trabajado por meses enteros.

La oscuridad del aposento se iluminó de una luz diáfana de madrugada de Mayo; flotaron en el aire olores de primavera, y la Musa, sonriente, blanca y grácil, surgió y se apoyó en la mesa tosca, y paseó los ojos claros, en que se reflejaba la inmensidad de los cielos, por sobre las hojas recién impresas del libro abierto.

—¿Qué has escrito? . . .— le dijo.

El poeta calló silencioso, trató de evitar aquella mirada, que ya no se fijaba en las hojas del libro, sino en sus ojos fatigados y turbios. . .

—Yo he hecho —contestó, y la voz le temblaba como la de un niño asustado y sorprendido—, he hecho un libro de sátiras, un libro de burlas. . . en que he mostrado las vilezas y los errores, las miserias y las debilidades, las faltas y los vicios de los hombres. Tú no estabas aquí. . . No he sentido tu voz al escribirlos, y me han inspirado el genio del odio y el genio del ridículo, y ambos me han dado flechas, que me he divertido en clavar en las almas y en los cuerpos, y es divertido. . . Musa, tú eres seria y no comprendes estas diversiones; tú nunca te ríes; mira, las flechas al clavarse herían, y los heridos hacían muecas risibles y contracciones dolorosas; he desnudado las almas y las he exhibido en su fealdad, he mostrado los rídiculos ocultos, he abierto las heridas cerradas; esas monedas que ves sobre la mesa, esos escudos brillantes son el fruto de mi trabajo, y me he reído al hacer reír a los hombres, al ver que los hombres se ríen los unos de los otros. Musa, ríe conmigo. . . La vida es alegre. . .

Y el poeta satírico se reía al decir esas frases, a tiempo que una tristeza grave contraía los labios rosados y velaba los ojos profundos de la Musa...

—¡Oh profanación! —murmuró ésta, paseando una miradada de lástima por el libro impreso y viendo el oro—; ¡oh profonación!, ¿y para clavar esas flechas has empleado las formas sagradas, los versos que cantan y que ríen, los aleteos ágiles de la rimas, las músicas fascinadoras del ritmo?... La vida es grave, el verso es noble, el arte es sagrado. Yo conozco tu obra. En vez de las pedrerías brillantes, de los zafiros y de los ópalos, de los esmaltes policromos y de los camafeos delicados, de las filigranas áureas, en vez de los encajes que parecen tejidos por las hadas, y de los collares de perlas pálidas que llevan los cofres de los poetas, has removido cieno y fango donde hay reptiles, reptiles de los que yo odio. Yo soy amiga de los pájaros, de los seres alados que cruzan el cielo entre la luz, y los inspiro cuando en las noches claras de julio dan serenatas a las estrellas desde las enramadas sombrías; pero odio a las serpientes y a los reptiles que nacen en los pantanos. Yo inspiro los idilios verdes, como los campo florecidos, y las elegías negras, como los paños fúnebres, donde caen las lágrimas de los cirios..., pero no te he inspirado. ¿Por qué te ríes? ¿Por qué has convertido tus insultos en obra de arte? Tú podrías haber cantado la vida, el misterio profundo de la vida; la inquietud de los hombres cuando piensan en la muerte; las conquistas de hoy; la lucha de los buenos; los elementos domesticados por el hombre; el hierro, blando bajo su mano; el rayo, convertido en su esclavo; las locomotoras, vivas y audaces, que riegan en el aire penachos de humo; el telégrafo, que suprime las distancias; el hilo por donde pasan las vibraciones misteriosas de la idea. ¿Por qué has visto las manchas de tus hermanos? ¿Por qué has contado sus debilidades? ¿Por qué te has entretenido en clavar esas flechas, en herirlos, en agitar ese cieno, cuando la misión del poeta es besar las heridas y besar a los infelices en la frente, y dulcificar la vida con sus cantos, y abrirles, a los que yerran, abrirles amplias, las puertas de la Virtud y del Amor? ¿Por qué has seguido los consejos del odio? ¿Por qué has reducido tus ideas a la forma sagrada del verso, cuando los versos están hechos para cantar la bondad y el perdón, la belleza de las mujeres y el valor de los hombres? Y no me creas tímida. Yo he sido también la Musa inspiradora de las estrofas que azotan como látigos y de las estrofas que queman como hierros candentes; yo soy la musa Indignación que les dictó sus versos a Juvenal y al Dante; yo inspiro a los Tirteos eternos; yo le enseñé a Hugo a dar a los alejandrinos de los *Castigos* clarineos estridentes de trompetas y truenos de descargas que humean; yo canto las luchas de los pueblos, las caídas de los tiranos, las grandezas de los hombres libres..., pero no conozco los insultos ni el odio. Yo arrancaba los cartelones que fijaban manos desconocidas en el pedestal de la estatua

de Pasquino. Quede ahí tu obra de insultos y desprecios, que no fue dictada por mí. Sigue profanando los versos sagrados y conviértelos en flechas que hieran, en reptiles que envenenen, en *Inris* que escarnezcan, remueve el fango de la envidia, recoge cieno y arrójalo a lo alto, a riesgo de mancharte, tú que podrías llevar una aureola si cantaras lo sublime, activa las invidias dormidas. Yo voy a buscar a los poetas, a los enamorados del arte y de la vida, de las Venus de mármol que sonríen en el fondo de los bosques oscuros, y de las Venus de carne que sonríen en las alcobas perfumadas; de los cantos y de las músicas de la naturaleza, de los besos suaves y de las luchas ásperas; de las sederías multicolores y de las espadas severas; jamás me sentirás cerca para dictarte una estrofa. Quédate ahí con tu Genio del odio y con tu Genio del ridículo.

Y la Musa grácil y blanca, la Musa de labios rosados, en cuyos ojos se reflejaba la inmensidad de los cielos, desapareció del aposento, llevándose con ella la luz diáfana de alborada de Mayo y los olores de primavera, y el poeta quedó solo, cerca de la mesa cubierta de hojas escritas, paseó una mirada de desencanto por el montón de oro y por las páginas de su libro satírico, y con la frente apoyada en las manos sollozó desesperadamente.

TRANSPOSICIONES

Carta abierta

SEÑORA:

Hace dos años, en una larga temporada que pasó usted en el campo, llevando una vida apacible y tranquila, consagrada a la pintura, me hizo usted el honor de invitarme a almozar una vez en su casa. Las horas que pasé allí me parecieron breves, como nos parece breve todo lo que es muy grato. Antes de que nos sentáramos a la mesa nos mostró usted su último estudio de pintura en pleno aire, acabado en la semana anterior; era aquella figura la de una muchacha campesina, perdida en un trigal y que lleva en las manos unos manojos de yerba y unas flores; un cuadro lleno de luz y de aire de campo. Después del almuerzo, a tiempo del champaña que hervía en las copas, y del café negro aromático como una esencia, nos propuso usted que diéramos una vuelta por las cercanías y todos aceptamos alborozados su idea.

Adelante íbamos usted y yo, y nuestra conversación fue una larga confidencia mutua de nuestra adoración a la Belleza. Me hablaba usted de los incomparables goces que el arte le ha proporcionado en su vida; de la serenidad que esparció en su alma la contemplación de los mármoles antiguos; de la fascinación que ejercen sobre usted la ingenuidad inefable de las Vírgenes de los Primitivos, la sonrisa misteriosa de las

figura de Vinci, la claridad que dora las tinieblas rojizas de Rembrandt, la diáfana luz extraterrestre en que baña Murillo sus aspiraciones; me contaba usted que la música de algunos maestros, la hace a usted olvidarse de sí misma y sentir la tristeza, la alegría, los matices de sentimiento que interpretan las sinfonías inmortales. Con frases ardientes, y sin dominar mi entusiasmo de fánatico, le decía a usted que en las obras de los grandes sacerdotes de la palabra, ésta acumula todos los medios de que disponen las otras partes para recrear la vida, agregándole el alma de artista; le contaba cómo me desvanece el olor de los cadáveres, de aquella ciudad que agoniza en el último canto del poema de Lucrecio; le contaba que de entre la muchedumbre que gesticula y ama y odia y mata y muere en los dramas de Shakespeare, salen a veces a hablar conmigo, el pálido príncipe que conversa con los sepultureros y el judío ávido que reclama su libra de carne; le decía a usted que los poetas son compasivos con los que los aman, que Musset les da a beber a sus íntimos el champaña ardiente de su sensualismo gozador; que Vigny, un brebaje negro que procura la resignación; Shelley, un haschich sutil que lo hace sentirse a uno hermano de las plantas que florecen en el jardín encantado; Longfellow, el agua de las fuentes campesinas en que se mojan los helechos y se refleja el cielo, y Baudelaire y Poe, un opio enervante que puebla el cerebro de sombras alucinadoras, entre cuya oscuridad brillan los ojos de Lady Ligeia y vibran unas campanas fantásticas, y aletea el cuervo y suenan quejidos de inexplicable angustia.

En los silencios de nuestros diálogos oíamos atrás las voces de nuestros compañeros que discutían el alza de las acciones de un ferrocarril en construcción; que ponderaban la honradez y la habilidad de un ministro recién posesionado, de quien se prometían maravillas; que pronosticaban la cosecha venidera como muy abundante y calculaban en coro el alza segura del papel moneda. Nosotros, perdidos en nuestra conversación, ellos, discutiendo sus graves cuestiones económicas, y sin que ninguno sintiera la distancia al caminar paso entre paso por la vereda sombreada de salvios oscuros y de lánguidos sauces, fuimos a dar al pueblecito vecino.

Para mí se fundieron en una sola, penetrante, fina y sutilmente voluptuosa, las impresiones del paseo, la temperatura tibia del aire y la claridad de la hora, la expresión aristocrática de la fisonomía de usted y los detalles exquisitos de su vestido; la quietud adormecida del paisaje y el olor de White Rose que emanaba del pañuelo de batista que tenía usted en la mano enguantada de piel de Suecia; la luz sonrosada en que la envolvía a usted, al tamizar los rayos verticales del sol, su sombrilla de crespón rojo; la sonrisa desencantada que asomaba a sus labios y la música de su voz al contarme las dificultades con que había luchado al pintar su último cuadro.

Hoy, en unas horas perdidas, mientras que la llovizna monótona extiende sus cortinas grises por el horizonte y enloda las calles y lo entenebrece todo, como un pianista desconfiado que antes de preludiar una sinfonía toca interminables escalas para adueñarse de los secretos de la práctica y dominar el teclado sonoro, me he entretenido en hacer ejercicios de estilo, para lograr que las palabras digan ciertas impresiones visuales. Es así como he escrito estas Transposiciones. Mientras las escribía recordaba las horas que pasé aquel día en casa de usted y se me impuso la idea de suplicarle que aceptara estas páginas en recuerdo de ellas y de nuestra plática de Arte.

Nuestros compañeros que conversaban esa mañana del ferrocarril en construcción, de la habilidad del ministro, de la cosecha mirífica y de la baja del cambio, han tenido después decepciones crueles y han renegado de sus entusiasmos de entonces; el ferrocarril está inconcluso y las acciones no tienen cotización; el ministro resulto un imbécil, las sementeras se perdieron y el papel moneda bajó veinte por ciento.

Usted y yo no hemos tenido desengaños acerca de los entusiasmos que motivaron nuestro diálogo de ese día; sigue usted con más amor que nunca, fijando en sus cuadros la poesía eterna del color, de la luz y de la sombra; sigo yo leyendo mis poetas y tratando de dominar las frases indóciles para hacer que sugieran los aspectos precisos de la Realidad y las formas vagas del Sueño; cuando se sienta usted a su piano Weber y pasa los dedos ágiles y finos sobre el teclado de marfil, las sonatas de Beethoven la hacen entristecerse más suavemente que entonces; cuando abro yo mi ejemplar de los poemas de Bourget, tirado en papel de la China y empastado por Thibaron en pasta llana de marroquí rojo de Levante, con filetes de oro, siento una emoción más profunda al releer la *Meditación sobre una calavera,* o las estrofas penetrantes y musicales de la *Noche de estío;* cuando los ojos de usted, fatigados por la policromía de la paleta, se detienen en la Ninfa de Clodión, aprecian mejor el moldeado blando del seno y las curvas armoniosas de las piernas gráciles; cuando vuelve usted a mirar la copia del *Angelus* hecha por sus manos, siente más a fondo la poesía sencilla y grandiosa del lienzo magistral, y se deja invadir lentamente por la melancolía que flota en la claridad moribunda de aquel cielo de crepúsculo y que cae con la sombra sobre la tierra ennegrecida y sobre las figuras de los labriegos.

Es que usted y yo, más felices que los otros que pusieron sus esperanzas en el ferrocarril inconcluso, en el ministro incapaz, en la sementera malograda o en el papel moneda que pierde de su valor, en todo eso que interesa a los espíritus prácticos, tenemos la llave de oro con que se abre la puerta de un mundo que muchos no sospechan y que desprecian otros; de un mundo donde no hay desilusiones ni existe el tiempo; es que usted y yo preferimos al atravesar el desierto, los mirajes del cielo a las movedizas arenas, donde no se puede construir nada perdurable; en una pala-

bra, es que usted y yo tenemos la chifladura del arte, como dicen los profanos, y con esa chifladura moriremos.

Señora, déjelos usted que nos llamen chiflados, que se burlen de nuestra inocente manía. Ya ve usted cómo al cabo de dos años nosotros adoramos con más fervor lo que queríamos entonces, y ellos han perdido sus ilusiones. Ríase usted de ellos, señora, si su bondad inefable se lo permite, y si no, compadézcalos. Los dos hemos escogido en la vida la mejor parte, la parte del ideal, la parte de María, y mientras que Marta prepara el banquete y lava las ánforas, nosotros, sentados a los pies del Maestro, nos embelesamos oyendo las parábolas.

Es fácil que algunos instantes de desabrimiento y de acedía le impidan gozar del éxtasis de las fruiciones estéticas; que las tentaciones del mundo vengan a turbar la paz del espíritu de usted, y que la muselina de Siriganor de un vestido de baile salido de las manos de Worth, o el oriente rosado de las perlas de un collar que tengan en el estuche de raso negro la marca de Braugrand Rivir le parezcan a usted más deseables que el claro oscuro exacto de un esbozo difícil o que la interpretación sincera de una mediatinta fugitiva; yo he tenido días de esos en que desesperado de lograr la armonía de un período o la música de una estrofa, y olvidado de mis poetas, he pecado gravemente, y he perdido mi fervor, sin fuerzas para resistir las tentaciones vertiginosas del oro. Aconsejado en esas horas de aridez espiritual por mi confesor laico, un viejo psicólogo que tiene en su celda, por todo adorno, una copia de la *Melancolía,* de Alberto Durero, y que posee a fondo los secretos sutiles de la dirección de las almas, he alcanzado grandes consuelos y he restablecido la paz interior leyendo y meditando mucho aquellos versículos suavísimos de la imitación:

Excedunt enim spirituales consolationes, omnes mundi delicias et carnis voluptatis.

Nam omnes mundanae aut vanae sunt turpes.

(De Imitat, Lib. II, cap. X).

. . . .

Que al leer ud. estas páginas sienta algo del encanto que tuve al escribirlas, y al recordar la mañana clara y tibia en que caminamos juntos por la vereda que lleva a la casa de campo donde pasó ud. horas tan apacibles retirada del mundo y distraída de las preocupaciones mezquinas del diario, por el sortilegio misterioso del Arte.

I

Al Carbón

La luz fría que entra por la hoja entreabierta de la ventana del fondo, al través de cuyos barrotes de hierro se ven a contra luz las ramazones de unos árboles que se cortan sobre el cielo claro y descolorido, rayado por la llovizna, aclara el cuarto desmantelado, blanqueado, con cal y el piso de ladrillos, desteñidos por el polvo. Al pie de la ventana hay una cama vieja con unos colchones tirados en desorden; a la izquierda un armario abierto y vacío; a la derecha una tina de zinc, sin pintar, un cajón de madera lleno de coke y sobre el piso, con un montón de botellas de champaña vacías también, una aglomeración de trastos desvencijados e inútiles; un sillón de cuero, sin brazos, una sartén, dos cacerolas y una regadera de lata. El hollín de la cocina cercana y el polvo de carbón mineral han suavizado la blancura de las paredes, se han acumulado en las desigualdades del pañete y en los rincones tenebrosos. En el primer plano un burro viejo levanta la cabeza pensativa de entre el canasto de hollejos y de desperdicios que tiene al frente; la luz que llega por detrás le platea el contorno del cuerpo, de las piernas delgadas y el pelo largo de las orejas enormes; el animal se perfila oscuro sobre la claridad débil de la pared del frente, y parece el cuarto de trastos viejos, alumbrado así por la luz sin color de la mañana lloviznosa de noviembre, un estudio al carbón, hecho con imperceptibles transiciones de lo blanco a lo gris, de lo gris claro a lo gris oscuro, de lo gris oscuro a lo negro suave, de lo negro suave a la sombra intensa; un estudio al carbón en que la penumbra domina en el conjunto; en que la luz brilla en el zinc de la tina, en la lata de la regadera, en el borde de las cacerolas, en el tiquete blanco de una botella de champaña, y en que la sombra se acumula en el espaldar del sillón, en el mango de la sartén, en el pliegue de los colchones, en el interior del armario vacío, debajo de las botellas y en tres puntos de la cabeza del burro, en la nariz entreabierta, en el fondo de la oreja peluda y en el ojo grande y redondo, sobre el cual brillan las pestañas plateadas y finísimas como rayas blancas que un dibujante, enamorado del detalle, hubiera trazado con la punta afilada y dura de un lápiz de tiza sobre la negrura mate y grasa de una sombra reteñida con carbón Conté.

II

Pastel

Han estado jugando un juego de prendas nuevo, en que nadie acierta y en que la dueña de la casa para castigar a las perdidosas, inventa

penitencias absurdas. Las ha hecho comer huevos crudos, marcarse en la frente con ceniza, arrodillarse para decir versos grotescos y predicar sermones por mano ajena. Una de las jugadoras, una muchacha de quince años, muy vulgar, vestida de muselina blanca con ramos de flores azules, dos lazos de cintas rosadas en los hombros y una rosa roja en el seno, no acertó una adivinanza, y en penitencia le pintaron con la punta de un corcho quemado, una cruz en la frente, otra en la mejilla derecha y otra en el hoyuelo de la barba. Después para quitar el carbón, se frotó la cara con una toalla de lino; le quedaron las tres manchitas negras, y en cambio la fricción le enrojeció las mejillas con el bermellón de la sangre, atraída a flor de piel. Ahora, para colmo de males, le tocó otra penitencia más difícil que la anterior: sacar con los dientes de entre la harina de trigo puesta en un plato hondo, una sortija de oro. Al tratar de hacerlo, una mano atrevida le empujó la cabeza contra el plato y la hizo enharinarse toda. Tiene cubiertos de harina los cabellos de visos rojos, blanqueada la cara; no puede levantarse porque está agitada por el juego, y para refrescarse un poco antes de salir, se pasa el pañuelo por las mejillas, y va a sentarse, allá lejos, en un rincón donde hay poca luz, dándose aire con un abanico de raso amarillo. Al envolverlos la penumbra, aquellos colores violentos que chillaban a la claridad brutal de la lámpara de petróleo; el blanco y lo rojo del pelo enharinado, el blanco de la harina sobre la cara, el bermellón de las mejillas, el negro de las tres manchas de carbón, el azul de las ramazonas del vestido, el rojo de la rosa, el rosado de las cintas, el amarillo del abanico, se destiñen, se suavizan, se esfuminan, se aterciopelan, se funden uno en otro, como sumergidos en un baño de leche, como velados por una niebla, y es la jugadora retozona de juegos de prendas, vista así de lejos, en un rincón oscuro, un pastel adorable de la marquesa del siglo XVIII, uno de aquellos pasteles del gran maestro de los lápices de color, de la pintura delicada como el esmalte de las alas de las mariposas, del inimitable La Tour; uno de aquellos pasteles que, a la caída del crepúsculo, sonríen suavísimamente en la galería de Saint-Quentin.

SUSPIROS

Si fuera poeta y pudiese fijar el revoleteo de las ideas en rimas brillantes y ágiles como una bandada de mariposas blancas de primavera con alfileres sutiles de oro; si pudiera cristalizar los sueños en raras estrofas, haría un maravilloso poema en que hablara de los suspiros, de ese aire que vuelve al aire, llevándose consigo algo de las esperanzas, de los cansancios y de las melancolías de los hombres.

* * *

Y para huir de los suspiros de convención, de las romanzas sentimentales, llenas de luna de pacotilla y de ruiseñores triviales, hablaría de los suspiros angustiosos que flotan en el aire espeso e impregnado de olor de ácido fénico, en la luz dorada de los cirios, entre el aroma vago de las flores mortuorias, cerca de aquellos cuyos ojos, cerrados para siempre, guardan las huellas violáceas de los últimos insomnios, y cuyos labios se ajaron con el frío de la muerte. . .

* * *

¡Ah, no! Ese suspiro sería demasiado triste para hablar de él; su recuerdo haría nublarse los ojos nuevos de las lectoras, los ojos oscuros unas veces como noches de invierno, azules y claros otras, como el agua de los lagos quietos.

* * *

Para que no se nublaran, hablaría del suspiro de voluptuosidad y de cansancio que flota en el aire tibio de una sala de baile, iluminada como el día, reflejada por espejos venecianos; del suspiro de una mujer hermosa y joven agitada por el valse, cuya piel de durazno se sonrosa, y cuyos dedos de hada estrechan febrilmente el abanico de plumas flexibles que le besan la falda; del suspiro sensual y vago que se pierde entre las blancuras rosadas en el aire donde palpita el iris de los diamantes, donde la luz se quiebra en el aire de los rubíes, en el azul misterioso de los zafiros, en el aire que arrastra tentaciones de ternuras y de besos. . .

* * *

¡Ah, no! Ese suspiro demasiado dulce para hablar de él; su recuerdo haría arrugarse la frente cansada, y blanquearía las canas de los filósofos, por cuyas venas no corre, en oleada ardiente, la sangre de la juventud. Para que pudieran leerme, hablaría más bien del suspiro de cansancio de un viejo, de un suspiro oído una tarde de otoño, en el camino que va del pueblo al cementerio, un camino donde rodaba la hojarasca empujada por el viento; donde un hilo de agua dejaba oír su queja monótona; donde los árboles, envueltos en niebla, tomaban extraños aspectos, y en cuyo horizonte entre las nubes frías y húmedas, se ponía el sol. ¡Oh! Aquel suspiro parecía salir, más que de un pecho humano, cansado de la vida, del paisaje mismo, del cementerio donde duermen los huesos bajo la yerba, de la vegetación quemada por el frío, de las oscuridades vagas del horizonte; parecía ser una queja de la naturaleza deseosa de dormir en definitivo descanso, fatigada de su tarea eterna, de la sucesión infinita de los veranos y de los inviernos, de la luz y de la sombra. . .

* * *

¡Si fuera poeta y pudiese fijar el revoleteo de las ideas en rimas brillantes y ágiles como una bandada de mariposas blancas de primavera con clavos sutiles de oro; si pudiera cristalizar los sueños; si pudiera encerrar las ideas, como perfumes, en estrofas cinceladas, haría un maravilloso poema en que hablara de los suspiros, de ese aire que vuelve al aire, llevándose algo de los cansancios, de las esperanzas y de las melancolías de los hombres!

* * *

Aun siendo poeta y haciendo el poema maravilloso, no podría hablar de otro suspiro. . . del suspiro que viene a todos los pechos humanos cuando comparan la felicidad obtenida, el sabor conocido, el paisaje visto, el amor feliz, con las felicidades que soñaron, que no se realizan jamás, que no ofrece nunca la realidad, y que todos nos forjamos en inútiles ensueños.

EL PARAGUAS DEL PADRE LEON *

(*A Clímaco Soto Borda*)

MUCHAS veces lo he visto de cerca y muchas de lejos, y en cada una de ellas yo he mirado y remirado con el empeño con que un semi-escritor enamorado de la teoría del *documento humano*, observa a los tipos que se apartan de la humanidad corriente, de la humanidad de pacotilla. . . Me he complacido en estudiar los pormenores de su extraña figura, mezcolanza de líneas purísimas y de detalles grotescos, aquel perfil regular y noble de la cabeza amplia, aquellos largos cabellos blancos, aquellos ojos verdosos de expresión alocada, aquella nariz aguileña, aquellos paraguas inverosímiles que lo abrigan en los días lluviosos, aquel lente forjado como para el ojo de un cíclope, que carga en el bolsillo, aquel cuerpecito de gnomo, aquella voz chillona unas veces, cavernosa otras, con que alarga hasta lo infinito las sonoras sílabas latinas de las liturgias diarias. . .

Lo he visto oficiar, vestido con una casulla lila, tramada de oro, cayéndole sobre las canas ensortijadas un rayo de sol matinal, envuelto en la nube aromática del incienso que sube hacia el tabernáculo, y en esos momentos la figura toda, el perfil del filósofo romano, los ojos verdosos, el cuerpo deforme, tomaban una expresión de rara nobleza aumentada por el prestigio de los movimientos lentos y hieráticos. . . Lo he visto en el tendido de la plaza de toros, vestido con una sotana raída

* Este artículo fue escrito para servir de prólogo a un álbum que, con el mismo título y consagrado al R. P. Fray León Caicedo, formaron algunos de los principales intelectuales de Bogotá, por iniciativa del malogrado Clímaco Soto Borda.

y polvorienta, la fisonomía vulgarizada por el entusiasmo de la corrida, la cara congestionada por el calor del mediodía, sacudiéndose como un energúmeno, limpiándose las gotas del sudor que le perlaban en la frente con un pañuelo enorme de seda amarilla, que estrujaba con las manos, ridículamente pequeñas. . .

Sin embargo cuando pasen muchos años y haya muerto él y lo oiga nombrar y al oír su nombre vuelva yo los ojos hacia los días de hoy, perdidos para siempre en el fondo del tiempo, no lo recordaré ni hermoseado ni ennoblecido por las lujosas vestiduras sacerdotales ni vulgarizado por el ambiente calignoso del circo. . .

El Padre León. . . El paraguas del Padre León. . . Las misas del Padre León. . . Las imágenes que entonces, al vibrar en mis oídos, suscitarán esas sílabas, no serán las evocadas antes, sino otra, tan precisa, tan neta y al mismo tiempo tan sugestiva que no resisto al deseo de convertirla en unas líneas para esta primera página del albúm que has tenido la peregrina idea de dedicarle. . .

La esquina de una calle central; el cielo y los lejos negros como boca de lobo, rayados por los hilos de plata de una llovizna fina; el piso húmedo y brillante por la lluvia; allá arriba, entre lo oscuro de la noche, la irradiación fantasmagórica, la claridad deslumbrante e incolora de un foco de luz eléctrica, que hace más intensa la sombra alrededor; abajo, en la calle, diez pasos adelante de la lámpara incandescente, esta silueta inverosímil: abajo un paraguas enorme, un paraguas rojo de colosales dimensiones, un duende negro, de un metro de alto, con vestido talar y sombrero plano de anchísimas alas, que lleva en la mano una linterna de vidrios verdes. . . Sobre el empedrado brillante por la lluvia, la sombra del duende, la cabeza enorme, el cuerpo pequeñísimo, los reflejos rojizos del paraguas, los reflejos verdes esmeralda de la linterna, se proyectaban fantásticos.

El primer instante de verlo así fue delicioso para los ojos que deseaban color, mucho color, fatigados por lo gris del lluvioso crepúsculo. . . Aquello daba la impresión de una cosa no cierta, irreal. . .

¿De dónde venía, a dónde iba el Padre León protegido por el enorme paraguas rojo, alumbrado por la diminuta linterna verde? . . . De fijo había tomado el chocolate en casa de unas buenas amigas suyas, dos viejecitas que viven en la calle de los Béjares, en una sala que olía a papayas, sentado en un viejo sillón de cuero labrado, de vaqueta cordobesa, teniendo al frente un cuadrito desteñido de Gregorio Vásquez. . . y conversando de las profecías del doctor Margallo y del próximo fin del mundo. Después del chocolate le habían dado dulce de uchuvas o de cabellos de ángel, después un tabaco que olía a vainilla. . . Aquello era el Santafé dormilón, inocente y plácido de 1700, un pedazo de la vieja ciudad de la mula herrada, del espanto de la calle del Arco y de la luz de San Victorino. . .

En ese instante un coupé negro y brillante, tirado por un soberbio tronco de alazanes, un *coupé* que parecía una joya de ónix, manejado por un cochero inglés, correcto y rígido bajo su casacón de paño blanco, cruzó bajo el foco de luz eléctrica. . . Era el coche salido de los talleres de Million Cuet, del ministro X, que vendió por seis mil libras esterlinas sus influencias para lograr tal contrato escandaloso. . . Alcancé a ver por la portezuela abierta el perfil borbónico del magnate y la cabecita rubia, constelada de diamantes, de su mujer, aquella *fin de siècle* neurasténica que lee a Bourget y a Marcel Prevost, y que se ha hecho famosa por haber comprado todas las joyas que, en su postrer viaje a Europa trajo el último de los Monteverdes. . . ¿A dónde iba la elegante pareja? . . . A oír el segundo acto de *Aída* en el teatro nuevo, el lujo de la Bogotá de hoy, de la ciudad de las emisiones clandestinas, del *Petit Panamá* y de los veintiséis millones de papel moneda. . .

El siglo diez y ocho encarnado en el Padre León; el siglo veinte encarnado en el omnipotente X, vistos ambos, en menos tiempo del que había gastado en convertirse en humo aromático el tabaco dorado del cigarrillo turco que tenía en los labios, vistos ambos a la luz de la lámpara Thomson-Houston, que irradiaba allá arriba entre lo negro profundo su luz descolorida y fantasmagórica.

¿No vienen siendo las dos figuras como una viva imagen de la época de transición que atravesamos, como los dos polos de la ciudad que guarda en los antiguos rincones restos de la placidez deliciosa de Santafé y cuyos nuevos salones aristocráticos y cosmopolitas, y cuya corrupción honda hacen pensar en un diminuto París? . . .

CRITICA LIGERA

Señor don Jerónimo Argáez, Redactor de "El Telegrama".

Muy respetado amigo mío:

Permítame usted que aproveche de las benévolas ofertas que me ha hecho de las columnas de su periódico, para devolver unas felicitaciones que me han llegado, por equivocación, con motivo de algunas críticas publicadas en *La Miscelánea* de Medellín, y firmadas por don José Luis Ríos. Yo no escribo ni he escrito nunca críticas, ni las publicaría en Antioquia, pudiendo hacerlo en Bogotá. Los que duden, pueden averiguarlo con el Redactor del periódico a que aludo. Si las hubiera escrito las habría firmado con todas las letras del mismo nombre que usted encontrará al pie de estos renglones, por tener la idea, arraigada de tiempo atrás, de que sólo tiene uno derecho al seudónimo cuando, al darle al público algo muy delicado, que no hiere a nadie, quiere, por simple coquetería literaria, ponerse una máscara, y llamándose Julián Viaud firmar Pedro Loti, para contarle su matrimonio con Rarahu, idilio

delicioso que tiene olor de ylang ylang, o los amores con Crisantema, en la casita de madera de Diou-djen-dji, desde donde se oye el rumor de las cigarras, en los meses de verano, y se respira ese olor de jengibre y de té que flota sobre la ciudad japonesa.

Los admiradores de don José Luis Ríos, de don Julio Torres, o de un señor Cerig, que también critica en *La Miscelánea,* pueden escribirles sus felicitaciones, meterlas entre una cubierta, rotular ésta así:

Señor. . . Tal.

Redacción de *La Miscelánea.* Medellín. Antioquía, ponerla en el correo y tener la seguridad de que así van mucho más derechas que dándoselas a gentes que viven en Bogotá, muy poco ocupadas de las obras literarias de sus paisanos, aun cuando las estimen en todo lo que valen.

Le decía a usted antes que no he escrito nunca críticas, y voy ahora a contarle por qué. La Crítica seria, que busca los orígenes lejanos de una obra, que la aprecia como expresión del pensamiento dominante en cierta época, y que investiga su influencia en el desarrollo de la que le sigue, me parece tarea ardua de filósofos, digna de Macualay, de Taine o de Revilla. La otra, la crítica ligera, al por menor, que coge los detalles y busca con microscopio los defectos, no me parece tarea sino un simple retozo en que, a tiempo que le hace uno cosquillas al lector para que se ría, rasguña la obra de arte para ayudar a ese fin. Aplíquesela usted a la pintura y verá qué bonitos resultados da. Es cierto que Rembrandt dejó en sus obras la impresión más profunda de vida que puede llevarse a una tela con los colores y el pincel; las figuras que entre el fondo oscuro y caliente de sus cuadros aparecen bañadas en una claridad tibia de crepúsculo de verano, brillan como pintadas con luz; a veces, cuando procede por brochazos vigorosos, tienen un relieve que fascina; su obra, fantástica en fuerza de ser real, parece salida de un sueño, los personajes se sonríen, viven, y el artista que se enamora de ellos, cuando ve la *Ronda nocturna,* se pregunta si esa figurita de mujer, que da, con los tonos claros del vestido, la clave de las tonalidades luminosas del cuadro, no es la Perdita de Shakespeare que cruza aquella fantasmagoría insuperable de un genio.

Y, vea usted, un crítico al pormenor no ve nada de eso, se pone a buscar concienzudamente el lado gracioso del asunto, y lo encuentra. El Maestro Rembrandt pintó judías del tiempo de Cristo, con los mismísimos vestidos que se usaban en su siglo, en la Haya. ¿Ha visto usted qué anacronismo más disparatado? Vaya una cosa graciosa, ¿no? y luego carece de ideal. Sus figuras son simples retratos más o menos hábiles. Y a la postre es vulgar. Usted sabe que, cuando pintó su Ganimedes, que forcejea, levantado por el águila, le agregó un detalle naturalista, que es de efecto enteramente cómico. ¿Quiere usted que nos riamos un poco de Rembrandt pensando en todo eso?

Pero estamos fuera del campo en que podemos lucirnos. Vamos a ver pasar algunos poetas franceses modernos, y apliquémosles el sistema anterior. ¿No cree usted que el lirismo grandioso de los poemas de Hugo, sus imágenes extrañas, sus antítesis, su visión genial son una simple charlatanería de declamador? ¿Y aquellas extravagancias como "Desplúmeme esa alma" del *Asno*? ¿Desplumar un alma? No es creible. . . ¡Cosas de Hugo! Póngase usted a verlo bien; desármelo pieza por pieza, dislóquelo línea por línea, y verá en qué queda.

El amor que desborda en los versos enfermizos de Musset, unas veces dulces como besos, otros angustiosos como gritos de dolor, Hassan desnudo, la cita de Porcía en el balcón, la última noche de Rolla en la alcoba: vaya una cosa indecente, ¿no es cierto?

¿Usted admira la suavidad noble, la delicadeza ideal del Conde de Vigny? La crítica al pormenor la encuentra ridícula. Vea usted, Eloa es un ángel, que, nacido de una lágrima de sangre del Salvador, en la noche del Huerto, acaba por enamorarse del diablo y huirse con él. Tonterías, ¿verdad?

Leconte de Lisle ha hecho cosas soberbias. Hugo lo recomendó a la Academia francesa en varias ocasiones como candidato para un sillón vacante. Usted conoce sus sonetos, se ha deleitado con sus composiciones fabulosamente ricas, bordadas de rubíes y de perlas, como un manto de favorita; severas y melancólicas otras veces como una ruina de templo. Pues bien, Leconte, traduciendo una vez a Esquilo, le hizo decir a un personaje: "Siento un buey en la lengua". Creo que sobra todo comentario. En Francia se rieron de él. ¿Por qué no hemos de imitar a los franceses?

La nobleza y la gracia de la poesía de Lamartine; su fervor al cantar todo lo grande y lo bello; aquellos versos armoniosos que todos, más o menos, sabemos de memoria, los tacharemos de que hablan demasiado del poeta, y el cantor de Elvira caerá por tierra, si le aplicamos a su obra el chistecito de la sinfonía en *mi* mayor.

¿Seguimos? Teófilo Gautier usó, para darle a sus poemas color y relieve, de cuanto sabía de pintura y escultura. Hay en los *Esmaltes* piezas que son joyas: ónices de Arabia montados en filigrana, medallas de plata con perfiles netos como un camafeo griego, ¿El defecto? Que no llora, que es impasible, que en su obra no hay sensiblerías de anemia.

La musa de Carlos Baudelaire no pudo defenderlo de la idea fija de la muerte. La preocupación de la tumba, de las carnes lívidas que se amoratan, del gusano que nace en el cadáver, de la soledad en que quedan los difuntos, trasmina en sus estrofas, aun cuando sean éstas copas de oro, llenas de haschich verdoso que hace soñar, aun cuando a ellas traslade sensaciones mórbidas en fuerza de ser finas, impresiones de una delicadeza fugitiva, que creería uno imposible reducir a palabras. Llamémoslo extravagante y pasemos derecho.

¿Le haremos caso al *Parnaso*? . . . Teodoro de Banville maneja el verso con destreza de prestidigitador. Lo dejaremos a un lado por ese motivo. Coppée ha dicho con voz alterada por la emoción, los sufrimientos de los desheredados, de los débiles, de los pobres; ha inventado una lengua clásica, ampliada con el caudal de la lengua vulgar y ha llegado a hacerle versos a unos botines viejos y al corsé usado de una muchachita enferma. . . Eso no es poesía me dirá usted. . . Estamos de acuerdo. ¿Y la elegancia aristocrática de Sully Prudhomme (el Cellini del soneto), la hechura maravillosa de sus estrofas, su ternura infinita, aquellos versos que hacen soñar con las estatuas griegas por la nitidez y la firmeza? . . . Sully es frío, y luego en sus versos se nota la preocupación de la ciencia, incompatible con la verdadera inspiración. . . Eso es; Sully es frío, Musset, tenía el defecto contrario. Pasemos. Dejemos a los Parnasianos. Allá se queden Mendés, José María Heredia, Dierx, Arène, Joséphin Soulary y Glatigny, etc., etc. Esos son poetas menores. Le recomiendo la frasecita que es muy cómoda para juzgar lo que no hemos leído.

Mauricio Bouchor comienza cantando las comilonas, el vino, las mujeres fáciles, las palpitaciones de la carne. Poco a poco ese espíritu joven se serena; en el transcurso de los años la musa alegre de las primeras inspiraciones se va convirtiendo en una figura ascética. Una expresión de gravedad le cierra los labios, la carne se empalidece y toma blancura de mármol, la cabeza se destaca sobre un nimbo de estrellas y es su Beatriz que cruza desconocidos paraísos, apoyada en nubes diáfanas, como una visión. . . ¿Como cosa de Lamartine, entonces, me dirá usted? . . . Eso es, sí señor, y no valía la pena de dar esa vuelta para salir al mismo llanito.

Después, con el pretexto de que son oscuros dejaremos a los simbolistas a un lado, aun cuando los versos de Verlaine aleteen como mariposas, suenen como música de violines, tengan la gracia de una miniatura en marfil y su elegancia amanerada. A Mallarmé, a Stuart Merrill, y a los otros les diremos que no saben francés, y cuando aparezca Juan Richepín, diciéndolo todo, con gritería de gigante, en estrofas potentes y soberbias, donde canta las canciones de las razas desaparecidas, las tempestades del océano, los adioses a las religiones muertas, digámosle que es sucio porque escribió la "Canción de los pillos" y riámonos a carcajada tendida, por que don Juan Montalvo lo llamó poeta *gallináceo* en un número de *El Espectador*, un periódico que redacta él solo en París.

Ya ve usted que teniendo voluntad, hay algo que rasguñarles siempre aun a los maestros de quienes no puede uno traducir diez versos.

Creo que usted prefiere admirarlos. Estamos de acuerdo en sentir así, y creo que debemos felicitarnos por ello. Yo cambiaría dos tomos de crítica mal hecha por una sola cuarteta inédita de Gustavo Bécquer.

Soy siempre su amigo afectísimo.

José A. Silva

DOCTOR RAFAEL NUÑEZ

Poeta de altísimo vuelo, singular profundidad de concepción y extrañas formas esencialmente personales; estadista y filósofo; sociológo capaz de realizar, dándoles forma concreta, las más atrevidas concepciones de su poderosa inteligencia; político ilustre, llamado desde hace años a regir los destinos de su patria, el Dr. Rafael Núñez, ha sido, a no dudarlo, una de las más levantadas figuras de la América Española. Lejos de nuestro ánimo ofrecer a los lectores de *El Cojo Ilustrado,* un estudio sobre la obra política ideada y realizada por él en la República hermana; juicio difícil de formar hoy, cuando los documentos que se podrían consultar son debidos a los mismos interesados en la lucha, cuando lo reciente de la modificación de las instituciones, la polvareda levantada por la última guerra de 1885, impiden darse uno cuenta del resultado obtenido, y que estaría en abierta pugna con la índole de esta publicación.

Para juzgar ciertas épocas, con el desinterés, la elevación de miras y la equidad perfecta que requieren los estudios históricos, es necesario que pasen los años, que las pasiones se serenen, que las nubes aglomeradas en el horizonte se disipen para que el alejamiento de los sucesos en el tiempo le permita al historiador ver en lontananza, de un solo golpe de vista y formando un conjunto en que se fundan los detalles, la época que estudia. Así el viajero que transita los caminos de Los Andes inmensos, no puede, al recorrerlos, adquirir idea exacta de las cimas que escala, de las vertiginosas alturas que recorre y necesita, para obtener una impresión sintética y sentir la grandeza del paisaje, ver, la distancia que el ojo humano puede enseñorearla, la Cordillera grandiosa en cuyos picos altísimos blanquea la nieve eterna y anidan los cóndores.

Los artículos políticos, científicos y literarios del Dr. Núñez, [1] magistrales todos por la abundancia de ideas generales, de datos precisos y por la consición y elegancia del estilo contienen las ideas que el Presidente

[1] *Crítica social,* I volumen, publicado en París. *La reforma política en Colombia,* colección de artículos publicados en *La Luz,* de Bogotá y *El Porvenir* de Cartagena, de 1881 a 1884. I vol. en 806 páginas con prólogo de don Rafael M. Merchán, Bogotá, Imprenta de *La Luz,* 1885.

Titular de Colombia, ha contribuído a desarrollar en el curso de su larga carrera política y son, la mayor parte, verdaderas obras maestras de profundidad, de clarividencia y de reflexión. Esos artículos y sus poesías [2] le han valido favorables juicios de grandes críticos españoles y americanos, don Juan Valera, don Marcelino Menéndez y Pelayo, don Miguel Antonio Caro, don Rafael M. Merchán, don Martín García Mérou, don José Angel Porras, don Rubén Darío, y los nombramientos de miembro de la Academia Colombiana e individuo correspondiente de la Real Academia Española.

Su obra poética, inmensamente popular en Colombia, donde las estrofas de "Todavía" y "Belleza", "Llanto" y "Virtud" están en todas las bocas, requeriría capítulo aparte en una historia de la literatura hispanoamericana. La estrofa enjuta y nerviosa, llena de audaces elipsis y desbordante de graves ideas, incorrecta, voluntariamente incorrecta a veces, no tiene la música de orquesta de la de Zorrilla y sus románticos compañeros; aquella dulcísima música arrulladora, modelo sobre el cual forjaron sus cantos, con ilustres excepciones, los poetas de la pasada generación, desde México hasta Chile, ni ostenta tampoco la corrección suprema, los perfiles precisos y marmoreos de los poemas del impecable maestro Núñez de Arce.

Más pensador que artista, más poeta que retórico, o como lo ha dicho él mismo:

Más hombre que vate, más ser que pintor,

el Dr. Núñez no ha prestado jamás a la forma el nimio cuidado que, erigido en canon de la Escuela, sirvió de norma a los *parnasianos* franceses para escribir sus poemas, y que, convertido ya en preocupación enfermiza, anima las producciones de los decadentes y simbolistas de la última hora.

Espiritualista convencido y lector asiduo de los grandes maestros, los primores de la forma no lo tentaron, despreció las *fiorituras* habilidosas y así lo dijo en una de sus más hermosas composiciones:

No es la norma del arte el cauce estrecho
Que opio en la copa cincelada vierte,
Que arma de nuevo de Procusto el lecho
Y en el ritmo sensual halla la muerte.

Libertad

En sus singulares poemas, sin lujo de rimas ni deslumbramiento de palabras que brillen como pedrerías, la idea aparece, confusa a veces y

[2] *Poesías* de Rafael Núñez, I vol. Merchán, Editor. Bogotá, 1885, tirado a 12 ejemplares. *Poesías* de Rafael Núñez, I vol. en 230 páginas, publicado por Daniel J. Reyes, con prólogo del mismo, Hachette y Co., Editores, París.

como encubierta por un velo; más sugestiva así porque hace pensar que hubiera podido ataviarla con suntuosas vestiduras, y que, para no ocultarle las alas, el poeta osó apenas cubrirla con un tul oscuro. Aquella poesía honda y grave, música de órgano más bien que serenata de mandolinas, himno llano que resuena en una catedral gótica poblada de sombras, más bien que endecha de trovador al pie de un castillo, canta la pasión humana sublimada por el dolor, las incertidumbres de la criatura frente al eterno misterio, los mitos muertos, las fabulosas creaciones de los pueblos niños, las civilizaciones desaparecidas, las grandes figuras de la leyenda y de la historia, la palingenesia eterna de los seres y de las ideas.

Los problemas morales han obsediado al poeta, con sus secretos. Al comenzar el camino se ha tropezado con la Esfinge; el origen del bien, el origen del mal, el misterio del *más allá;* la angustia de la nada final, el deseo de otra vida, todo lo que la ciencia ignora, lo que las Religiones afirman, batalla en su espíritu sin que se haga la paz. Sus primeras poesías son un eco de ese malestar sin nombre, un grito arrancado por la duda. Hay un momento de desesperación en que pierde la esperanza de encontrar la luz, en que el escepticismo lo domina y dice:

Ignoro si mejor es el verano
De la existencia que el invierno cano,
Ser titán o pigmeo, hombre o mujer;
Si es mejor ser humilde que irascible.
Si es mejor ser sensible que insensible,
Creer que no creer

. . . .

No sé si lo que llaman heroísmo
Es virtud, embriaguez o fanatismo,
Odio, ambición, delirio, saciedad...
En la noche que forman mis pasiones
No alcanzo de mis propias emociones
A saber la Verdad.

. . . .

¡Oh confusión! Oh caos! ¡Quién pudiera
Del sol de la verdad la lumbre austera
Y pura en este limbo hacer brillar!
De lo cierto y lo incierto ¡quién un día,
Y del bien y del mal, conseguiría
Los límites fijar!...

Que sais-je? (1861)

Para cualquier observador apenas iniciado en los secretos de la vida moral, el estado de espíritu que expresan esas estrofas es ya signo de una evolución mística que inevitablemente habría de efectuarse en el alma del que las escribió. La duda, la blasfemia misma, ha dicho Renán, son un homenaje a lo divino, puesto que son la expresión de una necesidad intensa de justicia y de orden. Dudar implica la necesidad inevitable de inquirir, de encontrar o de forjar siquiera una creencia final. Pocos son los que hallan en la duda, aquel *Mol oreiller, fayt pour y reposer une teste bien fayte* de que habla Montaigne y bien prueban la verdad de lo contrario los acentos desgarradores con que algunos de los más grandes poetas del siglo, Musset y Núñez de Arce, por ejemplo, han cantado sus sufriimentos en estrofas inmortales.

El volumen de versos del doctor Núñez, si se exceptúan algunas hermosas composiciones eróticas, es la historia del largo camino recorrido en busca de la fe. Hasta el fondo del abismo negro donde se agitaba el poeta al escribir su *Que sais-je?*. . ., rasgando las oscuridades trágicas del cielo llega un rayo de luz pálido y débil:

Tal vez cuando nos alce hasta su seno
Dios, que todos sentimos,
Sabremos lo que somos aquí abajo,
Si hay oculta salud en el veneno,
Reparador reposo en el trabajo

Lo inescrutable

Aquella claridad le sugiere la idea de que es necesaria una transcripción mística de los actos humanos, de que exista una vida, diferente de la de Tierra:

Si el hombre a lo perfecto aspira y tiende
Si en santa caridad su alma se enciende,
Si a su patria se ofrece en oblación
Si Dios es Dios, en fin ¿será posible
Que a una nada común lance imposible
Vicio y Virtud, a Borgia y a Cantón?. . .

Lo invisible

La visión que se forma el Poeta del Universo comienza a serenarse, crece la fe en el Ideal; la humanidad no le aparece como el borracho que montado en un asno, va cayéndose para uno y otro lado, según la enérgica frase del reformador alemán; el recuerdo de los grandes hombres de la historia, el encadenamiento de los hechos que encamina a las muchedumbres hacia un porvenir mejor, hacia aquella ciudad ideal, colocada por el más noble de los Emperadores romanos en los límites del tiempo, lo hace decir:

Organo inmenso de infinitas notas
La humanidad camina a un solo fin.
¿Quién la empuja? el que mece las espigas,
El que arte da al castor y a las hormigas,
Vuelo a las aves, hálito al jazmín

. . . .

Moisés

El desencanto de lo humano, la necesidad de saber y la tristeza de saber, la pérdida de las primeras ilusiones, ficticia fuente de histéricos sentimentalismos en los poetas adocenados, grandioso manantial de aguas amargas pero vigorizadoras, en los grandes espíritus, le da a las composiciones que siguen un acento doloroso casi, doloroso, por lo sincero;

El alma del cantor

Mi alma, ese mar de pensamiento y vida
Que calla o muje, duerme o se estremece...

Eros

es aquel mar oscuro sobre cuyas aguas parten, para no volver nunca, como en el cuadro adorable de Gleyre,[3] las Vírgenes Blancas y los efebos rubios que entonaron sus coros en las primeras fiestas de la vida. Desde la arenosa orilla el Poeta cuyos ojos cansados reflejan la luz del Poniente las ve alejarse y canta su huída.

No, no investigues tanto los secretos
De la oscura creación;
Porque al llegar al fin de la jornada
Perderás la ilusión.

En la seda recuérdase al gusano,
El áspid en la miel,
En el sueño la calma del sepulcro,
A Caín en Abel.

. . . .

El arrebol celeste de la tarde
Recójese en crespón;
En coágulo de sangre el escalpelo
Convierte el corazón.

. . . .

[3] Les illusions perdues, Museo de Luxemburgo.

La fe conforta y la razón quebranta
Con su diente voraz
Y en el pensamiento espinas trae sólo
En su carrera audaz

Dulce Ignorancia

Esa desilusión de lo humano levanta al bardo a regiones más altas, hace su inspiración más uniforme y le quita el acento de queja; añade una cuerda más sonora a la lira, aclara los horizontes, le hace entrever las leyes que él contiene y convierte en claridad de aurora el rayo débil que alumbraba las tinieblas de la primera parte del libro:

De la flor el perfume
Todo lo invade, aunque jamás se palpe;
La atracción del imán pasma a la ciencia;
El opio aduerme; pero nadie sabe
Dónde está del enigma la fiel clave.

Como encanto incompleto
Colón el mundo físico, pesándolo
En la fina balanza de su mente
Hallamos el moral en deficiencia
Cuando activa la edad nuestra conciencia.

. . . .

Lo grande tiene un habla
Un no sé qué espasmódico y profundo,
Algo que hace entrever cosas remotas
O recordar algunas que pasaron
Y que huellas visibles no dejaron.

También cuando miramos
Desde audaz eminencia los abismos,
O en estrellada noche el firmamento,
O escuchamos el trueno del torrente
El mismo íntimo espasmo el alma siente.

Sursum

Y el horizonte se aclara y la voz del poeta se alza:

. . . .

La realidad —lo que se palpa o mira—
Apenas es perfil de lo que existe;

. . . .

Fin de la vida que entreabre el cielo
Y resucita la edad primera;
También a tiempo que acaba el hielo
Florecen lirios en primavera.

De los misterios algo se esconde
En cada pliegue de nuestro estambre
Que al llamamiento siempre responde
Del invisible divino alambre.

Ese algo vence letal cicuta,
Ese algo estatuas hace del lodo,
Ese algo al crimen triunfante inmuta,
Ese algo en Cristo resume el todo.

Ideales

La vida de la Tierra
Es sólo larva nebulosa, informe,
De lo que el Bien inmarcesible encierra,
Como es germen de nuevo continente
Polvo que el mar arrastra en su corriente.

Ultra

Ahora es la creencia la que habla, la afirmación definitiva surge de las vacilaciones, la luz se hace en la oscuridad:

No hay regla de criterio
Que no resulte en un momento falla...
Percibe el alma así luz de misterio
Y al cabo, como sol de pira amante
Se eleva a lo inefable, palpitante

y el Poeta, angustiado al comenzar por los insolubles problemas, desencantado luego de los triunfos humanos, convencido ahora de las realidades eternas, invoca la hora de llegar al puerto y perderse en la Luz Increada:

¡Oh! ¡Libertad divina,
La crisálida rota de este suelo,
Deja al alma emprender glorioso vuelo!

Libertad

y, poniendo el infinito del amor místico en lo infinito del amor humano, le dice a la mujer amada:

¡Oh ven, mientras llega la muerte y nos hace gigantes.

Sideral

y el libro se cierra con una grandiosa profesión de fe, que compensa y hace olvidar los anteriores sufrimientos:

Cada hombre es una parte
De la eterna unidad que en Dios reside
Y no hay ciencia, ni ley, fuerza ni arte,
Que impunemente esa verdad olvide.

Interesante en sí como documento humano, la historia de la evolución interior contenida en la serie de poesías que acabamos de recorrer, adquiere doble valor si se considera como síntoma de las tendencias idealistas y religiosas que se notan en todos los ramos de la ciencia y del arte en los últimos años; de ese gran movimiento que les ha dado millares de lectores a las obras de Dostoiewski y Tolstoi, a la música de Wagner sus fervorosos adeptos; que ha convertido la novela francesa, simple medio de anotación de sensaciones en manos de Zola, en delicado instrumento de análisis psicológico en las de Bourget, Rod y Rosny; que en la pintura ha venido a reemplazar los procedimientos de Raffaelli y Manet con los de Gustavo Moreau y Puvis de Chavannes; en la crítica los métodos de Saint Beuve y Taine con los de Vogüe y Teodoro de Wysewa, y que en el campo filosófico ha producido los trabajos de Guyau, Fouillée, Renouvier, Pillon y Dauriac.

Mientras que esos espíritus, nutridos de ciencia y ansiosos de creencias al mismo tiempo, prosiguen sus estudios en que clarea una aurora nueva, los hombres de acción que han sentido la necesidad de nuevas formas religiosas, se apartan de la avanzada intelectual que encabezan y buscan la solución práctica del problema en una ética personal y en una creencia definida. Diósela Tolstoi con su brusco alejamiento de la corte y su retiro a las propiedades de Yasnaia-Poliana, donde lleva vida de asceta; la han encontrado otros en la vuelta a las creencias de la infancia.

Más afortunado que sus hermanos de dudas y de desconciertos, que después de aprender la ciencia humana y de hacer su experiencia del Universo, pueden decir, poniendo en él todo su cansancio, el verso adorable de Mallarmé:

La vie est triste, helas! et j'ai lu tous les livres, el espíritu del Doctor Núñez vino a encontrar la paz anhelada en las creencias de sus mayores, en la Religión que aprendió de su madre, la dulcísima anciana cuyo retrato guarda como una reliquia el salón blanco de la quinta del Cabrero, y que, separada de él por el doble infinito del tiempo y de la muerte, le sonreía en imagen, y acompañaba sus horas de labor ardua y de profundas meditaciones.

La quinta del Doctor Núñez, cuya vista ofrece hoy *El Cojo Ilustrado*, está situada al noroeste de Cartagena, la vieja ciudad heroica, tres veces sitiada, cantada por de Heredia en sus maravillosos sonetos, y que renace

hoy gracias al amor de sus hijos y al ferrocarril que la une con el Río Magdalena.

¡Lugar forjado a propósito para que en él se deslizara la vida de un pensador desencantado de lo humano, parece la mansión construida en la pequeña península, que recibe en su doble playa el beso de las ondas del mar Caribe, que enfrentado por las costas de la bahía llega allí como acariciador y medio dormido a lamer la arena de la orilla! Desde los balcones de la Quinta, pintada de blanco, y medio oculta en los jardines que cantan una estrofa de vida con sus verduras violentas y el color encendido de las flores; por sobre el bosque de cocoteros que la rodea, se ve en las cercanías la Capilla que levantó a la Virgen la piedad de la señora Román de Núñez, y allá, en lontananza, las viejas murallas de la ciudad heroica, negras por los líquenes que las cubren, enguirlandadas por las enredaderas que por ellas trepan y ostentando todavía las huellas de los cañones de Pointis. Las paredes blanqueadas, las palmas que ondulan como abanicos movidos por el viento, el azul profundo del cielo, sobre el cual se corta allá en el horizonte la línea pálida del mar y, quizás la blancura de una vela que hace rumbo hacia lejanos países, los viejos castillos españoles, levantados como centinelas en las alturas, le dan al paisaje un aspecto de Oriente. Allí, en ese retiro de filósofo y de poeta, encontrábase al hombre que ha ejercido en los últimos años decisiva influencia sobre los destinos de su patria.

Sencillamente vestido de dril blanco, sentado en una silla de bambú y esparto, el antebrazo apoyado en los brazos del asiento, la cabeza inclinada sobre el pecho; un mechón de cabellos entrecanos cayéndole sobre la frente elevadísima, los ojos claros y azulosos, medio cerrados, con una extraña expresión de cansancio físico y de profunda vida interior, al comenzar la conversación parecía abstraído en meditación profunda. Mientras los temas no se alejaban de las preocupaciones vulgares, de los detalles diarios, veíasele así, los ojos nublados como por la niebla de una idea; oíase la voz lenta y perezosa que articulaba frases de fórmula. Al hablársele de sus contrarios; de los que las odiosas luchas políticas habían colocado frente de él en actitud de batalla; de los que olvidaron los favores recibidos, su fisonomía tornábase impasible; no se oía una frase amarga de sus labios, aquello no le interesaba, su inteligencia parecía volar a inconcebible altura sobre el tema de la conversación.

En cambio, hubiérais nombrado delante de él a una de las glorias americanas, de los lidiadores que en los días cruentos en que sacudían Las Américas al yugo secular, pusieron su vida y su fortuna y su valor al servicio de la Patria; o hablado de los progresos materiales que el país está llamado a lograr en el curso del tiempo; o dejado caer, como una piedra preciosa, en la conversación, el nombre de un gran poeta,

de los que formaban su sociedad intelectual, habríais visto la transformación que se efectuaba; la mano cansada hubiera pasado por sobre los cabellos, y con ademán de fuerza se pasearía por la barba entrecana, los ojos apagados se hubieran encendido con el fuego de la juventud; el cuerpo entero, como galvanizado, se erguiría; alzaría la voz su monótono diapasón, y el hombre que teníais delante os parecería como transfigurado por el entusiasmo; los sesenta y nueve años que hubiera cumplido en estos días estaban borrados, tenía treinta, la edad de las luchas y del esfuerzo poderoso; tenía veinte, la edad de los entusiasmos sublimes y de las noblezas idealistas. . . no tenía edad como no la tiene el genio.

Cuatro palabras sobre la carrera pública del Dr. Núñez, completarán para nuestros lectores el esbozo, que, a grandes rasgos les ofrecemos, para acompañar el retrato con que se engalana este número de *El Cojo Ilustrado*. Nacido en Cartagena, el 28 de setiembre de 1825, de ilustre familia, varios de cuyos miembros se distinguieron en la época de la independencia, ocupó los siguientes puestos oficiales en los Estados Unidos de Colombia: Cónsul de los Estados Unidos de Colombia en Liverpool, Representante por varios Estados a las Cámaras Nacionales, Senador, Presidente del Senado, Presidente del Estado de Panamá, Presidente del Estado de Bolívar, Presidente de los Estados Unidos de Colombia, Presidente Titular de la República de Colombia desde 1886. Este último puesto lo ocupó desde entonces, sin aceptar el sueldo que remunera su desempeño; detalle insignificante y vulgar si se quiere, sobre todo al compararlo con el desprendimiento de los bienes de fortuna, que fue la norma de su vida, pero que da idea de la nobleza de su carácter.

Ni el desprecio de la obra propia, aun cuando el éxito la haya coronado, que pretende Renán que sea el signo supremo del hombre superior le faltaba al Dr. Núñez. Sin las repetidas instancias de sus amigos y admiradores, sus poesías, de las cuales fue él mismo crítico severísimo, serían casi imposibles de encontrar, dado que vieron por primera vez la luz en publicaciones periódicas más o menos efímeras. Idéntica cosa ha pasado con sus artículos sobre política y finanzas, que otro de sus entusiastas admiradores, Don Rafael M. Merchán, juntó en el tomo de que antes hemos hablado, con el nombre de *La Reforma política en Colombia*.

Dejamos a biógrafos más apasionados y que optan en todo por las conclusiones simplistas, la tarea de averiguar si los triunfos políticos llenaron las ambiciones secretas del autor de "Sursum". De seguro que la respuesta será categórica y afirmativa.

En nuestra opinión humildísima, el sentimiento que imperaba en el alma del Presidente titular de Colombia, cuando le abrió el ala negra de la muerte los espacios desconocidos, es el mismo que lo inspiró a cantar en su *Moisés* el descanso del caudillo hebreo, muerto en la

altura del monte desde donde alcanzó a ver y a señalar a su pueblo los horizontes de la Tierra prometida...

Después murió. Del triunfo las angustias
Su corazón no tuvo que sufrir:
La ingratitud más dura que el suplicio,
El laurel más punzante que el cilicio
No pudieron su sueño interrumpir.

Caracas: septiembre 28 de 1894.

JOSÉ A. SILVA

ANATOLE FRANCE

Noticia bibliográfica y literaria

ANATOLE FRANCE[1] nació en París en 1844, y allí vive consagrado a las letras. Hízose conocer como poeta publicando hace veinte años un tomo de versos, *Los poemas dorados,* y un poema, *Las nupcias corintias,* en 1878. Ambos libros, concebidos y escritos de acuerdo con la estética del Parnaso, son obras perfectas de arte, trabajo exquisitos de cincelador y de orfebre, de tan hermosa forma, que no falta quien los considere como la mejor de todas sus producciones literarias. Una serie de novelas, *Los deseos de Juan Servien, El gato flaco, Yocasta, El libro de mi amigo, El crimen de Silvestre Bonnard* y *Thaís,* dos tomos de cuentos, *Baltasar* y *El cofre de nácar,* le han valido reputación de novelista, y le han dado fama de crítico sutil y de erudito insigne los estudios publicados en *Le Temps* de París, y reunidos en cuatro volúmenes con el nombre de *La vida literaria.*

Diferentes en todo de las novelas novelescas, que entretienen al vulgo de los lectores con la narración de imposibles aventuras y con la pintura de sentimientos falsos, las de France tienen trama muy sencilla e ideas muy complicadas y recuerdan a cada página a quien las lee, que son la obra de un poeta que es un sabio a un mismo tiempo. Del poeta tienen la invención graciosa y delicada, la fantasía brillante, la belleza lujosa de los detalles, el soplo de vida que anima a los personajes, la nobleza del estilo, la límpida transparencia de la frase; el sabio ha puesto en ellas el ambiente en que se mueven las figuras, las decoraciones prestigiosas, la observación profunda y sagaz de las flaquezas y de los errores humanos, la ironía amortiguada, el escepticismo benévolo de los que creen muy poco por haber cavilado mucho...

[1] El nombre verdadero del autor es Anatole François.

De tales libros puede decirse que corresponden perfectamente a la definición que su actor da del libro, en reemplazo de la que trae un diccionario célebre.

"Libro —dice France— es, según Littré, la reunión de varios cuadernos de páginas manuscritas o impresas. Esa definición no me satisface; yo definiría así: *Libro:* obra de hechicería de donde salen toda clase de imágenes que turban los espíritus y cambian los corazones. O así: *Libro:* aparatico mágico que lo transporta a uno en medio de las imágenes del pasado, o entre sombras sobrenaturales".

Obra de hechicería, eso es *Thaís,* la más bella de sus novelas, y quizás una de las más bellas novelas que se han escrito hasta hoy. Al recorrer esas páginas, el lector cree respirar el ambiente de Alejandría, ver el horizonte escueto del desierto, donde asaltan las tentaciones diabólicas a los ermitaños insomnes, oír lo que dicen la hermosa cortesana conversa, el atormentado Paphnucio, Nicias el sonriente epicúreo, todos aquellos personajes que adquieren, por el sortilegio del arte, el mismo relieve que tendrían si fueran imágenes directas de la realidad.

Las frases severas que usa France para hablar de Zola, de su naturalismo grosero y de su visión estrecha de las cosas humanas, no autorizan para decir que sea France un crítico idealista. Como crítico es, sobre todo, un enamorado ferviente de la belleza, dispuesto a rendirle homenaje donde quiera que la encuentre, y a quien la exquisita sensibilidad artística y el desprecio trascendental por las fórmulas estrictas, permiten gozar con la contemplación de todas las formas armoniosas.

Voces de lira y de flauta que vibran en el fondo del bosque de laureles, cerca del templo griego; armonías graves del órgano, que acompañan las salmodias de los frailes en las iglesias medioevales; serenatas de mandolinas al pie de los palacios de mármol; ingenuas canciones de labriegos en los bailes campesinos, todas las músicas son buenas para él con tal de que los músicos sean buenos. Como se extasía con los cantos serenos de Virgilio, se deja adormecer por la voz dulcísima, consejera de paz, del monje de la *Imitación,* y aquellas admiraciones no le impiden sentir el calofrío febril que le comunican al lector artista los extraños poemas en que los neurasténicos modernos, los Baudelaire y los Verlaine, dicen las visiones mórbidas de la vida.

No le perdonan a France los críticos dogmáticos y los jefes de grupos extremos esa imparcialidad que juzgan *dilettantismo* de mala ley, ni el que considere las obras de arte desde diferentes puntos de vista, ni que el tono habitual de sus críticas sea el de una indulgencia plácida, que tiene visos de amable ironía. Desespérase Brunetière, por ejemplo, al ver que France huye de hacer clasificaciones y que, olvidándose por momentos de las suavidades felinas y de las certidumbres opuestas que acostumbra, se atreve de vez en cuando a afirmaciones categóricas; renegaron de él los decadentes y los simbolistas cuando dijo que, a pesar de su buena voluntad de sus esfuerzos, no se enteraba de las

ideas que entrañan los poemas místicos de Mallarmé y las sinfonías evolucionistas de René Ghil, y los neorrealistas del grupo en que forma Rosny no alcanzan a comprender por qué les reprocha el autor de *Thaís* la oscuridad deliberada del estilo erizado de términos técnicos, ni por qué se entretiene oyendo las cantilenas arcaicas de Juan Moréas. France al contestarles su excusa sonriendo con maliciosa modestia, reconoce la ciencia de los que lo atacan, pondera los admirables métodos de sus adversarios, y los felicita por el triunfo que han obtenido sobre él; les repite que él es muy ingenuo, muy sencillo; que siente admiración por la gente convencida y batalladora, que las críticas que escribe son impresiones de paseo por entre las obras maestras, y que la parte que escogió al entrar al bosque sagrado, dejando a otros la exacta mensura del terreno y el deslinde de los predios, fue la del humilde silvano que, para comodidad de los paseantes, coloca bancos rústicos en los sitios donde la sombra de los árboles es más espesa, y más puro el ambiente, y el césped más blando, y más claro el horizonte que se divisa en lontananza.

Esa humildad casi burlona, esa galantería de gran señor, exasperan a los adversarios. Verdad es que la crítica, tal como la entiende France, es lo más a propósito que se puede concebir para lograr la antipatía seria de todos los que se aferran a un ideal determinado en materia de arte. Su idiosincrasia en el reino de las bellas letras, se nos antoja a la obra de Renán en el campo de la historia y de la filosofía, y su *caso,* como diría un médico, es uno de los que muestran de modo más visible las ventajas y los inconvenientes de la gran cultura moderna, y el estado de espíritu, que se resiste al análisis, de muchos de los que forman hoy la vanguardia intelectual de la humanidad.

Incrédulo enamorado de las creencias muertas, demócrata adorador de todas las elegencias aristocráticas, moderno que siente la nostalgia del pasado, erudito que hace burla de la erudición y reniega de los libros, hombre de ciencia que suspira por las sorpresas y los goces de la ignorancia perdida, espíritu complejo, penetrante y sutil, lleno de innúmeras curiosidades que juzga vanas de antemano, no siente, por fortuna para él, la indefinible angustia de los que juntan a esas complicaciones la preocupación intensa de los problemas morales; esa angustia que emana de las obras sugestivas y graves de Pablo Bourget.

¿Debe atribuirse el escepticismo sonriente, el optimismo sereno de France, al maravilloso equilibrio de sus facultades o a circunstancias especiales de su temperamento y de su vida? Ardua tarea es esa de analizar las causas que influyen para determinar el resultado misterioso de que unas mismas ideas se transformen en torturas angustiosas o en inefables fruiciones, de acuerdo con la sensibilidad íntima de los que las adquieren. Contentémonos con anotar que para los que conocen a fondo los libros del insigne artista del que hablamos, la sonrisa satisfecha, irónica y dulce de France tiene visos de una sonrisa de tristeza resignada,

y que cruza por ella, como un fantasma por un jardín florido, aquella mujer que, según dice él mismo, anda por el mundo desde el día en que los hombres comenzaron a pensar, aquella mujer silenciosa que lleva velada la faz y que se llama la Melancolía.

Bogotá, Mayo 30: 1893.

José A. Silva

EL CONDE LEON TOLSTOI

Noticia biográfica y literaria

Nació el conde León Tolstoi, de noble y poderosa familia, que ha dado a Rusia varios hombres ilustres en la milicia, en la diplomacia y en las bellas artes, en la tierra de Yasnaia-Poliana, en el departamento de Toula, el 28 de agosto de 1828. Después de hacer sus estudios en la universidad militar de Kazan, ingresó al ejército, sirvió como oficial de artillería en el Cáucaso, luego en Crimea, y tomó parte activa en la defensa de Sebastopol. Al firmarse la paz hizo un largo viaje por varios países de Europa; fijó su residencia en San Petersburgo y Moscú al regreso; casó en esta ciudad en 1860, y poco tiempo después se retiró a sus tierras, donde lleva hoy una vida humilde y sencilla, consagrada la mayor parte del tiempo a manuales y rústicos quehaceres.

No son las primeras ni las últimas novelas del insigne escritor ruso, cuya fama llena hoy el mundo, las más significativas para el que quiera formarse idea completa de su grandeza literaria. En sus primeros libros, desde *Los Cosacos* hasta *Katia,* puede notar el lector la evolución progresiva de las facultades creadoras, la conquista gradual de los procedimientos artísticos, la mayor intensidad en el análisis de las pasiones humanas; *La guerra y la paz* (publicada en Moscú en 1869), *Ana Karenine* (en 1874), marcan el momento supremo del desarrollo psíquico del escritor, reflejan como un gigantesco espejo el inmenso horizonte abierto en ese entonces ante sus ojos compasivos, clarividentes y sondeadores; los veinte o treinta volúmenes de dramas, novelas, narraciones, fábulas y filosofía publicados después muestran la evolución misteriosa y profunda verificada en ese espíritu, de día en día más desprendido del arte, de día en día más preocupado de ética y de religión y más acosado por la angustia de los problemas eternos, más compelido por el misticismo grave que se anida en el fondo oscuro del alma eslava, a obtener porqués insolubles de la vida y de la muerte, y a traducir en fórmulas prácticas la aspiración eterna de la humanidad hacia el bien.

La guerra y la paz, obra formidable, a que cuadra mal el nombre de novela; narración que abarca en el tiempo veinte años de la historia de

Rusia, en las jerarquías de los personajes toda la escala que va desde Bonaparte y el Zar hasta los mendigos hambrientos, en la descripción de la humanidad y de la naturaleza todos los aspectos; desde las cunas donde los chicuelos agitan las manecitas sonrosadas y blandas hasta los lechos suntuosos donde agonizan los viejos cansados de la vida; desde los campos perfumados por la primavera y dorados por el sol naciente donde aroman las primeras violetas, hasta las estepas desoladas por la sombra nocturna y por el frío donde se pudren los cadáveres abandonados tras la batalla cruenta; desde las noches de luna en que las muchachas vestidas de blanco hablan de amor, asomadas a las ventanas, hasta las tardes trágicas en que las capitales abandonadas arden en el horizonte, es un inmenso panorama de la Rusia del pasado. *Ana Karenine* copia en cuadro menos amplio, en nada inferior al otro, por la intensidad de la visión y por el poder de la transcripción literaria, más artístico si se quiere, en el sentido estrecho de la palabra, la sociedad rusa de hace veinte años. En uno y otro libro se ven ya las preocupaciones que determinaron en el espíritu del autor la producción de las obras posteriores, y que han sido después la guía de su vida. Pedro Besoukoff, Nicolai Levine, el príncipe Andrés, son el autor, con todas sus dudas, sus angustiosas incertidumbres, su malestar doloroso, al considerar los problemas eternos y sus utopías para encontrar la fórmula suprema.

Como un mágico aprisionado por ellos en el rombo que trazó a su rededor para que no lo franquearan los fantasmas evocados, esos personajes lo cercaron y se encarnaron en él; un misterioso moujik le dijo un día que el secreto de la vida consistía en el desprendimiento de todo, en el olvido de las grandezas humanas, en el desprecio de la inteligencia, del amor, del arte, del lujo, de todo lo que puede ennoblecerla. De ahí una religión nueva, singular mezcla de moral evangélica extremada hasta un altruísmo absurdo, hasta un comunismo disolvente y de desprecio por el progreso humano, llevado hasta el furor de los los iconoclastas. De entonces para acá dejó de contar la humanidad con uno de los más grandes artistas que han existido y un nuevo fanatismo tuvo un nuevo apóstol; la mano que describió a Natacha y a Wronsky, se empleó una veces en ennegrecer páginas que hacen propaganda contra el tabaco y contra el vino y que relegan el amor al dominio de lo inmundo, y otras en manejar la hoz en los campos donde amarillean los trigales, y en clavetear zapatos para los chicuelos de la escuela de Yasnaia-Poliana.

¡Singular figura la del aristocrático escritor en quien el horror del mal hizo que cediera la inteligencia al sentimiento, y suprimió el poder de crear! ¡Tal como lo pintan los que de cerca lo han visto, vestido con una blusa ordinaria, ceñida la cintura con una faja de cuero, membrudo y de elevada estatura, los largos cabellos blancos cayéndole sobre los hombros, la luenga barba sobre el pecho, los ojos hundidos y brillantes de místico ardor bajo las cejas espesas, la boca grave y todo él des-

greñado y venerable predicando su religión nueva a los campesinos incultos, evoca las figuras sombrías de los ermitaños de los primeros siglos, que retirados al desierto, anunciaban la verdad salvadora y predecían la caída de los imperios decadentes!

1893.

PROLOGO AL POEMA INTITULADO "BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN", DE FEDERICO RIVAS FRADE

Al poema que Rivas Frade le da hoy al público le sobraría cualquier prólogo. El público conoce de tiempo atrás al autor y ha visto con viva simpatía todas sus producciones literarias. Muchos hombres, en cuyos labios precozmente marchitos, una sonrisa fija disimula la expresión de completo cansancio; muchas mujeres que, como la Idolatrada de Heine, tienen el color de la primavera en las mejillas y el frío del invierno en el alma, cuando oyen nombrar a Rivas, dicen paso, como una confesión íntima, algún verso nostálgico de las *Rimas,* de esos en que el poeta, al delinear la silueta vaga de algún recuerdo, al trasladar a las sílabas sonoras el tinte de melancolía de su alma; al fijar alguna impresión fugitiva, por medio de las frases rebeldes, habló para todos los cerebros y para todos los corazones que guardan confusas esas imágenes, sin poderlas reducir a palabras.

¡Y cuántas veces, después de decir ese verso en que su pensamiento toma forma, y se ennoblece con la música del ritmo, y ve levantarse el pasado, como un fantasma evocado de su sepulcro por la magia de la estrofa, viene a los labios que lo dijeron, ajados como raso marchito o frescos como un botón de flor, una sonrisa de agredecimiento para el que así supo traducir lo más íntimo de sus sueños, lo peor de sus desengaños o lo más dulce de sus memorias!

Rivas Frade pertenece al grupo literario que Catulle Méndes ha bautizado con el nombre de *sensitivos* y del cual forma parte Gustavo A. Bécquer. Hasta hoy han ido aglomerándose, y para consuelo de los redactores de periódicos escasos de material y de los curiosos lectores, seguirán aglomerándose por muchos años, los estudios en que la paciencia de los críticos busca analogías entre la obra del poeta sevillano y la de Heine y entre las composiciones cortas y tristes, escritas hoy, con las del maestro sevillano. Heine, triste, escribía versos cortos, y se quejaba de la vida, Bécquer imitador de Heine y Rivas Frade y José Angel Porras, y otros, imitadores de Bécquer, todos melancólicos, impresionados por la muerte, autores de poesías que, como dice de las rimas dolorosas de Emilio Antonio Escobar el ilustre crítico don Juan Valera, tiene olor de cementerio y cancamurria de gorigori.

Perfectamente, pero ¿no sería más fácil ver en esa semejanza de la producción una analogía de organizaciones y de temperamentos que, puestos en contacto con la vida, experimentan sensaciones parecidas, que se transforman en estados de espíritu en los cuales la emoción sentimental busca salida y se convierte en uno de esos poemitas que hacen reír a la flor de los críticos españoles y pensar al vulgo de los lectores colombianos?

¿Por qué han hecho esos hombres versos parecidos en la forma y en el fondo? ¿Por qué destilan en todos esos vasos preciosos el mismo licor amargo de sabor raro?

Esta es la explicación que se les ha ocurrido a algunos al pensar en eso: todos esos poetas son espíritus delicadísimos y complicados a quienes su misma delicadeza enfermiza ahuyenta de las realidades brutales de la vida e imposibilita para encontrar en los amores fáciles y en las felicidades sencillas la satisfacción de sus deseos; a quienes lastiman a cada paso las piedras del camino y las durezas de los hombres, y que se refugian en sus sueños. Débiles para la lucha de los sexos, que es el amor, son vencidos en ella; soñadores de felicidades eternas exigen de este sentimiento voluble una duración infinita; rinden un culto casi místico al Femenino Eterno, y cuando vuelven de sus éxtasis, encuentran a la mujer que los fascinó con la elegancia del porte, con la belleza de las formas, con el perfume sutil que de ella emanaba, con la dulzura de los largos besos, y a quien idolatraron de rodillas, inferior a sus sueños mismos, que se han desvanecido al ponerse en contacto con la realidad. Cuando el éxtasis pasa, dice tristemente: "todo lo que se acaba es corto". Entonces esas almas se enamoran de la Naturaleza, se pierden en ella, como por un panteísmo extraño; sienten la agonía de los bosques, ennegrecidos por el otoño; vuelan con la hojarasca en los crepúsculos rojizos, flotan en la niebla de las hondonadas, se detienen a meditar junto a las tumbas viejas; donde no hay una piedra que diga el nombre del muerto; junto a las ruinas llenas de yedra y de recuerdos, que los tranquilizan hablándoles de la fugacidad de lo humano; se dejan fascinar por el brillo fantástico de las constelaciones en las noches transparentes; sienten una angustia inexplicable frente a lo infinito del mar, prestan oídos a todas las voces de la tierra, como deseosos de sorprender los secretos eternos; y como aquello no les dice la última palabra, como la tierra no les habla como madre, sino que se calla como la esfinge antigua, se refugian en el arte, y encierran en poesías cortas, llenas de sugestiones profundas, un infinito de pensamientos dolorosos.

Esos espíritus no tienen ni la paciencia ni la fuerza, convencidos como están de la inutilidad final del esfuerzo humano, de levantar las armazones gigantescas en que se sostienen los poemas de largo aliento. . . Y por eso, para decir lo que sintieron y pensaron, les basta una estrofa, como las del *Intermezzo* a Heine, un cantar como los de la *Soledad* a Ferrán, una rima como las de sus *Rimas* a Bécquer. . .

Y si en Heine la suprema ironía y la risa de burla desfiguran la verdadera fisonomía literaria, no es difícil, viéndolo de cerca, caer en la cuenta de que esa ironía es una careta roja de Mefistófeles, un disfraz carnavalesco, puesto sobre la cara, enflaquecida y pálida por el sufrimiento, y que solo sirve para ocultar al vulgo de los lectores las lágrimas de dolor real que, una por una, amargas como las olas del mar del norte, cantadas por él, se le caían de los ojos al poeta paralítico.

Nuestro público ama a esos autores, aprecia en lo que valen las delicadezas de pensamiento y de frase. El poema que Rivas Frade le entrega hoy, encontrará en él, como la han encontrado las *Rimas,* la acogida que merece, por la belleza del asunto, la maestría de la forma y la elección de los detalles.

. . .Y si acaso, dentro de algunas semanas los críticos al por menor se ponen a anotarle lunares y a averiguar a quién imitó, yo le contaré a Rivas Frade, para que se ría de ellos, que a muchas bocas marchitas las una como raso ajado, frescas las otras como botones de flores, les he oído repetir, en voz baja, como un secreto dicho en el confesionario de la conciencia, estos versos adorables de una de sus *Rimas:*

> Cuando paso rozando tu vestido
> e indiferentes al cruzar nos vemos,
> sin que asomen las almas a los ojos
> para cambiarse por saludo un beso.
>
> . . . .
>
> Mirando nuestra mutua indiferencia
> me parece que piensas, cual yo pienso
> que este mundo es un baile de antifaces,
> o que en los dos el corazón ha muerto.

PIERRE LOTI

El encanto de las novelas de Loti y de ésta en particular reside simplemente en el exotismo, y esa fuente de éxito explotada por Loti se agotará rápidamente. Sus libros no están llamados a vida duradera. *Aziyadé, Constantinopla, Karoni, Tahiti, Crysanthème, Yokohama, Fleurs d'Ennui, Propos d'Exil, Japoneries d'Automne,* simples estudios de medios ambientes; artísticos, no psicológicos; coloreados, no profundos; preferibles, para el que busca el temperamento del autor, a la novela.

En los otros libros, la primera de las impresiones se amortigua; en la novela de *Spahi* los amuletos y la luz y el calor de los personajes insípidos están de sobra. El mismo lo ha dicho en su prólogo de *Crysanthème.* "Los personajes de esta novela somos: el japonés, yo y el

efecto que el país me produjo". Así de todas, y para disminuir el esfuerzo, los personajes de sus novelas son todos rudimentarios, organizaciones débiles donde no se mueve la pasión y que se destacan del fondo del cuadro como un signo, como una impresión última del medio descrito. Cuando Loti ensaya trasplantar a nuestras regiones sus procedimientos, éstos no dan resultados completos.

De ahí la inferioridad del *Frère Ives*. Uno de los secretos que hacen la magia de su estilo, que le dan el sello característico, consiste en la lejanía de los lugares descritos, en la vaguedad de la frase, en algo delicadamente incierto de los adjetivos que podría resumirse en esto: grandiosos cuando caracterizan un aspecto general de las cosas; en *Crysanthème,* las comidas extravagantes, la pipita de oro sacudida, las linternas, etc. Para el primero de los dos procedimientos, Loti es pintor de grandes toques, para el segundo es miniaturista consumado.

Loti no es novelista. El único carácter que sale de su obra es el suyo propio: una inteligencia alta que quizás se hubiera satisfecho en estudios científicos; una sensibilidad sentimental nula, con propósito deliberado de no dejarse enternecer; una sensibilidad sensorial enorme; una delicadeza que lo hace sensible a los matices más fugitivos de las cosas, de los horizontes; un verbo nuevo, en fuerza de ser, será... ¿creíble? viejo... "*Ce grand secret de melancolie que la lune raconte aux chênes anciens et aux mirages deserts des mers*". Esta frase de Chateaubriand, diluída en mil páginas, y su sugestiva melancolía, contiene las tres cuartas partes de la belleza regada en todas las páginas de descripciones de la novela. Loti y Loti: los dos personajes de sus novelas y de su obra.

Un diletantismo suave, como todo lo superficial, un espíritu fatigado de lo vacío; una alma enamorada de lo raro: todo eso puede ser elemento y base de éxitos, seguramente transitorios: las cualidades de hoy serán defectos cuando, siendo más conocidos los países descritos, las vaguedades de hoy parezcan simple debilidad... y sin embargo, por el lado sensaciones suaves, poetismos y exotismo han sido muy gustados por oposición del alcohol de *Pot bouille,* de la carne de *Nana,* de la histeria y de la neurosis explotadas por la escuela opuesta.

Aun suponiendo que la obra de Loti se hubiera producido al tiempo que las novelas de Bourget, habría sido más popular que aquellas: cualquiera desea leer un cuento que se pasa en Tahití, mientras que para el gran público la novela psicológica con sus medios ambientes, estados de espíritu y todos sus análisis, es como libro cerrado.

NOTAS Y VARIANTES

LA PROTESTA DE LA MUSA. Publicada por primera vez en *RL*, año I, Nº 7, diciembre 15 de 1890, págs. 133-135. Seguimos el texto de 1965, con ortografía y puntuación modernizadas, compulsándolo con 1890.

Párrafo 4, línea 20. 1890, 1965 *alegre... Y el poeta satírico*

TRASPOSICIONES. Tomamos el texto de la edición de las *Prosas* de Silva hecha por Daniel Arias Argáez, el cual dice de la "Carta abierta": "Varios días después de un almuerzo lujoso, servido en un elegante chalet, vecino de la población de Funza, remitió Silva a la inspirada artista y gran señora doña Rosa Ponce de Portocarrero esa deliciosa carta abierta, en la cual le incluyó las dos *Transposiciones* portentosas, denominadas al Carbón y Pastel, que son dos trabajos de orfebrería realizados por un artífice soberbio". Estos textos son aproximadamente de 1890.

La carta es un precioso documento para ilustrar lo dicho en el "Estudio Preliminar" a este volumen, especialmente los párrafos terceros, sexto, octavo y noveno. Además, posee una exquisita calidad casi proustiana en ciertos pasajes.

SUSPIROS. Primera publicación documentada por nosotros, en *Prosas,* págs. 53-56.

EL PARAGUA DEL PADRE LEON. Primera publicación documentada por nosotros en *Prosas,* págs. 87-91, versión que reproducimos, corrigiendo algunas erratas.

Párrafo 7, línea 9. 1926 *conversando* Párrafo 8, línea 6. 1926 *Million Ouet,* Párrafo 8, línea 11. 1926 Falta la línea *que se ha hecho famosa por haber comprado todas las joyas*

CRITICA LIGERA. Publicado por primera vez en *ETdD,* serie 2ª, Nº 39, agosto 12 de 1888, págs. 305-307. Compulsamos aquí la edición de Donald McGrady en *Thesaurus,* Bogotá, tomo XXIV, 1969, págs. 3-16. Esta carta de Silva fue escrita en respuesta a una "Entrevista con Mr. Collins", publicada en *La Miscelánea* de Medellín y firmada por José Luis Ríos (en realidad Baldomero Sanín Cano). El texto de Sanín criticaba a algunos poetas y no mencionaba a Silva. Algunos creyeron que era él el autor de la entrevista. En el texto, no creemos necesario indicar la corrección de usos tales como las preposiciones *a* acentuadas o de pequeñas erratas o indicar la adición de los signos ¿ ¡ o de alguna coma evidente.

EL DOCTOR RAFAEL NUÑEZ. Escrito para *ECI*, el 28 de septiembre de 1894 y publicado el 1 de diciembre del mismo año (año III, Nº 67, págs. 379-380), con motivo de la muerte de Rafael Núñez, ocurrida el 18 de septiembre. Seguimos esta versión de la publicación venezolana, ya que la de *Prosas* y la de *BR* (1965) mutilan varios párrafos y frases. El verso de Mallarmé citado en el párrafo 19 tiene un error. Debe leerse: ***La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les*** *livres*. Modernizamos la ortografía y corregimos alguna errata.

ANATOLE FRANCE. En la *Biblioteca Popular*, Bogotá, Jorge Roa Editor, 1893, se publicaron traducciones de cuentos de autores extranjeros. Silva tradujo *El cofre de nácar* de Anatole France y escribió esta "Noticia biográfica y literaria" como prólogo. Seguimos el texto de 1965 que es igual, en general, al de 1893.

EL CONDE LEON TOLSTOI. Como el texto anterior, éste sirvió como prólogo para una publicación de los *Cuentos para el pueblo* de Tolstoi. Está fechado en julio 25 de 1893. Publicado en la misma *Biblioteca Popular*.

PROLOGO A "BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN" DE RIVAS FRADE. Primera publicación documentada por nosotros en *Prosas*, 1926.

Párrafo 4, línea 1. 1965 ***más fácil en esa***

PIERRE LOTI. Primera publicación en *Prosa*, págs. 103-105, donde Daniel Arias Argáez anota: "Este ligero juicio crítico, escrito con lápiz por la propia mano de Silva, fue encontrado en la pasta de un viejo y desteñido ejemplar de *Rarahu* (. . .)". Hacemos leves correcciones a este texto y a 1965, sobre todo en los acentos franceses.

CRONOLOGIA *

* La Cronología de este volumen ha sido revisada y completada por el Departamento Técnico de la Biblioteca Ayacucho.

1865	Nace José Asunción Silva en Bogotá (26/XI); hijo de Ricardo Silva Frade y de Vicenta Gómez Diago. Su padre, "habilísimo para los negocios", "hombre de talante aristocrático y distinguido", procedente de familia acomodada, también es un conocido autor de artículos de costumbres. "Silva era una gran conocedor del idioma castellano, pues en la biblioteca paterna se había nutrido con el estudio de los clásicos". (Arias Argáez). A diferencia del padre, la madre mostrará hostilidad por las actividades poéticas del hijo.
1866	(6/I) Es bautizado con los nombres de José Asunción Salustiano Facundo. Su abuela, Mercedes Diago de Gómez fue su madrina; más tarde estaría entre los ejecutores comerciales del poeta. Su casa "diríase el único reducto 'snob' en aquella Bogotá de mediados del siglo XIX que aún conservaba mucho de la colonial Santa Fe". (Miramón).

Colombia y América Latina	*Mundo exterior*
C: Presidencia de Manuel Murillo Toro (1864-66), primer presidente elegido según la Constitución de Rionegro (63) que dio al país un gobierno federal y el nombre de Estados Unidos de Colombia. Inicia operaciones el Banco de Londres, México y Sudamérica. Primer mensaje telegráfico despachado de Bogotá (1/XI). Nacen I. E. Arciniegas y J. J. Casas. Muere E. Díaz Castro. *AL:* Muere el dictador Carrera (14/IV) y comienza la explotación del café en Guatemala. La "triple alianza" de Brasil, Uruguay y Argentina contra Paraguay (-70). Independencia de Santo Domingo. Barrios sometido a consejo de guerra y condenado a muerte en Salvador. (29/VIII). Tratado Vivanco-Pareja (27/I). R. Palma: *Armonías* y *La lira americana.* Muere A. Bello.	Termina la guerra de secesión en EE.UU. (1861-). Asesinato de Lincoln. Entrevista de Bismarck y Napoleón III en Biarritz. Ministerio Russell en Inglaterra. Sully-Prudhomme: *Estancias y poemas.* Taine comienza la *Filosofía del arte.* Carroll: *Alicia en el país de las maravillas.* Tolstoi *Guerra y Paz* (-69). Hnos. Goncourt: *Geminie Lacesrteux.* Manet: *Olympia.*
C: Ultima presidencia de Tomás Cipriano de Mosquera, iniciada bajo el lema de "Paz, Libertad y Progreso"; en defensa de los triunfos liberales sobre la Iglesia, destierra por seis años al arzobispo de Bogotá y clausura el Congreso. Tratado diplomático de Comercio, Navegación y Amistad con el Reino Unido (II). G. Gutiérrez González: *Memoria sobre el cultivo dèl maíz en Antioquia.* *AL:* Alzamiento federal contra Uzquiza en Argentina (-67). Tratado de límites Chile-Bolivia establece que las riquezas descubiertas entre los grados 23 y 25 de latitud serían propiedad de los dos países (10/VIII).	Guerra austro-prusiana. Guerra austro-italiana. Primer cable transatlántico. Congreso norteamericano asegura igualdad civil a los negros. Fundación del Ku-Klux-Klan. Polémica en la Internacional entre prudhonianos y marxistas. Leyes de la herencia de Mendel. Nobel inventa la dinamita. *Le Parnasse contemporain,* que recoge la obra de los poetas "nuevos" de Francia. Sully-Prudhomme: *Las pruebas.* Verlaine: *Poemas saturnianos.* Swinburne: *Poemas y baladas.* Dostoievsky: *Crimen y castigo.* Offenbach: *La vida parisiense.*

1867	Se reúnen en casa de Silva los conspiradores contra el gobierno (23/V). "—'De esa noche data mi recuerdo más viejo' —refiere don Tomás Ruedas Vargas haber oído a Silva veintinueve años después, precisamente la víspera de suicidarse— 'Jamás he podido olvidar la cara de mi tío político Salustiano del Villar asomado a una ventana en actitud inquieta de acecho, y cubierta la cabeza por el kepis francés de moda entonces". Comenta Miramón: "Por grande que fuera la precocidad del niño y admirable el desarrollo de sus facultades, no puede admitirse que tuviera ese recuerdo de los diez y ocho meses de vida".
1868	Un dibujo suyo aparece fechado de su mano el (6/I). Su educación se realiza en los colegios de la aristocracia bogotana, después de ser retirado de alguno por "la mezcla democrática de las clases sociales". Buen estudiante, orgulloso, despectivo; sus compañeros lo apodan "el niño bonito". Luego lo apodarán "José Presunción", "el casto José", "la casta Susana" (!). Todo ello sugiere las distancias que lo separaban de su medio. "Creció en un medio donde las preocupaciones literarias eran anteriores y superiores a todos los aspectos del conflicto vital". "Nunca fue niño (...), no conoció por propia experiencia los goces, las amarguras y las vivas emociones de esa edad dorada" (Sanín Cano).

Colombia y América Latina	Mundo exterior
Del Campo: *Fausto.* Montalvo: *El Cosmopolita* (-69) Pompilio Llona: *Cantos americanos.*	
C: Mosquera hecho prisionero en el Observatorio (23/V) y sometido a juicio ante el senado. Asume la presidencia el General Santos Acosta (-68). Se contrata la construcción del ferrocarril Sabanilla-Barranquilla. Ley de creación de la Universidad Nacional (16/IX). J. Isaacs: *María.* R. J. Cuervo: *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano.* Nacen J. Florez y C. A. Torres. *AL:* Maximiliano de Austria fusilado en México; Juárez asume por segunda vez (-72). Termina la dictadura liberal en Costa Rica. Tratado de límites Brasil-Bolivia, en el cual Brasil obtuvo "cuanto propuso y pidió" (27/V). Renuncia Carrión en Ecuador; J. Espinosa elegido para completar período. Nace Darío.	Marcha de Garibaldi sobre Roma. Francisco José, emperador de Austria; se constituye el Imperio austro-húngaro. Constitución federal de Canadá. EE.UU. compra Alaska a Rusia. Las primeras máquinas rotativas: proliferación de periódicos. Tratamiento antiséptico de las heridas. Monier: hormigón armado. Ibsen: *Peer Gynt* y *Brand.* Primer tomo de *El Capital* de Marx. Muere Baudelaire.
C: Gobierno de Santos Gutiérrez (IV-70). Censo de la población civil del país arroja la cifra de 2.951.000 habitantes. Gobernador conservador de Cundinamarca acusado de conspirar contra el gobierno general. Tratado con Estados Unidos sobre construcción del canal de Panamá, pero no se perfecciona. Nace Max Grillo. *AL:* Sarmiento asume la presidencia de la Argentina (–74). "Grito de Yara" inicia la primera guerra de independencia (-78) de Cuba. Grito de Independencia de Lares, Puerto Rico. Balta, presidente del Perú, elimina las múltiples concesión a la casa Dreyfus. Nace Ricardo Jaimes Freyre.	Disolución de la sección francesa de la Internacional. Comienza "occidentalización" en Japón. Triunfo de la revolución "Gloriosa" en España y nueva Constitución liberal. Primer congreso de los Trade Unions. Primer Ministerio Gladstone en Inglaterra. Lautréamont: *Los cantos de Maldoror.* Browning: *El anillo y el libro.* Wagner: *Los maestros cantores.* Fundación de la Escuela Práctica de Altos Estudios, en París.

1869	
1870	Nace su hermana Elvira. Sobre sus relaciones con el poeta se ha escrito mucho. Para muchos, "se quisieron con un afecto que excedía los límites del cariño fraternal"; para otros, todo ello no es más que una malsana leyenda inspirada en una ilustración de la edición de las *Poesías* de 1908, y por la morbosa imaginación popular. Los sentimientos del poeta, a través de su poesía y su correspondencia, pueden sugerir con insistencia el matiz incestuoso sublimado.
1871	

Colombia y América Latina	Mundo exterior
C: Segundo tratado con EE.UU. sobre canal de Panamá, que tampoco se perfecciona. *AL:* Golpe de estado en Ecuador, García Moreno asume el poder (17/I), convoca la VIII Asamblea Constituyente, que condiciona la ciudadanía ecuatoriana a la edad de 21 años, al estado civil de casado, a saber leer y escribir, y a ser católico. Gral. Cerna convoca Asamblea Nacional para elegir sucesor en Guatemala (17/V). J. M. Gutiérrez: *Poesías*. Nace L. G. Urbina.	Se abre el Canal de Suez. El imperio liberal triunfa en el plebiscito francés. Primer Concilio Vaticano: dogma de la infalibilidad papal. Grant, pres. de EE.UU. Congreso de Eisenach y constitución del Partido Social-demócrata. Sistema periódico de los elementos de Mendeleiev. Verlaine: *Fiestas galantes*. Sully-Prudhomme: *Las soledades*. Mallarmé: *Hérodiade*. G. Flaubert: *La educación sentimental*. Dikinson: *Poemas*. C. Franck: *Las beatitudes*. Nace Valle-Inclán.
C: Gobierno liberal de Eustorgio Salgar (-72) durante el cual se contratan los servicios de pedagogos alemanes para la enseñanza en las Normales. Fundación del Banco de Bogotá, primer banco privado (24/XI). Nace C. Soto Borda, a quien Silva dedicará una de sus prosas breves. *AL:* Campaña militar de Guzmán Blanco desde Curazao lo lleva triunfante a Caracas (27/IV), donde es nombrado presidente provisional (13/VII). Formación del Partido Republicano en Brasil. Mansilla: *Una excursión a los indios ranqueles*. Nace A. Nervo.	Amadeo I inicia su reinado en España (-1873). Comienza la gran ola de emigración europea a América Latina. El Papa pierde el dominio de los estados pontificios. Guerra franco-prusiana. Se proclama la III República francesa (-1914). Rockefeller funda la Standard Oil. Schliemann: primeros descubrimientos en Troya. Verlaine: *La buena canción*. Pérez Galdós: *La fontana de oro*. Cézanne: *Naturaleza muerta con péndulo*. Delibes: *Coppelia*. Mueren Lautréamont y G. A. Bécquer. Nace Lenin.
C: Se inaugura el ferrocarril Barranquilla-Salgar (1/I). Se adopta como unidad monetaria de la república el peso oro en sustitución de la moneda de plata (9/VI). Aparece el periódico *El Tradicionalista*, dirigido por M. A. Caro (7/XI). *AL:* Juárez reelegido en México. P. Díaz inicia la revuelta contra el gobierno; su Plan de Noria exigía "sufragio efectivo y no reelección". (18/XI).	Paz de Francfort. Roma capital de Italia. Proclamación del II Reich. Luis II de Baviera proclama a Guillermo I Kayser. La *commune* de París: la Semana Sangrienta (21-28/V). Los Trade Unions consiguen estatuto legal. Darwin: *El origen del hombre*. Renan: *La reforma intelectual y moral*. G. A. Bécquer: *Rimas*. Verlaine y Rimbaud huyen a Inglaterra. Inauguración de la Opera de París.

1872	
1873	

Colombia y América Latina	*Mundo exterior*
Conflicto de Guzmán Blanco con la iglesia venezolana al exilar al arzobispo Guevara (6/I). Errázuriz, primer presidente chileno de extracción liberal. Libertad para hijos de esclavos declarada en Brasil. Melgarejo, asesinado en Lima. J. D. Cortés: *El Parrnaso peruano.* Guido Spano: *Hojas al viento.* Nacen J. E. Rodó, J. J. Tablada y E. González Martínez. Muere J. Mármol.	
C: Segundo gobierno de Murillo Toro (-74), durante el cual adquiere amplio poder la fracción liberal denominada Olimpo Radical. Se aprueba el contrato con The Cauca Valley Mining and Construction Co. para la construcción del ferrocarril del Pacífico desde Buenaventura hasta el río Cauca. Mueren G. Gutiérrez González y J. M. Vergara y Vergara, primer historiador de la literatura colombiana y "padrino de Elvira Silva". Ultima entrega de *El Mosaico* (17/II). *AL:* Muere Juárez (18/VII). Lerdo de Tejada presidente electo de México (26/IV). Unión Centroamericana (Honduras, Salvador, Costa Rica, Guatemala) (17/II). Rebelión conservadora en Honduras. M. Pardo, presidente del Perú. Hernández: *Martín Fierro.* Ascasubi: *Santos Vega.* Palma: *Tradiciones Peruanas* (-91). Nace P. E. Coll.	Don Carlos se proclama rey de España. La "Kulturkampf" en Alemania. En EE. UU. ammistía a los sudistas. H. Spencer: *Estudios de sociología.* Daudet: *Tartarín de Tarascón.* Campoamor: *Pequeños poemas.* Nietzsche: *El origen de la tragedia.* Daumier: *La Monarquía.*
C: Se inaugura en Bogotá el alumbrado a gas. Fundación de los Bancos de Antioquia en Medellín y Santander en Bucaramanga. Nacen F. Gómez y G. Valencia. J. Isaacs enfrenta su segunda bancarrota. *AL:* Muere J. A. Páez en Nueva York (7/V). Enmiendas liberales a la Cons-	Crisis económica mundial. Proclamación de la I República española. Tercera guerra carlista. Alianza de los tres emperadores europeos (Alemania, Austria, Rusia). Primera máquina de escribir. Pérez Galdós comienza los *Episodios nacionales.* Marx: edición definitiva de *El Capital.* Rimbaud: *Una temporada en el infierno.*

1874	
1875	Escribe su primera poesía, "Primera comunión" (según Miramón). Por el estilo del poema (vocabulario, imágenes, versificación, etc.), parece muy discutible que a los 10 años pudiera escribir ese único poema. Los más antiguos, de fecha comprobada, son de 1882.

Colombia y América Latina	Mundo exterior
titución mexicana (29/V). Ferrocarril Veracruz-México (1/I). El mestizo J. R. Barrios llega al poder en Guatemala, confisca iglesias y expulsa congregaciones. Perú y Bolivia se alían contra Chile (6/II). Se instaura el matrimonio civil en Venezuela. (1/I). Monopolio inglés sobre teléfonos brasileños (26/-IV). España ejecuta a los revolucionarios apresados en el "Virginius". La crisis económica general de este año interrumpe las inversiones extranjeras en varios países. González Prada: *Baladas peruanas*. J. E. Caro: *Obras escogidas en prosa y verso*.	Barbey d'Aurevilly: *Las diabólicas*. Verne: *La vuelta al mundo en ochenta días*. Brahms: *Réquiem alemán*. Verlaine dispara sobre Rimbaud.
C: Murillo termina su período dejando un superávit de cerca de un millón y medio de pesos. Asume Santiago Pérez (1/IV), del *Olimpo Radical*. Se contrata la construcción del ferrocarril de Antioquia (4/V). *AL:* Nueva Constitución de Venezuela; ruptura con la Santa Sede. Reformas liberales y anticlericales en Guatemala (9/II). Presidencia de N. de Avellaneda en Argentina. La primera locomotora llega a Titicaca, atravesando Los Andes. (1/I). Litigios entre la casa Dreyfus y el gobierno peruano. J. P. Varela: *La educación del pueblo*. Nacen L. Lugones y Blanco Fombona, promotor de la leyenda de las relaciones incestuosas de Silva.	Caída de Gladstone en Inglaterra y Ministerio Disraeli. Alfonzo XII rey de España. Ley contra la prensa socialista en Alemania. Demócratas reconquistan mayoría en el Congreso norteamericano. J. M. Bartrina: *Algo*. Juan Valera: *Pepita Jiménez*. Mallarmé: *Ultima moda, gaceta del mundo y la familia* (-75). Comienza el movimiento impresionista. (Sala del fotógrafo Nadar). Rimbaud abandona la actividad literaria.
C: Se funda el Banco de Colombia (1/IV). Terremoto destruye a Cúcuta (18/V) y es seguido por una ola de saqueos. En vísperas de elecciones, gran agitación política tanto en la capital como en los Estados. Derrocados los gobernadores de Magdalena y Panamá.	Las congregaciones expulsadas de Alemania. Parnell en la Cámara de los Comunes de Inglaterra. Conflicto de Bismarck con Francia. Congreso de Gotha que reúne a los partidos obreros alemanes.

1876	
1877	

Colombia y América Latina	Mundo exterior
AL: Agitación anticlerical en Argentina (28/II). Nueva rebelión de P. Díaz contra el gobierno; ocupa México y asume la presidencia (28/XI-1911). Revolución Liberal de Veintimilla en Ecuador (8/IX) da fin a la dictadura de García Moreno, asesinado en Quito (6/VIII). Primer arzobispo venezolano elegido por el Congreso (V). La iglesia brasileña obliga al gobierno imperial a liberar obispos apresados. Alencar: *El Sertanero.* Mueren L. G. Inclán y H. Ascasubi. Nace J. Herrera y Reissig.	Bell perfecciona el invento del teléfono de Maucci. Otto construye el primer motor de explosión. Tolstoi: *Ana Karenina* (-77). Manet: *Los remeros de Argenteuil.* Saint-Saëns: *Danza macabra.*
C: Asume la presidencia Aquileo Parra (-78), apoyado por los Radicales. Se inicia la revolución conservadora en el Cauca contra el gobierno liberal (11/-VII), que termina once meses más tarde con el triunfo del gobierno central. Clausurado *El Tradicionalista* (VIII). Se inicia la industria del Seguro con la constitución de la Cía. Colombiana de Seguros para operar en el ramo del transporte (8/X). *AL:* México contrata ferrocarriles con J. Sullivan (7/XII). Tímida revolución liberal en Honduras. Linares Alcántara, Presidente de Venezuela y G. Blanco en Europa. Intervención norteamericana en México. Primer ingenio azucarero con máquinas de vapor en Santo Domingo. Latorre: *el militarismo en Uruguay.* Montalvo: *El regenerador* (-78).	Disolución de la I Internacional. Guerra de Turquía en los Balcanes. Movimiento "Tierra y Libertad" en Rusia. Creación de la Asociación Internacional Africana. Expansión del Imperio colonial inglés. Kock: bacilo ántrax. Mallarmé: *La tarde de un fauno.* Pérez Galdós: *Doña Perfecta.* Zola: *La taberna.* Renoir: *El molino de la Galette.* Inauguración del Festival wagneriano de Bayreuth: *El anillo de los nibelungos.* Twain: *Las aventuras de Tom Sawyer.* Mallarmé retratado por Manet.
C: Se funda el Banco Popular. Por Ley del Congreso se decreta la expulsión de los obispos de Antioquia, Medellín y Pamplona. Anteriormente habían sido desterrados los de Pasto y Popayán. Se funda *La Mujer* (directora S. Acosta de Samper).	Hayes, presidente de EE.UU. La reina Victoria, Emperatriz de la India. Guerra ruso-turca. Edison inventa el micrófono y el fonógrafo. Traducción al francés de la *Filosofía del inconsciente* de Hartmann. Renan: *Los Evangelios.* Carducci: *Odas Bárbaras.* Hugo: *La leyenda de los siglos.*

1878	2/IV, según Miramón, escribe "Suspiro". Su publicación es tardía. Copia "El Duelo" del pintor prerrafaelista Waller. Abandona el colegio (el "Liceo de la Infancia", de don Tomás Escobar) y comienza a ayudar a su padre en el almacén.
1879	

Colombia y América Latina	Mundo exterior
AL: Se inicia en Argentina un proceso de desnacionalización de empresas estatales con la venta de la Cía. de Consumidores de Gas de Buenos Aires a la Sociedad Inglesa The Buenos Aires Gas Company Limited. Muere Rosas. Zorrilla de San Martín: *Notas de un himno.* Fundación del Ateneo de Montevideo.	Rodín: *La edad de bronce.*
C: Gobierno liberal independiente de Julián Trujillo, quien sigue políticas inspiradas por R. Núñez. Se inician las obras de construcción del ferrocarril del Pacífico. El Congreso otorga a una compañía francesa la excavación del Canal de Panamá. Muere T. C. Mosquera (7/X). J. Isaacs sufre remate judicial por deudas. Aparece *El Repertorio Colombiano.* *AL:* Tratado de Zanjón en Cuba (10/II). España concede a los cubanos representación en Cortes (1/III). Se prohibe reelección presidencial en México (5/V). Pardo asesinado en Perú. Nueva Constitución en Ecuador. Galván: *Enriquillo* (-82) Lastarria: *Recuerdos literarios.* Muere J. M. Gutiérrez.	Guerra ruso-turca: los turcos entregan Chipre a Inglaterra. León XIII, Papa. Disolución del Reichstag y leyes antisociales en Alemania. Legislación feminista e infantil en Inglaterra. Invención de la lámpara eléctrica. Muere Claude Bernard, después de publicar *La Ciencia Experimental.* Sully-Prudhomme: *La Justicia.* Manuel Reyna: *Cromos y acuarelas.* Nietzsche: *Humano, demasiado humano.*
C: Período de permanente agitación política caracterizado por las constantes rebeliones locales. Movimiento subversivo en Antioquía (25/I). Levantamiento del ejército en Bogotá (IV). *AL:* Guerra del Pacífico en que se enfrenta Chile a Bolivia y Perú por los depósitos salitreros. Guzmán Blanco, presidente de Venezuela. Nueva Constitución en Guatemala (11/XII). J. L. Mera: *Cumandá.* Zorrilla de San Martín: *La leyenda patria.* E. Gutiérrez:	La Doble Alianza (Alemania-Austria). Fin de la "Kulturkampf". Atentados contra Alejandro II. Fundación del Partido Socialista Obrero Español. Pasteur descubre el principio de las vacunas. Primera locomotora eléctrica (Siemens). Ibsen: *Casa de muñecas.* Dostoievski: *Los hermanos Karamazov* (-80). H. James: *Daisy Miller.* Meredith: *El egoísta.*

1880	

Colombia y América Latina	Mundo exterior
folletín de *Juan Moreira* en "La Patria Argentina". Hernández: *La vuelta de Martín Fierro.* Exposición general de Bellas Artes en Río de Janeiro. Nace A. Arguedas.	
C: Gobierno de Rafael Núñez (-82). Durante esta administración se crea la Secretaría de Instrucción Pública, y el Congreso levanta el destierro a los obispos exilados y deroga la Ley de Inspección de Cultos. Mlle. Lesseps inaugura los trabajos del canal de Panamá (1/I). Revolución en Antioquía (31/I) encabezada por el poeta J. Isaacs quien se ve obligado a disolver sus tropas (13/-III). Construcción del Ferrocarril que une a Medellín con el río Magdalena. Empieza la época del café: Proyecto proteccionista de Núñez se abre paso en el Congreso (19/IV). Se abre la Academia Nacional de Música. Isaacs: *La Revolución Radical en Antioquía.* Nace Cornelio Hispano (I. López). *AL:* Renuncia Latorre, presidente de Uruguay, a los diez días de gobierno (13/III). Comienza abolición de la esclavitud y se inician cambios en la estructura agraria de Cuba con la formación de las primeras *centrales.* Primer cargamento de bananos de Costa Rica a Nueva York. (17/II). El café conforma ya el 92% de las exportaciones guatemaltecas y es el primer producto de exportación del Salvador. El General Roca asume la presidencia en Argentina en nombre de un programa de "administración y paz". Altamirano: *Rimas.* J. Montalvo: *Catilinarias* (-81). Hostos funda la Escuela Normal en Puerto Rico. Varona inicia conferencias filosóficas en La Habana. Muere E. del Campo.	Guerra de los boers. Fundación de la Compañía del Canal de Panamá (Lesseps). Gladstone en Inglaterra (gobierno liberal). J. Ferry, presidente del Consejo en Francia. Tennyson: *Baladas.* Menéndez Pelayo: *Historia de los heterodoxos españoles.* Taine: *Filosofía del arte.* Rodin: *El pensador.* P. Loti: *Rarahu.* Muere G. Flaubert.

1881	
1882	Publica su versión del poema "Las Golondrinas" de Béranger.
1883	

Colombia y América Latina	*Mundo exterior*
C: Abre operaciones el Banco Nacional (1/I), creado como banco mixto por ley, pero la renuncia del capital privado para suscribir las acciones que se le ofrecían lo convierte en banco estatal. Restablecidas las relaciones con España. Convenio de arbitraje con Venezuela somete a la decisión de España litigio sobre límites. Telégrafo Bogotá-Caracas. Ferrocarril de la Dorada. Aparece el *Papel Periódico Ilustrado* (6/VIII). J. Isaacs: *Saulo.* *AL:* Ocupación de Lima por el ejército chileno (17/I) con destrucción de la Biblioteca Nacional; el presidente Calderón, hecho prisionero (29/IX) y enviado a Chile. Tratado de límites argentino-chileno Constitución venezolana, inspirada en la Suiza. Machado de Assis: *Memorias póstumas de Brás Cubas.* A. Bello: *Filosofía del entendimiento.* A. Azevedo: *El mulato.* Cambaceres: *Pot-pourri.*	Alejandro II asesinado. Garfield, presidente de EE.UU. (4/III), muere en 19/IX. Renovación de la Alianza de los tres emperadores. Verlaine: *Cordura.* A. France: *El crimen de Sylvestre Bonard.* Renan: *Historia de los orígenes del cristianismo.* F. de Saussure enseña lingüística en la Escuela Práctica de Altos Estudios de París (-91). Muere Dostoievski. Nacen Pablo Picasso (-1973) y Juan Ramón Jiménez (-1958).
C: Bienio Zaldúa-Otálora (-84). F. de Lesseps inicia los trabajos para abrir el canal de Panamá. Cable submarino conectado a Colombia (X). *AL:* El General Heureaux, presidente de Santo Domingo (20/VII). Veintimilla se proclama dictador de Ecuador. Martí es nombrado corresponsal de *La Nación* en Nueva York, y publica *Ismaelillo,* señalado como el origen del modernismo. Pérez Rosales: *Recuerdos del pasado.* Montalvo: *Siete tratados.* Villaverde: *Cecilia Valdés.*	Triple Alianza: Austria, Alemania, Italia. Leyes sobre la enseñanza primaria en Francia. Expulsión de judíos, en Rusia. Intervención inglesa en Egipto e italiana en Eritrea. Primeras leyes restrigiendo la emigración a EE.UU. Chinos y japoneses ocupan Seúl. Kock: bacilo de la tuberculosis. Charcot: *experiencias en la Salpetiere.* Carducci: *Confesiones y batallas.* Bécquer: *Los cuervos.* Wagner: *Parsifal.*
C: Se funda el Banco Central Hipotecario. R. Silva: *Artículos de Costumbres.* Nacen P. Barba-Jacob y L. C. López.	Guerra franco-china. Plejanov funda el Partido marxista en Rusia. Fundación de la *Fabian Society* en Londres.

1884	Su padre lo asocia al negocio, para lo cual debe obtener la habilitación de su edad, pues sólo tiene 19 años.
1885	Viaja a París, "enviado por su padre con el probable propósito de que entrara en contacto con los fabricantes y comisionistas que surtían de mercancías el almacén" (Brigard). Allá intima con el médico J. E. Manrique y lee libros de medicina, que luego influirán tanto en su obra. Este mismo médico le indicará el sitio del corazón antes del suicidio. En París, Silva lee y viaja a Londres y a Suiza. Al parecer, frecuenta "salones mundanos" y adquiere costumbres de "dandy" y aristócrata refinado en el vestir, especialmente. Traba amistad con el filólogo R. J. Cuervo. Su permanencia en Europa, según su amigo. E. Cuervo Márquez, "fue decisiva para marcar el rumbo preciso a su inspiración. Más lejos

Colombia y América Latina	Mundo exterior
AL: Concesión venezolana a la Compañía Hamilton para explotar "bosques y asfaltos" (15/IX). Victoria chilena termina la guerra del Pacífico; tratado de Ancón (20/X). Triunfo del movimiento "Restaurador" en Ecuador. Gutiérrez Nájera: *Cuentos Frágiles*. Castro Alves: *Los esclavos*. Calcaño: *Cuentos fantásticos*.	Nietzsche: *Así hablaba Zaratustra* (-91). Dilthey: *Introducción a las ciencias del espíritu*. Amiel: *Diario íntimo*. P. Loti: *Mi hermano Ives*. Maupassant: *Una vida*. Nace Franz Kafka. Mueren Wagner y Marx.
C: Segundo gobierno de Rafael Núñez (-86). Se constituye el partido Nacional conformado por conservadores y liberales independientes. con Núñez a la cabeza. Ante situación fiscal de penuria, el Congreso autoriza empréstito por un millón de pesos. Declaran turbado el orden público en varios Estados (IX). Nace L. López de Mesa. *AL:* Pacto de Truce. Chile retiene Costa Boliviana de Atacama. P. Díaz asume la presidencia de México (-1911). Ferrocarril transandino argentino-chileno. J. Crespo, presidente electo de Venezuela (27/IV). Matto de Turner: *Tradiciones cuzqueñas*. Gavidia: *Versos*. Bilac: *Poesías*. A. de Oliveira: *Meridionales*. Groussac: *Fruto vedado*. Acevedo Díaz: *Brenda*. Nace R. Gallegos.	Crisis de la bolsa de Nueva York. Los ingleses en Sudán. Minas de oro en Transvaal. Verlaine: *Antaño y hogaño* ("Arte Poética") y *Los poetas malditos*. Leconte: de Lisle: *Poemas trágicos*. Huysmans: *Al revés*. Núñez de Arce: *Un idilio*. Strindburg: *Casados* (1ª serie). Brückner: *Séptima Sinfonía*. Gaudí: *La Sagrada Familia*. Muere María Bashkirtseff (n. 1860).
C: Fracción del liberalismo se lanza contra el gobierno federal. Revolución de profundas repercusiones en la economía del país; descenso de las exportaciones, fuga de oro, parálisis del crédito bancario e imposición del papel moneda. Liquidación del Banco Central Hipotecario. Fundación del Banco Internacional. Se reúne el Congreso Nacional Constituyente. (11/XI). Por decreto de Núñez se funda el periódico oficial *La Nación*. Nace Delio	Grover Cleveland, presidente de EE.UU. Guerra servio-búlgara. Regencia de María Cristina de Habsburgo, en España (Alfonso XIII, rey). Automóvil Daimler-Benz. Maupassant: *Bel ami*. Swinburne: *Marino Faliero*. Anatole France: *El Libro de mi amigo*. Laforgue: *Las lamentaciones*. J. M. de Pereda: *Sotileza*. Clarín: *La Regenta*. Muere Víctor Hugo.

	aún: ella despertó en el joven poeta bogotano una sed de aspiraciones difíciles de realizar con mediana fortuna, que no habría de apagarse ya". La guerra perjudica grandemente los negocios del padre.
1886	Regresa a Bogotá y parte su padre a Europa, dejándole al frente del negocio. Conoce a B. Sanín Cano, a quien deslumbra con su recién adquirida cultura europea. Su dandysmo y afectación escandalizan y desagradan; burlón, satírico, ostentoso, despreciativo y petulante, su propia clase social comienza a desconfiar de él y a manifestarle antipatía. "El escenario era muy estrecho para tan eminente actor (. . .) Los lectores adocenados y los escritorzuelos de pacotilla que se estaban derrumbando, pretendían que se les quería deslumbrar con nombres de poetas y de libros exóticos, desconocidos y sin ninguna importancia" (Arias Argáez). En ese mismo año sale la antología *La Lira Nueva* en la que se publican ocho poemas suyos.
1887	1/VI: Muere don Ricardo Silva, dejando al poeta como cabeza de familia. "Después del abatimiento de los primeros días, yo he tenido una reacción, toda de actividad. Me quedaban deberes graves que llenar y me he puesto a la obra con todas mis fuerzas", pero "al estudiar la situación de la casa vi que no podía llenar los compromisos pendientes, que la casa estaba en quiebra".

Colombia y América Latina	*Mundo exterior*
Seraville (R. Sarmiento). autor del poema "Que por qué no publico versos?", erróneamente atribuído a Silva. *AL:* Alianza de Costa Rica, Nicaragua y Salvador contra Guatemala (22/III) *Marines* ocupan Colón, Panamá (24/III). Ley de colonización en México. Darío: *Epístolas y poemas.* Obligado: *Poesías.* Martí: *Amistad funesta.* Cambaceres: *Sin rumbo.* Arona: *Sonetos y chispazos.*	
C: Se decreta como patrón monetario el billete del Banco Nacional (1/V). Sancionada la nueva Constitución centralista que da al país el nombre de República de Colombia. (5/VIII). Con la última presidencia de Rafael Núñez se inicia el sexenio Núñez-Payán-Campo Serrano-Holguín. R. J. Cuervo: *Diccionario de Construcción y Régimen de la lengua castellana* (I). Muere R. Carrasquilla. Apertura de la Escuela Nacional de Bellas Artes (20/VIII). *AL:* Guzmán Blanco, presidente de Venezuela; Balmaceda, de Chile. Gradual emancipación de esclavos en Brasil (12/VI). M. Juárez Celman, presidente de la Argentina. Díaz Mirón: *Poesías escogidas.* Darío empieza *Azul.* Nace R. Guiraldes. Muere J. Hernández.	Finalización del ferrocarril Canadian Pacific. Se funda la Federación de Obreros Americanos. Tratado de Bucarest sobre cuestión servio-búlgara. Moréas: *Manifiesto simbolista.* Nietzsche: *Más allá del bien y del mal.* Primera versión española del *Manifiesto comunista.* Pierre Loti: *Pescador de Islandia.* D'Amicis: *Corazón.* Campoamor: *Humoradas* (-1888). Rimbaud: *Las iluminaciones.* Stevenson: *El extraño caso del doctor Jekill y mister Hyde.*
C: Primer concordato entre Colombia y la Sede Apostólica (31/XII). Ley relativa a sociedades anónimas y extranjeras. Se declaran abolidas todas las leyes españolas. Se inicia la construcción de los teatros Municipal y Colón. Muere L. S. Silvestre. Se funda la Escuela de Minas de Medellín. Ley sobre propiedad artística y cultural.	Elección de Sadi Carnot en Francia. Disolución del Reichstag. Condominio franco-inglés sobre Las Nuevas Hébridas. Invención de la linotipo y del neumático. Mallarmé. *Poesías* (1862-), Renan: *Historia del pueblo de Israel.* D'Annunzio: *Las elegías romanas.* María Bash-

1888	
1889	En medio de los infortunios comerciales, escribe "Ronda" (24/XII), más conocido en otra versión del propio poeta y con el título de "Nocturno" II ("Poeta, di paso"). "Durante aquel período de su vida un grupo de amigos y sinceros admiradores del poeta nos reuníamos en casa de éste para escuchar las primicias de algunos de sus versos y de sus escritos en prosa: a esas tertulias (. . .) asistían generalmente Sanín Cano, Emilio Cuervo Márquez, Roberto Suárez, E. Rivas Groot, Clímaco Soto Borda, Isaac Arias Argáez, mi hermano, y yo" (D. Arias Argáez).

Colombia y América Latina	Mundo exterior
AL: Instalación del Banco Nacional en Uruguay (25/VIII); restauración del principismo. Telégrafo México-Guatemala. Oposición liberal a Cáceres en Perú. Darío: *Abrojos*. Palma: *Bohemia de mi tiempo*. E. Rabasa: *La Bola*. Rizal: *Noli me tangere*.	kirtseff: *Diario*. Vicente W. Querol: *Rimas*. Van Gogh: *El padre tanguy*. Muere Jules Laforgue (n. 1860).
C: Se suspenden los trabajos del Canal de Panamá. Gobierno del designado Carlos Holguín, en ausencia de Núñez (-92). Se da al servicio el ferrocarril de Cúcuta. Ley relativa a sociedades anónimas colombianas domiciliadas en el exterior. Nace J. E. Rivera. Muere J. M. Samper. *AL:* "Ley áurea" de abolición de la esclavitud en Brasil (13/V). Cae Guzmán Blanco; Rojas Paúl, presidente de Venezuela (29/VI). Darío emplea por primera vez la palabra "modernismo"; publica *Azul*. Zorrilla de San Martín: *Tabaré*. Romero: *Historia de la literatura brasileña*. Altamirano: *El Zarco*. Muere Sarmiento (11/IX). Nace López Velarde.	Se funda la UGT en España. Ascensión de Guillermo II en Alemania. Forest: Primer motor de Gasolina. Mallarmé: *Un golpe de dados*. Catulle Méndes: *Los pájaros azules*. Nietzsche: *El Anticristo*. Maupassant: *Pedro y Juan*. Strinsdberg: *La señorita Julia*. Gauguin: *El cristo amarillo*. Debussy: *Dos arabescos*.
C: Holguín lanza campaña de represión contra la prensa al sancionar a "El Relator" (27/III). Durante su gobierno son suspendidos 7 periódicos y se multan a otro doce y tres imprentas. Se da al servicio el ferrocarril de la Sabana. *AL:* Pacto provisorio de unión firmado por Salvador, Honduras y Guatemala (15/X). Revolución en Río de Janeiro; cae el emperador Pedro I y se proclama la república (15/XI). Primera conferencia de los Estados americanos en Washington.	Fundación de la II Internacional (1/V), en París. Leyes de protección social en Alemania. Harrison, presidente de EE. UU. Exposición Universal de París: la torre Eiffel. Juan Valera: *Cartas americanas*. Mallarmé traduce a Poe. Bergson: *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Paul Bourget: *El discípulo*. A. France: *Thais*. Van Gogh: *Paisaje con ciprés*. Nace Charles Chaplin.

1890	Escribe el texto en prosa "La Protesta de la Musa", en el que ataca la poesía satírica. En opinión de Arias Argáez, este texto "debería figurar en todas las antologías colombianas, es una obra maestra de composición y de estilo, una joya de arte".
1891	"El día 6 de enero cayó mi hermana enferma gravemente, no volví a salir de mi casa hasta el día 11 en que la llevé al cementerio. En seguida, moribundo de dolor y de sufrimiento, caí a cama, no pude moverme en varios días, vencido de dolor, no podía pensar (. . .) Los músculos no me sostenían, tenía el alma destrozada (. . .) Por un supremo esfuerzo de voluntad volví a mis negocios. Al abrir el almacén fueron a cobrarme el entierro de mi hermana, no tenía en caja $ 600 que me pasaban de cuenta (. . .)". "A pesar de mis estrechas relaciones con José Asunción, jamás me hizo la más leve confidencia al respecto, ni me dejó comprender el pésimo estado de su situación económica, que por conductos extraños vine a conocer más tarde" (Arias Argáez).

Colombia y América Latina	Mundo exterior
Martí: *La edad de oro.* C. Matto de Turner: *Aves sin nido.* Nacen G. Mistral y A. Reyes. Muere J. Montalvo.	
C: El gobierno dicta una serie de leyes tendientes a regular la actividad comercial: Ley relativa a libros de comercio y Ley relativa a las cámaras de comercio. Se autoriza al gobierno para contratar profesores universitarios extranjeros para aquellas asignaturas en las que no se contaba con especialistas colombianos. T. Carrasquila: *Simón el Mago.* *AL:* Carlos Pelligrini, presidente de Argentina (-92). Pánico bursátil en Buenos Aires (7/VIII). Crisis económica en Chile. P. Díaz prepara su reelección mediante enmienda constitucional (20/XII). Reclamaciones de Estados Unidos contra Venezuela. Darío define por primera vez el modernismo. J. del Casal: *Hojas al viento.* A. Azevedo. O *cortico.* Romero García: *Peonía.*	Conferencia de Berlín sobre la protección al trabajo. Acuerdo franco-ruso contra el nihilismo. Convenciones coloniales de Inglaterra con Alemania y Francia. Ley Sherman en EE.UU. Quiebra Banco Baring (Londres). Wundt: *Sistema de Filosofía.* Frazer: *La rama dorada.* Oscar Wilde: *El retrato de Dorian Gray.* Zola: *La bestia humana.* Salvador Rueda: *Himno a la carne.* Hamsun: *Hambre.* J. de Deus: *Campo de Flores.* Borodin: *El príncipe Igor.* Suicidio de Van Gogh.
C: España dicta la sentencia arbitral sobre límites entre Colombia y Venezuela. Se agudiza el proceso de división del partido conservador en Históricos y Nacionalistas. Se abre el Colegio Dental. Aparecen en Bogotá el periódico *La Prensa.* *AL:* Constitución de los Estados Unidos del Brasil (24/II). Balmaceda se ve obligado a promulgar por decreto un presupuesto que el Congreso se niega a aprobar; renuncia, asilo y sucidio de Balcemeda; saqueo de Santiago y Valparaíso. Creación del Banco de la Nación Argentina (19/IX). Martí: *Versos sencillos.* Machado de Assis: *Quincas Borba.* Nace T. de la	Acuerdos coloniales entre Inglaterra, Italia y Portugal. Construcción del Transiberiano. Fundación del Bureau Internacional de la Paz en Berna. Encíclica *Rerum Novarum.* Maurice Barrés: *El culto del yo* (1888). María Bashkirtseff: *Cartas.* T. Hardy: *Teresa de Uberville.* Conan Doyle: *Las aventuras de Sherlock Holmes.* Cézanne: *Los Jugadores de cartas.* Monet: *Ninfas.* Muere Rimbaud.

1892	Comienzan las famosas cincuenta y dos ejecuciones judiciales. "Fuera de algunos volúmenes de mi biblioteca, sin valor material (pues los que valían los entregué ya a mis acreedores), de seis vestidos negros muy usados, de veinte pares de botines ingleses, de mi reloj, de un anillo de oro, de un prendedor de corbata y de una cartera con $ 50, no tengo nada, ***absolutamente nada*** sino la cabeza y las manos para trabajar".
1893	Escribe ensayos críticos como "El conde León Tolstoi", o una noticia bibliográfica y literaria de Anatole France ("El cofre de nácar"), o un breve juicio sobre Pierre Loti, además de algunos poemas sueltos. "Silva no profesaba admiración por casi ninguno de los poetas colombianos de su tiempo, y sólo se salvaban del desdén con que los miraba, Caro, Isaacs, Pombo y Fallon, entre los viejos; y Gómez Restrepo, Casas y Rivas Frade, en el círculo de los jóvenes. Del mismo modo a él no le interesaba en lo más mínimo el concepto que sobre sus producciones hubiera formado el grueso público" (Arias Argáez).
1894	Es nombrado por el presidente encargado, M. A. Caro, secretario de la Legación en Caracas. Pasa algunos días en Cartagena, donde se sorprende al enterarse de que sus poemas son conocidos y admirados: "Yo me río de la fama literaria, pero,

Colombia y América Latina	Mundo exterior
C: Reformas al Concordato con la Sede apostólica, se autoriza al establecimiento de misiones en territorios indígenas. Administración de Miguel Antonio Caro, presidente titular, Núñez (-98). Se inaugura el Teatro de Colón (12/X). *AL:* Gobierno de Sáenz Peña en Argentina. J. Crespo se proclama dictador en Caracas (7/X). Revolución liberal en Honduras proclama presidente a Bonilla (III). Martí funda el partido revolucionario de Cuba y su periódico *Patria*. Del Casal: *Nieve*. Aparece *El Cojo Ilustrado* en Caracas. Darío en España. Nace César Vallejo.	Escándalo del Canal de Panamá en Francia; bancarrota de Lesseps (-1893) y suspensión de la construción. Tarifas proteccionistas en Francia. Barrés: *De la sangre, del placer y de la muerte*. Salvador Rueda: *En tropel* (con prólogo de Darío). Hauptman: *Los tejedores*. Apogeo de los *"mardis"* en casa de Mallarmé. Toulouse-Lautrec: *Jane Avril ante el Moulin Rouge*. Muere Renan.
C: A mediados de enero, el gobierno daclara en estado de sitio la capital de la república a causa de varios motines promovidos por el gremio de los artesanos. Año de profunda agitación política. R. J. Cuervo: *Diccionario de Construcción y Régimen de la lengua castellana (II)*. J. Flórez: *Horas*. *AL:* Sublevaciones de estados brasileños contra el poder central. Luchas políticas en Argentina. Insurección liberal en Managua lleva al General Zuloaga a la presidencia (15/IX). Cruz e Sousa: *Broqueis*. Mueren M. Altamirano y J. del Casal, que ha publicado *Bustos y Rimas*. Nace Huidobro. Darío y Martí se encuentran en Nueva York. Darío en Buenos Aires.	Insurrección de los jóvenes checos en Praga. Masacre en Armenia. Congreso del Independant Labour Party. Ola de atentados terroristas en Barcelona. Segunda presidencia de Cleveland en EE.UU. Crisis de la bolsa. Protectorado norteamericano en Hawai y francés en Dahomuy. Morey: primer proyector cinematográfico. Nace Mao Tse-tung. Heredia: *Los trofeos*. Mallarmé: *Verso y prosa*. Beardsley: *Salomé*. Munh: *El grito*. M. Nordau: *Degeneración*. Chaicovski: *Sinfonía patética*. Muere Taine y se publican los *Orígenes de la Francia contemporánea* (1876). P. Loti: *Aziyade*. Menéndez Pelayo: *Antología de poetas hispanoamericanos* (-95). Suicidio de Maupassant. Muere Zorrilla.
C: Al descubrirse una emisión clandestina de dos millones de pesos por parte del Banco Nacional, el gobierno se ve obligados a ordenar su liquidación,	Doble Alianza franco-rusa. Proceso Dreyfus en Francia. Nicolás II, Zar de Rusia. Los italianos invaden Abisinia. Asesinato de Sadi Carnot. Los japoneses ocupan Port Arthur.

francamente, no deja de ser cómodo que lo conozcan a uno de nombre y que le traten con las consideraciones con que me tratan". En Cartagena visita a R. Nuñez: "Ríanse, mis viejas queridas —escribe a su familia—, en las tres ocasiones en que he estado a verlo, yo, que jamás me ocupo de eso en Bogotá, he conversado de política continuamente con él". Allí mismo se publica el Nocturno ("Una noche. . ."), en la *Lectura para todos* (VIII): "El Nocturno de Silva, su Nocturno divino, azorado y añorante, deleitaba a los jóvenes caraqueños de 1884, no por la gota de acíbar y la gota de infinito que resbalan por él, sino merced a las audacias métricas que recordaban los hexámetros de Poe, conocido entre nosotros por las magníficas versiones de Pérez Bonalde y el versolibrismo de los simbolistas franceses, que iniciaron Rimbaud y Laforgue en 1886, y que apenas conocíamos. Aplaudían ese Nocturno del gran poeta los jóvenes caraqueños de 1894, y lo aplaudían hasta romperse las manos, más por ser un dechado de versolibrismo que por ser una elegía suprema, más por la hermosura y oriente de la perla que por ser la perla una lágrima" (Blanco Fombona).

La temporada de Caracas fue de estudio, abundantes lecturas, artículos, poemas, cuentos, novelas: "Tengo la esperanza de aprovechar los ratos desocupados que me deja la Legación para continuar mis pobres trabajos literarios, interrumpidos por el *strugle for life* de los años anteriores"; piensa "concluir varios poemitas empezados que forman parte de un libro que vengo soñando desde hace cinco años y del cual hay una parte considerable hecha y casi lista". Muere R. Núñez y Silva decide regresar a Bogotá a fines de año. Publica en *El Cojo Iustrado* de Caracas su artículo sobre Núñez.

1895

I: Embarca en La Guaira en el vapor "Amerique", que naufraga a los pocos días. Los pasajeros son salvados, pero se pierde el equipaje. Silva pierde "lo mejor de mi obra". "Conocí gran parte de esa obra desaparecida. Los doce *Cuentos negros*, los *Cuentos de razas*, meditaciones filosóficas, artículos de crítica, y las poesías, que el autor había dividido en cuatro secciones: *Sitios, Versos para ella, Para los niños, Psicopatología*. La carta a Bourget con motivo del prólogo de *Tierra prometida*, era un tratado de la Voluntad y la Energía (. . .) En los versos quería introducir rima nueva, el ritmo dislocado que revela y se adapta a la expresión de los estados de alma ocultos y sutiles. Pero como poseía una sólida educación clásica, sabía hacer versos sonoros muy sujetos a la retórica añeja. Para la prosa, hacía uso de todos

aunque ésta solo se realizará años más tarde. Muere R. Núñez (18/IX). Producción cafetalera por primera vez alcanza los veinte mil kilos.

AL: Chile consolida su victoria sobre el Perú (28/III). J. Crespo, presidente de Venezuela (14/III).

González Prada: *Páginas Libres.* H. Frías: *Temóchic.* Aparece la *Revista Azul* en México. Se funda *Cosmópolis* en Caracas. *Revista de América* (Darío y Jaimes Freyre) en Buenos Aires.

Durkheim: *Reglas del método sociológico.* D'Annunzio: *El triunfo de la muerte.* Kipling: *El libro de la selva.* Muere Leconte de Lisle.

C: Revolución liberal dirigida por el General Santos Acosta (29/I), quien es derrotado por las fuerzas del gobierno al mando de Rafael Reyes. Publicación de los mapas de los departamentos de Bolívar y Santander.

Nacen L. de Greiff y D. Samper Ortega. Muere J. Isaacs.

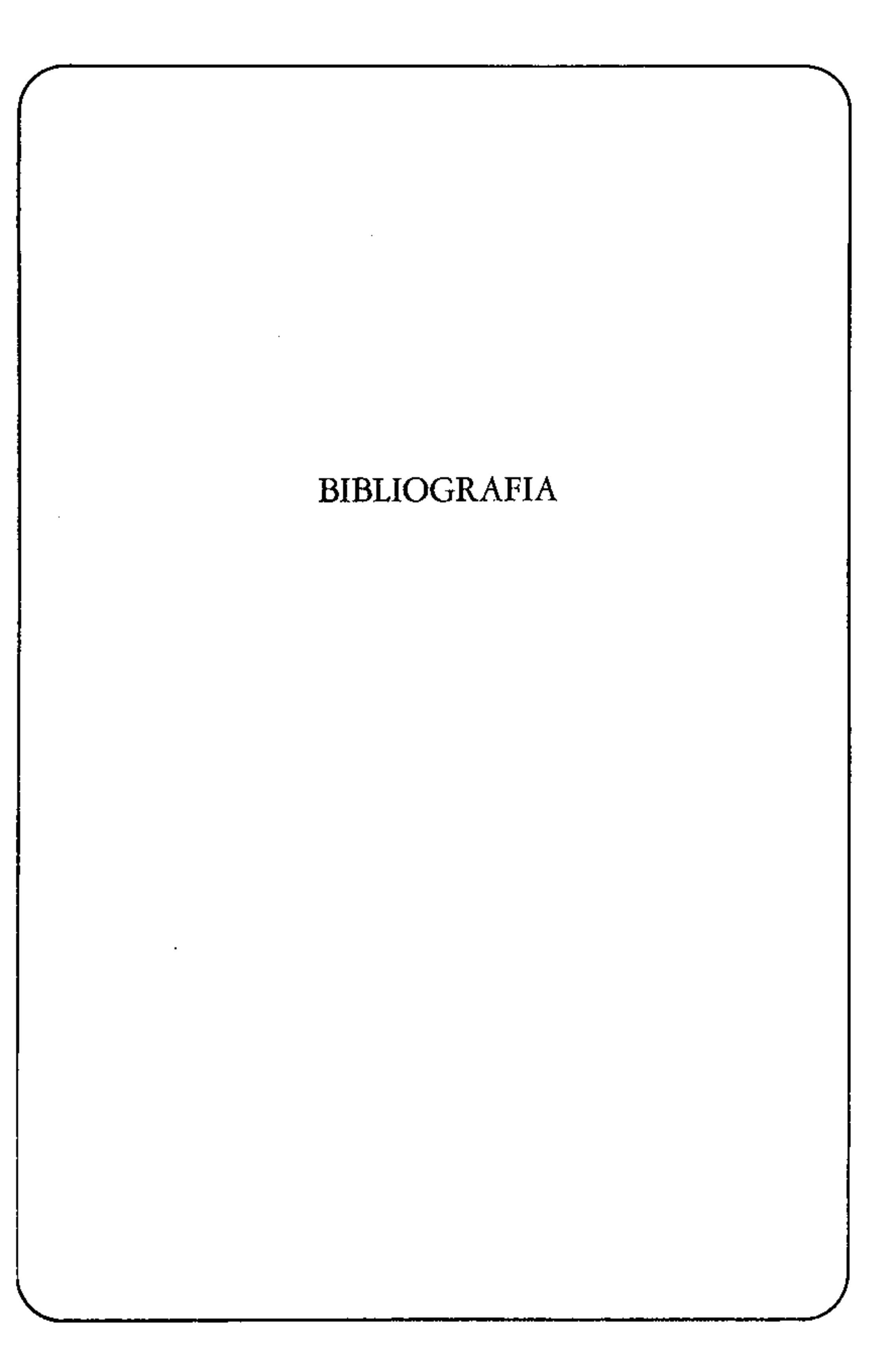
AL: Segunda guerra de independencia de Cuba (24/II); Martí muere en Dos Ríos (19/V). Derrotados los rebeldes brasileños. Acuerdo sobre política exterior común de Honduras, Nicaragua y

Convención chino-japonesa en Pekín. El Canal de Kiel. Fundación de la CGT en Francia.

Lumière: Primer aparato cinematográfico. Roentgen: los rayos X. Bourget: *Ultramar.* Yeats: *Poemas.* Valéry: *La tarde con el Sr. Teste.* H. Wells: *La máquina de explorar el tiempo.* Gauguin en Tahití. Muere Engels.

	los procedimientos, a fin de hacer el idioma dúctil, sugestivo, que tuviera, ora los 'verdores de la descomposición', ora la fragancia de la juventud. *Un ensayo de perfumería* lo hubiera firmado Huysmans" (P. E. Coll). Una vez en Bogotá, comienza a ocuparse de negocios y nuevas industrias. 5/VI: recita "Al pie de la estatua" en la Legación de Venezuela. Escribe otros poemas, como "Paisaje tropical". Es nombrado Cónsul de Guatemala, pero no acepta. Los negocios comienzan a ir mal. "Para hacer obra literaria perfecta es necesario que el organismo tenga la sensación normal y fisiológica de la vida; las neurosis no engendrarán sino hijos enclenques, y sin un estudio profundo, estudio de las leyes mismas de la vida, estudio de los secretos del arte, gimnasia incesante de la inteligencia, esfuerzo por comprender más, por deshacer preconcebidos, por analizar lo más hondo, la obra literaria no tendrá los cimientos necesarios para resistir el tiempo (. . .)". Reconstruye una de las novelas perdidas, *De sobremesa*, que para Arias Argáez, más que novela es "el desarrollo de un *Diario Intimo* de Silva, en el cual pueden apreciarse sus impresiones, reflejo legítimo de las inquietudes de su espíritu, y en el cual llega a descubrirse muchas de las zozobras y problemas que lo asediaban: allí es donde puede avalorarse el espíritu complicado y la inteligencia sutil del autor, pues es un documento biográfico indirecto de la mayor importancia", y para Sanín Cano "es una novela de composición defectuosa, de análisis arbitrario y de verdad apenas sugestiva".
1896	En uno de sus artículos, Darío afirmará que Silva es "entre los modernos de lengua española, uno de los primeros que han iniciado la innovación métrica". Los negocios empeoran; los acreedores inician la persecusión. 23/V: visita a su amigo, el médico Manrique, al que hace dibujar en su piel el sitio exacto del corazón. 24/V: se suicida, disparándose un tiro. "Yo lo vi muerto, sobre su lecho, y no pude sorprender en su faz ni la más leve contracción". (Arias Argáez).

Colombia y América Latina	*Mundo exterior*
Salvador. General Gutiérrez, presidente del Salvador (III). P. Bonilla, presidente de Honduras (-99). Violentos cambios de gobierno en Ecuador, Perú y Argentina. Nueva constitución en Ecuador. S. Chocano: *En la aldea*. Zeno Gandía: *La charca*. J. Borrero: *Rimas*. L. Díaz: *Bajorrelieves*. Nacen E. Martínez Estrada, J. Mancisidor y J. de Ibarbourou. Muere N. Gutiérrez Nájera.	
C: Convenio Roldán-Passmore sobre deuda externa. Los Históricos publican sus puntos de vista político-económicos, oficializándose la división del partido conservador. Caro llama al designado a encargarse del gobierno, pero éste sólo dura en el mando cinco días (12-17/III), debido a pugnas internas del partido conservador. T. Carrasquilla: *Frutos de mi tierra*. J. M. Marroquín: *Blas Gil*. *AL:* Intento de asesinato contra el presidente Crespo de Venezuela (2/II). Insurección de los yaquis en México. Darío: *Prosas Profanas* y *Los raros*. Justo Sierra: *Cuentos románticos*. Díaz Mirón: *Poesías*. Palma: *Neologismos y americanismos*.	Los ingleses en Sudán, los franceses en Madagascar. Acuerdo austro-ruso sobre los Balcanes. Marconi inventa la telegrafía sin hilos. Bergson: *Materia y memoria*. M. Schwob: *Vidas imaginarias*. Kropotkin: *La anarquía*. Chejov: *Téo Vania*. Jarry: *Ubu rey*. Puccini: *La bohemia*. Muere Verlaine. Nace Breton.



BIBLIOGRAFIA

OBRAS DE JOSE ASUNCION SILVA

EL LIBRO DE VERSOS Bogotá, Librería Horizonte [1945]. Edición facsímil.

POESÍAS: Barcelona (Imprenta de Pedro Ortega. Casa editorial Maucci), 1908. Citada aquí como 1908.

POESÍAS Barcelona, Casa editorial Maucci [1918?]. Nueva Edición Corregida. Citada aquí como 1918.

EL LIBRO DE VERSOS: Bogotá, Prensas de la Biblioteca Nacional, 1946. Citada como 1946.

POESÍAS COMPLETAS: Madrid, Editorial Aguilar, 1951. Ordenada y clasificada por Camilo de Brigard Silva. Citada aquí como 1951. Hay otras ediciones de esta misma obra, citadas aquí como 1953 y 1963.

OBRAS COMPLETAS: Bogotá, Banco de la República, 1965. Compilación y revisión de Alberto Miramón y Camilo de Brigard Silva. Prólogo de Miguel de Unamuno y notas de Baldomero Sanín Cano. Citada como 1965.

PROSAS: Bogotá, Talleres de Ediciones Colombia, 1926. Edición preparada por Daniel Arias Argáez.

DE SOBREMESA: Bogotá, Editorial Cromos, 1925. Segunda edición, s.f.

ESTUDIOS

ARANGO, JOSÉ LUIS: "José Asunción Silva y el Modernismo", *Revista de las Indias,* Bogotá, Vol. XXVIII, Nº 90 (junio, 1946), págs. 367-385.

ARCINIEGAS, GERMÁN: "José Asunción Silva y la pintura", *Universidad,* Bogotá, Nº 104 (octubre 20, 1928), págs. 486-488.

"Los primeros poemas de Silva", *Universidad,* Bogotá, Nº 106 (noviembre 8, 1928), págs. 531-532.

ARGUEDAS, ALCIDES: "La muerte de José Asunción Silva", *Repertorio Americano,* San José, Costa Rica, Vol. XXVIII, Nº 11 (marzo 17, 1934), págs. 168, 172-173; *Ibid., Atenea,* Concepción, Chile, Vol. XXVI, Nº 106 (abril, 1934)), págs. 188-198; *Ibid.,* en *La danza de las sombras.* Vol. I. *Obras completas,* Madrid; Aguilar, 1959. págs. 855-861. (Con algunas revisiones).

ARGÜELLO, SANTIAGO: "José Asunción Silva" [Parte primera], *Boletín de la Biblioteca Nacional,* Guatemala, Vol. I, Nº 7 (agosto, 1933), págs. 201-205; "José Asunción Silva" [Parte segunda], *Boletín de la Biblioteca Nacional,* Guatemala, Vol. I, Nº 8 (febrero, 1934), págs. 243-248; *Ibid.,* "El anunciador José Asunción Silva", en *Modernismo y modernistas.* Vol. I, Guatemala: Tipografía Nacional, 1934, págs. 137-183. (Con las dos partes); *Ibid., La Revista Americana,* Buenos Aires, Vol. XII, Nº 138, octubre, 1935, pp. 109-110.

BLANCO FOMBONA, RUFINO: "José Asunción Silva", *La Revista de América,* París, Vol. I [i. e., III] (febrero, 1913), págs. 191-209. "José Asunción Silva", en *El Modernismo y los poetas modernistas.* Madrid: Editorial El Mundo Latino, 1929, págs. 103-145.

"La filosofía en la poesía de Silva", *El Espectador,* Bogotá, junio 6, 1929, Suplemento literario, pág. 3.

"Silva: Elvira y el poeta. — El suicidio", *El Espectador,* Bogotá, junio 13, 1929, Suplemento literario, pág. 3.

"Silva y Rubén", *El Espectador,* Bogotá, mayo 31, 1929. Suplemento literario, pág. 3.

BOTERO, EBEL: *5 [i. e., Cinco] poetas colombianos, estudios sobre Silva, Valencia, Luis Carlos López, Rivera y Maya.* Manizales, Colombia: Imprenta Departamental, 1964. págs. 15-40.

BOTERO ISAZA, HORACIO: "José Asunción Silva", Imprenta Jorge Luis Arango, Medellín, 1910.

BRIGARD SILVA, CAMILO DE: "El Infortunio comercial de Silva", Parte I, *Revista de América,* Bogotá, Vol. VI, Nº 17 (mayo, 1946), págs. 281-288.

"El infortunio comercial de Silva", Parte II, *Revista de América,* Bogotá, Vol. VI, Nº 18 (junio, 1946), págs. 289-300.

"El poeta y el hombre", *El Tiempo,* Bogotá, junio 20, 1946, pág. 3. "Noticia biográfica", en *Poesías completas seguidas de prosas selectas.* Primera edición. Madrid: Aguilar, 1951. págs. 11-14; *Ibid.,*

en *Poesías completas seguidas de prosas selectas.* Segunda edición. Madrid: Aguilar, 1952. págs. 11-14; *Ibid.*, en *Poesías completas seguidas de prosas selectas.* Tercera edición. Madrid: Aguilar, 1963. págs. 11-14.

"Silva y sus acreedores", *El Tiempo,* Bogotá, mayo 30, 1946, pág. 3.

CAMACHO GUIZADO, EDUARDO: "Las poesías de José Asunción Silva". Bogotá: *Ediciones Universidad de Los Andes,* 1968.

CAPARROSO, CARLOS ARTURO: "Silva". Bogotá, Librería Nueva, 1931, 2ª ed.: [Bilbao Ellacuria. 1954].

CARREÑO, EDUARDO: "Silva contra Darío". *Revista Nacional de Cultura,* Caracas, marzo y abril de 1941, núm. 26; *id.* en *Ariel,* San José de Costa Rica, 1º de junio de 1941, núm. 93.

CARRIER W. P.: "Baudelaire y Silva" en *Revista Iberoamericana,* VII, núm. 13 (noviembre de 1943). p. 39-48.

CUERVO MÁRQUEZ, EMILIO: "José Asunción Silva, su vida y su obra". Amsterdam: Editorial "De Faam", 1925. *Ibid.*, en *El Tiempo,* Bogotá, noviembre 17, 1934, Segunda sección, págs. 1, 20; *Ibid.*, en *Ensayos y conferencias,* Bogotá: *Cromos,* 1937, págs. 190-229; *Ibid.*, [Parte I], en *Atenea,* San José, Costa Rica, Vol. XXIX, Nº 115 (enero, 1935), págs. 84-97; [Parte II], en *Atenea,* San José, Costa Rica, Vol. XXIX, Nº 116 (febrero, 1935), págs. 245-264.

"La muerte de Silva", *Revista de América,* Bogotá, Vol. VI, Nº 18 (junio, 1946), pág. 300.

CHARRY LARA, FERNANDO: "Silva y el modernismo", *Estaciones,* México, Vol. III. Nº 9 (primavera, 1958), págs. 15-17.

"Divagación sobre Silva", *Eco,* Bogotá, Tomo XII, diciembre de 1965, págs. 113-132.

CHAVES, JULIO CÉSAR: "José A. Silva", en: *Tercer Congreso de Academias de la Lengua Española, actas y labores.* Bogotá, 1960, pp.136-146.

DARÍO, RUBÉN: "España contemporánea". París: Garnier, 1907.

DÍEZ CANEDO, E.: "José Asunción Silva, Poesías", Madrid: *La Lectura,* 1909, año IX, t. II.

ESTÉNGER, R. A.: "José Asunción Silva. The Man and his Literary Influence". *Inter-América,* New York; 1920, IV.

FOGELQUIST, DONALD F.: "José Asunción Silva y Heinrich Heine", *Revista Hispánica Moderna,* New York, Vol. XX, Nº 4 (octubre, 1954), págs. 282-294.

"The Silva-Darío Controversy", *Hispania,* Vol. XLII, Nº 3 (septiembre, 1960), págs. 341-346.

"More about Silva, Darío, and García Prada", *Hispania,* Vol. XLIII, Nº 4 (diciembre, 1960), págs. 572-574.

GARCÍA CALDERÓN, VENTURA: "José Asunción Silva", *Revista de Revistas,* México, Nº 257 (marzo 28, 1915), pág. 11; *Ibid.*, en *Semblanzas de América.* Madrid: Imprenta G. Hernández y Galo Sáez, 1920, págs. 29-34.

GARCÍA PRADA, CARLOS: "Introducción", en *Prosas y versos.* Primera edición. México: Cultura, 1942, págs. IX-XXXV; *Ibid.*, en *Prosas y versos.* Segunda edición. Madrid: Ediciones Iberoamericanas, 1940 págs. 7-42 (con los primeros dos párrafos omitidos); *Ibid.*, en *Estudios hispanoamericanos.* México: El Colegio de México, 1945. págs. 147-177 (con el título "José Asunción Silva y su obra poética").

"José Asunción Silva, poeta colombiano", *Hispania,* Vol. VIII, Nº 2 (marzo, 1925), págs. 69-84; *Ibid.*, en *Santafé y Bogotá,* Bogotá, Vol. VI, Nº 31 (julio, 1925), págs. 1-17.

"Notas", en *Prosas y versos.* Primera edición. México: Cultura, 1942, págs. 183-195; *Ibid.*, en *Prosas y versos.* Segunda edición. Madrid: Ediciones Iberoamericanas, 1960, passim.

"El paisaje en la poesía de José Eustasio Rivera y José Asunción Silva", *Hispania,* Vol. XXIII, Nº 1 (febrero, 1940), págs. 37-48; *Ibid.*, en *Atenea,* Concepción, Chile, Vol. LX, Nº 179 (mayo, 1940), págs. 254-268; *Ibid.*, en *Estudios hispanoamericanos.* México: El Colegio de México, 1945, págs. 33-48.

"Silva contra Darío", *Hispania,* Vol. XLIII, Nº 2 (mayo, 1960), págs. 176-183.

GARGANTA, JUAN DE: "La política en la obra de José Asunción Silva", *Revista de América,* Bogotá, Vol. XII, Nº 34 (octubre, 1947), págs. 58-69.

"La política en la poesía de José Asunción Silva", *Revista de América,* Bogotá, Vol. XIII. Nº 37 (enero, 1948), págs. 118-134.

GICOVATE, BERNARDO: "Escritura y significado en la poesía de José Asunción Silva", *Revista Iberoamericana,* Vol. XXIV, Nº 48 (julio-diciembre, 1959), págs. 327-332.

GÓMEZ, LAUREANO: "A propósito de un estudio sobre Silva". *Nosotros,* Buenos Aires, 1923, XLV. Réplica a Torres Rioseco.

GONZÁLEZ, MANUEL PEDRO: "De Sobremesa", de J. A. S. y "Silva" de Carlos Arturo Caparroso (Reseñas). *Fichero,* Habana: Imp. Molina y Cía., 1935.

GRILLO, MAX: "José Asunción Silva" en *Alma dispersa.* París, Garnier [1911].

"Recordando a José Asunción Silva". *id.*

HENRÍQUEZ UREÑA, MAX: "El intercambio de influencias literarias entre España y América durante los últimos cincuenta años (1875-1925)". *Cuba Contemporánea,* 1926.

El retorno de los galeones. Madrid, 1930.

HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO: *Horas de estudio.* París, 1909.

La versificación irregular en la poesía castellana. Madrid, 1920.

HOLGUÍN, ANDRÉS: "El sentido del misterio en Silva", *Revista de las Indias,* Bogotá, Vol. XXVIII, Nº 90 (junio, 1946), págs. 351-365; *Ibid.,* en *La poesía inconclusa y otros ensayos.* Bogotá: Editorial Centro Instituto Gráfico, 1947. págs. 119-130.

JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN: "José Asunción Silva". *Sur,* Buenos Aires, 1941; *id.* en *El Tiempo,* Bogotá, 1º de junio de 1941; *id.* en *Ariel,* San José de Costa Rica, 15 de junio de 1941, núm. 94; *id., Colombia,* San Salvador, Agosto, 1941, núm. 10.

JULIO, SILVIO: "José Asunción Silva" en *Toda a América.* (Colombia). Río de Janeiro: oficinas gráficas "Alba", 1939.

KING, GEORGINA GODDARD: *A Citizen of the Twilight, José Asunción Silva,* New York: Longmans, Green and Co. 1921.

LEE, MUNA: "Brother of Poe", *Southwest Review,* Vol. XI (julio, 1926), págs. 305-312.

LIÉVANO, ROBERTO: *En torno a Silva; selección de estudios e investigaciones sobre la obra y la vida íntima del poeta.* Bogotá: Editorial El Gráfico, 1946.

"José Asunción Silva", *Revista Chilena,* Santiago, Chile, Vol. XIV (julio, 1922), págs. 294-311; *Ibid.,* en *En torno a Silva; selección de estudios e investigaciones sobre la obra y la vida íntima del poeta.* Bogotá: Editorial El Gráfico, 1946. págs. 13-36.

"Silva y Darío", *Cromos,* Bogotá (mayo 24, 1924), págs. 362-363; *Ibid.,* en *En torno a Silva; selección de estudios e investigaciones sobre la obra y la vida íntima del poeta.* Bogotá: Editorial El Gráfico, 1946. págs. 45-50.

"Un Silva inédito", *Repertorio Americano,* San José, Costa Rica, Vol. IV, Nº 14 (junio 26, 1922), págs. 191-192.

LOVELUCK, JUAN: "«De Sobremesa», novela desconocida del modernismo", *Revista Iberoamericana,* Vol. XXXI, Nº 59 (enero-junio, 1965), págs. 17-32.

MCGRADY, DONALD: "«Crítica ligera», una prosa olvidada de José Asunción Silva", en *Thesaurus,* Bogotá, tomo XXIV, Nº 1, 1969.

"Cuatros notas acerca de unos poemas atribuidos a José Asunción Silva", en *Thesaurus,* Bogotá, tomo XXIV, Nº 3, 1969.

"Diez poesías olvidadas de José Asunción Silva", en *Thesaurus,* Bogotá, tomo XXII, Nº 1, 1967.

"Sobre un poema atribuido a José Asunción Silva", en *Thesaurus,* tomo XXII, Nº 3, 1967.

"Two unknown poems by José Asunción Silva", en *Modern Language Notes,* vol. 81, Nº 2, March 1966.

MANCINI, GUIDO: *Notas marginales a las poesías líricas de José Asunción Silva.* Bogotá; Instituto Caro y Cuervo, 1961.

MAYA, RAFAEL: "José Asunción Silva, el prosista", *El Tiempo,* Bogotá (septiembre 24, 1961), págs. 1-2; *Ibid.,* en *Los orígenes del modernismo en Colombia.* Bogotá: Imprenta Nacional, 1961. págs. 55-93.

"Mi José Asunción Silva", *El Tiempo,* Bogotá, mayo 26, 1946, Sección 2, págs. 1, 4; *Ibid.,* en *Obras completas.* Primera edición. Bogotá: Santafé, 1955. págs. 7-42; *Ibid.,* en *Obras completas.* Segunda edición. Bogotá: Ediciones de la Revista *Bolívar,* 1956. págs. 7-46.

"De Silva a Rivera (Elogios)". Bogotá: Publicaciones de la Revista *Universidad,* 1929; *Ibid.,* en *Alabanzas del hombre y de la tierra.* Vol. I. Bogotá: Casa Editorial Santafé, 1934. págs. 7-50.

MIRAMÓN, ALBERTO: "José Asunción Silva", *Mensaje,* Quito (octubre, 1938), págs. 102-109.

José Asunción Silva: Ensayo biográfico con documentos inéditos. Primera edición. Bogotá: Imprenta Nacional, 1937. Segunda edición. Bogotá: Litografía Villegas, 1957. (Con la adición de cuatro cartas escritas por Silva a Rufino J. Cuervo y un artículo intitulado "Silva visto desde España" de Luis de Zulueta).

NERVO, AMADO: "José Asunción Silva", *Revista Moderna de México,* Segunda serie, Vol. XII (mayo, 1909), págs. 155-157; *Ibid.,* en *Obras completas.* Vol. II. Madrid: Aguilar, 1952. págs. 384-386; *Ibid.,* en *Semblanzas y crítica literaria.* México: Imprenta Universitaria, 1952, págs. 160-165.

et al. "Opiniones sobre Silva", *La Revista de América,* París, Vol. I [i, e., VI] (enero, 1914), Suplemento, pág. 5.

NERUDA, PABLO: "Silva en la sombra", *El Tiempo,* Bogotá, junio 9, 1946, pág. 9.

NIETO CABALLERO, LUIS EDUARDO: "José Asunción Silva", *Atenea,* Concepción, Chile, Vol. LI, Nº 152 (febrero, 1938), págs. 123-134.

"José Asunción Silva", *Repertorio Americano,* San José, Costa Rica, Vol. XXIV, Nº 5 (febrero 6, 1932), pág. 80.

"En torno a Silva", *El Tiempo,* Bogotá, mayo 10, 1946, pág. 5.

"Nota de la dirección", en "Páginas de José Asunción Silva", *El Mercurio de América,* Vol. I (septiembre-octubre, 1900), pág. 132.

OSIEK, BETTY TYREE: *José Asunción Silva,* México: Ediciones de Andrea, 1968.

PELLÓN RIVEROLL, MARÍA CRISTINA: "La obra poética de José Asunción Silva". *Tesis inédita.* Universidad Nacional Autónoma de México. 1957.

RESTREPO, CARLOS E.: *Reminiscencias de José Asunción Silva.* Colombia, Medellín, 28 de junio, 1919; *id. Repertorio Americano,* vol. I, núm. 2.

REYES, ALFONSO: "The poetry of America Hispana". *The Nation,* New York, vol. 152, Nº 13.

"El llanto de América. La Nueva Democracia", Nueva York, junio, 1941, vol. XXII, núm. 6; *id.* en *Repertorio Americano,* San José de Costa Rica, 19 de julio de 1941, t. XXXVIII, núm. 12.

De poesía hispanoamericana. Pasado inmediato y otros ensayos. El Colegio de México, México, 1941.

ROGGIANO, ALFREDO A.: *José Asunción Silva a un siglo de su nacimiento.* En: *Letras Nacionales* (Bogotá). núm. 5 (noviembre-diciembre, 1965), pp. 21-32.

SANÍN CANO, BALDOMERO: "El caso de Silva" (Réplica a Juan Ramón Jiménez), *Colombia,* San Salvador, Vol. II, Nº 10 (agosto, 1941), págs. 17-18; *Ibid., Ariel,* San José, Costa Rica, Vol. XXXII. Nº 94 (junio 15, 1941), págs. 2327-2329.

"En torno a la figura de José Asunción Silva", *La Vida Literaria,* Buenos Aires, Nº 11 (junio, 1929), pág. 7 (Fragmentos de "Las memorias de otros:..." y de "Una consagración").

"José Asunción Silva", en *De mi vida y otras vidas.* Bogotá: Editorial ABC, 1949. págs. 41-47.

"José Asunción Silva", *Revista de las Indias,* Bogotá, Vol. XXVIII, Nº 89 (mayo, 1946), págs. 161-178.

"José Asunción Silva", en *Poesías.* Santiago, Chile: Editorial Cóndor, 1923.

"Media hora de literatura comparada", *El Tiempo,* Bogotá, noviembre 6, 1949, Suplemento literario, pág. 1.

"Las memorias de otros: las opiniones del profesor López de Mesa", *Repertorio Americano,* San José, Costa Rica, Vol. XVIII, Nº 12 (marzo 23, 1929), págs. 185-189.

"Notas", en *El libro de versos*, Bogotá: Publicaciones del Ministerio de Educación de Colombia, 1946. págs. 161-184; *Ibid.*, en *Poesías*. París: Sociedad de Ediciones Louis Michaud [1923]. págs. 211-247; *Ibid.*, en *Poesías completas seguidas de prosas selectas*. Primera edición. Madrid: Aguilar, 1951. págs. 193-204; *Ibid.*, en *Poesías completas seguidas de prosas selectas*. Segunda edición. Madrid: Aguilar, 1952. págs. 191-202; *Ibid.*, en *Poesías completas seguidas de prosas selectas*. Tercera edición. Madrid: Aguilar, 1963. págs. 191-203; *Ibid.*, *El Tiempo*, Bogotá, mayo 19, 1946, Sección 2, págs. 1, 2 (con el título "José Asunción Silva, Notas sobre la vida y la obra del poeta").

et al. "Opiniones sobre Silva", *La Revista de América*, París, Vol. I. [i. e., VI] (enero, 1914), Suplemento, págs. 3-4.

"Prólogo", en *José Asunción Silva* de Alberto Miramón. Bogotá: Imprenta Nacional, 1937. págs. vii-x; *Ibid.*, en *José Asunción Silva* de Alberto Miramón. Segunda edición. Bogotá: Litografía Villegas, 1957, págs. vii-x.

"Recuerdo de Silva". *Repertorio Americano*, San José, Costa Rica, Vol. XL, Nº 15 (agosto 21, 1943), pág. 233; *Ibid.*, *Manizales*, Manizales, Colombia (diciembre, 1945), págs. 78-81.

"Una consagración", *Universidad*, Bogotá, Nº 106 (noviembre 8, 1928), págs. 533-536.

SCHULMAN, IVÁN ALBERT: "Tiempo e imagen en la poesía de José Asunción Silva", en *Génesis del Modernismo*. México: El Colegio de México — Washington University Press, 1966, págs. 188-215.

SELVA, SALOMÓN DE LA: "El Nocturno de Silva", *Repertorio Americano*. San José de Costa Rica, 19 de julio, 1941, t. XXXVIII, núm. 12.

TORRES-RIOSECO, ARTURO: "José Asunción Silva", en: *Precursores del modernismo*. Madrid, 1925. pp. 95-124.

"Las teorías poéticas de Poe y el caso de José Asunción Silva", en: *Hispanic Review*. 1950. pp. 319-327; — *Ensayos de literatura hispanoamericana*, Berkeley: Univ. of California Press. 1953, pp. 65-74.

UNAMUNO Y JUGO, MIGUEL DE: "Prólogo", en *Poesías*. Barcelona: Imprenta de Pedro Ortega, 1908. págs. v-xiv; *Ibid.*, en *Poesías*. Nueva edición. Barcelona: Maucci [1910]. págs. 5-22; *Ibid.*, *Poesías*. Nueva edición aumentada. Barcelona: Maucci [1918]. págs. 5-22; *Ibid.*, en *Poesías*. Nueva edición corregida. Barcelona: Maucci [1918?]. págs. 5-22; *Ibid.*, en *Poesías completas seguidas de prosas selectas*. Primera edición. Madrid: Aguilar, 1951. págs. 15-29; *Ibid.*, en *Poesías completas seguidas de prosas selectas*. Segunda edi-

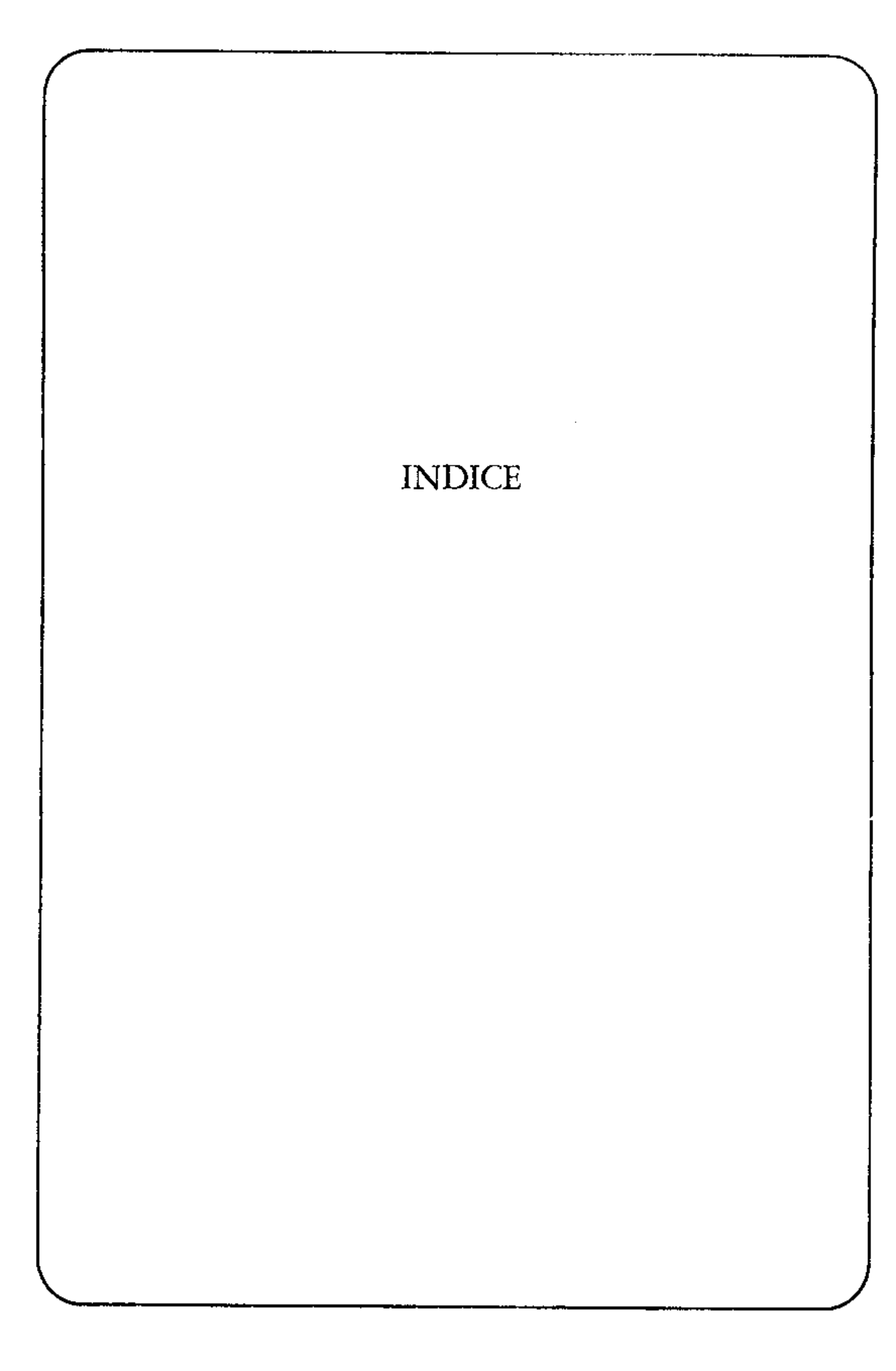
ción. Madrid: Aguilar, 1952. págs. 15-30; *Ibid.*, en *Poesías completas seguidas de prosas selectas.* Tercera edición: Madrid: Aguilar, 1963, págs. 17-30; *Ibid.*, en *El libro de versos.* Bogotá: Publicaciones del Ministerio de Educación de Colombia, 1946, págs. 7-20.

"José Asunción Silva", *El Cojo Ilustrado,* Caracas, Vol. XVII, Nº 40 (agosto 15, 1908), págs. 483-485; *Ibid.*, en *Contra esto y aquello. Obras completas.* Vol. III. Madrid: Afrodisio Aguado, 1950, págs. 1149-1154.

Valencia, Guillermo: "José Asunción Silva", *El Cojo Ilustrado,* Caracas, Vol. XVIII, Nº 423 (agosto 1, 1909), págs. 418-422; *Ibid., Revista Moderna de México,* Segunda serie, Vol. XVIII (septiembre, 1909), págs. 3-11 (con los párrafos finales omitidos); *Ibid., Cervantes,* Madrid, Nº 4 (1916), págs. 73-103; *Ibid., Bolívar,* Bogotá, Nº 4 (octubre, 1951), págs. 613-626.

et al. "Opiniones sobre Silva", *La Revista de América,* París, Vol. I [i. e., VI] (enero, 1914), Suplemento, págs. 4-5.

Villaespesa, Francisco: "Algunas palabras sobre el «Nocturno» de José Asunción Silva y su influencia en la lírica española". *Santa Fe y Bogotá,* Bogotá, 1923, I.



INDICE

POESIA

EL LIBRO DE VERSOS

POEMAS ATRIBUIDOS A SILVA